EL DARK ROMANCE QUE TE OBSESIONARÁ

HAUNTING ADELINE

NUNCA TE DEJARÉ

H.D. CARLTON

Montena

HAUNTING ADELINE

NUNCA TE DEJARÉ

H.D. CARLTON

Traducción de Alícia Astorza, Yolanda Casamayor,
Mariola Cortés-Cros y Miriam Lozano

montena

Para Amanda y May.
Zade y yo siempre seremos vuestros

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Evil», de Hish
«Sway», de So Below
«Dirty Mind», de Boy Epic
«Lost», de Croosh
«Victim», de Vi
«Pretty», de The Weeknd
«Loft Music», de The Weeknd
«The Broken View», de Something Better
«Play with Fire», de Sam Tinnesz (feat. Yacht Money)

¿Se te ha comido la lengua el gato, ratoncita?

Advertencia:
este libro incluye contenido que puede
herir la sensibilidad, escenas de maltrato
y contenido sexual explícito.

PRÓLOGO

Las ventanas de mi casa tiemblan por la fuerza de los truenos que retumban en la oscuridad. A lo lejos se ven algunos relámpagos, que iluminan el cielo. En ese instante, los pocos segundos de luz cegadora dejan ver al hombre que está de pie fuera junto a mi ventana. Observándome. Observándome como siempre.

Reacciono por inercia, como ocurre en todas las ocasiones. Se me para el corazón durante un segundo y luego se me acelera, se me entrecorta la respiración y me empiezan a sudar las manos. Da igual cuántas veces lo haya visto, siempre me provoca la misma reacción.

Miedo.

Y excitación.

No sé por qué me excita. Debo de tener algún problema. No es normal que un calor líquido me recorra las venas dejando un cosquilleo abrasador detrás de sí. Ni que mi mente se ponga a reflexionar sobre cosas en las que no tendría que pensar.

¿Me ve ahora? ¿Con una camiseta de tirantes fina que me marca los pezones? ¿Verá los pantalones cortos que apenas me tapan el culo? ¿Le gusta lo que ve?

Por supuesto que sí.

Por eso me observa, ¿no? Por eso regresa cada noche, con unas miradas lascivas más y más atrevidas con el paso de los días mientras yo lo desafío en silencio, esperando que se acerque más para que así tenga un motivo para atravesarle el cuello con un cuchillo.

La verdad es que me da miedo. No, en realidad me aterra.

Sin embargo, el hombre que hay al otro lado de la ventana me hace sentir como si estuviera sentada en una sala oscura, iluminada únicamente por el brillo proveniente del televisor, donde se emite una película de terror. Es escalofriante y lo que quiero hacer es esconderme, pero a la vez hay una parte de mí misma que hace que me mantenga quieta exponiéndome ante el horror. Una parte de mí misma que le ve una sutil excitación a todo esto.

El cielo vuelve a oscurecerse y los relámpagos se alejan cada vez más.

Se me continúa acelerando la respiración. Yo no lo veo, pero él a mí sí.

Aparto los ojos de la ventana y me giro para mirar detrás de mí, hacia el interior de mi casa sombría, paranoica por si ha conseguido entrar de alguna manera. Por mucho que las sombras se adentren en Parsons Manor, el suelo blanco y negro a cuadros parece que siempre queda a la vista.

Heredé la casa de mis abuelos. Mis bisabuelos construyeron esta propiedad victoriana de tres plantas a principios de la década de 1940 con sangre, sudor y lágrimas, y la vida de cinco obreros.

Según la leyenda —o, más bien, según mi abuela—, hubo un incendio en la casa y murieron cinco hombres mientras estaban trabajando en la estructura de la vivienda. No he sido capaz de encontrar ningún artículo sobre esta desgracia, pero las almas que acechan la casa rezuman desesperación.

Mi abuela siempre contaba historias grandilocuentes que hacían que mis padres pusieran los ojos en blanco. Mamá nunca se creía nada de lo que decía, pero me parece que es porque simplemente no quería hacerlo.

Algunas noches oigo pasos. Podrían ser de los fantasmas de los obreros que murieron en ese trágico incendio hace ochenta años, o podrían ser de la sombra que está fuera de la casa.

Observándome.

Observándome como siempre.

CAPÍTULO 1

La manipuladora

A veces tengo algunos pensamientos muy oscuros sobre mi madre, pensamientos que ninguna hija cuerda debería tener.

Pero a veces no estoy muy cuerda.

—Addie, no seas ridícula —dice mamá por el altavoz del móvil.

Me quedo mirando el aparato como respuesta, me niego a discutir con ella. Como no digo nada, mamá suspira profundamente y yo hago una mueca con la nariz. Es increíble que esta mujer siempre dijera que mi abuela era dramática, pero que ella no vea su propio don para el dramatismo.

—Que tus abuelos te dejaran la casa en herencia no significa que tengas que vivir allá de verdad. Es vieja y le haríamos un favor a toda la ciudad si la demoliésemos.

Golpeo la cabeza contra el reposacabezas y pongo los ojos en blanco intentando encontrar la paciencia en el techo manchado de mi coche.

¿Cómo he conseguido ensuciarlo de kétchup?

—Y que a ti no te guste no significa que yo no pueda vivir en la casa —replico fría.

Mi madre es una zorra. Así de claro. Siempre ha estado amargada, pero, por mucho que lo intente, no consigo entender por qué.

—¡Estarás a una hora de nosotros! No te resultará nada práctico venir a vernos, ¿no?

«Ay, ¿cómo sobreviviré?».

Estoy bastante segura de que mi ginecóloga también está a una hora en coche, pero igualmente hago el esfuerzo de ir a verla una vez al año. Y esas visitas son mucho más dolorosas.

—No —contesto, harta de esta conversación. Cuando hablo con mamá, mi paciencia solo aguanta sesenta segundos. Después de ese tiempo, ya he llegado a mi límite y no tengo ningunas ganas de esforzarme para que la conversación fluya.

Si no es una cosa, es otra. Siempre consigue encontrar algo de lo que quejarse. En esta ocasión es que he decidido vivir en la casa que he heredado de mis abuelos. Me crie en Parsons Manor y de pequeña corría por los pasillos junto con los fantasmas y hacía galletas con mi abuela. Tengo buenos recuerdos de esta casa, recuerdos que me niego a dejar de lado solo porque mamá no se llevaba bien con su madre.

Nunca he entendido la tensión entre las dos mujeres, pero a medida que fui creciendo empecé a comprender el sarcasmo mordaz y los insultos disimulados de mamá, y todo cobró más sentido.

Mi abuela tenía una actitud positiva y alegre ante la vida y lo veía todo con unas gafas de color rosa. Siempre sonreía y tarareaba alguna canción, mientras que mamá está condenada a tener el ceño fruncido permanentemente y ve la vida como si las gafas se le hubieran hecho añicos cuando la sacaron de la vagina de mi abuela. No sé por qué su personalidad nunca se ha desarrollado más que si fuera un puercoespín; en ningún momento la educaron para convertirse en una zorra gruñona.

Cuando yo era pequeña, mamá y papá tenían una casa que estaba a menos de dos kilómetros de Parsons Manor. Mamá apenas me aguantaba, así que me pasé la mayor parte de mi infancia en esta casa. No fue hasta que empecé la universidad que mamá se mudó a otra localidad a una hora de aquí. Al dejar los estudios, me fui a vivir con ella hasta que volví a encaminarme y mi carrera como escritora empezó a afianzarse.

Y, cuando se afianzó de verdad, decidí viajar por todo el país y nunca me terminé de asentar en ningún sitio en concreto.

Mi abuela murió hace un año, más o menos, y me dejó la casa en herencia, pero al principio estaba demasiado afligida para mudarme a Parsons Manor. Hasta ahora.

Mamá suspira otra vez desde el otro lado del teléfono.

—Es que me gustaría que fueras más ambiciosa, en lugar de quedarte en la ciudad donde te criaste, cielo. Haz algo más con tu vida, no la desperdicies en esa casa como hizo tu abuela. No quiero que acabes siendo una inútil como ella.

Un gruñido se apodera de mi cara y la furia me desgarra el pecho.

—Oye, mamá.

—¿Sí?

—Vete a la mierda.

Golpeo la pantalla con el dedo rabiosa hasta que oigo el pitido que me confirma que la llamada ha terminado.

¿Cómo se atreve a hablar de esta manera de su propia madre cuando ella siempre la quiso y la adoró? La abuela no trataba a su hija como ella me trata a mí, eso está claro.

Me olvido del tema y suelto un suspiro melodramático mientras me giro para mirar por la ventana lateral del coche. La casa se alza orgullosa, con la punta del techo negro atravesando las nubes sombrías y erigiéndose imponente sobre la gran zona boscosa como diciendo «me temerás». Miro por encima del hombro hacia el denso bosque, que no es más acogedor que la casa, con las sombras de los árboles arrastrándose por el suelo desde la maleza con unas garras alargadas.

Me estremezco a la vez que me deleito por la siniestra sensación que emana de esta pequeña parte del acantilado. Está exactamente igual que cuando era pequeña, y no me produce menos impresión asomarme a la oscuridad infinita.

Parsons Manor se sitúa junto a un acantilado con vistas a la bahía y cuenta con una calzada de entrada que mide un kilómetro y medio y se extiende por una espesa zona boscosa. Los árboles separan la casa del resto del mundo y te hacen sentir como si estuvieras absolutamente sola.

A veces es como si vivieras en un planeta diferente, aislada de la civilización. Toda la zona desprende un aura amenazadora y pesarosa.

Y, joder, me encanta.

La casa está algo deteriorada, pero puede arreglarse con un poco de cariño para que quede como nueva. Cientos de vides trepan por los laterales de la estructura hacia las gárgolas que descansan en el tejado, en cada lado de la casa. El revestimiento negro ha empezado a desteñirse a gris y a desconcharse, igual que la pintura negra del marco de las ventanas, que está saltando como si fuese un pintaúñas barato. Además, tendré que contratar a alguien para dar un lavado de cara al gran porche frontal, que comienza a hundirse ligeramente por un lado.

El césped hace tiempo que necesita un corte de pelo, puesto que las briznas son casi tan altas como yo, y el claro de más de una hectárea está repleto de hierbajos. Seguro que más de una serpiente se ha acomodado ahí con mucho gusto desde la última vez que cortaron el césped.

Mi abuela contrarrestaba la oscuridad de la casa con plantas coloridas que florecían en primavera. Jacintos, prímulas, violas y azaleas. En otoño, los girasoles reptaban por los lados de la casa y las preciosas tonalidades de amarillo y naranja de los pétalos resaltaban con el revestimiento negro.

Cuando sea temporada yo también haré un jardín alrededor de la parte frontal de la casa, pero esta vez plantaré fresas, lechugas y también hierbas aromáticas.

Estoy absorta en mis cavilaciones cuando mis ojos se percatan de un movimiento en el piso superior; las cortinas se agitan en la solitaria ventana que hay en la parte superior de la casa.

La buhardilla.

La última vez que lo comprobé, confirmé que ahí arriba no hay ningún sistema de climatización. No hay nada que pueda mover las cortinas, pero igualmente no tengo ninguna duda de lo que he visto.

Combinado con la tormenta que asoma a lo lejos, Parsons Manor parece una escena sacada de una película de miedo. Me muerdo el labio inferior incapaz de reprimir la sonrisa que se me está esbozando en la cara.

Me encanta.

No puedo explicar por qué, pero es así.

A la mierda lo que dice mi madre. Me quedo a vivir aquí. Soy una escritora de éxito y tengo la libertad de poder vivir en cualquier sitio. ¿Y qué si decido hacerlo en un lugar que significa mucho para mí? Que me quede en mi ciudad natal no me convierte en una persona inferior. Ya viajo mucho por las giras de los libros y las conferencias, y que eche raíces en una casa no lo cambiará. Sé lo que quiero y me la suda lo que piensen los demás.

Sobre todo, mi querida madre.

Las nubes bostezan y de su boca empiezan a derramarse algunas gotas. Cojo el bolso y salgo del coche inhalando la frescura de la lluvia, que en cuestión de segundos pasa de ser unas pocas gotitas a un fuerte diluvio. Tras subir los escalones del porche de entrada a toda prisa, muevo los brazos para quitarme de encima las gotas de lluvia y me sacudo de arriba abajo como si fuera un perro mojado.

Me encantan las tormentas, pero no cuando me pillan en la calle. Preferiría acurrucarme bajo las sábanas con una taza de té y un libro mientras escucho la lluvia.

Introduzco la llave en la cerradura y la giro, pero se queda encallada y se niega a ceder ni siquiera un milímetro. Meneo un poco la llave y me peleo con ella hasta que el mecanismo al fin gira y puedo abrir la puerta.

«Supongo que también tendré que arreglarlo pronto».

Una corriente espeluznante me da la bienvenida al abrir la puerta, y la mezcla de la lluvia congelada todavía sobre mi piel y el aire frío y rancio me produce un escalofrío. El interior de la casa está lleno de sombras. Una luz tenue entra por las ventanas y se debilita gradualmente a medida que el sol desaparece detrás de los nubarrones grises.

Me parece que tendría que empezar mi historia así: «Era una noche oscura de tormenta…».

Alzo la vista y sonrío cuando veo el techo acanalado negro compuesto por cientos de piezas alargadas y delgadas de madera. Sobre mi cabeza cuelga una majestuosa araña de techo de acero dorado con un diseño intricado y unos cristales colgando de las puntas. Siempre fue la posesión más preciada de mi abuela.

Los suelos a cuadros blancos y negros conducen directamente a una elegante escalera de color oscuro, que es tan grande que hasta cabría un piano de lado, y a continuación dan paso al salón. Mis botas chirrían sobre las baldosas cuando me adentro en la casa.

Este piso es mayoritariamente de planta abierta, lo cual te hace sentir que la monstruosidad de la vivienda podría tragarte entera.

El salón está a la izquierda de la escalera. Miro a mi alrededor con los labios fruncidos y la nostalgia me golpea de lleno en el estómago. Todas las superficies están cubiertas por una capa de polvo y el olor de las bolas de naftalina es asfixiante, pero está exactamente como la última vez que lo vi, justo antes de que mi abuela muriera el año pasado.

En el centro de la estancia, en la pared izquierda, hay una gran chimenea de piedra también negra rodeada de unos sofás rojos de terciopelo y una mesita decorativa de madera en el medio. Sobre la madera oscura hay un jarrón vacío que mi abuela llenaba de lirios, pero ahora simplemente acumula polvo y bichitos muertos. Las paredes están empapeladas con un estampado de cachemira negro que contrasta con las pesadas cortinas doradas.

Una de mis cosas preferidas de este espacio es la terraza acristalada que se ve en la parte frontal de la casa, que ofrece unas vistas preciosas al bosque que hay más allá de Parsons Manor. Justo enfrente hay una silla mecedora roja de terciopelo y un taburete a conjunto. Mi abuela se sentaba aquí para contemplar la lluvia y decía que su madre siempre hacía lo mismo.

Las baldosas blancas y negras continúan hasta la cocina, que tiene unos preciosos armarios negros de madera, unas encimeras de mármol y una isla central descomunal con unos taburetes negros en un lado. Mi abuelo y yo nos sentábamos aquí y mirábamos a mi abuela mientras ella preparaba una comida deliciosa y canturreaba alguna canción.

Dejo de lado los recuerdos y corro hacia una lámpara alta que hay junto a la mecedora. Presiono el botón para encender la luz y suspiro aliviada al confirmar que la bombilla emite un suave brillo. Hace unos días llamé para que pusieran los suministros a mi nombre, pero nunca puedes estar del todo segura cuando se trata de una casa antigua.

A continuación, me acerco al termostato y otro escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando veo el número.

Joder, dieciséis grados.

Aprieto la flecha hacia arriba con el pulgar y no me detengo hasta que la temperatura alcanza el 23. No me molestan las temperaturas frescas, pero preferiría que mis pezones no atravesaran toda mi ropa.

Me vuelvo a girar y observo una casa que es tanto antigua como nueva, una casa donde ha

residido mi corazón desde que tengo uso de memoria, aunque mi cuerpo se fuera de aquí durante una temporada.

Y entonces sonrío y me deleito con el esplendor gótico de Parsons Manor. Está como la decoraron mis bisabuelos, y el estilo se ha mantenido de generación en generación. Mi abuela decía que le gustaba que ella fuese lo más brillante de la habitación, pero, a pesar de eso, igualmente tenía los gustos de una persona mayor.

O sea, de verdad, ¿por qué los cojines blancos tienen encaje en los lados y un extraño ramo de flores bordado en el centro? No es bonito, es feo.

Suspiro.

—Bueno, abuela, he vuelto. Como querías —susurro al aire muerto.

—¿Estás lista? —me pregunta mi asistente personal, que está a mi lado.

Miro a Marietta y me fijo en que está ofreciéndome el micrófono medio distraída, porque está concentrada en la gente que continúa entrando en el pequeño local. Esta librería de barrio no está pensada para acoger a un gran número de asistentes, pero, de alguna manera, se las están apañando.

Una multitud de gente se está congregando en este espacio tan apretado, y han formado una línea uniforme mientras esperan a que empiece la firma. Mis ojos se pasean por el público y empiezo a contar mentalmente cuántas personas hay, pero pierdo la cuenta después de llegar a treinta.

—Sí —digo, y le cojo el micrófono.

Cuando tengo la atención de todos los presentes, los murmullos empiezan a disiparse hasta que nos quedamos en silencio. Veo decenas de pares de ojos clavados en mí, lo cual hace que me sonroje y se me pongan los pelos de punta, pero me encantan mis lectores, así que apechugo.

—Antes de empezar, quería tomarme unos segundos para agradeceros que hayáis venido. Os aprecio mucho a todos y cada uno de vosotros y me hace tanta ilusión conoceros. ¡¿Estáis listos?! —exclamo, obligándome a sonar animada.

No es que no esté animada, sino que normalmente me siento muy incómoda en las firmas de libros. No me resulta natural interactuar con los demás, más bien me quedo mirando a la gente con cara de póquer y una sonrisa congelada después de que me pregunten algo mientras mi cerebro procesa el hecho de que ni siquiera he oído la pregunta. El motivo suele ser que el corazón me late con tanta fuerza en las orejas que no escucho.

Me acomodo en la silla y preparo el rotulador. Marietta desaparece para encargarse de otros asuntos y me desea un «mucha suerte» rápido antes de irse. Ya ha presenciado más de un percance con algún lector y tiene tendencia a sentir vergüenza ajena por mí. Supongo que es una de las desventajas de representar a una paria social.

«Marietta, vuelve. Es mucho más divertido cuando no soy la única que se avergüenza».

Se me acerca la primera lectora con el libro *La nómada* en las manos. Tiene la cara llena de pecas y me sonríe de oreja a oreja.

—¡Ay, madre, qué ilusión conocerte! —exclama, y prácticamente empuja el libro contra mi cara, tal como habría hecho yo misma.

Esbozo una gran sonrisa y le cojo el libro con cuidado.

—Yo también me alegro de conocerte —digo—. Y, oye, las dos somos del Equipo Pecas —añado señalando nuestras caras con el índice. La chica suelta una risita nerviosa y se lleva las manos a las mejillas—. ¿Cómo te llamas? —me apresuro a preguntar antes de que nos quedemos encalladas en una conversación extraña sobre la piel.

«Venga ya, Addie, ¿y si odia las pecas? Qué tonta».

—Megan —responde, y a continuación me deletrea su nombre.

Me tiembla la mano mientras escribo minuciosamente su nombre y una nota de agradecimiento. La firma me sale un poco torpe, pero eso en realidad representa bastante bien toda mi existencia.

Le devuelvo el libro y le doy las gracias con una sonrisa sincera.

Cuando se acerca la siguiente lectora, me noto una presión en el rostro. Hay alguien observándome. Sin embargo, es un pensamiento de lo más idiota, porque literalmente toda la gente de la librería tiene la vista clavada en mí.

Intento ignorarlo y le dedico una amplia sonrisa a la lectora, pero la sensación se intensifica más y más hasta que siento unas abejas revoloteando por debajo de mi piel mientras una antorcha se me pega al cuerpo. Es… Es algo que no había sentido nunca. Se me ponen de punta los pelos de la nuca y noto que se me calientan las mejillas hasta teñirse de un rojo vivo.

Tengo la mitad de mi atención puesta en el libro que estoy firmando y en la lectora que me habla muy ilusionada, y la otra mitad está concentrada en la multitud. Paseo sutilmente la mirada por toda la librería intentando encontrar la fuente de mi incomodidad sin que resulte obvio.

Mis ojos se posan sobre una persona solitaria que está al fondo. Un hombre. La aglomeración de gente me tapa la mayoría de su cuerpo y solo consigo ver algunos fragmentos de su cara cuando quedan a la vista en los huecos entre las cabezas de los demás, pero lo que consigo ver hace que me quede con la mano inmóvil a medias de escribir una palabra.

Sus ojos. Uno muy oscuro y que parece no acabar nunca, como si estuviera mirando al interior de un pozo. El otro, de un azul gélido tan claro que casi parece blanco y que me recuerda a los ojos de un *husky*. Una cicatriz le atraviesa verticalmente el rostro por el ojo descolorido, como si no reclamara toda mi atención ya de por sí.

Entonces alguien carraspea y doy un brinco, aparto la mirada de él y me concentro en el libro. He dejado el rotulador apoyado sobre la página y ha creado un gran punto de tinta negra.

—Perdona —murmuro, y termino de firmárselo. Cojo un marcapáginas y también lo firmo antes de meterlo entre las páginas a modo de disculpa.

La chica esboza una sonrisa desbordante que demuestra que ha olvidado el error y se va con su libro. Cuando levanto la vista para buscar al hombre, ya no está.

—Addie, lo que necesitas es echar un polvo.

Como respuesta, envuelvo los labios alrededor de la pajita y sorbo el Martini de arándanos tan profundamente como me lo permite la boca. Daya, mi mejor amiga, me observa poco impresionada e impaciente, si me baso en su ceja arqueada.

Me parece que necesito una boca más grande. Me cabría más alcohol.

Sin embargo, no lo digo en voz alta, porque me apuesto la nalga izquierda a que su réplica sería que la usaría «para una polla más grande».

Continúo sorbiendo de la pajita, y ella extiende la mano hacia mí y me la quita de los labios. Ya hace quince segundos que he llegado al final del vaso y todo este rato he estado sorbiendo aire. Mi boca no ha tenido tanto tema desde hace un año.

—Ey, mi espacio personal —balbuceo dejando el vaso en la mesa, y evito hacer contacto visual con mi amiga mientras busco a la camarera del restaurante para pedirle otro Martini. Cuanto antes vuelva a tener la pajita en la boca, antes podré volver a esquivar esta conversación.

—No seas una zorra intentando cambiar de tema. Se te da fatal.

Nuestros ojos se encuentran durante un instante y al final las dos nos echamos a reír.

—Al parecer, también se me da fatal ligar —digo cuando nos calmamos, y Daya me mira divertida.

—Has tenido muchas oportunidades, pero es que no las aprovechas. Eres una mujer de veintiséis años, estás muy buena, tienes pecas, unas tetas fantásticas y un culo que flipas. Los hombres están esperándote.

Me encojo de hombros para evitar esta conversación otra vez. Daya no se equivoca del todo, como mínimo en lo de tener opciones, pero no me interesa ninguna. Todos los tíos me aburren. Lo único que consigo es «qué llevas puesto» y «quieres venir a casa, carita guiñando el ojo» a la una de la madrugada. Llevo puestos los mismos pantalones de chándal desde hace una semana, hay una mancha misteriosa en mi entrepierna y no, no quiero ir a tu puta casa.

Mi amiga extiende la mano, expectante.

—Dame el móvil.

Abro mucho los ojos.

—Y una mierda.

—Adeline Reilly. Dame. El. Móvil. Joder.

—¿O qué? —la tiento.

—O me abalanzaré sobre la mesa, te morirás de la vergüenza y me saldré con la mía igualmente.

Por fin veo a la camarera y le hago un gesto para llamar su atención. Estoy desesperada. Se acerca muy rápido, porque seguramente se piensa que tengo algún problema, aunque el único problema al que me enfrento ahora mismo es que mi amiga es una pesada.

Para hacer un poco de tiempo, le pregunto a la camarera qué bebida prefiere ella. Volvería a repasar el menú de las bebidas si no fuese feo hacerla esperar cuando tiene que atender a otros clientes, así que al final escojo un Martini de fresa en lugar del de manzana verde, y la chica se va enseguida.

Suspiro.

Daya todavía tiene la mano extendida con firmeza y le planto el móvil bruscamente sobre la palma porque la odio. Ella me sonríe triunfante y empieza a escribir. El brillo travieso de su mirada se acentúa cada vez más mientras mueve los pulgares a velocidad turbo, lo cual hace que

los aros dorados que le envuelven los dedos prácticamente se hagan borrosos.

Tiene los ojos verde salvia iluminados con la clase de maldad que solo se encontraría en la *Biblia satánica*. Si indagara un poco, estoy segura de que encontraría una foto suya en el libro: una chica que está buenísima con la piel morena oscura, el pelo negro completamente liso y un aro dorado en la nariz.

Seguramente es un súcubo malvado o algo así.

—¿A quién le escribes? —gruño, y casi me pongo a zapatear como una niña pequeña. Consigo reprimirme, pero he estado a punto de liberar un poco de mi ansiedad social haciendo una locura como tener una pataleta en medio del restaurante. Seguramente no ayuda que ya vaya por el tercer Martini y esté un poco envalentonada en este momento.

Mi amiga levanta la vista, bloquea el móvil y me lo devuelve al cabo de unos segundos. De inmediato lo desbloqueo, empiezo a buscar entre mis mensajes y vuelvo a gruñir cuando veo que le ha enviado unos mensajes a Greyson. Y no son unos mensajes cualesquiera, no, son todos sexuales.

—«Ven esta noche y cómeme el coño. Me muero por sentir tu polla enorme» —leo en voz alta con frialdad. Y eso ni siquiera es todo; luego se pone a hablar de que estoy muy cachonda y me toco cada noche pensando en él. Gruño y la fulmino con la mirada, asqueada.

—¡Yo nunca diría algo así! ¡Ni siquiera hablo de esta manera, cabrona!

Daya suelta una risotada y deja a la vista el pequeño hueco que tiene entre los dos incisivos centrales.

Cuánto la odio.

Mi móvil emite un pequeño ruido, y Daya prácticamente se pone a dar saltitos en su silla mientras yo me planteo buscar en Google la información de contacto de *1.000 maneras de morir* para mandarles una nueva historia.

—Léelo —me exige, extendiendo sus manos ansiosas hacia mí para intentar cogerme el teléfono y ver qué ha dicho.

Lo aparto de su alcance y abro el mensaje:

GREYSON: Ya era hora de que entraras en razón, nena. Te veo a las ocho.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero te odio con toda mi alma, de verdad —gruño frunciendo el ceño otra vez.

Ella sonríe y sorbe de su bebida.

—Yo también te quiero, amor.

—Joder, Addie, te he echado de menos —murmura Greyson en mi cuello mientras me empotra contra la pared.

Por la mañana tendré un moratón en el coxis. Pongo los ojos en blanco cuando vuelve a babosearme el cuello y gime al empujar la polla contra el ápice de mis muslos.

Al final he decidido que tenía que desahogarme, así que no he cancelado los planes con Greyson como quería. Como quiero. Y me arrepiento de haber tomado esa decisión.

Ahora me tiene inmovilizada contra la pared del espeluznante pasillo de mi casa. Unos apliques antiguos decoran las paredes de color rojo sangre, así como decenas de fotos familiares de varias generaciones. Siento como si me estuvieran observando con desprecio y decepción al ver que un tío está a punto de follarse a su descendiente delante de ellos.

Solo funcionan algunas lámparas y no sirven más que para iluminar las telarañas que las recubren. El resto del pasillo está completamente a oscuras, y espero que de un momento a otro aparezca el demonio de *El grito* arrastrándose por el suelo para darme una excusa para irme corriendo.

A estas alturas tengo claro que le haría una zancadilla a Greyson cuando se fuera, y no me avergüenzo lo más mínimo.

Me murmura algunas guarradas en la oreja mientras inspecciono el aplique que tenemos sobre la cabeza. Greyson comentó una vez de pasada que le dan miedo las arañas, así que me pregunto si puedo alzar la mano disimuladamente, coger una y metérsela por la parte trasera del cuello de la camisa. Eso haría que saliera de aquí por piernas, y seguramente le daría demasiada vergüenza volver a hablarme. Un plan perfecto.

Justamente cuando estoy a punto de hacerlo, retrocede jadeando después de haber estado todo este rato liándose él solito con mi cuello. Es como si esperara que mi cuello le devolviera la lengüetada o algo así.

Tiene el pelo cobrizo revuelto por mis manos y su pálida piel está sonrojada. Supongo que es la maldición de ser pelirrojo.

En términos de físico, Greyson reúne todos los puntos a su favor. Está buenísimo, con un cuerpazo y una sonrisa preciosa. La pena es que no sepa follar y que sea un gilipollas de remate.

—Vamos a la habitación. Necesito entrar en ti ahora mismo.

Por dentro me estremezco, y por fuera… también. Intento disimularlo sacándome la camisa por encima de la cabeza. Él tiene el intervalo de atención de un beagle y, como sospechaba, enseguida olvida mi pequeño desliz y clava la vista en mis tetas.

Daya también tenía razón en esto: sí que tengo unas tetas fantásticas.

Greyson alza las manos para arrancarme el sujetador del cuerpo —creo que le habría dado una bofetada si lo hubiera roto de verdad—, pero se queda congelado cuando un fuerte golpe proveniente de la planta principal nos interrumpe.

Es un ruido tan repentino y violento que se me escapa un gritito y se me acelera el corazón. Nuestros ojos se encuentran en un silencio estupefacto. Alguien está llamando a la puerta de entrada y no parece que esa persona sea demasiado agradable.

—¿Esperas a alguien? —pregunta dejando caer la mano. Parece frustrado de que nos hayan interrumpido.

—No —balbuceo.

Me apresuro a volver a ponerme la camisa (al revés) y bajo corriendo las escaleras, que chirrían por el peso de mi cuerpo. Me tomo un momento para mirar por la ventana que está al lado de la puerta y frunzo el ceño al ver que en el porche delantero no hay nadie. Suelto la cortina y me quedo de pie frente a la puerta mientras la quietud de la noche se cierne sobre la casa.

Greyson se me acerca por detrás y me mira confundido.

—Hum… ¿Vas a abrir? —pregunta como un tonto, y me señala la puerta como si no supiera que la tengo delante de las narices.

Me gustaría darle las gracias por indicarme dónde está la puerta simplemente para ser una cabrona, pero al final me reprimo por los pelos. Hay algo en ese golpe que ha hecho que se me enciendan todas las alarmas. Ha sonado agresivo, enfadado, como si alguien hubiera golpeado la puerta con todas sus fuerzas.

Un hombre de verdad se ofrecería a ir a ver quién hay después de oír un sonido tan violento, sobre todo cuando estamos rodeados por un kilómetro y medio de denso bosque y una caída de treinta metros hasta el agua.

En cambio, Greyson se me queda mirando expectante. Y un poco como si fuera estúpida. Resoplo, desbloqueo la puerta y la abro de par en par.

De nuevo, no veo a nadie. Salgo al porche y la tarima de madera podrida se lamenta bajo mis pies. Un viento frío me despeina la melena de color canela, y los mechones me hacen cosquillas en la cara y provocan que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. Con la piel de gallina, me pongo el pelo detrás de las orejas y camino hasta un extremo del porche, me inclino sobre la barandilla y miro hacia un lado de la casa. Nadie.

Tampoco hay nadie en el otro lado de la casa.

Sería muy fácil que alguien estuviera observándome desde el bosque, pero me resulta imposible saberlo por la oscuridad. A menos que me acerque y lo investigue yo misma.

Y, aunque me encantan las películas de terror, no tengo ningún interés en protagonizar una.

Greyson aparece a mi lado y escanea los árboles con la mirada.

Alguien está observándome. Lo noto. Estoy tan segura de ello como de que existe la fuerza de la gravedad.

Vuelvo a sentir un escalofrío, esta vez acompañado de un chute de adrenalina. Es la misma sensación que tengo cuando veo una película de miedo. Empieza con los latidos de mi corazón y luego se me instala una presión en el estómago, que al final llega hasta lo más profundo de mí. Me muevo nerviosa, no estoy del todo cómoda con esta sensación.

Con un resoplido, me apresuro a volver a entrar en la casa y subo las escaleras. Greyson me sigue de cerca. No me doy cuenta de que está desnudándose por el pasillo hasta que entra en mi habitación después de mí. Cuando me giro, me lo encuentro en pelotas.

—¿En serio? —le espeto. Vaya puto idiota. Alguien acaba de llamar a mi puerta con toda la mala hostia del mundo y él enseguida está listo para retomar las cosas donde las ha dejado: baboseándome el cuello como si intentara sorber la gelatina de un envase.

—¿Qué? —pregunta incrédulo extendiendo los brazos hacia los lados.

—¿Acaso no acabas de oír lo mismo que yo? Alguien ha golpeado la puerta de mi casa, y ha dado bastante miedo. No estoy de humor para el sexo ahora mismo.

¿Qué ha sido de la caballerosidad? Me parece que un hombre normal me preguntaría si estoy bien, intentaría averiguar cómo me siento, quizá querría asegurarse de que esté cómoda y relajada antes de meterme la polla.

No sé, se adaptaría a la puta situación.

—¿Lo dices de verdad? —insiste, y veo que se le encienden los ojos marrones por la rabia. Son de un color de mierda, igual que tiene una personalidad de mierda y unas habilidades

sexuales aún peores. El tío parece un pescado por cómo se menea cuando folla. Ya puestos, podría exponerse desnudo en una lonja, tendría más oportunidades de encontrar a alguien que quisiera llevárselo a casa. Y esa persona no seré yo.

—Sí, lo digo de verdad —respondo exasperada.

—Joder, Addie —me suelta, y recoge de muy mala leche un calcetín y se lo pone. Parece un idiota: totalmente desnudo salvo por un calcetín, porque el resto de su ropa sigue tirada de forma aleatoria por el pasillo.

Sale de la habitación con grandes zancadas y va cogiendo las prendas de ropa a medida que avanza. Cuando llega a la mitad del largo pasillo, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Eres una zorra, Addie. Siempre me calientas y me dejas con las ganas, y ya estoy harto. No quiero saber nada más de ti ni de esta casa que da puto miedo.

—Y tú eres un gilipollas, Greyson. Vete de mi casa ahora mismo, joder.

Al principio abre mucho los ojos porque no se lo esperaba, pero luego los entrecierra rabioso. Se gira y, con un movimiento de brazo, atraviesa la pared con el puño.

Se me escapa un grito cuando medio brazo de Grayson desaparece entre el yeso y me quedo boquiabierta, sorprendida e incrédula.

—Como me niegas el tuyo, he pensado que haría mi propio agujero para meterla. Arréglalo, puta —me espeta, y se va echando humo por las orejas todavía con un solo calcetín puesto y una montaña de ropa en un brazo.

—¡Cabronazo! —chillo, y me apresuro a examinar el agujero enorme que me ha dejado en la pared.

Un minuto más tarde oigo desde la planta inferior que la puerta principal se cierra de un portazo.

Espero que esa misteriosa persona todavía esté ahí fuera y que asesine a este gilipollas cuando solo lleva puesto un calcetín.

4 de abril de 1944

Hay un desconocido al otro lado de la ventana.

No sé quién es ni qué quiere de mí, pero creo que me conoce. Me observa por las ventanas cuando John no está en casa. Lleva puesto un sombrero de copa, así que no le veo la cara, y he intentado acercarme a él, pero se aleja cada vez que lo hago.

Todavía no se lo he contado a John. No soy capaz de decir por qué, pero hay algo que me impide abrir la boca y confesarle que un hombre me observa. John no se lo tomaría bien. Saldría con la escopeta para intentar encontrarlo.

Tengo que admitir que me asusta más lo que le pasaría a mi visitante en caso de que mi marido lo lograra.

Este hombre me da mucho miedo.

Pero, por el amor de Dios, también me tiene intrigada.

CAPÍTULO 2

La sombra

Los gritos de dolor rebotando por las paredes de hormigón empiezan a ser un poco molestos.

A veces es muy pesado ser el hacker y el sicario. Me encanta hacer daño a la gente, pero esta noche no tengo ni un puto ápice de paciencia para este cabrón que no deja de quejarse.

Y, normalmente, tengo la paciencia de un santo.

Sé esperar para obtener lo que más deseo, pero me pongo ligeramente de mal humor cuando estoy intentando conseguir alguna respuesta de verdad y el tío está demasiado ocupado cagándose encima o llorando para darme una respuesta coherente.

—Este cuchillo está a punto de atravesarte medio ojo —le advierto—. Ni siquiera tendré la piedad de clavártelo hasta el fondo del cerebro.

—Joder, tío —lloriquea—. Ya te he dicho que solo he ido al almacén unas cuantas veces. No sé nada de ningún puto ritual.

—O sea, que lo que estás diciendo es que eres inútil —resumo, acercando el filo hacia su ojo.

Él cierra los ojos con fuerza, como si una capa de piel de unos pocos milímetros de grosor fuese a evitar que el cuchillo le atravesara el ojo.

Qué puto ridículo.

—No, no, no —suplica—. Conozco a alguien de allá que quizá podrá darte más información.

Por la nariz le caen unas gotas de sudor mezcladas con la sangre de la cara. El cabello rubio y graso, falto de un corte de pelo, se le ha pegado a la frente y a la nuca. En realidad, supongo que ya no puede considerarse rubio, porque ahora está teñido de rojo.

Le he amputado una oreja, además de arrancarle diez uñas, cortarle los dos tendones de Aquiles y apuñalarlo en un par de puntos en concreto para evitar que el muy cabrón se desangre demasiado deprisa. Además, tiene tantos huesos rotos que es imposible contarlos.

Este gilipollas no podrá levantarse e irse por su propio pie, eso está claro.

—Menos llorar y más hablar —bramo rascando la punta del cuchillo contra su párpado, que todavía está cerrado.

Se encoge intentando apartarse del arma blanca y se le empiezan a escapar las lágrimas por debajo de las pestañas.

—S-se llama Fernando. Es uno de los líderes de operaciones y se encarga de enviar a las

mulas para ayudar a secuestrar a las chicas. E-es un tío muy importante en el almacén, b-básicamente es quien lo controla todo.

—¿Fernando qué más? —le espeto.

Solloza antes de continuar:

—No lo sé, tío. Se presentó como Fernando a secas.

—¿Y qué aspecto tiene? —gruño entre dientes, impaciente.

Él se sorbe los mocos, que le caen por los labios resecos.

—Es mexicano, calvo, tiene una cicatriz a la altura de la línea del pelo y barba. Enseguida reconocerás la cicatriz, es bastante jodida.

Hago rodar la cabeza y gruño a medida que me petan los huesos. Joder, qué día tan largo.

—Genial, gracias, tío —digo como si nada, como si no llevara tres horas torturándolo muy despacio.

Se le tranquiliza la respiración y me mira con esos feos ojos marrones que irradian esperanza. Casi me río al verlo.

—¿V-vas a dejarme ir? —pregunta observándome como si fuese un puto cachorrillo abandonado.

—Claro —canturreo—. Si puedes levantarte e irte tú solito.

Baja la vista hacia sus talones mutilados. Sabe tan bien como yo que, si intenta levantarse, su cuerpo enseguida se abalanzará hacia delante.

—Por favor, tío —balbucea—. ¿Puedes echarme una mano?

Asiento lentamente.

—Sí, creo que sí —respondo y, con un movimiento de brazo, le clavo el cuchillo entero por la pupila.

Muere al instante. Ni siquiera le ha desaparecido toda la esperanza de los ojos. O, más bien, del ojo.

—Eres un pederasta —digo en voz alta, aunque ya no puede oírme—. Como si fuera a permitir que vivieras… —termino con una carcajada.

Al extraer el cuchillo de su ojo, el ruido de succión que produce amenaza con frustrar los planes para cenar que pudiera tener en las siguientes horas, lo cual es molesto porque siento hambre. Aunque lo paso bien con una buena sesión de tortura, sin duda no soy un gilipollas que disfrute de los sonidos que la acompañan.

Los borboteos, los sorbidos y los demás sonidos extraños que hacen los cuerpos al enfrentarse a dolores extremos y a objetos que se les clavan no es la clase de música con la que me gusta quedarme dormido.

Y ahora viene la peor parte: descuartizar el cuerpo y deshacerme de los fragmentos adecuadamente. No me fío de que lo hagan otras personas en mi lugar, así que no me queda más remedio que aguantar esta tarea pesada y sucia.

Suspiro. ¿Qué es lo que se suele decir? ¿Que, si quieres que el trabajo se haga bien, tienes que hacerlo tú mismo?

Bueno, en este caso, si no quieres que te pillen y te acusen de asesinato, deshazte del cuerpo tú mismo.

Parece que sean las diez de la noche, pero en realidad solo son las cinco de la tarde. Aunque es una mierda después de haber estado deshaciéndome de unos restos humanos, lo que me apetece es una buena hamburguesa.

Mi hamburguesería preferida está junto a la Tercera Avenida y no queda muy lejos en coche de mi casa. El aparcamiento en Seattle está muy jodido, así que me veo obligado a dejar el coche a unas cuantas manzanas y hacer a pie el resto del trayecto.

Se acerca una tormenta, y pronto una cortina de lluvia nos caerá sobre la cabeza y los hombros como si fuesen picahielos; así es el clima en Seattle.

Silbo una melodía cualquiera mientras recorro la calle y paso por delante de varias tiendas con mucha gente entrando y saliendo cual hormigas obreras. Un poco más adelante hay una librería con las luces encendidas, y el cálido resplandor del local brilla sobre el suelo frío y mojado invitando a los transeúntes a adentrarse en su interior. Al acercarme veo que está repleto de gente.

Le dedico una rápida mirada antes de continuar andando. No me interesan los libros de ficción; solo leo libros que vayan a enseñarme algo, sobre todo si se trata de informática y hackeo, pero a estas alturas ya no encuentro nada que pueda aprender de esa clase de libros. Decir que domino estos ámbitos es quedarme corto.

Estoy girando la cabeza para mirar hacia alguna otra chorrada cuando mis ojos se posan sobre un cartel que hay justo fuera de la librería; una cara con una sonrisa de oreja a oreja que me devuelve la mirada.

Sin permiso, mis pies se ralentizan hasta que quedan enganchados a la acera. Alguien choca conmigo por detrás; su corta estatura apenas me empuja hacia delante, pero consigue que salga de este extraño trance en el que me he sumido.

Me vuelvo para fulminar con la mirada al tío rabioso que está detrás de mí, que ya ha abierto la boca y se prepara para insultarme, pero en cuanto ve la cicatriz de mi cara empieza a alejarse medio andando, medio corriendo. Me reiría si no estuviera tan distraído.

Ante mí veo la fotografía de una autora que está haciendo una firma de libros.

Y, joder, la chica es increíble.

Tiene una melena larga y ondulada de color canela, con el pelo recogido sobre sus delicados hombros. Su piel es cremosa, de un tono marfil, con pecas claras y esporádicas en la nariz y las mejillas, sin tapar su inocente rostro.

Sus ojos son lo que me atrae. Sensuales y rasgados, la clase de ojos que siempre parecen seductores sin intentarlo. Son casi del mismo color que su cabello: de un excepcional marrón muy suave. Una mirada de esta chica y cualquier hombre se arrodillaría ante ella.

Sus labios son carnosos y rosados, y se estrechan en una sonrisa radiante que deja a la vista sus dientes blancos y rectos.

Me fijo en el nombre que hay escrito bajo la fotografía:

«Adeline Reilly».

Un nombre precioso perfecto para una diosa.

No tiene esa belleza artificial que se ve en todas las cubiertas de las revistas, aunque fácilmente podría aparecer en una de esas publicaciones sin tener que recurrir a Photoshop ni a ninguna cirugía, gracias a sus rasgos naturales.

He visto a muchas mujeres preciosas a lo largo de mi vida. Y también me he follado a muchas.

Pero hay algo de ella que me cautiva. Es como si un huracán me pisara los talones y me empujara hacia delante, sin dejarme opción a resistirme. Mis pies me llevan hasta la librería, y con las botas negras empapo el felpudo que hay en la entrada.

En el establecimiento se respira únicamente el aroma que desprenden los libros usados, aunque está contaminado por la gran multitud que abarrota el espacio. Este local tan pequeño no está pensado para acoger más de diez estanterías grandes dispuestas en el lado izquierdo de la sala, un pequeño escritorio a la derecha para cobrar a los clientes y quizá treinta personas como máximo. Ahora, en el centro, hay una gran mesa donde está sentada la autora y habrá como mínimo el doble del aforo permitido.

Aquí dentro hace demasiado calor. Hay demasiada gente.

Y el gilipollas que tengo a mi lado está hurgándose la nariz todo el rato. Su mano asquerosa no deja de toquetear el libro que sostiene, en cuya portada veo que dice «Reilly».

Pobre chica. Obligada a firmar un libro que seguramente está lleno de mocos.

Justo cuando abro la boca para decirle a este imbécil que deje de buscar un tesoro en los agujeros de la nariz, parece que se me abren las puertas al cielo.

En ese segundo, la gente que hay delante de nosotros se aparta para crear un ángulo perfecto que me ofrece unas vistas despejadas. Al principio solo la veo con el rabillo del ojo, pero basta un rápido vistazo para hacer que mi corazón caiga en picado.

Mi cabeza se gira lentamente como si fuese una de esas niñas locas escalofriantes de las películas de exorcismos, pero, en lugar de tener una sonrisa diabólica, estoy seguro de que parece que acabe de descubrir pruebas que confirman que la Tierra es plana o algo así.

Porque eso también es irrisorio de la hostia.

El oxígeno, las palabras, los pensamientos coherentes… Todo escapa de mí en cuanto veo a Adeline Reilly por primera vez en persona.

«Mierda».

Es aún más exquisita de lo que imaginé. Al verla siento debilidad en mis rodillas y se me aceleran las pulsaciones.

No sé si Dios existe de verdad. No sé si el hombre ha caminado sobre la Luna en algún momento. Tampoco sé si hay universos paralelos. Lo que sí sé es que acabo de encontrar el significado de la vida y está sentada en una mesa con una sonrisa incómoda en la cara.

Respiro profundamente y encuentro un sitio junto a la pared del fondo. No quiero acercarme demasiado todavía.

No.

Quiero observarla durante un rato.

De modo que permanezco en el fondo echándole un vistazo entre las decenas de cabezas para intentar verla bien. Gracias a Dios que soy alto, porque si fuese bajo creo que pasaría por encima de todo el mundo.

Una mujer alta y esbelta le da un micrófono a mi nueva obsesión, y por un breve instante la chica parece que esté a punto de salir corriendo. Se queda mirando el micrófono como si la mujer

le estuviera ofreciendo una cabeza cortada.

Pero su expresión desaparece en cuestión de segundos, apenas se deja entrever antes de que la autora vuelva a ponerse la máscara. Entonces le coge el aparato a la mujer y se lo lleva a sus labios temblorosos.

—Antes de empezar…

Joder, su voz es pura sensualidad. La clase de voz que solo se oye en los vídeos porno. Me muerdo el labio inferior para reprimir un gemido.

Me recuesto sobre la pared y la observo absolutamente embelesado por la pequeña criatura que hay ante mí.

Algo inexplicablemente oscuro crece en mi pecho. Es negro y malvado y cruel. Incluso peligroso.

Lo único que quiero hacer es romperla. Hacerla añicos. Y entonces juntar las piezas para amoldarlas con las mías. Me da igual que no encajen; me encargaré de que así sea.

Y sé que estoy a punto de hacer algo malo. Sé que cruzaré ciertas líneas y que nunca podré retroceder, pero no hay ni un ápice de mi ser al que le importe una mierda.

Porque estoy obsesionado.

Soy adicto.

Y estaré encantado de cruzar todas y cada una de las líneas si significa que así conseguiré que esta chica sea mía. Si significa que la obligaré a ser mía.

La decisión ya está tomada y se está solidificando en mi cerebro como si fuese granito. Y, en ese momento, sus ojos se pasean por el local y se encuentran con los míos, e impactan con tanta fuerza que mis rodillas casi ceden y me hacen caer al suelo. Las comisuras de sus ojos se redondean ligeramente, como si ella estuviera tan fascinada conmigo como yo con ella.

Y entonces la lectora que tiene delante le llama la atención y sé que tengo que irme de inmediato antes de que haga algo estúpido, como secuestrarla delante de cincuenta testigos como mínimo.

Da igual. Ahora ya no podrá escapar de mí.

Acabo de encontrar a una ratoncita y no me detendré hasta que la haya capturado.

10 de abril de 1944

Mi visitante está aquí, fuera, junto a la ventana, observándome mientras escribo. Me tiembla la mano y no estoy segura de si es por el miedo. No sería capaz de definir esta sensación ni aunque quisiera. He intentado escribir mis sentimientos, explicarlos, pero no hay suficientes palabras.

Supongo que la mejor manera de describirlo es diciendo que es emocionante.

No sé qué me ocurre, pero, por supuesto, hay algún problema muy grave en mi interior.

Cuando nuestras miradas se encuentran se me entrecorta la respiración. Mi sangre prende fuego. Es como si tuviera un cable pelado descansando sobre la piel.

Siento una reacción visceral, y me da miedo que esté desarrollando una adicción a ella.

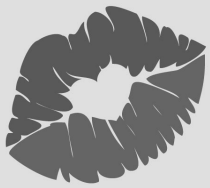
Ahora el hombre se acerca más. Nuestras miradas se encuentran con frecuencia y me distraigo mientras escribo.

Cada vez es más común. Que me distraiga. John ha empezado a darse cuenta. Me acribilla a preguntas, quiere saber en qué pienso.

¿Cómo le digo al hombre que amo que estoy pensando en otro? ¿Cómo le cuento que he empezado a visualizar a otro cuando me besa? ¿O cuando me toca?

Mi visitante se aleja, desaparece entre la oscuridad. Le tengo miedo.

Pero, aun así, estoy muy intrigada.



CAPÍTULO 3

La manipuladora

No me había imaginado que me pasaría la noche del viernes así. Rebuscando entre las paredes de una casa viejísima con vete a saber qué clase de criaturas atrapadas dentro.

De un momento a otro una ardilla con la rabia me saltará encima y se me aferrará al brazo que tengo extendido enloquecida por el hambre, dispuesta a comerse cualquier cosa después de tantos años encerrada entre estas paredes alimentándose únicamente a base de insectos.

Tengo el brazo metido hasta el hombro en el agujero de los cojones que ha hecho Greyson, con el móvil bien sujeto en la mano haciendo de linterna. Hay el espacio justo para meter el brazo y parte de la cabeza en un ángulo preciso que me permite mirar qué hay.

Todo esto es estúpido. No, yo soy estúpida.

En cuanto he oído que la puerta de casa se despedía de Greyson con una patada en el culo al salir, me he puesto a inspeccionar los daños. No es un agujero enorme, pero lo que me ha sorprendido es el gran espacio que hay entre las dos paredes. Debe de haber un metro, más o menos. ¿Y por qué lo habrían hecho así si no hubiera un buen motivo?

Me da la sensación de que un imán tira de mí hacia el agujero. Y cada vez que intento apartarme, una vibración profunda me recorre los huesos. Las puntas de los dedos me palpitan por la necesidad de extender la mano y mirar dentro de este vacío infinito para descubrir qué es lo que me llama.

Y aquí estoy, inclinada hacia delante y metiéndome por un agujero. Supongo que, si no he conseguido que me la metieran en el mío, tendré que conseguir un poco de tema así.

La linterna del móvil deja al descubierto vigas de madera, telarañas densas, polvo y bichitos muertos en el interior de la pared. Me giro hacia el otro lado y lo señalo con la luz. Nada. La densidad de las telarañas me impide ver gran cosa, así que uso el móvil como si fuera una porra para despejar el espacio.

Como se me caiga el teléfono, me enfadaré de verdad. Será imposible recuperarlo y tendré que comprarme uno nuevo.

Me estremezco al sentir que unas telarañas finas me acarician la piel, es como si unos insectos se arrastraran sobre mí. Entonces me vuelvo a girar hacia la izquierda, alumbro de nuevo el espacio y aparto con el móvil algunas telarañas más, a punto de darme por vencida e ignorar las

alarmas que se me han encendido en un primer momento y me han llevado a esta situación tan tonta.

«Allá».

Un poco más adelante hay algo que brilla bajo la luz del móvil. No es más que un pequeño reflejo, pero basta para que dé un saltito de la emoción y me golpee en la cabeza contra la gruesa pared, lo cual hace que caiga en mi pelo un poco de yeso desconchado.

«Ay».

Ignoro el sordo martilleo que me noto en la parte trasera de la cabeza, saco el brazo del agujero rápidamente y corro por el pasillo calculando más o menos a qué altura he visto ese misterioso objeto.

Descuelgo un marco de fotos del clavo donde estaba y lo dejo en el suelo con suavidad. Lo repito varias veces hasta que encuentro una fotografía de mi bisabuela sentada en una bicicleta retro con un ramo de girasoles en la cesta. Esboza una gran sonrisa y, a pesar de que la imagen está en blanco y negro, sé que lleva los labios pintados de rojo. Mi abuela decía que se pintaba los labios antes de preparar el café.

Tras descolgar la fotografía de la pared, reprimo un gritito: delante de mí hay una caja fuerte de color verde militar. Es vieja y tiene una cerradura con un simple dial. Los pulmones me arden por la emoción mientras recorro el dial con los dedos.

He encontrado un tesoro. Y supongo que debo agradecérselo a Greyson, aunque me gustaría pensar que tarde o temprano habría quitado estas fotografías con tal de no tener a mis antepasados mirándome por encima del hombro debido a mis decisiones sumamente cuestionables.

Todavía estoy observando la caja fuerte cuando una brisa fría me inunda todo el cuerpo y me hiela la sangre. Ante el repentino cambio de temperatura, me giro y escaneo el pasillo vacío con la mirada.

Me castañetean los dientes y creo que veo el vaho que escapa de mi boca al exhalar. Y, tan rápido como ha venido, desaparece. Lentamente mi cuerpo recupera una temperatura normal, pero el escalofrío que me ha recorrido toda la columna vertebral no se disipa.

Soy incapaz de apartar la vista del espacio vacío, esperando a que ocurra algo, pero los minutos van pasando y yo sigo aquí plantada.

«Addie, concéntrate».

Coloco la fotografía en el suelo con mucho cuidado, decido dejar de lado el extraño estremecimiento que he sentido y busco en Google cómo abrir una caja fuerte. Después de visitar diversos foros que detallan un proceso paso a paso, me voy corriendo hacia el garaje, donde acumula polvo la caja de herramientas de mi abuelo.

Esta estancia nunca se ha usado para los coches, ni siquiera cuando la propietaria de la casa era mi abuela. En cambio, se ha amontonado porquería de varias generaciones, mayoritariamente las herramientas de mi abuelo y algunos trastos de la casa. Cojo las herramientas que necesito, corro escaleras arriba y, a continuación, intento forzar la caja. Este armatoste viejo tiene una protección bastante pésima, pero supongo que quienquiera que lo escondiera no esperaba que nadie lo encontrara de verdad. Como mínimo, no mientras él o ella estuviera vivo.

Tras varios intentos fallidos, muchos gruñidos de frustración y de aplastarme el dedo por accidente, al final consigo abrir la maldita caja fuerte. Vuelvo a encender la linterna del móvil y

veo que en el interior hay tres cuadernos con tapas de cuero. No hay dinero. Ni joyas. Nada de valor real, como mínimo valor económico.

Tampoco esperaba encontrarme esa clase de cosas, pero la verdad es que me sorprende que no haya nada así, teniendo en cuenta que la gente en general usa las cajas fuertes precisamente para eso.

Al sacar los cuadernos, me deleito con la suavidad del cuero bajo la yema de mis dedos y se me dibuja una sonrisa en la cara al acariciar la inscripción que hay en el primero:

«Genevieve Matilda Parsons».

Mi bisabuela, la madre de mi abuela. La mujer que aparece en la fotografía que escondía la caja fuerte, famosa por su pintalabios rojo y su sonrisa alegre. Mi abuela siempre me dijo que su madre se hacía llamar Gigi.

Les echo un vistazo rápido a los otros dos cuadernos y veo que hay el mismo nombre. ¿Sus diarios? Tiene que ser eso.

Aturdida, voy hasta mi habitación, cierro la puerta detrás de mí y me acomodo en la cama con las piernas cruzadas. Cada cuaderno está envuelto con una cuerda de cuero para que se mantengan cerrados. El mundo exterior desaparece cuando cojo la primera libreta, desenrollo la cuerda con cuidado y la abro.

Sí que es un diario. En cada página veo una entrada escrita en una caligrafía femenina, y al final siempre hay un beso con el famoso pintalabios de mi bisabuela.

Murió antes de que yo naciera, pero de pequeña oí un sinfín de historias sobre ella, y mi abuela decía que heredó de su madre su personalidad salvaje y su lengua afilada. Me pregunto si sabía que existían estos diarios, si llegó a leerlos en algún momento.

Si Genevieve Parsons era tan alocada como aseguraba mi abuela, entonces me imagino que estos diarios estarán repletos de todo tipo de historias que lo demostrarán. Abro los otros dos cuadernos con una sonrisa y confirmo la fecha en la primera página de cada uno para asegurarme de que empiezo desde el primero.

Y me quedo despierta toda la noche leyendo, cada vez más perturbada a medida que avanzo.

Un sonido procedente de la planta inferior me despierta de un sueño inquieto. Es como si me sacaran a la fuerza de una niebla densa y persistente que se niega a abandonar el descanso de mi cerebro.

Parpadeo y me quedo mirando la puerta cerrada, concentrándome en su tenue contorno, hasta que mi cabeza procesa lo que he oído. Mi corazón va mucho más adelantado y los músculos del pecho ya me laten deprisa mientras se me ponen de punta los pelos de la nuca.

Una nube de inquietud se asienta en mi estómago y no es hasta varios segundos más tarde que me doy cuenta de que el sonido que he oído era la puerta de entrada cerrándose.

Me incorporo despacio y salgo de debajo de las sábanas. La adrenalina fluye por todo mi cuerpo y de pronto estoy despierta al cien por cien.

Hace unos instantes había alguien en mi casa.

El sonido podría haber sido cualquier cosa. Podrían ser los cimientos de la casa asentándose. O, mierda, quizá un par de fantasmas liándola. Sin embargo, al igual que a veces el instinto te dice que está a punto de pasar algo malo, en este momento me indica que había alguien en mi puta casa.

¿Es la misma persona que antes ha llamado a la puerta? Tiene que serlo, ¿no? Sería una coincidencia demasiado grande que un desconocido haga una excursión de casi dos kilómetros hasta la casa simplemente para llamar a la puerta y marcharse. Ahora ha vuelto.

Si es que acaso ha llegado a irse antes.

Me levanto de la cama temblando y un escalofrío gélido me recorre todo el cuerpo y hace que se me ponga la piel de gallina. Me estremezco, cojo el móvil de la mesita de noche y camino sigilosamente hasta la puerta de mi dormitorio. La abro muy poco a poco y me encojo al oír el fuerte chirrido que produce.

Necesito que el Hombre de Hojalata me engrase las bisagras de la puerta tanto como necesito la valentía del León. Estoy temblando como una hoja, pero me niego a acobardarme y permitir que alguien se pasee por mi casa como si nada.

Aprieto el interruptor y las pocas luces que funcionan se encienden con un titileo. Iluminan el pasillo lo suficiente para que mi cerebro me juegue una mala pasada y esboce sombras de personas escondidas más allá de la luz. Mientras me acerco con lentitud a la escalera, siento que los ojos de las fotografías que decoran las paredes me observan al pasar.

Me observan cometiendo otro error estúpido. Como si dijeran: «No seas tonta, chica, están a punto de asesinarte».

«Mira a tu espalda».

«Lo tienes justo detrás».

Este último pensamiento hace que me quede sin aliento y me dé la vuelta, aunque ya sé que en realidad no hay nadie detrás de mí. Mi cerebro de mierda tiene una imaginación demasiado desenfrenada.

Es una característica que me va de perlas para mi carrera profesional, pero en este puto momento no la agradezco para nada.

Continúo avanzando más deprisa, bajo las escaleras y me apresuro a encender las luces, aunque se me escapa una mueca porque tanto brillo me quema las retinas.

Mejor esto que la alternativa.

Me moriría de inmediato si me pusiera a buscar por la casa con un solo foco de luz y de golpe me encontrara a alguien merodeando por aquí. En un instante no hay nadie y, al siguiente «hola», aquí está mi asesino. Y una puta mierda.

Como no encuentro a nadie ni en el salón ni en la cocina, doy media vuelta e intento girar el pomo de la puerta principal, pero sigue estando cerrado con llave. Esto significa que, de alguna manera, la persona que acaba de irse ha podido cerrar con llave.

O puede que no se haya ido.

Resoplando, recorro el salón con grandes zancadas y me voy directa hacia los cuchillos que tengo en la cocina.

Sin embargo, con el rabillo del ojo me fijo en algo que descansa sobre la isla de la cocina y me quedo inmóvil del asombro. Mi vista se clava en ese punto y se me escapa una maldición entre

los labios cuando veo que sobre la encimera hay una única rosa roja.

Observo la flor como si fuese una tarántula viva que me devuelve la mirada y me desafía a acercarme. Si lo hago, estoy segura de que me engullirá.

Suelto una respiración entrecortada, cojo la rosa y la giro entre mis dedos. Alguien ha cortado las espinas del tallo, y curiosamente me da la sensación de que lo ha hecho a propósito para evitar que me haga daño en los dedos.

Pero eso es una locura. Si alguien se cuela en mi casa por la noche y me deja una flor, sus intenciones son cualquier cosa menos virtuosas. Lo que pretende es asustarme.

Aprieto el puño con fuerza para aplastar la flor en la palma de la mano, la tiro a la basura y luego retomo mi misión original: abro el cajón con un movimiento rápido, lo que hace que los cubiertos de plata tintineen al chocar entre sí con un gran estrépito en contraste con el silencio de la cocina y, entonces, lo cierro de golpe tras coger el cuchillo más grande. Estoy demasiado enfadada como para quedarme callada e intentar no hacer ruido.

Quienquiera que esté escondido en mi casa me oirá a un kilómetro de distancia, pero no me importa. No tengo ninguna intención de esconderme.

Estoy furiosa.

No me gusta que alguien piense que puede colarse en mi casa mientras yo estoy en la planta superior durmiendo. Y sobre todo no me gusta que me haga sentir vulnerable en mi propia casa.

¿Y encima tiene el descaro de dejarme una flor como un enfermo? Puede que le haya quitado el poder a la rosa al cortarle las espinas, pero estaré encantada de demostrarle que una rosa todavía puede ser letal cuando te la meten por la puta garganta.

Reviso a fondo la planta principal y la segunda, pero no encuentro a nadie esperándome. No es hasta que llego al final del pasillo de la segunda planta y me fijo en la puerta que conduce a la buhardilla cuando mi búsqueda se detiene abruptamente.

Me quedo congelada aquí mismo. Cada vez que intento obligar a mis pies a avanzar, regañándome a mí misma por no inspeccionar todas y cada una de las estancias de la casa, soy incapaz de moverme. Todos mis instintos me dicen a gritos que no me acerque a esa puerta.

Que, si lo hago, encontraré algo terrorífico.

La buhardilla es donde se iba mi abuela a descansar ella sola. Se pasaba días enteros ahí arriba haciendo punto mientras canturreaba alguna melodía, y en verano se ponía varios ventiladores que la enfocaban desde todas las direcciones. A veces oigo esas notas provenientes de la buhardilla, lo juro, pero nunca me atrevo a subir y echarle un vistazo.

Y es un hito que tampoco conseguiré superar esta noche. No tengo la valentía para subir. Se me está acabando la adrenalina y el agotamiento ya me pesa en los huesos.

Suspiro y arrastro los pies hasta la cocina para coger un vaso de agua. Me lo bebo entero con tres tragos antes de llenarlo de nuevo y volver a vaciarlo.

Me desplomo sobre el taburete que hay delante de la isla y finalmente dejo el cuchillo sobre el mármol. Tengo la frente empapada por una fina capa de sudor y, cuando me inclino hacia delante y descanso la cabeza sobre la encimera, noto que un escalofrío me recorre el cuerpo otra vez.

La persona ya se ha ido, pero la casa no es el único lugar en el que se ha colado esta noche.

Ahora también está en mi cabeza, exactamente como quería.

—Alguien se coló en mi casa anoche —confieso con el móvil sujeto entre la oreja y el hombro. La cuchara tintinea contra la taza de cerámica mientras remuevo el café. Ya voy por la segunda taza del día y todavía me siento como si tuviera mancuernas en lugar de ojos y mis párpados estuvieran perdiendo en una competición de levantamiento de pesas.

Después de que esa misteriosa persona se fuera ayer por la noche no pude volver a dormirme, así que inspeccioné toda la casa y comprobé que las ventanas estuvieran cerradas. Al confirmar que lo estaban me quedé aún más inquieta. Todas las puertas y las ventanas estaban cerradas antes y después de que se fuera esta persona. Así pues, ¿cómo coño consiguió entrar y salir?

—Espera, ¿qué has dicho? ¿Que alguien se coló en tu casa? —chilla Daya.

—Sí —respondo—. Me dejó una rosa roja en la encimera.

Silencio. Nunca pensé que vería a Daya Pierson quedarse sin palabras.

—Pero eso no es lo único que pasó. Supongo que es solo la peor parte de todo el puto drama que tuve anoche.

—¿Qué más ocurrió? —pregunta enseguida.

—Bueno, Greyson es un imbécil. Mientras intentaba encontrar un misterioso agujero en mi cuello con la lengua, alguien dio un golpe muy fuerte en la puerta de entrada de casa. O sea, muy muy fuerte. Fuimos a mirar, pero no había nadie. Imagino que debió de hacerlo mi nuevo amigo.

—Joder, ¿lo dices en serio?

Le cuento el resto. Empiezo por las gilipolleces de Greyson, me enrollo un poco quejándome de él, y luego le explico que atravesó la pared con el puño y se fue muy dramáticamente. No le comento nada de la caja fuerte y de los diarios que encontré, ni de lo que leí en ellos. Todavía no lo he procesado, ni la ironía de leer su sórdida historia de amor y que esa misma noche alguien se colara en mi casa.

—Hoy iré a tu casa —declara Daya cuando termino.

—Tengo que vaciarla para prepararla de cara a las reformas —respondo, agotada solo de pensar en ello.

—Pues te ayudaré. Beberemos para que sea interesante.

Se me esboza una sonrisita en la cara. Daya siempre ha sido una buena amiga.

Es mi mejor amiga desde los doce años, más o menos. Después de terminar el instituto mantuvimos el contacto, aunque ambas nos fuimos lejos de aquí a universidades diferentes. Nuestras vidas solo nos permitían vernos durante las vacaciones y, estos últimos años, en una feria encantada que se celebra una vez al año.

Después de un curso en la universidad, dejé los estudios y me dediqué a mi carrera como escritora mientras Daya estudiaba Informática. De alguna manera, consiguió meterse en un grupo de hackers y ahora básicamente hace de justiciera y expone los secretos del gobierno al público.

Nunca he conocido a nadie que crea tanto en las teorías conspirativas como ella, pero incluso yo puedo admitir que las historias que descubre son inquietantes de cojones y están respaldadas por demasiadas pruebas como para seguir considerándolas teorías.

En cualquier caso, nuestros trabajos nos permiten a ambas disponer de bastante libertad en

nuestro día a día. Tenemos más suerte que la mayoría de la gente.

—Te lo agradezco mucho, nos vemos después —digo antes de colgar.

Suspiro y dirijo la mirada hacia los diarios, que están en la isla de la cocina delante de mí. Todavía no he terminado de leer el primero y estoy nerviosa por continuar. Con cada palabra que leo, quiero desentenderme de Gigi.

Tanto como quiero ser ella.

12 de abril de 1944

Ha vuelto. Me atrevo a decir que estaría decepcionada si no lo hiciera. John se ha ido al trabajo y Serafina, al colegio. En cuanto la casa ha quedado vacía, me he puesto a esperar junto a la ventana. No es el momento del que me siento más orgullosa, lo admito.

Esta vez ha entrado en casa. Me he quedado congelada cuando lo ha hecho. Estaba muerta de miedo por lo que haría a continuación, pero a la vez esperaba su siguiente paso.

Cuando ha dejado al descubierto todo su rostro, sin sombras que ocultaran sus rasgos, se me ha entrecortado la respiración.

Es hermoso. Tiene unos ojos azules penetrantes. Una mandíbula fuerte. Y grande. Muy muy grande.

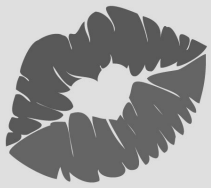
Se me ha acercado todavía negándose a hablar. Me ha acariciado la cara con los dedos. Con mucha suavidad. Me ha rodeado dejando que sus dedos se deslizaran sobre mi piel.

Su roce ha hecho que me estremeciera, y entonces ha sonreído. Al ver su sonrisa se me ha detenido el corazón.

Y luego se ha ido. Ha dado media vuelta sin decir ni una palabra.

He estado a punto de suplicarle que regresara, pero me he reprimido.

Volverá.



CAPÍTULO 4

La manipuladora

—Tu abuela era una calenturienta —anuncia Daya antes de enseñarme unas bragas de lencería viejas y llenas de polvo.

Me quedo pasmada ante el panorama que tengo delante. La idiota de mi amiga sujeta por los lados unas bragas de encaje y mueve la lengua de forma provocadora. O eso intenta.

Todo esto no podría ser más perturbador.

—Por favor, basta.

Pone los ojos en blanco dramáticamente fingiendo un orgasmo, aunque a mí me parece más bien un exorcismo.

—Estás actuando de una forma totalmente inapropiada. ¿Y si mi abuela puede verte?

Eso hace que se enderece. Se deshace de las bragas y también de su sonrisa.

—¿Crees que es un fantasma? —pregunta, escudriñando la casa con los ojos muy abiertos como si el espectro de mi abuela fuese a aparecer y ponerse a jugar al escondite con mi amiga. Hago una mueca; si fuera posible, no me extrañaría que mi abuela hiciese precisamente eso.

—Le encantaba esta casa. No me sorprendería que se hubiera quedado. —Me encojo de hombros como si nada—. He visto espectros y han pasado muchas cosas inexplicables.

—Eres una experta en hacer que se me pase la borrachera de golpe, ¿sabes, tía? —se lamenta, y lanza la ropa interior al cubo de basura con un movimiento agresivo.

Le sonrío satisfecha por la afirmación. Lo que sea para que deje de menear la lencería antigua de mi abuela delante de mis narices.

—Voy a prepararnos otra bebida —la tranquilizo, y levanto una bolsa de basura enorme y me la cargo sobre un hombro. No estoy orgullosa del jadeo que escapa de mis pulmones ni de que me ponga a sudar de inmediato.

En serio, tengo que dejar de beber y empezar a hacer más ejercicio.

Será mi propósito de Año Nuevo. Es casi seguro que lo intentaré durante una semana y luego tiraré la toalla y me prometeré a mí misma que lo intentaré de nuevo el siguiente año. Es lo que ocurre siempre.

—La mía bien fuerte. Lo necesitaré ahora que parece que me están observando unos demonios.

Vuelvo a mostrar una mueca.

—Hazles un *striptease*, así se asustarán y se irán —respondo con cara de póquer.

Una corriente de aire me pasa junto a la oreja y me revuelve el pelo, y unos segundos después un rollo de cinta adhesiva impacta contra la pared que tengo delante. Salgo de la habitación partiéndome de risa y dejo atrás los insultos de Daya.

Sabe perfectamente que es preciosa, y por eso me meto tanto con ella diciéndole lo contrario. De vez en cuando va bien que alguien le dé una lección de humildad a esa chica tan sexy. Si no lo hago, su ego se hará demasiado grande para esta tierra.

Dejo la bolsa de basura junto a la puerta de entrada y me dirijo hacia la cocina. Cojo el zumo de piña de la nevera y me giro hacia la isla para ponerme a preparar las bebidas.

Me quedo de piedra. Los pulmones se me contraen y se me hielan las venas. Mi sangre se convierte en fragmentos de hielo.

Sobre la isla hay un vaso de whisky vacío junto con otra rosa roja. Solo queda una gota del whisky de mi abuelo.

El vaso no estaba aquí antes. Ni Daya ni yo hemos bajado de la segunda planta desde hace una hora, porque las dos estábamos sumergidas hasta la cintura en cosas de gente mayor.

Doy la vuelta alrededor de los dos objetos, como si fuesen una pitón que está durmiendo y puede despertar y morderme de un momento a otro.

El corazón me retumba en las orejas cuando extiendo la mano indecisa y cojo el vaso. Lo estudio como si fuese una de esas bolas mágicas de juguete que responden a tus preguntas y fuera a revelarme quién es la persona que ha bebido de él.

Está claro que en la cocina no hay nadie más. Desde donde estoy veo la puerta de entrada, pero igualmente mis ojos recorren toda la cocina y el salón buscando a la persona que se ha colado en mi casa, ha cogido un vaso y una botella de whisky y se lo ha bebido. Mientras tanto, mi mejor amiga y yo estábamos arriba completamente ajenas al peligro que acechaba en la planta baja.

No he oído a nadie entrando. Nada de nada.

Enfadada, me acerco a la puerta de entrada con grandes zancadas y giro el pomo. Está cerrada con llave. Como siempre, joder. E innecesariamente, por lo que parece, porque el hecho de que la puerta esté cerrada con llave al parecer no basta para evitar que entre un puto loco.

—¿Y mi bebida? No seas una zorra, venga, que te oigo susurrar y tal —grita Daya muy fuerte desde la segunda planta.

—¡Ya voy! —respondo también a gritos, pero se me rompe la voz.

Vuelvo a la cocina y continúo investigando como si hubiese un portal que conduce a otro universo y esa misteriosa persona fuese a aparecer de un momento a otro.

A la derecha de la cocina hay un recibidor que conecta con el pasillo al otro lado de las escaleras. La oscuridad se extiende desde las profundidades de esa entrada y la persona a la que busco quizá esté en el pasillo, acechándome desde la penumbra, o incluso podría haberse escondido en uno de los dormitorios y estar esperando a que me acerque.

Otro chute de adrenalina me recorre todo el cuerpo. Podría convertirme en una de esas pavas tontas de las películas de miedo que se van a investigar solas, y tú quieres gritarle que no sea idiota.

¿De verdad quiero arriesgarme a conocer a la muerte así? ¿Como la gilipollas que no puede

limitarse a salir corriendo de la casa o pedir ayuda? ¿O voy a dejar que me intimide un cabrón que se cree que puede entrar en mi casa cada vez que le apetezca? Y beberse el whisky de mi abuelo. Y dejarme pruebas de ello como si le diera igual que lo pille.

Lo cual hace que me pregunte… ¿Acaso se molestaría en esconderse? Es obvio que sabe cómo entrar en la casa sin que me dé cuenta. ¿De qué le serviría esconderse en un dormitorio o en un pasillo oscuro? No le resultaría difícil atacarme en cualquier momento. Puede entrar y salir de la casa cuando le plazca.

Eso hace que sienta una ira visceral y, a la vez, me encuentre completamente indefensa. ¿En qué me ayudaría cambiar las cerraduras si, ya de entrada, no le suponen un obstáculo?

Respiro hondo y decido actuar como la pava estúpida de las pelis. Cojo un cuchillo e inspecciono toda la casa en silencio, andando sin hacer ruido. No quiero alertar a Daya ahora mismo si no es necesario.

Cuando termino, no he encontrado nada. Regreso a la cocina, cojo la rosa, arranco los pétalos del tallo y los meto en el vaso vacío.

Una parte de mí casi espera que esa misteriosa persona vuelva para que pueda admirar mi pequeña obra de arte.

—No te voy a engañar, estoy preocupada por ti —admite Daya, que se resiste a irse de mi casa.

Se ha pasado todo el día recogiendo conmigo. He alquilado un contenedor de basura y lo hemos llenado hasta que ninguna de las dos podía levantar los brazos.

Después de diez horas y varios viajes a la tienda de segunda mano, hemos terminado de vaciar la casa. Mis abuelos no eran los típicos que lo guardan todo compulsivamente, pero es fácil ir acumulando trastos y cosas que crees que necesitarás en algún momento aunque en realidad no las acabas usando nunca.

Tras la muerte de mi abuela, mamá dio un repaso a toda la casa y vendió o donó la mayoría de las cosas. Si no, yo habría tardado semanas o incluso meses.

—No te preocupes, estaré bien —digo.

He tardado casi todo el día, pero después de unas cuantas bebidas más he reunido el coraje necesario para contarle a Daya lo del vaso de whisky. No estaría bien que le oculte que alguien ha entrado en mi casa cuando ella también estaba aquí. Tampoco sería justo que no le diera la opción de irse.

Se ha puesto de los nervios, claro, y se ha pasado el resto del día intentando convencerme de que me quede en su casa, pero me niego a ceder. Estoy harta de que la gente se empeñe en que me vaya de aquí. Primero mis padres, especialmente mi madre, y ahora un puto enfermo que disfruta acosándome.

Estoy asustada, pero también soy estúpida.

Así que no me iré.

La verdad, me ha sorprendido que Daya se quedara conmigo en casa. No dejaba de mirar hacia

un lado y hacia el otro, y creo que ha preguntado: «¿Qué ha sido ese ruido?» varios miles de veces.

Pero no ha habido ningún otro incidente.

Ahora está en la puerta de casa y no quiere que esté aquí sola.

—Deja que me quede contigo —propone por enésima vez.

—No, no voy a permitir que te pongas en peligro.

Chasquea los dedos con los ojos verdes llenos de furia.

—¿Ves? Tú lo has dicho, ese es el problema, joder. Consideras que yo estaría en peligro si me quedo aquí, y entonces ¿tú qué?

Abro la boca para responder, pero me corta:

—¡Tú también estás en peligro, Addie! ¿Por qué insistes en hacerlo?

Suspiro y me paso una mano por la cara, cada vez más frustrada. No es culpa de Daya. Si la situación fuese al revés, yo también me pondría como una loca y me preguntaría si mi amiga está bien de la cabeza.

Pero me niego a huir. No puedo explicarlo, pero me parece que sería como dejar que gane la otra persona. Solo hace una semana que vivo en Parsons Manor y ya están forzándome a irme.

Soy incapaz de explicar por qué tengo la necesidad de resistir. De poner a prueba a esta misteriosa persona. De desafiarla y demostrarle que no le tengo miedo.

Aunque sea una mentira como una puta catedral. Estoy muerta de miedo, pero también soy una cabezona y, como ya he demostrado, estúpida. Sin embargo, ahora mismo no logro que me importe.

Más tarde, cuando mi acosador aparezca junto a mi cama para observarme mientras duermo, seguro que no pensaré lo mismo.

—Estaré bien, Daya, te lo prometo. Dormiré con un cuchillo de carnicero debajo de la almohada y, si hace falta, haré una barricada en mi dormitorio. Vete a saber si volverá o no.

Mi argumento es débil, pero me parece que a estas alturas ya ni siquiera lo estoy intentando. Pero no voy a irme de mi casa, joder.

¿Por qué cuando estoy en un lugar público o un entorno social tengo ganas de prenderme fuego a mí misma, pero, en cambio, si alguien se cuela en mi casa me siento muy valiente y prefiero quedarme?

Yo tampoco le veo la lógica.

—No me siento cómoda dejándote aquí. Si te mueres, lo que me queda de vida será horroroso. Viviré en la miseria, preguntándome siempre «¿y si…?». —Aplica todas las técnicas dramáticas que ha aprendido del teatro y levanta la vista hacia el techo a la vez que se lleva un dedo a la barbilla, pensativa—. «¿Seguiría viva la guarra de mi amiga si la hubiese sacado de casa arrastrándola por el pelo?» —se pregunta en voz alta con una voz fantasiosa, riéndose de su posible futuro y del mío.

Frunzo el ceño. Preferiría que no me arrastrara por el pelo, he tardado mucho en dejármelo largo.

—Si vuelve, llamaré a la policía de inmediato.

Exasperada, deja caer la mano y pone los ojos en blanco. Sus gestos son descarados; está enfadada conmigo.

Como es lógico.

—Si te mueres, me cabrearé mucho contigo, Addie.

Le dedico una sonrisa débil.

—No voy a morirme.

Espero.

Gruñe, me coge la mano bruscamente y me abraza con fuerza. Ha cedido, y lo único que siento es un alivio inmenso teñido de un deje de remordimiento.

—Llámame si vuelve.

—Vale —le miento.

Se va sin decir nada más y cierra la puerta con un portazo al salir.

Suelto una bocanada de aire, cojo un cuchillo del cajón y me voy hacia el baño cansada. Necesito una ducha larga de agua caliente y, si mi acosador decide interrumpirme justo ahora, estaré encantada de apuñalarlo.

16 de mayo de 1944

John ha estado haciéndome muchas preguntas últimamente. Siempre quiere saber a qué me dedico cuando estoy sola en casa, y le digo que cuido de nuestro hogar y hago ganchillo. Sera tiene catorce años y ya puede hacer los deberes sola, así que únicamente debo asegurarme de que John tenga un plato caliente cuando vuelve a casa. Mis responsabilidades normales y rutinarias como esposa.

John sospecha de mí.

Ha empezado a notar un cambio en mi comportamiento.

No puedo negarlo, he estado actuando de una forma diferente. Desde que ese desconocido llegó a mi vida. Por la ventana.

Todavía no me ha dicho nada. Da igual cuántas veces se lo suplique, le pregunte cómo se llama, de dónde viene, cómo me conoce, qué quiere de mí.

No sirve de nada.

Tengo tantas ganas de oírlo hablar que he empezado a ofrecerle cosas. Cosas malas.

Un beso. Un roce. Me sonríe, pero no cede.

Sus dedos me susurran en la mejilla, y luego se va y me deja esperándolo hasta la próxima vez que venga.

CAPÍTULO 5

La manipuladora

La brisa empuja mi cuerpo hacia delante, como si me instara a saltar. A dar el paso y caer en picado hacia la muerte.

«No te arrepentirás».

Ese pensamiento intrusivo que no desaparece. Por algún motivo, me da la sensación de que si impactara contra unas rocas afiladas sí me arrepentiría, como mínimo. ¿Y si no muero de inmediato? ¿Y si milagrosamente sobrevivo a la caída y me veo obligada a quedarme ahí tumbada, rota y ensangrentada hasta que mi cuerpo por fin se dé por vencido?

¿Y si mi cuerpo se niega a darse por vencido y no tengo otra alternativa que vivir el resto de mi vida en estado vegetal?

Por supuesto que me arrepentiría.

Salgo de mis cavilaciones cuando alguien carraspea cerca de mí.

—¿Oiga?

Giro la cabeza y veo a un hombre mayor, alto y con entradas, que desprende una suavidad que casi me resulta reconfortante. Tiene el pelo gris pegado a la frente por el sudor, y lleva la ropa sucia de tierra y algo pringosa.

Sus ojos se mueven entre mí y el borde del acantilado donde estoy y transmiten nerviosismo. Cree que voy a saltar. Me quedo mirándolo, sin hacer nada más, y me doy cuenta de que no le estoy dando ninguna razón para pensar lo contrario.

De todos modos, no me muevo.

—Ya nos vamos por hoy —me informa.

Su equipo y él han estado reconstruyendo el porche frontal de la casa durante todo el día para darle el lavado de cara que necesitaba urgentemente. Y así también nos aseguramos de que mi pie no atravesará la madera podrida y terminaré con sepsis.

Me mira de arriba abajo y frunce las cejas, parece que su preocupación se ha intensificado. El viento sopla con fuerza y se arremolina entre nosotros despeinándome, y después de apartarme los mechones con brusquedad veo que continúa observándome de cerca.

Cuando era pequeña, mi abuela no me dejaba acercarme al acantilado. Está a escasos quince metros de la casa y la vista es impresionante, sobre todo en el atardecer, pero de noche es

imposible ver dónde termina el acantilado si no usas una linterna.

El sol ahora está desapareciendo tras el horizonte y va sumiendo esta parcela solitaria en oscuras sombras. Yo estoy a menos de un metro del peligro, de un borde pedregoso que separa la vida y la muerte. Pronto desaparecerá.

Y, si no vigilo, yo también lo haré.

—¿Está bien, señorita? —pregunta el hombre, y da un paso hacia delante.

Por instinto, retrocedo un paso yo también… hacia el borde del acantilado. El hombre abre muchísimo sus ojos marrones e inmediatamente se detiene y alza las manos, como si quisiera evitar que me vaya con la Fuerza. Solo pretendía ayudarme, no asustarme, y yo he hecho que se cague de miedo.

Supongo que es lo que he estado haciendo todo este rato.

Miro hacia atrás y el corazón se me queda atascado en la garganta cuando veo lo cerca que he estado de caer. Lo único que siento en este momento es puro terror. Y, como un reloj, se me instala en el estómago esa embriagadora y familiar sensación, como si fuese agua escurriéndose por un desagüe.

Está claro que tengo un problema grave.

Tímidamente, doy unos cuantos pasos para apartarme del acantilado y le dedico una mirada de disculpa.

Estoy en estado de alerta.

En todos los sitios adonde voy aparecen rosas rojas. Ya hace tres semanas desde que encontré el vaso de whisky y la rosa en la encimera.

Después de que Daya se fuera, tomé una ducha caliente y larga y decidí que tenía que empezar a denunciarlo a la policía. Dejar alguna clase de prueba. Así, si de pronto encuentran mi cadáver o desaparezco, sabrán exactamente por qué.

Cuando salí de la ducha, el vaso vacío con los pétalos ya no estaba en la cocina, lo cual eliminó cualquier rastro de calidez que me quedara en el cuerpo.

Llamé a la policía de inmediato. Me hicieron el favor de redactar un informe, pero me dijeron que encontrar una rosa en lugares extraños de mi casa no era suficiente para que ellos intervinieran.

Desde entonces, los incidentes han ido escalando. No estoy segura de en qué momento exactamente me di cuenta de que tenía un acosador, pero está claro que eso es lo que ha estado pasando estas últimas tres semanas.

Si me subo al coche para ir a mi cafetería preferida a escribir, en el asiento del conductor me encontraré una rosa roja esperándome. Dentro de un coche que estaba cerrado con llave y que continuaba cerrado cuando llegué.

Nunca hay ninguna nota. Nunca hay ningún tipo de comunicación aparte de las rosas rojas con las espinas cortadas.

Mi paranoia se intensificó hace dos semanas cuando empezaron las reformas. Mucha gente entra y sale de mi casa mientras arreglan la estructura de la vivienda. Han venido electricistas, fontaneros, obreros y paisajistas.

He cambiado cada una de las ventanas de Parsons Manor y he instalado cierres nuevos en todas las puertas, pero, como me imaginaba, no ha servido de nada.

Siempre encuentra una manera de acceder.

Podría ser cualquiera de las personas que entran y salen de casa. Lo cierto es que he interrogado a algún trabajador para ver si actuaba de forma sospechosa, pero todos me miraban como si les estuviera preguntando si pueden venderme crack.

—¿Oiga? —repite el hombre.

Sacudo la cabeza en un triste intento de concentrarme otra vez en la conversación.

—Lo siento mucho, estoy muy despistada —digo atropelladamente, y muevo una mano delante de mí con gesto apaciguador.

Me siento como una auténtica cabrona por comportarme así.

Si hubiese caído, el pobre hombre seguramente se habría culpado a sí mismo. Hubiese sido fácil que la tierra cediera bajo mis pies, o podría haber dado un paso demasiado grande y haberme muerto simplemente porque él estaba preocupado.

Habría vivido el resto de su vida sintiéndose culpable, y quién sabe cómo acabaría a causa de eso.

—No pasa nada —dice, mirándome todavía con cierta cautela, y luego mueve el pulgar hacia atrás por encima del hombro—. Bueno, volveremos mañana para instalar la barandilla.

Asiento retorciendo los dedos.

—Gracias —respondo alegremente.

En cuanto se vaya, me echaré a llorar porque he estado a punto de arruinarle la vida, y, aunque parece muy simpático, soy consciente de que lo que más desea en este momento es irse de aquí. Sin embargo, su amabilidad persevera. O la necesidad incesante de asegurarse de que puede irse sin sentirse culpable.

—¿Quiere que llame a alguien?

Sonrío y niego con la cabeza.

—Sé que no lo parecía, pero le prometo que no tenía intención de saltar.

Sus hombros descienden un par de centímetros y se le relaja el rostro por el alivio.

—Bien —dice asintiendo, y entonces empieza a darse la vuelta, pero se detiene—: Por cierto, hay un ramo de rosas esperándola.

Se me para el corazón durante cinco segundos antes de volver a palpitar a toda velocidad y escalar por mi tráquea.

—¿Q-qué? ¿De quién?

Encoge un hombro.

—No lo sé. Ya estaba aquí cuando hemos vuelto de comer. Me había olvidado de las flores hasta ahora. Puedo ir a coger…

—¡No hace falta! —me apresuro a cortarlo.

El hombre cierra la boca enseguida y vuelve a mirarme con una expresión extraña. Estoy segura de que piensa que estoy chiflada.

Asiente de nuevo con ojos preocupados antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la parte delantera de la casa. Suspiro hondo y espero hasta que desaparece de mi campo de visión antes de iniciar yo también el camino de regreso a casa. Habría sido raro que anduviera detrás de él; dos personas que van hacia el mismo sitio y que no tienen ningún interés en hablarse el uno al otro.

Me da mal rollo.

Cuando llego a la entrada, me detengo para admirar lo bonito que queda el nuevo porche

negro. Han actualizado la parte exterior, que todavía es negra, pero tiene un revestimiento nuevo y una capa de pintura fresca. He mantenido las vides y he limpiado las gárgolas y, aunque la piedra está desconchada y desgastada, le añade carácter a esta vivienda tan evocadora. Parece que a mí no me gustan los arcoíris y los rayos de sol más que a mis antepasados.

Entonces, mis ojos saltan al ramo de flores rojas que está apoyado en la puerta. Parece que lo haya dejado allá uno de los obreros, porque imagino que no querían entrar en la casa sin permiso.

Escudriño la propiedad. El sol ya casi ha desaparecido y no veo absolutamente nada a un metro y medio más allá de donde empiezan los árboles. Si hay alguien a partir de ese punto, podría estar observándome y yo no tendría ninguna forma de saberlo.

De pronto me siento un poco más alerta, así que recojo las flores, me apresuro a entrar con un portazo y cierro con llave la puerta de entrada. Descansando cuidadosamente entre las rosas asoma una tarjeta negra y veo que tiene algo escrito en una caligrafía de color dorado.

Abro mucho los ojos recelosa de la nota. Será la primera comunicación real que he tenido por parte de mi acosador. Una parte de mí lo ha estado esperando con ansia, ante la perspectiva de que me diga qué quiere de mí.

Y, ahora que está aquí, quiero romperla a pedazos y vivir feliz en la ignorancia.

A la mierda. Seguramente me moriré del arrepentimiento y la curiosidad si no la leo.

Saco la tarjeta con manos temblorosas, la abro y la leo: «Te veré pronto, ratoncita».

Vale, podría haber sobrevivido sin haberlo visto.

O sea, ¿«ratoncita»? Está claro que quien me acosa es un hombre, y debe de estar fatal de la puta cabeza. Obviamente.

Indignada, saco el móvil del bolsillo trasero y llamo a la policía. Hoy no me apetece nada tratar con ellos, pero tengo que denunciarlo.

No soy tan ingenua como para pensar que me salvarán de la sombra que se me ha pegado, pero me niego a convertirme en un misterio sin resolver si me muero.

Un golpe suave pero firme hace vibrar la puerta de casa. Ya prácticamente se está convirtiendo en algo instintivo que se me pare el corazón unos instantes cada vez que oigo cualquier ruido en la casa.

Sin duda no puede ser bueno para la salud. Quizá me coma unos cereales de avena y miel. Dicen que ayudan a cuidar el corazón, ¿no?

Me acerco a la ventana que hay junto a la puerta y echo un vistazo apartando la cortina para ver quién es.

Gruño. Me gustaría sentirme aliviada de que al otro lado de la puerta no haya un loco con una pistola en la mano balbuceando que, si él no puede tenerme, no podrá hacerlo nadie. En serio, ojalá.

En realidad, estoy un poco triste de que no sea la persistente sombra a punto de terminar con mi vida.

Suspiro profundamente y abro la puerta con brusquedad para saludar a Sarina Reilly, mi madre. Lleva la melena rubia recogida en un moño apretado y los labios finos pintados con un labial rosa. Sus ojos azules son gélidos.

Es tan remilgada y correcta, y yo… no. Mientras que ella se presenta con dignidad y elegancia, yo tengo la horrible costumbre de sentarme despatarrada y con las piernas abiertas.

—¿A qué debo este placer, mamá? —pregunto con frialdad.

Ella resopla indiferente ante mi actitud.

—Hace frío aquí fuera. ¿No vas a invitarme a entrar? —me corta, y sacude una mano con impaciencia para que me mueva.

Cuando doy un paso al lado a regañadientes, mamá me aparta para que pueda pasar y deja detrás de sí un rastro de su perfume de Chanel. El olor hace que me estremezca.

Mi querida madre estudia la vivienda con una clara expresión de desagrado en su rostro contraído. Se crio en esta casa gótica y la oscuridad del interior debe de haber influenciado su corazón por dentro.

—Te saldrán arrugas si continúas mirando la casa así —digo con cara de póquer mientras cierro la puerta y paso por su lado.

Mamá rebufa y se dirige hacia el sofá acompañada del taconeo de sus zapatos de aguja contra las baldosas a cuadros. Entre el chisporroteo de la chimenea y las luces tenues se crea un ambiente muy acogedor. Empezará a llover pronto, y de verdad espero que ya se haya ido cuando ocurra para que yo pueda disfrutar de mi noche en paz con un libro y el sonido de la tormenta.

Mi madre se sienta en el sofá con delicadeza y deja el culo apoyado en el borde del asiento.

Si le doy un golpecito suave con el dedo, se caerá.

—Siempre es un placer, Adeline —comenta con un suspiro. Su tono de voz es alto y potente, como si fuese otro día más en que ella es la persona más importante.

Ese suspiro… es el telón de fondo de toda mi infancia. Está rebosante de decepción y, a la vez, de expectativas cumplidas. Supongo que nunca la decepciono cuando se trata de decepcionarla.

—¿Por qué has venido? —pregunto yendo directa al grano.

—¿No puedo venir a ver a mi hija? —responde con un toque de amargura.

Mamá y yo nunca hemos tenido una relación estrecha. Ella estaba resentida porque mi abuela y yo nos llevábamos muy bien, y eso hacía que a menudo escogiera a mi abuela antes que a mi madre. Tanto en las discusiones como en lo referente a dónde pasaba la mayoría del tiempo de pequeña.

A cambio, yo le guardaba rencor a ella porque sentía que no podía escogerla. Porque, si lo hacía, la única recompensa sería otro comentario disimulado sobre que yo no podía permitirme comer una galleta más. Se quejaba de que terminaría con un culo gordo, pero lo que ella no sabía es que eso era precisamente lo que quería.

Hoy en día, todavía no entiende por qué no me cae especialmente bien.

—¿Has venido para intentar convencerme de que estoy malgastando mi vida en una casa vieja? —Me dejo caer sobre la mecedora que hay junto a la ventana y subo los pies al taburete.

El lugar donde mi bisabuela y yo tenemos tendencia a ser víctimas de un acosador.

Sentarme en esta silla me obliga a pensar en lo que sucedió anoche, en la espeluznante nota y en las dos únicas preguntas que me hizo el policía antes de decir que se quedaba la tarjeta como

prueba y que haría un informe.

Es una pérdida de tiempo, pero como mínimo la policía sabrá que estaba pasando algo raro si de pronto aparezco muerta en una cuneta por ahí.

—Hoy tengo una jornada de puertas abiertas en la ciudad y he pensado que antes podría pasar a saludarte.

«Ah». Eso lo explica todo. Mamá no conduciría una hora para venir a verme, tomarnos un té y hacer ver que nos llevamos bien. Resulta que ya estaba aquí y ha decidido acercarse a sermonearme.

—¿Quieres saber por qué habría que derribar Parsons Manor, Adeline? —continúa con desdén. Parece que esté a punto de darme una lección y, de repente, me pongo alerta.

—¿Por qué? —digo en voz baja.

—Porque mucha gente ha muerto en esta casa.

—¿Te refieres a los cinco obreros del incendio? —pregunto recordando que cuando era pequeña la abuela me contó que la casa se había incendiado y habían fallecido cinco hombres. Tuvieron que demoler el esqueleto carbonizado de la vivienda y empezar de cero, pero sus fantasmas no se han ido de la casa, lo sé.

—Sí, pero no solo ellos.

Me observa fijamente y noto que mi indecisión se acentúa. Me vuelvo para mirar por la ventana que tengo a mi lado y me planteo si tendría que obligarla a irse ahora mismo. Está a punto de contarme algo que lo cambiará todo y no estoy segura de si quiero oírlo.

—¿Quién más? —digo finalmente, con los ojos clavados en el Lexus negro brillante de mamá que hay aparcado fuera. Un coche pijísimo. Tanto que casi parece que se esté burlando. El contraste entre el coche y esta casa antigua es enorme, como si dijera: «Soy mejor que tú».

Ser agente inmobiliaria está muy bien pagado. Cuando nací, mamá quiso dejar de trabajar y quedarse en casa para cuidarme, pero, teniendo en cuenta que nuestra relación se agrió a medida que fui creciendo, esa idea quedó frustrada y mamá se esforzó en convertirse en una de las mejores vendedoras de Washington.

La verdad es que estoy orgullosa de sus logros. Es solo que me gustaría que ella sintiera lo mismo por los míos.

—Tu bisabuela, Gigi —anuncia, y hace que salga de mis cavilaciones. Giro la cabeza hacia ella de golpe y noto que la conmoción me recorre todo el cuerpo—. No solo murió en esta casa, Addie, sino que la asesinaron.

No habría sido capaz de mantener la boca cerrada ni aunque lo intentara.

Me levanto de un salto y la mecedora impacta bruscamente contra la pared que hay detrás de mí.

—Claro que no —niego. Sin embargo, puede que mi madre sea muchas cosas, pero no es una mentirosa.

Mi abuela me hablaba de Gigi a menudo. Su madre lo era todo para ella, pero estoy segura de que nunca me contó que hubiese sido asesinada. Solo le pregunté acerca de la muerte de su madre en una ocasión. Mi abuela se limitó a decir que había muerto demasiado pronto, y luego se cerró en banda y no quiso añadir nada más.

En ese momento yo era demasiado pequeña para darle más importancia. Di por hecho que todavía estaba dolida y lo dejé estar. No me pasó por la cabeza la posibilidad de que Gigi hubiera

tenido una muerte trágica.

Mamá suspira.

—Por eso tu abuela tenía una obsesión tan rara… con la casa. Ella era joven cuando ocurrió. Su padre, John, no quería saber nada más de este lugar, pero tu abuela tuvo el berrinche más grande de la historia y lo obligó a quedarse en la casa donde habían asesinado a su esposa. —Clava la mirada en mí y se fija en la expresión jocosa de mi rostro ante su insulto—. Son palabras de mi abuelo, no mías. Como mínimo, la parte del berrinche. En fin. En cuanto ella fue lo suficiente mayor, su padre le dio la casa y se fue, y ella se quedó a vivir aquí, como ya sabes.

Vuelvo a mirar hacia la ventana. Los inicios de la tormenta golpetean el cristal, dentro de unos minutos ya estará diluviando. Resuenan unos truenos, que van *in crescendo* antes de que un fuerte crujido sacuda los cimientos de la casa.

Encaja perfectamente con mi estado de ánimo.

—¿Tienes algo que decir? —insiste, y con los ojos me agujerea el lateral de la cabeza.

Niego sin decir nada, esforzándome en encontrar una respuesta. Tengo el cerebro entumecido y no puedo formar pensamientos coherentes.

No tengo palabras.

No tengo ninguna palabra para describir la absoluta incredulidad que siento en este momento.

Mamá vuelve a suspirar, esta vez con más suavidad y…, no lo sé, ¿empatía? Puede que no sea una mentirosa, pero tampoco ha sido empática jamás.

—Mi padre nunca se sintió cómodo criándome aquí, pero tu abuela insistía. Quería a Gigi y era incapaz de dejar atrás esta casa. Está maldita y no me gustaría ver que te ocurre lo mismo, que te quedes muy unida a una casa solo porque querías a tu abuela.

Me muerdo el labio inferior con fuerza mientras otro trueno desgarra la atmósfera.

¿Acaso Gigi murió a manos de su acosador? El hombre al que describía como su visitante, el que entraba en su casa y hacía cosas inmencionables. Cosas que ella intentaba no desear… pero que deseaba igualmente.

¿Fue él? ¿Estaba jugando con ella, observando cómo crecía la atracción de Gigi por él, a pesar de lo que él hacía, y se aprovechó de eso?

Es lo único que tiene sentido.

Me giro hacia mamá.

—¿Se sabe quién lo hizo…, quién mató a Gigi?

Ella sacude la cabeza y aprieta los labios hasta formar una fina línea, lo cual hace que se le agriete el pintalabios rosa. Las grietas se extienden más allá del pintalabios. Mamá también está rota, pero nunca he podido averiguar por qué.

—No, todavía no se ha resuelto. No tenían suficientes pruebas y en esa época era más fácil que no te pillaran que ahora, Addie. Algunas personas creyeron que había sido mi abuelo, pero sé que él nunca habría hecho algo así. La quería muchísimo.

No se ha resuelto. Asesinaron a mi abuela en esta misma casa y todavía no han descubierto al asesino. Un temor se asienta en mi estómago como si fuese una piedra hundiéndose en un lago.

Estoy convencida de que sé quién lo hizo, pero no quiero abrir la boca y decirlo hasta que esté completamente segura.

—¿Dónde la asesinaron? —pregunto con la voz apagada.

—En su dormitorio. Que luego se convirtió en el de tu abuela, por muy perturbador que sea.

—Hace una pausa un instante antes de balbucear—: Y ahora supongo que es el tuyo.

No se equivoca. Me he instalado en el antiguo dormitorio de mi abuela y, aunque está renovado de arriba abajo, todavía conservo el baúl a los pies de la cama y un ornamentado espejo de cuerpo entero en una esquina de la habitación. Muebles que mi abuela heredó de Gigi.

La cama ya no está, he comprado una nueva. Pero las cuatro paredes que albergaron un terrible asesinato son las mismas paredes entre las que duermo cada noche.

Es escalofriante, da un poco de miedo. Sin embargo, para la consternación de mamá, no basta para que me mude a otro sitio. Ni siquiera para que me cambie de habitación. Si eso me convierte en un bicho raro, entonces encajaría de maravilla con esta familia.

Gigi se enamoró de su acosador. Del hombre que seguramente terminó matándola.

Y ahora yo también tengo mi propio acosador. La única parte positiva es que yo nunca sería tan estúpida de enamorarme de él.

Mi madre se levanta, una señal de que se va. Sus zapatos taconean por las baldosas mientras se encamina lentamente hacia la puerta.

Me mira una última vez antes de hablar:

—Espero que tomes la decisión correcta y te vayas de aquí, Addie. Es… peligroso.

Sus pasos de *staccato* se desvanecen cuando la puerta se cierra con suavidad detrás de ella. Veo que su coche desaparece por la calzada de más de un kilómetro y medio y me quedo sola en esta casa enorme y maldita.

De pronto, las últimas palabras de mi acosador resultan mucho más amenazantes.

«Te veré pronto, ratoncita».

25 de mayo de 1944

Hoy mi visitante me ha hablado. Por primera vez desde que empezó a venir. Me he quedado de piedra cuando ha ocurrido.

Su voz es profunda. Muy seductora. Cuando ha empezado a hablar, lo que más deseaba era que no se detuviera nunca.

Le he preguntado por qué viene siempre y me observa, y él me ha confesado que me quiere. Que sueña con tenerme. Le he preguntado cómo se llama y me lo ha dicho.

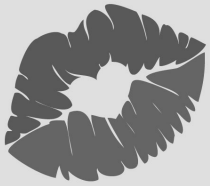
Ronaldo. Un nombre interesante, le encaja a la perfección.

Después de eso no ha tardado en irse. Pero antes me ha pedido un beso. A pesar de que he dudado, al final le he dejado.

Me avergüenza admitir que ni siquiera he pensado en John en ese momento. Lo único en que podía pensar era en cómo se sentirían sus labios sobre los míos.

Mi imaginación no le ha hecho justicia. Cuando me ha besado he sentido que flotaba hasta las estrellas.

Y creo que todavía no he bajado.



CAPÍTULO 6

La sombra

El zumbido del pequeño dispositivo indica que están a punto de llegarme las instrucciones. Me sacudo los puños; la inquietud me entumece los nervios y se me forman unos nudos apretados.

—Cinco individuos en la zona principal, todos armados. Tres más a sus seis, y cuatro a sus doce.

Me crujo el cuello y disfruto de la sensación de petarme los huesos. Se libera la tensión y se me relajan los hombros.

No será demasiado difícil derribar a doce hombres, pero tendré que ser rápido y sigiloso. Ha sido más fácil acabar con los guardas que rodeaban este almacén decrépito.

Ya hace mucho que se ha puesto el sol, lo cual me ha proporcionado una gran cobertura. Solo he tardado dos segundos en encontrar un punto oculto entre las sombras donde tenía el ángulo perfecto como francotirador.

Su error ha sido fiarse de su limitada capacidad visual para detectar a posibles intrusos, y mi habilidad para esconderme entre las sombras es lo que al final ha terminado con sus vidas.

Deberían haber usado gafas de visión nocturna como yo.

Quizá entonces me habría divertido un poco.

Me lamo los labios notándome la anticipación en la lengua.

—Ve con cuidado, Z —me dice Jay, mi mano derecha. Sus habilidades como hacker son casi igual de buenas que las mías, pero solo porque fui su profesor.

He creado una organización entera basada únicamente en poner fin a la trata de personas. Al principio no era más que un hacker que exponía las verdades de la corrupción de nuestro gobierno, pero a medida que fui siendo más consciente de su auténtica naturaleza, de su depravación, se convirtió en una caza personal para acabar con todos y cada uno de estos cabrones.

Elimina a todas las abejas obreras y la reina quedará vulnerable y débil.

Sin embargo, no podía ser a la vez un hacker y un mercenario, y lo que realmente me gusta es ser yo el que les mete una bala en la cabeza.

Así que creé mi organización, Z, desde cero y busqué a un equipo de hackers para ayudar a los mercenarios a hacer su trabajo: colarse en los círculos de los traficantes, matarlos a todos y

liberar a las víctimas sanas y salvas. Envié a mis mercenarios a zonas donde había mucho tráfico de personas y les asigné su propio equipo de hackers, y ahora Z ha crecido tanto que hay grupos de trabajo en todos los estados, además de varios fuera del país.

Jay es la única boca que necesito tener en la oreja: sus habilidades son equivalentes a lo que conseguirían hacer tres hackers. Y es el único a quien le puedo confiar mi vida.

No respondo ante las palabras de Jay.

No necesito tener suerte. Me basta con mis habilidades y la paciencia. Y de ambas tengo de sobra.

Me dirijo sigilosamente hasta la puerta con el cuerpo pegado a la pared y asegurándome de que mis pasos sean imperceptibles. Al llegar, oigo el sutil ruidito de la cerradura desbloqueándose.

Ha sido obra de Jay.

A pesar de que el edificio está muy deteriorado, cuenta con las mejores tecnologías en los puntos clave. Los jefes de la organización quieren mantener la apariencia de un edificio abandonado y en ruinas para no llamar la atención, pero a la vez tienen que blindarlo para que no entren okupas o grafiteros.

—Está despejado. Los sistemas estarán deshabilitados durante diez segundos, entra ahora.

Giro el pomo rápidamente y me cuelo en el interior en cuestión de segundos. Solo abro la puerta metálica lo necesario para que pase mi cuerpo, y luego se cierra detrás de mí sin hacer ningún ruido.

Este edificio viejo es mayoritariamente de planta abierta. He entrado por la puerta trasera, que conduce hasta un pasillo con luces tenues. Si continúo recto y giro a la izquierda, el espacio se abrirá a la zona donde estaban las máquinas cuando esto era una fábrica de caucho.

Ahora es donde tienen retenidas a las chicas.

Unos gritos amortiguados me llegan a las orejas: los sonidos de las víctimas llorando y sufriendo por el dolor. Una ira blanca me ciega la visión, pero no me precipito a ir hacia ellas ni pierdo los nervios.

Este trabajo es incompatible con perder los putos nervios, porque, si no, nadie salvaría a las chicas.

Pero es difícil no hacerlo. Estos cabronazos sacan lo peor de mí.

—He invalidado las cámaras. Tienes una hora antes de que el sistema se reinicie y me eche —me informa Jay.

Solo necesito diez minutos.

Avanzo por el pasillo todavía oculto entre las sombras y echo un vistazo al otro lado de la esquina. Hay unos catres delgados repartidos por un espacio de unos noventa metros cuadrados, y cada uno está acompañado de una barra vertical metálica instalada en el suelo a las que están encadenadas las chicas por medio de un collar de metal. Eso les impide alejarse más de medio metro de su catre.

Aprieto los puños hasta que se me entumecen las manos.

Me saco la pistola de la parte trasera de los tejanos.

En cuanto se den cuenta de que ha caído el primer hombre, el resto de ellos abrirán fuego, así que tengo que ir con cuidado y darme prisa.

Es imposible saber si tratarán a las chicas con cuidado o no. Los hombres conocen las

consecuencias de que sus jefes se enteren de que ha muerto una virgen: perder dinero y jugarse el cuello para dar ejemplo a los demás.

Sin embargo, a veces a estos hombres les importa más su propia vida, aunque eso implique arriesgarse a recibir una bala en la cabeza.

Como ha dicho Jay, hay tres hombres haciendo guardia delante de mí, completamente ajenos a mi presencia.

Vaya estúpidos de mierda.

Nunca entenderé cómo es posible que la gente no detecte el peligro cuando está delante de sus putas narices.

Es algo que me deja atónito.

Con una secuencia rápida derribo a los tres hombres. Sus cuerpos caen al suelo y algunas de las chicas dan un brinco. Unas cuantas lloran y se encogen, mientras que otras se quedan en absoluto silencio. La reacción normal de una niña sería chillar, pero estas pobres chicas ya están insensibilizadas ante los asesinatos.

Los cinco hombres que hay junto a las chicas giran la cabeza de golpe y sus expresiones pasan de la sorpresa a la alarma y luego a la ira en cuestión de segundos, y de inmediato se apresuran a coger las pistolas.

Mi cuerpo todavía está oculto detrás de la pared. Dos de ellos abren fuego y me obligan a retroceder, y una bala revienta la esquina donde estoy escondido y me pasa a unos pocos centímetros de la cara. A medida que rebotan más balas a mi alrededor, algunos trocitos de hormigón salen volando y se me meten en los ojos. Gruño y me froto los párpados para despejar la vista.

Justo cuando vuelvo a estar preparado, un tío gira por la esquina a toda velocidad. Está muerto antes incluso de que llegue a verme, con un bonito agujero en el entrecejo.

Da igual. Además de cabrón, era un adefesio. El mundo podrá sobrevivir sin él.

Antes de que su cuerpo pueda desplomarse, lo aferro por el cuello de la camisa y me lo acerco. Me estremezco por el mal aliento que sale del agujero podrido que tiene en la cara, doy un paso hacia el pasillo y uso el cadáver como escudo contra las balas que siguen volando hacia mí.

Mientras el cuerpo recibe varios impactos, yo aprovecho para disparar dos veces más y consigo que se desplomen otros dos cuerpos. Entonces vuelvo al pasillo y aparto el cadáver ensangrentado del hombre, que ahora está lleno de agujeros de bala.

Su cabeza impacta contra el suelo de hormigón con un desagradable golpe seco.

Aunque solo he usado su cuerpo como escudo durante cinco segundos, igualmente he tenido suerte. No es como en las películas, una bala puede atravesar un cuerpo humano con facilidad. Puede entrar y salir de su cuerpo e inmediatamente después penetrar en el mío.

No uso el cuerpo de otra gente como escudo a menos que no tenga alternativa, y si lo hago es solo durante unos pocos segundos.

Por todo el almacén se alza un coro de voces entre los chillidos aterrorizados de las víctimas, los gritos de pánico de los hombres, órdenes de «matar al cabrón» y advertencias furiosas a las chicas para que dejen de llorar.

Quedan seis hombres y siento que el pavor se apodera de ellos.

—¡Sal con las manos alzadas y la pistola en el suelo o empezaré a matar a estas putitas! —grita uno de ellos, y su voz resuena en el espacio.

Suspiro, hago rodar los hombros y sigo sus instrucciones. Dejo la pistola en el suelo y salgo con las manos levantadas. Los seis hombres están delante de las chicas para mantenerlas a salvo de los disparos. Me noto una presión ardiente en el pecho porque sé que lo hacen solo para asegurarse de que la mercancía no se eche a perder, no porque les importen mínimamente las chicas.

—Venga, justo ahora empezábamos a divertirnos —canturreo, y mis labios esbozan una sonrisita de suficiencia.

—¡Cállate! —espeta uno de ellos. Es mexicano y tiene la cabeza rapada. Todo él está cubierto de tatuajes y parece que no haya lavado en toda la semana la ropa que lleva puesta.

Y, qué casualidad, tiene una cicatriz horrorosa en la frente.

«Joder». Parece que alguien haya cogido un cuchillo de pan y lo haya usado como si fuese una sierra contra su cabeza.

Debe de ser mi querido Fernando. Justamente al que buscaba.

Me mira con los ojos muy abiertos por el miedo y, basándome en las pipas de crack que hay sobre una mesa detrás de él, diría que la mayoría de los hombres van drogadísimos.

Esto no es muy bueno.

Cuando están hasta arriba de la sustancia que sea que se han inyectado en sus venas cansadas, se mueren de ganas de apretar el gatillo.

Y tengo a seis tíos así delante de mí.

—¿Quién te ha enviado? —grita Fernando, enfatizando la pregunta mediante un gesto con la pistola.

—Yo mismo —respondo con frialdad.

¿Por qué siempre dan por hecho que trabajo para otra persona? No trabajo para nadie, solo para mí.

El hombre sube la pistola hacia arriba sobre mi cabeza y la dispara en un intento de asustarme.

Lo que decía.

Se mueren de ganas de disparar.

No me encojo. En cambio, me tomo unos segundos para estudiar los alrededores. A mi izquierda hay una mesa llena de pistolas, ceniceros, latas de cerveza vacías y otra pipa de crack.

Perfecto.

—No me obligues a preguntártelo otra vez, cabrón —insiste el hombre acariciando el gatillo con el dedo.

—¿Eres Fernando? —pregunto inmóvil, como si fuese una estatua de hielo.

El hombre arquea las cejas sorprendido y desde donde estoy veo que la paranoia le inunda los ojos.

No me resultará tan útil como esperaba. Está demasiado nervioso.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Me has estado siguiendo?

Le dedico una sonrisa que deja al descubierto todos mis dientes.

—Es lo que se me da mejor. He oído que eres el que manda en el almacén. El que lo controla todo.

Él se mueve incómodo. El muy gilipollas no puede evitar sentirse orgulloso, lo sé. Como si estuviera haciendo algo bueno en el mundo, cuando lo único que hace es plagar a cientos de niños y niñas con pesadillas.

—Esperaba que pudieras ayudarme, tío.

—¿Ah, sí? —pregunta con condescendencia—. ¿Eso crees? ¿Crees que voy a contarte algo, tío?

Vuelve a disparar el arma, pero esta vez apuntándome. La bala me pasa demasiado cerca como para que me resulte cómodo. Siento su calidez al pasar por mi lado. De todos modos, tampoco me encojo, y parece que eso lo enfada aún más.

Suspiro. Tal como está, me resulta inútil. Tendré que secuestrar a este mierdecilla y esperar a que se le baje el colocón.

Con un rápido movimiento de ojos confirmo que tengo unos dos segundos antes de que el resto de los hombres empiecen a disparar, independientemente de lo que salga de mi boca.

Dos segundos. Es lo que tardo en meter la mano en el bolsillo de la sudadera y disparar a través de la tela para derribar a uno de los hombres que tengo a la izquierda.

La sorpresa de ese movimiento me da una pequeña ventaja de tiempo para volcar la mesa y protegerme detrás de ella. El cristal de los ceniceros se hace añicos al caer al suelo y una pistola resbala de la mesa y se dispara, lo que provoca unos gritos de alarma entre las chicas.

«Me cago en…». Si la bala rebota e impacta a un centímetro de las chicas, dejaré que me apuñalen por ello.

No sigue ningún grito de dolor, así que respiro hondo. Estoy aliviado, pero no por ello menos enfadado conmigo mismo.

Como un reloj, una oleada de balas impacta contra la gruesa mesa de madera. Por suerte, la mayoría se quedan encalladas en la superficie.

Es demasiado peligroso como para que yo también abra fuego. No podría asomar ni siquiera el dedo pequeño del pie sin que me disparen, y me niego a poner en más peligro a estas chiquillas disparando a ciegas. Nunca disparo a no ser que esté seguro de que le daré a mi objetivo.

Lo único que puedo hacer es esperar.

Los hombres no tardan en vaciar los cargadores.

Oigo el ajetreo de su ropa y las palabrotas que balbucean mientras se apresuran a cargarlos.

Tardo incluso menos tiempo en matar a los otros cuatro, salvo a Fernando. Este me lo reservo para más tarde.

Las balas les atraviesan el cerebro en una secuencia tan rápida que sus cuerpos se desploman a la vez.

—¿Lo has visto? —pregunto en voz alta, aunque ya sé que Jay lo está viendo por las cámaras.

—Joder, solo has tardado ocho minutos —gruñe él por el auricular.

—Quinientos pavos, capullo —respondo sobradamente.

Una serie de palabrotas escapa de su boca, pero desconecto.

Fernando también está soltando una sarta de improperios mientras corre a buscar otra pistola, pero le disparo en la rodilla y cae al suelo de inmediato enfadado. El almacén se llena de gritos guturales de dolor e ira, y, si no lo supiera, habría pensado que él también era una niña pequeña.

No, las chicas que hay en el almacén son mucho más fuertes de lo que él podría aspirar a ser. No es más que un gilipollas quejica atrapado en el cuerpo de un hombre.

Me levanto y me acerco a Fernando disfrutando al verlo aferrándose a la rodilla, con la sangre borboteando de la herida y salpicando al suelo. Tiene la cara roja y me fulmina con una mirada asesina.

Ignoro su expresión, prefiero fijarme en la abundante sangre que se derrama sobre el suelo de hormigón. No quiero que las chicas tengan que pisarla.

—Jay, haz que Ruby les abra un camino a las chicas.

Ruby es una miembro del equipo que entrará en el almacén, y su función explícita es encargarse de las supervivientes y llevarlas a un lugar seguro. Es una pelirroja de cuidado, pero se derrite cuando está con cualquiera de las mujeres o los niños a los que salvamos.

—¿Un camino?

—Sí, no quiero que sus pies toquen ni siquiera una gota de sangre.

En el almacén hay unas cincuenta chicas, todas absolutamente traumatizadas y rotas. Si de mí depende, nunca tendrán que volver a limpiarse sangre del cuerpo.

Una de las chicas se pone en pie con una expresión feroz. No debe de tener más de quince años, pero una banda de pedófilos hace que cualquiera envejezca unos cuantos años.

—¿Tú también vas a hacernos daño? —pregunta en voz alta. Tiene el pelo marrón enmarañado alrededor de la cara y está sucia, como las demás.

La gran superficie de piel que enseña está manchada de tierra y sangre. Diría que es la mayor y, por su actitud protectora, actúa como la madre de las demás.

Todas estas chicas han sido secuestradas en los últimos seis días. Seis días de torturas y agresiones innombrables que las acompañarán el resto de sus vidas. Seis días en los que unos hombres sucios las han sexualizado, apalizado y toqueteado. Las jóvenes víctimas todavía no habrían sido desvirgadas, pero eso no significa que esos monstruos no hayan encontrado otras maneras de obtener placer a través de ellas.

Jay y yo hemos estado observando esta localización desde hace doce horas para identificar tanto a las chicas como a los hombres. Cada segundo que pasaba parecía que era una eternidad sabiendo que estaban experimentando auténticos horrores.

Mientras Jay continuaba monitoreando el almacén, yo me he permitido dormir cinco horas antes de venir; el tiempo suficiente para mantener la mente alerta. Tengo que poder dar lo mejor de mí mismo si quiero sacarlas de aquí con vida.

—He venido para llevaros a casa —respondo guardándome la pistola en la bota.

La adolescente me mira con cautela, igual que algunas de las demás.

Ninguna confiará en mí.

Lo entiendo.

Estoy cubierto de cicatrices de la cabeza a los pies, tengo un ojo de cada color —ambos en el espectro dramático— y no soy un hombre menudo. Por no mencionar que acabo de matar a varios tíos delante de sus narices.

—Ahora vienen los refuerzos —me informa Jay justo antes de que oiga que la puerta trasera se abre y entran varias personas a toda velocidad.

—Jovencito, esto es un baño de sangre. ¡Pobres chicas! Ya te vale, Z.

La voz de Ruby hace que me encoja. Ni siquiera me inmuto cuando una bala me pasa a unos pocos centímetros de la cabeza, pero con Ruby… Que Dios me ayude.

—Era imposible evitarlo, Ruby, yo…

—Ni una palabra más. Tu madre te mataría si estuviera aquí.

Gruño pero no respondo, y dejo que cuide a las supervivientes mientras sigue regañándome en voz baja. Ruby era muy amiga de mi madre y le gusta recordarme (a mí y al resto del equipo)

que me limpiaba el culo cuando era un bebé.

Si hubiese podido matar a los traficantes en privado, lo habría hecho, y detesto haberlas traumatizado aún más. Sin embargo, cuando tienes un almacén lleno de hombres armados, no puedes llamarlos para que vayan a tu despacho de uno en uno como si fueras a despedirlos del trabajo. Hay que derribarlos rápidamente estén donde estén. Si no, es posible que se cometa algún error y que una de las supervivientes acabe herida o muerta.

He tomado las medidas necesarias para salvar a las chicas.

Los otros dos que han llegado junto con Ruby, Michael y Steve, se encargan de los cuerpos. Cuando Michael pasa por mi lado, arrastrando a un Fernando que está en apuros, me lanza las llaves de las cadenas de las chicas. Ruby ya ha encontrado otro juego de llaves en uno de los cadáveres y ha empezado a liberarlas.

Me acerco a la que actúa de madre del grupo y la desato. La mano prácticamente me tiembla de la ira de tener que desabrochar un puto collar metálico del cuello de una chiquilla. Alrededor del cuello tiene algunas ronchas y un gran cardenal, pero no permito que vea la furia que hierve bajo mi piel. Ella me mira en silencio, con la desconfianza y una tímida esperanza mezclándose en sus bonitos ojos de color marrón claro.

Me recuerdan a los de mi ratoncita, y se me despierta una sensación protectora en el pecho.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto clavando los ojos en los suyos. Seguramente cree que mi mirada lasciva le recorrerá todo el cuerpo, pero de mí no recibirá ese trato de mierda.

—Sicily —responde, y enarco una ceja.

—¿Tus padres son de Sicilia?

Me fijo en la piel bronceada que se deja entrever por debajo de la suciedad que le cubre la cara, y ella asiente vacilante.

—Nacieron allá, pero no han podido volver desde que eran adolescentes. Dicen que me llamaron como a la isla porque, aunque echan de menos su casa, yo les ofrezco el único hogar que necesitan.

Asiento estudiando su rostro. En el ojo derecho le brota una sombra lila, y noto que se me enciende otro chispazo de ira.

—¿Estás lista para volver a darles un hogar?

Se detiene y entonces esboza una sonrisita.

—Sí —susurra.

Los ojos se le llenan de lágrimas, pero no le hago saber que me he dado cuenta. Sé que no le gustaría.

—Pues venga, vamos.

Esta chiquilla volverá a casa y, a pesar de que le espera un largo camino, se recuperará.

Siempre estamos pendientes de todas las chicas a las que rescatamos para asegurarnos de que no vuelvan a desaparecer. Si ha pasado una vez, es posible que suceda en otra ocasión.

Se acurruca a mi lado al recorrer el edificio hacia la salida. Cuando veo con el rabillo del ojo que una chica pisa un rastro de sangre, me detengo y fulmino a Ruby con la mirada señalando a la niña.

—¡Ruby! ¿Qué he dicho? Ni una gota de sangre sobre las chicas.

La mujer se sobresalta y nos invertimos los papeles mientras ella corre avergonzada hacia la chica.

—Lo siento, cariño, deja que te limpie —le dice a la niña, que tiene más de una puta gota de sangre en el pie—. Vigila dónde pisas, ¿vale?

Me giro satisfecho, Ruby no permitirá que vuelva a ocurrir.

Ayudo a Sicily a moverse por la carnicería y mantengo un ojo clavado en sus pies y en dónde pisa. Cuando ya está a salvo, la acompaño hasta la furgoneta que la llevará al hospital, y allá lo notificarán a su familia.

Silbo una melodía cualquiera mientras dejo que mi equipo se encargue del resto y me voy a mi Mustang, que está escondido en otro aparcamiento cruzando la calle. Me muero de ganas de irme de aquí de una puta vez.

Mi cacería todavía no ha terminado. Ahora tengo que jugar con mi ratoncita.

CAPÍTULO 7

La manipuladora

—Tienes que salir de casa —concluye Daya mirándome con esos ojos sabios que tiene, en los que ahora se arremolinan el miedo y la angustia. Le acabo de contar lo de la visita de mi madre de ayer.

Por la expresión de su rostro, es evidente que está asustadísima por mí.

—Necesito terminar este manuscrito —le argumento con mi mente puesta en el gigantesco vacío argumental en el que he caído. Da igual las veces que toque el típico botón del pánico: esta vez no hay modo de moverme. Voy a tener que desplegar la pizarra y los pósits y trazar la trama esta noche para poder descubrir así cómo resolver el problema de una vez por todas.

A veces me encantaría poder simplificar mis libros y darlos así por terminados, pero, claro, entonces no tendría los lectores que tengo.

—No, no —dispara Daya sacudiendo la cabeza hacia mí—. Prepárate, porque hoy nos vamos de marcha las dos. Noche de chicas.

Me desplomo en la silla, y la pizarra y los pósits saltan por los aires. Pero no discuto. Soy una autora independiente y publico cuando estoy preparada para hacerlo. Apenas me pongo plazos porque si no la presión se come mi creatividad. Como deba tener el libro para una fecha concreta, me entra tal ansiedad que no puedo escribir. Y, por muy benevolentes que sean mis lectores, esa presión para sacar el próximo libro siempre está ahí.

Por supuesto, Daya tiene conocimiento de este hecho, y ahora lo usa en mi contra.

Mierda.

Aunque protesto, dejo que me empuje por las escaleras hacia mi habitación, donde mis ojos encuentran inmediatamente el espejo y el baúl; desde que descubrí lo que de verdad pasó aquí, mi mirada no parece fijarse en otra cosa.

Ahora, estos dos objetos parecen faros en medio de la habitación, apuntando hacia mí como si dijeran «sabemos quién la mató».

Da igual que les haya echado un poco de pintura negra. La estructura es la misma.

Las paredes y el suelo ahora son de piedra negra lisa, con los techos blancos y grandes alfombras blancas para iluminar la habitación. También he puesto un sistema de calefacción en el

suelo. Porque si no levantarse en medio de la noche para ir a hacer pis se convertía en un absurdo y cruel castigo.

Como me gustaban tanto los apliques del pasillo, quise algunos para mi habitación. Mi cama está puesta al revés, hábilmente contra la pared, alrededor de una inmensa y bellísima figura femenina.

Justo delante de la puerta de mi cuarto está mi parte favorita: el balcón. Las puertas negras dobles dan a un mirador sobre el acantilado. Cuando estás frente a una vista tan hermosa como esa, de algún modo te sientes insignificante y diminuta.

La casa entera se ha modernizado, aunque yo he mantenido casi todo el estilo original. Los apliques, los suelos en damero, la chimenea de piedra negra y los armarios negros, por poner un ejemplo. Lo más importante es que me quedé con la mecedora de terciopelo rojo de Gigi.

Estoy viviendo en una gótica casa victoriana de ensueño.

—Vamos a convertirte en un cañonazo para que encuentres a un maromo con el que volver a casa. Así de paso, si aparece el acosador, que lo mate.

—Daya, si ya es difícil encontrar a un tío que folle bien en los tiempos que corren —le digo poniendo los ojos en blanco—, ¿tú te crees que además voy a dar con uno que mate en mi honor? Qué mona eres.

—Nunca se sabe, cariño. Cosas más raras han pasado.

Los graves de los altavoces vibran por todo mi cuerpo. Los ajustados vaqueros negros y rotos que llevo se adaptan a mis curvas, y el top rojo con escotazo deja ver las gotitas brillantes de sudor entre mis pechos.

Joder, estoy más caliente que el escroto de Hades, y el alcohol que me corre por las venas no ayuda para nada.

Daya y yo nos pegamos bailando juntas una hora entera. De vez en cuando nos separamos para bailar con algunos tíos, pero me canso de que intenten meterme mano cada dos por tres, así que siempre acabo volviendo con mi mejor amiga.

De repente, noto una fuerte presencia detrás de mí. Sus manos se deslizan alrededor de mi cintura y me aprietan. Una bocanada de chicle de menta y whisky invade mis sentidos justo antes de sentir su aliento en mi oreja.

—Eres preciosa —susurra. Ahora que está más cerca, su chicle de menta hace que me pique la nariz. La arrugo y giro la cabeza. Veo a un hombre alto y atractivo inclinado hacia mí.

Tiene el pelo rubio rojizo, unos preciosos ojos azules y una sonrisa asesina.

Mi tipo total.

Sonrío.

—Ah, pues gracias —respondo dulcemente. Socializar me suele dar ganas de hibernar, pero siempre se me ha dado bien ligar. Qué pena que la mayoría de las veces no lo pueda soportar.

Los hombres tienen una manera única de cargarse mi estado de ánimo cada vez que me acerco

a ellos a menos de tres metros.

—Sube conmigo —grita para que lo oiga por encima de la música. Su voz no parece para nada agresiva, pero tampoco es una pregunta. Es una petición que no deja mucho hueco al debate.

Y eso me gusta.

Arqueo una ceja.

—¿Y si no lo hago? —pregunto.

—Te arrepentirás el resto de tu vida. —Se agranda su sonrisa.

La otra ceja imita a su gemela y me sube hasta la mitad de la frente.

—¿Ah, sí? —digo recatadamente—. ¿Y qué tipo de planes tienes para mí como para que pueda arrepentirme el resto de mi vida si me los pierdo?

—Del tipo que te deja en mi cama desnuda y saciada.

—Zorrita, venga ya —interrumpe Daya. Giro la cabeza hacia ella, pero noto cómo los ojos del hombre me siguen mirando, acariciándome la mejilla como una pluma que recorre la piel.

Daya está de pie frente a nosotros, moviendo impaciente la mano hacia las escaleras que dan al segundo piso. Debe de haber estado escuchando a escondidas, y no le da vergüenza en absoluto.

Cuando los dos la miramos, resopla y pone los ojos en blanco:

—Que sí, que lo pillo, que os deseáis el uno al otro. Y ella no va a ninguna parte sin mí. Así que, venga, vámonos ya. —Agita las manos hacia nosotros con más urgencia, mandándonos a las escaleras.

El hombre se ríe y aprovecha la oportunidad que le ha dado mi queridísima amiga. Me coge la mano y me lleva hacia las escaleras de metal negro de la parte trasera de la discoteca.

Pero no antes de que yo mire a Daya entrecerrando los ojos, lo que provoca que ella se eche a reír.

La parte de arriba es la zona vip. Las escaleras suben a una galería desde la que se ve toda la discoteca. Es donde se toman las copas las personas ricas e importantes, que ahora nos miran fijamente como un montón de insectos atrapados dentro de un experimento científico.

La atmósfera de arriba es más oscura, más densa y con un ambiente que hace que me salten todas las alarmas. Haber subido hasta aquí es como meter la cabeza en un nido de avispas, donde las cabronas no te dejan de picar hasta que se cansan de ti o estás muerta.

Hay cuatro hombres en un reservado de cuero negro con forma de medialuna. En el centro se ve una mesa de mármol negro con varios vasos que contienen un líquido ámbar y ceniceros de cristal. Casi no se distingue el color. La decoración me recuerda a Parsons Manor.

Un hombre nos contempla a las dos con una mirada calculada y depredadora. Es inquietante lo mucho que se parece al que tiene su mano alrededor de la mía. El mismo pelo rubio rojizo y esos ojos azules, aunque este parezca más joven y un poco más malvado.

Los otros tres son igual de guapos, y todos tienen una pinta siniestra y peligrosa. Uno tiene aspecto de europeo, con pelo rubio platino, piel clara y pálida y afilados rasgos angulosos. Sus helados ojos azules parecen encapotados y están fijos en Daya, mientras que los de ella barren la diminuta sala. La mirada hambrienta de él ya recorre las curvas y recovecos de su cuerpo. Mi instinto ataca de nuevo, diciéndome que le saque los ojos a este tío de sus órbitas y los tire por la barandilla.

Los dos que quedan son gemelos, con la piel bronceada, el pelo y los ojos oscuros y cuerpos de infarto. Los trajes que llevan apenas pueden contener sus músculos, que amenazan con rasgar

por las costuras la carísima tela.

Uno de los gemelos lleva el pelo recogido en un moño y tiene varios anillos en los dedos, y el otro tiene el pelo rapado y un *piercing* de brillante en la nariz.

Los cuatro podrían arruinar mi vida sin problema ninguno. Y yo dudaría en pararlos.

—Así que al final le has echado un par de huevos y te la has ligado —dice el de pelo rojizo, que me sonríe malicioso. Es el único de los cuatro que no nos está follando a Daya y a mí con la mirada. En realidad, creo que le va más cenar bebés o algo así.

Lo rodea un aura oscura. Me apuesto a que la inquietante atmósfera de aquí arriba sale directamente de él. Su energía brota y supura, haciéndote sentir atrapada en una habitación donde se respira humo negro.

—Tranquilo, Connor —dice el que está junto a mí en voz baja, pero con un tono de advertencia.

Estoy a punto de poner los ojos en blanco. Pues claro que es «un» Connor. El típico chico de fraternidad que se bebe las copas que va dejando la gente y que mete el teléfono debajo de las faldas de las chicas para hacer fotos.

—Señoritas, perdón por su comportamiento grosero —dice mi nuevo amigo algo mosca—. Ese es mi hermano, Connor. Los gemelos, Landon y Luke. Y Max.

Señala a cada uno según los presenta. Landon es el gemelo del moño, y Luke el del *piercing* en la nariz. Fijo la mirada en mi acompañante levantando la ceja expectante:

—¿Y tú te llamas?

—Soy Archibald Talaverra III. Puedes llamarme Arch.

—Suena pretencioso —musito con una sonrisa al darme su nombre completo.

¿Quién se presenta a alguien así?

«Archibald Talaverra tercero. Pero tú llámame Su Real Hortera».

Su hermano Connor se ríe ante mi comentario, como si estuviese de acuerdo.

Arch abre la boca, pero lo interrumpo.

—Soy Addie. Y esta es Daya —me presento y señalo a mi mejor amiga. Ella sonríe, pero su mirada continúa evaluando el terreno. Es demasiado aguda e inteligente como para que la atrape el peligro, que es lo que me suele pasar a mí.

—Encantado de conocerlas, señoritas —murmura Max con la atención aún fija en Daya. De hecho, los gemelos tampoco han dejado de mirarla desde que entró en la habitación.

Cada parte de mí quiere ponerse delante de ella y protegerla de las salvajes miradas indiscretas. Pero Daya se las apaña perfectamente, así que me quedo a su lado. Lista para atacar si tengo que hacerlo.

—Sentaos, por favor —insta Arch. Hay mucho espacio en el reservado, pero las dos decidimos sentarnos en el extremo, cerca de Max.

Mi teléfono vibra en cuanto mi culo roza el suave cuero. Como Daya ha empezado a hablar con Max y Arch se está poniendo una copa de bourbon caro, aprovecho y miro el mensaje:

DESCONOCIDO: ¿Escabulléndote con hombres al azar, ratoncita? Como pongan las manos cerca de ti, esas manos acabarán en tu buzón por la mañana.

Se me congela el corazón dentro del pecho. Esta es la primera vez que se comunica conmigo

de forma distinta a una nota amenazante.

Mis ojos se dirigen a la galería. Nadie nos puede ver desde aquí. Estamos demasiado lejos de la barandilla. Pero es obvio que alguien me está mirando.

Pero ¿cómo?

¿Y cómo coño ha conseguido mi número? Borro esto. Menuda pregunta de mierda. Es un puto acosador, por el amor de Dios. Pues claro que tiene mi número.

Arch se acerca y me ofrece una bebida con una sonrisa en su rostro. Está convencido de que hoy se va a acostar conmigo.

En otras circunstancias, seguramente habría sido así. Pero me parece que, en vez de eso, en esta ocasión voy a tener que salvarle la vida y alejarme de él.

Ha pasado una hora, y cada minuto me pongo más nerviosa. No he recibido más mensajes, pero lo siento ahí presente, ocupando un hueco inmenso en la parte posterior de mi cerebro. Tengo miedo de que se me rompa el tronco encefálico de la tensión.

No hay duda de que las manos de Arch me están tocando. Una está de hecho sobre mi muslo, peligrosamente cerca de mi centro. Me fijo en la estrella tatuada de su pulgar, y mi mente se pone a imaginar modos de sujetarle las manos… sin nada detrás.

Me permito pensar en eso, aunque no deba. Y, como no debo, no puedo dejar de mirarlas, imaginándomelas cortadas a la altura de la muñeca y ensangrentadas. Sobre mi buzón.

Ni siquiera tengo buzón.

Mi casa está demasiado lejos de la carretera, así que me dejan el correo en la escalinata de la entrada.

¿Esto no debería saberlo un acosador?

Menuda sombra de mierda.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Arch dándome un empujoncito con los hombros. Asiento distraída mientras sigo maltratando mis labios bajo mis dientes.

Debería salir corriendo. Debería decirle a este hombre que me quite la mano de encima y evitar que se la separen del cuerpo y la dejen en mi inexistente buzón.

—Estás tensa —me dice Arch en voz baja. Me aclaro la garganta y abro la boca, pero en mi bolsillo trasero otro zumbido me interrumpe.

Noto cómo se va la sangre de mi cara. Arch frunce el ceño preocupado y me recuerda al pobre hombre al que casi le dio un ataque al corazón por mi culpa al borde del acantilado.

Mira hacia abajo, en dirección al sonido.

—¿Estás bien? —pregunta. Pero su voz solo parece más tranquila.

Me estoy empezando a hartar de todas estas miradas llenas de preocupación pero, por otro lado, son una especie de salvavidas. Como si hubiera gente por ahí que notara algo raro en mi comportamiento y diese la voz de alarma si algo me sucede.

Un periodista entrevistará a Arch, y este le dirá que al parecer fue un mensaje de texto lo que

me asustó. El obrero que construyó mi porche: retransmitirán su historia y hablarán de ella semanas y semanas. Una chica de pie al borde de un acantilado, sopesando si saltar o no, y después casi a punto de caerse.

Todo relacionado con el hecho de que me acosaba alguien. Y la policía ignorando las denuncias sobre las rosas al azar que aparecen. Pero nada de esto hará que cambie la situación para la próxima chica a la que acosen.

Nunca lo hace.

Al final seré otra estadística que se desvanecerá como si nada. Una hermosa chica a la que acechaba un hombre trastornado. Y nadie se molestó en ayudarla hasta que fue demasiado tarde.

—Estoy bien. —Me obligo a sonreír forzadamente. La sonrisa es falsa y fría, pero, mira, funciona. Se le relaja la expresión y le desaparece la preocupación.

O a lo mejor Arch simplemente lo deja pasar porque en realidad se la suda.

—¿Quieres irte? —murmura, ahora con la voz llena de promesas y con un tono de intención. Su labio inferior desaparece entre sus dientes blancos. Todo muy básico.

Tengo la palabra «no» en la punta de la lengua, como una bailarina diminuta moviéndose a duras penas por la punta, muy cerca de caerse y romperse el tobillo. Porque, si le digo que no a este hombre, pasaré el resto de la noche, de la semana seguramente, lamentándolo.

Odiándome a mí misma por dejar que un monstruo controle mi vida, que me robe un buen rato con un hombre maravilloso.

Arch es guapísimo. Posee un halo de oscuridad a su alrededor tan atractivo y delicioso como el pastel de chocolate. Tengo la práctica certeza de que terminaría la noche con él completamente satisfecha.

¿Y si va a más? ¿Y si le estoy diciendo que no a algo bonito? Vale que sean las esperanzas y sueños de una niña pequeña, pero no puedo evitar pensar en eso.

Parece un hombre con el que podría sentar la cabeza, pero también lo suficientemente peligroso como para estar siempre excitada.

—Sí —digo finalmente en voz baja—. Pero cuando me asegure de que Daya llega a casa sana y salva.

Arch sonríe lentamente. Libidinosamente.

—Puedo esperar perfectamente.

7 de julio de 1944

A Ronaldo le gusta atormentarme.

Solo ha pasado una hora desde que mandé a Serafina al colegio, cuando entra y me dice que me siente en la silla del comedor.

Sigo sus órdenes con avidez. Sus dedos susurran a través de mi carne. Cuando le hablo, no me contesta.

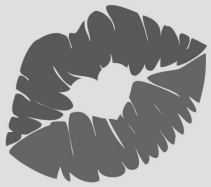
Me desabrocha la blusa, dejando al aire mis pechos. Luego me quita los pantalones. Los baja lentamente hasta dejarme solo con la ropa interior.

Sonríe al ver la excitación de mis ojos.

Pero sigue sin ofrecerse a mí. Nunca me toca donde quiero que lo haga. Donde lo necesito.

Sus dedos me provocan. Y después se marcha.

Y tengo que poner todo de mi parte para no rogarle que vuelva. Cualquier día no voy a poder controlarme más.



CAPÍTULO 8

La manipuladora

Daya se lleva a Luke a su casa y yo me voy con Arch a la mansión. Me pidió que fuera yo a su casa, pero me siento mucho más segura en la mía. Con más control.

Echando la vista atrás, no debería haberlo traído a una casa que está en un acantilado, rodeada de bosques y a varios kilómetros de la civilización. Y, lo peor de todo, con un acosador que merodea por los alrededores y al que le gusta entrar sin permiso.

Fue una estupidez absoluta.

Mi casa no era más segura de ninguna de las maneras, pero no podía ir a la suya. No me gusta estar con extraños en lugares desconocidos. Me parece que estoy entrando en algún sitio del que nunca volveré a salir. Me hace sentir mucho más vulnerable, aunque en este momento esté en la posición más vulnerable del mundo.

—Tienes una casa preciosa —elogia Arch recorriendo con los ojos todo el salón y la cocina. Cambié el papel de la pared por uno negro de amebas más moderno, quité las dramáticas cortinas doradas, las sustituí por otras rojas y tapicé los sofás con cuero rojo.

Pero sus ojos no dejan de mirar los escalones de madera negra, como si supiera que van directos a mi cuarto.

Aunque yo tengo un plan distinto.

—Esa no es la mejor parte —bromeo. Le cojo de la mano y lo conduzco por el pasillo a mi parte favorita de Parsons Manor.

La terraza acristalada.

No vengo muy a menudo. Es donde mi abuela y yo pasábamos la mayor parte del tiempo juntas. Resulta doloroso volver aquí, estando lleno aún el espacio de su presencia.

Inspiro profundamente, abro las puertas dobles y entro.

Esta sala es una caja de cristal. El techo, las paredes… Todo a nuestro alrededor es como una gran ventana. También es el mejor sitio para estar. Tiene vistas al borde del acantilado y el mar brilla bajo la luz de la luna.

Pero la parte más importante está directamente encima de nosotros. Las estrellas lucen increíbles. Aquí no existe la contaminación lumínica. El cielo nocturno está iluminado con esferas de diamantes, brillando resplandecientes contra el fondo negro.

Arch gira lentamente la cabeza mientras contempla la vista. Y luego la echa hacia atrás, mirando el cielo con la boca abierta.

Creo que este uno de los pocos momentos en los que este hombre haya podido resultar poco atractivo. Pero, para mí, está más guapo que en toda la noche.

No le preocupa dominar su cara y movimientos, ni ensaya nada, ni sigue un guion. Solo es un hombre asombrado por la belleza que lo rodea.

—Joder —murmura por fin, con la voz llena de asombro. Vuelve el rostro hacia mí, con los ojos abiertos de placer.

Las lunas azules de sus ojos brillan con una emoción que no logro adivinar. Y, hasta que esa máscara no se va de su cara, no me doy cuenta de que en realidad estaba triste. Melancólico.

Y quiero saber por qué, pero, por el modo en que su mirada se calienta como un quemador en la estufa, sé que ya ha pasado la oportunidad.

—Esto es algo muy especial —dice en voz baja, y avanza hacia mí. Las estrellas se han desvanecido hace tiempo, y ahora lo único de lo que parece que no pueda apartar la mirada soy yo.

—Sí —respiro mientras lo veo acercarse con la respiración contenida.

Noto una especie de pequeño tirón en la parte posterior de mi cabeza, algo así como una sensación instintiva que me recuerda que estoy en una caja de cristal, y que posiblemente haya una sombra acechando en el exterior. Una sombra que está viendo absolutamente todo lo que sucede.

A una parte de mí no le importa que él esté ahí fuera. Quiero demostrarle algo a ese loco que cree que soy suya. Quiero demostrarle que no lo soy.

Solo reclamará mi cuerpo quien yo permita. Voy a dejar que las manos de Arch me toquen. Unas manos que van a recorrer cada centímetro de mi piel, unas manos a las que seguirá su boca. Dejaré que su lengua me lama el coño hasta que esté saciada, justo antes de que me folle hasta que ya no sepa ni cómo me llamo.

Lo dejaré porque yo le dije que podía.

Arch se alza sobre mí, acoplando su parte frontal a la mía y sujetando mis pechos contra su torso. Mi respiración se entrecorta mientras el calor me envuelve, y su brazo me rodea la cintura aferrándome a él.

Me gusta cómo se presiona contra mí. La suavidad de mi cuerpo se moldea contra los surcos duros del suyo. Es… agradable. Me gusta.

Arch me mira profundamente a los ojos un breve momento. Y luego inclina la cabeza y atrapa mis labios suavemente entre los suyos.

Suspiro. Sus suaves labios se mueven rítmicamente contra los míos, como el agua en el fondo del acantilado, rompiendo contra las rocas.

Gimo en su boca, necesitando más y haciendo el beso más profundo, separando sus labios para poder sumergir mi lengua dentro.

Él gruñe y ya no se contiene. Con la otra mano me agarra del pelo, inclinando mejor mi cabeza para que pueda hundir su lengua en mi boca, explorando hábilmente sin control.

Me yergo sobre los dedos de los pies, apretándome más contra él. Me estremezco cuando noto cómo se clava en mi estómago su polla dura, y el tamaño de esta no hace sino aumentar mi deseo.

No es pequeña. Y eso es precisamente lo que necesito esta noche. Algo que me ciegue de placer y que me deje sin aliento, satisfecha.

Su lengua lucha contra la mía, deslizando y lamiendo mientras sus dientes mordisquean mis labios. Se me escapa otro gemido, que rebota en su boca hasta que se une a él su propio gemido.

La mano en mi pelo se tensa, sacudiendo mi boca, dando a sus labios total libertad para ir por mi mandíbula y descender hasta la unión entre el cuello y el hombro.

Jadeo cuando noto que sus dientes arañan mi carne; es una pequeña advertencia antes de que muerda. Un agudo placer hace que mis ojos se vayan a la parte de atrás de mi cabeza, y emito un largo gemido.

—Joder —maldice lamiendo mi cuello con un gemido salvaje—. Qué voz más sexy tienes.

Los ojos me dan vueltas mientras sucumbo al placer que su lengua y sus dientes sacan de mi interior.

Sus manos se deslizan hacia abajo hasta que noto un tirón en los vaqueros. Me los desabrocha un segundo después, y luego oigo el ronroneo de la cremallera bajando.

—¿Tienes el coño mojado para mí, Addie? —pregunta Arch en un gruñido bajo, mordiendo con vicio mi cuello. Me arde, y no puedo evitar estremecerme de dolor. Su lengua lame lenta la marca de la mordida, calmándola.

—Sí —susurro mientras el placer comienza a anular el dolor.

Su mano se adentra por la parte delantera de mis vaqueros y mi tanga, sus dedos van bajando hasta que la punta de su dedo corazón se sumerge dentro de mí. Un gruñido bajo y profundo sale de su garganta cuando se da cuenta de lo sincera que estaba siendo yo.

—Joder, nena, eso es. Déjame oírte gritar ahora.

Entonces hunde dos dedos dentro de mí, dos dedos que se curvan para darme justo en ese punto. Mi visión se vuelve negra, solo emito un gemido de placer como respuesta. Es lo único de lo que soy capaz.

Ruedo las caderas instintivamente, clavándome en su mano. La saca hasta las puntas de los dedos antes de introducirlos en mí otra vez. Y otra, y otra, hasta que me está follando con los dedos, y lo único que puedo hacer es aguantar, pero mis uñas muerden la chaqueta de su traje.

De mi garganta salen largos y roncos gemidos, haciéndolo como él me ha pedido.

—Qué bien gritas —me susurra al oído. Un agudo pellizco acompaña sus palabras.

Con la base de la palma de su mano presiona con firmeza el clítoris. Sus hábiles dedos me llevan a lo más alto y se empieza a formar el orgasmo en mi estómago. Pero luego lo frota a la perfección, haciendo que las rodillas me tiemblen de placer.

—Oh —gimo con la respiración errática y sin aliento.

—¿Gritas tanto cuando te corres, Addie? —pregunta en un ronco susurro.

Creo que asiento, pero no estoy segura, porque en cuestión de segundos mi cabeza se echa hacia atrás al correrme.

—Déjame oírlo —persuade. Sus dedos se deslizan hacia fuera, y, cuando se sumergen de nuevo, se une un tercer dedo. Pongo los ojos en blanco y caigo en picado sobre el borde.

Grito. Desafino cuando el placer, tan profundo, me consume de dentro hacia fuera. Me froto sin vergüenza contra su mano, cabalgando las interminables olas.

—Qué bien lo haces —murmura satisfecho tensando la voz.

Sin aliento, pero más hambrienta si cabe, me pongo sobre las puntas de los dedos de los pies y

pego mi boca contra la suya. Él tararea su aprobación, separando mis labios con su lengua. Luego, su mano va hacia arriba y rompe el beso pasándome un dedo por mi labio inferior, aumentando mi excitación.

—Menudo desastre me has dejado en la mano, Addie. Sería de mala educación no limpiarlo.

No le dejo de mirar a los ojos mientras mi lengua se dispara, y la punta se desliza sobre su dedo. Sonríe con maldad, y eso me anima a abrir más la boca.

Justo cuando su dedo se desliza hacia dentro, me invade un escalofrío. Es como si las olas en las que nadaba a la deriva se hubieran enfadado y estuvieran ahora haciendo chocar mi cuerpo contra la roca implacable.

Mi boca se detiene y mis ojos miran por encima de su hombro. Estamos a oscuras, excepto por la luz de la luna y las estrellas, pero parece que estemos en una habitación iluminada por luces de estadio de fútbol.

Algo se mueve justo enfrente de nosotros. Se me encoge el corazón y la sensación va directa a la boca de mi estómago.

Él está ahí fuera.

No puedo verlo, ni siquiera puedo distinguir su silueta. Pero sé que lo está. Puedo sentirlo.

Al notar el cambio, Arch se separa, respira con dificultad y me mira como si no pudiera decidirse a preguntarme si estoy bien o seguir adelante de todos modos.

—¿Qué pasa? —pregunta agarrando mis bíceps en un intento por llamar mi atención.

—Nada —le contesto rápidamente acercándolo más—. Subamos a mi habitación.

Ya no estoy lo suficientemente cachonda como para follarme a un tío delante de un loco. El subidón de correrme ha disipado por completo mi confianza.

Pero soy demasiado cabezota como para parar. Deseo a Arch. Solo que no quiero que me vea hacerlo ningún *voyeur*.

—¿No quieres que te coman el coño bajo las estrellas? —pregunta incrédulo, mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Sí, sí, pero… —Me alejo cuando otro movimiento desvía mi atención.

Arch da un paso adelante, apretándose contra mí y haciendo que vuelva a poner mi atención en él. Tengo que estirar el cuello para mirarlo como es debido, y lo que veo es algo que nunca olvidaré.

—Creo que deberías quitarte la ropa y enseñarme ese cuerpecito tuyo tan sexy. Luego quiero que te acuestes, que abras las piernas y que me dejes limpiar el cisco que has dejado.

En ese momento, mi vagina emite un chirrido. Qué vergüenza. Al instante una sonrisita le inunda la cara, y yo me pongo colorada como un tomate, dejando de momento el escalofrío a un lado.

«Qué sutil, pedazo de idiota».

Doy un paso atrás, y el calor me recorre el cuerpo mientras deslizo mis manos por los costados y engancho los dos pulgares en los vaqueros.

Justo cuando voy a bajarlos por mis piernas llaman fuertemente a la puerta, rompiendo el silencio cargado y poniéndome el corazón en la garganta. Grito del susto, a puntito de mearme en los pantalones.

La cabeza de Arch se mueve hacia el sonido, con la misma expresión de sorpresa que la mía.

—¿Esperabas a alguien? —pregunta Arch con la voz un poco sin aliento.

Mi respiración también es irregular cuando le digo:

—No.

Esto es un puto *déjà vu*, y, aunque esta vez lo haya visto venir, estoy a punto de ponerme a patalear como una cría. Porque, a diferencia de lo que ocurrió con Greyson, ahora me lo estoy pasando de puta madre.

Vuelve corriendo al pasillo y baja hasta la puerta principal conmigo detrás pisándole los talones. Me voy abrochando la camisa y los pantalones según avanzo, con la sensación de que esta noche ha terminado.

El pasillo lleva directamente al vestíbulo, con la entrada a la derecha de la escalera. Se detiene justo antes de la entrada, se vuelve hacia mí y me sujeta.

—Quédate en el pasillo. Quienquiera que sea, no quiero que te vea.

Duda. Una extraña mirada le atraviesa la cara. Antes de que pueda descifrarlo, me habla otra vez con la voz tensa:

—Llama a la policía si se jode el asunto.

Soy incapaz de formular una frase coherente, porque el pánico me ha quitado el sentido.

Debería haberle dicho que tengo un acosador, y que creí ver algo cuando estábamos en la terraza acristalada, pero todo pasó demasiado rápido, y ahora él está en grave peligro.

La situación me excita y me aterroriza a partes iguales. Debería internarme en un psiquiátrico si sobrevivo a esta noche.

Porque mi sombra está «cabreada». Como cuando Greyson estaba aquí; no tengo ni idea de lo peligroso que es este tío, pero podría haber venido para matarnos a los dos.

Sobre todo, ahora que ha visto cómo otro hombre conseguía que me corriese con las mismas manos que él amenazó con cortar y meter en el buzón.

Dejo caer la cabeza en las manos y un arrepentimiento instantáneo me inunda el cuerpo como una cascada en un lago. Me siento terriblemente culpable, porque, si el acosador está tan loco como dice que está, lo más seguro es que mate a un hombre. O como mínimo lo mutile a lo bestia.

Oigo abrirse la puerta. Levanto la cabeza.

—Vamos, cabrón. Que sé que estás ahí fuera —amenaza Arch en voz alta.

Echo un vistazo rápido desde la esquina y veo salir a Arch. Pero antes saca un arma. Con los ojos como platos, abro la boca de par en par y me pregunto a quién coño he dejado entrar en mi casa. Cierra la puerta tras él, y resuena en mi cabeza el clic de la cerradura.

Pues parece que estaba equivocada y sí que he encontrado a alguien dispuesto a matar por mí. Esto todavía está por ver, claro, pero, si lo que ha hecho antes debía servirme de pista, creo que esto también lo habría hecho de puta madre. Así que, ahora más que nunca, quiero matar a ese cabronazo yo misma.

Cuando por fin encuentro a un hombre capaz de satisfacerme, va este hijo de puta y lo echa a perder.

«¿Dios? Sé que no siempre estamos de acuerdo en mis elecciones vitales, pero por favor no dejes que este pobre hombre muera por mi culpa. Dejaré de beber. Esta vez lo digo en serio».

Y también rezo para que Arch tenga buena puntería. Si salgo y encuentro a ese zumbado con una bala en el cráneo, no lloraré su muerte.

Durante los minutos siguientes, no oigo nada en absoluto. Tampoco es fácil con el corazón

latiéndome tan alto, pero un disparo seguro que lo oigo.

Joder, no soporto esta tensión. Ya no puedo esperar: corro hacia la ventana del lado de la puerta y me asomo.

El coche de Arch todavía está aparcado en el camino de entrada, pero no veo nada más. No hay cuerpos. Nada.

Rezando todo lo que sé, abro lentamente la puerta, agudizando el oído ante cualquier sonido de lucha o pelea.

Al oír solo el canto de los grillos, abro la puerta del todo y salgo.

Algo cruje bajo mis pies y me quedo literalmente de piedra.

Cierro los ojos, rezando. Como haya pisado una parte de un cuerpo… Ay, Dios mío, me estoy acojonando.

Inhalo varias veces, aparto el pie y miro hacia abajo.

Es una rosa, y he aplastado los pétalos con el pie.

—Ay, joder —murmuro inclinándome para recoger la rosa. Han quitado las espinas para que no me corte, pero no importa: a esta rosa no le han privado del dolor de alguien.

Goteando de los pétalos y encima de mis botas hay sangre fresca. Arch se ha ido, y lo único que queda de él es una rosa sangrienta.

Saco el teléfono del bolsillo trasero, lo desbloqueo para llamar a la policía, me tiemblan las manos. El teléfono se ilumina y entonces veo otro mensaje, el que me llegó cuando estaba en la discoteca, y que ignoré debidamente.

DESCONOCIDO: No te sientas culpable, cariño. Yo no amenazo al tuntún, así que toma esto como una lección aprendida.

Las luces rojas y azules iluminan el mundo que tengo delante, y los colores intermitentes me dan ganas de vomitar. El miedo se me agolpa en la boca del estómago mientras los oficiales de policía y los perros registran los alrededores.

Un oficial ha confiscado la rosa, pero la sangre me ha manchado las manos, física y metafóricamente. Me froto los dedos y veo cómo la sangre seca va saliendo de mi piel.

Se me escapa una lágrima, pero la limpio rápidamente.

He matado a un hombre.

Lo traje aquí sabiendo que alguien peligroso estaba al acecho, y lo hice de todos modos.

Y ahora no está.

—¿Señorita? Necesito hacerte algunas preguntas —dice el *sheriff* Walters caminando hacia los escalones del porche donde ahora estoy sentada.

Lo conozco desde que era pequeña. Fue al colegio con mi madre y eran buenos amigos. De vez en cuando, ella lo invitaba a cenar. Siempre ha sido amable. Tranquilo y con un tono de voz suave, toda la vida pareció más interesado en escuchar que en hablar.

Es un hombre alto y corpulento, mide por lo menos dos metros. Creo que su familia desciende de gigantes, porque su padre y sus hermanos son igual de grandes. Su padre era *sheriff*, y su abuelo antes que él. Seguro que un par de hermanos suyos también son policías.

Una enorme familia de policías gigantescos. Sí, justo lo que el mundo necesita.

El *sheriff* Walters tiene barba de tres días, y en sus ojos se aprecia cansancio y recelo.

Ya puse al tanto al oficial que me cogió el teléfono, pero, cuando también le conté que había desaparecido un hombre y que me habían dejado una rosa ensangrentada, le preocupó más montar un grupo de búsqueda.

Teniendo en cuenta los densos bosques que me rodean, lo más probable es que el hombre se llevara a Arch a pie hasta un lugar donde pudiera subirlo a un coche y pirarse.

Sorbo, limpiándome los mocos de la nariz y asintiendo con la cabeza.

—Sí, claro.

—¿Puedes darme el nombre del hombre que ha estado aquí contigo esta noche?

—Archibald Talaverra —respondo cual robot. Supongo que, al final, el que Arch se tirara un farol y me diera su nombre completo valió la pena. Casi sonrío, pero la situación es todo menos graciosa.

El *sheriff* no me contesta enseguida. Lo miro y veo que ha alzado las negras y tupidas cejas hasta lo alto de la frente.

—Talaverra, ¿eh? Puede que este hombre te haya hecho un favor —dice, con la última parte en un murmullo.

—¿Qué? —chillo con las comisuras de mis ojos redondeadas.

El *sheriff* suspira y se pasa una mano por el pelo grueso y oscuro. En sus años más jóvenes, estoy segura de que era atractivo. Pero ahora el gris está invadiéndole el pelo, y las arrugas rodean el contorno de sus ojos y de su boca. Está envejecido y curtido, y a lo largo de los años he ido viendo cómo se le iban cansando y abatiendo los ojos.

—Los Talaverra son delincuentes famosos —me informa.

Agrando mucho la mirada, y en ese momento me doy cuenta de lo mal que me crio mi madre. Las elecciones que he ido haciendo en la vida como mínimo cuestionables en el mejor de los casos.

Voy a tener que mantener una larga y dura conversación con la diablesa de antes. Creo que ha intentado matarme. Y me empiezo a preguntar si no debería dejarla.

—¿Qué tipo de delincuentes?

El *sheriff* Walters tuerce los labios agrietados a un lado, como sopesando lo que quiere decir.

—No hay nada probado. Nunca existe ninguna prueba suficiente. Pero principalmente trafican con cocaína. Supuestamente —añade al final, mirándome de reojo—. Lo que sí puedo decir es que a Archibald lo ha acusado de malos tratos su exmujer varias veces. Siempre ha salido inocente de los cargos, claro. Pero se le conoce por ser un hombre muy violento.

Giro la cabeza y me cubro la cara con las manos.

El *sheriff* Walters me da unas palmaditas en la espalda con torpeza. Se cree que estoy llorando. Pero tengo los ojos más secos que el desierto del Sahara. Estoy demasiado cabreada como para llorar. Cabreada conmigo misma por ser tan idiota y llevarme a casa a cualquier hombre.

Cabreada por matar a ese hombre. Un hombre con una familia peligrosa.

—¿Y su familia vendrá a por mí?

—No —responde bruscamente—. Esa familia tiene una lista de enemigos de un kilómetro de largo. No se van a preocupar por una chica cualquiera. Puede que te busquen, pero cuando no encuentren nada empezarán a investigar a los que ellos hayan estado tocándoles las narices.

Asiento con la cabeza, un poco más confiada.

—Eso si no se enteran de lo de la rosa —continúa.

Mi corazón se hunde como una roca en un pozo. Levanto la cabeza y lo miro, intentando averiguar qué quiere decir.

—Lo de la rosa fue personal, Adeline. ¿Sabes lo que significa?

—Hay… Hay un tío que me acosa. Ya he puesto varias denuncias por allanamiento de morada y por rosas que aparecen dondequiera que voy.

El *sheriff* frunce el ceño.

—Le he echado un ojo a tu expediente. No hay denuncias por acoso.

La columna vertebral se me endereza por la impresión.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto enfadada en voz alta—. ¡Si he puesto varias!

—Cálmate —dice el *sheriff* Walters con las manos extendidas en un gesto que imita sus palabras—. Miraré más a fondo cuando regrese a la comisaría. Y, ahora, ¿puedes contarme lo que ha estado pasando?

Obligo a mi corazón a disminuir la velocidad para relatarle todo lo que ha sucedido. Lo de los vasos de alcohol que alguien se bebía mientras estaba yo sola en casa. Lo de las rosas. Y lo de la tarjeta con la inquietante amenaza.

El *sheriff* Walters escucha tímidamente, tomando notas en un bloc mientras hablo. Cuando acabo, estoy aún más cansada que antes.

—Lo investigaré. Pero, Adeline, ¿eres consciente de que, si los Talaverra descubren que tienes un acosador, podrían echarte la culpa?

Retrocedo, completamente alucinada de que un policía me advierta ante la posibilidad de que una familia de delincuentes me pueda perseguir. Pero el *sheriff* nunca ha sido de los que suavizan u ocultan verdades. A menudo mi padre le preguntaba detalles sobre ciertas cosas, y él le contaba siempre todo hasta donde se le permitía.

Hubo algunas veces que mamá tuvo que llamarles la atención a los dos por hablar de temas escalofriantes en la mesa, delante de una niña, nada menos. El *sheriff* Walters se disculpaba, pero en realidad nunca parecía arrepentido.

—Haré todo lo que esté en mi mano para evitar que eso suceda —me asegura. No sé por qué, pero sus palabras no me hacen sentir mejor en lo más mínimo.

Suspirando, me doy la vuelta y miro fijamente a los densos árboles, con las luces rojas y azules que parpadean creando un baile de sombras.

Asiento con la cabeza, aceptando su ayuda. Este hombre no va a poder hacer nada para evitar que un criminal llegue hasta mi puerta.

Ya sea una familia de delincuentes o un puto acosador.

10 de septiembre de 1944

Hace tres días que no veo a Ronaldo.

Tres días preguntándome dónde estará. Si algo me ha pasado a mí. En bucle.

John y yo nos hemos peleado. Dice que he cambiado. Que ya no soy la mujer de la que se enamoró. Que ahora estoy distante. Que, cuando quiere que nos acostemos, yo no tengo ganas.

He empezado a sentir que mi matrimonio es un error. Que es sucio.

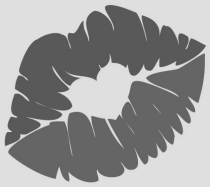
He empezado a sentir que estoy engañando a alguien, pero no a mi marido. Es como si estuviese engañando a mi visitante.

No había mucho más con lo que pudiese convencer a mi marido de que aún lo amaba, excepto las dos palabras mágicas: «te amo». Pero estas han empezado a parecer vacías cuando las digo.

Y en la falsedad con que me mira noto que a él también le parecen ya falsas esas palabras.

Estoy perdiendo a mi marido. Lenta pero certeramente.

Y me da vergüenza admitir que no me importa demasiado.



CAPÍTULO 9

La sombra

He cometido un homicidio. Un asesinato a sangre fría. Con muchos hombres que mostraban diferentes caras del diablo. Y lo he hecho por varias razones. Ya sea por violar a un niño, matar a un inocente o destruir la vida de alguien que no lo merecía.

Pero nunca he matado a alguien por celos.

Siempre hay una primera vez para todo, supongo.

Archibald Talaverra tiene los labios sobre mi chica y las manos debajo de sus pantalones. La está tocando. Se la está follando con los dedos. Le está diciendo guarradas que provocan un pequeño rubor en sus mejillas.

Y en ese momento decidí que no iba a seguir viviendo esa noche.

En el instante en que los vi juntos, necesité todo mi autocontrol para no entrar en esa discoteca y sacarla a rastras de ahí.

Porque no solo era que otro hombre estaba tratando de ligarse a mi chica; es que era Archibald Talaverra: un puto psicópata.

Uno de verdad.

Golpeó en varias ocasiones a su exmujer hasta convertirla en una masa sangrienta, y le hizo la vida un infierno cuando al final ella decidió divorciarse.

La mujer sigue en un psiquiátrico tratándose de un trastorno de estrés postraumático grave. Literalmente, él la rompió y, mientras ella pasa sus días intentando curarse de su maltrato, él disfruta sus noches en discotecas, eligiendo a una mujer diferente que llevar a casa y follarse cada vez.

Lo último que oí además es que tampoco folla de la hostia. Su manera brusca de jugar no le causa placer alguno a ninguna mujer, si esta se aleja con la nariz ensangrentada y el labio roto.

Este gilipollas se merece morir. Y yo estoy muy feliz de hacer los putos honores.

Este hombre y los crímenes de su familia fueron miguitas dentro del gran esquema de la vida. Su familia está metida en delitos menores, aunque se creen la mafia de Seattle. Pero comparados con los putos dinosaurios que caminan por esta ciudad son como hormigas.

Siempre he pasado de ellos, porque hay peces mucho más grandes que trincar que esta escoria de delincuentes que piensan que son los señores del crimen. Su amenaza para la humanidad es

minúscula en comparación con las personas que rastreo y mato y, hasta que no empiecen a comerciar con algo más que nieve, nunca estarían en mi radar.

Pero eso era hasta ahora, claro.

No hay nada que impida que Addie abra la boca y le diga a la policía que tiene un acosador. No importa que yo haya destruido toda evidencia de sus denuncias policiales.

Y, si los Talaverra se enteran de esto, matarán a Addie por algo que ella no puede controlar. Da igual que la familia tenga enemigos. Se eliminará cualquier posibilidad cuando descubran que el heredero del imperio Talaverra ha sido asesinado.

Así que esta noche libraré a Seattle de las pequeñas plagas que se han estado reuniendo para poder centrarme en las cosas más importantes: hacer que Adeline sea mía y desmantelar los círculos de pedofilia.

Hago crujir el cuello, me acerco a la puerta principal y golpeo mi puño contra la madera tan fuerte como puedo. Vierto toda mi ira en él, sin importarme una mierda si rompo la madera bajo mi puño. Igual que la noche en que ese gilipollas de pacotilla andaba por aquí. Cuando se largó corriendo de la casa desnudo con un solo calcetín puesto, maldiciendo el nombre de Addie.

Me alivió ver que fue Addie quien lo echó. Es la única razón por la que no lo maté esa noche. Pero eso no significa que no le haya cortado la lengua por las cosas que la llamaba.

Addie todavía no sabe nada de esto, porque lo eché de la ciudad y le prohibí que se pusiera en contacto con ella de nuevo.

Me agacho en las sombras más allá del porche.

Sé qué tipo de tío es Archie. Saldrá furioso, como el caballero salvador de la damisela en apuros; listo para enfrentarse al gran lobo feroz, como si no fuese él de hecho la abuelita a la que están a punto de comerse.

En realidad, es solo un zorro rabioso que se hace pasar por lobo. Su mordedura duele, pero nada comparado con la de un verdadero depredador.

En el momento exacto, Archie abre la puerta, con las manos sujetando una pistola.

—Vamos, cabrón. Que sé que estás ahí fuera.

«Ven a buscarme, Archie».

Se queda dudando en la puerta, sintiendo el peligro que hay en las sombras.

Pero, después de un momento, le sale una vagina, porque sus cojones no son suficientes, atraviesa la puerta y baja los escalones del porche. Gira la cabeza y abre los ojos mientras vislumbra mi cara con una única rosa roja en la boca, con el tallo entre mis dientes.

Me quito la rosa de los dientes y esbozo una sonrisa feroz que le daría escalofríos al mismísimo diablo. Antes de que pueda reaccionar, corro tras él, lo agarro del brazo y se lo retuerzo. Mi mano golpea su boca mientras tiro de su espalda hacia mí.

Giro el cuchillo y lo apuñalo dos veces en el estómago. En dos zonas en concreto que no afectarán órganos vitales. Gruñe bajo mi mano, porque la conmoción ha hecho que se quede bastante calladito.

Antes de que se dé cuenta de la situación y empiece a gritar, lo empujo y le doy un puñetazo fortísimo en la nuca.

Finiquitado en diez segundos, sin que haya salido un solo pío de su boca.

Saco el brazo y lo agarro por la parte de atrás de la chaqueta del traje antes de que se desplome en el suelo frío y lleno de barro. Inconsciente y sangrando muchísimo.

Tengo que curarle las heridas antes de que pierda demasiada sangre.

Pero primero me quito la rosa de la boca y meto los pétalos en el carmesí que brota de sus heridas.

No puedo permitir que mi ratoncita piense que no hay consecuencias por dejar que otro hombre toque lo que es mío. Ella descubrirá que yo no amenazo al tuntún tan pronto.

Dejo el cuerpo en el porche un segundo mientras me acerco y tiro la rosa en la puerta de su casa. Estoy demasiado cabreado como para hacer mucho más.

Y luego cojo el cuerpo del desgraciado y comienzo la breve caminata por el bosque donde me espera mi Mustang. Cuando llegue la policía, ya será demasiado tarde.

Un rastro de sangre los llevará hasta unas huellas de neumáticos, y a lo mejor pueden descifrar la marca y el modelo gracias a las marcas de la banda de rodadura, pero después se enfriará la evidencia. Todo estará destruido muy pronto.

La policía no sabrá en qué dirección mirar. La familia de Archie asumirá que le dieron caza sus enemigos.

Y no se equivocarán. Simplemente no podrán adivinar quién hasta que yo esté de pie frente a ellos poniéndoles un cuchillo en el cuello.

—Que me sueltes, joder, gilipollas de mierda. ¿Tú te crees que yo soy alguien con quien te puedas meter? ¿Tienes alguna puta idea de quién soy y de quién es mi familia?

Le voy a grapar la boca para cerrársela en dos segundos si sigue usándola. Eso está claro. Le transmito esta información y él responde riéndose como una hiena.

Me giro y le meto una hostia al hijo de puta en la boca, manteniendo el Mustang recto en todo momento.

A esto le siguen unas bonitas palabras, pero no más hermosas que la sangre que se derrama con ellas.

El guapito ahora no lo es tanto.

En cuanto lleguemos a mi casa lo va a pasar mucho peor. Puso su boca y sus manos sobre mi chica, y por errores tontos como ese hay consecuencias.

Se ha despertado unos cinco minutos después de empezar el viaje. Tiene dos tiras de tela de su camisa atadas firmemente sobre cada herida de puñal de su abdomen. Con las manos y los pies atados, no hay posibilidad de que se escape.

He practicado mucho.

Está diciendo estupideces desde que se ha despertado, y me está machacando la cabeza con ellas hasta convertirla en polvo. Lanza amenazas vacías como si fueran balas, pero sin embargo se las lleva el viento. Ninguna me impacta. De hecho, no aterrizan ni cerca de mí.

Es cuando habla de Addie lo que me provoca una rabia asesina.

—Vamos, hombre. ¿Estás así de cabreado por un chochito? Puede que tenga una voz de estrella del porno, y el coño estrecho que te cagas, pero, joder, eso también puedes encontrarlo en otras zorras. Yo me he follado a mogollón de esas.

Lo que iba a ser una muerte bastante lenta ahora va a ser la muerte más lenta que haya acontecido desde los albores de la humanidad.

Ya es bastante malo que hable de mi chica de esa manera tan repugnante, pero luego va y lo remata insinuando que Addie no es nada especial.

Ella es la primera de su especie en existir, y nunca habrá otra igual.

Me paro en el camino de entrada que conduce a mi almacén. Es una estructura pequeña que se utilizaba para fabricar cámaras para una empresa de chichinabo que cerró a los cinco años.

Embargaron el edificio, y yo lo compré muy barato. Luego me gasté cientos de miles de dólares transformándolo en una fortaleza impenetrable.

Convertí la planta baja en mi espacio vital, con seguridad de última generación. Una hormiga no sería capaz de entrar en el edificio sin que yo lo supiera.

La segunda planta es mi espacio de trabajo. Está lleno de decenas de ordenadores y tecnología ilegal que me hacen posible hacer lo que hago. Y el sótano es donde manejo todos mis «asuntos», es decir, adonde llevo a los pedófilos para torturarlos y matarlos cuando tienen información que necesito.

Construí un garaje subterráneo que llega directamente al sótano. Hace que sea más fácil el transporte cuando tengo que llevar a un gilipollas de metro noventa hasta la mesa.

Soy un hombre grande, pero me puedo destrozar la espalda como cualquier otro. No dejo de ser un puto ser humano.

Cierro la puerta detrás de mí mientras apago el coche y me giro.

Suspiro ante lo que veo. Normalmente voy más preparado cuando secuestro gente. Van en el maletero, y yo no tengo que preocuparme por si me manchan el coche. Pero, cuando metí a este, tenía prisa y lo arrojé en el asiento de atrás.

Hay sangre por todas partes, y voy a tener que pagarle un extra a mi equipo de limpieza para que saquen las manchas. Con tal cantidad de sangre, cualquiera podría preguntar.

Pero se les paga demasiado como para hacer preguntas tontas que puedan matarlos.

—Podemos hacer esto de la manera fácil o de la manera difícil. Puedo machacarte del todo, o puedes ser una buena zorra y quedarte quietecito.

Su boca ensangrentada empieza a formar la palabra «hijo», y no hace falta ser un genio para saber qué palabras vendrán después. Le doy un puñetazo en la nariz antes de que pueda esgrimir la primera sílaba.

El crujir del hueso bajo mi puño es casi orgásmico. Cuando quito la mano, le chorrea la sangre de la nariz rota. Escupe, y sale un diente volando de su boca para caer en mi suelo.

Solo por eso ya le voy a meter una paliza.

Salgo, le doy la vuelta al coche y abro la puerta.

Comienza a protestar, pero las palabras son confusas cuando lo agarro del cuello y lo saco a rastras. Con las extremidades atadas, nota cada gota y golpe mientras saco su cuerpo fuera del coche y lo llevo hacia la mesa.

Se retuerce como un gusano en el anzuelo y, por la expresión de pánico de su cara, diría que tiene esa sensación: desazón por ver cómo su vida pende de un hilo, de que estoy a punto de cargármelo.

Aunque forcejea, lo pongo en la mesa quirúrgica y desato sistemáticamente determinadas cuerdas para poder atarlo a la mesa y mantenerlo inmóvil al mismo tiempo.

Echa un vistazo y ve a Fernando muerto, tirado en la otra mesa.

Después de despedirse de Sicily, Michael dejó a Fernando en mi casa mientras yo iba a Parsons Manor a husmear. Addie y su amiga se estaban yendo, así que las seguí hasta una discoteca.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no meterle una bala en la cabeza a cada hombre que movía su polla contra su culo. Decidí ir a casa y ocuparme de los negocios, antes de hacer alguna tontería como secuestrarla de verdad.

Mientras interrogaba a Fernando, instalé un monitor y vigilé a Addie a través de las cámaras de la discoteca. He de admitir que mis métodos de tortura se volvieron mucho más sangrientos en cuanto vi a Archie acompañarla escaleras arriba.

Obtuve la información que necesitaba de Fernando. Cómo conseguía a las niñas, los nombres de algunas de las mulas y el de su jefe. Resulta que el tipo está en Ohio, así que dejo que uno de los otros mercenarios se ocupe de él. Le sacará más información sobre su jefe y llegaremos hasta este.

A las mulas ya las han localizado y atacado, así que, después de que termine de deshacerme de estos dos cabrones, un francotirador les pegará un tiro en la cabeza, y luego seguiré con la familia de Archie.

—¿Pero qué cojones, colega? —Archie escupe, con un claro tono tanto de terror como de asco. La cara de Fernando se ha empezado a hinchar.

Me encojo de hombros, sin inmutarme.

—Tengo muchos cuerpos que desechar esta noche. Será más fácil deshacerse de todos ellos al mismo tiempo.

—Mira, sea lo que sea que haya hecho mi familia, podemos llegar a un acuerdo —negocia Archie. Sus palabras suenan un poco confusas y maltrechas por culpa de sus dientes rotos. Ya tiene la nariz hinchada y magullada, y los labios partidos y abultados. Parece como si hubiera luchado cinco *rounds* de boxeo con las manos atadas a la espalda.

—No tengo ninguna conexión con tu familia —le digo tranquilo—. Al menos, hasta ahora no.

Se queda un momento en silencio, mirándome incrédulo mientras su cerebro asume que no soy un enemigo de los Talaverra.

—Entonces ¿por qué coño estás haciendo esto? ¿Por esa puta chica? —pregunta con voz histérica.

Me inclino muy cerca de él, dejándole que vea bien mi cara llena de cicatrices. Si no son estas las que acojonan a la gente, entonces suele ser el brillo mortal de mis ojos el que lo consigue.

—Joder, ella me deseaba. No es culpa mía que tu chica no te desee a ti.

Suspiro y me yergo. No me voy a molestar en darle explicaciones a este gilipollas. Él no va a entender mi obsesión, y me importa una mierda que lo haga.

Lo que él no sabe es que, en el momento en que me presente adecuadamente a Adeline Reilly, ella no podrá pensar en nadie más.

La devoraré de dentro hacia fuera, hasta que cada inhalación avive el infierno que haya creado en su interior. Como el oxígeno alimentando un fuego, consumiré cada centímetro de su dulce y diminuto cuerpo, hasta que ella no sea capaz de pensar en nada más que en cómo meterme más profundamente en su interior.

Al principio me temerá, pero ese miedo solo la encenderá. Y, joder, qué encantado estaré

repartiendo dolor cuando ella se acerque demasiado a la llama.

A mi lado hay una bandeja de utensilios cuidadosamente alineados. Sin apartar la mirada, agarro la primera herramienta que cae en mi mano.

Un destornillador dentado. Hecho ex profeso para torturar. Los militares usan mierdas así sin que la gente lo sepa. Y el gobierno tampoco le va a decir *motu proprio* a todo el país que torturan a los criminales de guerra muy a menudo y con métodos bastante jodidos.

El pueblo para nada lo ignora, pero seguro que ni de puta coña quieren saber el alcance de la depravación de nuestro gobierno.

Los ojos de Archie se abren de par en par cómicamente cuando ve el destornillador.

Sonrío.

—Este todavía no lo he podido usar —digo girando el destornillador para que los dos veamos bien cada punta afilada. En cuanto este cabrón entra, sacarlo duele aún más.

No puedo esperar, joder.

—Colega, hablemos de esto. Esa tía no merece la pena como para que me mates. ¿Eres consciente de lo que te hará mi familia? ¿De lo que le hará a ella?

—¿De verdad creíste que solo iba a matarte a ti? —Me echo hacia atrás, frunciendo el ceño para mostrar lo poco impresionado que estoy ante su advertencia.

Se le pone la cara de color rojo remolacha, como las manzanas que mi madre solía coger del huerto cuando era niño. Siempre me encantaron esas cosas.

Salen todo tipo de amenazas por su boca, alimentadas por la rabia de conocer el prematuro destino de su familia.

—¡¿Estás haciendo esto porque casi me tiré a una tía?! Ni siquiera sabía que era tuya —grita con las venas saliéndole de la frente.

No es una vista agradable.

Como respuesta, lo apuñalo con el destornillador directamente en el estómago. Me mira estupefacto, con la boca abierta en estado de *shock*. Pasa un momento, y después tose sangre. Veo una serie de emociones filtradas a través de sus ojos. También estoy bastante seguro de ver en ellos las cinco etapas del duelo.

Me inclino y aprieto los dientes:

—Lo que tú y cada triste hijo de puta que se atreva a mirar siquiera hacia ella aprenderéis es que nadie está a salvo cuando se trata de ella. No me importa si solo respiraste equivocadamente en su dirección, porque morirás igualmente, me cago en la puta.

—Estás como una puta cabra —dice ahogándose mientras mira con incredulidad el destornillador que sobresale de su abdomen. Esta vez sí que le he dado a varios órganos vitales.

Saco el destornillador lentamente, con el silencioso ruido de succión contra el telón de fondo de sus alaridos.

La ira desenfrenada que palpita a través de mí es implacable…

e imparable. Y la imagen de su mano en sus pantalones, besándola, susurrándole gilipolleces al oído y haciéndola correrse. Todo alimenta la violenta tormenta de mi cabeza. Vuelvo a introducir el destornillador cuando me viene la imagen de la cara de Addie. Deseándolo a él. Corriéndose para un mierda como él. Voy a tener que borrar todo rastro de él en ella.

Y pronto.

Arranco el destornillador y respiro hondo. Tengo que recordarme a mí mismo que ella aún no me conoce. Ella no entiende lo que es la verdadera necesidad. Todavía no, pero lo hará. Porque odiará la forma en que me va a necesitar. Luchará contra eso, se rebelará contra el deseo e intentará buscar cualquier cosa que la haga sentir aunque sea una milésima parte de lo que yo le dé.

Pero nunca lo encontrará.

Y tampoco dejaré que lo intente.

Hago crujir el cuello y vuelvo a inspirar profunda y tranquilamente. Mi temperamento se ha apoderado de mí. Normalmente no soy una persona susceptible, pero ya he aceptado el hecho de que mi ratoncita también haga que afloren en mí nuevos sentimientos.

—¿A cuántas mujeres has maltratado, Archie? —le pregunto lamiéndome los labios y rodeando su cuerpo hasta que desaparezco de su vista.

Es una táctica de intimidación para los débiles de mente. Les pone nerviosos que desaparezca por detrás de ellos brevemente. Sus mentes se dejan llevar mientras anticipan lo que voy a hacer. Y luego se tranquilizan un poquito cuando me vuelven a ver.

Solo para repetir el proceso.

Es la tortura en estado puro. Sin saber si voy a atacar. O cuándo.

—No me llames Archie —me espeta furioso cuando estoy detrás de él. Está tenso.

Vuelvo a estar frente a él y se le aflojan los hombros. Solo un centímetro.

—Estás esquivando la pregunta, Archie —señalo usando el nombre a propósito. Gruñe ante mi desafío, pero no responde.

Su madre siempre lo llamó Archie. Hasta que murió de cáncer de mama cuando él tenía diez años. Fue entonces cuando a su padre se le fue la cabeza y empezó a traficar con drogas para ganar dinero y poder pagar todas las facturas médicas y los gastos funerarios.

Crio a sus hijos para que fueran fríos y despiadados, y Archie nunca dejó que nadie lo llamara por el apodo de su madre sin apuñalarlo después.

Ha apuñalado a mucha gente por llamarlo así, incluido a su mejor amigo Max. Su amigo se quejó del tema una o dos veces en un bar al que va Jay.

—No me hagas preguntártelo otra vez —le advierto en voz baja para que note lo serio que soy.

—No lo sé —grita frustrado—. Un par, supongo. ¿Qué cojones importa?

—Leí algo sobre tu exmujer —le digo ignorando la estúpida puta pregunta—. Le diste tal paliza que casi no se la reconocía cuando la llevaron al hospital. Las pruebas dictaminaron que le rompiste una botella de tequila en la cara y que luego la apuñalaste con ella. Por no hablar de los innumerables huesos rotos y cardenales. Casi la matas.

Archie sorbe la nariz, y en sus fríos ojos no se refleja el más mínimo remordimiento. Estos cabrones narcisistas nunca se arrepienten. Se las arreglan de alguna manera para meterse en la cabeza que la víctima se lo merecía, y que cualquier daño infligido sobre ella era su propia culpa.

—Ella me engañaba —responde petulante, haciendo pucheros como un niño al que no le han dado una tarta por su cumpleaños.

—¿La engañaste tú a ella primero?

—Eso no importa —responde—. Ella es la mujer, y yo gano el dinero. Si tengo ganas de irme con una *stripper* una noche, es mi puto derecho. Lo único que hizo fue sentarse en casa sobre su culo perezoso y gastarse mi dinero.

Asiento, aceptando la respuesta tal y como viene.

—¿Le habrías hecho daño a Addie? —pregunto tras una embarazosa pausa.

Se burla.

—Me la habría follado como me gusta follar a mí. Si acaba con un par de moratones, ¿qué? A las perras como ella les va lo duro.

Renace en mí la ira y me golpea el pecho. Y necesito todo mi autocontrol para no clavarle este destornillador en el ojo en ese preciso instante.

Archie no sabría cómo follar duro de verdad aunque le pusieran delante de sus narices un puto manual. Maltrata a las mujeres porque lo disfruta. No sabe cómo llevar a las mujeres al borde del dolor y del placer, equilibrar entre los dos y haciendo que se desesperen y pidan más.

Se limita a lastimarlas. Cuando acaba, la chica está completamente magullada y traumatizada, puede que hasta sangrando. Y se va con una sonrisa de satisfacción en la cara, como si fuera el primer hombre en demostrar que el orgasmo de una mujer no es en realidad un mito.

—No maltrataste a Addie —observo y espero la respuesta que sé que me dará. Todavía no está lo suficientemente desesperado, lo suficientemente asustado. Sigue intentando hacerse el gallito y morir con dignidad. Pero eso va a cambiar muy pronto.

Sonríe.

—Primero tienes que hacer que se relajen. Menudos planes tenía para ella… —dice dejando a propósito la frase en puntos suspensivos y lamiéndose los labios vulgarmente—. Qué canción tan bonita habría salido de sus gritos.

Una vez más, asiento con la cabeza aceptando su respuesta. Lo hago porque así justifico lo que tengo planeado para él.

Me voy a apropiar de su método para el sexo. Disfrutaré lastimándolo y le haré sangrar. ¿Y él? Él deseará no haber conocido jamás a Adeline Reilly.

CAPÍTULO 10

La manipuladora

—¿Te has enterado de algo? —interrogo con el teléfono resbaladizo por la ansiedad que tengo desde que Arch desapareció en mi puerta.

—Nadie ha podido localizarlo —responde Daya por teléfono. Ella misma ha estado investigando la desaparición de Arch desde que le conté lo que sucedió anoche, sabiendo que la policía no va a resolver nada.

Pero Daya no tiene mucho más con lo que trabajar. Ya ha hackeado los sistemas de los enemigos conocidos de Arch: sus cámaras, teléfonos, ordenadores portátiles y el GPS de sus coches. Tal y como pensábamos, no tuvieron nada que ver con la desaparición de Arch, o al menos no fuimos capaces de descubrir un motivo.

Fue mi sombra quien se lo llevó. Y, sin saber quién es, no hay forma humana de encontrar a Arch.

—No me puedo creer que esto esté pasando. Prácticamente maté a ese hombre —digo con lágrimas en los ojos.

—Cariño, odio decirlo, pero no creo que esto sea lo peor que podría haber pasado. Estoy convencida de que este tío te habría acabado haciendo daño de verdad. Las cosas que le ha hecho a su exmujer… son indescriptibles. No era un buen hombre. Ninguno de esos tíos lo era… — deja de hablar, pero no necesito sus palabras para saber que está pensando en Luke.

Me dijo que tuvieron una noche increíble juntos, pero le hizo *ghosting* en cuanto descubrió qué tipo de hombre es —o era— Arch.

Dijo que cualquiera que fuera amigo de un hombre como Arch no es un buen hombre.

Y en realidad tampoco puedo no estar de acuerdo con eso.

Respiro profundamente.

—Lo sé. Tienes razón. Supongo que simplemente no me gusta que lo hayan herido, puede que asesinado, por culpa mía. Habría preferido que uno de sus muchos enemigos diera con él.

—Sí, ese habría sido el mejor de los casos —admite.

—El mejor de los casos habría sido una noche salvaje de sexo increíble con un tío bueno, en la que yo tuviese varios orgasmos y después le mandara a él a que siguiera su camino — interrumpo.

Hace una pausa antes de decir:

—Sí, tienes razón. Pero no habría pasado eso. No con el historial de este tío. Es violento.

—Bueno, al parecer, mi acosador también lo es.

—Lo sé, y por eso te estoy poniendo un sistema de seguridad. No vas a ser un número más en la estadística, no más de lo que ya eres. Si te mueres, tendré que irme contigo, y estoy bastante apegada a mi cuerpo. Dios me dio uno bueno en esta vida.

Pongo los ojos en blanco ante su dramatismo, sobre todo porque ni siquiera es religiosa.

—Vale. Pásame la factura de todo, eso sí. —Me parece bien. Me gusta la idea de tener cámaras en casa. Es mejor que el hecho de que alguien se cuele cuando no puedo verlo.

—Me paso después para configurarlo.

Tener cámaras va a ser lo primero en un mes que me dé sensación de seguridad. No importa cuán frágil sea esta.

Estoy terminando otro capítulo cuando escucho que la furgoneta de correos se detiene. El cartero siempre ha sido un tío muy majo. No suele quedarse mucho rato y pasa la mayor parte del tiempo mirando nervioso a su alrededor. La última vez que le pregunté que por qué hacía eso, me dijo que aquí había pasado algo malvado.

Y, teniendo en cuenta que un hombre desapareció anoche en mi puerta, yo añadiría que son ya varias las cosas malvadas que han pasado aquí.

Abro la puerta justo cuando está dejando varias cajas de libros. Tengo que firmarlos y enviárselos a mis lectores.

Ocho cajas grandes más tarde, el cartero jadea, y el sudor le baja por su rostro marrón claro.

—Gracias, Pedro. Siento todas estas cajas —digo con un saludo torpe.

Mueve una mano en señal de reconocimiento antes de volver a su furgoneta y salir pitando.

Suspiro, mirando las cajas con cierto pavor. Menuda putada va a ser meterlas todas. Salgo, pero mi pie golpea la esquina de algo pesado.

Miro hacia abajo y veo una pequeña caja de cartón con tapa. No tiene etiqueta, lo que significa que esta no la dejó Pedro.

Se me para el corazón y la ansiedad me hace un nudo en el estómago.

No sé por qué, pero mis ojos se dirigen hacia el bosque como si realmente fuera a ver a alguien allí de pie. Y no. Por supuesto que no hay nadie.

Respirando profundamente recojo la caja. Y luego casi se desploma cuando veo una mancha de sangre donde estaba la caja.

—Oh, joder. Joder, joder, joder. Joder. ¿Dios? Por favor, no permitas que esto me pase en esta hermosa mañana de domingo. Por favor, no me dejes encontrar lo que creo que voy a encontrar —rezo en voz alta, y la voz se me quiebra cuando una gota de sangre me cae sobre el dedo del pie.

Con las manos temblando, vuelvo a poner la caja abajo y entro en pánico. Tengo una gota de

sangre en el dedo del pie. Sabía que ya tenía las manos manchadas de sangre, pero ¿ahora los dedos de los pies también? No lo puedo soportar.

Antes de que pueda pararme a pensar lo que estoy haciendo, quito la tapa con el pie.

Manos.

Hay unas manos cortadas en la caja, tal y como me temía.

—Oh, mierda puta. Me cago en todo.

Me doy la vuelta y entro de nuevo en casa corriendo, revolviéndolo todo para encontrar el teléfono y llamar a Daya.

Suenan dos tonos antes de que ella responda:

—Estaré allí en unas hor…

—Daya.

—¿Qué ha pasado? —pregunta bruscamente.

—Una mano. Y otra mano. Dos manos. En una caja. En mi porche.

Suelta un exabrupto, pero el pánico que tengo no me deja oírlo.

—No hagas nada. Espera hasta que yo llegue —me ordena Daya—. Tómate un par de chupitos y espérame.

Asiento, aunque ella no pueda verme. Pero eso no me impide asentir de nuevo y luego colgar sin decir una sola palabra.

Hago exactamente lo que me dice. Me enchufo dos chupitos de vodka para calmar los nervios. Y luego respiro profundamente, lentamente, inhalo y exhalo hasta que mi acelerado corazón se calma.

El muy hijo de puta lo ha hecho de verdad. Me ha enviado las manos de Arch. Una parte de mí sabía que no mentiría, pero, no sé por qué, no me lo terminaba de creer.

—Mierda —murmuro, y dejo caer la cabeza entre los hombros, equilibrando mi peso en el borde de la encimera.

Veinte minutos más tarde, Daya aparece, su coche derrapa en el camino de entrada y los neumáticos chirrían.

Cierra de golpe la puerta del coche. Cuando llego a la puerta, ella se acerca a mi regalo, todavía en el porche, con la mirada puesta en la grotesca visión.

—Este tío está trastornado de la hostia —escupe Daya mientras levanta la caja para inspeccionar más de cerca las manos—. Y, sin duda, Arch también. Tiene un puto tatuaje de estrella en el pulgar.

Parpadeo curiosa preguntándome cómo lo sabe ella, pero todavía estoy demasiado impactada como para abrir la boca y preguntar.

—Aquí hay una nota —murmura y saca un pedazo de papel cubierto de sangre. Con cuidado, lo abre. Tarda dos segundos en leerlo antes de suspirar y dármelo.

Vacilante, extiendo la mano y cojo la nota por la esquina que no tiene sangre.

> «Aunque disfrutaré castigándote por cada vez que hayas llamado a la policía, esta vez contente. No querría tener que hacerles daño a continuación, ratoncita».

¿Se está quedando conmigo este tío? ¿Me va a «castigar»? ¿No crees que mandarme unas putas manos cortadas ya es suficiente castigo, pedazo de gilipollas?

—¿En serio me va a amenazar con matar a un policía? —siseo. Daya traga saliva, con los ojos fijos en las manos.

—Creo que esta vez tienes que hacer caso —dice en voz baja. La miro, porque yo he llegado a la misma conclusión. Este tío es peligroso. Muy peligroso.

Por mucho que yo quiera que la policía se encargue de esto, tengo dos problemas. Uno, no confío nada en que puedan atrapar a este tío. Y dos, no quiero que le hagan daño a nadie más por mi culpa.

No sé si podré soportarlo.

—No sé qué hacer, Daya —susurro con la voz quebrada. Daya deja la caja y corre hacia mí, envolviéndome en un fuerte abrazo.

—Tengo un amigo que viene a ayudarme a instalar las cámaras de seguridad y el sistema de alarma. Escucha, normalmente te diría que llames a la policía igualmente. Pero no lo sé, Addie. Sabes lo que pienso de la policía, aunque de verdad no creo que puedan ayudarte. Tengo algunos contactos, y a lo mejor podemos contratar a un guardaespaldas o algo así.

Sacudo la cabeza antes de que termine la última frase:

—¿Para que él también pueda morir?

Me mira divertida.

—No sería un tipo cualquiera de la calle, Addie. Sea lo que sea a lo que te enfrentes, no creo que sean más duros que un asesino profesional, ¿no?

—Quizá —reconozco—. Pero todavía no estoy segura del todo. Tener un guardaespaldas siguiéndome a todas partes me hace sentir como una damisela en apuros.

Por la expresión de su rostro me doy cuenta de que piensa que estoy diciendo tonterías. A ver, a mí me acosa un posible asesino cortamanos. Pero entonces ¿qué? Me empieza a seguir todo el día un tío cualquiera hasta que atrapen a mi sombra, y a saber si eso pasa en algún momento.

Rechino los dientes, sobrepasada por la frustración. No quiero vivir la vida con un apego adicional, una extremidad adicional. Y, en ambos casos, ya tengo uno. Uno está ahí para protegerme, mientras que el otro está allí para… No sé. ¿Hacerme daño? ¿Amarme?

Me da igual. No quiero a ninguno de los dos.

—¿Crees que Arch está muerto? —pregunto sin poder evitar que me tiemble la voz.

Tuerce la boca.

—No lo sé. A ver, es una posibilidad. Pero también puede ser que le cortara las manos y lo dejara marcharse, a modo de advertencia. No lo sabremos hasta que Arch aparezca… o no aparezca.

Asiento:

—Te diré algo de lo del guardaespaldas. Veamos primero cómo funciona este sistema de alarma.

—Vale, pero mientras tanto voy a deshacerme de las manos. Volveré en una hora, y luego nos vamos a coger un pedo de infarto.

Abro los ojos de par en par.

—Daya, no tienes que hacer esto. Es bastante morboso, y no quiero que tengas que hacerlo…

La severidad de su expresión me para en seco, y mis palabras se desvanecen.

—Veo cosas peores cada día, Addie. Entra. Volveré pronto.

Trago saliva, asiento y me vuelvo hacia la puerta, lanzando una última mirada insistente a mi

mejor amiga, que se aleja, preguntándome en qué demonios está involucrada si cada día ve algo peor que partes del cuerpo cortadas.

—Están todos muertos. —Las palabras explotan como una bomba en mi oído, como a aquel juez de *Un ciudadano ejemplar*.

—¿Qué?

—Toda la familia de Arch ha sido dada por muerta. Su padre, dos hermanos, un tío y dos primos. No conozco bien los prolegómenos, porque el crimen fue suave como la seda, joder. No hay testigos. No hay pruebas. Nada.

—Ay, Dios mío. ¿Crees que fue el acosador?

Suspira, e incluso a través del teléfono sé que está dándole vueltas al *piercing* de su nariz:

—Es un crimen bastante fuerte, pero no imposible. Dicen que, cuando dieron por desaparecido a Arch después de llamar a la policía, Connor empezó a lanzar serias acusaciones a sus rivales. Al parecer, la policía cree que fueron ellos, pero, como no existen pruebas, no hay nadie a quien culpar.

Cierro los ojos ante un inminente dolor de cabeza en la sien.

—Así que el acosador sí que ha matado a Arch.

—Probablemente —dice—. Si Arch hubiera regresado a casa antes de que eliminaran a su familia, habría dicho quién lo mutiló, y Connor no se habría ido a por sus rivales. Por eso no descarto que las acusaciones de Connor sean lo que hizo que el resto muriera.

Tengo tantas emociones dando vueltas en la cabeza, y no puedo hacer cara o cruz con lo que estoy sintiendo. Joder, estoy horrorizada de que mi sombra haya asesinado a alguien.

«Pero era un hombre malvado».

Eso no debería importar, ¿verdad? Y, para ser honesta, creo que el verdadero motivo por el que mató a Arch fue porque me tocó, no por sus crímenes.

—Si te digo la verdad, Daya, estoy un poco aliviada. La familia de Arch ahora no vendrá a por mí, y me siento una egoísta de tomo y lomo diciéndote esto.

—Pues entonces ya somos dos zorras egoístas, porque yo estoy feliz como una perdiz. —Resoplo ante su entusiasmo—. Mira, los Talaverra eran malas personas. Arch no era el único con un historial de mierda. A Connor le habían acusado de violación varias veces, y su padre seguramente les enseñó a violar y golpear a una mujer, porque con su informe de antecedentes penales… flipas.

Asiento con la cabeza, olvidando que ella no me ve.

—Desde luego, no lloraré sus muertes —murmuro.

Luego colgamos, porque las dos tenemos que trabajar, pero mi mente sigue vagando.

En verdad, no me entristece oír el destino de los Talaverra, pero todavía tengo en la parte posterior de la cabeza la preocupación constante de que fue mi sombra la que selló dicho destino.

Ha pasado una semana desde que Arch desapareció, y todavía no hay señales de mi sombra. Eso no quiere decir que no siga por ahí escabulléndose, pero aún no ha hecho acto de presencia.

El amigo de Daya instaló mi nuevo sistema de alarma y cámaras, y me da vergüenza admitir lo obsesiva que he estado revisándolas minuciosamente desde entonces.

Mi parte más ingenua piensa que, ahora que tengo un sistema de seguridad, él va a mantenerse lejos. Pero, aunque tomo muchas decisiones estúpidas —y cuando digo muchas, son muchas—, no soy lo suficientemente tonta como para creerme que no va a aparecer pronto por aquí.

Me estiro, gimiendo cuando los músculos crujen. El taburete de la cocina me hace un flaco favor a la hora de apoyar la espalda mientras escribo. He estado trabajando en una nueva novela de fantasía sobre una niña que escapa de la esclavitud, y la fecha límite que me puse a mí misma se acerca rápidamente.

Justo cuando empiezo a escribir de nuevo, un crujido que llega desde arriba llama mi atención. Inmediatamente, el sonido hace que mi corazón empiece a latir como un poseso. Me paro. Oigo más ruidos. Pasan varios latidos de mi corazón sin que nada los interrumpa. Los únicos sonidos son los de la caldera y el golpeteo suave de la lluvia contra la ventana.

Ya me creo que estoy perdiendo la cabeza, y entonces oigo otro crujido directamente encima de mí.

Contengo la respiración, me levanto lentamente del taburete y las piernas de metal chirrían contra las baldosas. Me estremezco por el sonido ruidoso y desagradable.

«Bueno, maldita sea, menos mal que no me hice espía. Me moriría en el trabajo».

Me acerco al cajón de los cubiertos rápidamente, lo abro y cojo el cuchillo de carnicero. Sujetar esta arma está empezando a convertirse en mi rutina diaria, y me aburre ya.

No me paro a pensar en lo que estoy haciendo. Voy trepando a las escaleras, azoto la barandilla y subo sigilosamente los escalones. Pienso brevemente en el título de la película de terror que harán después de mi vida.

Caminando por el pasillo, miro dentro de las habitaciones abiertas, sujetando el cuchillo frente a mí. El pasillo es largo y ancho, y cinco de las habitaciones están aquí arriba.

Al salir de una de las habitaciones vacías, escucho un pequeño golpe. Suena como si viniera de mi habitación.

Conteniendo la respiración, me arrastro por el pasillo apoyando todo mi peso en los dedos de los pies.

No tengo ni puta idea de cómo pueden hacerlo las bailarinas.

La puerta de mi cuarto está cerrada. La adrenalina se libera en mi torrente sanguíneo constantemente, como si me inyectara heroína en vena.

Antes no estaba cerrada.

Estoy de pie junto a mi puerta, mirándola como si fuera a crecerle una cara para advertirme de lo que hay dentro. Eso estaría fenomenal en este momento.

Porque no saber lo que encontraré al otro lado es lo peor. Eso es lo que hace que mi corazón lata a lo bestia en mi pecho y me apriete los pulmones.

¿Abriré la puerta y veré a la sombra de mis pesadillas? ¿Cotilleando en mis cosas?

Abro los ojos de par en par al darme cuenta de que ese cabrón chalado podría estar toqueteando el cajón de mi ropa interior. Con solo pensarlo, me inunda un tsunami de ira, y, antes de que pueda sopesar las consecuencias, atravieso la puerta.

No hay nadie dentro.

Recorro la habitación, revisando cada rincón antes de salir al balcón. Nadie.

Con el corazón saliéndoseme del pecho, me muevo y escruto la habitación, tratando de averiguar dónde podría esconderse un intruso. Mis ojos se detienen en el armario.

Voy hacia él, abriendo la puerta con tanta fuerza que casi se sale de la bisagra. Mi brazo sacude la ropa, buscando a alguien que no está aquí.

Pero yo sé que oí algo.

Se me para la respiración cuando me doy la vuelta y mis ojos recorren la cama, obligándome a retroceder. Justo debajo de mi cama está el diario de Gigi, tirado en el suelo y abierto de par en par.

Eso debe haber sido el golpe, pero ¿cómo coño se cayó?

Se me congela la sangre cuando miro en la mesita de noche y veo que el diario que he estado leyendo sigue ahí.

Había puesto los otros dos diarios de Gigi en mi mesita de noche para guardarlos hasta que llegara a ellos. Así que ¿cómo ha acabado uno de ellos en el suelo?

Vuelvo a escrutar sospechosamente la habitación, me acerco al diario del suelo y lo recojo, dejándolo abierto. Pasando mis ojos por la página, me paro en seco cuando leo bien las palabras.

A juzgar por las fechas, este es el último diario que escribió antes de morir. Los tres diarios abarcan dos años, y Gigi murió el 20 de mayo de 1946.

El diario está abierto en una entrada dos días antes del asesinato de Gigi, el 18 de mayo. Expresa miedo, pero no dice de quién. Claramente, está aterrorizada por algo. Mi corazón late más fuerte mientras asimilo sus apresuradas palabras.

Habla de que alguien la persigue. La asusta. Pero ¿quién? Me olvido de todo lo demás a mi alrededor, me siento en el borde de la cama y regreso al principio del diario.

Con cada entrada que pasa, sus palabras son cada vez más cortas y llenas de miedo. Antes de darme cuenta, estoy casi arrancando las páginas, tratando de encontrar algún indicio de quién es su asesino.

Pero en la página final, sus últimas palabras son: «Él ha venido a por mí». No hay beso de lápiz de labios en la página. Solo esas seis abrumadoras palabras. Giro la página, buscando a ver si hay más. Desesperada.

No hay más entradas, pero noto algo extraño.

Un trozo de papel recortado sobresale del lomo. Paso mis dedos sobre él. Han arrancado una página del diario.

¿Escribió algo importante y decidió que no valía la pena el riesgo de que alguien lo supiera? Los tres diarios son arriesgados, llenos de infidelidades y sexo. Sobre todo, repletos de amor por un hombre que la acosaba.

Levanto los ojos y miro hacia delante sin ver nada.

Cuando mamá se fue, lo hizo con la esperanza de que yo escuchara su consejo y me fuera de Parsons Manor. Pero cuando salió por esa puerta, con el repugnante olor de su perfume Chanel aún en mis fosas nasales, decidí que yo no quería mudarme.

¿Acaso la abuela tenía un extraño apego a la mansión? Posiblemente. Pero, si esta casa significó tanto para ella, no es lógico que la regalara. Aunque eso signifique que yo también tenga un apego poco saludable.

Pero, bueno, la decisión aún estaba en proceso. Era imposible que este libro pudiera haber terminado en el suelo. Sin embargo, lo hizo. Y no sé si fue cosa de la abuela, o de Gigi, pero

alguien quería que yo leyera estas entradas.

¿Quieren que encuentre a la persona que mató a Gigi? Dios, no puedo imaginarme lo difícil que habría sido resolver un asesinato en los años cuarenta con una tecnología tan precaria. ¿Y si su asesino sigue vivo?

Quizá no importa si lo está o no. Puede que Gigi solo quiera justicia por su asesinato, y que el hombre que terminó con su vida demasiado pronto salga a la luz, vivo o muerto.

Exhalo un suspiro tembloroso, mis dedos trazando las seis palabras abrumadoras.

«Él ha venido a por mí».

—¿Me puedes explicar por qué me estás haciendo hackear la base de datos del departamento de policía para ver fotos de tu bisabuela asesinada? —me pregunta Daya a mi lado, con los dedos en el ratón.

Me dan ganas de acercarme y moverle el dedo hacia abajo para que finalmente haga clic en el maldito botón. En cuanto lo haga, se verá el historial de Gigi.

Suspiro.

—Ya te lo dije. La asesinaron. Y creo que sé quién lo hizo, solo que… Bueno, solamente conozco su nombre, y que la acosó.

Daya me mira, pero cede finalmente. Hace clic con el ratón y saca las fotos de la escena del crimen de Gigi.

Son bastante inquietantes. A Gigi la encontraron en su cama, con la garganta cortada y una quemadura de cigarrillo en la muñeca. Nunca hallaron al asesino por falta de pruebas.

Gran parte de la culpa apuntaba hacia los agentes que acudieron a la llamada, porque ponía que pisotearon toda la escena del crimen. La policía perdió o contaminó pruebas y se les acusó, pero en última instancia, nadie rindió cuentas por ello.

Daya va haciendo clic en las fotos, cada una más inquietante que la anterior. Primer plano de la herida del cuello. La quemadura de su muñeca. La cara de Gigi, congelada de miedo con los ojos muertos mirando fijamente a la cámara. Y su lápiz labial característico emborronado en la mejilla.

Trago saliva, porque lo que veo contrasta demasiado con la imagen que había en su caja fuerte. Su cara ancha y sonriente tan llena de vida y ardor. Y ahora su cuerpo muerto y frío, congelado de miedo.

Quienquiera que fuera quien la mató la había asustado bastante. Tengo una sensación tirante y molesta en la nuca. Según las entradas de Gigi, su acosador no la asustaba. De hecho, parece que hacía exactamente lo contrario.

Me quito el pensamiento de la cabeza. Estaba obsesionado con ella, y había varias entradas próximas a la fecha de su muerte que mostraban que no se llevaban bien por los celos de él por el matrimonio de ella.

Su obsesión debía de haber sido de la variedad mortal.

Daya hace clic luego en los informes policiales. No solo en los que se hicieron públicos, sino

también en los documentos de la investigación confidenciales.

Técnicamente, la investigación sigue abierta. Solo que está latente.

Tardamos un rato en leer los documentos, pero al final lo único que averiguamos fue el momento de la muerte y el hecho de que Gigi peleó hasta el final.

A mi bisabuelo, John, le descartaron como sospechoso de inmediato porque varios testigos oculares lo vieron en la tienda de ultramarinos en el momento del crimen.

Me muerdo el labio. Lo que pienso me genera culpa, pero no puedo evitar pensarlo: «¿Y si aun así fue cómplice?».

Sacudo el pensamiento de mi cabeza. No. De ningún modo. Mi bisabuelo amaba a Gigi, a pesar de que su matrimonio se estuviese desmoronando.

Tenía que ser su acosador.

Es la explicación más obvia. El acosador se ganó la confianza de Gigi. A saber cómo, pero hizo que se sintiera lo suficientemente cómoda como para relajarse con él delante. Y luego la mató.

—Esa página arrancada debe de significar algo —murmuro cada vez más frustrada ante la falta de pruebas. Jamás podría ser detective y dedicarme a esta mierda todos los días.

—A lo mejor la arrancó el asesino —dice Daya desplazándose sin pensar por las imágenes.

Tuerzo la boca, sopesando esta información antes de sacudir la cabeza.

—No, eso no tendría sentido. ¿Por qué iban a arrancar solo una página y no se desharían de todos los diarios? Todos son incriminatorios. Ya sea por el acosador o alguien más, Gigi dice que andaban detrás de ella. Y, si no era el acosador, entonces podrían haber culpado fácilmente a Ronaldo y haber terminado con todo el lío. Quienquiera que fuera no podía haber sabido esto. Debió de ser Gigi la que arrancó la página antes de esconder los diarios.

Daya asiente con la cabeza.

—Tienes razón. Lo que está en la página que falta es importante, pero no podemos confiar en eso.

—Tenemos que averiguar quién es Ronaldo —concluyo.

Daya asiente de nuevo, un poco agotada ante la mera idea de hacerlo. Yo estoy más o menos igual.

—No tenemos nada para empezar. Tampoco se menciona su apellido. Casi no hay ni una descripción física.

—Tenía una cicatriz en la mano —le digo al recordar que en el diario de Gigi esta mencionaba algo de eso—. Y llevaba un anillo de oro.

—¿Escribió sobre su posición social? ¿Trabajo? ¿Algo que pueda llevarnos a quién podría ser?

Tuerzo la boca.

—Tendré que mirar de nuevo. Recuerdo que ella escribió que estaba involucrado en algo peligroso, pero aún no he podido leerlo todo.

Daya asiente y emite un suspiro medido:

—Hasta entonces, hasta que encontremos a Ronaldo o la página que falta, creo que no vamos a poder avanzar.

Suspiro y dejo caer los hombros.

—Podría estar en cualquier parte, literalmente, o puede que ya ni exista.

Daya me mira compasiva:

—Vamos a seguir probando cosas distintas. En este punto yo ya estoy igual de metida que tú en todo esto.

Le lanzo una sonrisa de agradecimiento antes de volver a mirar las fotos de la escena del crimen.

No cabe duda de que fue un crimen pasional, y si algo sé es que los acosadores tienden a ser bastante apasionados en sus obsesiones.

Me despierto de golpe, con un jadeo ahogado en la punta de la lengua. El sudor cubre mi piel, y tengo el pelo pegado a las mejillas, cuello y espalda.

No puedo recordar lo que estaba soñando. Pero algo me despertó.

El corazón me late fuerte, y mis ojos somnolientos flotan sobre la habitación oscura. Solo se filtra la luz de la luna a través de las puertas del balcón. Los muebles proyectan sombras por la habitación, creando figuras que en realidad no están ahí. Me dan igual los fantasmas. Como si bailan. Pero lo que me despertó tiene una presencia. Un alma.

Los tablones del suelo crujen y oigo que el sonido viene de mi derecha, fuera de la puerta de mi cuarto. La cabeza apunta hacia esa dirección, e inspiro profundamente. Se me eriza el pelo de la nuca, como a un perrillo asustado en una esquina.

Contengo el aire de los pulmones, procurando no emitir ningún sonido si vuelvo a escuchar el ruido. El silencio recorre toda la casa. Demasiado silencio. Aprieto el edredón en mi regazo con los dedos cada vez más fuerte según aumenta mi ritmo cardiaco.

Hay alguien fuera de mi habitación.

Pero ¿cómo?

¿Cómo coño ha burlado la alarma?

Otro crujido seguido de pesados pasos. Pasos metódicos, lentos y decididos. Intencionados.

Salgo lentamente de la cama y voy de puntillas hacia atrás, hasta que la espalda se apoya contra la fría pared de piedra, creando una distancia entre el intruso y yo.

Aunque lo intento con todas mis fuerzas, al final se me escapa un aliento tembloroso. Mi pecho se agita con jadeos pequeños y rápidos a medida que los pasos se acercan.

No me puedo mover. Mi espalda está tan pegada a la piedra que me estoy convirtiendo en parte de ella, y no me deja avanzar. Ni esconderme.

Los pasos se detienen frente a mi puerta.

Mis ojos buscan desesperados por toda la habitación. Se posan en un destornillador solitario sobre el baúl a los pies de la cama. Lo tiré ahí después de montar la silla de mi tocador, y ahora está allí como un faro de esperanza. Puede que sea lo único que me mantenga con vida esta noche.

«Muévete, Addie. ¡Maldita sea, MUÉVETE!».

Mis extremidades se desbloquean, y corro hacia el destornillador, cogiendo la herramienta en

mis manos resbaladizas. Tengo los ojos pegados al asa de la puerta, esperando a que gire el pomo. Me escabullo en silencio hacia la puerta y me pego a la pared.

Esperaré a que entre y luego atacaré. Espero poder clavarle el destornillador en el cuello antes de que él sea consciente de lo que pasa.

Así que, conteniendo la respiración, espero. El pomo no gira, pero noto perfectamente hasta en los huesos que ahí fuera hay alguien. ¿Me está esperando? Está zumbado si piensa que yo voy a abrir la puerta. A ver, algo debe estarlo, porque está allanando mi casa y quedándose por fuera de mi cuarto.

Pasa el minuto más largo de mi vida. Parece que han transcurrido horas cuando vuelvo a oír otro crujido. Y luego escucho cómo se retiran los pasos. Se van alejando cada vez más, hasta que ya no escucho nada.

Aguzo el oído y, tal y como sospechaba, oigo cómo se cierra la puerta de mi casa. Un suave clic que se convierte en un trueno dentro del silencio de la mansión. Abro inmediatamente la puerta y corro por el pasillo hacia el cuarto con ventanas que dan al camino de entrada.

Acurrucada, miro a través de las cortinas y espero a que la persona salga del porche delantero.

Aunque a mí me resulta una eternidad, supongo que solo han pasado unos segundos antes de que vea movimiento. De mis labios sale un sonoro grito cuando un hombre grande se pasea por los escalones y sale a mi camino de entrada. Va todo de negro, con una capucha calada sobre la cabeza.

Es alto, muy alto, pero no corpulento. Incluso debajo de la ropa puedo ver que tiene un cuerpo acojonante. Delgado pero fibroso. La sudadera con capucha se aferra a su cuerpo, mostrando sus anchos hombros, brazos gruesos y cintura recortada.

Joder, me podría aplastar si quisiera. Su mano parece lo suficientemente grande como para taparme toda la cara. O enrollarla alrededor de mi cuello.

¿Lo haría para causarme dolor o placer? ¿Mi sombra quiere lastimarme o amarme?

Se queda quieto, de espaldas a mí. Siente cómo lo miro, tal y como lo sentí al otro lado de mi puerta.

Estoy cada vez más acurrucada a la sombra, fuera de la vista. Mi corazón sigue acelerado, aunque ahora por una razón completamente diferente.

Algo en él me hace querer apoyar la cara contra la ventana. Quiero verlo. Quiero ver al hombre que se ha estado colando en mi casa, dejándome flores y mutilando a cualquier alma desprevenida que se atreviera a tocarme.

¿Tenía en la mano el pomo, listo para entrar? ¿Qué le detuvo?

Como si escuchara mis pensamientos, ladea ligeramente la cabeza. Muy atenta lo observo girar lentamente la cabeza hacia un lado. Levanta muy poco la barbilla, y la luz de la luna revela su boca ancha y una mandíbula afilada.

Me hago un ovillo más grande aún contra la pared, y noto sus ojos en mí. Es imposible que me vea. Sin embargo, de alguna manera, siento cómo me atraviesa su mirada. Como pequeños cuchillos afilados rozando mi piel antes de clavarse dentro de mí.

Y luego sonríe; su boca se estira en una sonrisa malvada. Mi respiración se detiene y mis pulmones se llenan de fuego.

«Ah, ¿así que esto es gracioso para ti, gilipollas?».

Antes de que yo pueda procesar qué hacer, qué sentir, se da la vuelta y se aleja,

desapareciendo tras la línea de árboles. Lento y decidido, como si no tuviese preocupación alguna en el mundo.

18 de septiembre de 1944

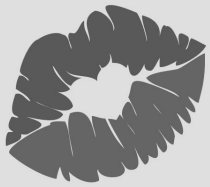
Volvió. Ronaldo volvió.

Cuando lo hizo estaba herido y magullado. Tenía cortes que le afeaban su hermoso rostro. Los golpes le teñían la piel. Estaba tan emocionada cuando lo vi que me eché en sus brazos. Solo entonces noté cómo rugía de dolor. Casi me echo a llorar cuando vi su angustia.

No me contó lo que había pasado. Pero creo que la distancia nos había afectado a los dos, porque…

Me he acostado con otro hombre. Un hombre que no es mi marido. Y me cuesta muchísimo encontrar un motivo de arrepentimiento. Hay cierta vergüenza. Pero culpa, ninguna.

De hecho, lo único que quiero es volverlo a hacer.



CAPÍTULO 11

La manipuladora

Daya dijo que la rara era mi abuela, pero yo estoy empezando a preguntarme si la rara no sería la madre de mi abuela. Hojeo el diario leyendo sus palabras.

Estoy sentada en la misma mecedora en la que Gigi solía sentarse para escribir en el diario mientras su acosador la observaba. Aunque al parecer ella sí dejó que él se deleitara al verla, y se acabó acostando con él.

Cierro el diario de un golpe, lo lanzo sobre el taburete frente a mí, y los muebles se balancean por el movimiento del pesado libro.

Suspiro profundamente, pellizcándome el puente de la nariz para evitar el incipiente dolor de cabeza.

A ver, ¿en qué estaba pensando Gigi? ¿Dejó que un extraño la mirara, entrara en su casa y la tocase? Qué locura. Descabellado, como para internarla.

Lo que de verdad sí es descabellado es que yo hallara este diario, y que un acosador me encontrara a mí la misma noche. No quiero ni pensar en lo que significa.

Fuera de la ventana sopla el viento, que está sacudiendo los cristales. Vienen nubes de tormenta como si fueran granos, con ese tipo de clima que siempre hace en Seattle: justo cuando te crees que va a haber un hermoso día de sol, aparece una nube lista para reventar.

«Qué asco, Addie, por Dios».

Suena un golpe fuerte en la cocina y casi salto de la silla. Con el corazón latiendo a todo gas, miro hacia esa dirección y no veo nada preocupante.

—¿Hola? —llamo, pero nadie responde.

Intentando calmar la respiración, me giro de nuevo a la derecha cuando un movimiento por el rabillo del ojo atrapa mi atención, justo fuera de la ventana. Mi cabeza se mueve hacia allí, y mi mirada se centra en lo que sea que acabo de ver. Está prácticamente a oscuras fuera, excepto por la luz de la luna y la de mi puerta principal.

Otro rápido movimiento hace que casi pegue la cara contra el cristal. Es una persona, y camina hacia mi casa después de salir de entre dos árboles grandes. Entrecierro cada vez menos los ojos a medida que la forma de la persona se hace más evidente.

Ha vuelto.

Después de solo dos noches, el hijo de puta ha vuelto de verdad.

Mi mano se desplaza hacia la mesa auxiliar que está junto a mí y coge el cuchillo de carnicero que llevo conmigo desde que irrumpió en mi casa la última vez. Resulta que mis cámaras de seguridad con él no sirven. Cuando se largó la primera vez, las revisé a fondo para finalmente descubrir que no lo vieron.

Cuando Daya las miró, se le cayó la boca hasta el suelo, y los ojos se le abrieron como platos del miedo. Él había trucado las cámaras. Las hackeó e hizo que pareciera que no pasaba nada mientras caminaba hacia mi casa, donde yo dormía.

Daya me dijo que no solo hizo un empalme con la alimentación de la cámara, sino que era tan bueno que resultaba imposible monitorizarlo. La única razón por la que Daya pudo llegar a esa conclusión es porque sabe cómo funciona la tecnología y porque a eso se dedica para vivir.

Este tío es peligroso, de muchas otras formas además de por sus instintos violentos.

Sujeto con fuerza el mango del cuchillo y lo pongo en mi regazo. A medida que se acerca, el corazón se me sale del pecho, y cada latido coincide con el paso que da él hacia mí.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana. Exactamente, no sé qué estoy haciendo. ¿Provocarlo? ¿Desafiarlo a entrar de nuevo en mi casa? Si lo hace, tengo todo el derecho a defenderme.

El hombre se detiene a unos seis metros de distancia, con la cara cada vez más oculta dentro de la capucha. Alarga la postura como si estuviera francamente cómodo, mete una mano en el bolsillo de la sudadera con capucha y saca algo que no alcanzo a vislumbrar. Hasta que le veo encender un mechero y la luz le marca su mandíbula, increíblemente afilada, con un cigarrillo que sobresale de su boca. Se enciende el cigarro y después se apaga la llama. Su silueta está solamente iluminada por la luna y un círculo rojo incandescente.

Él se me queda mirando.

Y yo le devuelvo la mirada.

Sin apartarla, cojo el teléfono de la mesita auxiliar. Le hice caso y no llamé a la policía cuando me mandó la puta caja esa con las manos, pero no me dijo que no pudiese llamarla si está de pie a seis metros de mi ventana.

Miro hacia abajo para desbloquear el teléfono y, cuando vuelvo la vista hacia arriba, se me paraliza el pulgar.

La luz de la luna se derrama sobre su silueta. Y veo perfectamente cómo mueve lentamente la cabeza hacia mí. Advirtiéndome que no haga lo que estoy a punto de hacer.

Dirijo la mirada hacia la puerta principal, con el miedo inundándome el cuerpo a un ritmo alarmante y constante. Está bloqueada, pero ya ha quedado claro que eso a él le da igual. Calculo la distancia entre la puerta y él. ¿Cuánto tiempo tardaría en correr hasta ella, pasar y llegar hasta mí? Por lo menos treinta segundos.

Me da tiempo de sobra para marcar el número de emergencias y decirles que alguien está intentando hacerme daño, ¿no? Pero no serviría de nada. La policía tardaría más de media hora en llegar.

Como si escuchara mis pensamientos, la sombra se acerca unos pasos, sacándose a cada rato el cigarrillo de la boca después de darle una calada.

¿Me está… desafiando? Enderezo la columna vertebral y se me nubla la vista de la rabia. ¿Quién coño se cree que es?

Mascullando iracunda, me voy como una loca a la puerta, la desbloqueó y la abro. Gira la cabeza para mirarme, y, por un momento, estoy a punto de pensarlo bien y volver a entrar.

Pero me armo de valor, piso furiosa los escalones y me voy hacia él.

—¡Oye, gilipollas! Como no salgas de mi propiedad, sí que llamo a la policía.

Más adelante, debería preguntarle a Dios por qué me hizo como soy, pero en este momento lo único que puedo hacer es poner mis dos manos sobre él y empujarlo cuando me acerco. No me permito mirarle bien los definidos músculos bajo la sudadera con capucha, porque solo los psicópatas se centrarían en algo así en una ocasión como esa.

Este gigante no se mueve ni un centímetro.

Tampoco habla. Ni reacciona. Ni hace nada.

Me resopla la nariz del cabreo como a un toro, al tiempo que miro al hombre encapuchado. No le puedo ver muy bien la cara, excepto la mitad inferior, pero noto cómo sus ojos me queman. Muy pronto mi cuerpo empezará a arder hasta que no queden nada más que cenizas bailando en el frío viento.

—¿Qué quieres de mí? —siseo cerrando las manos en puños, solo para que dejen de temblar. Todo el cuerpo me ha empezado a vibrar de ira y de miedo. Pero también por algo más. Algo tan inquietante que me niego a ponerle nombre.

Él no me contesta, pero sí sonríe: curva los labios lenta y pecaminosamente, y una chispa me recorre la espalda.

Saca la lengua deliberadamente y se lame el labio inferior. Mis ojos se centran en el movimiento. Es un acto primario. Animal. Y totalmente aterrador, joder.

Empiezo a notar cómo el corazón se me acerca a la garganta. Me lo vuelvo a tragar, entrecierro los ojos y abro la boca para seguir gritándole.

Antes de que yo pueda hacerlo, da un único paso hacia atrás. Y, aunque no puedo verlo, sé que me está mirando otra vez. Luego se da la vuelta y se va.

Tal cual.

Ni una sola palabra. Ni una explicación. Ni siquiera una loca confesión de lo mucho que desea que estemos juntos o alguna mierda por el estilo.

Nada.

Me quedo allí y observo su forma mientras se marcha, mientras regresa al portal del infierno del que ha debido de escaparse. Lo miro fijamente hasta que desaparece, y empiezo a plantearme si de verdad he perdido la cabeza y me lo he imaginado todo.

Seguramente, tampoco fui tan idiota como para enfrentarme a un psicópata…, el mismo psicópata que le cortó las manos a un tío y las dejó en mi puerta.

Pues eso es exactamente lo que hice. Y él no hizo nada excepto pasarse la lengua por los labios como si planeara liarse a lo loco conmigo.

Ay, no, ¿y si el que me está acosando es Jeffrey Dahmer reencarnado?

Con el corazón otra vez en la garganta, me doy la vuelta y entro de nuevo, sintiéndome como si los sabuesos de Lucifer me estuviesen mordisqueando el culo. Y, cuando cierro y le pongo el pestillo a la puerta, miro hacia la mecedora en la que estaba sentada y veo el cuchillo tirado en el suelo, junto al taburete.

Dios mío.

Me enfrento a un psicópata, y el cuchillo «se me cae» al suelo en lugar de llevarlo conmigo.

«Dios, ¿por qué me hiciste como soy? En la próxima vida, ¿te importaría no hacer un trabajo así de mierdero?».

Como recompensa por terminar el manuscrito y enviárselo al editor, me estoy mimando a mí misma con una buena investigación de asesinato.

Daya envió más notas que encontró en la base de datos del departamento de policía. Los correos electrónicos llegan a cada minuto con más detalles. La mayoría son informes que han escrito a mano unos tipos con una caligrafía espantosa.

Y, con el estropicio que hubo en la escena del crimen, básicamente no hay nada que hacer.

Mi bisabuelo mencionó en su declaración que ella llevaba actuando de forma extraña desde varios meses antes de su muerte.

Ella estaba distante. Paranoide. Ya no hablaba tanto. De mal genio con mi abuela, a la que recogió varias veces tarde del colegio sin dar explicación alguna.

Gigi no quería hablar de eso con su marido, lo que provocó varias discusiones entre ellos. En las declaraciones, admitió que su relación había tenido un bajón durante los últimos dos años. Le había rogado a Gigi que le explicara el porqué de su cambio de comportamiento, pero ella le decía que no había nada malo que contar.

Me paso horas diseccionando las entradas del diario de Gigi, buscando significados ocultos en todo lo que escribió. Buscando textos en los que exprese miedo e incomodidad.

Pero lo que la asustara debía de asustarla tanto que no pudo siquiera describirlo con palabras.

Una parte de mí desearía que estos diarios los hubieran encontrado durante la investigación de su asesinato. Puede que nunca los hubiese llegado a leer si así hubiera sido, pero quizá podrían haber ayudado a resolver su caso.

Suspiro y me paso las manos por mi pelo grueso. Tengo los hombros a punto de arder porque ya no sé ni cuántas horas llevo encorvada, y se me está nublando la vista de tanto leer.

Me está empezando a doler la cabeza en las sienes, lo que empeora mi visión, y ya no puedo ver ni pensar con claridad.

Me siento en la mecedora y miro por la ventana.

Mi grito ahogado perfora el aire cuando veo que ha vuelto el acosador, está ahí de pie, en el mismo lugar que antes, fumándose un puto cigarro. Han pasado tres días desde que me encaré con él, y estoy en máxima alerta desde entonces. Esperando a que vuelva a allanar mi casa, y que esta vez entre en mi habitación mientras duermo.

Me bombea errático el corazón en el pecho. Noto un calorcillo en el comienzo del estómago, y se me va secando la boca al tiempo que ese calor desciende entre mis muslos.

Estoy pegada a la silla, jadeando a causa de la embriagadora mezcla de miedo y excitación. Me he puesto roja de la vergüenza, pero esa sensación no me abandona. Debería cerrar las cortinas, hacerme un puto favor y acabar de una vez con nuestra silenciosa guerra.

Pero, por alguna razón que desconozco, no me puedo mover. Para levantar el teléfono y llamar

a la policía. Para hacer cualquier cosa que me convierta en un ser inteligente y con sentido común.

Pero todo eso no existe mientras lo miro fijamente a él. Cualquier fantasma que quiera atormentarme en esta casa ya no me importa. No cuando hay algo mucho más peligroso que me atormenta en el exterior.

Como si los fantasmas me oyeran, suenan unos pasos ligeros encima de mí. Muevo la cabeza y levanto los ojos al techo, siguiendo los fantasmales pasos hasta que desaparecen.

Y, cuando me giro otra vez, mi acosador está unos metros más cerca. Como si se estuviera preguntando qué estoy mirando, curioso sobre qué puede haber desviado mi atención de él.

Se debe de pensar que es por otro hombre, estoy segura. A lo mejor se piensa que Greyson ha vuelto y que está en alguna parte de la casa. Que me llama y me pide que me meta con él en mi cama, desnudo y duro para mí.

Quizá hasta crea que acabamos de follar, y que mis muslos aún están pringosos con la semilla de otro hombre.

¿Le cabreará?

Pues claro que sí. Mutiló y mató a un hombre por tocarme. ¿Qué podría llegar a hacerle a otro por follarme?

«¿Y qué me haría a mí?».

Da igual que no haya nada más lejos de la verdad. El hecho de que esos pensamientos se le pasen por la cabeza y le vuelvan loco me hace sonreír.

Giro la cabeza y hago como que grito algo solo por joderle.

—¿Qué estás haciendo? —digo en voz alta, con mis palabras dirigidas a un fantasma que no me responderá jamás.

Vuelvo a mirar a mi sombra, veo cómo saca el teléfono: la luz azul se pierde en las profundidades de su capucha mientras mira algo. Unos segundos después lo guarda en el bolsillo, saca otro cigarrillo del paquete y se lo enciende. Fuma como un carretero. Qué asco.

Se queda allí otros quince minutos. Y, en ese tiempo, yo apenas miro hacia otro lado. Casi parece un juego, y yo siempre he tenido muy mal perder.

Le doy gracias a Dios por no tener que viajar lejos para la firma de libros. Lo organiza otro gran autor romántico y, afortunadamente, se celebra en el viejo Seattle.

Una fina capa de sudor cubre mi piel mientras me contemplo por última vez en el espejo.

—Has ido a un millón de estas cosas, amiga. Vas a estar fenomenal —asegura Daya detrás de mí. Llevo una favorecedora blusa roja, que destaca muy bien mi cuerpo sin que parezca demasiado picante o inapropiada, y unos vaqueros negros rotos. Me he pintado los labios de rojo y me he puesto unas cómodas Vans de cuadros.

También me he arreglado un poco mi cabello color canela con ondas playeras desenfadadas, haciendo que mi *look* sea casual pero elegante. Normalmente no me gusta ponerme de punta en

blanco para estas cosas. Estoy sentada en una silla todo el día, así que me aseguro de estar lo suficientemente bien como para salir en las fotos, y dejo el resto a la comodidad.

Me olisqueo la axila, comprobando dos veces que no me ha abandonado el desodorante y que es eficaz contra los olores fuertes.

—Lo sé, pero no son fáciles —me quejo.

—¿Cómo te llamas a ti misma? —pregunta Daya frunciéndome el ceño.

Suspiro.

—Maestra manipuladora.

—¿Por qué?

Pongo los ojos en blanco.

—Porque manipulo las emociones de las personas con mis palabras cuando leen mis libros —le contesto.

—Exacto. Así que eso es todo lo que vas a hacer, solo que hoy será tu boca y no tus dedos la que diga las palabras. Finge hasta que te salga, cariño.

Asiento con la cabeza, mirándome las axilas en el espejo desde todos los ángulos. A lo mejor mi desodorante sí que combate los olores fuertes, pero la camisa no venía con una etiqueta que dijera que fuese resistente a las manchas de desodorante.

Suspirando de nuevo, dejo caer los brazos.

—No es que no me guste conocer a mis lectores. Es solo que no me siento bien con multitudes y en situaciones sociales. Estoy demasiado incómoda.

—También eres una gran mentirosa. Eso es lo que haces para ganarte la vida. Limítate a sonreír y haz como si no te estuviese dando otro ataque de pánico.

Pongo otra vez los ojos en blanco al tiempo que cojo el bolso de la cama.

—Eres una excelente conversadora —le digo secamente. Resopla a modo de respuesta.

Daya es malísima dándole ánimos a la gente, y ella lo sabe. Es la persona lógica de nuestra amistad, mientras que yo soy la emocional. Ella se encarga de ofrecer soluciones, y yo prefiero dar vueltas y vueltas sobre mi temor y ansiedad y hablar de ello.

Supongo que me parezco más a mi madre de lo que pensaba.

Pero de momento nunca lo admitiré en voz alta.

La firma es una pasada, como siempre. Siempre me esfuerzo en venir a estos eventos, y cuando acaban nunca me quiero ir.

Tener la oportunidad de reunirme con otros amigos escritores e intentar huir con todos sus libros firmados mientras me río como una loca es lo que realmente me da paz en la vida.

Lo que de verdad me hace feliz es ver las muchas caras sonrientes y ansiosas por conocerme y conseguir libros firmados por mí.

Me encanta mi carrera de manipuladora profesional. Soy afortunada por hacer lo que hago.

Estoy un poco borracha tras haberme tomado unas copas en un bar después de la firma, así que

Daya me lleva a casa en mi coche. Nos reímos y nos volvemos a reír sobre algunos momentos divertidos, y hasta cotilleamos sobre el drama que siempre inunda al mundo del libro.

Estamos de subidón porque nos lo hemos pasado de maravilla, pero nuestras sonrisas se secan cuando llegamos a casa.

Hay una única luz encendida, y brilla a través de la terraza acristalada. Yo apagué todas las luces antes de irnos.

Voy a salir corriendo del coche cuando me detiene Daya agarrándome con fuerza la mano.

—Podría estar aún dentro —dice con urgencia, y me aprieta más hasta hacerme daño.

—Más le vale que sí, me cago en la puta —gruño y me deshago de su mano. Me escapo del coche antes de que Daya pueda volver a intentar detenerme y voy directa a la mansión.

—¡Addie, detente! Estás haciendo el imbécil.

Lo estoy, pero el alcohol ha conseguido que esté todavía más cabreada si cabe. Antes de que Daya me pare, abro la puerta principal y entro en casa a toda velocidad.

Solo hay una luz encendida sobre el fregadero de mi cocina, demasiado débil como para iluminar correctamente la parte delantera de la casa.

Nadie me espera, así que empiezo a encender las luces para disminuir el ambiente tenebroso del lugar.

—¡Sal, monstruo! —grito mientras entro en la cocina sujetando el cuchillo más grande que he podido encontrar. Cuando me doy la vuelta, Daya está de pie en la puerta, observando el salón con cara de susto.

Estaba tan decidida a matar a ese cabrón que ni siquiera me he molestado en mirar a mi alrededor.

Todo el salón está cubierto de rosas rojas. Me quedo con la boca abierta, y mis palabras tartamudean y se las lleva el viento.

Me giro y veo un vaso de whisky vacío en la encimera, un hilo de alcohol en el fondo del vaso y una distintiva marca de labios.

Junto al vaso hay una única rosa roja.

Mis ojos, como platos, se encuentran con los de Daya. Lo único que podemos hacer es mirarnos la una a la otra en estado de *shock*.

Tengo el corazón en la boca, pero logro balbucear:

—Tengo que revisar el resto de la casa.

—Addie, podría estar aquí todavía. Debemos llamar a la policía y largarnos. Ahora mismo.

Me muerdo el labio inferior; hay dos Addies luchando dentro de mí. Quiero buscarle, enfrentarme a él y apuñalarlo en el ojo varias veces. Pero no puedo poner en peligro a Daya más de lo que ya lo he hecho. Tengo que dejar de comportarme como una idiota.

Cedo, asiento con la cabeza y la sigo fuera de la mansión. Ni siquiera el aire fresco logra alcanzar el hielo que tengo en los huesos.

¿Qué más ha hecho? Gruño cuando me doy cuenta de que probablemente haya entrado en mi cuarto. Que haya tocado mi ropa interior. Puede que hasta robado algunas bragas.

La voz del operador interrumpe mis pensamientos. Estaba tan ausente que no me había dado cuenta de que Daya ha llamado a la policía por mí.

Daya describe la situación y, tras unos minutos, el operador manda a un agente y nos dice que tardará al menos veinte minutos en llegar.

Sé que el acosador ya no está aquí. Lo noto en mis huesos. Pero espero que sea un criminal y que esté fichado, porque así lo podrán identificar gracias al ADN del vaso de whisky.

Aunque, al igual que yo sé que ya no está aquí, también sé que no va a ser nada fácil atraparlo.

—Ven a casa conmigo esta noche —dice Daya. Las dos estamos cansadas y sobrias después de hablar cerca de dos horas con la policía.

Registraron toda la casa, y no estaba por ninguna parte. Tomaron huellas del vaso de whisky para ver si conseguían alguna coincidencia.

Estoy exhausta, así que asiento con la cabeza.

Su casa está a veinte minutos de distancia, y he hecho bien en seguirla todo el rato, porque si no se me podría haber ido la olla y haber conducido sin rumbo fijo.

Daya vive en una pintoresca vivienda de un barrio agradable y tranquilo. Aparca el coche y las dos entramos destruidas en la casa.

Estaría bastante vacía si no fuera por algunos muebles y los miles de ordenadores que hay en todas partes. Se toma muy a pecho su trabajo y, aunque no habla mucho de él, sé que lidia con movidas muy gordas.

Ya me ha contado en alguna ocasión que investiga la *Dark Web* y la trata de personas. Con eso bastaría para que alguien tuviera pesadillas.

Al parecer, su jefe es muy estricto con eso de mantener todo bajo una absoluta confidencialidad, pero sé que ha habido momentos en los que Daya ha estado más perturbada que Parsons Manor.

Cuando le pregunté qué sacaba en claro de todo eso, me dijo que «salvar vidas inocentes». No necesité escuchar más para saber que Daya es una heroína.

—Ya sabes dónde está el dormitorio de invitados —dice Daya señalando perezosamente la dirección con el dedo—. ¿Quieres que me quede contigo? Estoy segura de que estás muy asustada.

Me obligo a sonreír.

—Te quiero por ofrecerte, pero creo que lo único que necesitamos las dos en este momento es dormir —le digo.

Daya asiente, y después de darme las buenas noches se retira a su habitación.

Me tumbo sobre el edredón blanco de la habitación de invitados. Al igual que en el resto de su casa, aquí apenas hay muebles. Paredes de color azul claro decoradas con algunos cuadros oceánicos y cortinas blancas y vaporosas.

Me quedo observándolas fijamente.

No las cortinas en sí, sino lo que hay entre ellas.

Por segunda vez esta noche, se me pone el corazón de corbata, apoyándose en mi laringe y evitando que emita sonido alguno.

Fuera de la ventana hay un hombre. Que me mira directamente.

Doy un paso atrás, lista para darme la vuelta y llamar a Daya. Cuando suena mi teléfono me

estremezco, paralizada y casi ahogada por el miedo.

Sin dejar de mirar al hombre, saco el teléfono del bolsillo y veo un nuevo mensaje de texto.

DESCONOCIDO: ¿No te gustaron mis flores?

19 de noviembre de 1944

No me canso de él. Soy insaciable. Me da hasta vergüenza admitirlo. Llevamos meses así, pero cada vez es como si fuera la primera.

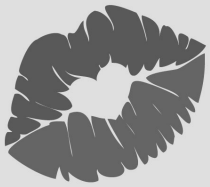
Frank y John se van de pesca hoy, y me siento fatal por decir que estoy deseando que se larguen ya. A pesar de mi cambio de actitud, John no sospecha que lo estoy engañando.

Es horrible, pero no me arrepiento de esta aventura amorosa.

Ronaldo me hace sentir hermosa. Adorada. Algo que no había sentido desde que tuve a Sera. Me trata como a una mujer, y no como a alguien que le hace los recados y le da de comer.

Y, aunque yo no sea porcelana de Limoges, sí soy una mujer a la que le gusta que la agasajen como Dios manda.

Hago todo lo posible para no pensar en ello cuando John está en casa. Al parecer, no puedo controlar cómo la sonrisa se me forma sola en la cara. Y hace tanto tiempo que John no me hace sonreír que me da miedo que sospeche aún más.



CAPÍTULO 12

La sombra

—Hay otro vídeo —dice Jay a través del teléfono con voz solemne. Me levanto del sofá y me dirijo a mi oficina.

Una serie de pantallas de ordenador se alinean en el escritorio de tres metros de largo, junto con el resto de los dispositivos ilegales. *Jammers*, rastreadores, botones que detonan explosivos en varios sitios distintos por si alguien me la juega, etcétera.

Con toda la mierda que tengo aquí, solo esta habitación vale millones.

Es al mismo tiempo mi lugar feliz y mi pesadilla viviente.

Aquí es donde hago que cambie el mundo. Donde encuentro a mujeres y niños a los que hay que salvar al tiempo que soy testigo de la tortura a la que los someten cabrones enfermos.

Se necesitan grandes cantidades de dinero para infiltrarse en edificios de alta seguridad, rescatar a niñas y darles refugio y seguridad fuera del radar.

Las grandes empresas me pagan una impía cantidad de dinero para que hackee, por cualquier razón de mierda, los sistemas de sus rivales, ya sea por competencia y así saber lo que el otro está tramando, o porque tienen una demanda entre ellos e intentan hallar información en su contra.

Me importan una mierda los problemas que tengan entre ellos. A mí solo me preocupa que consigan aquello por lo que me contrataron.

Al final, alguien rico se jode, mi cliente saca un beneficio gigantesco de ello y yo cobro intereses. Es dinero sucio, pero nunca he tratado con asuntos donde no te manches las manos.

Y me permite dedicar mi vida a poner fin a la trata de personas.

—¿Dónde? —ladro mientras mis dedos ya vuelan sobre el teclado.

—Ya está cifrado y enviado a tu correo electrónico.

Estiro y giro el cuello, haciendo que me crujan los músculos y preparándome para algo que hará que el bistec que acabo de comer se asiente en mi estómago como un barco que naufraga en el océano.

Comienza a reproducirse el vídeo y, a pesar de que mi instinto me grita que no lo haga, subo el volumen para poder escucharlo.

Es un vídeo granulado de un puto ritual satánico. La persona que graba respira con dificultad,

probablemente ante el riesgo de que la pillen por hacer algo tan peligroso.

Cuatro hombres vestidos de pie sobre una losa, con un niño pequeño atado a ella retorciéndose.

Chilla sin parar para que le suelten. Su pequeña voz se quiebra cuando grita pidiendo ayuda.

Me pongo una mano en la cara cuando le clavan un cuchillo curvo en el pecho. Llenan copas de metal con su sangre y se beben la copa entera de un trago.

Me obligo a observar y soportar el dolor junto a este niño. Porque, a pesar de que esta alma inocente ya no está, eso no quiere decir que yo no vaya a llevar a cabo cuanto esté en mi mano para hacerle justicia.

Cuando termina el vídeo, tengo que girarme y respirar para no vomitar.

—¿Z? —Había olvidado que Jay estaba al teléfono.

—¿Sí? —respondo ausente con la voz ronca.

—Yo… no pude verlo, colega. No pude hacerlo.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

—Está bien —le digo—. No hace falta.

Jay sabe lo muy a pecho que me tomo estas cosas, pero también que me niego a darles la espalda. Eso es lo que hace la mayoría de la gente cuando está la trata de personas de por medio. Todo el mundo sabe que existe, y la mayoría se informará para saber cómo evitarla, pero no pueden mirar la realidad. No pueden escuchar. No son capaces de ver la depravación. Porque al no mirar es posible volver a sus vidas normales y vivir como si no hubiera miles de personas muriendo cada día.

Jay no es una de esas personas. Él hace lo que puede. Pero tampoco tiene estómago para ello, y no le culpo por ello.

Porque yo tampoco. Y, a decir verdad, las personas que sí lo tienen son las que trafican y cometen los crímenes.

—¿Son los cuatro a los que hemos estado rastreando? —pregunto.

Jay suspira.

—No. A Mark lo vieron anoche en un restaurante con su mujer a la misma hora que la marca de tiempo del vídeo. Parecen hombres distintos, pero a estos no los hemos identificado. Supongo que solo han hecho el ritual una vez.

Asiento con la cabeza. Mi mente se acelera mientras trato de averiguar cómo coño voy a actuar.

Hace unos seis meses se filtró un vídeo en la *Dark Web* de cuatro hombres con túnicas negras realizando un ritual con una niña. No sé si les pudo la arrogancia o qué, pero los tíos se bajaron las capuchas, sudándosela que los espectadores pudieran ver perfectamente quiénes eran.

Incluso con el vídeo de baja calidad y la iluminación tenue, los pude identificar al momento.

Los senadores Mark Seinburg, Miller Foreman, Jack Baird y Robert Fisher.

Se pusieron alrededor de la niña, que estaba sobre la losa de cemento, la apuñalaron y luego se bebieron su sangre. La niña todavía estaba viva, retorciéndose de dolor y gritando a todo pulmón mientras los hombres cantaban alrededor.

El mismo ritual que acaba de sufrir el niño, y que se sigue reproduciendo en bucle en la pantalla de mi ordenador. Solo que en este caso los cuatro hombres alrededor del niño tienen las puntiagudas capuchas puestas, ocultando su identidad.

Empiezo a notar cómo vuelvo a meterme en ese agujero negro del que tardé semanas en salir hace seis meses. Cuando atravesé uno de mis momentos mentales más oscuros.

Después de ver aquel primer vídeo, me encerré en una habitación y estuve allí durante veintiséis horas. Físicamente era incapaz de vivir mi día a día con naturalidad, sabiendo como sabía lo que les estaban haciendo a los niños.

Esa impotencia aumentó cuando entré en la *Dark Web* y hallé miles de vídeos de padres violando a sus propios hijos. Junto con millones de vídeos más de tortura, canibalismo e incluso necrofilia. Muchos de esos vídeos se graban en salas rojas, y los compradores pueden decir exactamente cómo quieren que torturen, violen y maten a la víctima.

Y esos solo son en los que aparecen niños.

Esos vídeos en concreto son los que hicieron que creara Z hace cinco años. Desde pequeño he tenido un don para la informática, y con mis habilidades he superado incluso hasta a los mejores hackers de las organizaciones gubernamentales.

En la *Dark Web* entré y tropecé con esos vídeos por accidente. Pero me cambió la puta vida.

Desde entonces, no he podido dormir. Cómo voy a hacerlo sabiendo que existe una panda de degenerados que paga por ver cómo someten a esas cosas a cientos de miles de niños. Peor aún, sabiendo que las personas que cometen esos actos lo hacen tanto por su propio placer como para lucrarse económicamente.

Y por eso siguen desapareciendo tantas mujeres y niños todos los días, para poder someterlos a ese horror.

Así que, en aquel primer momento, mi misión se centró en encontrarlos y matarlos a todos. Hasta ahora he matado a cientos de personas. He localizado a los depredadores, de los que tengo pruebas que demuestran al cien por cien su participación en la trata de personas.

Ahora me voy a encargar del gobierno, empezando por los cuatro políticos del primer vídeo, y luego despachando al resto.

Sé exactamente dónde viven. Lo que comen, dónde duermen, dónde cagan y en qué trabajan. Pero lo que no he conseguido averiguar es dónde se realizan los rituales.

Y, cada día que pasa sin esa información, más y más rituales se llevan a cabo.

—¿Alguna idea de la IP de quien filtró el vídeo? —le pregunto a Jay, aunque ya sé la respuesta.

—No, borraron todas las huellas. El que lo filtró sabía lo que estaba haciendo —responde Jay. Vuelvo a estirar el cuello, apretando los dientes por el dolor que me causan las contracturas de los músculos.

Lo que más me podría gustar en el mundo entero sería sentir las manos de mi ratoncita masajeando los nudos que prácticamente nunca se me van del cuello y hombros. Pero, hasta que ella acepte eso, me temo que pasará un poco de tiempo.

—Muy bien, veré qué puedo averiguar con este nuevo vídeo —le digo antes de colgar.

Joder. Necesito un trago.

Y mi ratoncita tiene una botella de mi whisky favorito en su casa.

Un frío escalofriante me recorre la nuca. Siseo entre dientes y giro la cabeza, convencido de que me voy a encontrar a alguien ahí de pie detrás de mí. Pero no hay nadie, a pesar del frío que me recorre como una niebla densa.

Ya me han pasado algunas cosas que no tienen explicación mientras inspeccionaba Parsons Manor.

Pero, como tenga a un fantasma detrás, joder, qué inoportuno.

—Lárgate —murmuro apretando los dientes mientras me doy la vuelta. Para mi sorpresa, lo hace. Fantasma o no fantasma.

Y vuelvo a poner la mirada perdida en el vaso de whisky.

No tengo ni idea de quién o de dónde es este whisky, pero está delicioso. Un sabor cítrico se queda en la lengua mientras bebo de la copa de cristal. Addie se encuentra arriba durmiendo, sin enterarse de que yo estoy aquí abajo, bebiéndome su whisky y cabreado por todo el revuelo que tengo en la cabeza, que más bien parece un nido de avispas.

Fueron dos empleados míos los que le instalaron, sin saber que era para mantener alejado a su jefe, el sistema de seguridad por toda la casa. Básicamente fui yo quien inventó estos sistemas, así que puedo desarmarlos con solo hacer un clic en el teléfono.

Al principio, me limité a elegir las cerraduras, y luego las cambié después de irme. El único depredador al que dejaré entrar en esta casa soy yo. A pesar de las cerraduras de mierda, nunca permitiría que ella estuviese en una posición vulnerable.

Me sentí aliviado cuando instaló el sistema de seguridad, aunque lo contratara para alejarme a mí. Romper esas barreras es solo otra lección que debo enseñarle. Al final, ella comprenderá que no puede excluirme. Como tampoco puede follar con otro.

Intentó hacerme creer que estaba con un tío el otro día, pero, con solo mirar las cámaras, supe que se estaba marcando un farol. Intentaba cabrearme. Casi funcionó, pero luego recordé que con ella me lo estoy tomando con calma.

Las primeras veces me esforcé muchísimo en olvidarla. Intenté huir. Pero no pude quitármela de la cabeza. Me fui a casa desde esa librería e intenté convencerme a mí mismo de que tenía que dejarla en paz. Pero, cuanto más luchaba por convencer a mi bestia interior de eso, más se enfurecía.

Y, cuando empecé a investigar su vida sacando a la luz cualquier cosa que pudiera encontrar, la obsesión no hizo más que crecer. Se convirtió en un tumor cerebral inoperable que inunda cada momento de mi vida, como una plaga.

A veces pienso que, si intentara olvidarme de ella y punto, yo no sobreviviría.

Bebo otro sorbo de whisky al tiempo que hago girar una rosa roja entre el pulgar y el índice. Una gota de sangre que se produjo cuando me pinché con una espina empieza a formarse. La ignoro y sigo haciendo girar el peligroso tallo entre mis dedos, con un vórtice de ira y ansiedad en el estómago.

Hay niños a los que están torturando en este preciso instante. En este segundo, este milisegundo, mientras yo me siento aquí y bebo alcohol de un vaso de cristal.

Hay niños a los que están sacrificando ahora mismo. Maltratándolos. Mutilándolos. Violándolos. Matándolos. Y todo eso al tiempo que una panda de sádicos folla a su alrededor y se bebe la sangre de sus cuerpos.

Mi teléfono está en la isla de la cocina, y la pantalla se ilumina porque el vídeo sigue proyectándose en bucle.

No he podido dejar de verlo o, mejor dicho, dejar de torturarme. Es el pequeño precio que hay que pagar por el tremendo horror que sufrió ese pobre niño. La necesidad de encontrar dónde tienen lugar estos rituales es cada vez mayor, y me está volviendo completamente loco, joder.

En este momento no hay nada que pueda hacer. He intentado rastrear la fuente del vídeo, pero quienquiera que los esté filtrando lo ha hecho muy bien. No tenía ninguna pista, y yo me siento como un puto e impotente inútil.

Puede que yo sea el mejor, pero la tecnología tiene sus límites. He aprendido a sacar y coaccionar información de casi nada, pero a veces no hay pistas. Los números no están.

Mi mente entra en bucle, como el líquido ámbar que se desliza por mi garganta.

Hago girar más rápido la rosa a través de mis dedos, más fuerte. Las afiladas espinas van cortándome la carne. El minúsculo dolor que siento me parece una especie de liberación.

A veces, presenciar la tortura por la que pasan estos niños hace que quiera cortarme mi propia piel, y sentir el dolor como ellos. Quiero aliviar su dolor creándome a mí el mío. A lo mejor, si yo sangro en un altar junto a ellos, no se sentirán tan solos, joder.

Pero nunca lo hago. El impulso no tiene ni pies ni cabeza, y lo reconozco. Reconozco que necesito estar fuerte, y no débil por haber perdido sangre y con mi estado mental colgando de un hilo a punto de romperse.

Si voy a salvar a estos niños y destruir el comercio de pieles, tengo que estar en la mejor forma posible. Necesitan que esté fuerte y sea capaz de todo, porque ellos no pueden.

El vídeo se reinicia. Gruño, vuelven los gritos del niño y se llena el silencioso espacio a mi alrededor.

He estudiado el vídeo de cerca, como hice con el anterior, buscando cualquier tipo de pista. Pero no he podido conseguir nada. Nada significativo que me pudiese llevar al sitio exacto en el que se celebran estos rituales.

Solo cuatro personas vestidas con túnicas negras, alrededor de una losa de piedra. Por lo que veo, todo el lugar es de piedra. Parece una especie de cueva.

Pero no soy tan estúpido como para creerme que estos tíos han descubierto una cueva en una montaña donde escabullirse. Esta es una cueva fabricada, en algún lugar profundo, en la parte más vulnerable de Seattle. Un lugar que no encontraría por casualidad ningún ciudadano común.

Me mudé a Seattle hace seis meses por esta mazmorra. En realidad, yo nací y crecí en California. Pero, cuando se filtró el primer vídeo, conseguí un *ping* de la dirección IP de la persona que lo hizo y que reveló que Seattle es la ubicación original.

No han cometido el mismo error dos veces.

Este trabajo me da la libertad de vivir donde quiera, así que solo tardé un día en decidir mudarme a Washington, donde podré hallar el infierno y destruirlo.

Y cuando estoy así, en mi punto más bajo, no puedo evitar pensar que también cambió mi vida de la mejor manera. Porque, después de todo, me condujo hasta Addie.

Dejo caer la cabeza entre los hombros, la tensión se extiende a través de mis doloridos músculos.

La nube negra que me rodea se hace aún más oscura, absorbiéndome a medida que el vídeo vuelve a reproducirse. Doblo la rosa, aplastándola fuertemente en la mano, que me tiembla por el

dolor y la fuerza con la que estoy apretando la flor.

Sigo aplastándola hasta que ya no quedan más que pétalos arrugados y un tallo manchado con la sangre que brota de mi mano.

Aprieto los dientes, casi sin evitar el triste lamento que amenaza con salir de mis labios.

Esta… Esta es la consecuencia de lo que hago.

A veces es difícil vivir así. Algunos días, no puedo soportar el peso de este mundo cruel que descansa sobre mis hombros.

Pero sé que, si no lo hago, mi vida no tendría ningún valor, y esos niños habrán muerto para nada.

CAPÍTULO 13

La manipuladora

—Acaban de llegarme las primeras correcciones —le digo a Marietta por teléfono—. Esta noche me pongo con ello.

—Genial. Avísame si me necesitas.

Al cruzar la mal iluminada entrada en dirección a mi dormitorio percibo un movimiento repentino. Me quedo petrificada, con el dedo aún presionando el icono rojo de la pantalla, cuando veo a una mujer desaparecer tras la puerta de la buhardilla.

Se me dibuja una sonrisa en la cara sin que pueda evitarlo.

En todos los años que llevo en esta casa rara vez he visto apariciones. Era más frecuente oír voces, pasos, portazos o sentir gélidas corrientes, pero casi nunca tuve visiones.

No tengo ninguna duda de lo que acabo de ver: una mujer de pelo rubio y rizado, con un vestido blanco. No conseguí distinguirle la cara, pero mi intuición me dice que era Gigi.

Casi tiro el teléfono al salir corriendo tras ella. Atravieso el pasillo y abro la puerta de la buhardilla de un golpe. La puerta conduce a unas escaleras, donde me acompañan una oscuridad impenetrable y ese nervioso cosquilleo en el cerebro, que no consigue detenerme.

Enciendo la linterna del móvil y subo las escaleras con rapidez. Un fuerte presentimiento se cierne sobre mis hombros, aunque decido ignorarlo. No sé quién o qué he visto, pero estoy segura de que quería que lo viera. Me estremezco de miedo y de placer.

Al llegar al descansillo siento como si estuviera respirando bajo el agua de lo enrarecida que está la atmósfera, con tanta carga de negatividad.

Tengo la sensación de que algo siniestro ha ocupado este lugar, algo a lo que no le gusta que esté aquí. Me siento observada desde cada rincón.

En algún lugar de la estancia hay una bombilla de la que cuelga una larga cadena, así que giro el móvil en todas las direcciones para alumbrar con la linterna hasta que doy con ella.

La cadena se balancea en una buhardilla en la que no hay ninguna corriente y cuya atmósfera es más densa que la del cercano bosque.

Agarro la cadena, enciendo la luz precipitadamente y un zumbido rompe el silencio, añadiéndole más horror a la escena.

Entrecierro los ojos y me preparo para enfrentarme a un monstruo escondido en algún rincón,

pero no hay nada.

Al menos nada que yo pueda ver.

—¿Por qué me has traído hasta aquí, Gigi? —me pregunto en voz alta al tiempo que miro a mi alrededor intentando descifrar lo que podría haber de interés aquí arriba.

Nadie me responde, claro. Nunca es tan fácil.

Mis ojos se posan en cada uno de los objetos que llenan la estancia. He evitado subir aquí hasta ahora e incluso descarté renovar la buhardilla: ¿y si al hacerlo liberaba algo malvado?

Ya me acechan suficientes monstruos.

En un rincón hay un viejo espejo roto parcialmente cubierto por una sábana blanca. Evito mirarlo a toda costa. Me encanta que me asusten, pero no tengo ninguna gana de ver un demonio detrás de mí reflejado en el espejo.

La estancia es bastante grande y está repleta de cajas polvorientas, por lo que hay muchos sitios en los que buscar.

Me guardo el móvil en el bolsillo y respiro profundamente, con la sensación de que estoy llenando mis pulmones de residuos tóxicos. Me acerco a una de las cajas y empiezo a revolver. Hay tantas telarañas que me planteo bajar a por unos guantes, idea que descarto inmediatamente: ahora que me he decidido, no voy a bajar y alejarme del ente malicioso que me acompaña. Porque, si lo hago, lo mismo decido no volver.

Ignoro las arañas que se escapan de las cajas y sigo rebuscando. Están llenas de ropa vieja, zapatos, chismes y baratijas: nada importante, aunque tal vez se pueda sacar un buen pellizco de algunas cosillas.

A mi espalda se oye un golpe estruendoso y esta vez chillo con todas mis fuerzas, y mi grito se repite por el eco, debilitándose gradualmente hasta que se desvanece. Me doy la vuelta para averiguar qué ha causado tal estruendo.

Lo único que encuentro es una tabla de madera oscilante sujeta con un clavo. La buhardilla está recubierta de tablones de madera, muchos de ellos están podridos o medio comidos por los ratones. Un profundo agujero negro asoma detrás del lugar que ocupaba la tabla.

—Lo que quieres es que meta la mano —digo con frialdad al tiempo que busco a Gigi con la mirada, no en el espejo, claro. Ahí no pienso mirar.

El tablón sigue balanceándose. Me acerco con la mano sobre el corazón, que late desbocado. Cojo el móvil y vuelvo a encender la linterna para alumbrar el interior.

Sobre lo que parece una tarima descansan dos papeles arrugados.

Me quejo en voz alta:

—Joder, ¿de verdad me vas a hacer meter ahí la mano?

No es que me molesten los bichos. A pesar de que no hay muchas cosas en este mundo que me asusten de verdad, no me apetece meter la mano en un agujero infestado de insectos. Ni siquiera me sorprendería que la energía negativa que reside en esta habitación decidiera jugármela y me agarrara la mano.

No descarto que, de ser así, me meara un poquito encima.

Suspiro. Introduzco la mano en el agujero, agarro los papeles y la saco rápidamente, todo en menos de un segundo.

Tengo ganas de regodearme a voz en grito, pero decido que es mejor no enfadar al ente con quien comparto esta casa.

Me doy la vuelta, corro hasta la bombilla, la apago y salgo pitando de allí como si me persiguiera la niña de *The Ring*.

Cierro la puerta de la buhardilla de un fuerte portazo y respiro profundamente una bocanada de aire purificadora. La atmósfera es menos densa abajo. Tengo la sensación de que la casa se ha derrumbado sobre mí y he conseguido salir a rastras de los escombros.

Aliso los papeles y fijo la vista para intentar descifrar la meticulosa caligrafía que hay en el primero.

Hice lo que me dijeron, porque, de no haberlo hecho, habría sido yo la siguiente. Esta es mi confesión: lo ayudé a él a encubrir su asesinato. Lo siento tanto…

Se me acelera el pulso al leer la nota una y otra vez. Quienquiera que hubiera escrito esto hablaba del asesinato de Gigi. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Quién lo ayudó a encubrir su asesinato? ¿A quién se refiere con «él»?

Cojo el otro papel y no me lleva ni un segundo darme cuenta de que es la página arrancada de su diario. Sonrío triunfante, pero mi sonrisa se desvanece en cuanto empiezo a leer las confusas palabras:

Debo darme prisa. Está al llegar y yo estoy muerta de miedo. Si huyo me atrapará. Escribo estas palabras con la esperanza de que alguien las encuentre. Si algo me sucediera, John, fue

Así termina la nota, sin siquiera acabar la última palabra. Me quedo boquiabierta mientras lo miro con total incredulidad.

—¿En serio, Gigi? ¿Ahí lo dejas? ¿Esto es lo que querías enseñarme? ¿Una nota en la que estás a punto de desvelar quién fue, pero donde no terminas de hacerlo? —Pongo fin a mi pataleta con un fuerte grito al tiempo que doy una patada en el suelo y abro los brazos airadamente.

Por supuesto, nadie me responde.

Me voy indignada a mi habitación y cierro la puerta de un portazo, refunfuñando.

Estoy muy cabreada con ella. Más le vale no entrar aquí o la echo a patadas.

Vuelve a estar ahí afuera, vigilándome: un círculo rojo incandescente a la luz de la luna.

Le devuelvo la mirada mientras las garras del miedo, ya familiares, se apoderan firmemente de mí. Las siento en la boca del estómago, donde las voy digiriendo poco a poco.

Me muerdo el labio inferior mientras me planteo si debo enfrentarme a él de nuevo. Lo lógico sería coger el teléfono y denunciarlo.

Pero la policía no puede hacer nada. Mientras vienen, ya se habrá marchado.

¿Y de qué me serviría un informe policial? ¿Para que desaparezca como la última vez? Se está deshaciendo de las pruebas, con esa habilidad que tiene para entrar sin ser visto, por no mencionar que es un hacker. No es que importe mucho. El *sheriff* Walters sabe perfectamente que alguien lleva un tiempo acosándome, pese a que no figuren informes.

Supongo que por eso debería llamar.

Tal vez esté planeando matarme ahora mismo, igual que el acosador de Gigi la mató a ella. Las últimas tres noches las he pasado revisando la nota y sus diarios: no he encontrado ninguna evidencia de que su acosador fuera además su asesino. Sin embargo, sé que tengo razón.

Me coloco justo delante de la ventana, saco el móvil y me lo acerco a la oreja sin haber marcado aún el número de la policía. Solo quiero ver su reacción.

Porque, por supuesto, estoy desequilibrada.

Estoy jugando con fuego. Si lo provoco, habrá más posibilidades de que venga a por mí, pero no puedo evitarlo. No soy capaz de controlar la intensa emoción que me produce desafiarlo. Es excitante y estúpido a partes iguales.

No le veo la cara con la capucha puesta y aun así sé que me está sonriendo. Debería reaccionar de otra manera, producirme rechazo, miedo y, a pesar de que algo de miedo sí que tengo, lo que realmente me apetece es devolverle la sonrisa.

Me suena el móvil en el oído. Me aparto el teléfono de la oreja sin mucho convencimiento y leo el mensaje que acabo de recibir.

DESCONOCIDO: ¿Tengo que creerme que estás hablando con la policía? Algo me dice que mi ratoncita me está mintiendo.

¡Eso sí que no!

Contesto a su mensaje enfadada:

YO: ¿Quieres averiguarlo?

DESCONOCIDO: La verdad es que sí. También me encantará castigarte por ello.

Se me quedan los pulgares de piedra. El último castigo fue espantoso, nauseabundo.

YO: ¿Qué harás ahora? ¿Enviarme unos dedos de los pies?

DESCONOCIDO: Depende. ¿Vas a seguir fingiendo que follas con otros o prefieres gritarles a los fantasmas que habitan tu casa?

Levanto la cabeza de un golpe y miro en el interior de su capucha. Lleva el teléfono en la mano; está esperando a que le responda. La luz que emana del aparato es poco intensa, un tenue brillo que le ilumina la pronunciada mandíbula y un pedacito de su sonrisa burlona.

Le hago una peineta.

—Que te jodan, gilipollas.

Como respuesta, esboza una amplia sonrisa y empieza a mover el pulgar sobre la pantalla.

DESCONOCIDO: Eso pretendo.

—¡Será descarado! —refunfuño—. ¡Y una mierda me va a follar!

YO: Si te acercas, te apuñalo. Si no te vas de aquí ahora mismo, llamaré a la policía.

DESCONOCIDO: ¿A qué esperas, ratoncita?

No sé si se refiere a lo de apuñalarlo o a llamar a la policía, aunque no tendría inconveniente

en hacer ninguna de las dos cosas. No me gusta que insinúe que yo soy el ratón y él es el gato, como si estuviera de caza. No quiero que nadie me cace.

Mierda. Dudo. Necesito llamar a la policía. ¿Por qué no me responden los dedos? Me está desafiando y odio tener miedo a las represalias. ¿Qué me haría si llamara? También odio la excitación que me produce: quiero averiguar cuál sería mi castigo.

Marco el número de la policía con el pulso cada vez más acelerado y sus ojos clavados en mí. Le doy al botón de llamada y me acerco el móvil al oído.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

Respiro profundamente.

—Hay un hombre acosándome. Entró en mi casa hace una semana y ahora mismo está fuera vigilándome.

—¿Está enfrente de su casa ahora mismo? —me pregunta la operadora mientras teclea. También se oye el pequeño estallido de una pompa de chicle.

—Así es —susurro.

—Dígame, señorita, ¿qué está haciendo? ¿Lleva algún arma? —me pregunta.

—No, que yo sepa. ¿Podría enviar a alguien?

Sigue tecleando.

—¿Me da su dirección?

Se la doy. Me hace algunas preguntas irrelevantes y me informa de que hay un coche patrulla a cinco minutos de distancia. Me pide que me quede al teléfono, pero no le hago caso y le cuelgo.

La sombra no se va a quedar allí hasta que llegue la policía a detenerlo. Se perderá en el bosque del que salió y nadie lo encontrará. Lo sé.

Pese a la escasa luz nuestras miradas se cruzan. Con una última sonrisa, escribe un mensaje corto. No aparto la mirada de él ni cuando vibra el teléfono. Tengo demasiado miedo.

Y, como si nada en el mundo lo perturbara, se da media vuelta y se va. La oscuridad lo envuelve, lo engulle hasta desaparecer completamente.

En cuanto llega el policía ya quiero que se vaya. Por algún motivo me arrepiento de haber llamado. ¿Por qué no se va?

Es un hombre regordete, rubio y con el pelo corto. Tiene las mejillas coloradas y da la sensación de que preferiría estar en cualquier otro lugar.

A mí me ocurre lo mismo.

—¿Qué pasa aquí, señorita? —me pregunta mientras sube las escaleras del porche jadeando.

—Había un hombre mirándome por la ventana.

—Vaaale —dice alargando la *a*—. ¿Y ya le había pasado esto alguna vez?

Le cuento que ya he puesto varias denuncias, pero que han desaparecido, y que este hombre lleva dos meses viniendo y entrando en mi casa. Tras relatarle lo sucedido las otras veces, saca su libreta y empieza a redactar un informe.

—Se llama Adeline Reilly, ¿verdad?

—Así es.

—¿No es este el porche del que desapareció Archibald Talaverra? —me pregunta, mirándome de arriba abajo y deteniéndose a la altura del pecho unos segundos de más, como si le fueran a

contestar mis tetas.

—Así es —digo con impertinencia. Se me está acabando la paciencia.

Da un gruñido por respuesta y vuelve a escribir en su libreta.

—¿Cree que se trata de la misma persona?

—Ya sería mala suerte si no lo fuera —le digo. El policía me lanza una mirada aviesa, así que suspiro y añado—: Sí, eso creo.

Tras esto deja de escribir y me hace unas cuantas preguntas rutinarias: si puedo describirlo, si tengo idea de quién puede ser… Le digo todo lo que sé. Todo menos lo que importa.

No le cuento lo de los mensajes, son demasiado privados. Ya sé que es una estupidez, no tiene ningún sentido y, aun así, no digo nada. El poli se marcha sin información relevante. No obstante, ha redactado un nuevo informe, y eso sí que importa.

Tras darme una ducha caliente y meterme en la cama leo por fin el mensaje.

DESCONOCIDO: Cuanto más me desobedezcas, más duro será el castigo.

—Voy a encontrar a esa polla picha corta —dice Daya enfadada, casi atravesando las teclas del portátil mientras escribe Dios sabe qué. Acabo de contarle lo de anoche.

Le doy un sorbo a mi bebida, pero no es suficiente, así que le doy otro y otro más hasta que me la termino.

Las dos tenemos que trabajar, pero, como la sombra ha empezado a interactuar más, Daya ha querido venir a mi casa para que no me quede sola.

—Polla y picha son lo mismo —puntualizo. Me mira y veo reflejada en su cara la misma pregunta que me hago yo desde anoche: ¿y a ti qué coño te pasa?

Me encojo de hombros.

—Me refería a que lo has llamado polla polla corta.

Pone los ojos en blanco, decide ignorarme y vuelve a teclear en el portátil. Supongo que estará entrando en algún sistema informático, aunque no sabría decir en cuál. Más vale que no sea mi teléfono porque hay fotos mías desnuda.

Me quedo pálida. ¿Y si es él quien hackea mi teléfono y las encuentra? Agarro el móvil nerviosa para borrar todas las fotos subidas de tono y limpio también la papelera de reciclaje.

Esto mitiga un poco mi ansiedad sin conseguir que desaparezca del todo. Por lo que sé, podría haberme hackeado el teléfono hace tiempo.

No voy a poder sacarme esa idea de la cabeza en la vida.

Daya se da cuenta de que estoy teniendo una crisis y vuelve a prestarme atención. Enarcando una ceja con preocupación, me pregunta:

—¿Estás bien?

Carraspeo.

—¿Qué probabilidades hay de que me haya hackeado el teléfono y visto todas mis fotos desnuda?

Contrae los labios, tratando de disimular una sonrisa. Estoy a dos segundos de borrársela de una hostia.

—Cariño, es bastante probable que te haya visto mil veces desnuda en tu dormitorio.

Abro los ojos de par en par. Tampoco me había parado a pensar en eso.

—¡Santo cielo!

—¿Por qué me has preguntado eso? —Sospecha algo.

Aprieto los labios. No sé qué hacer. El único motivo por el que no le he contado a Daya lo de los mensajes es porque sabía que se iba a pillar un buen cabreo.

Me armo de valor y le suelto:

—¿Podrías rastrear un número desconocido?

Entrecierra los ojos.

—¿Te ha mandado algún mensaje?

Me siento avergonzada de no habérselo contado antes. No sé por qué me cuesta tanto compartir lo de los mensajes. Me pasó lo mismo con aquel poli. Me doy cuenta de que es una estupidez, ya que Daya es una de los mejores hackers del mundo. O eso dice ella, vaya.

Asiento con la cabeza, sumisa, y le entrego el móvil con el hilo de mensajes ya en la pantalla. Me lo quita de un zarpazo, me lanza una mirada airada y se dispone a leerlos.

Cuando vuelve a mirarme le salen chispas por los ojos.

—¿Y ahora me enseñas esto?

Respondo con un gruñido.

—Ya sé que soy una estúpida. Es que… No sé, Daya. De verdad que no sé qué me pasa. ¿Puedes rastrear el número?

—Todavía no te he perdonado, pero déjame probar.

No me preocupa su enfado. A Daya podría morderle una serpiente y la perdonaría al instante. Se está haciendo la dura.

Parece frustrada. Tiene los labios curvados hacia abajo y a cada minuto que pasa se le frunce más el ceño. Teclea a una velocidad de vértigo y acerca la cara cada vez más a la pantalla.

Tras unos minutos golpea con las manos en la mesa de granito y se deja caer sobre el respaldo del asiento. Está claramente enfadada.

—No hay forma de rastrearlo. —No dice nada más.

Vuelvo a sentir ansiedad.

—Así que este tipo puede manipular mis cámaras de vigilancia, borrarlo todo y por supuesto me puede mandar mensajes desde un teléfono sin dejar ni rastro. Lo que significa que muy probablemente haya entrado en mi teléfono y me haya robado las fotos.

Solo con mirar a Daya adivino su respuesta.

—Es posible —dice, aunque por el tono de voz que utiliza se diría que es más que probable.

Dirijo la mirada a mi portátil y empiezo a aporrear las teclas, aunque ahora mismo es lo que menos me interesa. Hay un tío supersiniestro que puede tener fotos mías desnuda. Peor aún, lo mismo tiene hasta vídeos. Supongo que no es para tanto: tengo un cuerpo fabuloso. Pero ¿y si se filtraran? Eso sería devastador.

¿Y si las usa para chantajearme? La conclusión a la que llego me sorprende hasta a mí: está tan obsesionado conmigo y ha demostrado ser tan posesivo que no creo que las comparta con nadie. Si ningún otro hombre puede tocarme el muslo sin que le corte la mano, lo lógico es que

no le quiera enseñar mi cuerpo desnudo a nadie, ¿no?

—¿Las has borrado? —Asiento con la cabeza y luego la apoyo sobre el teclado, que empieza a emitir un ruidito que me pone de los nervios. Si no paro, mi enorme cabeza va a arruinar el portátil.

Levanto la cabeza del ordenador, agarro el vodka con piña de Daya y empiezo a bebérmelo. No se queja. Al contrario, me acerca la botella de vodka.

—No te obsesiones con esto. Si no te ha hablado de las fotos, lo más seguro es que no las tenga.

No me consuelan mucho sus palabras, aunque agradezco el intento.

—¿A quién le mandaste esas fotos? —me pregunta, quitándome la botella de la mano después de que le haya dado un buen trago.

—No le mando desnudos a nadie desde los veinte años. Me hago fotos desnuda porque me gusta mi cuerpo y quiero poder verlo cuando me apetezca.

Daya se ríe.

—Y por eso te quiero.

Por desgracia, no es la única.

La pantalla de su móvil se ilumina. Mis ojos se mueven instintivamente hacia allí, pero lo que más me llama la atención es la forma en que lo ha cogido Daya, como si el aparato estuviera en llamas.

La miro con extrañeza al ver que se ha puesto nerviosa.

—Así que tú no me perdonas por no habértelo contado todo y ahora haces lo mismo conmigo —afirmo con frialdad.

Se derrumba como un perro al que hubieran pillado con el papel higiénico en la boca.

—No quería que te preocuparas —farfulla.

—¿Preocuparme de qué? —le suelto, al tiempo que extiendo la mano para que me entregue el móvil. Da un gruñido y se lo acerca más al pecho.

—Luke. Ha estado mandándome mensajes —me dice. Abro los ojos con asombro, por un segundo alarmada.

—¿Mensajeándote sobre qué? ¿Sobre montároslo otra vez?

Niega despacio con la cabeza.

—Ha estado dándome la vara contigo y con lo que pasó con Arch aquella noche. Le conté que ya habías hablado con la policía; que alguien había llamado a tu puerta y después se desvaneció. Imagino que trata de averiguar quién pudo haber sido.

—¡Mierda! —Me sujeto la cabeza entre las manos.

—Al parecer, Max anda desbocado —admite con un suspiro—. No solo murió su mejor amigo, sino toda la familia. No se lo han dicho a nadie, pero me parece que no se creyeron que fueran los enemigos de Talaverra los que se la cargaron. Le dije a Luke que no tenía nada que ver contigo y me parece que me cree…

La oración había quedado a medias, así que la terminé yo por ella:

—… por ahora.

Aprieta los labios como única respuesta. Caigo en la cuenta de que, por culpa de la sombra, me han salido enemigos peligrosos.

14 de enero de 1945

El frío e inhóspito invierno me vuelve tan fría que mi humor rivaliza con los carámbanos de la ventana.

Incluso Frank se ha dado cuenta de mi avinagrado estado de ánimo cuando ha pasado por casa. Ha intentado alegrarme contando chistes malos. Admito que me reí con un par de ellos, pero ya no he dado para más.

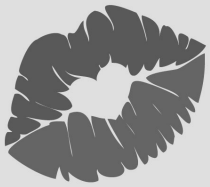
Ayer discutí con Ronaldo.

No soporta que siga con John. Está cada vez más celoso. No puedo culparlo por ello, pues solo con imaginármelo en brazos de otra mujer me hierve la sangre.

Pero la vida de Ronaldo continúa siendo un misterio para mí. Dice que no quiere involucrarme en su peligrosa vida, y ni siquiera sé lo que quiere decir con eso.

¿Cómo podría robarle la estabilidad a mi hija por un hombre cuya arriesgada vida sigue siendo un misterio para mí?

No sé qué hacer.



CAPÍTULO 14

La manipuladora

Daya instaló una aplicación de bloqueo en mi teléfono para evitar que me lo volvieran a hackear. A mi cerebro no le preocupaban más que los desnudos, mientras que a Daya le inquietaba que un tío pudiera acceder a mi móvil, leer todos mis mensajes, averiguar mi información bancaria, ubicar mi teléfono y seguirme adonde fuera.

Mi gratitud a Daya crece día a día. Me ha proporcionado una sensación de seguridad que no sabía que me faltaba.

Como siga así voy a tener que pedirle matrimonio.

Pase lo que pase no vuelvo a hacerme una foto desnuda en mi vida. No parece un precio muy alto a pagar dados los acontecimientos, ¿no? También he decidido quitar la cámara de mi habitación para poder sentirme medianamente cómoda. Y se acabaron los paseos desnuda por casa hasta que pueda librarme de este pervertido.

Ya solo falta que los amigos de Arch me dejen en paz de una puta vez para poder dormir un par de horas más.

Pasamos el resto del día en silencio, cada una trabajando en lo suyo.

Daya se dedicaba a sus cosas mientras yo sacaba todas las fotos que hay en la casa buscando no sé muy bien el qué. Quizá a Gigi con otro hombre que no fuera mi abuelo.

Tras una hora de búsqueda, me di cuenta de que mi abuela solía escribir los nombres de la gente que salía en las fotos, junto con el año, en la parte trasera de las mismas.

Busqué el nombre de Ronaldo, sin suerte.

—Ya casi es Halloween. Iremos a alguna casa encantada, ¿no? —me pregunta Daya. Está de pie junto a la puerta de entrada, a punto de marcharse a su casa para dormir.

La miro, divertida.

—Vivo para Halloween, tía. ¿Cómo coño no vamos a ir a una casa encantada?

Siempre me ha fascinado Halloween, los monstruitos y las caras horripilantes, los sustos y el miedo inminente de que ocurra algo terrible. Es casi una obsesión malsana.

Mi madre me mandó a terapia precisamente porque me obsesionaban las películas de miedo más sangrientas. Creía que era una psicópata. Lo que ocurre es que me pone que me asusten.

En mi opinión es mejor eso que ser una psicópata, pero la terapeuta no lo tenía tan claro.

La de veces que oí a mi madre decirle a mi padre que era una rarita, que algo no estaba bien, que nadie disfruta al sentir miedo.

Yo sí.

Me encanta.

Tener un acosador es lo peor que le podría pasar a alguien como yo, porque podría disfrutar de la situación un poquito más de la cuenta. Estas ganas de sentir miedo van a conseguir que me maten. Es como si hubiera nacido para que me cazaran.

Ratoncita.

Voy a obsesionarme con ese nombre.

No soy la presa. Eso sí que no.

—Satan's Affair vuelve a la ciudad y cuenta con casas encantadas nuevas —me recuerda Daya, devolviéndome al tiempo presente.

Satan's Affair es una feria que visita la ciudad todos los años. Se quedan un par de días hasta que se trasladan a otra ciudad. Decoran un montón de casas encantadas y montan atracciones emocionantes. Daya y yo vamos religiosamente cada año.

Las casas encantadas se volvieron predecibles tras los primeros años. Ahora las cambian más a menudo y se han convertido en las mejores del país.

—Ya sabes que seré la primera de la fila.

—Ya lo sabemos, rarita —me vacila. Sabe que mi madre solía llamarme así, pero ya no me molesta.

Muchos hombres me han llamado rarita para, a continuación, suplicarme que vuelva a follar con ellos. Hace tiempo que el apelativo cambió de significado. Ahora me gusta.

Daya se marcha tras confirmar los planes para la feria. Faltan algunas semanas, pero el evento tiene tantos adeptos y son tan leales que enseguida se agotan las entradas. Iba tanta gente a la feria que tuvieron que limitar el aforo.

Funciona igual que un concierto y así se evitan las aglomeraciones en los accesos. Una vez que se agotan las entradas, no hay nada que hacer. Por suerte, me acompaña una experta en ordenadores que las consigue antes de que salgan a la venta.

Mi teléfono vibra justo cuando Daya cierra la puerta tras de sí. Pienso que ha sido ella, que se ha olvidado algo, así que saco el móvil y abro el mensaje sin mirar el remitente.

Se me cae el alma a los pies cuando lo leo.

DESCONOCIDO: ¿Lista para tu castigo, ratoncita?

Levanto la mirada y corro precipitadamente a la ventana. No lo veo fuera. Daya está saliendo del aparcamiento a toda velocidad; las luces traseras del coche desaparecen entre los árboles.

Me doy la vuelta, temiendo que encuentre otra forma de entrar en la casa. O peor aún: que ya esté dentro y lleve todo este tiempo conmigo.

YO: ¿Por qué haces esto?

El mensaje tarda un poco en llegar. Respiro con dificultad mientras espero hasta que me doy cuenta de que no le quito ojo al teléfono. Me entran ganas de lanzarlo al otro lado de la habitación. Seguro que me está haciendo esperar a propósito.

Por fin suena un zumbido. Me fuerzo a esperar un poco antes de abrirlo; que se joda.

DESCONOCIDO: Estoy obsesionado contigo. Lo justo es que tú también lo estés conmigo.

Trago saliva. Una corriente nerviosa me atraviesa de arriba abajo mientras decido cómo responderle.

DESCONOCIDO: Te pones tan guapa cuando te asustas.

Suelto el móvil. Vuelvo a mirar por la ventana un poco avergonzada y con la esperanza de que no me haya visto. Sigue sin aparecer.

¿Dónde cojones está?

Me llega otro mensaje, como si me hubiera leído la mente.

DESCONOCIDO: Estoy tan cerca que puedo olerte.

Leo el mensaje una y otra vez. Me tiemblan las manos. Me siento presa del pánico y empiezo a ver las palabras borrosas. Está en algún lugar de la casa. Corro a la cocina, cojo mi mejor cuchillo y vuelvo al salón.

Todavía no se ha dejado ver. Ya lo hará.

Se me acelera el pulso y me tiemblan las manos. Me siento en el borde de la mecedora a esperar, dispuesta a ser yo quien elija mi destino.

YO: No seas cobarde y sal de una vez.

Me arrepiento nada más enviar el mensaje. ¿Por qué no puedo recuperarlo?

Se oyen pasos en el piso de arriba. Trago saliva y levanto la mirada como si pudiera verlo a través del techo. Los pasos se alejan en dirección a mi dormitorio. Me vuelve a vibrar el móvil.

DESCNOCIDO: Ven a buscarme.

¿Habré perdido la cabeza? Sin pensarlo, levanto el culo de la mecedora y doy un paso en dirección a la escalera. ¡Mi instinto es correr hacia el peligro en lugar de alejarme de él!

«¿Dios? Soy yo otra vez. Tenemos que hablar. ¿En qué coño estabas pensando el día que me creaste?».

Ni siquiera sé si creo en Dios, pero, si existe, alguien debería darle una colleja por crearme así.

Por suerte recobro un poco la cordura y me detengo antes de subir a buscar a un perturbado en mi casa. Debería llamar a la policía.

No puede permanecer escondido para siempre y la única forma de salir de allí es por las escaleras, por lo que no podría escapar sin ser visto. A estas alturas ni siquiera me importa que el poli no lo detenga. Me conformaría con que alguien además de mí lo viera, a ver si así me tomaban más en serio.

Me vuelve a vibrar el móvil.

DESCONOCIDO: ¿Tienes miedo, ratoncita?

Oigo un portazo, que retumba como si me estuviera retando. Se me acelera el corazón del susto. No podría gritar ni aunque quisiera; no me saldría la voz.

Respiro entrecortadamente mientras el miedo se va apoderando de mí.

YO: Voy a llamar a la policía.

Casi puedo oír cómo me juzga a través de las paredes; lo acabo de llamar cobarde y lo he retado a dar la cara y, en el momento en que se invierten los papeles, amenazo con llamar a la policía.

«Porque eso es lo que tienes que hacer, idiota».

¿Y por qué me he sentido tan estúpida al escribirlo? ¿Por qué?

DESCONOCIDO: ¿Te acuerdas de lo que te dije la última vez?

Cómo iba a olvidarlo: «Cuanto más me desobedezcas, peor será el castigo». Me muerdo el labio inferior mientras me planteo seriamente subir a buscarlo. Se me escapa un suspiro entrecortado.

Tengo que tomar una decisión y sé que no va a ser la correcta.

Cedo ante mi instinto y escribo:

YO: Prepárate, cabrón.

Llevo el móvil en una mano y el cuchillo en la otra. Esta vez no voy a hacer el gilipollas, no pienso soltar el cuchillo. Lo sujeto con fuerza, con la misma fuerza con la que pienso clavárselo en la cara en cuanto lo encuentre.

Subo las escaleras sigilosamente a pesar de que no creo que importe que me oiga. Tengo la horrible sensación de que va a ser él el que me encuentre a mí.

Siento de nuevo esa excitación tan familiar en las entrañas. Se me revuelve el estómago, como al beber alcohol sin haber comido nada. Estoy sudando y noto la boca seca como si hubiera comido arena.

Estoy muerta de miedo.

Una tenue luz emana de las dos hileras de apliques que se sitúan a ambos lados del pasillo, iluminándolo lo suficiente como para ver que ahí no hay nadie. Enciendo la linterna del móvil y me dispongo a entrar en la primera habitación.

Avanzo poco a poco buscando en cada uno de los cuartos. Antes de entrar, miro a izquierda y derecha para, a continuación, revisar detrás de las puertas y en cada rincón.

Los armarios son la peor parte, esa sensación de que puedes encontrarte frente a frente con un hombre al abrirlo.

Un hombre que quiere castigarme.

Se me humedecen los ojos al comprobar que no está en el primer armario en el que miro. Mi pobre corazón late descontrolado. No creo que este nivel de ansiedad sea bueno para la salud.

Y aun así avanzo y busco en las dos siguientes habitaciones, que también están vacías.

Solo quedan dos dormitorios y el baño, sin contar con la puerta al final del pasillo que conduce

a la buhardilla.

Si es allí donde se ha metido, ya puede esperar. ¡Ni de coña voy a subir a la buhardilla a buscarlo! No me importará admitir mi derrota.

Respiro profundamente y me dirijo a mi dormitorio, que es, junto con la buhardilla, la única habitación que queda con la puerta cerrada.

¿Qué sentirá mientras me espera al otro lado de la puerta? Hemos intercambiado los papeles: ahora soy yo la que se toma su tiempo antes de entrar, pero sigo estando aterrorizada, mientras que él seguro que me espera pacientemente, pensando en lo que me va a decir, en lo que hará conmigo.

¿Cómo me hará daño? ¿Cuál será mi castigo?

Armándome de valor, giro el pomo de la puerta y la abro. Se me escapa un grito cuando veo el interior del dormitorio.

Ni siquiera se ha escondido.

Las puertas del balcón están abiertas de par en par, dejando paso a la luz de la luna. Y justo ahí, como una siniestra figura bañada por una luz blanquecina, está la sombra, mirándome con una sonrisa malvada en la cara y un cuchillo en la mano.

13 de marzo de 1945

Me he ido este fin de semana con Ronaldo. Le dije a John que necesitaba un par de días solo de chicas y que iba a pasarlos con una amiga de la escuela de Sera. No es la primera vez, así que no ha sospechado nada.

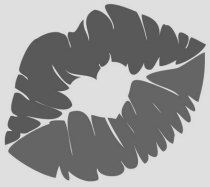
Me siento tan culpable. Aunque no lo suficiente como para volver a casa.

Soy tan feliz con Ronaldo, me tiene cautivada.

Este fin de semana ha sido mágico. Solo habría deseado que Sera estuviera aquí para que pudiera disfrutarlo con nosotros. Pero es terrible que piense así, ¿no?

Amo a John y no querría que Sera creciera sin su padre. La trata tan bien y mi Sera sería desdichada sin él. Nunca se la arrebataría.

Pero, a veces, desearía que Ronaldo también formara parte de su vida.



CAPÍTULO 15

La manipuladora

Me quedo completamente paralizada. No puedo ni imaginarme la cara que pongo al encontrarlo ahí de pie, esperando.

Las lamparitas que hay junto a mi cama emiten una luz tenue, pero me permiten verlo bien. Lleva ropa oscura, unas botas de cuero, unos vaqueros ajustados que se le ciñen a las musculosas piernas y una sudadera a juego que parece demasiado pequeña, incapaz de contener su musculatura.

Y aun así no consigo contemplarlo bien del todo por culpa de la puta capucha.

Me humedezco los labios.

—Quítate la capucha —le digo con voz temblorosa, pero no me hace caso ni me contesta.

El cabreo empieza a ganarle terreno al miedo.

—Querías que viniera a buscarte, gatito, y aquí estoy, así que quítate la capucha de una puta vez y da la cara —le exijo, cada vez más cabreada.

Se le dibuja una sonrisa satisfecha en el rostro al oír el apodo que he elegido para él. ¿No estábamos jugando al gato y al ratón? Fue él quien quiso degradarme poniéndome un apodo. Lo justo es que le devuelva el favor.

Levanta la mano despacio y se quita la capucha. El filo de su cuchillo brilla como si se riera de mí. Yo también llevo un cuchillo.

Toda sensación de triunfo que pudiera haber sentido por mi audacia se desvanece como el humo.

El miedo se triplica. Esa cara… Nunca había visto nada igual… O sí, ¡claro que la había visto antes! Lo delatan esos ojos desiguales.

En la librería solo pude verle la cara a medias y me pareció atractivo. Pero ahora que lo miro bien está buenísimo.

El ojo derecho es oscuro como la medianoche y el izquierdo es justo lo contrario: es de un azul tan glacial que parece blanco. La cicatriz que le nace en la mitad de la frente le atraviesa el rostro por el ojo claro para morir a mitad de la mejilla. No he podido olvidar esa cicatriz desde que la vi en la librería.

Lo único que consigue esa fea marca es resaltar aún más su belleza. La afilada mandíbula con

la que podría cortar diamantes; la nariz recta, aristocrática; los labios carnosos y ese pelo corto, moreno, con la largura necesaria para entrelazar los dedos en él.

Esto no está bien. Nada bien.

No debería sentirme atraída por un acosador.

Su figura es tan arrolladora que parece medir tres metros. Su sombra avanza por el techo reptando hacia mí. La habitación parece tan pequeña en su presencia. Yo me siento también pequeña.

Da un paso hacia mí, todavía con ese gesto burlón en la cara, con esa mueca casi imperceptible en los labios.

Por primera vez esta noche me comporto con un poco de cordura (parece que todavía no me ha abandonado el instinto) y retrocedo un paso.

—¿Te ha comido la lengua el gato, ratoncita?

Cierro los ojos un momento al oír su voz profunda, profunda como su ojo negro, que me produce un escalofrío.

Vuelvo a tragar saliva, casi atragantándome. Parece que se me hubiera hinchado la lengua.

—¿Qué quieres de mí? —digo, con la respiración entrecortada.

Se va acercando a su presa. Vuelvo a sentir un escalofrío y, a pesar del miedo que me atenaza el corazón, me quedo clavada en el suelo. Le clavaré el cuchillo cuando esté lo bastante cerca.

«Apunta al cuello, Addie».

Nuestras miradas se cruzan y se me queda la mente en blanco. Sigue acercándose hasta presionar su cuerpo contra el mío sin vergüenza ni timidez, sin siquiera preguntar si me puede invitar a un trago antes de apretar sus pectorales contra mí.

Es tan descarado que casi me muerdo la lengua de la sorpresa.

Tardo unos segundos en reaccionar. Sin pensar en lo que estoy haciendo, intento levantar el cuchillo hacia él, pero algo me lo impide.

Bajo la mirada, confusa, y me doy cuenta de que está agarrando la hoja del cuchillo con la mano, que está llena de sangre. Unas cuantas gotas resbalan hacia la mía.

Ahogo un grito y dirijo mis ojos asombrados a los suyos, que permanecen impertérritos, sin mostrar ni un atisbo de dolor.

De un tirón me quita el cuchillo de la mano y lo lanza tras de sí.

Este choca con algo antes de caer al suelo, emitiendo un ruido que reverbera en el silencio del dormitorio. Lo único que interrumpe este silencio que nos rodea es mi respiración. Su presencia es como un vórtice que diezmara el oxígeno de la habitación, de mi cerebro.

No puedo pensar con claridad con su cuerpo tan cerca del mío, atrapada por un miedo que me paraliza, sintiéndome tan indefensa. Esta incapacidad para luchar me martillea el cerebro. Por más que mi instinto me diga que me mueva, mi cuerpo no reacciona.

Al instante, su mano ensangrentada me agarra por la nuca y me acerca aún más a su cuerpo.

Me horroriza el contacto con la sangre que se derrama de su mano, esa sangre que resbala por mi espalda como dedos amenazantes, que mancha mi piel trazando surcos.

Levanta la otra mano, con la que agarra un cuchillo mucho más amenazante que el mío, y me acerca la punta de la hoja a la barbilla.

Apoya el metal en mi piel, forzándome a subir la barbilla. Un solo gesto suyo me deja sin respiración. Está intentando amedrentarme, condenarme.

—Eres aún más bonita de cerca —murmura. Me mira fijamente a la cara con sus ojos lascivos.

Frunzo el ceño, coloco las manos en sus pectorales, obviando sus músculos de acero, e intento separarlo de mí. Él se resiste y gruñe de placer.

Me siento cada vez más frustrada y me entran ganas de llorar.

—Por favor, vete. No quiero que estés aquí. No te deseo. Déjame en paz —le suplico, sintiéndome como si me hubieran arrancado el orgullo del pecho de un zarpazo y lo tiraran al suelo. Pero a quién coño le importa el orgullo en una situación así.

Quiero que este hombre desaparezca de una puta vez.

Se acerca aún más a mí.

—¿Vas a llorar, Addie? —se burla entonces. Todavía tengo las manos sobre sus pectorales y puedo sentir su corazón, que le late a mil por hora. Esto me da un pequeño respiro: no es tan imperturbable como aparenta.

—Claro que no —miento.

No me importará llorar desconsoladamente cuando se vaya de aquí, pero no tengo intención de volver a mostrarme débil ante él.

Me aparta el cuchillo de la barbilla y me retira la mano de la nuca con una sonrisa salvaje en el rostro.

Siento una mezcla de frío y alivio cuando se aparta, pero enseguida se acerca de nuevo.

Su intensa mirada hace que me quede clavada en el sitio mientras se acerca y se coloca a mi lado, con su pecho rozándome el brazo. Huele a cuero y a tabaco. Es embriagador, él es embriagador.

Noto un sabor ácido en la boca, como de metal quemado, que asocio al miedo y que me entumece la lengua, todo mi ser.

Estoy aterrorizada.

Y a la vez es como si me sometiera a él.

Mantengo la cabeza recta mientras sigo sus movimientos con la mirada. Se reclina sobre mí, echándome encima todo el peso. Intento librarme de la presión, que, en lugar de alejarme de él, parece absorberme. Roza mi oreja con los labios y su aliento cálido me caldea la piel, provocándome un latigazo de placer que me recorre la espalda.

—Quiero devorarte —susurra.

Me tiembla el labio. Sujeto a ese traidor entre los dientes para que no se note mi flaqueza. Cuando me atrevo a mirarlo, tiene los ojos fijos en ellos.

—¿Vas a matarme? —pregunto despacio, tratando de esconder el miedo que me atenaza.

No cuela.

Mueve la cabeza con lentitud.

—¿Por qué iba a hacer eso?

No sé muy bien qué responder.

—¿Por qué iba a matarte, ratoncita? Quiero que seas mi presa.

—¿Y si yo no quiero?

Sonríe.

—Ya querrás.

Quiero decirle unas cuantas cosas sobre él y su relación con su mami, pero me quedo sin palabras cuando levanta la mano y empieza a acariciarme el labio inferior con el dedo pulgar.

—Mmm —gruñe de puro placer—. Esto es lo que va a pasar: voy a darte la oportunidad de que te escondas. Si te encuentro, tendrás tu castigo. Si no, me marcharé.

Cierro los ojos mientras un pequeño hilo de esperanza se abre paso entre la histeria. Conozco esta casa como la palma de mi mano. Sé dónde esconderme.

Hay dos dormitorios en la planta de abajo y, en uno de ellos, existe una cavidad al fondo del armario donde cabe justo mi cuerpo. Solía esconderme allí cuando jugaba al escondite con mi abuela.

—Vale —susurro—. ¿Cuánto tiempo puedes buscarme antes de que gane?

Sonríe.

—Te daré cinco minutos antes de sentarte en mis rodillas para azotarte el trasero.

Resoplo y aparto la cara de su mano. Me suelta, pero la sonrisa de su rostro crece.

—Tu tiempo empieza ya, Adeline. Será mejor que corras.

No me lo pienso más. Salgo disparada de la habitación, cerrándola de un portazo. Me doy cuenta de que se está divirtiendo conmigo, pero no me importa.

Voy directa a las escaleras intentando no hacer ruido mientras bajo los peldaños lo más rápido que puedo. Casi me caigo de bruces en medio de la escalera, pero consigo mantener el equilibrio agarrándome al pasamanos, evitando así el sonoro crujido que se habría oído.

Tengo ganas de vomitar por el miedo y la adrenalina, que me destroza los nervios.

Giro a la izquierda y me meto en uno de los dormitorios. Oigo los pesados pasos en el piso de arriba.

El corazón me late desbocado y me tiemblan tanto las manos cuando abro la puerta del armario que no consigo evitar que chirríe. Es un ruido insignificante, pero retumba como un trueno atravesando el armazón de la casa.

Tomo aire y me obligo a ir más despacio. Cierro la puerta del armario y me introduzco en mi escondite.

Estoy muerta de miedo.

Siento el corazón encogido y me entran unas extrañas ganas de toser. A lo mejor es porque tengo la garganta seca y cerrada. Querría darme un zarpazo en el cuello a ver si así se me abre y puedo volver a respirar el oxígeno que tanto necesito.

«Está todo en tu cabeza. Respira, Addie, respira. No te va a encontrar aquí. La abuela nunca lo hizo».

Supongo que ha bajado las escaleras porque ya no oigo sus pasos en el piso de arriba. Me muerdo el labio con fuerza hasta notar un sabor metálico en la boca y, aun así, sigo mordiéndome.

Me llegan algunos ruidos de pisadas y, con el paso de los minutos, empiezo a respirar con más calma.

Oigo cómo abre la puerta de la habitación y me quedo sin aliento. Me tapo la boca con las dos manos casi hasta ahogarme para que no se me escape ningún ruido.

Se abre ahora la puerta del armario y la cavidad en la que me encuentro se inunda de su olor: cuero y tabaco. Hay algo más, algo que me volvería loca si no me estuviera ahogando.

—Ya puedes salir, pequeña. —Tiene la voz profunda y áspera.

No, no, no, no, no.

Me quedo donde estoy, con la esperanza de que se esté tirando un farol.

—Puedo olerte —dice. Es lo más espeluznante que me han dicho en la vida.

Me arriesgo a echar un vistazo y lo veo de pie frente al armario. No está mirando en mi dirección, sino a algún lugar indeterminado del suelo.

—Tienes diez segundos antes de que te saque yo a rastras.

Retrocede un paso y decido arriesgarme: salgo disparada pasando a su lado y me dirijo a la puerta. Se ríe con crueldad, una risa que poblará mis pesadillas el resto de mi vida.

Nada me detendrá. Avanzo por el pasillo en dirección a la puerta, pero la encuentro cerrada con llave.

—Si abres esa puerta, tendrás que asumir las consecuencias —me avisa.

Me sorprende lo cerca que está. No tengo tiempo de abrir el cerrojo, quitar la cadena y girar el pomo antes de que me alcance.

¡La terraza acristalada! Tiene una puerta trasera con salida a la calle. Me doy la vuelta y veo, con el rabillo del ojo, que la sombra está en la entrada del pasillo por el que acabo de cruzar.

Me dirijo al salón y de ahí a la cocina, donde hay otra puerta que da al pasillo. Rezo por que no se haya quedado allí. Abro la puerta y no está. No se ve más allá de un metro, pero, hasta donde me alcanza la vista, no está.

Voy directa a la terraza, donde me lo encuentro nada más llegar, apoyado en la puerta por la que quería escapar.

Me resbalo y pierdo el impulso justo antes de caer entre sus brazos, que me estaban esperando. Retrocedo para recuperar el aliento. Me va la cabeza a mil por hora.

Chasquea los labios.

—Eres muy predecible, ratoncita. Vas a tener que mejorar.

Me quedo allí paralizada, asimilando que no hay forma de escapar de esta casa. Es demasiado rápido. Lo que más me asusta es que no he oído nada: ni un puto paso. Yo parecía un elefante y él un ratón.

—No me vas a poner la mano encima. —Mi voz suena temblorosa, preñada de las lágrimas que aún no he derramado.

—Un trato es un trato, ratoncita. —Levanta la vista para contemplar el cielo nocturno—. Esto es muy bonito. Creo que lo más adecuado sería castigarte justo aquí, ¿no estás de acuerdo? Así cerramos el círculo.

Me obligo a tomar las riendas y, dando un gruñido, corro hacia el pasillo en dirección a las escaleras.

Tal vez pueda volver a esconderme en algún sitio en el que no me encuentre. Sopeso los posibles escondites al tiempo que, de un salto, esquivo el pasamanos y subo por las escaleras.

Noto un vientecillo en la parte trasera de los muslos y cuando miro detrás de mí me lo encuentro pegado a mis talones.

Vuelvo a gritar y acelero el paso. Llego hasta arriba y atravieso el pasillo. La desesperación y el pánico me nublan la mente. No puedo pensar, solo actuar.

No he recorrido ni la mitad del pasillo cuando un brazo firme como el acero me rodea por la cintura, levantándome.

—¡NO! —grito mientras doy patadas al aire intentando librarme de él.

—Oh, sí, cariño. —Emite un gruñido de placer y, conmigo todavía en brazos, apoya nuestros cuerpos contra la pared. Me quejo del golpe. Utilizo la pared como palanca y le doy patadas a ese

puto cabrón.

—¡Suéltame, pervertido de mierda!

—Si sigues hablando así, vas a empeorar las cosas.

Suelto un grito cuando me sujeta el cuerpo con más firmeza contra la pared. Cada vez tengo menos fuerzas y me falta el aliento.

—Hicimos un trato.

Se me escapa una lágrima. Después otra, y otra más, hasta que estoy a punto de sollozar.

—No llores, ratoncita —me consuela—. Esto va a ponerse mucho peor.

Me echa el aliento en las mejillas al aplastarse todavía más contra mí. Es tan grande que su cuerpo me envuelve de forma que lo único que veo, noto y huelo es a él: ese cálido e inconfundible aroma a cuero que le pertenece. Me rodea todo vestido de negro.

—Me gusta que estés asustada —susurra. Un escalofrío me recorre la espalda—. Me pone cachondo que me supliques, que le ruegues a Dios que venga a salvarte.

Noto el tacto de su mano en la cara, que me hace estremecer. Recorre suavemente sus dedos por mis pómulos y me retira el pelo de la cara, colocándolo detrás de la oreja.

—Me pone cachondo que tiembles de esta manera tan descontrolada cuando te toco.

—Estás enfermo —le suelto, haciendo precisamente lo que dice: temblar de la cabeza a los pies sin poder evitarlo.

—Crees que estás luchando por tu vida y por eso me suplicas, pero te equivocas. De la única manera en la que pienso enviarte al paraíso es con mi polla… —se ríe de placer—. Y con mi lengua y mis dedos.

—Eso ni lo sueñes. —Lo miro fijamente con toda la determinación de la que soy capaz. O eso intento.

La luz tenue que emana de los apliques deja sus ojos en penumbra y juega con mi percepción: tengo la cara tan cerca de él que no lo puedo ver con claridad. Las sombras forman parte de él, las lleva siempre consigo.

—Ha llegado la hora de tu castigo. Se me ocurren tantas formas de castigarte. —Ignora mis golpes. Le importa una mierda que me resista porque mi palabra no vale nada, lo que me cabrea todavía más.

—Te trataré bien, Adeline —intento quejarme, y un gruñido de aviso me cierra la boca—, pero solo si tú me tratas bien a mí.

Le divierte el ruido que me hacen los dientes al cerrar la boca de golpe. Me duele el orgullo. Querría darle una patada en los huevos, pero no podría mover la pierna ni un centímetro aunque lo intentara.

—¿Qué vas a hacerme? —le pregunto con la voz entrecortada por el miedo, tartamudeando las palabras, que se sincronizan con los latidos de mi corazón.

Noto su aliento en la mejilla. Sus labios trazan la línea de mi mandíbula. Casi me atraganto al tragar saliva de lo seca que tengo la garganta. Sus labios descienden por mi cuello y vuelven a subir, avanzando hasta detenerse debajo de mi oreja.

—Voy a hacerte mía —dice justo antes de apresarme la piel con los dientes.

Se me arquea la espalda sin que pueda evitarlo con una mezcla de repulsa y placer que juega con mi voluntad. No puedo pensar, lo único que me queda es el instinto.

Sigue gruñendo mientras avanza por mi piel mordiéndome y lamiéndome. Abro la boca y

ahogo un gemido al mismo tiempo que él abre la suya para coger aire, como si estuviera absorbiendo mi esencia. Se separa un poco de mí con la piel todavía entre los dientes, dejándome la zona dolorida.

Apoyo mis manos en su pecho para guardar el equilibrio o para empujarlo, no estoy segura. No dudo mucho tiempo, pues el instinto ha hecho que le coja la capucha con las manos para aferrarme a él como si fuera mi salvavidas, cuando lo que está haciendo es matarme.

Siento una descarga de placer cuando me lame el cuello hasta su base. Cuando se detiene siento como si mi cuerpo estuviera sobre el filo de un cuchillo. Aguanto la respiración, presa de la anticipación.

Vuelve a morderme, arrancándome un sonido salvaje de lo más profundo. Lo repite una y otra vez, llenándome el cuello y parte del hombro de moratones.

Cuando se aparta estoy sin aliento.

—Buena chica —dice con ligereza. Por algún motivo eso hace que me sienta peor. Quiero que lo odie tanto como debería haberlo odiado yo.

No sé por qué me comporto así. Ya le preguntaré a Dios más adelante. Siento tal tsunami de emociones que me acerco a él y le muerdo la mejilla.

Con todas mis fuerzas.

Noto su sangre en la boca, pero no me importa, sigo mordiéndole.

Tal vez quisiera devolvérsela, darle a probar su propia medicina, hacerle sentir lo que siento yo.

El motivo no importa, no le ha gustado nada. Me rodea el cuello con las manos, me empuja para apartarme la cara y me golpea la cabeza contra la pared, provocándome un fuerte dolor al hacerlo.

Qué más da que me agarre con fuerza. Me siento reivindicada. Si me matara ahora mismo, al menos podría decir que yo también le he dejado marca.

Emite un leve gruñido de frustración mezclado con algo que no sé descifrar.

Lo miro a los ojos. Llevo la lengua manchada de su sangre, que me resbala hasta la barbilla. No hay mucha. No conseguí destrozarle la cara como pensaba. Las salpicaduras de sangre que manchan su cara me dan fuerzas.

—Estoy empezando a pensar que te gusta que te castigue. ¿Sabes lo que significa eso? Voy a tener que emplearme a fondo.

No tengo tiempo de reaccionar. Me coge por la cintura y me echa sobre los hombros como si fuera un saco de patatas.

—¡Cabrón! —le suelto al tiempo que le doy puñetazos en la espalda. No soy una patata.

Su única respuesta es darme un cachete en el culo.

Me lleva hasta abajo y se dirige a la izquierda, en dirección al pasillo que conduce a la terraza acristalada. No dejo de darle patadas y puñetazos durante todo el trayecto, pero actúa como si lo estuviera atacando una mariposa.

Parece darse cuenta de mi frustración.

—Cariño, el viento podría hacerme más daño del que me estás haciendo tú.

—¿Quieres que te vuelva a enseñar los dientes, gilipollas? Puedo seguir destrozándote esa horrible cara que tienes.

—Puedes decir lo que quieras, pero los dos sabemos que mi cara te pone cachonda —responde

divertido. Me quejo de la frustración porque nada parece perturbarlo… y porque no le falta razón.

«No seas estúpida. No tiene razón».

Sigo insultándolo hasta que me agarra, me coloca frente a él, con las piernas a la altura de sus caderas, y me acerca a su pecho.

¡Y una mierda!

Quiero arañarle la cara, sacarle el ojo, pero solo consigo dar un gritito. Me echa hacia atrás haciendo que se me encoja el estómago y me coloca con la espalda apoyada en el suelo. Se arrodilla a mi lado, sus brazos a ambos lados de mi cabeza, y se tira encima de mí.

Las estrellas brillan sobre su hombro y la tenue luz blanca de una luna casi llena baña la estancia.

Parece un mal presagio que precisamente esta noche el cielo esté despejado en Seattle, donde casi siempre hay un mar de nubes.

Trago saliva. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Qué caballeroso, dejarme ver las estrellas mientras me asesinas. —Me esfuerzo por que salgan las palabras. Tengo un nudo en la garganta.

Debo callarme de una puta vez. ¿Por qué me costará tanto estar callada? En una situación de vida o muerte todo lo que se me ocurre es empeorar las cosas.

Lo que algunos consideran valentía yo lo llamo estupidez.

Mantiene el equilibrio sobre una sola mano y se lleva la otra a la espalda. Abro la boca para soltarle otra tanda de improperios cuando veo que ha cogido una pistola.

Me vuelven a entrechocar los dientes al cerrar la boca de golpe. Me he quedado muda de miedo.

—Dejaste que te manoseara un tío en esta habitación. Te corriste —afirma sin un ápice de emoción—. Lo lógico es que sustituyera sus dedos por los míos, pero me parece que necesitas un correctivo.

—Lo siento, de veras —digo precipitadamente. Abro los ojos presa del pánico cuando me apunta con el arma al pecho—. De verdad que lo sien…

—Shhh —susurra—. Todavía no lo sientes, ratoncita. Ya lo sentirás.

14 de abril de 1945

John y yo vamos a asistir con Frank a la cena de la comisaría de policía. Solemos pasárnoslo bien cuando salimos juntos.

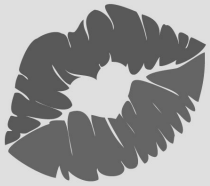
Frank va a pasar a recogernos pronto y John y yo lo esperamos sumidos en un silencio incómodo. Sera va a pasar la noche con unas amigas. Ojalá estuviera aquí.

Últimamente ha actuado de mediadora entre nosotros. Ignoro si ha notado el cambio. John y yo ya no nos peleamos, nos limitamos a compartir el espacio.

Le he roto el corazón. Lo sé.

¿Por qué será que el mío parece sanar?

Por fin ha llegado Frank. Menos mal.



CAPÍTULO 16

La manipuladora

Se me agolpan los pensamientos en el cerebro. ¿Cómo puedo salir de esta? Pedir perdón no ha servido de nada.

—¿Vas a dispararme?

Me va a estallar la vejiga y me atormenta la idea de morir sobre un charco de pis.

—Ya te he dicho que no voy a matarte —responde con impaciencia. Me acaricia el escote con la punta de la pistola y de ahí baja al estómago hasta llegar a la cintura de las mallas que llevo puestas.

—Quítatelas.

Me tiembla el labio. Se me escapa una lágrima que desaparece en la sien.

—No lo hagas, por favor.

Arquea una ceja dejando claro que no hay nada que hacer, que va a quedar impasible ante mis ruegos, y se me escapa otra lágrima.

—Venga, Adeline.

Decido hacerle caso. Meto los pulgares en la cintura de las mallas y las bajo hasta la mitad del muslo, hasta donde apoya su cuerpo, que me interrumpe.

Se da cuenta, se levanta un poco y me ayuda a quitármelas.

Sigo llorando.

—Ahora la camiseta. —La señala con la pistola para dejarme claro que es una orden. Me incorporo para quitarme la camiseta y me dejo caer con un bufido.

—Qué preciosidad —murmura, mientras recorre las curvas de mi cuerpo con la mirada. El cabrón tiene suerte de que lleve lencería negra.

No se lo merece.

Vuelve a reclinarse sobre mí. Me besa el moratón que me ha hecho en el hombro.

—¿Sabes lo que significan estas marcas? —me susurra mientras besa otro moratón. Tiemblo al contacto de sus labios, que me provocan una descarga de placer que me atraviesa el cuerpo de arriba abajo.

No parece importarle que no le conteste.

—Significan que me perteneces, que eres mía.

Va recorriendo mi cuerpo con la punta de lengua hasta llegar a los pechos.

—No…

Me muerde el pezón izquierdo antes de que pueda decir nada. Doy un grito y cierro los ojos mientras continúa marcando mi piel.

Cuando queda satisfecho con el pezón, desciende por mi piel con la lengua dejándome chupones, marcándome, en las tetas y en el estómago. No hay nada que pueda hacer, pues sigue amenazándome con la pistola para que esté dócil, como había planeado.

Cuando se cansa de abusar de mi cuerpo con los dientes y la lengua, se incorpora un poco y me separa las piernas. Opongo resistencia, pero lo único que consigo es hacerme daño. Es demasiado fuerte.

Introduce su dedo índice en el tanga a la altura de la cadera y desciende por el tejido hasta mi centro. Antes de llegar al clítoris, me separa el tanga de la piel y recorre el dedo por el tejido a apenas un centímetro del coño.

Quiero esconder la cara porque sé que se ha dado cuenta de que mi cuerpo me está traicionando.

—Está empapado —dice con voz áspera. Tiene los labios humedecidos por su propia saliva.

—Es flujo vaginal —le suelto con la esperanza de que esta mentira le mate el deseo. Solo sonríe como respuesta.

—Odio tener que decirte esto, pero los coños no me son desconocidos. Sé que este llora por mí.

Siento asco.

—La última vez que lo revisé, las chicas lloran cuando están disgustadas. A ver si coges la indirecta.

Se ríe.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo, ratoncita. —Me aparta el tanga dejándome el coño y la excitación al descubierto. Maldice en voz baja mientras sus ojos devoran cada centímetro de mi cuerpo. Me vuelven a temblar los labios traidores y me los muerdo.

Mantiene uno de sus dedos en el tanga y con la otra mano me apunta con la pistola a la cara. Me retuerzo y cierro los ojos. Grito de miedo.

—Relájate. Solo quiero que la chupes.

Tardo unos segundos en procesar sus palabras, en darme cuenta de que no ha apretado el gatillo y de que sigo viva. Cuando por fin lo asimilo, abro los ojos y lo miro.

—¿Por qué co…? —Me da golpecitos con la punta de la pistola en los labios indicándome que me calle. El resto de las palabras desaparecen con el roce de la pistola en los labios, como si me los pintara.

—Chúpala —me ordena de modo terminante. Cierro los ojos para no dejar escapar más lágrimas y abro la boca. Me recorre los dientes con la pistola. Aprieto fuertemente los ojos cuando me introduce la pistola en la boca y paso la lengua por el frío metal, que sabe a rayos.

—Eres una buena chica —dice al tiempo que retira la pistola llena de saliva.

Se me paraliza el cuerpo al sentir el roce del frío metal contra el clítoris. Me estremezco al sentir el contacto de un arma tan peligrosa.

El terror se apodera de mí y me deja sin fuerzas para controlar el llanto desconsolado. Da mucho menos miedo que te apunten con un arma a la cabeza que te la metan entre las piernas.

Un disparo a la cabeza te mata al instante, pero esto…, esto es una muerte lenta y dolorosa, una tortura.

Se reclina sobre mí. Noto su aliento en las entrañas. Muevo la cabeza para ver lo que hace a la vez que él levanta la suya y me mira, a través de unas pestañas largas y espesas, con esos ojos disparejos que brillan de puro placer. Justo cuando voy a preguntarle qué está haciendo, saca la lengua y deja caer su saliva en mi coño.

—Nunca se puede estar demasiado húmeda, ¿no crees, ratoncita?

Se incorpora y me rodea el coño con la punta de la pistola. Noto el roce del metal.

—Por favor, no… —Esta vez me quedo muda al notar cómo me introduce la pistola. Solo ha introducido la punta, pero eso es suficiente para bloquearme la garganta. Se me escapa un chillido de miedo.

Se ríe con crueldad.

—Chillas como un ratón.

Se la devolvería si no estuviera paralizada por el pánico. No puedo apartar la mirada. Le veo introducir el arma dentro de mí, más profundamente. Me cuesta procesar lo que ven mis ojos, lo que siento.

Me introduce la pistola lentamente, provocándome una mezcla de dolor y placer. Está consiguiendo excitarme, así que aprieto la mandíbula para no gemir. No pienso darle esa satisfacción.

Me introduce la pistola hasta la mitad y la vuelve a sacar dejando dentro solo la punta. Me da un segundo de respiro y vuelve a meter el cañón entero hasta el fondo. Ahogo un grito y dejo caer la cabeza. No puedo seguir mirando.

Es un degenerado. O peor aún.

Vuelve a sacar el arma y la vuelve a introducir de nuevo hasta el fondo, provocándome una oleada de placer que atraviesa mi cuerpo, y esta vez no puedo ahogar el gemido.

—Buena chica. Ábrete un poco más, cariño. —Me golpea el muslo con la mano que sujeta el tanga. Sin pensarlo, abro las piernas instintivamente.

Vuelve a elogiarme, pero apenas puedo oírlo de lo fuerte que me late el corazón.

—Es preciosa la forma en que contraes el coño, esa manera de aferrarse a la pistola cuando la saco.

Me muerdo el labio, pero ni aun así consigo ahogar el siguiente gemido, ni el siguiente. Oigo los ruidos de succión que salen de mi cuerpo por el roce con la pistola mientras me folla con ella. Siento tanta vergüenza.

La vergüenza es más potente que el miedo, pero ninguna de las dos consigue mitigar el placer al que sucumbe mi cuerpo.

Cambia el ángulo en el que me introduce la pistola llegando a un punto en mi interior que me hace perder la cabeza y gimo con fuerza.

Él me responde con un gruñido de placer. Se me arquea la espalda con cada embate mientras sigue estimulando ese punto. Noto el tanga cada vez más ajustado, arañando mi cuerpo, hasta que me lo quita. El ruido queda ahogado por otro gemido.

Tira el trozo de tela a un lado y me agarra fuertemente el muslo.

Se me acelera el pulso cuando lo veo acercarse. Me muerde en el interior del muslo, haciéndome gritar del dolor, pero este se transforma en placer rápidamente cuando vuelve a

llegar a ese punto en mi interior.

Sigue lamiéndome y poco a poco va acelerando sus movimientos hasta que noto el principio de un orgasmo nacerme en las entrañas.

—Por favor —le pido. No sé muy bien por qué. Separa un poco la boca y vuelve a acercarla para morderme de nuevo, esta vez un poco más abajo, todavía lejos de mi centro.

Demasiado lejos.

—Dime, Adeline, ¿qué has aprendido hoy? —Me está mirando. Tiene los labios húmedos de tanto morderme. Lo que estoy viendo hace que me descienda el corazón hasta las entrañas, justo hasta el punto en el que está introduciendo la pistola.

—¿Que no debo morderte la mejilla? —adivino con la voz temblorosa.

Como respuesta, me muerde el muslo con fuerza. Grito de dolor hasta que afloja las mandíbulas y este se transforma en placer. Se me escapa un sonido primitivo cuando me vuelve a introducir la pistola hasta el fondo.

—¿Quieres que te lo vuelva a preguntar?

Abro la boca, pero no me salen las palabras. En el silencio, oigo su aviso con toda claridad: aprieta el gatillo.

—Vale, vale. Joder —cedo ante el terrorífico silencio—. He aprendido a no dejar que me toque otro hombre.

Se me llenan los ojos de lágrimas al darme cuenta de que estoy atrapada.

—¿Quién es el único que puede tocarte, Adeline?

Cierro los ojos. Odio la mentira que va a salir de mi boca, igual que odio que se me escapen las lágrimas.

—Tú —susurro. Un sabor amargo se me aferra a la garganta. Mi cuerpo parece un campo de batalla: por un lado, deseo que me haga correrme; por el otro, quiero que se apunte con el arma y se dispare a sí mismo.

Lo miro y por la forma que tiene él de mirarme sé que no se ha creído mis mentiras.

—Tienes diez segundos para correrte, ratoncita —me avisa y vuelve a darme mordisquitos en el muslo—. Frótate el clítoris, cariño.

Dudo. Lo último que quiero es darle a este hombre la satisfacción de hacer que me corra, y mucho menos de ayudarlo a conseguirlo.

No se lo merece. Mi cuerpo pide con desesperación el orgasmo, pero mi mente se rebela.

Suelto un taco y me acerco los dedos al clítoris porque tengo demasiado miedo a las consecuencias. Si he de elegir entre tener un orgasmo y que me peguen un tiro, elijo la opción que me produzca menos daños.

—Buena chica —susurra. Me penetra con el arma hasta el fondo un par de veces más llevándome al límite. La fuerza del orgasmo es tal que se me levanta la pelvis del suelo como si hubiera sufrido un espasmo.

Estoy chillando. Noto cómo vibra el sonido en la garganta hasta que se va transformando en un gruñido. Aun así, no logro oírlo. Fuego y hielo recorren todo mi ser. Estoy en el paraíso.

Sigue moviendo la pistola en mi interior cada vez más rápido, hasta lo más profundo, prolongando el orgasmo hasta que ya no puedo más.

Saca el arma de mi interior y junto las piernas al instante, sintiendo los últimos estertores, temblando de placer mientras él permanece de pie a mi lado, imponente.

Lo observo con los ojos entreabiertos, todavía estremecida, cuando lo veo llevarse el arma a la cara y metérsela en la boca. Verlo chupar el arma es como una experiencia extrasensorial. Vuelve a guardarla en los pantalones.

Estoy llena de ira, vergüenza y humillación. Lo sé, aunque mi cuerpo no parece querer procesar esas emociones. No siento nada.

¿Es esto lo que produce el trauma? Sabes que te han violado, pero tu cuerpo elige no sentir nada.

Como arte de magia, se saca una rosa del bolsillo trasero del pantalón. Los pétalos están hechos trizas, probablemente a causa del forcejeo. No parece importarle. La hacer girar entre los dedos antes de dejarla caer sobre mi estómago.

Me mira por última vez, se da media vuelta y desaparece sin decir palabra.

Y por fin el dique se rompe, noto las emociones agolparse en mi pecho y lloro desconsoladamente.

Las tres noches siguientes la sombra, ese círculo incandescente en la noche, permaneció frente a mi ventana, mirándome mientras se fumaba un cigarrillo. Quería decirle que me daba puto asco que fumara.

No obstante, a ese calorcillo que siento entre las piernas parece gustarle. Diría incluso que mi vagina traidora siente celos de ese cigarrillo. Al parecer le ponen los objetos inanimados.

Me pillo un cabreo épico al recordarlo. Entro enfurecida en la cocina y me sirvo una copa de vino, que lleno hasta los bordes. El vino lo cura todo temporalmente.

Cabreo.

Trauma.

Siento tanta ira que me tiemblan las manos al recordar que me dejó tirada en el suelo, me lanzó una rosa encima como si fuera un pedazo de basura y se largó. Necesito esa copa de vino. Nunca me había sentido tan degradada como en ese momento. Nunca tan humillada.

No ha vuelto a mensajearme. Tampoco ha intentado acercarse de nuevo ni ha vuelto a amenazarme con una pistola. Simplemente se queda frente a mi ventana.

Yo también lo miro a él.

Se ha convertido en nuestra desquiciada rutina.

Solo viene de noche y, siempre y cuando me mantenga alejada de los tíos y no le deje a nadie meterme mano, sigue sin mandarme mensajes amenazantes.

No le he contado a Daya lo de nuestro enfrentamiento ni cómo acabó la noche. Si no me mata la sombra, será ella quien lo haga.

Fui tan estúpida. Nunca lo he negado y ahora con menos motivo.

No soy capaz de explicar por qué reacciono así ante él. Me encantaría fingir que es típico de mí enfrentarse a un hombre espeluznante. Nada más lejos de la verdad. ¡Si siento ataques de pánico cada vez que tengo que preguntarle algo a un extraño!

¿Por qué entonces me comporto de forma tan poco sensata cada vez que viene?

—¿Qué haces con un jersey de cuello alto? —me pregunta Daya, condescendiente, justo antes de llevarse un bocado de ensalada a la boca. Hemos quedado para cenar en el restaurante Fiona.

Necesitaba salir de esa casa desesperadamente. Cualquier pequeño detalle me hacía recordar aquella noche. Con solo mirarme en el espejo el recuerdo de sus mordiscos, y el del frío metal, se apoderaba de mí.

Carraspeo.

—Estoy probando cosas nuevas —contesto. Era lo único que lograba tapar las marcas que mancillaban mi cuerpo. Compré unos cuantos jerséis de distintos colores por Amazon Prime: era una emergencia.

No puedo dejar que Daya me vea esas heridas. Tampoco podría confesarle que, gracias a mi acosador, hacerse un dedo había adquirido un nuevo significado.

Se encoge de hombros y se centra en su ensalada.

—Solo tú podrías hacer que un jersey de cuello alto, los vaqueros de mamá y un cinturón parecieran estar a la última.

Ni de coña. No estoy de acuerdo en absoluto. Desapruebo, no, odio la ropa que llevo, aunque tal vez sea por lo que representa: está diseñada única y exclusivamente para taparme los moratones. Hay un mapa de chupones de color púrpura debajo de esta ropa.

—¿Y tu admirador? ¿Algo que contar?

Espero que este sofoco que me sube hasta el cuello no pase de ahí. Supongo que siempre le podría echar la culpa a esta mierda de jersey.

—Prefiero hablar de Gigi. —Miro los palitos de *mozzarella* que estamos compartiendo. Ya me he comido cuatro, pero me muero por coger el último. Daya se da cuenta, pone los ojos en blanco y hace un gesto con la mano que me anima a servirme.

Lo cojo esbozando una amplia sonrisa.

—Tengo noticias de Ronaldo. —Arquea las dos cejas invitándome a continuar—. Anoche estuve echándole una ojeada a los diarios a ver si encontraba algo sobre él. Gigi lo menciona a menudo con trajes caros y ese anillo de oro, así que sabemos que era de clase media-alta. En una de las entradas cuenta que lo atacaron. Dice que volvió herido y cubierto de sangre y que se negó a hablar de ello. Lo que yo creo es que andaba metido en algo turbio. Era muy reservado y en una ocasión le dijo que su vida era peligrosa y que no quería que le afectase.

—¿Crees que era un capo de la mafia?

—No. Lo que creo es que trabajaba para uno. La forma en la que Gigi habla de la paliza hace que parezca un castigo. Incluso cita sus palabras: «No es nada que no me merezca». Y eso es todo lo que dijo al respecto. Mirando las notas de Gigi, queda claro que le preguntó varias veces. Estaba preocupada por él. Lo último que este le contó fue que su jefe era muy estricto y que no debía saber que ella existía.

Daya afirma con la cabeza. Se le nota la emoción en esa mirada inteligente que tiene.

—Buscaré información sobre familias de la mafia en los años cuarenta. Igual encuentro a alguien que encaje con su descripción.

Le sonrío, sintiéndome esperanzada, lo que me dura alrededor de cinco segundos, hasta que veo a Daya abrir los ojos de par en par, asombrada. Dirige la mirada a algo que se encuentra a mi espalda.

Se me cae el corazón a los pies al tiempo que se me eriza el vello de la nuca. No se le habrá ocurrido a la sombra aparecer por aquí, delante de Daya, ¿no?

—Hola, chicas.

Se me abren los ojos como a Daya. Cruzamos la mirada y nos decimos un millón de cosas en dos segundos, como que debemos tener muchísimo cuidado.

El tipo se sienta a mi lado, reclinando el cuerpo contra el respaldo de la silla al tiempo que se me queda mirando, sonriente, con una sonrisa falsa.

Carraspeo y me fuerzo a sonreír.

—Hola, Max. Si no me equivoco eres el amigo de Arch.

—En carne y hueso —responde. Sus ojos, de un azul glacial, no se apartan de los míos. Me mira con tanta intensidad que voy a acabar ruborizándome.

—¿En qué puedo ayudarte? —le pregunto con ligereza mientras sigo bebiendo de mi mermado margarita. Voy a tener que llamar pronto a la camarera porque no soy capaz de enfrentarme a esta conversación si no me tomo otra copa, y otra después para soportar las secuelas.

Puedo sentirlo: esta noche llamo a un Uber.

Se apoya en la mesa, entrelaza las manos y me mira con curiosidad. Su conducta me resulta hostil.

—Me gustaría que me contaras lo que pasó exactamente la noche en que desapareció Arch… —esboza una sonrisa cruel antes de añadir—: de la puerta de tu casa.

Frunzo el ceño.

—¿No has leído los informes policiales?

Entrecierra los ojos con esa sonrisa fría de la que no se deshace.

—Quiero que me lo cuente usted, señorita Reilly.

Hago todo lo que puedo por permanecer impasible. Tampoco sé si lo consigo. No es que tenga mucha experiencia en esto de tratar con delincuentes. Hace tres noches quedó superclaro que tratar con delincuentes se me da como el culo.

Me ha llamado por mi apellido para que sepa que me ha estado investigando. ¡Como si no estuviera acostumbrada! Acostumbrada a que me acosen.

—Fuimos a mi casa y nos lo montamos —le cuento. Le brillan los ojos cuando oye esto—. Estábamos en ello cuando llamaron a la puerta.

—¿Te había ocurrido eso antes?

Me pongo de los nervios porque no sé cómo responder a esta pregunta.

—Nunca —digo, procurando no tragar saliva, que es lo que quiero hacer. También quiero coger el margarita, pero me tiemblan las manos y no me veo capaz de disimular.

Como la imbécil que soy, acerco los labios a la copa y sorbo de la pajita sin levantarla de la mesa.

—Hum —murmura.

Seguro que Max sabe que alguien me está acosando. Es algo de lo que ya me avisó el *sheriff* Walters, que esto iba a jugar en mi contra, pero que no me quedaba otro remedio que denunciar a mi acosador. Seguro que ha leído el informe. Lo que sí está claro es que no puse una denuncia cuando encontré las manos del desparecido en mi puerta.

—Verás, Addie. No soy capaz de descifrar por qué, ¿sabes? Por ejemplo, por qué se

presentaría en tu casa un enemigo de Arch cuando estaba follando contigo.

Siento rechazo por sus palabras groseras. Casi me avergüenzo de haber dejado que me tocara Arch.

—Max —suelta Daya. Le dirige una mirada fría, aunque ella ni se inmuta—. Te lo he dicho mil veces: Addie no tiene nada que ver.

Vuelve a entrecerrar los ojos. Se inclina sobre la mesa, lanzándole a Daya una dura mirada.

—El problema es que no me creo una mierda de lo que dices.

Daya suelta un bufido y cierra los puños.

—Si lo que quieres son respuestas, te estás equivocando de sitio —les corto, antes de que Max acabe asesinándonos a las dos aquí mismo.

—No estoy de acuerdo —responde, volviéndose hacia mí—, porque las manos de Arch aparecieron en tu puerta a la mañana siguiente y me parece a mí que eso es bastante privado. ¿Por qué son las manos de Arch un asunto privado para ti?

Sonríe triunfante cuando me ve la cara de sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Algo no encajaba. No tenía sentido que Arch hubiera desaparecido de tu casa, así que a la mañana siguiente mandamos a alguien a registrarla. Vio cómo tu amiga Daya se llevaba en el coche una caja ensangrentada. La siguieron, vieron cómo la enterraba y cuando se fue la volvieron a desenterrar. Imagínate mi sorpresa cuando nos dimos cuenta de que eran las manos de mi mejor amigo. E imagínate mi sorpresa cuando mis hombres me contaron que te las habían regalado precisamente a ti.

No me vuelvo a mirar a Daya. No quiero que Max se dé cuenta de lo asustada que estoy.

Entrecierro los ojos.

—A lo mejor las dejaron en mi porche porque quien sea que hizo esto pensó que andaba metida en los chanchullos de Arch.

Suelta una carcajada.

—¿En serio crees que uno de nuestros enemigos pensó que eras su putita? Y que trabajabais juntos nada menos.

—¿Por qué no? —le suelto—. ¿Por qué habrían de saberlo?

No responde. Se queda quieto, mirándome, intentando averiguar de qué voy. Le devuelvo la mirada. Quiero que vea lo cabreada que estoy, la frustración.

—¿Por qué le pediste a Daya que las enterrara? ¿Por qué no fuiste a la policía?

Sopeso las posibilidades y decido que contarle una verdad a medias es mi mejor opción.

—Porque en la caja había una nota en la que me amenazaban con matarme a mí y a los policías que llevaran el caso si lo denunciaba. Por entonces ya sabía a qué se dedicaba Arch y pensé que era mejor obedecer y mantenerme al margen. No tengo nada que ver con esto.

Sigue observándome. Se me va a salir el corazón del pecho. Por la mirada de Max, diría que no se cree que sea inocente.

Una parte de mí querría decirle que hay un tío acosándome. ¿Qué cambiaría con eso? Max ya sabe lo de las manos, así que no hay razón para mantenerlo en secreto.

Pero sí que la hay.

Si Max se entera de que alguien me está acosando, un tío violento y peligroso, podría utilizarme de cebo para hacerlo salir de su madriguera y poder vengarse.

Me convertiría en un daño colateral. No creo que saliera viva de aquella.

Al menos así cabe la posibilidad de que Max me deje en paz, de que crea que no soy más que una tía que se vio en medio del fuego cruzado.

Max se levanta canturreando, se alisa la chaqueta del traje y se la abrocha. El traje es muy caro y le hace parecer de buena familia, lo que me lleva a pensar que es él quien ha heredado los negocios de Talaverra.

Hay un nuevo capo de la mafia y está cabreado nada menos que conmigo.

—Disfrutad de la comida, señoritas.

Sale del bar llevándose todo el mal rollo consigo. El aire se hace menos denso sin él, aunque me deja un regusto a ceniza en la boca.

—Van a darnos problemas —dice Daya con calma.

Asiento con la cabeza y llamo a la camarera.

—Añádelos a mi lista.

15 de abril de 1945

Esta tarde ha sido un horror. John ha bebido demasiado y se vuelve cruel cuando se emborracha.

Frank tuvo que traerlo a casa y meterlo en la cama. Estaba tan enfadada que ni siquiera le ayudé a desvestirlo.

Por fin se rompió el dique de contención y me acusó de ponerle los cuernos. Frank lo presenció todo y me miró como si hubiera matado a su perro. Sucedió delante de sus compañeros de trabajo.

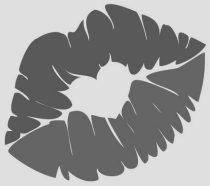
Me sentí mortificada, pero me lo merecía.

Lo negué todo, claro, porque lo que más me preocupaba era que se calmara.

Después de acostar a John, Frank me preguntó si era cierto.

Le dije que no, aunque pienso que no me creyó.

Tras esto, salió de casa como un vendaval. ¿Qué habré dicho que le ha afectado tanto?



CAPÍTULO 17

La Sombra

Joder, está tan guapa cuando no se siente observada.

Mi ratoncita entra en su habitación arrastrando los pies, con sus gastadas zapatillas golpeando sobre la delicada baldosa. Está cansada. Unas incipientes ojeras se le forman bajo los ojos.

Quiero quitárselas y volvérselas a poner. Lo que deseo es que esté cansada por no haber dormido en toda la noche mientras le meto la polla hasta que no le quede un gramo de energía en el cuerpo y después de eso follármela otra vez.

La última vez tuve que quedarme con las ganas: me niego a tocarla hasta que no se lo haya ganado. Ver la pistola entrar y salir de su coño fue una tortura para mí.

Me corrí en la mano antes de llegar al coche, con la dulce melodía de sus roncos gemidos todavía resonando en mi mente.

Esa voz podría derrotar a cualquier hombre.

No lleva puesta más que una larga camiseta blanca que le llega hasta la mitad del muslo. Sus pezones sonrosados se marcan a través de la fina tela. Necesito chupárselos hasta que se estremezca de placer.

Me humedezco los labios. Pronto.

Le veo la piel, suave y tentadora, y cada vez que se agacha atisbo unas bragas rojas, como ahora, cuando retira la colcha de la cama y golpea con el puño en la almohada para ahuecarla.

Se quita las zapatillas y se agacha para colocarlas junto a la mesilla, ofreciéndome una panorámica de su culo.

Se me pone dura al vérselo tan perfecto apenas cubierto por la lencería. También le veo el coño. Solo una fina tela lo separa de mi lengua.

Cierro los ojos procurando controlarme.

No puedo hacer ruido.

No sabe que me escondo en su armario, que estoy esperando a que se duerma para poder contemplarla en paz.

Sé que le doy miedo, como debe ser.

Soy un hombre peligroso que mata gente a diario y que disfruta con ello.

Debe tenerme miedo hasta que la someta, hasta que no sea capaz de escapar de mí.

Ya ha empezado a someterse aunque no se dé cuenta.

Nunca he amado nada que no sea mi trabajo. Ni siquiera he follado con ninguna mujer en el último año. No tengo tiempo. Para lo único que utilizaba a las mujeres era para echar un polvo, luego me largaba sin siquiera sentirme satisfecho.

Muchas intentaron con desesperación que me quedara y tuve que aguantar sus llantos hasta que dejó de merecer la pena.

El día que la vi en aquella librería tratando de disimular los nervios y controlar la ansiedad me obsesioné con ella al instante. Quién me lo iba a decir.

Me siento como un chaval de quince años que acabara de descubrir el sexo. Me entran ganas de correrme en los pantalones solo con verla.

Quiero tocarla, besarla y hacerla mía, mía en todos los sentidos. Marcarle el cuerpo no fue suficiente.

Siento que nunca me voy a hartar de Adeline Seraphina Reilly.

No tengo ninguna vergüenza. No soy un buen tipo.

Se mete en la cama, se acurruca bajo la colcha y coge un viejo libro de piel: el diario de su bisabuela.

Lo estuve mirando un día que Addie salió a hacer algún recado.

Su bisabuela también tenía quien la acosara. Sonreí al darme cuenta de que la historia se repite.

Addie lee durante una hora. No consigo descifrar su cara al descubrir los secretos más profundos y oscuros de Gigi. Pareciera que solo en las palabras de su bisabuela pudiera encontrar las respuestas que buscaba.

Los diarios también le afectan en parte, pero sobre todo parecen fascinarle. La entusiasman. Como si tratara de imaginarse que se enamora de su acosador, lo cual la excita y la hace sentir incómoda.

Me hace mucha gracia porque eso es precisamente lo que va a ocurrir. Voy a conseguir que se enamore de mis partes más oscuras. Quiero que sepa lo depravado que soy, la oscuridad que habita mi alma.

Cuando alguien se enamora conociendo esa parte de ti, ya no hay nada que pueda asustarle.

Esa persona será tuya para siempre porque ama hasta tus partes más depravadas.

Se le empiezan a cerrar los ojos y se le ladea la cabeza; sus dedos, con las uñas pintadas de negro, se relajan dejando caer el diario.

Se despierta de un golpe, abriendo mucho los ojos antes de recolocarse para seguir leyendo. Me muerdo el labio. Siento tantas emociones…

Al final decide ceder al cansancio y cierra el diario, lo coloca sobre la mesilla y apaga la luz. La habitación queda a oscuras, salvo por la luz de la luna que se filtra por la puerta de balcón, dibujando sombras, creando monstruos en el mobiliario.

Yo soy el único monstruo en esta casa.

Cuando se acompasa su respiración, abro la puerta del armario con suavidad y espero entre las sombras para asegurarme de que no se ha despertado.

Me dispongo a salir del armario cuando una corriente fría me roza la nuca, poniéndome los pelos de punta. Me vuelvo y busco por el armario intentando que no me castañeteen los dientes.

Ese frío, que no es la primera vez que noto, no es de este mundo. No sé quién o qué me respira

en la nuca, pero no va a conseguir que me detenga. Siento cómo me observa. Cómo me gustaría verlo para demostrarle que no le tengo miedo.

No consigo ver nada, así que me doy media vuelta y salgo del armario. Ya casi no se nota el frío. Me acerco a la cama con la tentación de retirarle el pelo de la cara, pero sé que eso la despertaría.

Enseguida siente el peligro. Sé que no tardará en atraparme.

Una parte de mí quiere que suceda, mi parte más depravada, la que disfruta viéndola asustada. Deseo verla gritar porque sé que el miedo excita a mi ratoncita. Siento la sangre bullir hacia mi polla al pensar en lo fuerte que la voy a hacer gritar.

Mi yo más sensible solo quiere verla dormir en paz, esa paz que no le voy a traer cuando esté despierta.

Saco la rosa de mi bolsillo y se la dejo en la mesilla. Por la mañana se asustará al verla y yo me pondré el vídeo de la grabación para disfrutar de su miedo.

Se mueve y suena un ruido.

Suena como una mezcla de ronquido y el gruñido de un cerdo.

Me llevo el puño a la boca y lo muerdo con fuerza para no estallar de la risa. Me doy la vuelta y salgo del dormitorio haciendo un esfuerzo sobrehumano por no reírme.

No creo que nunca haya oído semejante ruido salir de nadie, por no decir de alguien tan mono como Addie. He torturado y matado a mucha gente y nunca había oído algo así.

En cuanto salgo de la casa me río a carcajadas.

Pero enseguida se me borra la sonrisa de los labios cuando me vibra el móvil en el bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Jay en la pantalla.

—Dime, Jay —respondo mientras acelero el paso hasta el coche.

Jay solo me llama por trabajo, lo que suele significar disparar a una o a una docena de personas.

—Mark Seinburg está en la ciudad —dice, directo al meollo. Es lo que más me gusta de él: no se anda con rodeos—. Sus colegas Miller Foreman, Jack Baird y Robert Fisher también han venido.

Abro la puerta del coche, me acomodo en el asiento de cuero y enciendo el motor, sin llegar a arrancarlo.

—¿Dónde están?

—Los han visto en casinos, dos bares de alto nivel y en un club de caballeros privado. Solo para socios. Todos tienen mucha vigilancia.

—Si hay seguridad es que tienen algo que esconder. Los guardias no me preocupan.

No quiero sonar gallito, son los hechos. Lo único que me mantiene con vida es la confianza en mi capacidad.

No puedes meterte en la boca del lobo pensando como una gacela. Entras sabiendo que vas a salir con sangre en las manos y con unas cuantas cabezas rodando por el suelo.

Es la única forma de sobrevivir.

—Ya lo sé —confirma Jay—. Es demasiado pronto para asaltar sus guaridas. Te he conseguido acceso a un par de clubes de los que frecuentan. Ellos serán tu mejor fuente de información. Ve allí, investígalos, conviértete en habitual y gánate su confianza. Intenta descubrir algo sospechoso.

La risa de Addie ya no resuena en mi mente, como si nunca hubiera sentido esa emoción tan… feliz, cuando ha sucedido hace un par de minutos. Eso es lo que te ocurre cuando lidias con traficantes de niños inocentes.

—Joder, Jay, ¿quieres que me mezcle con una panda de violadores? Puedo hackearles las cámaras.

—¿Y qué conseguirías con eso?

Suspiro y me froto el músculo del hombro, que se está tensando. Tiene razón: las cámaras no llevan audio y se aprende tanto de esas conversaciones.

—Nos falta información —continúa diciendo Jay, confirmando su teoría.

Asiento con la cabeza a pesar de que no puede verme. Si me gano la confianza de los pederastas, podrían invitarme al ritual. Por lo que vi en el vídeo, es totalmente clandestino, y puede resultar muy difícil que te acepten. Aunque nada es imposible para mí.

Además, así conoceré a más gente a la que cargarme.

Es una red de pedófilos y, por lo que sé, donde hay un pedófilo siempre acaba habiendo cientos. Es agotador, siempre hay alguien a quien matar.

Pero soy un hombre paciente.

—Lo sé. Me ganaré su confianza.

Encontraré ese sitio y mataré a todo hijo de puta que tenga algo que ver con ese antro inmundo.

Cuando termine con esto no quedará títere con cabeza en el gobierno.

CAPÍTULO 18

La manipuladora

DESCONOCIDO: Estás preciosa cuando duermes.

Al leer el mensaje se me para el corazón.

Ya sabía que ese cabronazo había estado en mi casa por la rosa que me dejó en la mesita de noche, pero su descaro me pone furiosa. Noto cómo se me ruborizan las mejillas a medida que la rabia y la vergüenza se apoderan de mí.

Anoche caí rendida de agotamiento y no soporto pensar que, mientras dormía plácidamente, había un hombre allí de pie observándome y comportándose como un completo engendro de la naturaleza. La idea me produce escalofríos.

Después de que Max se presentara en nuestra cena, Daya y yo teníamos los nervios a flor de piel y nos sentíamos amargadas y descompuestas. Para sobreponernos, nos fuimos de bar en bar. Elegíamos una bebida del menú al azar para cada una, de modo que al final de la noche estábamos las dos bastante cocidas.

Me pasé la noche intentando no pensar en Max, pero sus amenazas seguían atormentándome. Se quedaban agazapadas en el fondo de mi mente y aparecían en cuanto tenía un momento para pensar.

La cosa no ha mejorado.

Llevo todo el día intentando escribir, pero apenas he alcanzado las mil palabras. Hace rato que me he rendido y me he retirado a mi habitación a ver la tele sin pensar.

YO: Tú estarás precioso cuando te clave un cuchillo.

No sé por qué le he respondido. Debería parar e informar de todo a la policía, si no van a pensar que lo estoy contrariando. Mierda, es que en realidad lo estoy contrariando.

Aunque, después de la amenaza de Max, no quiero darle más motivos de sospecha denunciando a un acosador. Y, en cuanto a las denuncias que puse tras la desaparición de Arch, espero que también hayan desaparecido.

Nunca pensé que desearía que la única prueba contra mi sombra desapareciera, pero, por

extraño que parezca, la amenaza de Max me asusta aún más.

Tal vez me esté autoengañando con una falsa sensación de seguridad con respecto al acosador. Es cierto que ha llegado a hacer que me cagara de miedo, pero nunca se ha mostrado predispuesto a lastimarme físicamente. A decir verdad, ha hecho justo lo contrario, y ese pensamiento me pone enferma.

Max, en cambio, sin duda me habría hecho daño.

DESCONOCIDO: ¿No has tenido suficiente con la pistola? Interesante.

Dejo caer el teléfono sobre la cama y hundo la cabeza entre las manos. Pero la levanto de golpe al recordar que ese cabrón anoche estuvo viéndome dormir. Lo que significa que volvió a colarse en mi casa.

Toda la sangre de mis mejillas se drena en un torbellino cuando me doy cuenta de que el acosador podría haber estado en mi casa incluso antes de que me acostara.

Así fue como lo hizo la última vez, y anoche yo no me encontraba en mi mejor momento. Sé que estuve un rato leyendo el diario de Gigi, pero no creo que retuviera ni una sola palabra de lo que leí.

Las puertas del armario atraen mi mirada como un imán hacia una nevera. Es un armario grande con dos puertas correderas. Entrecierro los ojos ajustándolos a la minúscula grieta que se abre entre ellas.

Con el cuerpo en piloto automático, logro salir de la cama y, casi sin pensar, me dirijo a toda prisa a las puertas del armario. No tengo ni idea de lo que haría si él estuviera allí.

Creo que me cagaría encima.

Abro las puertas de golpe y paro en seco al encontrarme solo con demasiada ropa que ya no me pongo.

Aquí dentro no hay sitio donde esconderse. No es un armario profundo y desde luego no tiene un tamaño lo suficientemente grande como para ocultar a un hombre de cerca de un metro noventa. De todos modos, avanzo con las manos por entre la ropa en su busca. E, incluso cuando estoy segura de que no está, miro con más insistencia, apartando la ropa con una hostilidad recrudecida.

«Cálmate de una puta vez, Addie. Parece que quieres que esté ahí».

Suspiro y retrocedo, el subidón de adrenalina comienza a disminuir. No hay ningún otro lugar en esta habitación donde pueda esconderse. Aunque es inmensa, presenta un diseño abierto con mobiliario minimalista.

Ahora me siento como una idiota.

Me dejo caer en la cama y cruzo las piernas mientras contemplo el teléfono como si fuera una trampa para ratones con una porción de queso de la hostia encima. Puto queso gouda ahumado *gourmet*, para más señas.

El teléfono se ilumina al recibir un mensaje de texto y las vibraciones que se producen en la cama me suben por las piernas.

Lo cojo. Me encanta el puto queso gouda, joder.

DESCONOCIDO: Te veo esta noche, ratoncita.

Suelto un gruñido.

YO: Desde fuera de mi casa y, a poder ser, con unas esposas de la policía.

DESCONOCIDO: No te hace falta un policía para ponerme unas esposas, nena. Te dejaré hacerme lo que quieras.

Me va a dar un ataque al corazón por las marcadas direcciones hacia las que se precipita mi sangre. El coño me palpita ante el ilícito pensamiento de tenerlo esposado a mi cama, con una sonrisa satisfecha en su rostro, chorreando pecado. Y esos malditos ojos desiguales mirándome como lo hacía mientras me follaba con la pistola. Como si yo fuera una ratoncita a la que quisiera devorar, atrapada en la trampa con el queso gouda hinchiéndome las mejillas.

Mierda.

Me tiemblan las manos mientras intento sacarme ese pensamiento de la cabeza. Se ha apoderado de mí y no puedo deshacerme de él.

Descruzo las piernas y aprieto los muslos uno contra otro. Aun así, no consigo apaciguar el latido constante que palpita entre mis muslos cerrados, ni la humedad que se acumula entre ellos.

Se me acelera el corazón cuando un nuevo sonido metálico hace vibrar el teléfono.

No quiero mirar, pero no tengo ningún puto control sobre mí misma.

DESCONOCIDO: ¿Te estás tocando, ratoncita? ¿Te estás acariciando ese dulce coñito mientras piensas en mí esposado a tu cama?

YO: Eres repugnante.

Pero es justo lo que había empezado a hacer. Nada más leer sus palabras, sentí como si poseyera mi cuerpo y me obligara a hacer exactamente lo que me pedía. La mano serpenteó hasta introducirse en las bragas y el dedo comenzó a deslizarse con suavidad sobre el clítoris hinchado. Lo hacía incluso mientras le escribía mi cortante respuesta.

Solo llevo una camiseta larga y ropa interior cómoda.

Me siento desnuda y expuesta bajo el fino algodón. Cuando me empiezan a fallar las piernas, retiro la mano como si hubiera tocado una estufa encendida, resoplando ante mi propia estupidez.

DESCONOCIDO: Y tú eres una mentirosa.

YO: Que. Te. Follen.

DESCONOCIDO: La próxima vez que me digas que me follen, tu clítoris acabará entre mis dientes.

Yo me muerdo el labio inferior con los míos. Me lo chupo con fuerza, sorprendida por su atrevimiento. Por la pura audacia que posee este hombre. Aunque también debido a la excitación.

Aprieto el teléfono con la mano, odiándome cada vez más a medida que avanza la conversación.

La necesidad de volver a decirle «que te follen» hace que se me contraigan los dedos. Seguramente, el gilipollas ni siquiera sabe lo que me gusta llevar la contraria.

Dime que no haga algo y solo conseguirás que quiera hacerlo más.

Y, ante una amenaza como esa, la tentación es fuerte de cojones. Siento que el corazón retumba de nuevo en mi pecho golpeando la caja torácica mientras desplazo el pulgar sobre las letras.

Me quedo mirando las tres palabras de la pantalla con el pulgar encima del botón de envío. Mi sombra ha demostrado que cumple sus amenazas.

Entonces ¿por qué tengo tantas ganas de hacerlo? O sea, ¿qué clase de persona provoca a su puto acosador? Y nada menos que para que le coma el coño.

Tiro el teléfono en cuanto el pulgar pasa sobre el botón. El mensaje se envía y me doy cuenta de que acabo de hacer una estupidez.

Mierda, mierda, mierda.

Con la cabeza otra vez entre las manos, aprieto los dedos tirándome con fuerza del pelo hasta que noto cómo se tensan los mechones y me provocan pequeñas punzadas de dolor.

Clonc. De nuevo el sonido metálico.

El músculo acelerado de mi caja torácica estalla en mi interior y se me sube a la garganta.

No puedo mirar. De repente, me pongo de pie y una energía impaciente me recorre los nervios hasta casi provocarme una convulsión. Necesito… hacer algo. Distraerme.

Cojo el teléfono, avanzo apresuradamente por el pasillo, bajo las chirriantes escaleras de madera y entro en la cocina.

Está oscura. Es espeluznante. Pero soy demasiado obstinada como para encender la luz.

Clonc.

Temblando, vierto dos dedos del whisky de mi abuelo en un vaso. Después levanto el decantador y observo lo poco que queda.

«Gilipollas».

Ingiero el alcohol de un trago. Tiene un sabor ahumado, con un toque cítrico. Me quema al bajar y convierte las entrañas de mi cuerpo en un infierno.

Como si no estuviera ya lo suficientemente quemada.

Tras servirme otros dos dedos y tragármelos, reúno el valor necesario para mirar el teléfono.

DESCONOCIDO: Ay, ratoncita.

DESCONOCIDO: Qué ganas de comerte. Cuando acabe, no quedará nada de ti.

Hostia puta.

Me entran escalofríos por todo el cuerpo y suelto el teléfono, que repiquetea con estrépito sobre la isla perturbando el aire enrarecido.

—¿Dios? ¿Por qué coño me odias? —pregunto en voz alta con un tono que resuena en el vacío.

Como es evidente, no me contesta. Nunca lo hace. Ni siquiera estoy hablándole a Dios, me estoy hablando a mí misma y a los fantasmas que habitan la casa.

Ellos tampoco me responden.

A la mierda. Me voy a acostar.

Subo las escaleras con diligencia, apago la tele, me meto de nuevo en la cama, conecto el teléfono al cargador y me echo la manta por encima de la cabeza.

Aquí debajo, los monstruos no pueden atraparme. Estoy a salvo. Soy intocable. Hago caso

omiso de las palpitaciones que siento entre las piernas y cierro los ojos con el deseo de quedarme dormida.

Y, a pesar de los pensamientos esporádicos que me vienen a la mente, logro conciliar el sueño, no sin cierta agitación. Doy vueltas en la cama y la manta me da demasiado calor, pero mi subconsciente no va a permitir que me destape por debajo de los ojos.

En algún momento de la noche, siento un roce de carne rugosa sobre los brazos. Mi subconsciente comienza a alejarse lentamente de mis sueños, pero noto como si una pesada niebla cayera sobre mí.

Algo áspero se desliza alrededor de una de mis muñecas y me hace recobrar la consciencia. Cuando siento que esa misma textura rugosa se estrecha alrededor de mi otra muñeca es cuando por fin empiezo a volver a la realidad. Las circunstancias se precipitan sobre mí e, incluso en mi estado soñoliento, sé que algo no va bien.

Siento una tensión en la cara y tengo el cuerpo destapado.

Noto que la manta va dejando al descubierto mis pechos, mi estómago y mis caderas. Cuando el aire fresco se instala y me tensa los pezones hasta convertirlos en minúsculos pimpollos afilados, me despierto con brusquedad.

Abro los ojos de par en par y me quedo sin aliento al ver una sombría figura entre mis piernas. Entro en pánico de inmediato. Se me acelera el corazón y experimento una intensa subida de adrenalina.

Quiero gritar, pero algo me cubre la boca. Los ojos se me salen de las órbitas cuando me doy cuenta de que está tapada con cinta adhesiva.

Entonces me doy cuenta de varias cosas. Tengo los brazos por encima de la cabeza, atados al cabecero de la cama con cuerdas gruesas. Tiro de los nudos en un intento desesperado por liberar las muñecas, pero no lo consigo.

Forcejeo enérgicamente, pero apenas puedo mover el cuerpo. Unos anchos muslos me sujetan con firmeza mientras mi acosador se reclina sobre mí, con el rostro oculto entre las sombras.

Sigo peleándome con la cuerda, pero lo único que consigo es que se me ponga la piel en carne viva.

—¿Qué te había dicho, ratoncita? —me pregunta con su voz grave casi en un susurro. Ni siquiera dirijo la vista hacia él; mi mirada de pánico está clavada en las cuerdas que me han dejado completamente indefensa.

A la mierda lo que me había dicho.

—¡Suéltame! —grito por debajo de la cinta adhesiva, pero las palabras suenan ahogadas y no se entienden.

Me planta las manos en las caderas y me sujeta con rudeza contra la cama. Entre su piel y la mía se generan pequeñas descargas eléctricas que me hacen temblar bajo sus callosas manos.

El pánico sume mi mente en una caída en picado. Ya no puedo pensar de manera racional. Mi cuerpo entra en modo de supervivencia y lucho por liberarme con toda la fortaleza que soy capaz de reunir.

Pero no sirve de nada. Es demasiado grande. Demasiado pesado. Joder, demasiado imponente.

Llena de frustración, chillo para tratar de quitármelo de encima. Él se ríe de mi intento y el intenso sonido de su diversión me congela la espina dorsal.

Me quedo quieta, jadeando y resoplando contra la cinta. Tengo el pelo revuelto y los

mechones esparcidos por mi rostro me limitan la visión.

Tampoco es que tenga especial interés en verle la cara. Es una puta arma.

Con suavidad, aparta los mechones; hay cierta ternura en su tacto.

—Resulta fascinante que aún no hayas aprendido que siempre cumplo mis amenazas —susurra.

—¡Que te follen! —grito bajo la cinta pronunciando las palabras con la mayor claridad posible. Se oyen amortiguadas, pero ha entendido perfectamente lo que he dicho.

Con rudeza, me coge la cara con la mano y se acerca a ella. Me baña en su aliento con olor a menta y vestigios de humo.

—Sigue cabreándome, Adeline. Me gusta hacerte daño. Tus gritos son música para mis oídos.

Lucho contra él y le escupo insultos sofocados a través de la cinta que me cubre la boca.

A mis oídos llega de nuevo su risita.

—Te has portado muy mal, ratoncita —dice alargando las palabras con su profunda voz de tenor vibrándole en la garganta—. Y a mí me encanta enseñarte lo que les pasa a las chicas que se portan mal.

El sudor me perla la línea del cabello y se desliza por mi espalda. Sigo presa del pánico, temblando de miedo de la cabeza a los pies.

No tengo ni idea de cómo narices voy a escaparme de él. Se me saltan las lágrimas al darme cuenta de que no voy a poder.

Las palabras que antes ha pronunciado se filtran entre el terror: «No puedes escaparte de mí».

Sus dedos callosos me levantan la camiseta, dejando a la vista mis bragas negras de encaje y mi abdomen plano. Aunque no los veo, siento que sus ojos me devoran. Continúa subiéndome la camiseta hasta que aparecen mis pechos desnudos.

Escucho una profunda inhalación que revela su deseo. Mis pezones en tensión forman dos picos duros. Si este imbécil piensa que es por él, es que está loco.

—Eres una absoluta delicia. —Respira, me pasa las manos por el vientre con reverencia. Por las marcas en remisión que me hizo hace cuatro noches.

—Que. Te. Follen —vuelvo a gruñir.

—No te preocupes si es lo que acaba pasando —me dice en un tono ensombrecido por el deseo y la anticipación.

Se me abren los ojos cuando mete los dedos por debajo de la cintura elástica de mi ropa interior, jugueteando con mi piel sensible y advirtiéndome de sus intenciones. Reprimo el escalofrío, decidida a conservar la dignidad, incluso cuando me baja las bragas hasta las rodillas de un tirón.

De nuevo, me pongo a pelear y le lanzo hostiles patadas hasta que acierto a darle con una en el pecho. Él se impulsa sobre mi pierna empujándola y descarga el dolor de mi propio golpe sobre ella.

Me quedo aturdida el tiempo suficiente para que me baje la ropa interior por el resto de las piernas. En lugar de deshacerse de ella, la estruja y se la mete en el bolsillo.

Aaah… ¡Qué asco!

Refunfuño desde lo más profundo de mi pecho y, desesperada, le doy otra patada. Utilizo las dos piernas y toda la fuerza de la que dispongo. Él me agarra ambos pies antes de que se los estampe en la cara.

Mierda.

Me retuerzo, levantando la mitad superior del cuerpo mientras lucho.

Con un movimiento rápido, me coge los tobillos con las manos al tiempo que esquiva un pie que va directo hacia su cara. Y, entonces, me obliga a separar las piernas y me clava las rodillas en la cama dejando mi coño al descubierto.

Solo ha durado quince segundos, pero me ha parecido una eternidad.

Me obligo a permanecer inmóvil, con una tremenda agitación en el pecho. Si sigo oponiendo resistencia, solo conseguiré ponerle el coño en la puta cara. Y eso a él le encantaría.

Me inunda una rabia sin precedentes que sustituye al miedo y la impotencia. Chillo bajo la cinta, enfurecida y profiriendo insultos contra él, que, mientras, se come con los ojos la extensión de mi coño.

La luna no ofrece luz suficiente como para que me vea bien, pero no le importa. Ya lo ha visto antes.

Inhala profundamente.

—Joder, hueles tal como recordaba. Vaya puta dulzura.

Se inclina y me besa el hueso pélvico con suavidad. Encorvo la espalda, hundiendo el cuerpo en el colchón para huir del beso. Respiro por la nariz de forma intensa, como si fuera un toro cabreado.

En mi interior se libra una batalla entre el odio que siento por mí misma y el que siento hacia él. Esto ha pasado por mi culpa. Sé que es así. Yo lo incité, lo presioné cuando me advirtió de lo que pasaría.

Qué más da. He sido muy estúpida y testaruda. Me he drogado demasiado con esta emoción enfermiza de la que no parezco tener suficiente.

Me agarra de las caderas y tira de mí bruscamente hacia abajo para apretar las cuerdas que me sujetan las muñecas y tener pleno acceso a mi coño.

Otro beso suave, un centímetro por encima del clítoris. No puedo evitar el gemido que se me escapa por la boca y se queda pegado a la cinta adhesiva, al igual que mis labios.

Pero la cinta no enmascara el sonido como lo hacía con mis palabras. Noto que se detiene y sonríe sobre mi piel.

Me estremezco ante su tacto; el calor de su aliento recorre mi zona más sensible. Sacudo las rodillas hacia dentro en un nuevo e inútil intento de cerrar las piernas.

Y, entonces, los siento. Echo una lágrima de obstinación mientras sus dientes rozan mi montículo. Grito y me rebelo ante la sensación, alejando sus dientes de mi piel solo para llevarla de nuevo a su boca a cada espasmo.

Jadeo; esta vez siento mucho más que sus dientes. Me desliza la lengua por el clítoris y suelta un salvaje gemido gutural mientras me saborea. Fuera de control, pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás sintiendo como me envuelve la sensación más deliciosa.

Pero me niego a permitir que eso me nuble el juicio. El placer va de la mano con el asco.

Asco de mí misma, de mi cuerpo, por sentir algo así. Y asco de que me esté quitando algo que no le he dado por voluntad.

—Joder —gime contra mí, y las vibraciones me obligan a inhalar profundamente. El sonido de su profunda voz de tenor me provoca un estallido de mariposas en el estómago.

—Eres tan jugosa… —dice con aspereza.

Cierro con fuerza los ojos, llena de odio por la forma en que me palpita el sexo al escucharlo hablar y recibir su atención. Llena de odio porque tiene razón. Puedo oler mi propia excitación y noto cómo los fluidos me resbalan por las nalgas.

Me estremezco.

Me estremezco porque no sé qué otra cosa puedo hacer en este puto momento.

Ahora más que nunca, me odio a mí misma y odio la reacción de mi cuerpo ante la adrenalina y el terror.

Me lame toda la raja moviendo la lengua sin prisa hacia arriba hasta llegar al cúmulo de nervios antes de envolver mi clítoris con los dientes y apretarlo.

Tal como dijo que haría.

Grito debatiéndome entre el miedo y el éxtasis. Me muerde con fuerza suficiente como para provocarme una oleada de dolor en el clítoris, pero sin llegar a hacerme daño de verdad.

Retira la cabeza lentamente arrastrando con ella mi órgano entre sus dientes y, cuando al fin queda libre, me invade una sensación ardiente que procede de mi coño.

Trato de zafarme, pero al oponer resistencia solo consigo que deslice las manos por detrás de mis rodillas y las empuje con firmeza hacia mis orejas.

Vuelvo a cerrar los ojos y se me escapa otra lágrima traicionera mientras me peleo con las cuerdas, desesperada por liberarme. En esta posición, estoy mucho más expuesta y vulnerable ante él.

Pero, como de costumbre, la emoción del peligro crea una sensación incómoda en mi interior.

Me ha arqueado tanto el cuerpo hacia dentro que mi culo no toca la cama. Como si no estuviera ya lo suficientemente avergonzada, siento que la humedad de mi excitación me resbala por el estómago.

Él resopla al darse cuenta de que el deseo inunda mi entrada. Noto cómo la necesidad le tensa el cuerpo y la potencia recorre su interior.

Sin perder más tiempo, vuelve a acercar su boca a mi coño para succionarme el clítoris.

Me agito con un placer renovado mientras él tira de mi carne y la chupa. No vuelve a lamerme, se niega a usar la lengua; solo usa los dientes.

Cada vez que me muevo, me aprieta con más fuerza, así que me obligo a ponerme rígida, pero la presión no disminuye. Más bien se intensifica hasta que un dolor punzante me brota del clítoris.

Chillo del escozor y le insulto con gritos sofocados que traspasan la cinta. Y, justo cuando ya es demasiado, me suelta. Respiro agitadamente a causa del alivio y el dolor persistente en la carne palpitante e irritada.

Pero no me dejar sufrir mucho rato. Desliza el dedo corazón dentro de mí, haciéndolo girar para alcanzar ese punto tan dulce. Agito las caderas contra su mano entregada a un tipo de placer distinto que se expande dentro de mí.

Una dicha que escuece y que quema, pero que también es una puta maravilla.

—¿Te ha dolido? —pregunta amablemente al tiempo que inclina la cabeza y observa cómo su dedo entra y sale de mí y mi flujo se vierte en su mano.

Ahora que tengo una pierna libre, estoy tentada de plantarle el pie en la cara. Pero al recordar el mordisco dejo quieta la pierna.

De modo que me enfado en silencio, clavando la mirada en él. Parece que la ira me quema por

dentro.

Murmulla, decepcionado por mi mutismo.

Se inclina y atrapa entre sus dientes el bulto maltratado, que succiona mientras mantiene un leve mordisco. A la vez, enrosca el dedo en el mismo punto, y yo ya no puedo respirar.

Suavemente, acaricia con los dientes la carne sensible. Una y otra vez hasta que me vuelve loca, tanto por la necesidad de más como por la de matarlo. A lo mejor le puedo cortar las manos como hizo él con Arch. Romperle los dientes para que deje de poner a mi cuerpo en mi contra.

—No te olvides de una cosa, ratoncita —murmura entre mordisco y mordisco—. La desobediencia te causará dolor.

Me muerde más fuerte. Aparto las caderas, pero resulta inútil.

—Sé que recuerdas lo mucho que te gustó que te follara el coño con la pistola. Imagina que te meto la lengua, la polla. Sentirías un placer cegador.

Retuerce el dedo y demuestra que no miente, haciendo que ese placer cegador me recorra todo el cuerpo.

Siento que me rompo. Ese momento en el que mi cuerpo decide que necesito lo que él me da más de lo que necesito que pare.

Lucho contra la parte oscura de mí que quiere suplicarle que no se detenga. Esa oscuridad ha encontrado una voz e intenta liberarse. Quiere tomar el control y ceder ante este hombre para que ambas encontremos alivio. Me rebelo contra ella en una batalla silenciosa para quitarle la vida y que nunca salga a la luz.

Pero entonces saca el dedo hasta la misma punta y lo pasa por mi entrada, para volver a hundirse dentro de mí añadiendo dos dedos más. Pongo los ojos en blanco mientras me ensancha y acaricia una y otra vez ese lugar tan dulce al tiempo que me vuelve a morder el clítoris con los dientes.

Mi lado oscuro gana terreno mientras observo con impotencia cómo mi cuerpo vuelve a la lucha. Esta vez, sin embargo, me restriego contra él, abrumada por la vergüenza. No me da lo que mi cuerpo ha empezado a desear, a necesitar, para aplacar el placer que se acumula en lo más profundo de mi vientre.

Sigue hurgando en mi clítoris con los dientes. Lo mordisquea y lo muerde, pero se niega a ofrecerme la lengua.

La frustración crece y acaba por desbordarme. Estoy tremendamente enfadada, pero ahora el motivo es que me niega el placer.

—¡Idiota! —grito a través de la cinta. La sonrisa con la que responde sobre mi coño evidencia que me ha oído.

Cediendo a la rabia, lanzo una patada con la pierna de una fuerza descontrolada. Él la esquiva por un par de centímetros.

Su pecho rompe en un rugido feroz y vuelve a empujarme la rodilla con violencia. Esta vez el sonido no es de deseo, sino de ira.

Aunque mañana me pusieran delante de un cura, no habría temor a Dios que me hiciera confesar lo sexy que ha sido ese rugido. Ni la intensidad con la que me late el coño después de oírlo.

No lo confesaré nunca, ni siquiera a mí misma.

Me agarra con más fuerza para castigarme. Mañana tendré las huellas de sus manos marcadas

por dentro de los muslos. El complemento perfecto a los chupetones que salpican mi cuerpo.

—¿Qué has aprendido de todo esto, ratoncita? —dice en tono de burla rociando su cálida respiración directamente sobre mi clítoris.

Mientras gruño, otra lágrima de frustración me resbala por la sien hasta el nacimiento del pelo.

—¿Vas a volver a decirme que me follen? —pregunta sacando la lengua para darme un rápido lametón. Se la guarda de nuevo en la boca sin llegar a proporcionarme ninguna satisfacción.

Le grito un poco más hasta que, por fin, acerca la mano y me arranca la cinta de la boca. Suelto algunos tacos referidos al dolor que me abrasa la cara y luego me pongo a insultarle, ahora que por fin puede oírme.

—Eres un cabrón psicópata hijo de p… —interrumpo la digresión a causa de un nuevo y doloroso mordisco en el clítoris.

—Inténtalo otra vez. ¿Vas a volver a decirme que me follen?

Suspiro para intentar calmarme, pero no lo consigo.

Ni siquiera sabría empezar a ponerles nombre a las emociones que se agolpan en mi interior. Podría explotar de la fuerza con la que convergen en mi pecho.

—Es probable —digo apretando los dientes.

Se ríe. La musicalidad del sonido es tan oscura que parece sacada directamente de una película basada en una obra de Edgar Allan Poe.

Vuelve a morderme, pero esta vez de un modo más ligero y juguetón.

—¿Comprendes lo que va a pasar a partir de ahora cuando lo hagas?

Mantengo la boca cerrada; me niego a contestar una pregunta tan imbécil. Claro que entiendo lo que va a pasar. Tan solo es cuestión de escuchar.

En respuesta a mi réplica no verbal, saca los dedos y me priva de ellos. Pero, antes de que me pueda quejar, me vuelve a lamer, esta vez más despacio y con mayor languidez. Aplana la lengua y la desliza de abajo arriba, deteniéndose sobre todo en el palpitante clítoris.

Cierro los ojos extasiada por la sensación y una ruidosa exhalación sale disparada de mi garganta. Es imposible detener los escalofríos que me recorren la columna vertebral, el gozo que irradia el punto en el que su lengua bebe de mí.

Arqueo la espalda mientras gruño debido a la facilidad con la que mi cuerpo se convierte en gelatina al tacto de su lengua injustamente hábil.

Pero, justo en el momento en el que empiezo a frotarme contra su boca, con una mezcla de vergüenza y descaro, se detiene.

—¿Lo comprendes? —insiste con un tono cantarín de superioridad.

Me sube un sollozo de frustración por la garganta, pero me lo trago. Necesito tragar varias veces hasta que siento la confianza suficiente como para hablar sin perder la compostura, aunque las palabras me saben a líquido de batería en la lengua.

—Está claro como un puto día de sol, gatito.

Una risita oscura atraviesa mi interior y me avergüenzo de la forma en la que reacciona mi cuerpo. Curvo el culo para dirigirme hacia su boca sin permiso, en busca de lo que necesito.

Me sumerge la lengua en el coño y me lame por dentro con movimientos voraces.

Se me escapa un gemido entre los labios, sin aliento y bochornosamente alto.

La tensión aumenta cuando al fin hace lo que le he estado rogando en silencio. Aplicando la presión perfecta, gira la lengua sobre mi clítoris, prestando especial atención al maltratado bulto

carnoso antes de hundirse de nuevo en las profundidades y clavarme el músculo dentro del coño.

Los gritos de placer resuenan por toda la habitación y ahora me arrepiento de que me quitara la cinta de la boca. No quiero que oiga lo que siento, pero tampoco parece que pueda contenerme.

Ya solo me dejo llevar. Por él y por las sacudidas de su lengua en mi clítoris. Es imposible resistirse mientras en lo más profundo de mi vientre una espiral crece y gira estrepitosamente.

No puedo evitar que me succione el clítoris con la boca, del mismo modo que tampoco puedo controlar que el orgasmo alcance su punto álgido.

Inspiro profundamente y se me escapa un gemido ahogado mientras caigo al vacío. Me introduce dos dedos tal como yo misma hago… El éxtasis es catastrófico. Ya no me molesto en contener los gritos agudos ni impido que mis muslos le aprisionen la cabeza.

Te puedes ahogar en mi puto coño. Por mí como si te mueres en él.

La euforia me consume, me envuelve con fuerza entre sus garras, y mis cinco sentidos se han rendido ante ella.

Esto no me ha hecho subir al cielo, sino caer en desgracia.

Nunca podré recuperarme, puesto que se me ha arrancado el alma del cuerpo para arrastrarla a los infiernos. He caído tan bajo que me encuentro en la guarida del diablo, siendo agasajada por el mismísimo dios de la oscuridad.

Los gemidos me provocan temblores en la garganta y le oigo responder con un gruñido. Sus manos se aferran a mis muslos separándolos lo suficiente como para seguir chupándome el coño, que palpita sin control y aguanta el orgasmo más de lo que mi cuerpo puede soportar.

Aparta la cara y repta por mi cuerpo sin dejar de follarme con los dedos. Sigo enloquecida, gimiendo con la boca abierta. Por eso apenas me importa cuando me agarra por las mejillas y no me deja cerrarla. Lo que hace con los dedos es demasiado bueno.

Me roza los labios con los suyos una vez antes de soltar un hilo de saliva que desciende de su boca a la mía.

—Trágate tus fluidos —dice con voz áspera.

Y es lo que hago. Pongo a trabajar la garganta mientras el exclusivo sabor florece en mi lengua. Emite un gruñido desde lo más profundo del pecho antes de aplastar sus labios contra los míos.

Se lo permito. Ya me preguntaré por qué luego. Aunque el orgasmo se ha desvanecido, sus dedos me siguen dando placer y la niebla me nubla el juicio, así que joder si se lo permito.

Pero es que además le devuelvo el beso.

Me mete la lengua en la boca y la entrelaza con la mía. De la unión de nuestros labios brotan fuego y electricidad, y parece como si dos planetas hubieran colisionado. Como si nuestra energía fuera astronómica y con cada roce, con cada lametón, naciera una estrella.

El tiempo deja de existir mientras me besa hasta ponerme los labios amoratados y estoy segura de que cuando esto acabe mi respiración quedará entrecortada para siempre. En un momento dado, sacó los dedos y me rodeó la cara con las manos, casi con dulzura. Todo un contraste con…, bueno, con él y su forma de devorarme.

Se aparta de repente cuando nuestros cuerpos empiezan a rozarse sin piedad y se escapan algunos gemidos, y la verdad es que me alegro. En cuanto se retira, tengo la sensación instantánea de recuperar el tiempo y la claridad, que impactan contra mi cabeza como si alguien me golpeara con un bate.

No abro los ojos, tan solo inspiro profundamente, sin aliento después de ese beso. Cuando desliza el cuerpo fuera de mis muslos, junto de inmediato las rodillas y dejo caer los pies, escondiéndome de la voracidad de sus ojos.

Que él me consuma me produce una sensación parecida a ahogarme en aguas en las que hay sumergido un cable electrificado. Las corrientes de energía asolan tu cuerpo hasta que te abruman. Sin oxígeno. Sin pensamientos. Sin control.

Y, cuando todo acaba, te sacan del agua. La electricidad sigue bailando por tu piel y las corrientes eléctricas chisporrotean entre vuestros cuerpos, pero ya puedes ver y pensar con claridad de nuevo.

Lo único que sientes es que te han hecho añicos. Como si la química del cuerpo se te hubiera reorganizado por completo y salieras de esa agua siendo otra persona.

Por eso lo odio con todas mis fuerzas.

Lo odio más de lo que nunca he odiado a nadie. El éxtasis se desvanece y el familiar sentimiento de furia y odio vuelve a despertarse.

No dice nada, pero noto cómo el poder le hierve bajo la piel.

Siento el deseo. La sed. La bestia absolutamente voraz que amenaza con desgarrarlo desde el interior.

Si lo hace, ya no puedo confiar en que podré evitar que me consuma por dentro. Al darme cuenta de esto, me entran ganas de llorar.

No sé cómo coño he dejado que volviera a pasar. Primero con la pistola y ahora esto, ¿por qué no lo detengo?

Me está forzando, ambos lo sabemos. Pero, al fin y al cabo, me hizo que lo deseara tanto como él. Estuve a punto de suplicarle. Tanto si me follaba con el arma como con la lengua, mis piernas cedían cuando acababa.

No sé qué cojones hacer con esa información ni cómo coño procesarla.

Se produce un momento de silencio. El aire se ve perturbado solo por nuestra pesada respiración.

No tengo fuerzas para abrir los ojos y enfrentarme a lo que ha ocurrido. Me asusta lo que puedo hacer, lo que puedo decir.

Por primera vez, el cabrón celestial se digna a escuchar mis súplicas y hace que este hombre se acerque, desate las cuerdas y se largue de una puta vez.

Me obligo a abrir los ojos y veo cómo se marcha mientras me trago el veneno que estaba a punto de escupir por la boca. Si hablo, sé que solo conseguiré que cumpla una nueva amenaza.

Se detiene frente a la puerta, girando la cabeza lo suficiente para que la luz de la luna revele su afilada mandíbula, la humedad que le cubre la piel y un atisbo de cicatriz.

No habla, pero se muerde el labio inferior con fuerza, dejando atrapada en su lengua cualquier palabra sin sentido. Junto con el sabor de mi sexo.

Por fin, se da la vuelta y la puerta se cierra con suavidad a sus espaldas. Me quedo sola por segunda vez. Diezmada y en ruinas. Y, de nuevo, dejo caer las lágrimas libremente mientras me esfuerzo por recoger los pedazos.

19 de junio de 1945

John vuelve a estar borracho. Le he dicho que necesito espacio y, por supuesto, me he ido a hurtadillas a ver a Ronaldo.

Lo sé, lo sé.

Mi marido sufre y está enfadado y, con tal de no oír sus duras pero acertadas palabras, me escapo para serle infiel.

Por Dios, soy una persona horrible. No cabe duda.

Pero no sé cómo parar. Además, últimamente no me siento muy segura. John ha empezado a beber más y, aunque aún no me ha hecho daño, temo que lo haga.

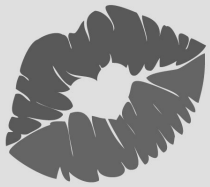
Parece cada vez más enfadado.

Llega a casa del trabajo y le grita a Sera por cualquier tontería. Incluso la ha hecho llorar unas cuantas veces.

Ya ha cumplido los quince, así que he intentado explicarle que estamos pasando un momento difícil. Tiene edad suficiente para comprender que en los matrimonios no todo son luces y arcoíris.

Me ha suplicado que arregle las cosas con él. Pero ya no estoy del todo segura de querer hacerlo. Ni siquiera por el bien de Sera.

Y sé que eso me hace ser increíblemente egoísta.



CAPÍTULO 19

La sombra

No me arrepiento. Al menos no más que cuando le metí una pistola por el coño y la hice correrse.

Y soy consciente de lo retorcido que es coger algo sin consentimiento. Precisamente es contra lo que lucho cada día.

Ella todavía no me lo ha dado, pero lo hará. Conozco a mi ratoncita mejor de lo que ella se conoce a sí misma. Le cuesta demasiado reconocer lo atraída que se siente hacia mí. Si no fuera así, no me incitaría para que le mordiera el clítoris, porque sabe muy bien que soy fiel a mi palabra.

Si de verdad no sintiera curiosidad, no habría empezado a contestar mis mensajes.

Sus acciones hablan un idioma radicalmente distinto al de sus palabras. Se trata de un idioma repleto de deseo y de súplicas, pero ella todavía no ha aprendido a traducirlo.

Eso no significa que esté bien, ni que esté justificado. Pero, joder, no puedo arrepentirme de haber probado algo tan dulce, tan perfecto. Incluso si ella no quería quererlo. Porque eso es lo que pasó.

Ella sabía que iba a cumplir mi amenaza si me volvía a decir «que te follen», pero siguió haciéndolo de todos modos. Y eso me indica que mi ratoncita no puede controlar lo que siente de verdad. De forma que lo que sea que siente es adictivo de cojones.

Al principio luchó con fiereza contra mí, pero su rabia y su ira solo lograban que mi sangre se convirtiera en lava fundida. Cuanto más la veía pelear, más peleaba mi polla contra la tela de mis vaqueros.

Me moría de ganas de bajarme la cremallera y hundirme hasta el fondo en ese dulce coñito. Estuve a punto de hacerlo, quizás demasiado. Cuando sus gritos de placer llegaron a mis oídos y me apretó contra su cuerpo jadeando sin pudor sobre mi cara, casi lo hago.

Lo único que me detuvo fue su mirada.

Mientras se corría en mi cara, no estaba avergonzada. Pero, en cuanto el orgasmo se desvaneció de su cuerpo y dejamos de consumirnos en aquel beso, no sintió más que eso, vergüenza.

«Esto va a llevar algún tiempo», me recuerdo a mí mismo.

Hago crujir el cuello al tiempo que exhalo con respiración temblorosa.

Estoy sentado en mi Mustang, con el miembro todavía haciendo presión contra la cremallera. Justo cuando decido mandarlo todo a la mierda (pajearme en un coche sería el menor de mis pecados y tampoco es que fuera la primera vez), el teléfono que hay en el cuadro de mandos se pone a sonar a todo volumen.

Cierro el puño con fuerza y los músculos se me tensan mientras intento no ceder al abrumador impulso de estamparlo contra la puta ventana.

Creo que no me han dolido tanto los huevos desde el instituto, cuando Sarah Forton me hizo una paja en el vestuario. Era la primera vez que una chica me la tocaba, y ni siquiera pude terminar porque el entrenador entró antes de que pudiera correrme en sus preciosas tetas.

Cojo el teléfono y me lo acerco a la oreja sin tan siquiera mirarlo.

—¿Sí? —suelto con rudeza lleno de una frustración que comienza a hervir a niveles peligrosos.

—¿Es que no has echado un polvo esta noche? —dice Jay en tono jocoso a través del altavoz, con una voz que transmite cierto regocijo burlón.

Vuelvo a ladear el cuello y gruño cuando los músculos no crujen ni me producen alivio.

—Jay —refunfuño.

Me niego a tocarme el nabo mientras hablo con él por teléfono. Aunque de verdad necesito rebajar la presión, oír a Jay me pondría enfermo.

—Satan’s Affair viene a la ciudad —comienza a decir. Yo abro la boca preparándome para preguntarle por qué coño iba a importarme eso.

—Y me han confirmado que hay cuatro pajaritos que ya tienen entrada —continúa. Yo cierro la boca de golpe.

—¿Por qué quieren ir? —pregunto totalmente confundido por el hecho de que cuatro hombres adultos quieran ir a una feria embrujada.

—Para pillar chicas de primera, tío. Y ahora también hay una entrada a tu nombre.

Suelto un suspiro.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres semanas. Hay tiempo de sobra para ir a los clubes unas cuantas veces y que se vayan quedando con esa cara bonita que tienes.

Vuelvo a suspirar y arranco el paquete de cigarrillos del cuadro de mandos, me lo acerco a la boca y saco uno con los dientes.

Cojo el mechero y enciendo la llama; inhalo profundamente y la punta se tiñe de rojo.

—Estás fumando, ¿verdad? —pregunta Jay.

Confirmo con evasivas mientras bajo la ventanilla y expulso el humo.

La tremenda erección ha desaparecido, pero aún me duele la polla.

—Dijiste que lo ibas a dejar —se queja—. ¿Sabes cuántas sustancias químicas lleva eso? Según la…

—Jay —digo interrumpiendo su cháchara. Si lo dejo seguir, enumerará todos los ingredientes de un cigarrillo como quien recita los componentes de la tabla periódica.

Me. La. Suda.

Suspira como una adolescente enfadada a la que le ha bajado la regla.

—Como quieras —murmura.

—Avísame si surge cualquier cosa —digo antes de colgar el teléfono.

Inhalo otra bocanada de humo y me concentro en el portátil.

El interior del Mustang está plagado de aparatos. Hay un ordenador portátil sobre una plataforma y un brazo mecánico acoplado al salpicadero que puedo empujar o tirar hacia mí según me convenga. Completan la decoración las cámaras integradas en el salpicadero, un sistema de alerta para las fuerzas del orden y otros trastos ilegales.

Acerco el portátil hacia mí y lo enciendo. El brillo de la pantalla me daña la vista. Con los ojos entrecerrados para mitigar los efectos de la luz, saco mis programas y me pongo a trabajar.

Tengo curiosidad por saber quién va a asistir a esa feria embrujada.

Cada año viene a la ciudad y nunca me he molestado en ir. Las casas encantadas no me dan miedo. Quizá porque me enfrento al terror verdadero todos los días.

No se me ocurre nada que un par de monstruos inventados puedan hacer que me horrorice más que los monstruos reales que contaminan el mundo.

A los humanos no les hace falta aplicarse maquillaje escabroso ni sangre falsa para causar temor. Lo que resulta verdaderamente aterrador es nuestro interior, la oscuridad que se esconde bajo la superficie.

Eso es lo que lleva a la gente a cometer crímenes abominables todos los días. Lo que lleva a niños inocentes a morir de forma horripilante sin ningún motivo.

Nuestro interior, eso es lo que me mantiene vivo. Es el único propósito que tengo en la vida y, sin él, no sería nada.

Recorro la lista de nombres y me detengo de golpe al leer uno que hace que se me acelere el corazón.

Adeline Reilly.

Sonrío. Bueno, esa solía ser la única razón para mantenerme vivo. Pero ahora… Ahora la vida para mí tiene un nuevo significado.

YO: Todavía llevo tu sabor, ratoncita.

Me distancié durante dos largos días, pero no pude aguantar más.

Me he castigado la polla como si fuera mi oponente en un combate de boxeo y estoy hasta los huevos del tacto de mi propia mano.

No tengo ni la más mínima esperanza de que hoy me responda. Estoy seguro de que sigue cómodamente instalada en ese rincón de su cabeza en el que se odia a sí misma y está convencida de que nunca volverá a pasar un rato conmigo.

Pero ese rincón es una farsa, y los dos lo sabemos. Lo que sintió al tener mi arma dentro la asustó. Pero la sensación de mi lengua en su coño y la intensidad con la que se corrió la perseguirán sin remedio.

Llorará un tiempo, pero no tardará mucho en caer de nuevo en la tentación.

ADDIE: ¿Sabías que a mi bisabuela la asesinó un acosador?

Levanto las cejas, sorprendido por su mensaje.

No solo porque no me lo esperaba en absoluto, sino también por el hecho de que haya contestado con palabras de verdad, en lugar de con una amenaza vacía. Las suyas no necesariamente tienen el mismo peso que las mías.

YO: ¿Tienes alguna prueba?

Basándome en las pocas entradas que leí del diario, parecía que su bisabuela y el acosador mantenían una relación apasionada. Y él también se la jugaba con alguna gente miserable, según la entrada que describe cómo la visita con lesiones de origen desconocido. No me dio la sensación de que fuera alguien agresivo o con obsesiones violentas, pero ¿quién sabe?

Es posible que la bisabuela de Addie viera solo lo que quería ver y realmente fuera él quien la mató.

O puede que su marido la pillara teniendo una aventura y montara en cólera.

Ambas posibilidades son igual de factibles, como también es factible que, fuera cual fuera la mierda en la que andaba metido su acosador, le hubiera mordido en el culo. Y que el mordisco se lo dieran donde más le dolía.

En su obsesión.

Después de husmear en el diario, me entró curiosidad e investigué la historia de su bisabuela con más detalle. El atractivo de que los hechos se estuvieran repitiendo me resultaba de lo más fascinante.

La escena del crimen había sido arrasada y los agentes de policía eran unos imbéciles integrales.

ADDIE: Todavía no. Pero encontraré alguna y demostraré que tengo razón. Todos los acosadores son unos putos monstruos psicóticos.

Aprieto los labios; una sonrisa amenaza con imponerse. Voy a dejar que reflexione su respuesta un rato. Que piense que me ha mosqueado o herido. Cualquiera reacción que imaginara que yo iba a tener.

Piensa que ya me conoce, pero mi ratoncita no podría estar más equivocada. La acoso porque soy un puto adicto. Me fascina cada uno de sus movimientos, cada una de las palabras que le salen de esa hermosa boquita rosada. Y ahora también soy adicto a su aroma, a su sabor, a los sonidos que hace cuando teme por su vida… Igual que soy adicto a los sonidos que emite cuando me pide más.

No es algo que pueda explicar. Cuando la vi… Joder, casi me caigo de rodillas por la necesidad de que fuera mía. Y lo será.

Pero no porque sea un psicótico y un demente. No voy a hacerle un puto santuario ni convencerme de que los dioses unieron nuestros destinos o cualquier otra extraña chorrada en la que la gente crea hoy en día.

Va a ser mía porque me ha hecho sentir bien por primera vez en mucho tiempo, así que me he

obsesionado con que sea mía.

No tengo muchas cosas buenas en la vida y me importa bien poco si querer retenerla me convierte en un egoísta.

La única forma de poder conservarla de verdad es que vea lo peor de mí.

Preferiría desaparecer antes que engañar a Addie haciéndole pensar que soy un buen hombre y romper el corazón de ambos cuando se dé cuenta de que en realidad no es así.

De modo que mi obsesión por ella no es más que… lo que es.

YO: Bueno, esa opinión está llena de prejuicios, ¿no te parece? Que yo sepa, tu bisabuela amaba a su acosador.

Se va a enfadar cuando se dé cuenta de que he estado husmeando en los diarios de su bisabuela.

Sonriendo, abro en el móvil las imágenes procedentes de las cámaras que hay instaladas en su casa y voy haciendo clic sobre ellas hasta que veo a Addie en la cama, mirando su teléfono. Me puse en guardia cuando sacó la cámara de su dormitorio, pero no me resultó difícil entrar a hurtadillas mientras no estaba e instalar una mía. Aunque no le puedo ver muy bien la cara, no me hace falta un telescopio para saber que observa la pantalla expectante.

Es bastante graciosa cuando se enfada.

Se pone a mover los pulgares a cien por hora y no puedo evitar reírme cuando lanza el teléfono contra la almohada después de darle al botón de enviar.

Un segundo más tarde, me vibra el móvil.

ADDIE: La engañó, igual que intentas hacer tú conmigo. Y luego la mató. Igual que intentarás hacer tú también en algún momento, estoy segura.

Entorno los ojos ante su dramatismo y le doy al botón de llamar.

Coge el teléfono, pero no dice nada. La oigo respirar con suavidad a través del altavoz. Desearía estar allí y lamerle el pulso, sentirlo retumbar contra mi lengua.

Me encanta que tenga miedo de mí.

—¿Puedes dejar ya el dramatismo? —le pregunto acentuando el tono jocoso en mi voz.

Ella resopla, y yo me imagino su cara con el ceño fruncido. La polla se me pone dura y, en cuestión de segundos, se hincha tanto que me duele.

—¿Dramatismo? ¿Crees que es dramático decir que Gigi fue asesinada por su acosador? ¿Piensas que ser acosada es algo que se pueda tomar a la ligera?

—Claro que no —contesto—. Muere mucha gente a manos de acosadores zumbados.

Mi sinceridad la deja sin palabras.

—Addie, nena, es inteligente que tengas miedo. Muy inteligente. Pero ¿por qué iba yo a querer que te enamoraras de alguien que no soy?

Resopla de nuevo.

—¿De verdad crees que podría enamorarme de ti?

—¿De verdad vas a actuar como si no fueras a hacerlo? ¿Preferirías que me hubiera acercado a ti en la librería y te hubiera pedido una cita, te hubiera seducido, encandilado, mostrado una sonrisa falsa cautivadora y tratado como a una reina, siendo todo mentira? ¿Es eso lo que

realmente quieres?

Se vuelve a hacer el silencio. No puede decir que no, y lo sabe.

—¿Por qué no puedes mostrar un poco de decencia y no sentir la necesidad de acosarme?

—Porque no estaría siendo sincero conmigo mismo, ratoncita. Me encanta que me tengas miedo. Me encanta que intentes escaparte de mí. El tira y afloja. El juego del gato y el ratón. Me parece una puta maravilla. Y creo que a una parte de ti le pasa lo mismo.

En tono de burla, me dice:

—Estás como una puta cabra si crees que me gusta tenerte miedo. Pero, vaya, ya sabía cuál era tu estado mental.

Sonrío. No recuerdo la última vez que había sonreído de verdad antes de meterme en la vida de esta preciosa criatura.

—¿Estás segura de que no te gusta? Veo cómo intentas ocultar lo mojado que se te pone el coño cuando estás asustada. Los pezones se te endurecen y aprietas fuerte los muslos como si así fueras a aliviar la necesidad de sentir mi polla dentro de ti.

Respira de forma entrecortada, inhalando con suavidad. Aprieto los dientes para contener el impulso de ir a su casa y conseguir que haga ese ruidito un poco más.

—¿Lo hiciste? —dice de repente, como si la pregunta le quemara por dentro. Su respiración es más intensa—. ¿Mataste a Arch?

Me muerdo el labio inferior y se me dibuja una sonrisa. Esperaba que lo preguntara. Me sorprende que haya tardado tanto en reunir el coraje necesario; parece que tiene de sobra cuando se trata de desobedecerme.

—Creo que ya sabes la respuesta, Adeline.

—Sí, la sé. Su familia también ha muerto.

No me sorprende que lo sepa. Al fin y al cabo, salió en las noticias nacionales. Los cuerpos desaparecieron sin dejar rastro y el vacío de poder ha desencadenado una pequeña guerra.

—¿Sabes lo que eso ha provocado, gatito?

Me río entre dientes al oír el apodo. Ya corregiré esa mala costumbre suya.

—Me ha hecho ganarme algunos enemigos bastante jodidos —afirma.

Se me desvanece la sonrisa. He estado vigilando a los amigos de Arch, pero parece que no lo suficiente.

—¿Max? —conjeturo. He oído que se está abriendo camino con mano dura para llegar hasta arriba.

—Sí —dice con descaro, marcando bien la letra *s*.

—Hummm —vacilo mientras se me pasan por la mente todas las maneras en las que voy a aleccionar a Max y a su banda. Esperaba que fueran lo suficientemente listos como para dejar a Addie en paz tras la desaparición de sus informes policiales. Ella hizo caso y no denunció a la policía que le envié sus manos. Volviendo la vista atrás, Max no tiene ningún motivo para atacar a Addie.

Lo que significa que ha descubierto entonces lo de las manos.

—¿Ya está? ¿No tienes nada más que decir? ¿Solo «hummm»? Por tu culpa me persiguen unos hombres bastante peligrosos, ¿sabes? Si acaban matándome por tus celos psicót…

—Para un momento, nena. Parece que te has olvidado de que no hace mucho te metí una pistola por el coño. ¿Crees que la única lección que te quería dar con eso era enseñarte a que te

portaras bien?

Se calla.

—Si piensas que los delincuentes de poca monta dan más miedo que yo, entonces es que no he sido lo suficientemente claro. La próxima vez que me subestimes con respecto a ellos, te enviaré sus cabezas a la puerta.

Hago crujir el cuello, la explosión de ira remite ahora que Addie ha cerrado la hermosa boquita. Empieza a aprender, pero, por Dios, espero que nunca deje de llevarme la contraria. Me gusta castigarla.

—Ni-ni siquiera sé por qué estoy hablando contigo —dice tartamudeando—. Eres una persona enferma y trastornada. Ya te he puesto otra denuncia en la policía, gilipollas.

Miente. La última denuncia que me puso fue la noche que fingió llamar cuando yo estaba en la puerta de su casa. Intentaba asustarme para que me fuera, pero, cuando la reté a que lo hiciera, cumplió su amenaza. Mi chica no se echa atrás ante un desafío.

Volví al coche con la polla tiesa y una sonrisa en la cara. Yo tampoco me echo atrás.

No puedo evitar que me estalle un alarido de risa gutural.

—¿Te parece gracioso?

—Me parece sexy. Pero ambos sabemos que no es verdad.

Las he estado eliminando desde que empezó a ponerlas e incluso envié a un tío para que destruyera cualquier prueba física. Los policías recordarán ir a su casa, pero, en cuanto intenten investigar (si es que llegan a mover el culo, claro), no encontrarán nada en lo que basarse. Tampoco es que los casos de acoso se tomen nunca muy en serio, por eso hay tantas mujeres que acaban siendo asesinadas.

Se pone a gruñir y me cuelga, y no puedo contener la puta risa. Sobre todo, cuando abro las imágenes de la cámara y la veo dar patadas por la casa con sus lindos piececitos mientras masculla entre dientes, probablemente recriminándose a sí misma haber cogido el teléfono.

«La diversión no ha hecho más que empezar, ratoncita».

CAPÍTULO 20

La sombra

El sonido del bajo en la música lo acapara todo. Es como si el ritmo me saliera del pecho. Nunca me he acostumbrado al volumen de las discotecas.

Me abro paso entre la muchedumbre de parejas que se restriegan entre ellas, chicas borrachas que mueven el culo e imbéciles repugnantes con demasiada colonia y una montaña de gomina en el pelo. Por Dios, uno de ellos incluso lleva la camisa abierta para presumir de la cadena de oro que le cuelga del pecho peludo y bronceado en exceso.

Scarface es un referente al que muy pocos pueden hacer justicia cuando lo imitan. Pueden meter la cara en un montón de coca, pero no lo van a hacer con la misma elegancia.

Llevo la cabeza tapada con la capucha; oculto mi identidad mientras subo las escaleras de metal. Son los mismos escalones metálicos por los que subió Addie no hace mucho con la mano de otro hombre entrelazada a la suya.

Disfruté al cortar esa mano y, desde luego, lo volvería a hacer.

Cuando llego a la planta, me detengo en seco. En el sofá de medialuna veo a Max con las piernas abiertas y una camarera moviéndose arriba y abajo sobre su regazo mientras él echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Tiene la falda subida y el tanga apartado, por lo que su coño está al descubierto y todos podemos ver cómo le come la polla a Max con él.

Arqueo una ceja, decepcionado por lo mucho que la chica se ve obligada a bajar. Addie nunca tendría ese problema.

Hay dos gemelos sentados uno en cada extremo del sofá que reciben los cuidados de sendas chicas.

Suspirando, retrocedo entre las sombras, saco la pistola y le acoplo el silenciador. El bajo suena más débil aquí arriba, pero no tanto como para que, si una bala te pasa cerca del oído, no llame la atención.

Apunto al objetivo y disparo. La bala pasa a un centímetro de la cabeza de Max.

De inmediato, se agacha para cubrirse, sacándose a la pobre chica de encima y empujándola al suelo. Ella grita cubriéndose el cuerpo al tiempo que se levanta y sale corriendo.

—A ver… —digo con calma. Ella se queda inmóvil, mientras los gemelos pasan a la acción y cogen sus propias armas y Max se sube los pantalones de un tirón para cubrirse la polla, que

ahora está flácida.

—Os agradecería que os volvierais a meter las armas en los bolsillos y también que os guardarais las pollas. No sois mi tipo. Por desgracia para vosotros, solo me interesa uno, que tiene unos preciosos ojos de color marrón claro y cierta inclinación hacia los hombres peligrosos.

Uno de los gemelos no me hace caso y continúa sacando la pistola tratando de apuntar, así que también le pego un tiro cerca de la cabeza. Entonces arroja el arma y levanta las manos.

Vuelvo la mirada hacia las tres chicas.

—Señoritas, quiero que salgan de aquí y no hablen nunca de lo ocurrido, ¿de acuerdo? Tengo una memoria de elefante, especialmente para las caras.

Estas mujeres nunca se tendrán que enfrentar al extremo mortal de mi pistola, ni siquiera en el caso de que acabaran contándolo, pero sin duda mi vida sería mucho más difícil si ellas supieran eso.

Todas asienten con la cabeza y salen corriendo de la sala como si un *rottweiler* les quisiera morder el culo desnudo.

—¿Quién coño eres? ¿Dónde cojones están los de seguridad? —suelta Max con una mano sobre la pistola que lleva en la parte trasera del pantalón.

—¿Seguridad en este club? —digo riéndome—. Mira, teniendo unos negocios tan sórdidos, hay que ser un hijo de puta muy engreído para no contar con tus propios putos guardaespaldas.

Max resopla indignado. Intensifico la sonrisa al darme cuenta de que sigue teniendo problemas con la lealtad y ese fastidioso vacío de poder que han dejado los Talaverra tras ser eliminados.

—¿No has encontrado ningún guardaespaldas leal?

—Métete en tus putos asuntos —me suelta—. ¿Quién eres y qué quieres?

Me acerco rápidamente hasta donde está sentado y me siento a su lado, exhalando un suspiro como si estuviera en una silla de playa en una isla privada con una copa de piña colada.

Y, entonces, le aprieto el frío metal del silenciador contra la sien. Confío en que al menos estos dos payasos le muestren un mínimo de lealtad.

—¿Te asusta que alguien aparezca de la nada y amenace con matarte? Es verdad, contigo he sido un poco más directo, pero la intención era esa.

Los gemelos intercambian una mirada.

—¿De qué cojones estás hablando, tío?

—Os diré qué hago aquí cuando los tres dejéis sobre la mesa esas graciosas pistolitas que lleváis metidas en el culo —digo señalando con la cabeza la mesa a la que me refiero.

Los gemelos miran a Max a la espera de recibir órdenes y, cuando él asiente, le hacen caso.

Aaah, qué bonito. Parece que sí tiene a dos secuaces leales. A ver cuánto les dura la lealtad cuando vean que aquí quien está al mando es alguien que quiere sus cabezas.

A Max le resbala una gota de sudor mientras sigue mis instrucciones y casi arroja el arma sobre la mesa a causa de la ira. Los otros dos siguen su ejemplo: uno de los gemelos recoge su pistola del suelo y el otro se la saca de la parte de atrás del pantalón; ambos las depositan sobre la mesa junto a la de Max. Despacio y con suavidad. Es evidente que no es la primera vez que les apuntan con un arma a la cara.

—Adeline Reilly y Daya Pierson. ¿A alguna de vuestras cabezas huecas le suenan esos nombres?

Los ojos se Max se abren ligeramente por los extremos, lo suficiente para revelar que los

reconoce.

—No los había oído…

—Me pasa una cosa con los mentirosos —lo interrumpo—. Me producen verdadera repulsión. De hecho, me ponen un poco nervioso. ¿Quieres que me ponga nervioso con el dedo en el gatillo?

Max tensa los labios formando una línea rígida.

—Tu chica estuvo involucrada en la muer…

—También me pasa una cosa con las suposiciones —vuelvo a interrumpir sonriendo abiertamente cuando Max resopla con irritación—. Son infundadas y, la mayoría de las veces, te equivocas un cojón. Addie no tiene nada que ver con la muerte de Archie. Pero yo sí.

Max amaga con girar la cabeza hacia mí, pero lo disuade la pistola que aún le presiona con firmeza la sien. Hace rechinar los dientes y su pecho se agita con furia. Sonrío al ver su cuerpo temblar.

—¿Qué pasa, que Addie es tu ex o algo así? ¿Te has puesto celoso de que prefiriera a Arch? —dice Max en tono cantarín.

Joder, pues sí que eran amigos esos dos. Dicen exactamente lo mismo ante su lecho de muerte.

Me encojo de hombros, impasible.

—Sí que me puse celoso, pero desde luego no es mi ex. Tu mejor amigo era una mierda de persona. Puede que a vosotros, desgraciados, os la ponga dura abofetear a mujeres, pero no sé qué le encontráis a eso de divertido.

—Te voy a matar, cabr…

—No vas a hacer una mierda —lo interrumpo por tercera vez—. No eres más que un renacuajo en un océano de tiburones y no tienes ni puta idea de quién soy, pero estás a punto de saberlo.

Cuando los ojos de Max se encuentran con los míos, enseño los dientes, saco el teléfono y pulso el botón de reproducción del vídeo que tengo preparado.

El padre de Max está sentado en una silla, amordazado. Tiene la cara cubierta de lágrimas y sudor y mira a cámara con todo el miedo que la humanidad ha conocido.

Padre e hijo no pueden estar más unidos: comparten su afición a las drogas y golpean a mujeres porque sí.

El padre divaga tras la mordaza, suplica que le deje vivir. No tengo pensado matarlo. Aunque da asco como persona, no me serviría de nada muerto. Y menos cuando lo voy a utilizar para negociar con Max.

Estuve a punto de entrar aquí y cargármelos a todos, pero entonces tendría que matar también a sus familias y a mi chica no le gusta eso.

Ahora que Addie ha entrado en escena, todos los enemigos que haga cuando mate a alguien no serán solo míos, sino también de ella.

Como ocurre con este gilipollas al que apunto a la cabeza con la pistola porque he matado a su mejor amigo.

No tengo tiempo de lidiar con pececitos cuando tengo el gran tiburón blanco rondando por mi océano. Por desgracia para ellos, yo soy un puto megalodón.

—¿Qué le has hecho? —grita Max acercándose a las pistolas. Lo agarro por el brazo y lo arrastro contra la cabina del reservado con tanta fuerza que se le sale una bocanada de aire del

pecho.

—No está muerto, así que cálmate. Y no hace falta que chilles, tengo los oídos sensibles.

De su boca brotan todo tipo de improperios, pero los ignoro y le golpeo con el silenciador en la parte inferior de la mandíbula lo suficientemente fuerte como para que se muerda la lengua.

—Mientras dejes en paz para siempre a Addie y a Daya, tu querido papá tendrá una vida larga y saludable. No quiero que les toquéis un puto pelo a ninguna, ¿queda claro? Lo sé todo sobre ti y sobre estos ayudantes de aquí, Max. Sé dónde coméis, dónde dormís y dónde cagáis. Y os vigilaré hasta que algún otro gilipollas lamentable como vosotros os meta una bala en el cerebro. ¿Habéis tomado nota de lo que he dicho?

Los ojos se le estrechan hasta convertirse en dos rendijas azules que me miran acaloradamente. Para mí es como si me lanzara un conejo, pero si es lo que este imbécil necesita para sentirse como Elmer Gruñón…

Detengo el vídeo del padre de Max lloriqueando y me pongo de pie con la pistola todavía apuntando hacia él. Hacia su polla, para ser más exactos. La mayor parte de los hombres preferiría morir a vivir sin polla.

—¿Trato hecho, Elmer?

Al oír ese nombre hunde las cejas, pero no lo cuestiona. Cuando una pistola apunta a las joyas de la familia a veces te cambian las prioridades.

—Sí. Si dejas que se marche.

Muestro una amplia sonrisa.

—Ya va de camino a casa.

Me doy la vuelta para largarme y, mientras camino de nuevo hacia la escalera, su voz me detiene una vez más.

—¡Oye! No me has dicho quién eres —dice Max desde detrás, todavía lleno de una ira desenfrenada.

Me giro para mirarlo por encima del hombro y, con una mueca burlona y feroz en los labios, digo guiñando un ojo:

—Puedes llamarme Z.

Entonces me marcho, partiéndome de risa por la mirada que se dibuja en sus rostros palidecidos.

—Sr. Forthright, bienvenido al Pearl —dice una mujer rubia mientras me conduce a un vestíbulo con iluminación tenue. Lleva un conjunto de americana y falda de color negro con unos tacones anodinos y el pelo recogido en un moño.

La cosa parece seria.

Muestra una sonrisa serena, pero a sus brillantes ojos azules les falta chispa. Tienen un color azul verdoso sin vida, y esa es la primera pista de que ha visto demasiadas cosas en este lugar.

Entro en lo que parece un vestíbulo con suelo de baldosas doradas, paredes negras y una obscena lámpara de araña. Las paredes están adornadas con fotos enmarcadas en oro de los

miembros fundadores del club de caballeros.

O, en otras palabras, en las paredes hay un puñado de putos violadores.

Hombres con traje sonriéndole a la cámara y probablemente todavía de subidón por haber violado a algún crío o alguna cría. Me parecen todos la misma mierda. Camino por el pasillo y esos tipos espeluznantes me observan desde ambos lados durante todo el recorrido, mientras una música de bajos graves emerge de alguna estancia situada más adelante.

Llevo el auricular guardado en la chaqueta a buen recaudo para usarlo cuando lo necesite.

He tardado cinco minutos en acceder a este lugar perdido de la mano de Dios porque el guardia de seguridad Deditos quería investigarme a fondo la raja del culo. Tuve que sermonearle un rato sobre lo que iba a pasar si volvía a acercarme los dedos por detrás.

Tras recorrer el Callejón de los Violadores, entro en una sala enorme llena de sofás y mesas de póquer. Veo hombres tumbados en los sofás con mujeres cubriéndoles el regazo que les mueven el culo o las tetas en la cara.

Al fondo del escenario, una mujer se folla una barra vertical fijada al techo mientras algunos hombres le tiran billetes de un dólar. A la izquierda del espectáculo hay un bar muy concurrido en el que varios hombres trajeados beben alcohol en vaso sentados en sus asientos. Probablemente se trate de algún tipo de whisky de cincuenta mil dólares que sabe a culo.

Pero, claro, es probable que les guste ese sabor, puesto que piensan que sus propios pedos huelen a flores.

Por la sala deambulan mujeres escasas de ropa sirviendo bebidas y fingiendo que se ríen de sus patéticas bromas y… Hostia puta.

A tres metros de mí, una mujer frente a una mesa de póquer extiende el brazo desnudo mientras un gilipollas le apaga un puro encendido en la piel. Se me cambia la cara cuando veo que ese cabronazo es el puto Mark Seinburg.

Me cago en la hostia.

El humo le crepita en la carne, pero ella no se mueve ni un centímetro. De hecho, ni siquiera se inmuta.

La ira me golpea el pecho. Me obligo a mantener la calma mientras camino hacia la mesa, haciendo ver que me interesa más el juego que la chica.

Al acercarme, me doy cuenta de que tiene una mirada inexpresiva, muy parecida a la de la mujer que me recibió.

El olor a carne quemada impregna la zona. Incluso hay un idiota que se agita la mano delante de la nariz con dramatismo, como si el olor fuera culpa de la chica. Ella deja caer el brazo y se queda allí de pie, con los ojos vidriosos. Tras inspeccionar más de cerca, me doy cuenta de que tiene todo el brazo cubierto de cicatrices, de quemaduras. Antiguas y recientes. Cada una en una etapa de curación diferente y muchas de ellas provocadas esta noche.

Mark la espanta con desprecio y la chica se da la vuelta como un robot y se marcha. Se comporta como si no le acabaran de apagar un puro en la carne.

Está drogada.

Y, al observar al resto de las mujeres, me doy cuenta de que también lo están.

Es una forma no solo de mantenerlas sumisas, sino de asegurarse de que no recuerden la mayor parte de la mierda que tiene lugar en este antro.

Mantengo el personaje y me niego a que se venga abajo a causa de la ira que se arremolina en

lo más profundo de mi pecho. Con los ojos fijos en la mesa, me acerco a los hombres.

—¡Caballeros! ¿Quién va ganando esta noche?

Cinco pares de ojos se giran para mirarme, todos de forma sarcástica. Sé lo que están pensando sin necesidad de oírlo.

«¿Quién eres? ¿Quién te ha dado permiso para hablar con nosotros?».

—Yo —dice Mark.

Ni yo mismo lo hubiera podido planear mejor. Es como si el mismísimo Dios abriera las manos y dejara caer una preciosa bendición sobre mí.

—¿Quieres jugar, chico?

Lo que en realidad quiero hacer es partirle la cara por llamarme «chico» a mis treinta y dos años, pero en lugar de eso le ofrezco una sonrisa retorcida.

—Claro que sí —respondo.

Mark mira a un hombre calvo y levanta la barbilla.

—Déjale tu sitio.

En la mesa se hace el silencio. Mantengo el gesto de calma mientras el calvo le devuelve a Mark la mirada con una expresión vacía. Pero sus ojos dicen otra cosa. La rabia le chisporrotea en las esferas marrones y mira a Mark como a mí me gustaría hacerlo. Como si quisiera matarlo.

En realidad, es lo mejor. Si ni siquiera era capaz de controlar su ira, no podía ser un buen jugador de póquer.

Con tranquilidad, el hombre se levanta y deposita sus cartas sobre la mesa. Escalera real.

Habría ganado esa ronda.

Me mantengo impávido, sin desvelar la sonrisa que amenaza con aparecer. Me sentiría mal por él si no fuera porque se excita haciéndoles daño a las mujeres.

¿A quién quiero engañar? No me sentiría mal en absoluto.

Mientras Mark quemaba un puro en la carne de la camarera, este calvorota de aquí se acicalaba. Pero no era el único, y me aseguré de tomar nota de todas y cada una de sus caras para más adelante.

El tipo nos echa a Mark y a mí una última mirada antes de irse sin decir ni mu.

La valiosa lección que se puede aprender de este vergonzoso espectáculo es que el tal Marky-Mark tiene poder. Sea cual sea su función, le basta para otorgarle cierta superioridad sobre el resto de los mortales.

Me pregunto cuántas vidas de niños y niñas ha necesitado para llegar tan lejos.

—¿Cómo te llamas, chico? —inquiere.

—Zack Forthright —digo mintiendo sin inmutarme.

—Yo soy Mark Seinburg. Aunque estoy seguro de que eso ya lo sabías. ¿Cuánto hace que juegas al póquer? —pregunta Mark al reiniciar la partida, revolcándose en su narcisismo como si la idea de que yo no sepa quién es hubiera quedado descartada.

Sé perfectamente quién es, pero por motivos distintos a los que él cree.

—Desde que era niño —contesto con sinceridad.

Mi padre era jugador de póquer profesional y me enseñó a dominar la cara de póquer. Algo que ha resultado fundamental para mi trabajo.

De pequeño me sentaba en su regazo para enseñarme las reglas del juego y luego me mostraba sus cartas mientras jugaba con sus amigos. Era una forma de ponerme a prueba para ver si era

capaz de mantenerme inexpresivo. Perdió muchas partidas por hacer eso.

Él creía firmemente que yo no podría dominar la cara de póquer si no entendía el significado del juego. Me susurraba al oído, me señalaba los gestos que me delataban y me enseñaba a interpretar y entender no solo las expresiones faciales, sino también las microexpresiones.

Durante ese tiempo, mi padre nunca perdió dinero. Cuando acababa la lección, me iba corriendo a jugar y él recuperaba todo lo que había perdido y un poco más. Tardé un par de años en dominar la cara de póquer y algunos más en dominar el juego en sí y, cuando por fin lo conseguí, me hizo jugar contra él.

Le gané en la primera partida y creo que desde ese día no he visto brillar más el orgullo en los ojos de un hombre.

—Bueno, chico, vamos a ver de qué estás hecho.

Descubrirá de qué está hecha una bala cuando se la meta en la garganta. Pero eso no se lo digo.

A lo largo de las siguientes horas de juego, mantengo el empate con él adrede. Conozco lo suficiente el ego de un narcisista como para saber que, si lo dejara limpio, solo lograría cabrearlo. Y, si jugara fatal, no me respetaría. Así que trato de mantenerme a su nivel.

Unas veces se gana, otras se pierde. Se produce un toma y daca que acaba cuando tira las cartas boca abajo con una carcajada.

—He encontrado a mi igual —dice riendo satisfecho antes de darle un trago a su vaso de whisky.

Le sonrío alegremente.

—Eres mucho mejor de lo que había imaginado —lo alabo.

Me ofrece un puro y lo cojo, pero dejaría que el guardia Deditos me petara el culo antes de apagarlo en el brazo de una chica. Tendré que buscar una forma de detenerlo sin romperle el cuello en el caso de que lo vuelva a intentar.

—¿Cómo es que no te había visto antes por aquí? —pregunta mirándome con atención mientras se enciende el puro. No tiene por qué significar que sospecha de mí, es simplemente que todos los hombres que acuden a este tipo de clubes miran a los miembros nuevos con cierto recelo—. Me acordaría de esas horribles cicatrices si las hubiera visto.

Vaya una puta grosería por su parte. Pero no se equivoca.

Me encojo de hombros.

—Mi fortuna es reciente —miento.

Zack Forthright es un millonario hecho a sí mismo que se dedica al diseño web y a la creación de marcas. Al buscar ese nombre en Google, sale una página de la Wikipedia y publicaciones en redes sociales con seguidores falsos y datos de participación inventados, pero no es más que una tapadera.

Cuando me haga un nombre aquí y empiece a venir más a menudo, me investigarán y encontrarán lo suficiente como para que les llame un poco la atención, pero no tanto como para que alguien piense que intento acabar con el club.

—¿Cómo te las hiciste? —pregunta haciendo un gesto con la cabeza como señalando hacia mi cara.

—Fue un matón de la escuela secundaria. Un chico bastante hecho polvo al que le gustaba jugar con cuchillos —vuelvo a mentir, esta vez con una sonrisa. Y luego me encojo de hombros

—. A las chicas parece que les agradan.

Se ríe.

—Ya lo creo. A las jovencitas siempre les ha gustado ese… ¿Cómo se dice? ¿Aspecto de chico malo?

Antes de que pueda contestarle, una camarera se acerca y nos rellena las bebidas; tiene la misma mirada vidriosa en los ojos que las demás.

—Ven aquí, cariño —le dice Mark a la chica dándose una palmada en la rodilla para indicarle que se siente. Lleva un anillo de boda en el dedo que centellea a la luz, como si quisiera dejar bien claro que es un hijo de puta repulsivo.

Cuando me case con ella, Addie no tendrá que preocuparse por esas mierdas, eso está claro. Ni siquiera es algo de lo que tenga que preocuparse ahora mismo. El único coño que quiero alrededor de mi polla el resto de mi vida es el suyo.

La camarera lo mira como si fuera solo una aparición. En realidad, está mirando a través de él.

Se sienta en su regazo robóticamente, con una sonrisa apagada que adorna sus labios rojos y brillantes.

Mark la atrae más hacia sí mientras la escudriña con sonrisa zalamera. Desde aquí, puedo ver cómo le crece la polla en los pantalones. No soy quién para juzgar el miembro de otro hombre, pero, cuando se pone duro en relación con una chica maltratada y la tienda de campaña es tan mediocre…, bueno, es simplemente repugnante a muchos niveles.

Vuelve a tirar de ella y la coloca justo encima de su polla, le agarra con fuerza las caderas y le guía el culo para que lo restriegue contra él. Lanzo un suspiro, manteniendo la compostura.

Con calma, me trago lo que me queda de whisky y lo dejo a propósito en el borde.

Levanto la nariz al aire y hago como que olfateo de forma muy teatral.

—¿De dónde viene ese olor tan delicioso? —pregunto en voz alta. Mark dirige su mirada hacia mí y le crece la sonrisa, mientras yo miro fijamente a la chica—. Hueles de maravilla. Inclínate, deja que te huela.

La chica no duda. Nos inclinamos el uno hacia el otro y, cuando su cuerpo se cierne sobre el vaso vacío, lo empujo con los dedos.

El vaso pierde la perpendicularidad y se rompe contra el suelo de baldosas negras. Se hace añicos en mil pedazos de vidrio y el sonido repiquetea con fuerza a pesar de la pesada música que inunda la sala.

Las charlas se interrumpen y todos giran la cabeza para ver el desastre.

Me recuerda a cuando en el instituto un chico se tiró un pedo en clase, y todo el mundo se quedó en silencio mirándolo fijamente hasta que se puso rojo.

Según lo previsto, la chica se levanta de un salto y pasa de puntillas sobre los cristales con sus tacones de plataforma.

—Lo siento mucho —se disculpa al fin con cierta entonación en la voz—. Enseguida lo limpio.

—¿Me tomas el puto pelo? —le grito mirándola con ferocidad como si fuera ella quien lo ha tirado.

Se queda con la boca abierta y yo me levanto.

—Ven conmigo a la parte de atrás —digo gruñendo con los ojos rebosantes de furia. Ella se repliega sobre sí misma, mientras los otros hombres se ríen.

—Puta zorra torpe… —murmura uno de los hombres mirándola como lo haría alguien que hubiera tocado sin querer el chicle que lleva una semana pegado debajo del escritorio.

—Volveré cuando me haya encargado de ella —le digo directamente a Mark.

Se ríe con ganas; disfruta pensando que una mujer inocente va a ser castigada por algo tan trivial. Seguro que este viejo cabrón se cae una vez a la semana y necesita pulsar el botón de teleasistencia para que lo levanten. No puede ser tan gilipollas como para hablar de la caída de un vaso cuando ni siquiera es capaz de mantener su propia verticalidad.

Agarro con firmeza el brazo de la mujer y tiro de ella hacia mí para llevármela a rastras.

No opone demasiada resistencia. El instinto de conservación se abre paso y lucha contra la nube de drogas que hay en su cuerpo. Pero hace tiempo que ha aceptado su destino.

En cuanto la hago entrar a una habitación tranquila, me vuelvo hacia ella. Ya se ha puesto de rodillas y sus ojos verdes me miran con pena y aceptación.

Es una chica preciosa de pelo rojo brillante, ojos verdes como la hierba y pecas en la nariz.

Hay algo en ella que me recuerda un poco a Addie, y estoy a punto de volver y aplastarle el puño a Mark en la cara por el mero hecho de haberla tocado.

—Levántate —le indico con firmeza.

Se pone en pie tambaleándose; parece una jirafa bebé que da sus primeros pasos.

—Voy a sacarte de aquí —le digo. Arruga la frente y frunce el ceño.

—Señor…

—¿Cómo te llamas, corazón?

Ella tartamudea al oír la pregunta.

—Cherry.

Muevo la cabeza.

—¿Es ese tu nombre de verdad o tu nombre artístico?

Ella aprieta los labios.

—El de verdad.

Qué poco originales son sus padres. Si tienen otra hija igual, le podrían poner Fresa o Sandía.

Pero esa es otra historia.

—Qué te parecería empezar de cero, ¿eh?

Abre los ojos de par en par; parece que la perspectiva de dejar atrás esta vida disipa parte de la niebla inducida por las drogas que hay en su mirada. Pero luego se muestra desconfiada y, finalmente, resignada. Las lágrimas hacen fila en los extremos de sus párpados, una imagen que me perseguirá para siempre.

Baja la vista y parece que se recompone.

—Ya sé lo que quieres decir. Lo siento mucho. No me di cuenta de que me estaba inclinando tanto.

—No voy a hacerte daño ni a matarte, Cherry —la interrumpo—. Quiero ayudarte, pero necesito que me escuches atentamente.

Se apoya en un pie, después en el otro, y me escudriña a través de las pestañas moviendo la cabeza con desespero. Saco el auricular *bluetooth* que tenía escondido en el bolsillo interior del traje. Todas mis chaquetas incorporan un forro especial de plomo que desvía la radiación, de modo que puedo pasar por cualquier escáner corporal sin que nadie detecte los dispositivos.

Me lo pongo en la oreja, pulso el botón que me permite llamar a Jay de inmediato y espero a

que responda.

Cuando lo hace, le explico la situación. Tarda quince minutos en tener un coche listo para recoger a la chica. Entretanto, Cherry me habla de su familia. De su hermana pequeña, que tiene cáncer, y de su pobre madre soltera. Este trabajo le permite pagar las facturas médicas, pero confiesa que, si la matan y se acaban los ingresos extra, no sabe si habrá merecido la pena.

Ya nunca más tendrá que preocuparse por cuidar de ellas. Ni porque la maten a causa de un vaso roto.

Jay observa las imágenes de las cámaras y me conduce hasta una puerta trasera sin que nadie nos detecte.

Agarro a Cherry por la muñeca antes de que se vaya. A unos tres metros le espera un anodino sedán negro con la puerta abierta.

—Lo sé —dice en voz baja, y se aventura a añadir—: No sé cómo es tu cara. Nunca te había visto.

Niego con la cabeza.

—Cherry, no vas a ir a ningún sitio donde te vayan a interrogar sobre eso. Se ocuparán de ti y de tu familia y estaréis a salvo. Te lo prometo. Lo único que te pido es que hagas algo significativo con tu vida. Nada más.

Tan solo se le escapa una lágrima. Se apresura a limpiársela y asiente. Los ojos le brillan iluminados por la esperanza, y, cuando una superviviente me mira así, pienso que hacer esta mierda, involucrarme en las mayores bajezas de la humanidad, vale totalmente la pena.

Y no es porque me miren como a un héroe, sino porque parece como si de verdad pudieran imaginarse un futuro.

Se aleja hacia el vehículo dando traspiés y yo vuelvo a entrar, asegurándome de que nadie me vea.

—Jay, despeja las cámaras —digo antes de sacarme el auricular y metérmelo de nuevo en el bolsillo oculto.

Manipularemos las imágenes de las cámaras. Si alguien las revisa, me verán arrastrando a una abatida Cherry a una habitación y a ambos saliendo por separado.

Es una de las especialidades que domino y que enseñé a Jay. Coger algunas imágenes de una cámara y manipularlas para que muestren exactamente lo que uno quiere, sin que ni siquiera los mejores hackers sean capaces de detectar la manipulación.

Hago crujir el cuello y me preparo para una larga noche en la que mantendré conversaciones triviales y trataré de convertirme en el mejor amigo de un maldito pedófilo.

4 de julio de 1945

El 4 de Julio es una de mis fiestas preferidas. Me paso el día haciendo preparativos para los invitados mientras John asa a la parrilla.

Después lanzamos fuegos artificiales en el patio trasero, junto al acantilado. Siempre resulta increíblemente hermoso y es mi parte favorita de la noche.

Pero ahora mismo estoy llorando en mi habitación.

John vuelve a estar borracho y lleva todo el día gritándonos a Sera y a mí. Dice que no hacemos nada bien y hasta ha llegado a tirar un plato de vidrio contra la pared.

Menos mal que aún no han venido los invitados.

Frank está de camino y se lo agradezco. Ha estado algo distante desde la cena en la que John explotó.

Pero supongo que no quiere meterse en nuestras peleas matrimoniales. Aun así, me alegro de que venga. Mantendrá a John ocupado mientras yo entretengo al resto de la familia.

Rezo para que John no me deje en evidencia esta noche. Creo que nunca se lo perdonaría.

CAPÍTULO 21

La manipuladora

Estoy guisando.

La abuela solía hacer este guiso espantoso cuando yo era joven. Olía como una hoguera de desechos y sabía aún peor. Ahora mismo, mi actitud es tan asquerosa como ese guiso.

—Ni siquiera sé cómo se llama —gimoteo con la voz amortiguada por mis manos.

No me las he despegado de la cara desde que vino Daya y le confesé que el acosador había vuelto a entrar.

Todavía no le he hablado de lo que pasó. No me queda ni una pizca de valor en los huesos. Ella espera con paciencia, consciente de que hay algo que no le he contado. Algo horrible y vergonzoso… en lo que no puedo dejar de pensar.

—Te lo has follado, ¿a que sí? —pregunta con calma.

Se me saltan los ojos y despego las manos de la cara para poder clavarle la mirada.

—No, no me lo he follado —refunfuño como si ella estuviera diciendo una locura y yo no hubiera estado a punto de hacerla. Siento que la sangre me ruboriza las mejillas y se me estremece el ojo izquierdo.

Mierda. Daya sabe que ese gesto me delata.

—¡Te lo has follado! —grita levantándose de la silla y mirándome con asombro.

—¡No, te lo prometo! —me apresuro a decir mientras le agarro la mano—. Pero… sí que pasó algo.

Ella exhala un suspiro y se vuelve a acomodar en la silla, reclinándose hacia la isla de la cocina para coger su margarita. Le da un par de tragos enormes y me mira con expresión inquieta.

—¿Le has comido la polla? —pregunta alzando la mano para juguetear con el anillo que lleva en la nariz.

Las imágenes que esas palabras evocan en mi mente hacen que la presión sanguínea me suba a niveles peligrosos. Me muerdo el labio y niego lentamente con la cabeza mientras una mirada culpable se refleja en mi rostro.

—¿Te ha comido el coño él a ti?

Cuando me la quedo mirando con la culpa ardiéndome más intensamente en las pupilas, abre

la boca y se le agrandan los ojos.

—¡Tía, qué dices! —grita. Se inclina hacia mí mostrando una emoción impenetrable en la mirada—. ¿Fue consentido?

Y eso es lo que me crea un conflicto. Porque no lo fue. Pero si él hubiera llegado al final, si se hubiera quitado la ropa y me hubiera follado, no tengo la absoluta certeza de que hubiera intentado detenerlo. O de que hubiera querido hacerlo.

Aun así, niego con la cabeza.

Los ojos le estallan de furia y tuerce los labios con un gruñido. Me echo hacia atrás, la verdad es que con algo de miedo.

Pongo mi mano sobre la suya.

—Daya… Yo… Bueno, no fue consentido… ¿al menos al principio? —Formulo la última parte como una pregunta, avergonzada de admitir algo así.

Ella parpadea.

—Al principio —repite—. ¿Eso qué quiere decir? ¿Que lo hacía tan bien que te hizo cambiar de opinión?

Me cubro la cara con las manos, pero ella me obliga a apartarlas; me acerca tanto la nariz que casi la choca contra la mía mientras espera atentamente una respuesta.

—Tienes unos ojos muy bonitos —le digo.

Resopla.

—Guarra, cuéntamelo.

Cierro los ojos con un suspiro de resignación.

—Ese hombre le comió el alma a mi cuerpo y creo que aún no la he recuperado.

Se echa hacia atrás. La sorpresa se refleja en sus pálidos iris verdes.

—Ya lo sé, y entiendo que me juzgues. Yo también lo hago —digo apenada. Deslizo su margarita hacia mí y me lo acabo. El mío ya me lo había acabado cuando le dije que él había estado aquí.

—No te juzgo, cariño. Pero a ver si lo entiendo. Le enviaste un mensaje incitándolo porque te sentías toda una tipa dura. Y entonces él se coló en tu casa para cumplir su promesa, te ató y, aunque al principio te asustaste, luego terminaste restregándole el coño por la cara… —dice lentamente a modo de resumen.

Se le arremolinan varias emociones en los ojos. Confusión, sorpresa, incluso puede que intriga. Pero no me está juzgando. Y el único motivo es que no le he confesado lo del incidente de la pistola. De eso no creo que pueda hablar nunca.

Aprieto los labios.

—Más o menos.

Sin dejar de mirarme, se inclina y coge la botella de tequila que hemos usado para hacer los margaritas. Vierte un trago en cada una de las dos copas que hemos dejado vacías y me da una a mí.

Nos tomamos el chupito, cuyo sabor nos hace estremecer, y luego nos miramos la una a la otra en silencio.

—No sé ni qué decir.

Me pongo a gimotear.

—Daya, no sé qué hacer. No me hizo daño físico, pero sí de otro tipo. Sin duda me forzó. El

caso es que, si lo hubiera intentado, le habría dejado llegar más lejos. Estoy muy confundida. Y me siento sucia y mal conmigo misma, pero mientras ocurría me sentía…

Hago un paréntesis mientras suelto otro gimoteo, y esta vez me golpeo la cabeza contra la encimera de granito.

—¿Realmente bien? —pregunta completando la frase—. ¿Increíble? ¿En el cielo?

—Todo lo que has dicho —le confieso—. Nunca me he corrido con tanta intensidad en toda mi vida.

—Joder —dice en una exhalación con un punto de asombro en la voz. Luego, pasándome los dedos por el pelo en un gesto de consuelo, me pregunta con delicadeza—: ¿Se ha puesto en contacto contigo desde entonces?

Levanto la cabeza, con el ceño fruncido.

—Sí. Él solo… dijo que no quería que me enamorara de algo que no era verdad. Vino a decir que me está mostrando quién es en realidad, en lugar de mentirme al respecto. Solo el hecho de que piense que puede hacer que me enamore de él demuestra lo trastornado que está.

—De un modo extraño eso es… ¿bonito? Pero también muy jodido. Algo le pasa. Pero eso ya lo sabíamos cuando te envió las manos cortadas.

—Sí, supongo —digo en un suspiro.

—¿Ya le has preguntado sobre eso?

Asiento con la cabeza.

—Sí, básicamente se hizo el machote como de costumbre y dijo que no me preocupara, que él se encargaría.

Pongo los ojos en blanco, pero, a decir verdad, me alegro. Si puedo contar con mi sombra para algo, es para que joda a alguien.

Lo ha dejado más que claro.

Me siento y deslizo el diario de Gigi hacia mí.

—En fin, centrémonos en averiguar qué le pasó a mi bisabuela.

No es difícil volver a sacar a la hacker que Daya lleva dentro. Se acerca el portátil y se pone a darle a las teclas de inmediato. Recordar la rapidez de sus dedos me ayuda a hacerlo yo igual cuando se me está dando especialmente bien escribir alguna parte de un libro. Ya ha tenido que cambiar algunas teclas de lo fuerte que las pulsa.

—A ver, se estimó que la hora de la muerte de Gigi fue sobre las 17.05. Tu bisabuelo declaró que había ido a la tienda de comestibles y, al llegar a casa, la encontró muerta en la cama. He hallado algunos informes de testigos que afirmaron que, en efecto, habían visto a John en la tienda de comestibles de Morty cerca de las 17.35. Sin embargo, no especificaron si lo habían visto entrando o saliendo de la tienda, o si solo lo habían visto comprando durante ese tiempo.

Asiento con la cabeza y retuerzo los labios en un gesto de reflexión.

—En los últimos textos de su diario, estaba frenética y no paraba de decir que él venía a por ella. Nunca mencionó a quién se refería, pero debe de ser Ronaldo, ¿no? Así que quizá Ronaldo esperó hasta que John se fue y luego se coló en la casa y la mató mientras él no estaba. A fin de cuentas, la acechaba, así que debía saber exactamente cuándo se había ido mi bisabuelo.

Daya se encoge de hombros; no parece convencida.

—¿Pero no dicen las anotaciones del diario que John se estaba volviendo agresivo y que Gigi decía que se iba a divorciar de él? —se pregunta.

Arrugo el entrecejo.

—Sí, es verdad, pero no creo que él la matara. La quería demasiado.

—¿No se podría decir lo mismo del tío que la acosaba?

Al darse cuenta de mi expresión, Daya suspira y apoya su mano sobre la mía.

—Addie, te quiero y te voy a decir algo con todo mi cariño. Pero no proyectes. Me da la sensación de que quieres que Ronaldo sea el asesino porque en tu cabeza es una forma de inculpar también a tu acosador. Por favor, dime que no es por eso por lo que estás intentando que se haga justicia con Gigi. Dime que no es porque estás buscando una razón para odiar a tu acosador cuando, en realidad, no lo odias.

Retiro la mano de debajo de la suya y miro hacia otro lado. Me invaden sensaciones incómodas que me impiden responder al instante.

—No necesito buscar ninguna razón para odiarlo —refunfuño.

Daya arquea una ceja, no demasiado impresionada por mi actitud. Yo suspiro y noto cómo empieza a dolerme la cabeza entre los ojos. Me froto la zona, haciendo tiempo mientras averiguo qué es lo que me gustaría decir.

Porque no está del todo equivocada.

Tal vez solo quiero poder decir que todos los acosadores están locos y que no es posible enamorarse de uno. Quiero poder decir que eso es algo que nunca ha pasado. Y quiero decir que es absolutamente imposible que tenga una relación amorosa, apasionada y sana con una persona que ha invadido todos los aspectos de mi vida sin ningún tipo de arrepentimiento.

Por mucho que odie decirlo, puede que mi sombra tampoco esté equivocada. El tío posee un magnetismo que me sacude hasta la médula. Ha desestabilizado toda mi vida.

Me asusta muchísimo. Pero es como ver una película de terror: también me fascina. Él tenía razón cuando dijo que, si se hubiera acercado a mí en la librería y me hubiera llevado a una cita como un hombre normal, me habría enamorado de él. Su forma de comportarse, su forma de hablar y su pasión me resultan irresistibles.

Y también tenía razón en que, si me hubiera enamorado de una mentira, habría quedado destrozada. Simplemente me gustaría que no fuera tan mal tipo.

«Pero entonces sería otro hombre, uno al que quizás no podrías amar».

No importa.

Me niego a amar a mi sombra. Y tampoco voy a follar con él. Lo que pasó hace dos noches fue una agresión sexual y no voy a verlo de ningún otro modo.

—Ese no es el motivo por el que quiero que se haga justicia con ella —digo en voz baja. Dejo caer la mano y me encuentro con la suave mirada de Daya.

Nunca me juzga. Incluso cuando es probable que me lo merezca.

—Obviamente, nunca conocí a Gigi, pero mi abuela la quería a rabiar. Y creo que nunca acabó de superarlo. No solo quiero que se haga justicia con Gigi, sino también con ella.

Eso parece calmarla.

—Vale. Porque he encontrado una pista sobre una de las familias criminales más conocidas de Seattle durante los años cuarenta.

Se me levanta el ánimo de golpe y me inclino hacia la pantalla del portátil. Daya lo gira hacia mí para que lo vea mejor.

—En los años cuarenta, la familia Salvatore gobernaba las calles. Angelo Salvatore era el

capo. —Señala una foto en la que aparecen cinco hombres.

En el centro se ve a un hombre con el aspecto que cabe esperar de un jefe de la mafia italiana. Piel muy bronceada, nariz protuberante y curvada e increíblemente guapo, con una sonrisa amplia y ojos marrones chispeantes.

A su alrededor hay cuatro hombres cuyas edades oscilan entre los dieciocho y los veintitantos. Por las canas que salpican el cabello negro de Angelo, deben de ser sus hijos.

Todos se parecen a él y son igual de guapos. Dos de ellos visten uniforme militar, probablemente porque los llamaron a filas en la Segunda Guerra Mundial.

—Esos son sus cuatro hijos —confirma Daya—. Pero ahora no nos importan, por muy sexis que sean. Mira detrás de ellos, al fondo. ¿Lo ves?

Señala la imagen granulada y algo borrosa de un hombre situado detrás de la familia Salvatore que los observa a todos desde la distancia. La mayor parte del cuerpo queda oculta, pero puede verse un rostro apuesto, parte de un bonito traje y un sombrero.

—Esta es la única foto que he encontrado, pero creo que es posible que se trate de Ronaldo.

Tengo la nariz prácticamente aplastada contra la pantalla y la mirada fija en la foto. Podría ser. Aunque en los años cuarenta muchos hombres llevaban traje y sombrero, hay algo diferente en él.

—¿Ves lo mismo que yo? —pregunta Daya con tono emocionado.

—Tiene un ojo morado y parece que le han roto el labio… —Hago una pausa cuando me fijo en la mano derecha de Angelo, que sujeta un vaso de alcohol—. ¡La mano de Angelo también está rota!

Miro a Daya y es como hacerlo en un espejo. Sé que la emoción que le abrasa el rostro refleja la mía propia.

—Y adivina la fecha de la foto —dice ampliando la sonrisa.

Los ojos se me abren como platos.

—Tía, dímelo ya.

—22 de septiembre de 1944. Cuatro días después de la entrada en la que Gigi cuenta que Ronaldo se presentó lleno de golpes.

Me quedo con la boca abierta y vuelvo a observar la foto. Contemplo al hombre que posiblemente fuera el acosador de Gigi.

Y su asesino.

Estoy borracha.

Me acabé bebiendo dos margaritas más y Daya tuvo la brillante idea de tomar algunos chupitos de tequila.

Todo me da vueltas mientras subo las escaleras a trompicones, con Daya riéndose a la altura de mis talones. Las dos vamos a cuatro patas, con las manos plantadas en el sucio suelo de madera para no caernos.

—¿Por qué me has hecho beber tanto, cabrona? —pregunto riéndome más fuerte cuando estoy

a punto de perder el equilibro hacia un lado.

—Me pareció apro…, ahhh…, apro… piado para investigar un asesinato —tartamudea con voz temblorosa y entre risas.

Respondo con un bufido. Mientras, la vista sigue dando vueltas en el tiovivo que es mi cabeza.

La acompaño a la habitación de invitados y la ayudo a acostarse. Teniendo en cuenta que casi hago que nos caigamos al suelo una o dos veces mientras la ayudo a quitarse los vaqueros, creo que en realidad no le soy de mucha utilidad.

—¿Cómo vas a quitarte los tuyos? —me pregunta mirándome fijamente los vaqueros.

Hago un gesto de despreocupación con la mano.

—Seguro que el acosador me ayuda —contesto.

Ella abre los ojos de forma cómica.

—Si te mete el pene, grábalo. Quiero verlo luego.

Ahora mismo, la perspectiva de follarme al hombre que me acosa me parece divertidísima. Pero las dos nos arrepentiremos más adelante, de eso estoy segura. Si es que nos acordamos.

Nos reímos como colegialas y su risa me sigue fuera de la habitación. Me apoyo con fuerza contra la pared mientras avanzo con dificultad hacia el dormitorio.

Ni siquiera me molesto en quitarme los vaqueros. Me dejo caer sobre la cama, encima de las sábanas y de todo lo demás, y caigo dormida segundos después.

Me despierta un roce en la piel de la mejilla. Gimoteo, todo me sigue dando vueltas cuando abro los ojos legañosos y veo a mi sombra de pie junto a la cama, apartándome el pelo de la cara.

—Ah, fantástico —refunfuño—. Aquí estás.

—¿Estás borracha, ratoncita?

—La respuesta es obvia —murmuro sorbiendo algo de baba que me resbala por la boca.

Todavía estoy demasiado borracha como para sentir vergüenza. Temblando, me incorporo y miro la habitación. Las luces siguen encendidas (supongo que me olvidé de apagarlas) y no me parece bien ver a mi acosador en circunstancias que no sean de oscuridad.

Lo hace más real, y no me gusta.

—Apaga la luz —exijo evitando mirarlo a los ojos. Sin duda prefiero cuando solo puedo ver las sombras de su rostro.

Él se da la vuelta y hace lo que le digo. Estoy tan sorprendida de que me haya hecho caso que, cuando se apagan las luces, casi le suelto alguna otra exigencia solo para ver qué hace.

Vuelve a estar oculto entre las sombras. Cuando camina por la habitación, es como si la oscuridad se aferrara a él. Él es la oscuridad.

No sé qué me asusta más, si verlo a oscuras o con luz.

—Tengo que quitarme los vaqueros. Supongo que me vas a mirar, ¿no?

En este momento, el alcohol me hace sentir atrevida. No pienso en las consecuencias ni en sus amenazas. Incluso el miedo que gira a mi alrededor permanece en silencio.

Siento que ahora mismo puedo hacer o decir cualquier cosa. Como si el hecho de estar borracha me proporcionara algún tipo de armadura protectora, cuando, en realidad, solo me hace más vulnerable.

Se apoya en la puerta con los brazos cruzados mientras observa cómo me desabrocho los vaqueros y los deslizo por los muslos.

—¿Sabes? —empiezo a decir, tropezándome mientras trato de sacar la pernera del pantalón por el pie. ¿Quién coño inventó los vaqueros ajustados y por qué los uso?—. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Nunca me lo has preguntado —me contesta.

—Te lo pregunto ahora, gatito.

Por fin, meto el pie por el agujero y deslizo la pierna hacia fuera. Me pongo recta y me miro la pierna liberada con gesto victorioso. Una menos. Falta la otra.

—¿Sabes? —vuelvo a decir antes siquiera de que pueda abrir la boca—. Me gusta bastante llamarte gatito.

—Pero no sonaría tan bien si lo estuvieras gritando —replica burlón con una voz que suena más cerca que antes. Levanto la vista y veo que se ha alejado de la puerta y que su silueta avanza sigilosamente en la oscuridad.

Suelto un bufido.

—¿Tú crees? ¿Qué te apuestas a que consigo que suene bien? —le digo desafiante.

Parece como si el cuerpo se le convirtiera en piedra, lo que me hace sentir aún más audaz. Me saco la otra pernera, que sale con más suavidad que la anterior.

Luego me subo a la cama, sin más ropa que un sujetador y una camiseta y mi tanga morado.

Le brindo una buena panorámica de mi culo, pero ahora esa es la última de mis preocupaciones. Cojo una almohada y me pongo a horcajadas sobre ella.

—Addie —gruñe en señal de advertencia. La profundidad del estruendo hace que la humedad se me acumule entre los muslos. No es justo que su voz tenga un efecto físico sobre mi cuerpo, pero supongo que ahora mismo no me va mal.

Me froto contra la almohada, inclino la cabeza hacia atrás y digo gimiendo:

—Gatito.

Cuando veo por un lateral que su mano se acerca volando a mi cara, chillo con fuerza. El alcohol me ha dejado sin reflejos, así que, cuando me agarra bruscamente del pelo con la mano, no puedo hacer nada para evitarlo.

Se me arquea la espalda cuando me tira de la cabeza hacia atrás. Su hermoso rostro lleno de cicatrices aparece sobre el mío, con esos putos ojos yin yang enmarcados por espesas pestañas.

Es aterradoramente hermoso y, ahora mismo, parece enfadado.

—¿Qué pasa? —pregunto con tono inocente.

Él se inclina y roza con suavidad sus labios contra los míos. Del punto de contacto surgen varias descargas eléctricas. Me trago un jadeo agudo, horrorizada por la reacción que su cuerpo provoca en el mío.

—Zade —me susurra en los labios—. A partir de ahora, ese es el único nombre que va a salir de tu boca, sobre todo cuando estés haciendo que ese coñito se sienta bien. Y, cuando sea yo el que haga que ese coño se sienta bien, entonces puedes llamarme Dios.

Se me evapora todo el oxígeno de los pulmones. Si me hubiera devuelto el alma, ya la habría

vuelto a perder.

—Creo que te pegaría más Lucifer —le susurro mientras mis labios se deslizan contra él al hablar.

En su boca se dibuja una sonrisa pecaminosa que deja al descubierto sus dientes, perfectamente alineados, durante tan solo un segundo. Ese duro segundo le sirve a mi ebrio cerebro para recordar que ahora mismo tengo a alguien muy peligroso sobre la cara.

Y necesito alejarlo de mí.

Me arqueo más hacia atrás, alejando mi cara de la suya.

—¿Vas a volver a agredirme? ¿Acaso esta vez me vas a meter la polla en la boca por la fuerza? —le suelto entrecerrando los ojos como si fueran dos rendijas llenas de odio.

—Lo he pensado —admite en un murmullo contemplativo—. Me encantaría que te tragaras mi polla esta noche.

Hay un pero y, en mi estado de embriaguez, casi me siento ofendida.

Arqueo una ceja, e incluso yo sé que no tiene el mismo efecto que si lo hiciera él.

—Pero aún estás ebria y me vomitarías en ella en cuanto te tocara la parte posterior de la garganta.

Vale, ahora me siento ofendida de verdad.

La conmoción me deja con la boca abierta.

—¡No es verdad, imbécil! —le grito.

Me retuerzo para alejarme de él, pero me agarra aún más fuerte del pelo y no deja que me mueva.

Siempre forzándome, joder.

¿Quién podría amar a este hombre?

Se ríe de forma oscura y cruel. Pero eso también transforma su cara en la del demonio. Guapo y despiadado.

—Entonces, ¿quieres intentarlo? —se burla mientras los ojos le brillan a la luz de la luna.

Frunzo el ceño.

—Ni de coña. ¿Sabes qué? Tienes razón. Seguro que vomitaría, pero no porque no pudiera manejar tu insignificante nabo, sino porque me daría mucho asco.

Todas esas palabras venenosas me brotan de la boca sin reservas.

Silencio mi miedo para no someter mi boca a ningún tipo de censura.

Él arquea una ceja y a mí se me seca la boca.

Joder. ¿Por qué da tanto miedo cuando hace eso?

Me mira fijamente y yo contengo la respiración, esperando que estalle. Que me mate. Que me haga daño. Que haga algo.

Cuando se lleva la mano libre a la cremallera y se la baja con lentitud, sé que la he cagado.

«No has podido mantener la boca cerrada, ¿eh, Addie?».

Observo los movimientos de su mano como si estuviera a punto de abrir un bote de arañas. Se desabrocha el botón de los vaqueros y se queda quieto un instante.

Se me escapa un grito ahogado cuando me empuja la cabeza con tosquedad hacia su pelvis mientras se saca la polla.

Joder. Vale. Bien.

A lo mejor su pene es de todo menos insignificante y seguro que podría matarme si decidiera

ahogarme con él. Y a lo mejor esa no sería la peor forma de morir, porque es la cosa más apetitosa que he visto.

Es sobrenatural.

Se sujeta la polla con la mano y mi coño llora al verla.

Nunca le diré lo glorioso que me parece porque, ahora mismo, quiero cortársela. Igual que hizo él con las manos de Arch. Sin polla no sería un hombre, y yo no tendría que preocuparme de que la usara como arma y me chafara la tráquea.

Me acerca la cabeza abruptamente hacia ella hasta que la tengo a pocos centímetros de la cara. A mi nariz llega un olor a almizcle, cuero y especias. Desde luego, su aroma es tan tentador como promete su aspecto.

—¿Crees que puedes manejar esto? —me pregunta en tono sombrío.

Trago saliva, desesperada por lubricar la sequedad de mi garganta. La falsa bravuconería se desvanece poco a poco y ahora el miedo vuelve con toda su fuerza.

—Sí —digo con voz temblorosa—. Pero te la arrancaré de un mordisco si lo intentas.

Estoy demasiado ocupada mirándole el miembro como para darme cuenta de la sonrisita que se le ha dibujado en la cara. Con la punta me acaricia la mandíbula, y desliza la suave piel contra mí produciéndome escalofríos.

Lo miro con asco, pero mi cara no es más que una máscara de mentiras. Y el cabrón lo sabe.

Empieza a menearse la polla, agarrándola con fuerza alrededor de las venas hinchadas. Incluso engullida por su enorme mano, sigue resultando intimidante.

—¿Qué haces? —le digo con brusquedad.

Él responde golpeándome con la punta del pene en la mejilla, lo que me hace callar con un jadeo agudo.

El muy imbécil.

Sigue meneándosela y, cuando me doy cuenta de que se está masturbando en mi cara, empiezo a forcejear.

Tensa la mano produciéndome un intenso dolor y a lo largo del cuero cabelludo comienzan a florecer pinchazos que escuecen como agujas.

—Suéltame —acierto a decir empujando mis dos manos contra sus gruesos muslos.

Se suelta la polla y precipita la mano contra mi cara apretándome las mejillas de forma dolorosa. Muerdo algunas zonas de carne sensible con los dientes, pero él no afloja los dedos. Las lágrimas se alinean en los bordes de mis párpados, que amenazan con desbordarse cuando se inclina y me enseña los dientes con un gruñido despiadado.

El miedo me paraliza por completo. Finalmente, siento que el terror se abre camino a través del grosor de mi cráneo. Porque este hombre podría matarme con facilidad. La valentía se me escapa como succionada al vacío y me derrito en un charco de miedo y odio.

—Como quieres hacerte la valiente, te voy a enseñar exactamente lo que les pasa a las bocazas. Vas a tragarte mi semen como la puta chica mala que eres, y me importa una mierda si no te gusta.

Me suelta de golpe la cara y la mano que sigue enredada en mi pelo me devuelve de un tirón a la posición anterior. Lo miro con ojos empañados, pero sé que esa visión de mí solo consigue estimularlo más.

Se sacude la polla con tirones rápidos y bruscos. No tarda en volver a gruñir mientras se le

tensan las venas del cuello.

—¿Cómo me llamo? —ruge.

—Gat… —Se suelta un momento el pene para propinarme una cortante bofetada en la mejilla. Me escuece, pero no tanto como para llegar a hacerme daño.

Disgustada, murmuro entre dientes:

—Zade.

Él toma una profunda inhalación.

—Abre la boca, ratoncita. Ahora mismo.

Cuando me niego, me pega con la polla en la cara, esta vez con más fuerza. Estoy empezando a cansarme de que me abofetee. La rabia me quema cada vez más, y me siento tentada a acercarme a él y morderle la punta del miembro hasta amputárselo.

—¿Estás segura de que quieres ponerme a prueba justo ahora? —me desafía enarcando esa maldita ceja y respirando con dificultad. El deseo brilla en sus ojos dispares y, aunque me está castigando, me mira como si fuera una joya de un valor incalculable.

Abro la boca a regañadientes, escupiendo odio por los ojos. Él esboza una sonrisa siniestra y dice:

—Ahora dame las gracias.

Me pongo rígida, al límite de mi furia. ¿Qué dice que tengo que hacer?

—Dame las putas gracias por dejar que te tragues todo mi semen, Adeline.

Su tono se reviste de un halo oscuro y, aunque soy presa del miedo, me armo de valor para que él no lo sepa. Me pasan por la mente imágenes de él apuntándome a la cara con una pistola y sujetándome el cuerpo, atado a la cama, mientras toma lo que quiere. No hacen más que apuntalar el terror a mis huesos.

—Gracias —digo asfixiada por la rabia.

En cuanto pronuncio estas palabras, su polla comienza a arrojar chorros de semen hacia mi boca.

Un gruñido profundo y estruendoso se libera de su garganta y viaja directo a mis entrañas. Aprieto los muslos mientras el sabor de su salinidad me invade las papilas gustativas. Necesito escupirle en la cara desesperadamente.

—Joder, qué buena chica… —dice con la respiración entrecortada.

Una lágrima me resbala por la cara a modo de respuesta. Sus palabras me hacen estremecer, al tiempo que mi odio hacia él se intensifica.

Cuando le cae la última gota de semen por la punta del capullo, me coge de nuevo la cara y me estruja las mejillas para impedir que lo escupa todo, tal como tenía planeado.

—Trágatelo —me exige con voz oscura y amenazante.

Lo hago porque no tengo otra opción. Su semilla se desliza por mi garganta bajo una boca llena de palabras de odio que me muero por soltarle.

Por ahora me contengo. La situación ha despejado la turbiedad que me había generado el alcohol y, de momento, me siento completamente sobria.

Se guarda el miembro y se recoloca los vaqueros mientras me mira fijamente como si no supiera si quiere comerme o hacerme daño.

—He hecho que se te moje el coño, ¿verdad?

—Vete a la mierda —replico en un tono dispar y plagado de lágrimas no derramadas. No

puedo evitarlo.

—Déjame ver, ratoncita.

Arrugo el entrecejo y lo miro confusa.

—Métete la mano en la ropa interior, introdúcete uno de esos dedos en el coño y enséñamelo.

Abro la boca para decirle que se vaya a la mierda, pero me vuelve a apretar las mejillas. Se me escapa otra lágrima.

—¿No te acabo de enseñar a cerrar la bocaza?

Aprieto los puños; los nudillos se ponen blancos de la fuerza.

Y pensar que este hombre cree que me voy a enamorar de él… Lo que quiero es reírme en su puta cara. No, quiero hacerle nuevas cicatrices en ella. Cortarlo hasta que sea solo fealdad, igual que por dentro.

De nuevo, hago lo que me dice. Deslizo el tanga a un lado, me meto el dedo corazón hasta el fondo y le regalo el único «que te follen» que puedo envuelto en el brillo de mi excitación.

La exploración lo hace reír satisfecho; no se ha molestado ni lo más mínimo. Aunque la vergüenza me nubla la vista, no le permito que lo vea. No le doy más que veneno.

Me agarra la mano y se lleva el dedo a la boca. Intento oponer resistencia, pero él impone su fuerza. Me envuelve el dedo con su cálida y húmeda boca y chupa el flujo de un solo lengüetazo. Inspiro aire a través de los dientes y siento que las ondas eléctricas se disparan desde el punto donde me lame hacia el resto de mi cuerpo. Pone los ojos en blanco, como si estuviera chupando la mejor piruleta que ha probado en su vida.

No puedo controlar las contracciones en el abdomen y la consecuente tensión en los muslos. Estoy empapada y avergonzada.

Se saca mi dedo de la boca y necesito armarme de fortaleza para no darle un puñetazo en la polla.

Por fin me suelta el pelo y puedo alejarme de él.

Se sube la cremallera de los vaqueros e inclina la vista hacia mí. La luz de la luna solo me permite verle una franja de la cara, pero es una visión que me hace tener pensamientos asesinos.

No me mira con suficiencia, como había esperado. Su rostro compone una máscara inexpresiva, como si lo que acaba de ocurrir no le afectara en absoluto. Lo que es mucho peor.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —pregunta con voz suave—. Iba a arroparte en la cama y dejarte tranquila esta noche. Pero pareces olvidar, ratoncita, que solo porque te pertenezca por completo no significa que sea un hombre agradable.

27 de septiembre de 1945

Ahora que ha acabado la Segunda Guerra Mundial, parece que el mundo se ha relajado. Los soldados vuelven a casa y, aunque son muchos los que han caído o han resultado heridos, creo que todos estamos agradecidos de que haya terminado.

Pero la guerra no cesa en Parsons Manor.

Ronaldo me va a llevar a algún sitio mientras John está en el trabajo y Sera en el colegio. Me irá bien salir de casa y que me dé el aire antes de que el tiempo

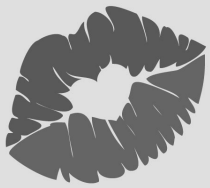
comience a refrescar.

Iremos de pícnic y luego a ver una película.

No sé cómo decirle a Ronaldo que John está cada vez más agresivo. Últimamente solo he podido verlo un par de veces al mes. Dice que tiene un trabajo muy exigente.

Y tampoco le he confesado el fracaso de mi matrimonio con John. Estoy segura de que le alegrará saber que es posible que nos divorciemos, pero temo su reacción cuando le cuente lo enfadado que está.

Espero que controle su temperamento. Ronaldo es de mecha corta. Puede que incluso más que John.



CAPÍTULO 22

La sombra

Hoy mi ratoncita ha decidido cambiar de aires. Tal vez quería salir de la casa en la que parece que no dejo de colarme por sorpresa.

Como si sentarse en el exterior de un bar con parrilla fuera a protegerla de mí.

Camino por la calle 5, a la altura de un despacho de abogados, cuando Mark sale disparado por la puerta. Los dos nos paramos en seco, a pocos centímetros de chocar el uno con el otro.

—¡Hombre, Zack! No te había visto. ¿Ibas a entrar? —dice dejando la pregunta inacabada y mirando la puerta del despacho que tiene detrás.

—No, estaba volviendo al coche —miento con desparpajo, reanudando la marcha. Tengo aparcado el coche en la dirección opuesta, pero me metería en cualquier vehículo de mierda antes que permitir que Mark se acercara al Bailey's.

—Deja que te acompañe —propone Mark sonriendo y autoinvitándose a lo que habría sido un agradable y tranquilo paseo para espiar a mi chica.

Ahora tengo que lidiar con este puto imbécil.

Mark camina a mi lado mientras parlotea sobre esto y aquello; nada que me importe. No debe de tener muchos amigos. Es un puto charlatán y le encanta oírse hablar. Apuesto a que es uno de esos tíos que se ponen delante del espejo cada día a darse discursos motivacionales sobre lo mucho que valen.

Bailey's está más adelante, siguiendo todo recto. Justo cuando llegamos a la intersección que hay antes del bar con parrilla, decido girar a la izquierda para cruzar la calle y así quedarnos en el lado opuesto del restaurante. Pero, cuando voy a pulsar el botón para que cambien las luces del semáforo, Mark me detiene.

—Oye, el Bailey's es un buen sitio para tomar algo. Hace ya un tiempo que no voy.

Me reprimo para no apretar los dientes, aunque lo único que quiero ahora mismo es pulverizármelos. Si no lo hago es básicamente porque ya no le podría morder el clítoris a Addie.

Y es algo que me encanta hacer.

—Allí hay mucha gente, ¿seguro que no quieres ir a otro sitio? Conozco un bar perfecto a pocas manzanas de aquí.

Mark mueve la mano en señal de negación, cruzando la calle de camino hacia el Bailey's.

Mierda.

Le sigo. Abro la boca mientras busco otra razón para descartar ese restaurante, pero él se vuelve hacia mí.

—La verdad es que me gustan mucho las copas y la comida que sirven ahí. Vengo de vez en cuando y no suelo tener problemas para entrar. La recepcionista me adora —dice rematando la afirmación con un guiño.

«Ya, ¿y cuántas veces le preguntaste: "¿Sabes quién soy?" antes de que te encontrara una mesa libre?».

Calculo que por lo menos cuatro.

Suspirando hacia dentro, fuerzo una sonrisa mientras Mark se acerca al restaurante Bailey's, entra y se dirige hacia la recepcionista.

Y, como ocurre cuando de repente aparece un ex, la sonrisa de la chica mengua un par de centímetros antes de forzar la mueca de agrado más tensa que haya conocido la historia de la humanidad.

—Hola, Mark. ¿Mesa para dos esta vez?

—Eso parece —responde él riéndose como un listillo. Me mantengo inexpresivo pero con gesto agradable, incluso cuando ella suspira y nos conduce a una mesa que hay en el patio exterior.

Justo donde se encuentra Addie.

Por suerte, no se da cuenta de que hemos entrado, pese a que nos sientan tan solo cinco mesas más atrás. Nuestra ubicación es perpendicular a la suya, de modo que tengo una vista perfecta de su cara en forma de corazón, su maltratado labio inferior y las largas pestañas que abanican sus mejillas.

Escribe en el portátil, centrada por completo en su trabajo y ajena al mundo que la rodea. Desliza el labio inferior entre sus dientes perfectamente alineados. Siento el deseo apremiante de acercarme y coger ese labio inferior entre los míos.

A pesar de lo obsesionado que estoy con mi ratoncita, mantengo la vista apartada de ella. De hecho, tomo la determinación de no mirarla en presencia de Mark. Pude contemplarla una vez al entrar porque Mark iba delante de mí, y ese es el único privilegio que me he concedido.

Si me ve observándola, se convertirá en un objetivo. Y lo último que quiero es que Addie esté en el punto de mira de ninguno de estos idiotas.

Mientras Mark habla monótonamente sobre un proyecto de ley que no quiere aprobar, una pareja y su hija pasan por delante de nosotros. La niña habla animada. Debe de tener unos cinco años: es guapa, lleva una coleta y posee unos enormes ojos de cierva y hoyuelos.

Veo la maliciosa mirada en la cara de Mark antes de que él mismo se dé cuenta de lo que hace, y tengo que contenerme físicamente para no inclinarme sobre la mesa, ponerle su cuchillo para la mantequilla delante y estamparle la cabeza contra él.

En lugar de eso, tardo una milésima de segundo en tomar otra decisión. La familia pasa junto a Mark, ya fuera de su campo visual. Cuando él gira la cabeza hacia mí, me doblo hacia a un lado y finjo observar a la niña. En realidad, contemplo un plato de comida que hay justo a su derecha (preferiría cortarme el cuello a mirar a un menor de forma sexual), pero Mark se lo cree.

Mantengo la mirada depredadora unos segundos sobre las tiras de pollo antes de ponerme recto y hacerme el inocente. Pero siento cómo Mark me clava los ojos.

Por mucho que me repugne, necesito hacerle pensar que me interesan las cosas depravadas que hace.

Pasa una hora y yo sigo fingiendo que me gustan las menores, fijando la vista justo por encima de sus cabezas, su comida o cualquier otra cosa que esté lo suficientemente cerca como para alimentar el engaño. No lo hago de forma demasiado obvia ni tan seguido como para levantar sospechas. Tan solo vistazos sutiles aquí y allá.

Durante ese tiempo, Mark se ha ido emborrachando cada vez más. Ya me di cuenta en el club de caballeros de que se amorraba con el whisky como si fuera algún tipo de respiración asistida.

Además de su esencia sádica, percibo un notable alcoholismo.

Y, por supuesto, es entonces cuando el cabrón decide inspeccionar bien a su alrededor y se fija en Addie, que sigue trabajando. Está escondida en su rincón y teclea como si su vida dependiera de ello. La he observado de forma periférica y, aun sin saber lo que escribe, es evidente que le está poniendo mucha dedicación.

—Esa sí que es un bellezón —dice Mark mirando directamente a Addie, que envuelve la pajita con la boca mientras se acaba el cóctel. La veo por el rabillo del ojo, pero no dirijo la mirada hacia ella de inmediato. Tengo dos segundos para tomar una decisión: actuar como si no la conociera o reclamarla como mía.

Antes de que pueda abrir la boca, Mark saca el teléfono y le hace una foto. Mueve los pulgares con rapidez dispuesto a enviársela a alguien.

Tiene huevos que haga esa mierda delante de mí. No estoy seguro de si se ha dejado llevar porque hemos estado observando juntos a menores o a causa del alcohol, pero no esperaba que fuera tan atrevido.

Pongo una mano sobre su teléfono y le impido seguir.

Me observa con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrosadas.

—No sé qué vas a hacer, pero detente. Es mi chica.

De algún modo, a Mark se le agrandan aún más los ojos.

—¿Esa chica de ahí? ¿Es tuya?

Asiento una vez con la cabeza.

—Le gusta que la dejen en paz cuando trabaja, y yo respeto su espacio.

Las blancas y tupidas cejas de Mark se hunden.

—¿Por qué no has dicho nada? ¿Puedes presentarnos, al menos?

—Tenía pensado hacerlo cuando ella terminara su trabajo.

Los azules ojos de Mark se estrechan en una vorágine de confusión. Es un hombre mayor, con la piel flácida, manchas de vejez y, por la forma en la que gimotea cuando se levanta, problemas en las rodillas. Pero también es una persona astuta para su edad y sigue teniendo una mente perspicaz.

—¿Ibas a pasar cerca del restaurante sin pararte a saludarla? —me interroga, refiriéndose a la mentira que le he contado acerca de ir andando hasta el coche—. ¿Y por qué querías ir a otro restaurante?

Me lo quedo mirando de una forma que expresa claramente lo poco que me preocupa su interrogatorio.

—Mi chica vive en una pequeña y tranquila burbuja cuando escribe sus libros. No le gusta que la molesten cuando trabaja, y yo trato de respetarlo. Sobre todo, porque eso me da libertad para

hacer lo que me plazca sin que ella se preocupe por mis asuntos.

Gracias a las sutiles implicaciones adúlteras, Mark enseguida se siente identificado. Se ríe, dejando totalmente a la vista sus dientes amarillentos.

—Sabía que me ibas a caer bien —dice entre risas, haciendo que se le intensifiquen las patas de gallo.

Aprieto su teléfono, que sigue atrapado entre nuestras manos.

—Borra la foto, Mark.

Los ojos se le salen de las órbitas.

—¡Ah, desde luego! Lo siento mucho, Zack. No era mi intención ofenderte. No tenía ni idea —se apresura a decir, tratando de bromear con el hecho de que intentaba secuestrar a mi ratoncita. Sin perder un segundo, borra la foto de la galería.

Más tarde le hackearé el teléfono para confirmar que la ha borrado de forma permanente. Este gilipollas debe de pensar que soy corto y no sé lo que es una nube ni que se puede acceder a la papelera y volver a cargar la foto.

También me aseguraré de que de verdad no haya enviado la foto a nadie.

—Todo arreglado —digo con calma reclinándome en la silla y haciéndome el despreocupado.

Soy de todo menos eso.

La necesidad de rebanarle de oreja a oreja me vibra por entre los tensos músculos. Debajo de la mesa, flexiono la mano para luchar contra el impulso de no clavársela a Mark en la garganta.

Quiero matarlo.

No, rectifico.

Voy a matarlo.

Lentamente.

—Entonces deja que vaya a presentarme. Lleva trabajando una hora sin parar. Seguro que no le importa.

Antes de que pueda decirle a este pelmazo que siente el culo, se levanta y se dirige hacia Addie.

No. Me. Jodas.

Me apresuro a seguirlo. Al sentir que se avecina peligro, no sé bien si por parte de Mark o por la mía, ella levanta la vista y nuestras miradas se encuentran.

En el acto, los ojos se le agrandan como bolas de caramelo y se vuelve unos cinco tonos más pálida. Estoy dispuesto a echarle bronceador en espray si de ese modo no deja tan patente que no se alegra una mierda de verme.

Mark está delante de mí, así que rápidamente le dirijo a Addie una dura mirada de advertencia. Arruga las cejas, pero no le da tiempo a reaccionar y Mark le planta una mano en la cara.

—¡Jovencita! Es un placer conocerte. Lo siento, pero Zack no me ha dicho cómo te llamas. Soy Mark Seinburg. No hace mucho, tuve el placer de conocer aquí a tu novio y, aunque es un buen partido, debo decir que tú eres mucho más impresionante.

Addie abre la boca, pero no dice nada, desconcertada por la repentina intromisión y porque Mark me llama Zack y afirma que ella es mi novia.

—Addie —le informo. Ella me clava ambos ojos—. Se llama Addie. Lo siento, nena, no quería molestarte. Ya te he hablado de Mark, es el tío que conocí en el trabajo.

Miro a Mark de reojo para que piense que le conté a Addie que nos habíamos conocido en

circunstancias distintas a las reales. Eso lo hace sonreír aún más.

Los clubes de caballeros no tienen por qué ser un secreto, pero desde luego no son lugares a los que acudes si tienes una preciosa novia o mujer esperándote en casa. A menos que seas un capullo narcisista.

—Ah, sí. Hola, Mark. Encantada de conocerte —dice por fin estrechándole la mano entre las suyas.

Siento muchas cosas en estos momentos.

Por ejemplo, el deseo de besarla por prestarse a algo que no entiende.

Sin duda la premiaré por eso más adelante.

Pero también siento cómo se despierta la bestia posesiva que hay en mi interior. No solo para reclamar a Addie como propia, sino también para protegerla del verdadero monstruo. En cuanto Mark advierte la hermosa voz ahumada de Addie, deja caer los párpados. Como vea que se empalma a través de los pantalones chinos, me lo cargo aquí y ahora.

Ella mira las manos entrelazadas con cierta inquietud, pero relaja el rostro de inmediato. Mark no se da cuenta de que Addie se limpia sutilmente la mano en los vaqueros cuando él la suelta, pero yo sí.

—El placer es mío. Tienes un nombre precioso, ¿es diminutivo de algo?

Ella se aclara la garganta, me lanza otra de esas miradas de «¿qué cojones pasa?» y contesta:

—Adeline.

A Mark se le anima la cara, maravillado con su respuesta.

—Un nombre precioso para una chica preciosa.

Un rubor encarnado tiñe las mejillas de Addie de forma encantadora. Finge timidez, pero siento la energía nerviosa que desprende a oleadas. A mi ratoncita no se le dan bien las interacciones sociales, sobre todo cuando se ve envuelta en una de improviso.

—Bueno, Mark. Vamos a dejar que mi chica vuelva al trabajo.

Addie estrecha los ojos brevemente cuando digo «mi chica». Arqueo con sutileza una ceja, retándola a que me desafíe. Sabe que no lo he dicho porque Mark esté presente. Me va a oír llamarla «mi chica» durante mucho tiempo.

Después pasaremos a «mi mujer» y luego a «la madre de mis hijos».

Ya se le meterá en la cabeza algún día que me pertenece.

—¡Qué tontería! —exclama en un bramido que atrae algunas miradas curiosas—. A ti no te molesta, ¿verdad, Addie?

Por primera vez, endurezco la expresión y suelto un gruñido. Mark no se da cuenta, pero Addie sí. Parece que mi enfado la relaja un poco. Supongo que el hecho de saber que no me gusta esta situación la reconforta de alguna manera, como si eso la alejara del pensamiento de que la estoy involucrando a propósito en algo peligroso.

Addie niega con la cabeza mientras cierra el portátil con suavidad y lo introduce en la funda que tiene a sus pies.

—Adelante, por favor —dice con tono inseguro y monocorde. Me siento a su lado y le paso un brazo por los hombros en tensión con la esperanza de que mi presencia le aporte cierta impresión de seguridad y consuelo.

—Contadme, tortolitos, ¿cómo os conocisteis? —pregunta Mark acomodándose en su nuevo asiento. Le hace un gesto a la camarera para que le traiga otra copa; yo rujo por dentro.

—En una librería —respondo—. Addie es una autora increíble y estaba allí firmando libros. Me enamoré de ella en cuanto la vi. Cuando acabó fui a buscarla, le pedí una cita y el resto es historia.

Ella esboza una sonrisa, pero no se le refleja en los ojos.

—Sí, es de los que insisten —dice con una risa extraña.

—¡Fascinante! —contesta Mark mirándonos alternativamente a Addie y a mí. Entonces le vibra el teléfono y, cuando se lo saca del bolsillo, le cambia la cara.

Carraspea y nos mira con una sonrisa avergonzada.

—Si no os importa, voy a ir al baño a atender esta llamada. Addie, por favor, pídete otro margarita. Corre de mi cuenta.

Mark se levanta y se aleja sin echar la vista atrás. Camina tambaleándose de forma desigual debido a las copiosas cantidades de alcohol que ha consumido y mantiene la vista fija en el móvil.

Un milisegundo después, Addie empieza a recoger sus pertenencias frenéticamente; le tiemblan las manos mientras echa al bolso el resto de sus cosas.

—Si crees que te vas a ir, siento decirte que te equivocas.

Se queda congelada, me devuelve la mirada y luego sigue recogiendo. Con movimientos calmados y fluidos para que no salten las alarmas entre los comensales, le pongo una mano en el cuello.

Se vuelve a detener al sentir mi tacto y después suelta un gemido cuando la aprieto con fuerza.

—Mírame. Ahora mismo.

Cierra los ojos durante un instante antes de volver a abrirlos y deslizar esa preciosa mirada color caramelo hacia la mía. Refleja terror, y me siento algo sorprendido.

En la oscuridad, ella cobra vida y se transforma en fuego. Como si fuera la noche la que alimentara sus llamas en lugar del oxígeno. Y, a la luz del día, se muestra tímida y asustadiza. Entonces se convierte en su apodo: una dócil ratoncita.

—Si nunca me has tomado en serio, Adeline, este es el momento. —Se le abren los ojos de par en par ante la severidad de mi tono—. Te vas a quedar ahí sentada como una niña buena y me vas a seguir la corriente hasta que convenza a Mark de que se vaya. Entonces, y solo entonces, podrás recoger tus mierdas e irte a casa. ¿Lo entiendes?

«Ahí está».

El fuego chisporrotea y se enciende.

—Vale. Pero dime al menos qué coño pasa, Zade. O Zack. ¿Cuál es tu verdadero nombre? ¿Sabes qué? En realidad, me da igual. No sé a qué juegas, pero, después de esto, tienes que dejar de involucrarme en tus asuntos.

Me inclino hacia ella y la miro de forma amenazante. Cierra la boca de golpe, pero las llamas no se apagan.

—Es lo que he estado intentando —digo recalcando cada palabra—. Trataré de llevarme a Mark lo antes posible, pero, hasta entonces, haz lo que te digo, joder. Estamos superenamorados y eres mi noviecita adorable. Por ahora, no necesitas saber más.

Se le van abriendo gradualmente los ojos hasta que me acaba mirando como si me hubiera vuelto loco. De lo que no se da cuenta es de que me volví loco justo en el momento en que la vi y todavía no me he recuperado.

—¿Qué es lo que pasa, Zade? —pregunta en voz baja—. ¿Mark es peligroso? ¿Por qué le mientes?

Suspiro y digo:

—Sí, es peligroso, y se ha fijado en ti.

Antes de que me pueda preguntar nada más, Mark vuelve con una alegre sonrisa en la sonrojada cara.

—¿No has pedido nada para beber? —pregunta mientras camina tranquilamente hacia la mesa con los brazos extendidos.

—La culpa es mía. Me dejé llevar un poco por el beso de bienvenida —miento esbozando una sonrisa de lo más cursi. La idea de que me haya enrollado con mi chica en público sin duda le pone cachondo y le molesta, a juzgar por el destello de calor que se refleja en sus ojos, pero consigue disimularlo bastante bien con una efusiva carcajada.

Addie se aclara la garganta, me da un fuerte codazo en el costado y nos brinda una sonrisa avergonzada.

—¿En qué estás trabajando, querida Adeline? —pregunta Mark recostándose en la silla mientras le da un buen trago a su *bourbon*.

—Ah, en varias cosas. Investigo un caso criminal sin resolver de los años cuarenta —responde.

Mark levanta una ceja.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

Se le intensifica el rojo de las mejillas y dice:

—Bueno, en realidad está relacionado con mi bisabuela. Genevieve Parsons.

—¡Ah, conozco ese caso! —exclama Mark—. Mi padre fue agente de policía durante aquella época, pero no se le permitió que trabajara en él.

Por la forma en la que a Addie se le arquean las cejas, es evidente que se le ha despertado la curiosidad.

—¿No se le permitió? ¿Por qué?

—Por un conflicto de intereses. Él y John Parsons fueron amigos íntimos durante veinte años, y Gigi también era una buena amiga. Su sargento le dijo que el caso le tocaba demasiado de cerca, así que tuvo que quedarse al margen y ver cómo lo destrozaban. —Se encoge de hombros —. Mi padre siempre pensó que fue John quien lo hizo.

Addie se inclina hacia delante, pendiente de cada una de las palabras de Mark.

—¿Tu padre era Frank?

Mark frunce el ceño.

—Sí, en efecto.

Addie carraspea y dice:

—Mi abuela mencionó a Frank en alguna ocasión.

Él se ríe.

—Sí, jugábamos juntos de pequeños.

—¿Y por qué pensaba tu padre que fue John quien lo hizo?

Mark se encoge de hombros.

—Sinceramente, no estoy seguro, pero recuerdo que Gigi y John se peleaban mucho. Él era muy inflexible, pero tampoco es que hubiera ninguna prueba que demostrara su culpabilidad. Yo

era bastante joven por aquel entonces, así que puede que me falle un poco la memoria. Pero recuerdo que había noches en las que se bebía una botella entera de Jack Daniel's mientras murmuraba en voz baja que él iba a pagar por lo sucedido. —Hace comillas con los dedos en la palabra «él»—. Por lo que sé, su amistad se acabó tras el asesinato de Gigi. John era un alcohólico empedernido y mi padre estaba destrozado porque había perdido a dos buenos amigos.

Addie tiene los ojos abiertos como platos a causa de la emoción. Sin duda, este asunto le importa. Resolver el asesinato de Gigi significa mucho para ella. Pero sé que solo está tratando de probarse algo a sí misma.

Si no fuera porque tiene su propio acosador, no sé si Addie se habría molestado en averiguar quién asesinó a su bisabuela.

No se trata de encontrar al que lo hizo, sino de demostrar que el único culpable fue el acosador de Gigi. Me da la sensación de que, si puede probar eso al cien por cien, la idea de que todos los acosadores son psicópatas asesinos ganará peso y por fin podrá odiarme y apartarme para siempre.

Y lo que me dice todo eso es que estoy atravesando la fortaleza con diamantes incrustados que rodea su corazón.

Ella quiere creer en algo concreto porque su moral y sus creencias más básicas están siendo cuestionadas.

A Mark le suena el teléfono, lo que impide que Addie haga ninguna otra pregunta. Mark mira el dispositivo y lo silencia, pero, por la seriedad que ha transformado su rostro, sé que algo lo impele a marcharse.

—Era mi socio. Me tengo que ir a resolver unos asuntos —comienza a decir antes de tragarse lo que le queda de su bebida y ponerse de pie—. Pero, mirad, organizo un evento benéfico en mi casa el próximo fin de semana. Sería un honor para mí que vinierais los dos.

—Pues no sé —dice Addie, cuya incomodidad se ha visto renovada. Lo último que quiere es fingir que es mi novia durante más tiempo del necesario.

Me pregunto qué es lo que hará cuando estemos casados y lleve a mi hijo en su vientre.

Eso sí que va a ser un lío para ella.

—Por favor, me sentiría insultado si no vinieras. Zack se ha portado como un verdadero amigo y se me rompería el corazón si no os viera allí a los dos.

Al notar la agitación de sus ojos, añade:

—Si quieres, podemos hablar más sobre el caso de tu bisabuela. Como mi padre era tan cercano a tu familia, traté bastante con John y Gigi mientras crecí. De hecho, Sera y yo jugábamos mucho juntos. Estoy seguro de que tengo alguna posible información dándome vueltas en la cabeza.

Qué cabrón.

La está manipulando, y eso no se hace. Nadie manipula a mi chica excepto yo.

—Tengo unas cuantas reuniones de negocios ese fin de semana —lo interrumpo controlando la expresión de mi cara, pero un pelín enfadado por el interés reticente en los ojos de Addie. Ella quiere esa información y él lo sabe muy bien.

Mark se pone una mano sobre el pecho.

—¿No se puede cambiar la fecha?

—Mañana te digo algo —le prometo.

Él asiente, satisfecho con la respuesta. El muy imbécil está seguro de que voy a decir que sí, y puede que no esté equivocado, ahora que ha captado la puta atención de Addie.

Con un palmotazo, deja un billete de cien dólares sobre la mesa para cubrir la cuenta y, después, se despide y se marcha. Sin su presencia, parece que el aire se vuelve a abrir y puedo respirar. Está claro que, de alguna manera, logra quitarle todo lo bueno al mundo cuando está cerca.

Miro a Addie y ella ya tiene la vista clavada en mí. No dice nada; está esperando a que me explique.

Suspirando, me levanto de la silla y le tiendo la mano, ofreciéndosela para que la coja. Como era de esperar, la ignora. Coge el maletín de su portátil, se pone de pie y me sigue.

La acompaño hasta su coche en silencio y ella no insiste.

—No voy a dejar que te acerques a menos de tres metros de ese lugar. Se supone que él ni siquiera debía saber de tu existencia —le digo con firmeza. Llegamos a su todoterreno. Ella abre la puerta, pero no se mueve para entrar.

—Yo tampoco quiero involucrarme —suelta con brusquedad. Desvía la mirada y se pone a contemplar algo mientras se muerde el labio inferior. Me vuelve a surgir el deseo de chuparlo entre mis propios dientes.

—No sé en qué narices andas metido, Zade, seguro que en nada que yo quiera saber, pero creo que es demasiado tarde como para mantenerme al margen. —Suspira, preparándose para lo que va a decir a continuación—: Ya has hecho que otros hombres peligrosos vayan a por mí, de modo que ¿por qué no uno más? Esta vez iré contigo. Conseguiré la información que quiero y tú lograrás lo que sea que quieres de él.

No he dicho en ningún momento que necesitara nada de él, pero creo que ella puede sentir que hay una razón detrás de mi relación con este hombre.

—Después podemos fingir que rompemos. Ya de paso puedes salir de verdad de mi vida, quizá incluso llevarte contigo a Max y a los demás y acabar de una vez con esto.

Arqueo una ceja y sus ojos siguen el movimiento.

No resulta tan sencillo cuando se trata de los bajos fondos de la sociedad. Si te enfrentas a gente malvada de cojones, luego no puedes irte sin más. Mark tiene los ojos puestos en Addie, se dé ella cuenta o no. Y, si «rompemos» (algo que no va a pasar nunca), ella se queda sin protección.

En lugar de decir todo eso, simplemente asiento con la cabeza.

—Vendrás conmigo solo esta vez. Estarás segura y protegida. Y, después, te prometo que Mark no va a volver a verte.

Porque me lo voy a cargar.

Solo tengo que hacer frente a esto un poco más de tiempo hasta conseguir la información que necesito.

—¿Y los demás? —insiste entornando los ojos.

—Si esperas que diga que vamos a romper, estás más loca de lo que crees que yo lo estoy. Lo nuestro no se acabará nunca. Pero te puedo asegurar que Max no va a seguir siendo un problema. Hemos tenido una pequeña charla y me ha prometido que se va a portar bien.

Se le agrandan los ojos.

—¿Lo has amenazado?

—Bueno, ¿qué otra cosa iba a hacer, nena? ¿Pedírselo por favor y con amabilidad?

Tuerce los labios.

—Lo más probable es que solo hayas conseguido que se enfade aún más.

—Si milagrosamente le echa un par de huevos más grandes que las pelotitas de ping-pong que le cuelgan entre las piernas e intenta hacerte daño, me encargaré de él.

Addie arruga la nariz y no creo que se decida a preguntar cómo sé de qué tamaño tiene los huevos. No me gustaría revivir esa pesadilla.

—¿Cómo te encargarás de él? ¿También lo vas a matar?

—Por supuesto. E igual de despacio. Primero le cortaré el talón de Aquiles para que no se escape y luego…

—Eso es horrible, te van a meter en la cárcel —dice interrumpiéndome con gesto de repugnancia—. De hecho, espero que de verdad te metan en prisión y te sentencien a pena de muerte.

Se da la vuelta con un gruñido, pero, antes de que dé ni un solo paso, mi mano sale disparada, la coge del brazo y la hace girar sobre sí misma atrayéndola directamente contra mi pecho.

Addie inhala profundamente y los ojos se le dilatan cuando le agarro la nuca con una mano, su exquisito culo con la otra y la levanto con su cuerpo pegado al mío.

—¿Querrás ser mi última comida, nena?

Se le abre la boca y le falta la respiración. Sus ojos de color marrón claro están fuera de las órbitas y desbordados de emoción. Impacto. Asombro. Deseo.

Me acerco a ella y, con la boca a escasos centímetros de la suya, le digo:

—Sabes a gloria. Podría darme un banquete durante horas con ese dulce coñito que tienes y seguir muriéndome de hambre. Sería lo más cerca de Dios que habría estado nunca antes de que me inyectaran la aguja con la inyección letal, ¿no te parece?

Se ha quedado sin habla, así que aprovecho para atrapar sus dulces labios entre los míos. Aunque el abrazo la pone en tensión, no se aparta. El sabor a fruta de su margarita me explota en la boca y no puedo evitar gemir.

—Sabes a puto nirvana —digo en tono áspero antes de succionarle el labio inferior hacia el interior de mi boca. Se le escapa un leve gemidito y es suficiente para que se me abra un apetito voraz. Estoy hambriento y solo las profundidades de su cuerpo alimentarán al monstruo.

Addie aprieta la parte frontal de mi sudadera con las manos mientras yo la devoro. Deslizo hacia abajo la mano con la que le acaricio su culo respingón hasta que le rozo el coño con los dedos por encima de los vaqueros. Agarrándola por el trasero, la levanto un poco más y froto contra ella mi polla dura como una roca.

Su siguiente gemido escapa a su control y se oye alto y claro mientras me vibra en la lengua.

—Mami, ¿están haciendo el amor?

La voz gritona de una niña desgarra el velo de lujuria.

Addie se agita violentamente y, al echarse hacia atrás para alejarse de mí, choca contra su coche.

—Penny, entra en el coche —se apresura a decir la madre desde algún lugar situado a mis espaldas. Los ojos de Addie se agrandan y desvía su mirada por encima de mi hombro, y no sé qué es lo que ve, pero la cara se le pone roja de forma preocupante. Jadea con fuerza y se le

suben los colores tanto por la vergüenza como por el deseo.

Giro la cabeza hacia ese lado y, por encima del hombro, veo cómo una mujer rubia mete a su hijita en el coche. La mujer también tiene la cara enrojecida. Me pilla observando y me lanza una mirada de desdén. Yo simplemente sonrío y me vuelvo hacia mi temblorosa ratoncita.

Ella se aclara la garganta, avergonzada y empapada por el rubor de sus mejillas y por la humedad que se expande entre sus muslos apretados. Ardiendo, echa un vistazo a su alrededor mientras se enfrenta a la dura realidad: estamos en un aparcamiento a plena luz del día.

—Eso no ha estado bien. No… No lo vuelvas a hacer. Envíame un mensaje con los detalles, ¿vale? —dice tartamudeando. Va a darse la vuelta, pero se detiene—. Ah, ¿y puedes hacer el favor de mensajearme desde un puto número normal? Ya sé que eres tú. Deja de hacerte el simpático.

Después entra en el coche resoplando con irritación y da un portazo tras de sí.

A pesar del lío en el que nos hemos metido, me río mientras me muerdo el dañado labio inferior con los dientes. Ella me mira dos veces seguidas a través de la ventanilla, con los ojos fijos en mi boca.

A continuación, tras lo que parece un temblor, arranca el coche y acelera a toda prisa haciendo chirriar los neumáticos para alejarse de mí.

Joder, me encanta cuando se escapa.

CAPÍTULO 23

La manipuladora

—¿Que vas a dónde a hacer qué? —ladra Daya a través del teléfono. Suspiro y cierro los ojos con resignación—. ¿Y con quién? ¿Con Zade? ¿Así se llama tu acosador?

—Sí —digo mordiéndome el labio—. No sé si me ha quedado otra opción.

Titubeo porque eso no es del todo cierto. Zade iba a decirle que no a Mark; yo fui la que le hizo decir que sí. Mark tiene información sobre Gigi y supuestamente también va a proporcionarle información valiosa a Zade.

—Mira, Daya, no sé en qué anda metido ese hombre, pero, sea lo que sea, el tema es serio de cojones. Y puedo decir que de verdad intentó evitar la situación.

—Pero ¿cómo coño ha podido pasar, Addie? —pregunta Daya con un tono de frustración evidente.

—Yo estaba trabajando en el Bailey's y, de repente, se me acerca Zade con un puto senador que se me presenta y me dice que quiere conocer a la novia de Zack. Zade lo miraba como si quisiera matarlo, pero me pidió que le siguiera la corriente hasta que pudiera deshacerse de él. Resumiendo, el padre de Mark era amigo íntimo de mi bisabuelo John. Mark dijo que me contaría más si accedía a ir a la fiesta.

—Así que el tío te manipuló —replica inexpresiva.

Yo suelto un suspiro.

—Básicamente —digo antes de frotarme los labios entre ellos.

Daya se queda callada y, si no fuera porque la oigo respirar de forma airada al otro lado de la línea, pensaría que ha colgado. No la culparía por ello.

Voy a ir a una fiesta con el tío que me acosa.

Todo por cierta información que tal vez ni siquiera me ayude.

—Addie, ¿a qué se dedica ese hombre?

Parpadeo y respondo con sinceridad:

—No estoy muy segura, la verdad.

—No será Z, ¿no? Porque eso sería una puta locura, pero también tendría bastante sentido.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te hace pensar que es él? ¿Es que sabes mucho de esa organización o qué?

Daya duda antes de admitirlo:

—Trabajo para ellos.

Me quedo con la boca abierta.

He oído hablar de Z en las redes sociales y en los medios de comunicación. Se trata de una enorme organización de vigilancia concebida en torno a la idea de destruir al gobierno. Está conformada por voluntarios que trabajan en causas humanitarias y, en esencia, es el enemigo público número uno de la administración estatal.

Sabía que Daya era una especie de justiciera, pero desconocía que trabajase para Z. Aun así, no parece que establezca ninguna conexión entre Mark y la organización.

Y, si Zade de verdad es quien ella cree, eso significa que ahora estoy mucho más involucrada en este asunto de lo que pensaba, ya que hasta Daya lo ignora.

Dios mío, ¿es posible que Zade sea realmente Z? Eso explicaría su incomprensible habilidad para esquivar mis cámaras de seguridad. Pero también que se hiciera amigo de un puto senador y le ocultara su verdadera identidad. ¿Cómo coño he tenido tan mala suerte como para que me aceche el hacker supremo?

En realidad, nunca tuve ni la más remota oportunidad.

—No sé, Daya. De verdad que no sé. Yo solo… quiero resolver este caso. Gigi no se merecía lo que le pasó. Y creo que Mark podría ponernos sobre alguna pista.

—Addie, te quiero, pero estás loca. Hay que considerar las alternativas, no hace falta que vayas a la fiesta de un senador con un puto acosador solo para obtener algo de información. Sobre todo, teniendo en cuenta que ese acosador podría ser un hacker justiciero reconocido mundialmente.

Tiene razón.

Una observación del todo válida.

Pero mentiría si dijera que ir a la fiesta esta noche no me despierta algo sublime en el pecho. Una excitación. Una descarga de adrenalina. Peligro. Despierta sensaciones en lo más profundo de mi ser.

Y esas sensaciones me incitan y soy demasiado débil para ignorarlas.

Pero eso nunca podré contárselo a Daya. Ella es lógica. Razonable. Inteligente. No es una adicta a la adrenalina como, sin duda, me pasa a mí. El peligro no la emociona.

Yo debería haber sido doble de acción o algo por el estilo.

—Sé que vas a pensar que estoy aún más loca de lo que realmente estoy, pero, al menos en esta ocasión, creo que Zade va a protegerme. De hecho, sé que lo hará.

Ahora le toca a Daya suspirar.

—De verdad, no lo pongo en duda, Addie. Si es quien creo que es…, está haciendo algún bien en el mundo. Y, aunque es evidente que está obsesionado contigo de una manera muy poco saludable, no parece que sea el típico acosador con deseos de matarte. Creo que simplemente tiene muchísimas ganas de estar contigo y lo está llevando de una forma la hostia de escalofriante.

Me río, pero la situación no es divertida. Si bien no es un tema que deba tomarse a la ligera, teniendo en cuenta que no sabemos si puede llegar a matarme en un momento dado, sus palabras hacen que me sienta mejor.

—Por favor, recuerda que no conoces a ese tipo y que es posible que sus intenciones no sean

buenas.

Me río con sequedad.

—Créeme, no lo he olvidado.

—¿Cuándo es la fiesta?

Tuerzo los labios, que he pintado de rojo, y me doy un atento repaso en el espejo. Llevo un vestido rojo sin tirantes con miles de pequeños diamantes incrustados en el material de encaje que conforma la parte superior. La parte inferior se adapta a mi cuerpo como una segunda piel y tiene una gran abertura que llega hasta la mitad del muslo. Unos tacones dorados con tiras de diamantes adornan mis pies y he moldeado mi pelo con ondas surferas, de forma que los mechones me caen sobre los hombros.

Estoy sexy y elegante a la vez.

Zade me lo envió todo. Mi lado rebelde casi tira el vestido para ir a buscar uno comprado por mí. Pero entonces mi imaginación echó a volar.

Y no pude evitar imaginarme su mirada al verme con el vestido y los zapatos que ha elegido para mí. Me quedé horrorizada por las mariposas que me revoloteaban en el estómago a causa del deseo incesante de hacer realidad esa imagen.

—Esta noche —digo tranquilamente con labios tirantes de desaprobación.

«¿Qué estás haciendo, Addie?».

Zade me recoge en un Mustang clásico. El metal resplandece bajo la luz de la luna, centelleando bajo la roca celestial como si hubiera sido diseñado para admirarlo después del atardecer.

Temblando, bajo los escalones del porche. Me ciño al cuerpo la larga gabardina, en parte para protegerme del frío y en parte para calmar la ansiedad que me remueve las entrañas.

No sabría decir si tengo un mal presentimiento sobre esta noche. Lo que sí sé es que, pase lo que pase, voy a ver a Zade desde una perspectiva totalmente diferente y a descubrir cosas nuevas sobre él. Cosas que podrían hacer que lo odiara más… O quizá menos.

Y esto último es lo que más miedo me da.

Antes de que pueda llegar al coche, la puerta del conductor se abre y de ella sale una pierna cubierta por el pantalón de un traje.

El oxígeno se cristaliza en mis pulmones cuando veo a Zade darle una última calada a un cigarrillo antes de tirarlo al suelo y apagarlo. Expulsa el humo por la boca mientras me mira con ojos encapotados.

Madre de Dios.

—No deberías tirar basura al suelo —digo con voz ronca.

A cambio, él me regala una leve sonrisa. Se agacha, recoge la colilla y se la guarda en el bolsillo.

—Lo siento, nena —dice con aspereza—. No volverá a ocurrir.

Apenas puedo dar las gracias porque estoy demasiado embelesada por el dios oscuro que

tengo delante.

Me deja absolutamente sin aliento. Y me gustaría poder culpar al frío aire otoñal del hielo de mis pulmones, pero sé que no tiene la culpa.

Zade viste un traje negro. Cada centímetro de tela está cosido para adaptarse al milímetro a su cuerpo. Le queda impecable: se amolda a sus musculosos brazos, a la elegante cintura y a los gruesos muslos.

Además de las rodillas, también me flaquea la determinación.

Me sobreviene un insano deseo de dar media vuelta, entrar de nuevo en la casa, reclinarme sobre el sofá y dejar que se folle el resto de cordura que me queda.

Quiero enloquecer con su polla y, para colmo, sé que superaría todas y cada una de mis expectativas si se lo permitiera.

«Dios, ayúdame».

Antes de que pueda acabar ese pensamiento, ya se dirige hacia mí con una sonrisa pecaminosa y oscura en la cara.

El traje negro no hace más que oscurecerle el aura. Zade es Hades, y acaba de salir del inframundo para causar estragos en mi apacible vida. La combinación formada por esa terrible cicatriz que le atraviesa el ojo casi blanco y su otro ojo tan negro solo puede estar forjada en el infierno.

No es justo, joder.

—Estás espectacular —gruñe mientras se acerca a mí y sus brillantes zapatos reflejan la luz de la luna. Su voz es más grave de lo normal, más ahumada. Más mortífera.

Cuando levanta una mano hacia mi cara, me doy cuenta de que en ella lleva una rosa roja. Me desliza la flor entre los rizos mientras reprime una sonrisa.

Contengo la respiración. Me siento como un ratón atrapado en una trampa cuyo depredador se relame los labios, listo para comérselo vivo.

Antes de que pueda abrir la boca, se aprieta contra mí, me agarra la gabardina y la abre hasta bajármela por los brazos. Respiro con agitación, sorprendida por sus acciones y por el frío que me roza la piel.

—Pero ¿qué coñ…?

—Te has puesto el vestido que te compré —interrumpe mientras recorre todo mi cuerpo con sus ojos desparejos.

Trago saliva y me lo quedo mirando.

—Me lo puse por comodidad. No me gusta ir a comprar vestidos.

Apenas me escucha (los dos sabemos que no me lo puse por eso), ha centrado su atención en cada centímetro de mi cuerpo. Las pupilas se le llenan de llamaradas a medida que se intensifica el calor de su mirada.

Fijo los ojos en mi gabardina, que cuelga de su mano, como esperando que vuelva a aparecer mágicamente en mi cuerpo.

Un sudor frío me estalla en la frente. Me siento expuesta, y la forma en que me contempla me abrasa por dentro.

Me siento… la hostia de incómoda ahora mismo.

Extiendo la mano con expectación.

—¿Has acabado de retener mi gabardina como rehén? Me estoy congelando.

Por fin dirige sus ojos a los míos. Un escalofrío me atraviesa la columna vertebral, resbalándome por las deshechas terminaciones nerviosas.

Dios mío, la forma en que me mira debería estar penada por la ley.

En lugar de hacer lo que le pido, me coge la mano que tengo extendida y la inspecciona detenidamente con las cejas arrugadas en gesto de concentración.

—¿Qué coño haces, Zade?

La más mínima curvatura en sus labios y se me seca la boca al instante. Me supera la facilidad con la que se transforma de hombre a bestia.

—Me intento imaginar qué anillo te quedaría mejor en el dedo —dice con ligereza. Como si no hubiera hecho que el corazón se me saltara a la garganta.

Trago saliva y retiro mi mano de la suya.

—¿Y si no quiero ningún anillo? Te diría que no.

Con calma, arrastra sus ojos hasta los míos, y la intensidad de su mirada me hace preguntarme por qué no puedo ser amable por una vez. Nos ahorraría tiempo y sería una manera de evitar esas frases tan zalameras que fallan por sistema. O bastante, al menos.

Puede que sea adicta al miedo y a la excitación que despierta en mí cuando me observa… justo así.

Como la bestia que se prepara para comerse a su presa, de una forma dolorosamente lenta. Y espero que de verdad lo haga despacio. Para prolongar la tortura de estar atrapada entre los dientes de Zade.

Me desliza poco a poco la mano por la parte superior del pecho hasta alcanzar con los dedos la columna de mi cuello. Y entonces, de repente, me rodea la garganta con la mano agarrándola con fuerza.

Jadeo, y, a medida que abro los ojos de par en par, el labio se le curva en una sonrisa siniestra.

—Si lo prefieres, puedo ponerte un collar alrededor de este precioso cuello que tienes. Entonces no podrías decirme que no. Tan solo serías mi niñita buena que hace todo lo que le dice su amo. ¿Eso te gustaría más, nena?

—No —digo refunfuñando, aunque me suena a mentira—. No te pertenezco. Nunca seré tuya.

Se le estrechan los ojos y me da un vuelco el corazón.

—Quítame el cinturón, Adeline. —Lo miro boquiabierta y, cuando ve que no hago amago de moverme, me aprieta con las manos—. Si tengo que volver a pedírtelo, vas a saber lo que es bueno.

Mientras me sujeta la mandíbula, alargo la mano y le desabrocho el cinturón de color negro que lleva en los pantalones. Se lo arranco; me da igual si se rompe. El movimiento lo sacude y él solamente responde con un gruñido.

Es diabólico.

Hago colgar el cinturón entre nosotros como si sostuviera una serpiente muerta. Todavía con una sonrisita en su cara de satisfacción, me lo quita y me suelta la garganta.

Justo mientras aspiro una bocanada de aire, me pone el cinturón alrededor del cuello, abrocha la hebilla y tira con fuerza de él. Se me saltan los ojos como si fuera un pez y el metal me muerde la piel debido a la presión.

La serpiente no estaba muerta; se ha convertido en una pitón que me rodea el pescuezo.

Agarro el cinturón instintivamente con las manos, pero Zade me las aparta de un golpe.

—Puedes respirar, ratoncita. No te dejes llevar por el pánico.

Tras hiperventilar durante varios segundos, me doy cuenta de que tiene razón. Puedo respirar. Aunque no muy bien.

Cuando me calmo, me brotan lágrimas de los ojos mientras miro a Zade acaloradamente. Se le amplía la sonrisa.

—Así está bien por el momento —murmura observando mi cuerpo tembloroso. Soplan rachas de viento helado que me hacen temblar y me ponen la piel de gallina en las zonas de carne que tengo al descubierto.

—Ahora ponte de rodillas.

Vuelvo a poner los ojos como platos, aunque esta vez con indignación.

—Tiene que ser una puta bro…

De nuevo, aprieta el cinturón y la fuerza de la presión me hace toser. Lo miro unos segundos más, cierro la boca, me levanto el vestido y me agacho, asegurándome de que la tela queda recogida sobre mi regazo y no toca el suelo embarrado.

No voy a estropear el vestido para que él pueda disfrutar de su momento egocéntrico de poder.

Mientras sujeta con una mano el extremo del cinturón, Zade hace un gesto señalándose los pantalones. Gruñendo, le desabrocho el botón y le bajo la cremallera, y estoy a punto de ahogarme con la lengua cuando su polla queda libre como en un resorte.

Por Dios, no creo que pueda acostumbrarme a ella. Su tamaño supera con creces lo que se considera humano. Que eso te folle debe de ser simplemente sobrenatural.

Me hierve la sangre y ni siquiera espero a que siga escupiendo órdenes por esa puta boca de imbécil. Le agarro la polla y me la trago de golpe.

O lo intento.

Aún no he llegado a la mitad y ya me está tirando del pelo y arrancando algunas hebras del cuero cabelludo mientras toma aire profundamente.

—Joder, Addie. No te he dicho…

Que se joda.

Con un impulso de la cabeza, me vuelvo a tragar su polla, lamiéndole la carne sedosa y recorriéndole la punta a lo largo de sus venas y hasta la parte inferior del capullo.

Ahora es él quien se ahoga.

Lo miro fijamente, todavía con lágrimas en los laterales de los párpados, mientras lo recibo más adentro. Él me contempla asombrado y con tal intensidad que parece que está un poco loco.

Gruñendo de placer, aprieta el cinturón hasta que se me nubla la vista. Pero, si piensa que así va a lograr detenerme, es que es un iluso.

Ahueco las mejillas y se la chupo más fuerte. Lucho contra su potencia incluso mientras hace que se me salga la vida a borbotones por los ojos.

Uso la mano para rodearle el extremo al que no llego con la boca, pese a que siento que ha traspasado los límites de mi garganta. Me la meto tan adentro como se puede, pero mi mano aún no cubre por completo su longitud.

Mientras retuerzo la mano y le deslizo los labios pintados de rojo a lo largo de la polla, pienso en todas las formas en las que quiero matarlo. Luego, cuando se me nubla la visión y la oscuridad se adentra desde los bordes, me pregunto quién morirá primero.

Una por falta de oxígeno o el otro por pérdida de sangre cuando lo muerda.

Gime con más intensidad y le saltan chispas de los ojos antes de que se le enciendan en llamas.

—Parece que esa boca sabe hacer algo más que proferir amenazas inútiles.

Presa de la excitación, le rozo la polla con los dientes, asegurándome de que me lea la intención en los ojos. Él me muestra una sonrisa.

—Atrévete, ratoncita. ¿Crees que no seré capaz de partirte la puta mandíbula antes de que me rasgues la piel con los dientes? Ponme a prueba.

Estoy tentada de hacerlo. Pero le creo. En cuanto clave demasiado los dientes, mi mandíbula acabará en el suelo y es probable que me rompa el cuello si tira lo suficientemente fuerte del cinturón.

Me cercioro de que vea la rebelión en mis ojos.

No aparto los dientes, pero tampoco intento hacerle daño. Lo que hago, en cambio, es todo lo contrario de lo que él espera.

Pongo los ojos en blanco como si me acabara de comer el postre más delicioso que jamás haya probado y le gimo alrededor de la polla, emitiendo vibraciones que la recorren en toda su extensión.

Él suelta una maldición y el cinturón se afloja un poco. Me lo trabajo con más intensidad hasta que emite un gruñido profundo, un sonido feroz que seguramente ha espantado a los animales de estos bosques.

Un depredador anda suelto, pero soy yo quien lo tiene a su merced.

—Estás fingiendo, Addie —dice jadeando—. Pero no me quieras hacer creer que el coño no se te está mojando tanto como la boca.

Por mucho que quiera decirle que se equivoca…, no puedo. Los fluidos que me resbalan entre los muslos son prueba suficiente. Pero no le voy a conceder eso también. No puede privarme de mi poder y convertirme en un charco de deseo y desesperación. De modo que junto bien los muslos e ignoro la necesidad de mi cuerpo.

Mientras le clavo la mirada en sus ojos casi dementes, él flexiona la mano con la que me sujeta el pelo hasta que ya no puedo moverme por voluntad propia. El único aviso de que ha perdido el control. El cinturón se aprieta de nuevo y me mantiene la cabeza inmovilizada mientras me introduce la polla hasta la garganta.

Tengo arcadas, los párpados se me llenan de lágrimas, pero parece que eso solo lo incita a seguir. Retira el miembro casi hasta la punta para luego llevar las caderas hacia delante hasta llenarme la boca por completo.

—¿Te vas a tragar mi semen como una niña buena? —pregunta a bocajarro.

No me puedo mover, ni tan siquiera logro responderle. Lo único que consigo hacer es prepararme mientras se entierra profundamente en mí y se me corre en la garganta.

—Joder, Addie —ruge entre gruñidos al tiempo que me inunda la boca más rápido de lo que puedo tragar. Su semilla se escapa de entre mis labios y me gotea por la barbilla.

No puedo respirar. Ya apenas puedo pensar. No me llega oxígeno a los pulmones y, justo cuando creo que me voy a desmayar, sale de mí gruñendo con un movimiento rápido y suelta el cinturón.

Inspiro profundamente, tosiendo y ahogándome mientras intento recuperar todo lo que he perdido. El aire. La moral. Incluso algo de pelo.

Pero no he perdido la puta dignidad, porque me hice con el control de la situación. Se hizo según mis términos, no según los suyos.

Sorbiéndome la nariz, me limpio la boca y le doy gracias a Dios por haber decidido usar un lápiz de labios que no se emborronaría ni echándole un cubo de aceite. Me pongo de pie y me limpio la parte inferior de los ojos, eliminando el rímel y el delineador, mientras él se remete la camisa y desliza el cinturón alrededor de su cintura.

Y entonces me aliso el vestido, me quito la rosa del pelo y paso junto a él, arrebatándole la gabardina de la mano y girándome para mirarlo por detrás.

Me sigue su oscura risita, pero, de algún modo, sus largas piernas avanzan más rápido. Me adelanta y, al llegar al coche, abre la puerta con una sonrisa de diversión en la cara.

—Tu carroza te espera, nena —dice con tono grave y pecaminoso.

«Vaya, qué bien se te da hacerte pasar por un elegante caballero».

Lo miro con desprecio y me deslizo hacia el interior, negándome a sentir vergüenza. La puerta se cierra de golpe y el olor de Zade me envuelve. Cuero, especias y un toque de humo.

Por dentro, el coche es totalmente negro, de un cuero suave como la mantequilla. Pero lo que me deja sin palabras son los aparatos que incorpora. Hay tantos interruptores, pantallas (¿un ordenador portátil?) y demás dispositivos que ni siquiera sé qué coño tengo delante.

Cuando se acomoda en su asiento y hace avanzar el vehículo, me comprimo contra la puerta. Nos sumimos en un silencio forzado. No es necesariamente incómodo, pero sí tenso. Cargado. La tensión sexual que hay en el coche me recorre la carne con los dedos y me eriza el vello de la piel como si fueran muertos irguiéndose de sus tumbas.

Tengo la impresión de que lo que ha sucedido fuera no es más que el preludio de algo a lo que no estoy segura de poder sobrevivir. Respiro el aire estático y parece que, con cada inhalación, estoy separando prendas de ropa recién salidas de la secadora.

—¿A cuánto está? —pregunto con voz ronca y áspera. Me va a doler la garganta durante días.

Él me mira y tensa la mano con la que agarra el volante. Hasta ahora no se me había ocurrido que conducir un vehículo pudiera resultar tan pornográfico.

—Veinte minutos si el tráfico nos es favorable.

—Creo que este sería un buen momento para explicarme de qué va todo esto. ¿A qué te dedicas? —pregunto con la conversación que mantuve con Daya aún fresca en la mente.

—Hackeo bases de datos militares y del gobierno y saco a la luz crímenes contra la humanidad. También me tomo las cosas de forma más personal y me infiltro en la vida de aquellos funcionarios que han demostrado ser corruptos o malvados.

Se me abre la boca, pero no sale ningún sonido.

«Mierda, no».

—Eres Z.

Se le amplía la sonrisa.

—Por fin te has dado cuenta. ¿Te lo ha dicho Daya?

Los ojos se me abren de par en par.

—¿La conoces? —pregunto con incredulidad.

Se encoge de hombros.

—Es una más de los cientos de personas que trabajan en mi organización —explica sin más—. No la conozco personalmente. Y desde luego nunca he coincidido con ella ni hemos hablado.

Pero conozco a todos los que trabajan para mí.

Sacudo la cabeza, estupefacta.

—¿Eres su jefe?

—Podría decirse que sí. Creé la organización desde cero y, cuando se hizo lo suficientemente grande, contraté a mucha gente. Cada uno tiene sus propios objetivos y deben rendir cuentas a sus superiores. Pero todos luchamos con el mismo propósito.

—¿Cuál es? —digo presionándolo.

—Devolver a las chicas a su hogar.

Siento una gran presión en el pecho y me sobreviene el impulso repentino de…, no sé, de hacer algo. No sé ni cómo me siento… De entrada, no puedo estar más perpleja.

Giro la cabeza para mirar por la ventana mientras repaso sus palabras. Aunque está siendo sincero, tengo la sensación de que todavía me oculta algo.

—Así que ayudas a salvar a niños y mujeres del tráfico sexual —concluyo. No tiene por qué ser mentira, pero suena demasiado… sencillo.

—Sí —me confirma—. Yo trabajo en paralelo para aportar fondos que respalden la organización. Por suerte, esto nos permite vivir cómodamente a mí, a mis empleados y a todos los supervivientes que rescatamos. Pero no es lo único que hacemos. El gobierno no solo se aprovecha de los ciudadanos robándoles a sus hijos. La esclavización de niños y mujeres tan solo es mi objetivo principal.

—Vale —digo con calma tratando de ignorar la agitación del estómago—. ¿En qué está involucrado Mark exactamente?

Él suspira y estrecha los dedos más fuerte contra el volante.

—Hizo un ritual sádico con un niño. Algún tipo de sacrificio. Alguien grabó un vídeo del momento y lo filtró, y ahora se acaba de filtrar otro.

Me encojo de horror mientras cierro los ojos frente al dolor que me oprime el pecho. ¿Cómo se puede hacer algo tan vil?

—¿Sabe Daya lo que pasa con Mark?

—No. Los rituales y la participación de Mark se han mantenido en secreto. No voy a ponerlos al descubierto hasta que acabe con ellos. Es un asunto que he estado resolviendo más o menos por mi cuenta.

Asiento con la cabeza para darle a entender que comprendo lo que quiere decir: No se lo digas a Daya.

—Así que por eso usas otro nombre. ¿Y por qué conmigo no has usado un nombre diferente?

—Porque eres una ciudadana de a pie y sería tan increíblemente fácil averiguar quién eres en realidad que es casi ridículo. En mi caso, en cambio, no resultaría tan sencillo —responde lanzándome otra sonrisa.

Ufff. Cuánta arrogancia.

Se le ensombrece el semblante.

—Por eso no quería que te involucraras. Pero me temo que Mark ya se ha fijado en ti y prefiero tenerte cerca. Así al menos sé que estás a salvo.

Lo miro de frente, con atención. Su postura es relajada: está sentado con las largas piernas abiertas, una mano sobre el volante y la otra apoyada en el reposabrazos que hay entre los dos.

Me obligo a concentrarme e ignorar la forma en la que se me contrae el pecho tan solo con

echarle un vistazo.

«Solo porque el sol sea bonito no significa que no sea peligroso mirarlo, Addie».

—Creo que me protegerás de Mark, pero ¿quién va a protegerme de ti?

Me recorre todo el cuerpo con la mirada y los ojos le centellean de pura posesividad.

—Quien lo intente acabará muerto.

Entrecierro los ojos.

—¿Cómo puede ser que trabajes salvando a mujeres y a la vez acoses activamente a otra? —le digo desafiante, arqueando una ceja.

Tiene el valor de dejar ver que le ha hecho gracia. No sé qué le encuentra de divertido al hecho de acosar a alguien.

—Nunca antes había acechado a nadie —dice sencillamente—. Al menos fuera del trabajo. En ningún caso con intereses románticos.

Le hago una mueca en señal de incredulidad.

—¿Se supone que eso debería hacer que me sintiera especial?

Una sonrisa lenta y malvada comienza a atravesarle el rostro, que ni se inmuta por mi mirada cada vez más enardecida.

—No me importaría que así fuera.

Me entran ganas de darle una bofetada. Pero es tan gilipollas que probablemente le gustaría, y luego se giraría hacia mí y me la devolvería. Y es probable que a mi estúpido yo también le gustara.

Estoy mal de la cabeza. Y tener que lidiar con este hombre… El estrés me supera. Esto no puede ser bueno para mi piel.

Entre burlas, me giro para mirar por la ventanilla y me paso el resto del viaje sosteniendo un tenso silencio. El ambiente no ha hecho más que empeorar, y no podría decir si es porque ahora sé que es un justiciero que salva a niños y mujeres de gente horrible, o si es porque ha confesado que se ha convertido en un psicópata solo por mí. En cualquier caso, ambas posibilidades me han hecho verlo de otra forma.

No debería ser así de ningún modo en el caso de esta última, teniendo en cuenta que hace cinco minutos me estaba metiendo la polla hasta la garganta mientras me estrangulaba con un cinturón.

Pero así es, joder.

28 de septiembre de 1945

Ronaldo no se lo ha tomado bien. De hecho, ha estallado por completo y ha amenazado con matar a John.

No supe cómo manejar una amenaza como esa. Ronaldo ya había mencionado que había matado a varios hombres, pero no tenía ni idea de cómo actuar ahora que la amenaza iba dirigida a alguien a quien todavía amo.

Sobra decir que no me lo tomé bien y hasta le grité. Él me acusó de ponerme de

parte de mi marido, cuando en realidad lo que ocurre es que me estoy cansando de la amenaza de violencia.

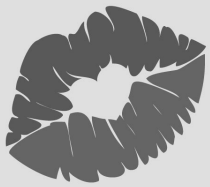
Al decírselo, me llevó a casa de inmediato.

Y debo admitir que me echó una mirada que me dio un susto de muerte.

El trayecto en coche fue horrible.

Me trajo hace solo una hora y desde entonces todavía no he dejado de llorar.

Lo que pretendía ser una escapada ha acabado convirtiéndose en una pesadilla aún mayor.



CAPÍTULO 24

La manipuladora

—¿Hay algo que deba saber antes de que me lleves a ese nido de serpientes? —le pregunto a Zade mientras conduce hasta el servicio de aparcamiento.

Tienen un puto servicio de aparcamiento en su propia casa. Esta mierda debería ser ilegal.

—Aquí dentro me llamo Zack Forthright. Soy un millonario hecho a mí mismo y tengo mi propia empresa de diseño web. Tú y yo vivimos juntos en Parsons Manor y somos una pareja feliz, pero yo te engaño y voy a clubes de caballeros sin que lo sepas.

Clavo los ojos en él. ¿Ha estado yendo a clubes de caballeros? ¿Esos clubes que ofrecen a mujeres en bandeja de plata para que los hombres se satisfagan? Clubes de caballeros para ricachones, ocupados por sádicos corruptos. ¡Quién sabe lo que les pasa a esas pobres mujeres en esos sitios!

Al intuir mis pensamientos, sonríe.

—Antes de juzgarme, debes saber que nunca me he dejado llevar ni me dejaré llevar jamás por lo que esos lugares ofrecen y, tarde o temprano, sacaré de allí a todas esas chicas. Solo que ellas no lo saben. No te pongas celosa, ratoncita. Nadie más que tú va a ser capaz de hacer que se me ponga dura la polla.

El heroísmo que había mostrado se bate en duelo con su imprudente comentario. Una parte de mí quiere derretirse, mientras que la otra se endurece como el granito ante tal acusación.

Pongo los ojos en blanco y le suelto:

—No estoy celosa. Y lo que dices suena a disfunción eréctil.

Con una mirada cómplice brillándole en los ojos, se muerde una sonrisa. Su voz se vuelve más grave cuando, alargando las palabras, comienza a decir:

—Sigue así y esas palabras se te atragantarán cuando vuelva a tener mi polla llenándote la garganta. Todos los que pasen por aquí me verán follándome tu sucia boquita y, para cuando acabe, no habrá ni una sola persona en esa casa que no se haya enterado.

Me burlo de lo que ha dicho y giro la cabeza hacia el lado opuesto tan solo para ocultar el rubor que me sube por las mejillas y la profunda emoción que me atraviesa los nervios de la columna. Todavía siento la mordedura fantasma del metal de su hebilla en el cuello y tengo la absoluta certeza de que Zade cumpliría su amenaza si lo presionara.

«Gilipollas».

Continúa hablando como si no acabara de servirme la amenaza más deliciosa que jamás haya oído.

—No cuentes nada de tu vida personal. Al menos nada que signifique algo para ti. Estás aquí para conseguir información sobre Gigi y eso es suficiente incentivo.

—¿Incentivo? —lo interrumpo girando la cabeza hacia él.

—Te estás metiendo en ese nido de víboras porque Mark ha encontrado algo que te importa y te chantajea con ello —explica Zade sin rodeos.

Cierro la boca de golpe, compungida y un poco preocupada.

—Si descubre algo más que te importe, lo utilizará en su beneficio en cuanto tenga ocasión.

Vuelvo a abrir la boca.

—Pero no te preocupes —dice interrumpiéndome antes de que pueda exigirle que me lleve a casa—. Le arrancaré la piel del cuerpo antes siquiera de que pueda pensar en hacerte daño.

A continuación, abre la puerta, sale del coche y le lanza las llaves al aparcacoches mientras cierra de un portazo y le pone fin a cualquier pregunta que yo estuviera a punto de hacer.

Por ejemplo, «¿me puedo ir ya a casa?».

Me pregunto si vale la pena mezclarme con gente peligrosa para resolver el asesinato de Gigi. Pero es demasiado tarde. Ya estoy aquí, y he tomado la determinación de obtener al menos algunas respuestas más antes de que Zade me lleve a casa.

Tengo la sensación de que esta noche no solo estoy dejando mi seguridad en manos de Zade, sino también mi vida.

Y sé que es porque voy a entrar en la casa de un hombre diabólico, no necesito que Zade me lo explique.

Zade me abre la puerta y me tiende la mano para que me apoye en ella al salir del coche. Cuando nos tocamos se produce una explosión de electricidad y lo único que quiero es guiarle las manos hacia otras partes de mi cuerpo.

Inhalo aire helado. El frío me ofrece un bálsamo interior y me proporciona claridad suficiente como para concentrarme en todo menos en el hombre dominante que tengo junto a mí.

La casa de Mark es ostentosa. Una enorme monstruosidad blanca con cinco grandes pilares y un millón de ventanas. A mí me parece horrenda, demasiado típica y francamente aburrida.

Por dentro es aún peor. Llego a un pasillo grande y ancho lleno de fotos enmarcadas dispuestas a ambos lados de la pared que supongo que son de la familia de Mark. Mis tacones repiquetean contra las baldosas de marfil y no puedo evitar pensar que se van a poner marrones debido a todos los zapatos que las van a pisar.

Un mayordomo nos acompaña por el pasillo, a través de una cocina totalmente blanca, y nos conduce a un salón de baile.

Un puto salón de baile de verdad.

Como los que se ven en las películas del siglo XIX, cuando encontrar a tu futuro marido o mujer dependía de asistir a un baile.

Del techo dorado cuelgan tres gigantescas lámparas de araña, que dejan ver los intrincados arcos de madera tallada que hay entre ellas. El suelo es de un marfil resplandeciente y los pequeños destellos que lanzan las lámparas están a punto de deslumbrarme. Es como mirar al puto sol.

—Cambia esa cara —murmura Zade a mi lado.

Hasta que me lo ha dicho no me he dado cuenta de que mi expresión mostraba repugnancia.

No porque el lugar sea feo, sino porque es un puto monumento a la pretenciosidad y la ostentación. No me hace falta ver el resto de la casa para saber que todo grita «mírame, tengo una cantidad de dinero infinita y ninguna intención de compartir esa riqueza con los millones de familias que se mueren de hambre en todo el mundo».

Pero ¿qué sé yo? Siempre me he preguntado si la gente que dispone de tanto dinero como para alimentar a toda la población mundial tiene permiso para hacerlo. Todos los gobiernos son corruptos. Es posible que, si intentas salvar el mundo y te pones a robar en serio el dinero de los bolsillos de los ricos, un día amanezcas muerto.

Destenso el rostro, lo oculto tras una máscara inexpresiva y miro a los cientos de personas que ocupan el salón de baile. Todos van de punta en blanco, desde los invitados más jóvenes, apenas adultos, hasta las personas que parecen estar en su lecho de muerte.

Zade me ofrece el brazo y todas las señales de mi cerebro me dicen que lo rechace. Pero es mi orgullo el que habla, y la situación no se presta a dejarme llevar por él. Odio admitirlo, pero estoy más segura si voy con Zade.

Con frialdad, me agarro a su brazo y me apoyo en su costado. Es como alisar arcilla húmeda con las manos. Independientemente de las irregularidades de nuestros cuerpos, nos amoldamos a la perfección.

Puaj.

Durante la hora siguiente, alternamos con todo tipo de personas en el salón de baile, muchas de ellas caras conocidas que he visto en las noticias, y discutimos sobre proyectos de ley y leyes que, por lo general, solo sirven para someter más aún a los estadounidenses a su control.

Zade es encantador y sus formas son apacibles y algo reservadas, pero aun así consigue atraer la atención de la gente hasta que están pendientes de todo lo que dice.

Muchas miradas se detienen en sus cicatrices. Las preguntas se quedan en la punta de la lengua y nunca ven la luz. Se podría pensar que es porque indagar sobre algo así sería de mala educación, pero el verdadero motivo es que a Zade lo rodea un aura intimidatoria, como cuando una mujer lleva un bolso de diseño.

A pesar de ello, es todo un espectáculo verlo trabajar por la sala ganándose la confianza y el interés de estas personas en cuestión de minutos.

No tengo ni la más remota idea de cuántos de los aquí presentes están implicados en la misión de Zade, pero él los mira a todos y cada uno de ellos como si supiera exactamente quiénes son y qué les ha ocurrido en la vida. Tal vez es así como los atrae con tanta intensidad: les hace sentir que los conoce desde hace años.

Yo, en cambio, no lo hago tan bien. La ansiedad social me crispa los nervios y me acelera el pulso a un nivel muy por encima de lo normal. Sonrío a los desconocidos y me río con todo lo que dicen mientras hago lo que mejor se me da: manipular con palabras las emociones de la gente. Me imagino que todos son ávidos lectores y que lo que digo se imprime en hojas de papel en blanco que acaban consumiendo con ojos hambrientos.

Sin saber muy bien cómo, acaba funcionando hasta el punto de hacerme sentir incómoda, ya que todas las miradas se centran en mí mientras respondo preguntas sobre mi carrera. Le hago caso a Zade y hablo de forma imprecisa y poco detallada, pero encuentro palabras hermosas para

hacer que mi vida parezca más interesante de lo que en realidad es. Parece que incluso a Zade le cuesta apartar la mirada, y esa idea me da una pizca de confianza.

Por dentro, sin embargo, siento como si mi estómago fuera un agujero negro que me deforma las entrañas y las deja como un trozo de papel arrugado.

En varias ocasiones durante el transcurso de esa hora, Zade me pasa el brazo por la cintura y me aprieta con gesto firme y tranquilizador. Esos pequeños contactos son anclas que serenan mi mente y me recuerdan que no estoy sola.

Mark aparece como de la nada y se une a las dos parejas arremolinadas en torno a Zade, que le escuchan hablar sobre cierta interacción que tuvo con otro senador. Supongo que la historia debe de ser divertida, puesto que las parejas se ríen a carcajadas, pero yo apenas puedo digerir una sola palabra de lo que dice.

—¡Zack! ¡Adeline! Me alegro mucho de que hayáis podido venir —anuncia Mark con alboroto, interrumpiendo la historia que está contando Zade. Él no parece inmutarse lo más mínimo. En cualquier caso, me da la impresión de que se trata de una anécdota totalmente inventada.

Parece que no soy la única a la que se le da bien mentir.

—Mark —digo con voz cantarina, como si la cara de este hombre me produjera algún tipo de placer. Él se traga el saludo mientras le estrecha la mano a Zade y luego me da un cálido abrazo.

O al menos él espera que sea cálido. Para mí es como abrazar a un reptil de sangre fría.

La persona que está junto a Mark debe de ser su esposa. Una mujer mayor con un precioso cabello de color rojo (como el de las cerezas maduras), pintalabios a juego y un vestido negro que parece colgarle de su frágil cuerpo.

Despliega los labios en una maravillosa sonrisa cuando Mark nos la presenta a Zade y a mí. Lo que me irrita es que no nos menciona su nombre, solo dice «mi mujer». Como si la considerara una mera posesión y no una persona con entidad propia fuera de su matrimonio con este puto desgraciado.

—Encantada de conocerte, Adeline. Soy Claire —dice estrechándome la mano con un leve apretón. También le ofrece la mano a Zade, pero el demonio da un paso hacia delante y se la besa, mirándola directamente a los ojos.

No es, ni mucho menos, un gesto sensual. Hay algo en él que parece reconfortante, como si le estuviera haciendo una promesa que ni siquiera ella sabía que necesitara.

A Claire le tiembla la sonrisa y retira con suavidad la mano del alcance de Zade. Nadie, excepto mi sombra y yo, parece darse cuenta de que la cierra con fuerza en un puño para aplacar el temblor.

Está nerviosa. Asustada. Y fuera lo que fuese lo que ocurriera en ese momento con Zade la ha dejado descompuesta.

No hace falta ser un genio para percatarse de que esta mujer ha sufrido abusos. Le busco señales en el cuerpo con la mirada, pero el cuello alto, las mangas largas y el vestido hasta los pies me lo impiden. Es un vestido precioso, pero ha sido claramente diseñado para ocultar los moratones que sin duda tiñen su piel bajo la sedosa tela.

Las otras parejas se alejan con disimulo cuando intuyen que Mark espera tener una conversación privada.

—Hay algunos invitados más a los que deseo saludar, pero, por favor, insisto en que nos

reunamos en mi estudio dentro de aproximadamente una hora y os toméis una copa conmigo. Mi mayordomo, Marion, estará encantado de indicaros el camino cuando llegue el momento.

Zade sonríe, parece relajado. Quizá es porque ya me he familiarizado con el monstruo que habita sus huesos, pero noto la intención que esconde bajo esa fingida tranquilidad.

—Por supuesto, será un placer —responde Zade con afabilidad.

—¡Fantástico! —exclama Mark con una amplia sonrisa—. Y, Adeline, estoy deseando hablarte sobre tu bisabuela.

Sonríe por última vez y me lanza una mirada persistente antes de marcharse con Claire detrás.

Zade tenía razón. Está claro que el tipo intenta aprovecharse de mi única debilidad: resolver el asesinato de Gigi. Y algo me dice que es un as que se va a guardar en la manga hasta que consiga lo que quiera.

El problema es que no sé qué quiere de mí. Pero, sea lo que sea, siento en lo más profundo de mi ser que es algo capaz de acabar con mi vida.

15 de noviembre de 1945

Tiemblo de lo furiosa que estoy.

Últimamente, me he fijado en que John tiene una adicción al juego. Ahora llega a casa tarde, bebido y enojado. Loco de rabia, vocifera que le han estafado dinero, aunque más bien parece que la gente a la que se refiere sabe que John no juega muy bien al póquer.

Además, hoy me ha llegado una carta que dice que nos van a embargar la casa.

Normalmente es John el que se encarga de las facturas, ya que es quien trae dinero al hogar. Pero he descubierto que nos hemos quedado sin ahorros. No queda nada.

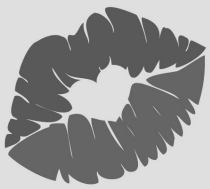
Ese dinero era para pagar los estudios de Sera y se ha esfumado. Rompí a llorar.

Se ha jugado todo lo que teníamos y hay una parte de mí que no puede evitar pensar que es por mi culpa.

Antes de que llegara Ronaldo, éramos felices.

Y ahora… Ahora estamos hundidos.

Sin blanca y sin hogar.



CAPÍTULO 25

La sombra

Si tengo que pasar un segundo más en este salón de baile, voy a empezar a dispararle a la gente solo para liberar algo de tensión. Hay multitud de cabezas en esta sala en las que no me importaría incrustar una bala.

Addie está a mi lado, me coge el brazo con su pequeña mano como si su vida dependiera de ello.

Es adictivo de cojones.

—Vámonos de aquí —le susurro al oído.

La unión entre su cuello y su hombro desprende un dulce olor a jazmín, y tengo que apretar los dientes para calmar el impulso de morderla.

Me vienen destellos de ella arrodillada, con esa rosa roja en el pelo y chupándomela mientras sujeto un cinturón alrededor de su exquisito cuello… Joder.

Se me escapa un gruñido y me cuesta un esfuerzo tremendo contener la sonrisa de satisfacción cuando siento cómo tiembla.

Su reacción es más potente que cualquier droga. Me vuelve totalmente loco, y la necesidad de ponerle la mano alrededor de la garganta y follármela hasta que ninguno de los dos pueda respirar es abrumadora.

Esta mujer me va a convertir en un animal.

Inclina la cabeza hacia la mía y frunce el entrecejo en señal de confusión y de algo parecido a la ira. Seguramente piensa que pretendo largarme de la casa, negándole así la oportunidad de obtener información sobre su bisabuela.

—Tranquila, dulce ratoncita. Me refiero a esta sala.

Se relaja y deja caer un poco los hombros.

Ni que decir tiene que es de esperar que todos los invitados permanezcan en el salón de baile. Pero, si yo fuera una persona que se cubre las espaldas siguiendo las normas y las leyes, no estaría donde estoy ahora.

En casa de un senador con una chica que se supone que no debe quererme.

La cojo de la mano y disfruto del tacto de su piel contra la mía mientras la conduzco fuera del salón. Espero hasta que parece que ya no nos mira nadie y atravieso con ella la puerta para salir

al grandioso vestíbulo.

Este sería un momento perfecto para registrar la casa y ver qué puedo descubrir en el espacio seguro de un pedófilo. Pero, de forma egoísta, lo que de verdad quiero es aliviar un poco la tensión que se le está acumulando a Addie en los hombros.

Hasta ahora lo ha hecho muy bien, joder. Pese a los nervios evidentes, ha conseguido enamorar a todo el mundo. Se podría decir que su actitud tímida e inocente y la suavidad de sus palabras son la dosis diaria que esta gente necesita de las pastillas que los mantienen cuerdos.

Addie me impresiona y me perturba a partes iguales. Porque lo único que ha logrado esta mujer es que esas personas la quieran volver a ver. Y eso es lo último que queremos.

Saco el teléfono y le envío un mensaje rápido a Jay para pedirle que se ocupe de las cámaras de seguridad. He visto decenas de ellas solo desde la entrada al salón de baile, y estoy seguro de que Mark tiene a un equipo vigilándolas para asegurarse de que nadie haga justo lo que nosotros estamos haciendo.

Informarían a Mark de inmediato y nos atraparían antes de haber tenido la oportunidad de divertirnos.

Jay confirma que las cámaras están listas y Addie y yo nos largamos. Sus tacones resuenan contra el suelo de baldosas mientras nos escabullimos por el laberinto de pasillos y habitaciones.

De vez en cuando, abro alguna puerta y echo un vistazo en el interior, pero nunca encuentro nada interesante. Hasta que nos alejamos lo suficiente como para que el ruido del salón de baile deje de traspasar las paredes.

Al final de otro de los pasillos veo unas enormes puertas dobles, cuya madera de cerezo destaca sobre las paredes de color champán.

Me dirijo hacia las puertas; Addie me sigue sin convicción.

—Zade, no deberíamos andar escondiéndonos. Nos vamos a meter en un lío —dice en tono de súplica mirando hacia atrás como si alguien le pisara los talones. Es la quinta vez que lo dice desde que abandonamos el salón, pero sus ojos están dilatados por la emoción.

No puede engañarme cuando su excitación empieza a brotar. Está asustada. Nerviosa. Y esa sensación nunca falla cuando se trata de mojarle el coño.

A la chica le pone el miedo. Desde que me di cuenta de que le excitaba el terror que yo le infundía, supe que no iba a dejarla marchar de ninguna de las maneras. Joder, estaba hecha para mí.

—Shhh, pequeña —susurro acallando sus débiles protestas. Cierra la boca de forma sonora y esta vez no me molesto en contener la sonrisa.

Ha sido demasiado fácil.

Abro las puertas con cuidado y asomo la cabeza para echar un vistazo. Los ojos tardan un momento en adaptarse, pero la sonrisa se me acentúa cuando veo bien la habitación en la penumbra.

Vuelvo a mirar a Addie para que vea mi mueca de comemierda. Ella pone los ojos en blanco y conforma una nueva protesta en su pequeña lengua afilada.

La empujo hacia el interior, cierro rápidamente la puerta detrás de ella y dejo que observe la habitación, acallando una vez más sus objeciones.

Es una sala de cine.

Hay diez filas de cómodas butacas rojas alineadas en las paredes y, en la parte frontal, se eleva

una enorme pantalla con los extremos curvados hacia fuera para ocupar la visión periférica de los espectadores. Da la sensación de que estás dentro de la película, y yo sé cuál es el género de la que vamos a ver.

Observo las paredes acolchadas y las puertas herméticamente cerradas. Esta sala está insonorizada, y casi me tiemblan las rodillas de lo perfecta que está resultando la noche.

—Zade, no sé qué tienes en mente… —se le entrecorta la voz cuando me dirijo al proyector situado al fondo de la estancia.

Allí me encuentro con una pantalla de visualización en la que se muestran los controles del proyector junto con miles de opciones de películas para ver. Algunas ni siquiera han llegado a los cines.

Selecciono la película de terror más reciente, que se estrenará en un par de meses. Eso significa que Addie no la ha visto y la experiencia será totalmente nueva.

Espero que sea buena y tenga el efecto que busco.

—Zade, no deberíamos estar aquí —musita retrocediendo hacia la puerta.

Me río entre dientes.

—Siempre siguiendo las normas —observo mientras juego con los botones de la pantalla—. Dime, ratoncita, ¿estás muy unida a tu padre?

Resopla y me dice:

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Tu padre es abogado, ¿verdad? Alguien que sigue las normas. Imagino que fue de él de quien heredaste esa costumbre, ¿no?

En tono de burla, responde:

—No. No fue él quien me lo enseñó.

Me detengo para mirar hacia atrás y le dirijo una sonrisa pícara.

—Entonces ¿tienes problemas con papi?

—Yo no tengo problemas con mi padre —contesta—. Al menos ninguno grave. Podría decirse que, de alguna forma…, él siempre ha estado por ahí. Pero la fuerza de mi madre era tal que lo solía dejar en un segundo plano.

Cuando acaba, vuelve a resoplar, y parece que está algo incómoda.

—Bueno, si antes no los tenías, ahora sí —digo sonriendo cada vez más al ver cómo se le tiñen de rubor las mejillas.

Se le agrandan los ojos y se queda con la boca abierta de la conmoción. Quiero aprovechar para volver a meterle la polla por ahí. Sus habilidades son muy refinadas en ese campo.

Y pensar en cómo ha llegado a adquirir esa destreza hace que me vengan pensamientos homicidas durante un breve instante.

—¿Estás diciendo que eres mi papi? —balbucea con incredulidad, atrayendo de nuevo mi atención hacia ella.

—Así es, nena. Y tú eres mi niña buena —digo con soniquete antes de pasarme la lengua por el labio inferior y mirarla como… Joder. La de cosas que le haría a esta mujer. Cosas que evidenciarían lo loco que puedo llegar a estar.

—No lo soy —protesta ella débilmente.

Dejo la película por el momento y avanzo hacia ella, disfrutando al ver cómo se aleja de mí mientras se dirige de espaldas hacia una pared. Si Addie pudiera, me chamuscaría con el calor de

su luz. Menos mal que aún no se ha dado cuenta del poder que posee.

No dejo de perseguirla hasta que estrecho mi cuerpo contra el suyo, entusiasmado al notar sus pezones a través del fino vestido.

Tenerla antes arrodillada ante mí, chupándome la polla como si le fuera la vida en ello, pero aun así enfadadísima al respecto, ha sido el espectáculo más magnífico que he visto jamás.

En ese momento ella trataba de recuperar su poder y yo estaba encantado de demostrarle que nunca lo había perdido. Esta hermosa mujer me tiene en la palma de la mano, pero es incapaz de verlo así.

Yo soy el que de verdad corre peligro.

—¿No? —susurro. Le levanto la barbilla y rozo suavemente mis labios con los suyos. La agitación con la que respira hace que mi polla ponga a prueba los pantalones—. Si fueras mi niña, adoraría cada centímetro de tu cuerpo mientras nuestras almas estuvieran conectadas a esta tierra. Mi lengua no dejaría ninguna parte de ti sin tocar. —Le doy un mordisquito en el labio inferior y le arranco un gemido de la garganta—. Sin saborear —murmuro antes de sacar la lengua y pasársela por el borde de los labios.

Deslizo la mano hacia arriba para cogerle la delicada garganta y no puedo evitar un profundo bramido. Mis dedos le rodean prácticamente la totalidad del cuello.

Se lo podría romper con mucha facilidad. Hacerle moratones. Dejarle mi marca con la lengua y los dientes.

—Si fueras mi niña —digo en voz baja notando cómo el deseo crece peligrosamente—, tu dulce coñito estaría tan lleno de mí que olvidarías lo que significa sentirse vacía. Me metería tan dentro de ti que tendrías que sacarme a cuchillazos.

Entonces enseño los dientes y le aprieto la garganta hasta que la cara se le pone rosa, abrumado por la idea de que intentara algo tan inútil.

—Te desangrarías antes de que eso llegara a ocurrir —le digo.

—Claro que lo haría —carraspea. Aflojo la mano lo suficiente para que pueda continuar—. Cogería un cuchillo y cortaría cada centímetro de piel de mi cuerpo. Así no quedaría nada de tu tacto.

Levanto una ceja y gruño haciendo mofa; su insolencia me ha excitado y enfadado a la vez.

—Eso ya lo veremos… —Me inclino para asegurarme de rozarle el pabellón de la oreja con los labios y, en un susurro, digo—: Mi niña.

Cojo a Addie de la mano y la arrastro hacia la pantalla táctil para empezar a reproducir la película. Después me siento justo en el centro de la primera fila y la obligo a que se ponga en mi regazo.

Intentó sentarse a dos butacas de mí, pero lo único que consiguió fue arrancarme una carcajada. Durante los cinco segundos que duró la lucha que acabó con su cuerpecito sobre el mío, no dejó de soltar improperios por la boca.

El sonido envolvente retumba cuando aparecen los títulos de crédito y Addie se asusta, apretándose contra mí. Le rodeo la cintura con el brazo y la deslizo hacia atrás hasta amoldarla a mi cuerpo. Su culo respingón se adapta perfectamente a mi polla tiesa y, en cuanto siente lo duro que estoy, se pone rígida.

—Zade —advierte sin aliento, aunque ninguno de los dos siente ya el efecto.

Me callo y dejo que se acomode lentamente sobre mí mientras empieza la película. Aunque ha

relajado los músculos, sigue nerviosa. Me apostaría lo que fuera a que ahora mismo va a tope de endorfinas, entre el miedo a que la pillen, la conversación que acabamos de tener y la película.

La escena inicial ya es espeluznante; logra establecer el tono de inmediato. Addie se retuerce en mis brazos y aprieta con fuerza los muslos.

Transcurridos veinte minutos, la película se vuelve cada vez más aterradora de un modo muy sutil. Yo no le presto atención: todo esto es por Addie.

Tiene los ojos abiertos como platos y pegados a la pantalla, respira de forma agitada y el pecho le palpita frenéticamente. El primer susto la hace chillar, casi se le salta el corazón.

Bajo la luz parpadeante, veo cómo el deseo le ruboriza la piel y cómo se le forma una gotita de sudor en el nacimiento del pelo.

—¿No la estás viendo? —pregunta con la voz apenas una octava por encima de un susurro.

—Sí —murmuro con un tono más grave y ronco que rebosa necesidad.

Respira de forma entrecortada y comienza a llevar sus ojos lentamente hacia los míos. Esos labios de botón de rosa están entreabiertos y me mira con un calor desenfrenado.

Me paso la lengua por el labio inferior y espero hasta que ella lo ve para agarrarle la suave tela del vestido y subírsela por encima de las caderas.

—Para —dice entre jadeos. No le hago caso. Intenta pegarme con las manos, pero no tiene nada que hacer contra las mías.

Con la más indecente de las intenciones, le acaricio el pliegue de los muslos y se los separo de un tirón.

Me agarra con fuerza de los antebrazos, como si quisiera detenerme. Pero en realidad no opone resistencia, ni siquiera cuando le separo tanto los muslos que tiene que apoyar cada pierna en una de las butacas que tenemos a los lados.

—¿Qué haces? —pregunta con un gritito ahogado mirándome las manos con inquietud. Levanto una y la cojo por la mandíbula para obligarla a que se centre en la pantalla.

—Mira la película —gruño.

En la pantalla, de repente aparece una criatura que capta lo suficiente la atención de Addie como para que vuelva a asustarse. Resuena un grito de sobresalto mientras se encoge y se aferra más a mí.

Suelto un gemido; la sensación que me produce el roce de su culo contra la polla me deja prácticamente ciego de placer y necesidad.

Le deslizo las puntas de los dedos por la cremosidad del muslo, haciéndola revolverse a mi tacto con un deseo inquieto. La escalofriante música de la película va *in crescendo* y le altera la frecuencia cardiaca a niveles peligrosos, como los de una persona que es perseguida por un ser sacado de sus peores pesadillas.

—Zade —suplica sin resuello, desesperada por algo a lo que no es capaz de poner nombre.

Miro hacia abajo y reprimo un gemido cuando veo que está desnuda.

—Es posible que eso no acabe bien para ti —musito.

Ella se pone rígida.

—¿Por qué?

—Cuando acabemos, la corrida te va a chorrear por las piernas —digo alegremente—. Menudo escándalo.

—Con un vestido como este, prefiero tener los muslos mojados a que se me marquen las

bragas.

Le acaricio los pliegues del sexo con los dedos, deleitándome con la cantidad de fluido que se me acumula entre ellos. La toco con delicadeza, privándola del verdadero placer.

—Zade —dice enfadada con una voz enérgica y exigente. Yo sonrío, aunque me niego a ceder.

—¿Estás viendo la película, Adeline? —pregunto con aspereza—. No me hagas repetírtelo.

Vuelve a fijar los ojos en la pantalla de inmediato y, cuando la criatura mata brutalmente a una persona, profiere otro grito ahogado que se le escapa de entre los labios pintados.

El coño le palpita y de la raja le brotan fluidos que caen sobre mis dedos. Suelto un gemido mientras lucho contra el impulso de hundirle los dedos en lo más profundo del coño para sentir cómo se corre sobre mí.

Saco la lengua, le lamo el cuello e inhalo su aroma a jazmín. Saboreo la salinidad de la fina capa de sudor que le cubre la piel.

Sabe a puta gloria. Se me hace la boca agua solo con pensar en lamer el líquido que me empapa la mano. Me niego ese placer y mantengo la mano pegada a su coñito mojado.

Cediendo a su súplica silenciosa, hago girar la yema del dedo corazón sobre su clítoris, presionando lo justo para hacer que eche la cabeza hacia atrás en éxtasis.

Esta vez, cuando susurra mi nombre, su tono es de inmenso placer.

Se sobresalta con un grito de la película y vuelve a erguir la cabeza.

—P-podría entrar alguien —dice casi sin voz mientras la acaricio de manera firme y constante. Cuando le pellizco su sensible clítoris con los dedos, tuerce los ojos y suelta un sensual gemido con los labios entreabiertos.

—¿Eso hace que se te moje el coño? —pregunto fervorosamente sin dejar de frotarle el clítoris con el dedo—. ¿Te excita saber que podría entrar alguien en cualquier momento y te viera abriéndote para mí?

Mueve la cabeza, negando la verdad al igual que niega lo mucho que me desea.

—El miedo a que te pillen con mis dedos metidos hasta el fondo del coño… —hago una pausa para dejar claro lo que quiero decir mientras le meto el dedo corazón y le arranco un gritito agudo— hace que estés desesperada por correrte, ¿verdad?

Añado otro dedo y me la follo con movimientos rápidos y bruscos. Se le agudiza la respiración y los gemidos aumentan a medida que se acerca al orgasmo.

Mis ojos van y vienen de lo que le hago con los dedos a su cara. Hace rato que ha bajado la mirada hasta mi mano, desafiando mis órdenes una vez más.

A mitad de movimiento, saco los dedos y uso la otra mano para cogerle la cara y apretarle con fuerza la mandíbula. Se pone a gimotear, tanto por la pérdida como por el dolor que le atraviesa el rostro.

Le doy un manotazo rápido y fuerte en el coño, y el grito de dolor que se escapa de sus labios me produce una gran satisfacción.

—¿Qué te he dicho? —El pecho le sube y le baja, y agita las caderas en el aire desesperada por volver a sentir cómo mis dedos llenan su interior.

—Que mire la película —responde chupándose el labio entre los dientes mientras vuelve a centrar los ojos vidriosos en la pantalla.

—¿Estabas escuchando? —digo gruñendo y negándome a tocarle ese coño tan necesitado.

—Yo… No. Lo siento —contesta en voz baja con el entrecejo profundamente arrugado. La disculpa la ha hecho sentirse incómoda, así que, para minimizar sus preocupaciones, le vuelvo a hundir los dedos bien adentro.

Libera un largo gemido, pero en ningún momento despega los ojos de la pantalla.

—Buena chica —la felicito. En respuesta, ella me aprieta los dedos con la mano—. Si te pillo desobedeciéndome una vez más, no podrás correrte. ¿Me has entendido?

Asiente moviendo la cabeza de forma tensa y entrecortada debido a la fuerza con la que le cierro los dedos sobre las mejillas.

Le suelto la cara, llevo la mano hasta la parte delantera de su vestido y tiro con fuerza de él hacia abajo. La tela le hace presión por debajo de las tetas, haciendo que se hinchen. Con un gruñido, le rodeo un pecho con la palma de la mano y lo aprieto con firmeza antes de masajearle la punta afilada del pezón con los dedos.

Reanudo los favores de la mano que tengo entre sus muslos con embestidas lentas y lánguidas. Así alargo su placer y le arranco más gemidos deliciosos de la boca. Aunque entorna los ojos, no los aparta de la pantalla.

Los ruidos fuertes y húmedos se mezclan con el sonido de la película mientras meto y saco los dedos. Joder, está tan húmeda que ha creado un charco en mis pantalones y en el asiento que tenemos debajo.

Paso de morderle y lamerle el cuello a susurrarle palabras lascivas al oído. Esta vez, quiero que el orgasmo crezca a un ritmo más lento y doloroso. Irá apareciendo poco a poco y a la vez lo sentirá muy lejos de su alcance.

—Este dulce coñito necesita mis dedos desesperadamente, ¿a que sí? ¿Notas la fuerza con la que me agarras? Me cuesta sacarte los dedos de dentro para poder follarte con ellos.

De la pantalla surge una vibración siniestra y el pulso de Addie parece volverse aún más errático.

—Por favor, Zade… —me ruega mientras me muerde con las uñas en los brazos. Las mangas me alivian la punzada, pero la presión aumenta hasta el punto de que temo que se le empiecen a romper las uñas, que lleva pintadas de rojo.

Le agarro la garganta con la mano libre y presiono con vigor hasta que la cara se le pone rosa y se queda sin aliento. De sus labios brotan gemidos entrecortados cuando aumento el ritmo y le froto impetuosamente el clítoris con el pulgar.

—Dios… —dice aspirando sobresaltada.

—Exacto, yo soy tu Dios.

—¡Zade! —grita justo antes de aferrar el coño a mis dedos con tanta fuerza que apenas puedo moverlos.

Arquea la espalda y echa la cabeza hacia atrás, ya traspasado el punto en el que le preocupaban mis exigencias y la película. Se le quiebra un sollozo en la garganta mientras sigo empujándola y haciendo que aguante el orgasmo hasta que todo su cuerpo se convulsiona y trata con desesperación de apartarme la mano.

—Dios…, Dios… Para, Zade —grita rítmicamente con los fluidos brotándole de dentro con tanta intensidad que siento cómo se derraman más allá de mi mano.

Por último, saco los dedos y los lamo mientras ella me mira con expresión libidinosa. Está satisfecha, pero el pudor, la vergüenza y la ira vuelven a apoderarse de ella poco a poco.

A medida que se le baja el subidón, la realidad se va imponiendo.

No puedo evitar reírme cuando se revuelve para levantarse de mi regazo y se recoloca el vestido: aunque está algo más arrugado que antes, no es menos bonito.

Tengo una pequeña mancha de humedad entre las piernas, pero afortunadamente los pantalones negros la disimulan y la mayor parte ha caído en la butaca. Me entran ganas de dejarle un billete de cien dólares a quien le toque limpiar eso.

—No me puedo creer que hayamos hecho algo así —murmura en voz baja, como para ella misma, mientras se pasa las manos por el pelo y comprueba que no haya nada fuera de su sitio.

—Estás preciosa —afirmo interrumpiendo su constante refunfuño y haciéndola callar. De forma sutil, me lanza una mirada por encima del hombro, pero no parece reconocer mis palabras.

—Así que, no contenta con temerme solo a la luz del día, además solo me amas cuando hago que te corras.

Eso llama su atención. Se da la vuelta y, con fuego en la mirada, me suelta:

—No te amo.

—Todavía —replico, y remato el comentario con una sonrisa. Ella entrecierra los ojos hasta convertirlos en finas rendijas.

—Vamos, ratoncita. Ya has perdido bastante tiempo dejando que te adore el coño, vamos a buscar algunas respuestas.

Paso por su lado y camino delante de ella hacia las puertas. Aun así, oigo cómo me llama «gilipollas» en voz baja, algo que no hace más que alegrarme, puesto que significa que le he llegado al corazón.

CAPÍTULO 26

La manipuladora

Me siento agitada y los muslos me resbalan empapados en mi propia viscosidad mientras corro detrás de Zade.

No se molesta en apagar la película. Sencillamente salimos de la sala y volvemos a toda prisa al salón.

Es como si nadie se hubiera dado cuenta de que nos hemos ido. Pero eso no puede ser, ¿verdad? A estas alturas, Zade ya se ha trabajado toda la sala y, por mucho que me cueste admitirlo, es un tipo inolvidable.

Por no decir otra puta cosa.

Pasan dos minutos y un hombre se acerca a nosotros; su uniforme negro y el chaleco blanco revelan su cargo.

—Señor Forthright, señora Reilly, síganme, por favor —nos indica el mayordomo, Marion.

De repente, me encuentro en un estado de sobriedad absoluta y el orgasmo persistente ha desaparecido por completo.

Marion nos conduce por varios pasillos y nos señala algunos de los cuadros y objetos históricos que atesora Mark.

Asiento con la cabeza y emito sonidos de admiración, pero mi mente se va hacia Gigi y la información que podría obtener esta noche. Es posible que Mark decida darme migas de pan para que acabe volviendo a por más, pero no le servirá de nada.

No va a conseguir que vuelva a entrar en esta casa. Todavía no estoy del todo segura de si venir aquí ha valido la pena.

Al menos he visto una película que aún no se ha estrenado, aunque no llegara a conocer el final.

De todas formas, tampoco es que recuerde gran cosa al respecto. Tenía la mirada perdida y solo podía concentrarme en…

«Basta, Addie».

Se me revuelve el estómago al recordarlo y hasta que entro en el despacho de Mark no vuelvo a centrarme del todo en el presente.

—Mis dos personas favoritas —vocifera Mark con un puro encendido entre los dedos y una

copa de cristal llena de un líquido de color ámbar oscilante en la otra mano.

Parece borracho. Su rubicunda cara está sonrosada y tiene los ojos un poco vidriosos.

—Por favor, sentaos —nos dice señalando el lujoso sofá de piel que hay junto al escritorio.

Zade y yo tomamos asiento y al momento se ponen a conversar sobre la fiesta entre ellos. Yo añado mi granito de arena cuando lo considero necesario y apunto lo bonitas que son las lámparas de araña y los fascinantes objetos que decoran la casa.

A él le satisface el cumplido y se le dibuja una sonrisa en el rostro.

—Todo es gracias a mi mujer, por supuesto. Ella disfruta gastándose mi dinero y, si decorar esta casa es lo que la hace feliz, puedo vivir con ello —bromea. Su tono es festivo, pero sus palabras rebosan condescendencia y pretenden ser un ataque—. Seguro que sabes lo mucho que les gusta nuestro dinero a las mujeres, ¿eh, Zack?

Y ahí está la guinda que corona su helado de misoginia. Apuesto a que el helado sabe a piel magullada y corazón sangrante.

Zade sonríe, en un acto casi primario y lleno de peligro.

—Es un pequeño precio que debemos pagar teniendo en cuenta que nos dan algo tan valioso cada día. Y, en mi opinión, creo que ni siquiera me lo merezco, pero soy un bastardo egoísta y lo voy a aceptar de todos modos —responde crípticamente. No sé por qué, pero he entendido exactamente lo que ha querido decir.

«Amor».

El amor no tiene precio. Como han demostrado los infames negocios de Mark, los coños pueden comprarse y los hay a patadas, tanto si se los fuerza como si se obtiene su consentimiento. Y, a pesar de todas las maneras en que Zade me ha obligado a arrodillarme ante él, lo único que siempre ha querido de mí es ver su adicción correspondida. Porque eso es lo único que no puede tomar o forzar.

Puede obligar a mi cuerpo a sucumbir ante él, pero no puede obligar a mi corazón a latir por él.

El hecho es que, irónicamente, parece que eso es lo que más anhela de mí.

Mark se lo toma como haría la mayoría de los hombres. Se ríe y me guiña un ojo, como si supiera sin ningún atisbo de duda el valor incalculable que puede tener mi coño. Si tuviera que adivinar qué tipo de hombre es Mark, diría que de los que me pondría precio en un abrir y cerrar de ojos.

—Sé exactamente a qué te refieres —dice entre risas.

«¿De verdad, gilipollas?».

Me encojo de hombros.

—Mark, creo que tú sí que eres afortunado. Basta con mirar a Claire para darse cuenta de que es una mujer fuerte y capaz. Esas son las más peligrosas —añado con un guiño, sabiendo que va a caer en saco roto. Mark está demasiado cómodo en el patriarcado como para considerar que Claire podría clavarle un cuchillo en el cuello una noche mientras duerme.

Nuestro anfitrión se burla, pero capta la indirecta y cierra la boca. Al menos no está tan piripi como para que se desplome su estado de ánimo.

Zade parece relajado y sereno, pero sé que la bestia que se esconde en su alma se pasea de un lado para otro a la espera de que la liberen. Lo sé por la sutil flexión de su puño y por la forma en la que su sonrisa se vuelve amenazadora y feroz. Sencillamente, puedo sentir la energía que

irradia bajo esa fachada de tranquilidad.

¿Por qué el hecho de que Zade quiera matar a un hombre por hacer un comentario sórdido que podría soltar la mayoría de los tíos me hace querer repetir el favor que me obligó a hacerle en la entrada de mi casa? Esta vez yo estaría mucho más… dispuesta.

Lo odio.

—Adeline, hablemos del asunto de tu bisabuela. Gigi era una mujer hermosa. Guardo ese claro recuerdo incluso de cuando era pequeño —continúa.

Escalar una montaña requeriría menos energía que la que necesito para no poner los ojos en blanco ante su comentario.

Por supuesto, esas son las cosas que calan en Mark. Gigi era guapa, a quién coño le importa la personalidad, ¿no?

Me aclaro la garganta y esbozo una sonrisa.

—Sí que lo era.

Mark echa la cabeza hacia atrás, como si se refugiara en un recuerdo.

—Es difícil olvidar sus característicos labios rojos. Creo que nunca la vi sin ese pintalabios.

—¿Recuerdas algo de su asesinato? —pregunto tratando de mantener la esperanza a raya.

—Me acuerdo de que John estaba absolutamente destrozado cuando la encontró. Rozaba la histeria, y mi padre tardó horas en calmarlo lo suficiente como para que le contara lo que había ocurrido.

—Dijiste que tu padre pensaba que la había asesinado John, pero ¿crees que podría haber sido alguna otra persona? —lo presiono. Ya sabía que mi bisabuelo se quedó como loco. En el informe policial se mencionaba que amenazaron con sedarlo.

Lo que de verdad me interesa saber es qué información tenía su padre sobre el caso. Quizá conocía algún detalle que no figuraba en ninguno de los expedientes.

Se encoge de hombros.

—Por lo que recuerdo, él creía que tu bisabuela se veía con otro hombre a espaldas de John. Al parecer, mi padre no pudo averiguar quién era, así que la investigación siguió otras vías. Pero mi padre estaba casi seguro de que ese era el motivo por el que John se volvió loco y mató a Gigi.

Tuerzo los labios y miro a Zade, que me observa con una expresión ilegible.

Él ha ojeado los diarios de mi bisabuela y sabe que tenía un acosador. Pero no parece que ni Mark ni su padre conocieran esta información, lo cual no me sorprende lo más mínimo. Los diarios de Gigi estaban en una caja fuerte, detrás de un cuadro. La policía no habría tenido ningún motivo para creer que podía estar escondiendo algo así.

Contemplo la posibilidad de divulgar lo que sé. Tal vez Mark tiene poder suficiente como para investigar los diarios y ver qué encuentra. Pero me saco esa idea de la cabeza en el mismo momento en el que aparece.

Mark no es un buen tipo. Y solo usaría esos libros para manipularme y engañarme. Estoy segura de que si se los entregara no volvería a verlos.

Además, confío en que Daya pueda conseguir mucha más información que Mark. Me imagino que el padre de Mark está muerto, puesto que habla de él en pasado, y seguramente ocurra lo mismo con los agentes del caso, que, si no están muertos, poco les debe de faltar.

Gigi murió en los años cuarenta, de modo que este caso tiene setenta y cinco años.

—¿Y por qué Frank creyó que la había matado John y no el otro hombre?

Mark se acomoda y mira a lo lejos con ojos vítreos.

—Sera era mayor que yo, me llevaba seis años. Mientras que ella era una adolescente, yo aún era un niño de diez años que solo quería jugar. Por supuesto, Sera siempre fue un ángel y me seguía la corriente, así que, durante los meses previos a la muerte de Gigi, yo le pedía a mi padre ir a Parsons Manor para verla. Y él siempre me respondía que no. Decía que John había desarrollado un problema con la bebida y que aquel ya no era un lugar seguro para los niños. Yo lloraba y lloraba porque lo único que quería era ver a mi amiga. Y entonces mataron a Gigi, y seguí sin comprenderlo.

»Es cierto que, cuando mi padre me dijo que Gigi se había ido, eso me sirvió para entender la muerte, no así la gravedad de la situación. La última vez que pedí ir a la mansión fue unos días después. Mi padre me miró a los ojos y me dijo: «¿Quieres ser el siguiente en morir?». —Se ríe sin ganas—. Nunca olvidaré ese momento. Se me heló la sangre al oírlo. Nunca volví a pedírselo y, con el tiempo, me distancié de Sera.

Frunzo el ceño y varios escalofríos me recorren la espalda. Mi abuela no hablaba mucho de John. Alguna vez mencionó que había sido un padre maravilloso hasta la muerte de Gigi. Es verdad que bebía, pero creo que al principio intentaba ocultarle su ira a mi abuela. Sin embargo, cuando Gigi murió, se armó un jaleo tremendo. Mi abuela nunca me contó cómo había muerto, así que supuse que él no se lo había dicho porque tenía el corazón roto.

Pero no se me había ocurrido pensar que el motivo podía ser mucho más oscuro. Por primera vez, me enfrento a la posibilidad real de que el asesino de Gigi fuera mi bisabuelo.

Me aclaro la garganta y cambio el rumbo de la conversación. En los textos de los diarios, Gigi hablaba de gente que se colaba en su casa debido a la adicción al juego de John, y mi abuela había mencionado de pasada que a su padre le gustaba apostar.

—Mi abuela dijo alguna vez que a John le gustaba jugar. ¿Es posible que les debiese dinero a algunas personas y que, al no poder pagarles, fueran a por Gigi?

Mark asiente con la cabeza, pensativo.

—Todo el mundo sabía que John tenía muy malos hábitos de juego. Hubo un momento en el que casi pierden Parsons Manor por su culpa. La única razón por la que eso no sucedió fue porque Gigi consiguió el dinero necesario para pagar la hipoteca y el impuesto sobre la propiedad —nos relata.

Aprieto los labios. Según uno de sus diarios, Ronaldo pagó las facturas atrasadas, pero Gigi se inventó la excusa de que le había pedido prestado el dinero a una de sus amigas. John quiso saber a quién, pero ella se negó a contarlo y eso provocó una pelea, algo normal si tenemos en cuenta que John era el típico hombre de la época: orgulloso y con un enorme ego.

Pero, por lo que deduje de los textos de los diarios, no hay ninguna certeza de que Ronaldo llegara a pagar ninguna de las deudas de John. Sí que había mencionado que iba a encargarse del asunto y, cuando la mano derecha de la mafia dice esas palabras, puede significar varias cosas.

Tal vez mató a esa gente y con ello hizo que Gigi se ganara algunos enemigos.

Madre mía, si fue así, de verdad que es como si la historia se estuviera repitiendo.

—Entonces ¿cómo pagó a los hombres a los que les debía dinero?

Mark se acaba la bebida antes de echarse más.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, recuerdo haber escuchado por casualidad una conversación al

respecto. Mi padre le dijo a John que tenía que dejar de jugar, pero él no le prestaba la menor atención. John explicó que uno de los hombres a los que les debía dinero era Angelo Salvatore, un conocido jefe de la mafia por aquel entonces. Pero resulta que la mano derecha de Angelo, Ronaldo, convenció a Angelo para que contratara a John.

El esfuerzo que hago para que no se me abran los ojos de par en par es monumental. ¿Está diciendo que John trabajaba para el jefe de Ronaldo? Es imposible que Gigi lo supiera porque, si no, imagino que lo habría mencionado.

—¿Por qué querría contratarlo? ¿Por qué no lo mató?

—Estuvo a punto —contesta Mark. Entonces abre un cajón de su escritorio y saca un puro. Mientras lo enciende, se reclina en el sillón y el cuero cruje bajo su peso. La primera calada inunda el aire de un intenso aroma a madera.

—Nunca olvidaré cómo se puso mi padre con él. Lo insultó y le dijo que podían haberlo matado. John dijo que Angelo le apuntó a la cabeza y que estuvo a punto de apretar el gatillo, pero entonces Ronaldo intervino y le pidió a Angelo que considerara la opción de contratar a John para que pagara sus deudas trabajando para él. —Mark da una calada profunda y luego tose unas cuantas veces mientras le sale humo por la boca—. Supongo que funcionó.

Así que Ronaldo le salvó la vida a John. No me hace falta haber estado allí para saber que solo lo hizo por Gigi. Pero tampoco es que pudiera contarle a Angelo las verdaderas razones por las que propuso ese trueque con la vida de John, de modo que John debía de resultar útil de alguna forma; de lo contrario, la jugada habría sido demasiado arriesgada y Ronaldo podría haber acabado muerto si John no les hubiera servido para nada.

—¿Sabes qué fue lo que hizo por Angelo?

Mark levanta las cejas y esboza una pequeña sonrisa. Casi como si la pregunta le pareciera graciosa.

—En aquella época, John era contable. Se le daban muy bien los números. Estoy seguro de que ayudó a Angelo a blanquear su dinero, pero nunca ha llegado a demostrarse nada.

Parpadeo.

—Si era tan habilidoso con los números y el dinero, ¿por qué se le daba tan mal el juego? Podría haber contado las cartas o algo así.

Mark rompe a reír y su rollizo estómago se pone a temblar.

—Qué graciosa eres, Addie. Tienes razón; creo que, si John hubiera estado en su sano juicio cuando jugaba, podría haber ganado mucho dinero. Pero no pudo dejar la bebida. Angelo le dijo a John que le importaba una mierda lo que hiciera en su tiempo libre, pero que, si se presentaba borracho a trabajar y la cagaba con su dinero, era hombre muerto.

Arrugo las cejas. Me cuesta creer que Angelo tomara la decisión de ir a por Gigi si John metía la pata, pero eso no significa que John no hiciera algo más para cabrear al capo mafioso.

Hay infinitas formas en las que John podría haber hecho que mataran a Gigi.

—¿No les contaría eso Frank a los agentes porque creía que John era culpable? ¿No lo investigaron?

Mark suelta una risotada seca.

—¿Has intentado alguna vez inculpar a un jefe de la mafia de un crimen? No es tan fácil, señorita. Tienen comprada a gente de todo tipo. La investigación se archivó por falta de pruebas. Si quieres mi opinión, creo que John le cogió el gusto al peligro y, ya fuera porque Gigi tenía una

aventura o porque quería dejar a John, se le cruzaron los cables y la mató.

Dios bendito.

Es probable que eso sea cierto. Muy probable.

—Tengo una última pregunta —digo jugueteando con el vestido. Lo estoy arrugando, pero no me importa—. ¿Por qué Frank se volvió contra John? Eran muy buenos amigos. ¿Cómo es que no le dio a John el beneficio de la duda en lugar de intentar culparlo con tanto ahínco?

Se toma un momento para darle una calada al puro.

—Supongo que vio quién era John realmente y decidió intentar que se hiciera justicia con Gigi, aunque eso significara encerrar a su mejor amigo. Entre su forma de beber, su mal genio y su relación con la mafia, creo que se puede afirmar que se estaba convirtiendo en un hombre violento. Eso explicaría por qué mi padre se quedó tan destrozado por todo cuando se demostró la inocencia de John.

Frunzo el ceño y no puedo evitar sentir compasión por el padre de Mark.

Se vio atrapado en una vorágine bastante tóxica de engaños, mentiras y delitos entre Gigi y John. Imagino que eso le pasaría factura a cualquiera.

—En fin, creo que ya está bien por hoy. En unas semanas organizaremos una gala benéfica anual. Podríamos vernos entonces y seguir tratando este asunto —dice Mark con ojos chispeantes.

—Comprobaré mi agenda —interrumpe Zade para librarme de tener que formalizar ningún compromiso. En general, no me gusta que insinúe que él manda, pero ahora mismo solo puedo agradecérselo.

—Desde luego —concede Mark con una sonrisa algo más tensa.

Se tira una hora más hablando de cosas aburridas relacionadas con el trabajo, bebiendo alcohol y dándole caladas a su preciado puro; se le ve cada vez más borracho.

Apenas lo escucho, ya que estoy demasiado absorta pensando en todo lo que me acaba de contar. Y quizá algo desconsolada por la idea de que a Gigi la podría haber asesinado su propio marido. Alguien a quien amaba y en quien confiaba, a pesar de su aventura extramatrimonial.

Aunque lleves más de una década casada con alguien, es posible que nunca llegues a conocerlo de verdad ni a saber de lo que es capaz.

Miro a Zade. Empiezo a saber exactamente de lo que es capaz y da un miedo que me paraliza.

Zade es aterrador de cojones.

Es inevitable pensar que cabe la posibilidad de que, si alguna vez me enamorara de él, también podría volverse contra mí.

Por cuarta vez, el teléfono de Mark suena mientras conversamos. Siempre se le ensombrece el rostro cuando consulta quién le llama.

—¿Va todo bien? —le pregunta Zade al observar su extraño comportamiento.

Mark mira a Zade y esboza una sonrisa forzada antes de intentar guardarse el teléfono en el bolsillo.

Debido a su estado de ebriedad, se le cae, y casi resulta doloroso ver cómo intenta recogerlo. Los crujidos de sus huesos se oyen desde aquí.

A medida que el alcohol se apodera de su cuerpo, solo puedo centrarme en que parece envejecerlo aún más.

En las manchas de su calva, las manos oscurecidas y las bolsas de los ojos se le han formado

nuevas arrugas.

Es un hombre feo. Por dentro y por fuera. Y es sorprendente que su depravación alcance esos niveles cuando tiene todo lo que la mayoría de la gente desea en la vida: dinero, poder, influencia y una bella esposa que podría haberlo amado si él no fuera tan despreciable.

—Sí, es solo que algunos de mis colegas se están dejando llevar por el pánico debido a un es-estúpido vídeo que se ha filtrado —balbucea Mark, que por fin logra meterse el teléfono en el bolsillo.

A mi lado, Zade se pone tenso, aunque mantiene su expresión indescifrable.

—¿Se ha filtrado un vídeo?

Mark agita una mano, como restándole importancia a lo que ha confesado. Miro a Zade y noto cómo aprieta la mandíbula.

—Sí, pero no paro de decirles que no hay nada de lo que preocuparse. Nuestra So-sociedad se encargará del asu-sunto y no se enterará nadie.

Abro la boca, lista para fisgonear, pero Zade me lanza una rápida mirada de advertencia que me hace cerrarla de golpe.

Debe de referirse a los vídeos de los rituales.

—Estoy seguro de que están tomando las medidas oportunas para encargarse del vídeo y de la persona que lo filtró —asegura Zade despreocupadamente mientras le da vueltas a su bebida como si hubiera especias en el fondo de la taza.

—¡Siempre lo hacen! —grita Mark con pasión al tiempo que da una aborrecible palmada en el recargado escritorio—. Ya se han encargado del vídeo, pero parece que encontrar a quien lo filtró es lo que está dando má-más problemas. Llevan meses interrogándonos y vi-vigilando todos nuestros movimientos.

Me parecía imposible que la cara de Mark pudiera ponerse más roja, pero empieza a parecerse a Elmo de *Barrio Sésamo*.

—Bueno, sea como sea, seguro que se soluciona pronto.

Zade cuida mucho sus palabras y evita de forma consciente husmear y sacar más información. No sé si porque lo que dice Mark es suficiente o porque Zade juega a largo plazo.

—Ya, claro —murmura Mark—. Supongo que lo bueno es que no nos puede pasar nada. Si uno de nosotros de-desaparece y la Sociedad ve in-indicios de juego sucio, ¿sabes qué harán? Levantarán el culo y se tra-trasladarán en cuestión de horas. —En voz baja, murmura—: De todos modos, sabremos a quién culpar.

No oigo la última parte de lo que dice, pero, por un instante, parece que nombra a Z.

Tras una pausa embarazosa, parece que Zade necesita serenarse. Mark está demasiado borracho como para ser consciente de las palabras que vomita por la boca.

No sé quién coño conforma esa Sociedad, pero es evidente que no pueden fiarse de la bocaza de Mark cuando va ebrio. No deja de soltar todo tipo de sandeces y, aunque yo no le encuentro sentido a la mayoría, está claro que Zade sí.

—Me alegro, no me gustaría que le pasara nada a mi nuevo amigo —bromea Zade con desparpajo relajando la expresión mientras le miente a Mark a la cara.

Mark se lo traga, se ríe con Zade y se pasa los diez minutos siguientes diciéndole a mi sombra lo contento que está de que se hayan conocido.

La ironía casi me hace resoplar. Zade es juez y verdugo de Mark, pero el senador es

demasiado imbécil para darse cuenta.

Zade le ha ido dando sorbos al líquido ámbar que hay en su taza durante toda la perorata sentimentaloide pero, cuando nos levantamos para irnos, parece que apenas se ha tomado el equivalente a un par de cucharadas.

—Muchas gracias por invitarme —le digo con amabilidad. Mark me envuelve la mano entre las suyas y me transmite una sensación de frío que se me incrusta bajo la carne, hundiéndose profundamente como un parásito. Tiene las manos sudorosas, pero yo solo siento hielo.

Este hombre… es malvado. Su tacto es el de un cadáver.

Retiro la mano y resisto el impulso de limpiármela en el vestido.

No me gustaría estropear un vestido tan bonito.

Justo cuando salgo, Mark grita:

—Nos vemos, Adeline.

En cuanto se cierra la puerta, Zade gruñe entre dientes:

—Estarás muerto antes de que eso ocurra.

Nunca pensé que podría consentir un asesinato, pero con Mark… quizá pueda pasarlo por alto solo esta vez.

La semana siguiente Zade sigue apareciendo por mi casa. Por mis sueños. Por mis putas pesadillas. Y, en este preciso momento, con su mano envolviéndome firmemente la columna del cuello y apretándomela hasta que hace que se me nuble la vista, se parece más al infierno que a una pesadilla.

Es la décima vez que me paralizo y no consigo mover los miembros. El calor me azota por dentro y la crudeza de sus ojos (siente un placer despiadado al vaciarme de vida) no hace más que avivar la única llama que arde en mi interior.

Cuando me suelta, chasquea la lengua y me mira de reojo. Como si supiera exactamente lo retorcidos que tengo los órganos.

Que le jodan.

Estoy sudando a mares y cabreada a más no poder. Me sigue llamando ratoncita, pero, hasta donde yo sé, las ratonas no parecen ratas de alcantarilla ahogadas.

—Eres diez veces más grande que yo, ¿esperas que me zafe de una llave de estrangulamiento? —me quejo sobre todo por la vergüenza que me produce mi continuo fracaso.

—Eso mismo —responde Zade con paciencia y una sonrisilla en los labios. Le voy a dar un puñetazo.

—Ya lo he intentado unas cuantas veces —señalo—. Y no lo he conseguido.

—Porque no me escuchas. Apenas te mueves.

Con cierto desdén, alego:

—Sí que lo hago.

Arquea una ceja en desacuerdo.

—Cada vez que te estrangulo, te aturullas e intentas darme un rodillazo en la polla. No haces los movimientos que te he estado enseñando.

Se me sube la sangre a las mejillas y estoy segura de que parezco una cereza roja brillante.

—Eso es mentira —replico.

Él sonríe y me vuelve a agarrar con fuerza por el cuello, empujándome contra la pared. Los ojos se me abren y, si tuviera algo de sentido común, haría los movimientos que lleva una hora enseñándome.

Pero lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente.

—Libérate de la llave, Addie —dice con calma. Su voz profunda me provoca deliciosos escalofríos.

Voy a aclararme la garganta, pero entonces recuerdo que me la está aplastando la inmensa mano de Zade.

«Puedes hacerlo, Addie. Si tienes calor es solo porque te has olvidado de abrir la ventana».

Levanto el brazo, lo llevo hacia delante y se lo paso por encima del brazo que tiene extendido para acabar dándole un empujón hacia abajo con todas mis fuerzas. Su brazo se mantiene firme mientras gira el cuerpo para contrarrestar mis movimientos e impedir la huida.

—¡No puedes hacer eso! —le grito al tiempo que le lanzo un puñetazo al pecho y mi puño rebota contra sus músculos de acero.

Me suelta.

—¿De verdad crees que un atacante va a hacer lo que tú quieras? Si estás intentando escapar, hará todo lo posible para asegurarse de que no lo consigas.

Resoplo, ya sin aliento y dispuesta a volver a los rodillazos en las pelotas, o a intentarlo, al menos. Puede que prefiera pateárselas. Aunque mi pie solo llegue a rozarle los pelos de los huevos, me sentiré más realizada que ahora.

—Eres demasiado lenta. Se te ven las intenciones a kilómetros de distancia. Tienes que ser más rápida y pillarme desprevenido con un ataque fuerte y veloz.

Repasa los movimientos conmigo varias veces más mientras me guía los brazos suavemente con las manos.

Llevamos así toda la semana. Ahora que Mark ha puesto los ojos en mí, a Zade le ha entrado la paranoia de que puedo desaparecer en plena noche.

He visto arrugas de preocupación en sus ojos cuando me explicaba la posible amenaza que se cierne sobre mí. Una amenaza mucho más grave que la que suponían Max y sus compinches.

Los hombres de Zade han estado merodeando por el exterior de mi casa y tengo la sensación de que no se han movido de allí desde que abandoné la mansión de Mark. No había reparado en su presencia hasta hace unos días y el hecho de no haberme dado cuenta me hizo entrar en razón.

La frustración que siento ante la situación se incrementa cuando vuelvo a fracasar en el intento de librarme del estrangulamiento de Zade. No necesitaría saber toda esta mierda si Zade me hubiera dejado en paz. Si me hubiera dejado vivir tranquila y feliz ignorando los terrores del mundo que me rodea.

Yo era feliz. Me aburría, pero era feliz.

Y ahora mi propio acosador me enseña movimientos de defensa personal. No para utilizarlos contra él, sino contra sus enemigos. No se me escapa la ironía, tan solo es la manera de aprender a no morir asfixiada.

—Todo esto es culpa tuya —digo en un hilo de voz mientras una gota de sudor se desliza hasta mi ojo. El calor es insignificante comparado con el fuego que me arde en el pecho.

Zade se detiene y me estudia minuciosamente con la mirada.

—¿Tú crees? —responde.

—Finges que te importo, o lo que sea que te digas a ti mismo que sientes por mí, pero me has puesto en peligro. Eres consciente de eso, ¿verdad? Max nunca habría venido.

Da un paso hacia mí y, sin pensarlo, cierro la boca. Su presencia es poderosa y aprovecha mi disposición a doblegarme ante él. Lo quiera o no.

—No quieras hacerme creer que la historia hubiera acabado al follarte a Archie. Ese hombre te habría arrastrado a una vida llena de dolor y sufrimiento, y Max y los demás se habrían quedado de brazos cruzados mientras Archie te destruía por dentro. Lo que hice fue salvarte de esa vida.

Suelto un gruñido y digo:

—Pero él no habría venido a por mí si no hubieras matado a Arch.

—Tienes razón, cometí el error de no acabar con Max cuando me cargué al resto de la familia de Archie. Pero no voy a disculparme por lo que hice. Si no me hubiera entrometido entre tú y Archie, él te habría hecho daño y estarías traumatizada, así que yo me lo habría acabado cargando igualmente. Si no lo hubiera matado por tocar lo que es mío, lo habría hecho porque te habría lastimado. El destino de Archie se forjó en el momento en el que te condujo por esas escaleras.

—Fuiste tú quien me traumatizó.

Se inclina y me dice:

—Es cierto que meterte una pistola por el coño puede resultar traumático, ratoncita, pero solo porque hice que te corrieras, no que sangraras.

Resoplo; me niego a reconocerlo.

—¿Y qué pasa con Mark? Nunca se habría fijado en mí.

—Te equivocas —contesta rápidamente—. No fue culpa mía que Mark apareciera en el Bailey’s, Adeline. Además, fui yo quien le impidió que se sentara donde pudiera verte a la perfección. Evité que se fijara en ti e hice todo lo posible para mantenerlo distraído, pero no puedo controlar la mirada curiosa de un hombre. Aunque tengas diez años más de lo que le suele gustar.

Me resisto a darle la razón, profundamente disgustada por sus insinuaciones.

—Tú sabías que yo estaba en el Bailey’s —supongo—. Si sabías que él se dirigía hacia allí, ¿por qué no lo llevaste a otro sitio?

Se endereza.

—¿Te crees que puedo hacer magia e influir en un hombre para que haga todo lo que le digo? Lamento informarte de que no es así.

Aprieto los labios ante la condescendencia de su tono.

—Lo intenté, pero Mark insistía en ir al Bailey’s y, si hubiera tratado de obligarlo a ir a otro sitio, solo habría conseguido levantar sospechas. —Da otro paso hacia mí, apretujándome contra la pared de mi habitación—. Y eso es lo último que necesito, porque, mientras Mark confíe en mí, puedo seguir salvando vidas. Pero ¿sabes lo que sí puedo hacer, ratoncita? Puedo protegerte. Y puedo enseñarte a protegerte. En cambio, todos los niños y las chicas a los que ahora mismo tienen retenidos no cuentan con ese privilegio.

Bajo la mirada hacia los pies y lo único que consigo sentir es vergüenza. Me levanta la barbilla con el dedo y estoy demasiado absorta en mis pensamientos como para pelear.

—Es normal que esta situación te haga enfadar y te frustre. Incluso es normal que estés molesta porque te acoso. A menudo la vida te despoja de tu poder, pero sí que puedes controlar que vas en la buena dirección a la hora de buscar a los culpables. No me achaques a mí las malas intenciones de Max y Mark, porque he estado haciendo todo lo posible para protegerte de ellos. Eso es lo que llevamos haciendo toda la semana. Así que tienes dos opciones: redirigir todo ese esfuerzo que has puesto en comportarte como una mocosa hacia algo útil, o bien puedes seguir sin hacer nada en las situaciones que te plantea la vida. Tú eliges, nena, yo no voy a seguir tomando esas decisiones por ti.

Había olvidado lo que se siente cuando de verdad te regañan como a un niño. Mi madre lo hace con frecuencia pero, como es lo único que ha hecho siempre, más que una regañina, me parecen nuestras conversaciones habituales.

Pero ahora…

Ahora me siento pequeña y deformada, al igual que un trozo de papel arrugado en el puño de Zade. El orgullo lucha contra esa sensación y lo único que quiero es responder algo inteligente y aferrarme a mi dignidad.

Pero solo conseguiría darle la razón. Él me miraría con superioridad y yo me encogería aún más bajo sus pies.

—Vale —digo cediendo—. De acuerdo. Entonces solo me enfadaré contigo por ser un bicho raro. —Hago una pausa, consciente de que odio esas palabras, pero debo decirlas—. Siento haberte echado a ti la culpa…, aunque no siento la paliza que te voy a dar.

Reprime una sonrisa, pero no logra contener la emoción en sus ojos bicolor. Orgullo. Diversión. Algo más profundo y mucho más aterrador que su mano alrededor de mi cuello.

No me da tiempo a entrar en pánico ni a entregarme al calor que Zade hace valer contra mí, simplemente dejo que mi cuerpo se haga con el control. Me giro hacia la izquierda y le golpeo el brazo extendido con el codo antes de que pueda parpadear.

Cuando afloja la llave, aprovecho para volcar toda mi frustración en mis extremidades. Tal vez no pueda odiarlo porque Max me culpe sin motivo de la muerte de Arch ni por las libidinosas miradas de Mark, pero puedo usar todo eso en su contra de otro modo. De uno que sirva para algo.

Cierro el puño y se lo lanzo a la cara, y luego le aplasto el codo directamente en la nariz.

Echa la cabeza hacia atrás justo a tiempo; le he llegado a dar, pero apenas lo suficiente como para que le sangre la nariz.

Me suelta y por fin siento que puedo respirar. No porque me apretara tanto como para asfixiarme, sino porque lo he conseguido.

Se aleja de mí con una risita grave y profunda. El cabrón no parece inmutarse lo más mínimo, pero decido no pensar demasiado en eso. Si me centro en todo lo que no he hecho, tan solo conseguiré despojarme a mí misma de mi poder.

—Eso es. Lo has hecho muy bien, nena.

—No me llames así —murmuro, pero en realidad siento una brizna de orgullo que me llena el pecho desde lo más profundo.

—¿Y qué pasa si lo hago? —me dice desafiante.

Lanzo un suspiro; ahora mismo soy mentalmente incapaz de pelearme con Zade. Necesito una ducha caliente y después darme un buen baño. Me niego a bañarme sin quitarme antes la suciedad y la mugre. No me gusta arrugarme durante horas en agua llena de mi propia suciedad.

Volvemos a repasar los movimientos durante otra hora más y me obliga a ejecutarlos una y otra vez hasta que me quedo sin resuello y a él se le forma un moratón bajo el ojo.

Por alguna razón, eso lo hace aún más sexy y me dan ganas de pegarle un puñetazo en la cara de nuevo y por décima vez.

—Ya basta por hoy —anuncia sonriendo, a pesar de que le acabo de volver a arrear con el codo en la cara.

—Vale, porque yo necesito ducharme y tú te tienes que ir para no acercarte a menos de dos metros de ese baño —me quejo mientras pongo las manos en las caderas.

Lentamente, se le dibuja una escabrosa sonrisa en los labios que logra prender de nuevo las llamas de mis mejillas.

«Qué cabrón».

—¿Quién ha dicho que tenga que estar en la misma casa para ver cómo te bañas?

Entrecierro los ojos hasta convertirlos en angostas grietas.

—En el baño no hay cámaras.

Se ríe con la misma voz baja y pecaminosa de siempre. Me vuelve a agarrar el cuello con la mano, pero mi cuerpo se niega a repetir otra vez los movimientos. Sus intenciones son peligrosas, pero no tienen como objetivo mi vida.

Sino mi vagina.

«Una traidora inútil, eso es lo que eres».

—Según tú —se burla con un susurro grave y ronco antes
de darme un suave beso en los labios para hacer que me calle. Es corto y de todo menos dulce. Flexiona la mano y mi sexo palpita al unísono.

—No te olvides de gritar mi nombre cuando te acerques la alcachofa de la ducha al coño. Te puedes correr sabiendo que yo también estaré gritando el tuyo.

Me suelta, desliza una rosa en mi mano y sale a zancadas del dormitorio, lanzándome una última mirada subida de tono antes de cerrar la puerta tras de sí.

Miro la rosa y le doy vueltas en la mano mientras el mundo que hay a mi alrededor se difumina. Ni siquiera puedo plantearme dónde la ha tenido escondida todo este tiempo. Con el corazón en la garganta, intento procesar sus palabras, que se abren paso entre la excitación animal que se me enrosca por el cuerpo y luchan por llegar a mi cerebro.

¿Me estaba tomando el pelo? ¿O de verdad estoy a punto de destrozar por completo el cuarto de baño para buscar la cámara de vídeo en lugar de darme una merecida ducha? Porque es cierto que tenía planeado usar la alcachofa y también lo es que el nombre de Zade se me suele escapar cuando me masturbo hasta correrme.

No quiero que él lo vea.

Me balanceo sobre los dedos de los pies, tratando de decidir si debería ir a patearle el culo otra vez.

Pero tengo los huesos cansados, el sudor me resbala por zonas que solo debería tocar con mi esponja vegetal y estoy muy cachonda. Si le pateo el culo, encontrará la manera de entrar en el

mío, y me encuentro demasiado cansada para ponerme en esa situación.

No importa. Esta vez voy a dejar que este gilipollas mire; al menos no puede tocarme desde detrás de su estúpida pantalla.

14 de febrero de 1946

Hoy John casi nos mata a Sera y a mí.

Apenas puedo escribir aún. Son altas horas de la noche. La policía ha estado aquí todo el día. Estoy cansada y tengo los nervios destrozados, pero necesito sacar esto de dentro y ponerlo por escrito.

Mi marido, un hombre muy muy idiota, casi hace que nos maten. Les debe dinero a algunas personas y, según parece, no ha podido pagarles. Esto explica por qué hemos estado a punto de perder la casa.

Gracias a Dios que Ronaldo nos ha pagado todas las facturas. Aunque John sigue sin creerse que el dinero me lo ha dejado una amiga.

Pero ¿qué importa eso si por culpa de las adicciones de John nos van a matar a mi hija y a mí?

Dos hombres entraron en la casa y me retuvieron a punta de pistola mientras Sera se escondía en su habitación. Me exigían que les diera dinero. Un dinero que no tengo.

John apareció por casualidad en medio del asalto; Frank lo acompañaba. Los dos hombres salieron corriendo y consiguieron escapar.

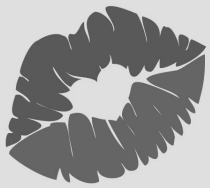
Rezo para que Frank encuentre a los culpables.

Pero esa no es la peor parte.

John todavía no se ha disculpado.

No cree que haya hecho nada malo.

Y yo… Yo quiero matarlo.



CAPÍTULO 27

La manipuladora

Estoy a punto de quedarme dormida cuando el chirrido de una puerta hace que me incorpore sobresaltada. Me giro hacia ella y frunzo el ceño, confundida, al descubrir que sigue completamente cerrada. Ya estoy casi convencida de que me he imaginado el ruido, cuando capto un movimiento por el rabillo del ojo.

Inspiro una bocanada de aire, me doy la vuelta y me encuentro a Zade de pie detrás de las puertas del balcón: un círculo incandescente crepitando a la luz de la luna.

Completamente despierta, me siento en la cama y lo fulmino con la mirada.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, perturbado?

Zade abre la puerta del todo mientras exhala el humo de un cigarrillo.

—Un rato —responde inexpresivo.

Lanza la colilla por encima de la balaustrada, levanta la mano y se quita la capucha. Su silueta se ilumina a la luz de la luna, que lo baña directamente desde atrás.

¿Cómo es posible que alguien tan oscuro pueda brillar de esa forma?

—Deja de tirar basura al suelo.

—Eres mucho más agradable cuando no sabes que estoy —murmura con voz queda. A continuación, entra y cierra la puerta tras de sí.

Lo miro con el ceño fruncido, entrecerrando los ojos, tratando de verle la cara con claridad. Algo no cuadra. No tiene esa actitud tan engreída ni parece tan satisfecho de sí mismo como de costumbre.

Estuvo aquí hace un par de semanas en una de sus sesiones de entrenamiento. Por fin me salen alguna de las llaves que me ha estado enseñando. Dentro de nada no habrá quien pueda conmigo.

—¿Qué te pasa? —pregunto tajante, aunque sin acritud. ¿Estaré preocupada por él?

Me toco la frente para asegurarme de no tener fiebre y descartar que no se trate de un caso de delirio por enfermedad.

Sale de las sombras, se acerca caminando apesadumbrado y se sienta en mi cama, haciendo que me tense. Como es habitual en él, los músculos parecen querer escapar de su cuerpo. Seguro que se compra las camisetas y las sudaderas dos tallas más pequeñas a propósito. Sin embargo, juraría que ahora su cuerpo está agarrotado, con los músculos del cuello y de los hombros

contracturados.

—Solo estoy cansado —dice tranquilo.

Arqueo todavía más la ceja. No me gusta esta versión de Zade. O quizá lo que no me gusta es que me moleste verlo así.

Se libra una batalla en mi interior que me deja paralizada mientras me debato entre echarlo a patadas de mi casa, ¡que se joda!, o indagar el porqué de su comportamiento, demostrándole que me importa un poquito.

Gira la cabeza sobre el cuello haciendo crujir todos los huesos, emitiendo un inquietante y grotesco sonido que me da mucha grima.

—Vale, tienes un montón de tensión acumulada, amigo. —Mis palabras destilan incomodidad, lo que me da todavía más grima.

Deja escapar una sonrisa melancólica.

Con un suspiro me doy por vencida y retiro el edredón de la cama. A regañadientes, me acerco a gatas hasta Zade y me arrodillo detrás de él, haciendo que se ponga rígido. Nunca me imaginé que podría verlo receloso de mí.

Eso es lo que más me preocupa.

—Quítate esto —le pido amablemente, tirando de su sudadera. Vuelve la cabeza hacia mí, ofreciéndome su perfil.

No conozco a mucha gente que sea guapa de perfil. Es un tipo de belleza que casi nadie posee. Pero Zade es guapo desde todos los ángulos.

—¿Por? —me pregunta inexpresivo.

Cabreada, abro la boca con la intención de echarle en cara que estoy tratando de ser amable, que él no lo está poniendo nada fácil y que lo único que está consiguiendo es empeorar las cosas. ¿Cómo era el refrán? No muerdas la mano que te da de comer.

Pero logro detenerme a tiempo, con las duras palabras colgando de la punta de la lengua antes de desaparecer. Esto no va de mí ni de cómo me siento yo, así que ponerse a la defensiva no servirá de nada. Lo único que conseguiría es hacer que Zade se pusiera peor y acabara marchándose de aquí. Y, por extraño que parezca, eso me haría sentir como una mierda.

No debería, pero es así.

—Porque me facilitarías las cosas —le digo con suavidad.

Abre la boca para quejarse, pero se calla a tiempo y sus palabras desaparecen como lo hicieron las mías.

Sin mucha convicción, se agarra la sudadera por los hombros y se la saca por la cabeza. Al hacerlo, se le sube un poco la camiseta blanca desvelando un detallado tatuaje antes de que se la vuelva a colocar en su sitio.

No dice nada, permanece inmóvil con los codos apoyados en las rodillas.

Me siento sobre los talones para guardar mejor el equilibrio, exhalo un suspiro y empiezo a masajearle los músculos del hombro. ¡Parece que estuviera presionando mis nudillos contra una roca!

—¡Madre mía! —murmuro y ejerzo más presión. Suelta un gemido profundo y deja caer la cabeza hacia el pecho mientras le trabajo las contracturas que agarrotan sus hombros.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato. Se me cansan las manos, pero no me quejo; tampoco me detengo. Se va relajando paulatinamente bajo el contacto de mis manos; los

músculos se le empiezan a soltar bajo mis pertinaces dedos.

—Cuéntame —susurro mientras lucho con un nudo especialmente duro que consigue arrancarle un grito del pecho.

Se toma su tiempo para contestar y me doy cuenta de que en su interior se está librando una batalla.

—Hoy he perdido a una de las chicas —confiesa con voz áspera y vacilante.

Noto una intensa tristeza en el pecho y trago saliva. Le cuesta seguir hablando y yo tampoco digo nada, dejándole que encuentre las palabras a su ritmo.

—Estaba tan traumatizada que no podía dejar de gritar. Yo todavía no había entrado en el edificio, seguía buscando por dónde hacerlo cuando oí el disparo. —Vuelve a hacer una pausa para recuperarse—. Pude oír lo que decían antes de matarlos. Se defendió de ellos con uñas y dientes sin importarle las amenazas; peleó hasta el final.

Tiene las manos cerradas en un puño y los músculos que tanto me ha costado relajar vuelven a tensarse al enfrentarse a sus demonios.

Cierro los ojos de golpe regañándome interiormente por lo que estoy a punto de hacer, pero sería imperdonable que no lo hiciera; me odiaría por ello.

Suspiro suavemente, apoyo el culo en la cama y lo rodeo con mis piernas como si fuera un koala, colocándolas, junto con los brazos, alrededor de su torso y apoyando la cabeza sobre su ancha espalda.

Permanece impasible como una columna de mármol en el paisaje destruido de su mente, igual que si se tratara de una ruina griega.

—Morir no fue lo peor que le pasó a esa chica; es lo peor que te pasó a ti y a su familia —susurro. Se gira hacia mí y me observa por encima del hombro, aunque yo no lo miro a él—. La vida que le hubiera tocado vivir habría sido más dolorosa, peor que donde está ahora.

—¿Crees que está bien que muriera? —pregunta impasible.

—Por supuesto que no. —Intento apaciguarlo abrazándolo con más fuerza—. Le robaron su vida, la separaron de su familia, de sus amigos, para meterla en una situación terrible. Eso es lo peor que le podía haber pasado. —Se me quiebra la voz al decir esto último y necesito unos minutos para recuperarme—. Pero ¿morir? Morir no es lo peor, Zade. Gritaba porque estaba intentado defenderse de la vida a la que la habían condenado de la única manera que sabía. No tenían derecho a matarla y aun así lo hicieron, y espero que el culpable pague por ello, pero creo que, dadas las circunstancias, esa chica ha encontrado la paz que no habría disfrutado en vida.

Permanece en silencio, por lo que no sé si he conseguido que se sienta mejor o solo he empeorado las cosas. Creo firmemente en lo que acabo de decir. Algunas personas simplemente no están preparadas para enfrentarse a una situación tan traumática, para convertirse en una sombra de sí mismas, destrozadas, y luchar a diario por mantenerse con vida.

Creo que de haber sobrevivido podría haber vuelto a ser feliz, que todos podemos ahuyentar nuestros demonios internos. Sin embargo, a veces hay fuerzas que escapan a nuestro control y a lo mejor eso significa que esas personas encontrarán la paz al morir.

Suelto a Zade y me alejo de él. Agacha la cabeza y diría que está decepcionado. Se levanta dispuesto a marcharse, pero no le dejo dar más de dos pasos. Le cojo de la mano y lo atraigo hacia mí.

Me observa en silencio, confundido.

—Todavía te odio. —La mentira me deja un regusto a tiza en la boca—. ¿Por qué no te tumbas a mi lado?

Retiro las sábanas invitándolo a entrar. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dejar de mirarlo mientras se quita las botas y se recuesta a mi lado. Deja claras sus intenciones al tumbarse encima del edredón, lo que me ofende un poquito.

Estoy nerviosa.

Hasta ahora todos mis encuentros con Zade han sido forzados y, ahora que soy yo quien ha decidido que se quede, no sé muy bien cómo actuar.

—¿Por qué has venido a mi balcón? —Deja escapar una risita ahogada y se gira para colocarse de cara a mí, invitándome a hacer lo mismo. Con rigidez, me apoyo de costado quedando enfrente de él, e intento no desmayarme al ver lo intenso que es este hombre.

—Quería mirarte… —confiesa. Luego añade mordaz—: En paz.

—Ya, siento fastidiarte la sesión de acoso. La próxima vez ensayaré un par de posturitas solo para ti.

Nunca admitiré que su respuesta me produce escalofríos, escalofríos que son a la vez ardientes y de un frío helador. Sonríe, pero la sonrisa no le alcanza los ojos.

—Eso estaría bien —murmura distraído. Lee las curvas de mi cuerpo como si se tratara de las Sagradas Escrituras y él fuera un pecador que busca una prueba de la existencia de un dios al que ya no logra oír.

—Necesitas espacio y a la vez tenerme cerca. Suenas como si estuviéramos casados.

—Ya lo estaremos.

Mi instinto debería ser negarlo inmediatamente. Es lo que quiero hacer y es en lo que estoy pensando, pero no doy voz a mis pensamientos. No esta noche.

Así que me trago mis palabras y dejo que sueñe.

Nos hundimos en un silencio cargado de tristeza, culpa e ira. Las emociones revolotean a su alrededor como si se tratara de un apicultor que sostiene un nido de avispas y me están picando, haciendo que me escueza la piel.

—Bésame —susurro. Si pudiera aplacar la quemazón que sentimos los dos… Permanece inmóvil haciendo que me sienta insegura, así que me acerco y doy yo el primer paso.

Atrapo sus labios entre los míos disfrutando de esa quemazón tan diferente que brota al conectarse nuestras bocas. Me devuelve el beso, pero lo hace con ternura. Si bien no le falta intensidad, echo en falta su habitual fiereza.

No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que lo extrañaba.

Casi con desesperación, le mordisqueo el labio, lo atrapo de nuevo entre mis dientes y lo vuelvo a besar intensamente. Sus manos se aferran a mi cintura y, por un momento, parece como si quisiera apartarme.

Pero le fallan las fuerzas, su determinación se quebranta y al final, por fin, se entrega a mis labios, lamiéndome la boca como si se tratara de una bola de helado.

Entrelazo los dedos en su pelo y acaricio sus suaves mechones mientras él mete sus manos debajo del edredón y las deja caer sobre mi piel como una bendición, recorriendo las curvas de mi cuerpo. Su lengua se entrelaza con la mía apasionadamente, provocándome un torbellino de emociones hasta entonces reprimidas.

El edredón pesa cada vez más y me estoy sofocando. Quiero quitármelo, pero me atrapa con

él. Intento liberarme, pero Zade insiste, dejando claro que no hay forma de huir, menos aún cuando no soy capaz de negar sus besos.

—¡Déjame salir! —le pido mientras me sigue mordisqueando los labios.

—No vamos a pasar de aquí, Addie —dice con decisión.

—¿Por? —pregunto casi sin aliento. Una parte de mí, la que goza de sentido común, se revuelve contra esta pregunta. ¿No debería sentir alivio?

—Porque cuando te folle por primera vez quiero entregarme por completo a ti, y hoy estoy ausente —suspira—. Hoy no soy yo mismo. No puedo venerarte como te mereces cuando lo único en lo que puedo pensar es esa chica.

Le acerco la mano al rostro y recorro la cicatriz con los dedos. Se le escapa un suspiro.

—Vale —susurro. Lo entiendo. Está sufriendo y ahora mismo no soy más que una distracción.

No me molesta. Sé que la chica que ocupa sus pensamientos es una niña muerta y que Zade se culpa por ello.

—Perdona, tienes razón. Pero quiero que te quede claro que no ha sido culpa tuya. No puedes seguir pensando en cómo habrían sido las cosas si hubieras actuado de otra manera, Zade, o su muerte seguirá acechándote. No te olvides de todas esas chicas a las que sí has salvado. Acuérdate también de ellas.

No se digna a dar voz a su respuesta, solo desliza sus labios por los míos. Le dejo que me explore la boca con un beso mucho más tranquilo. La comezón se ha transformado en un leve cosquilleo que burbujea bajo la superficie, pero al que le falta oxígeno para crecer.

Lo último que necesitamos ninguno de los dos es sexo. Él no tiene la cabeza en su sitio y yo no sé si llegaré a tenerla alguna vez. Esto que me ocurre con Zade es muy confuso.

Sé que tendré que ponerle freno, pero no esta noche.

Me vibra el móvil en la mano y se me escapa un suspiro al darme cuenta de que es mi madre. A pesar de que mi cerebro me chilla para que no conteste, pulso el icono verde de la pantalla y me llevo el teléfono al oído.

—Hola, mamá —saludo, procurando que mi tono de voz no delate cómo me siento realmente.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —pregunta. Su voz fría consigue provocarme un escalofrío. Es una reacción automática por todos los insultos pasivo-agresivos que me lanza a todas horas.

—Bien, preparándonos para ir a la feria. —Miro hacia Daya.

Estamos terminando de vestirnos en mi dormitorio, embriagadas por un sentimiento de anticipación.

Lo de Satan’s Affair es esta noche y siempre nos lo pasamos de puta madre. Hoy no va a ser diferente. Por fin voy a disfrutar de una noche en la que mi cabeza no esté llena de hombres peligrosos ni de asesinatos sin resolver.

Tampoco pensaré en ese hombre peligroso en especial al que llevo sin ver una semana.

—¿Esa feria de casas encantadas a la que vais cada año? —pregunta con desdén—. No

entiendo cómo te pueden gustar esas cosas. De verdad que tiene que haber alguna enfermedad mental asociada a ese gusto por el terror. —La última parte la ha dicho entre dientes, pero lo suficientemente alto como para oírla a través del móvil.

Condenadas líneas telefónicas.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Para qué has llamado, mamá?

Daya no consigue reprimir una carcajada y le lanzo una mirada fulminante.

—Quería saber qué planes tienes para Acción de Gracias. Supongo que vendrás a cenar con Daya.

Reprimo un gruñido de desaprobación. Daya y yo funcionamos como un matrimonio: nos repartimos las vacaciones con nuestras respectivas familias.

Su familia es numerosa y siempre me han recibido con los brazos abiertos. Sus reuniones familiares son ruidosas, cargadas de risas y juegos, y su comida es para morirse de lo rica que está.

Sin embargo, mi familia es pequeña y algo estirada. Mi madre cocina de puta madre, pero le falta calidez, por lo que casi siempre acabo yéndome pronto a la cama y marchándome por la mañana.

—Sí —confirmo. Me muerdo los labios mientras me planteo si hacer algo estúpido ahora que la tengo al teléfono.

—Una cosa, mamá.

—Dime —contesta con impaciencia.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre el asesinato de Gigi?

A Daya casi se le salen los ojos de las órbitas y vocaliza con los labios: «¿Qué haces?».

Sabe tan bien como yo que a mi madre no le parecerá nada bien que investiguemos el asesinato de Gigi, pero tenía que preguntar.

Suspira.

—Si con eso consigo que te vayas de esa casa…

No me digno a responderle. Prefiero dejar que piense lo que quiera, a ver si así consigo que me cuente algo.

—¿Llegaste a conocer al mejor amigo del abuelo John? Era un tal Frank Seinburg. —Permanece un rato en silencio.

—Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre —contesta—. No lo conocí en persona, pero la abuela hablaba de él.

—¿Y qué decía?

Suspira de nuevo.

—Pues que pasaba mucho tiempo con ellos hasta que asesinaron a Gigi, luego desapareció.

Me muerdo los labios.

—¿Sabías que el abuelo John tenía un problema con las apuestas? —Sé que estoy yendo demasiado lejos, pero soy incapaz de esconder el tono esperanzado de mi voz. Por desgracia mi madre se da cuenta.

—¿Por qué me lo preguntas, Addie? —Evita responderme con un suspiro de resignación. Nunca se ha fiado de mí.

—Porque me interesa, ¿vale? He conocido al hijo de Frank, Mark —admito—. Él me habló de

Gigi porque se acordaba de ella y mencionó algo sobre los problemas de John con las apuestas.

No le confieso que estoy investigando el caso. Prefiero que piense que es fruto de una conversación fortuita.

—¿Y cómo conoces tú a un hombre de esa posición social? Por Dios, Addie, dime que no le has vendido tu cuerpo.

Si me entrara una mosca revoloteando en la boca ahora mismo no me daría ni cuenta. Tengo la mandíbula desencajada y me siento profundamente dolida.

—¿Có-cómo puedes pensar que haría algo así? —pregunto despacio, claramente disgustada. No puedo disimular, me resulta imposible cuando mi madre acaba de acusarme de prostituirme.

Se queda callada. ¿Se habrá dado cuenta de que esta vez ha ido demasiado lejos?

—Bueno, entonces ¿de qué lo conoces? —me dice por fin, evitando así responder a la pregunta que le hecho yo, y a la que me gustaría que respondiera de una puta vez.

Sorbo por la nariz y decido dejarlo pasar. Qué más dará el motivo por el que piensa así. Lo que importa es que es capaz de pensarlo.

—Daya se relaciona con gente influyente. Nos conocimos en una cena. Me dijo que mi cara le resultaba familiar, así que le mencioné a mis parientes y, tirando del hilo, llegó a hacer la conexión —le miento, con cuidado de que no me delate la voz. Daya se limita a enarcar una ceja.

Siento como si una tensa y afilada flecha me hubiera atravesado el pecho.

—Tu abuela contaba que John las había puesto en una situación muy complicada por culpa de las apuestas. Al parecer todo desapareció poco antes de la muerte de Gigi. El abuelo solía quedarse por ahí hasta tarde y llegaba a casa, sin una gota de paciencia, a discutir con Gigi sobre cualquier tontería que lo cabreara ese día.

»Al parecer, Frank funcionaba como una suerte de escudo. El matrimonio de tus abuelos se desmoronaba y debieron de meterlo a menudo en sus trifulcas. La abuela contaba algo que había ocurrido un poco antes de que muriera Gigi. Al parecer ella y John discutieron. La abuela no se acordaba bien de los detalles, solo de que Frank había agarrado a Gigi y la había tirado al suelo, al tiempo que hablaba de traición. Eso es todo lo que sé —explica con rigidez, como si estuviera corrigiendo un versículo de la Biblia.

Esta ha sido su forma de disculparse y, pese a que no se me ha pasado el disgusto, la acepto encantada.

Reflexiono sobre lo que me acaba de contar. Me resulta curioso que Frank se enfadara tanto con Gigi cuando esta le puso los cuernos a John. A lo mejor se hartó de que lo metieran siempre en medio. El comportamiento de John se había ido deteriorando y supongo que el desencadenante fue el cambio de actitud de Gigi cuando esta empezó a enamorarse de Ronaldo. Es probable que Frank la culpara a ella del cambio de conducta de John. Ella era el motivo por el que estaba perdiendo a su mejor amigo a manos de una adicción peligrosa.

—Solo una pregunta más. —Me la juego al darme cuenta de las ganas que tiene de colgar. Ha llamado para preguntar sobre Acción de Gracias y se ha visto atrapada en una conversación sincera con su hija—. ¿Recuerdas que la abuela solía subir a menudo a la buhardilla? ¿Sabes por qué lo hacía?

—Sí, sí que me acuerdo. Solía subir allí para pasar un rato a solas cuando yo era pequeña. No sé más. Lo único que le oí mencionar alguna vez es que subía allí a pensar. Nunca nos dejaba subir a los demás. ¿Por qué me lo preguntas?

Me quedo petrificada cuando un pensamiento intruso se pasea por mi mente.

No me siento cómoda hablándole a mi madre de lo que he encontrado en la buhardilla, así que me encojo de hombros y digo:

—Creía recordar que subía a menudo, pero no estaba segura. Sentía curiosidad.

—Vale, bueno, si no tienes más preguntas, tengo que prepararle la cena a tu padre. Ya te mandaré un mensaje con los detalles para Acción de Gracias —dice.

—Vale, adiós —contesto, decepcionada, antes de colgar.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Daya con tacto. Sé perfectamente a lo que se refiere: ¿qué te ha dicho tu madre que te ha afectado tanto?

Suelto una risa burlona.

—Pensó que conocía a Mark porque me ha había prostituido con él.

Se le desencaja la mandíbula, aunque enseguida cierra la boca.

—Eso es horrible, Addie. Lo siento de veras.

Lo dice trasmitiendo empatía. La familia de Daya siempre se ha portado muy bien con ella, pero conoce a la mía desde hace años y entiende lo que significa crecer con alguien como mi madre.

Hago un gesto con la mano quitándole importancia.

—Me ha dicho cosas peores.

—¿Qué te ha contado de Frank?

Le relato todo lo que me ha dicho mi madre y cuando termino se me queda mirando con los ojos muy abiertos, sorprendida. Reaccionó del mismo modo cuando le conté lo que le había sonsacado a Mark sobre Ronaldo y John.

—Lo único que sé es que Gigi causó muchos problemas al enamorarse de Ronaldo —termino con un suspiro. Daya se muerde los labios.

—Hablando de acosadores, ¿no le vas a contar nada de Zade a tu madre?

Le lanzo una mirada incrédula.

—Eso es como si me preguntaras si le voy a contar lo del tío que me hizo un dedo en un concierto.

Suelta una carcajada.

—Vale, tú ganas.

Veo una duda reflejada en sus ojos verdes y me imagino lo que me va a preguntar a continuación. Pongo la espalda recta, preparándome para la pregunta.

—No te ha dicho a qué se dedica ni por qué conoce a Mark, ¿verdad?

Esa última pregunta es precisamente la razón por la que no puedo contarle quién es Zade. Me dijo que nadie más que él y sus colaboradores más estrechos sabían en qué anda metido Mark.

Niego con la cabeza, evitando así dar voz a mi mentira.

Daya asiente, aceptando mi respuesta sin vacilar y haciendo que me invada una sensación de culpa insoportable. Le he mentido a la cara y ella ni siquiera ha dudado de mí.

Vierte un chupito de ron para cada una y me acerca el vaso.

—Toma, esto te animará. Considéralo el calentamiento antes de ir a la feria. Es obligatorio. Lo dice la ley.

Levanto el chupito y me lo bebo de un trago. Cuando dejo el vaso en la mesa ya me ha vuelto la sonrisa a la cara. Puede que el alcohol no cure las penas, pero por lo menos ya no estoy tan

enfadada porque mi madre me haya llamado puta. Daya se ríe al darse cuenta.

—¿Cómo crees que serán las casas este año? —pregunta mientras se aplica sombra de ojos color bronce sobre el párpado.

Cuando termine de maquillarse su aspecto será devastador. La sombra resaltará aún más sus sabios ojos verdes, tornándolos peligrosos, atrayendo a todos los monstruos.

—No lo sé, nunca es fácil de adivinar. Es como tratar de descubrir la trama del siguiente capítulo de *American Horror Story*.

La decoración de las casas de Satan's Affair suele ser temática. Hubo un año en que montaron la mayoría como prisiones de las que tenías que descubrir cómo escapar. Sigue siendo uno de mis temas favoritos. Además, ese fue el año en que Daya se meó encima. Desde entonces siempre trae ropa para cambiarse y yo siempre le tomo el pelo.

—¿Preparada? —pregunta, dándose un último toque de máscara en las pestañas.

—Nena, nací preparada. Vayamos a mearnos encima.

—¡Serás zorra! —murmura, pero casi no la oigo por culpa del ruido que hace mi malvada carcajada.

Satan's Affair es uno de mis lugares favoritos del mundo. La feria cobra vida por la noche con las risas, los gritos de terror, la excitación y los gemidos de puro placer que provoca la sabrosa comida rápida que venden allí.

Adentrarse en el espacio que ocupan las casas encantadas, las atracciones y los *food trucks* es como hacerlo en un campo de energía estática.

Daya y yo enseguida nos dejamos arrastrar por la multitud. A pesar de que son solo las cinco, ya ha oscurecido por completo y empieza a verse algún monstruo esporádico entre los asistentes.

Me fijo en una chica disfrazada de muñeca rota que está sentada en un banco comiéndose un bocadillo de carne típico de Filadelfia. Casi se me escapa un gruñido de placer al percibir el olorcillo de carne a la brasa. Se me está haciendo la boca agua.

Le doy un codazo a Daya y se la señalo. Ella también va disfrazada de muñeca. Se detiene un segundo, pensativa, y volvemos la mirada hacia las casas. A pesar de que aún no están encendidas, algunas no dejan lugar a duda de la temática de este año.

—La infancia —murmuro cuando me fijo en una casa de muñecas con un cartel donde se puede leer «Casa de juegos de Annie», junto a otra casa llamada «Masacre a la hora del té».

A la entrada hay un oso de peluche gigante al que le falta un ojo. Tiene una oreja rota, salpicaduras de sangre por el pelaje y sujeta un cuchillo ensangrentado con la zarpa.

Le da vida a un recuerdo de mi niñez, como el de muchas otras niñas, cuando nos sentábamos alrededor de una mesa llena de tazas de té vacías acompañadas de un montón de peluches.

En esta casa la merienda no será un juego agradable. Al contrario, estará poblada de peluches asesinos y monstruos espeluznantes.

—Esto va a arruinar todos nuestros recuerdos de la infancia, ¿no crees?

—No lo dudes —responde Daya, poniendo una mueca que transmite una mezcla de emoción y miedo.

Agarro a Daya de la mano y me la llevo en dirección a los *food trucks*. Preferimos comer antes de que nos empiecen a acosar los monstruos, porque resulta realmente incómodo comerse de un bocado una salchicha rebozada mientras un monstruo horripilante te echa el aliento en la nuca.

—¿Qué te apetece? —pregunto, mirando a mi alrededor sopesando las opciones.

—Así no hay quien elija —se queja Daya, que tiene tantas dudas como yo.

—Tenemos que comer por lo menos uno de esos perritos calientes tan cojonudos y una ración de patatas fritas trufadas. Ah, y las verduras salteadas, y puede que también…

—Eso no es elegir, Addie —interrumpe Daya en tono serio.

—Bueno, vale. Esa muñeca rota de ahí se está comiendo un bocadillo de carne. ¿Por qué no nos pedimos uno de esos y una ración de patatas fritas para empezar?

—Después de ti —me dice galante y gesticula con el brazo invitándome a pasar con impaciencia.

Ni siquiera me río. Me tomo la comida muy en serio cuando estoy hambrienta.

Para cuando la señora del *food truck* me entrega mi pedido, estoy muerta de hambre y casi temblando de las ganas que tengo de hincarle el diente a algo sustancioso.

El aceite caliente todavía chisporrotea sobre las patatas cuando nos las metemos en la boca, impacientes, y nos quemamos la lengua, lo que nos obliga a aspirar aire rápidamente. Cuando por fin encontramos un banco libre, ya me he terminado las patatas y le he dado unos cuantos mordiscos a mi delicioso bocadillo.

A Daya le queda todavía menos comida que a mí, probablemente porque la muy zorra ha dejado que sea yo la que busque un sitio donde sentarnos.

Por fin me siento y me termino el bocadillo de un bocado sin que me importe que se derrame la grasa por mi barbilla.

Sin poder evitarlo me pregunto si Zade estará por aquí, vigilándome como de costumbre. ¿Le disgustará mi falta de modales?

Eso espero.

Por otro lado, el cabrón seguro que diría algo sobre lo mucho que le pone verme sucia y me entrarían ganas de vomitarle en la cara.

Es un mentiroso.

Encienden las casas justo cuando nos terminamos el bocadillo. Las luces parpadean avisando de que ha llegado el momento de hacer fila.

Daya y yo corremos hacia la Casa de juegos de Annie y conseguimos sitio bastante cerca de la entrada.

Estamos apoyadas en la valla cuando me invade una sensación heladora, que comienza en la base de la nuca y me desciende por la columna vertebral. Parece como si alguien me estuviera agujereando la espalda con un taladro.

—¿Addie? —Oigo una voz a mi espalda, al tiempo que noto un golpecito en el hombro, justo cuando estaba a punto de darme la vuelta.

Se me abren los ojos de la sorpresa y me vuelvo para encontrarme de frente con Mark.

¡Mierda!

—¡Mark! —exclamo con sorpresa, forzándome a sonreír. Nunca se me ha dado bien actuar, y

menos cuando se trata de fingir que me alegro de encontrarme con un pedófilo.

Con cuatro pedófilos, de hecho.

Van con él otros tres señores ya entrados en años y Claire. Quieren sonarme de algo, así que doy por hecho que también pertenecen al mundo de la política.

—¡Qué casualidad! No sabía que te gustaban estas cosas —dice Mark sin poder evitar mirar a Daya de hito en hito—. ¿Esta es tu amiga?

Daya sonríe sin esforzarse por parecer sincera.

—Daya —se presenta.

Al notar su indiferencia, Mark le dedica una sonrisa incómoda.

—Me alegro de verte, Addie. Estos son mis colegas: Jack, Robert y Miller.

Intercambiamos unas palabras mientras vamos avanzando en la fila.

—Bueno, y ¿dónde has dejado a Zack? —pregunta Mark mientras busca con la mirada detrás de mí como si mi cuerpo fuera capaz de ocultar a un tío de casi un metro noventa.

—Ha ido a buscar un baño —le miento. No sé por qué, en realidad no hay ningún motivo para hacerlo, pero algo me dice que, si Mark piensa que Daya y yo estamos solas, intentará hacer algo turbio.

—Hablando de Zack —interviene Miller—. Me han dicho que sois un par de tortolitos. ¿Cómo os conocisteis?

Por un momento se me hiela la sangre. ¿Y si Mark ha descubierto lo que ocurrió en la sala de cine de su casa? Pero entonces me acuerdo de que Zade me aseguró que habían manipulado las cámaras cuando me acompañaba a casa.

Miller me mira como si necesitara una bombona de oxígeno. Tiene ochenta años largos y estoy casi segura de que los demás están más o menos en esa edad, pero es Miller el que parece estar desafiando a la ley de la gravedad solo por estar de pie.

Les vuelvo a contar la historia que se inventó Zade en Bailey’s, intentando que no se refleje en mis ojos la incomodidad que siento al hablar de él, tratando de parecer enamorada.

Claire hace unas cuantas preguntas con voz recatada: cuánto llevamos juntos y si tenemos intención de casarnos pronto.

Me suda la frente al soltar todas esas mentiras por mi boca como si se tratara de los mundos de fantasía que creo con mis dedos cuando escribo. Por suerte, en unos minutos llegamos al principio de la fila y nos libramos de Mark y sus siniestros amigos.

A pesar de que nos estamos adentrando en una casa encantada mal ventilada, en el interior la atmósfera es menos densa que ahí afuera.

La casa está toda decorada de rosa. Las paredes son de madera blanca con adornos de encaje por todos lados y niñitas muertas riéndose aquí y allá. Juraría que he visto a una muñeca que no pasará de un metro veinte cruzar por el pasillo. El humo de colores desdibujaba su contorno, pero tenía la cara ensangrentada.

Antes de poder cerciorarme de lo que he visto, desaparece.

Daya y yo vamos cogidas del brazo y miramos a izquierda y derecha sin saber muy bien por dónde ir. Un hombre con la piel del rostro descamada y ensangrentada aparece de entre las sombras, así como otra chica disfrazada de muñeca demente que sujeta un cuchillo manchado de sangre.

Sucede todo tan rápido que damos un respingo. El grito de Daya me retumba en los oídos

cuando empiezan a perseguirnos, dirigiéndonos hacia un salón con un sofá azul y un muñeco que parece estar dando a luz a un bebé.

No me da tiempo a verlo bien antes de que el siguiente monstruo nos asalte.

Consigo escaparme de un muñeco mecánico que se asemeja a la Muerte riendo y gritando al mismo tiempo.

Daya me está clavando las uñas en la piel. Un grupo de monstruos y muñecas aparece de la nada y nos da el susto de nuestra vida.

Uno de los motivos por los que Satan's Affair tiene tanta fama es porque eligen muy bien a sus actores. Son demasiado buenos. No solo se maquillan de puta madre, es que saben cuándo y cómo hacer que te cagues de miedo.

Nos giramos para regresar al vestíbulo pero, esta vez, nos persiguen escaleras arriba. Daya se tropieza en uno de los escalones y suelta una serie de improperios, que quedan acallados por mis carcajadas.

—Vete a la mierda —se queja entre risas, con los ojos todavía bien abiertos del susto, mientras intenta subir por las escaleras para huir del monstruo sin haber recuperado del todo el equilibrio.

Cuando por fin llegamos al piso de arriba nos desplomamos en el suelo con una mezcla de risa y terror.

Los monstruos nos dejan tranquilas mientras recuperamos el aliento y avanzamos por el pasillo, donde las parpadeantes luces estroboscópicas crean una atmósfera alucinógena, como si estuviéramos bajo los efectos de alguna droga. El humo aquí arriba es más denso y nos cuesta guiarnos a través de él.

Al final del pasillo hay un muñeco gigante. Tiene la superficie con quemaduras tan profundas que le han salido burbujas. La boca es más ancha de lo normal y la tiene repleta de sangre. Los ojos grandes y amarillos le ponen el broche perfecto a sus grotescos rasgos. Nos metemos en la habitación más cercana para evitar semejante monstruosidad.

Entramos en lo que parece la habitación de una muñeca, pintada también de rosa y con detalles blancos. Hay una cama pequeña llena de horripilantes muñecas deformadas y un espejo en uno de los rincones en el que estoy segura de que veré algo reflejado a mi espalda.

La apariencia es inocente, pero las luces estroboscópicas se iluminan de forma inquietante, mientras el humo azul, violeta y rosa nos envuelve con sus malvados dedos y la música de fondo crea una atmósfera peligrosa.

Justo entonces sale de debajo de la cama una muñeca demente con el cuerpo contorsionado de una forma extraña y se nos acerca de un salto.

Los chillidos de Daya y los míos rompen el silencio cuando nos tropezamos la una contra la otra al intentar escapar de allí. Corremos hacia la otra puerta, que nos conduce a la siguiente habitación.

Tardamos unos diez minutos en atravesar el resto de la casa. La adrenalina me va descendiendo por el cuerpo hasta gotearme entre las piernas cuando me persiguen los monstruos. El miedo es mi afrodisiaco favorito, pero uno que no puedo aliviar hasta que no llego a casa un rato después.

Cuando bajamos las escaleras para salir de aquí, oigo un chillido a lo lejos. Sonaba como si alguien hubiera gritado el nombre «Chacal», pero hay demasiado ruido para saberlo con seguridad.

Cuando ya hemos salido de la casa, respiramos profundamente el aire puro. El frescor del aire es como un bálsamo para los pulmones. El único inconveniente de estas casas es que el ambiente está siempre muy cargado.

Las siguientes horas las pasamos montándonos en las atracciones que hay en la feria para interrumpir de vez en cuando el subidón de adrenalina con un tipo diferente de emoción.

Nunca me cansaré de la sensación que me produce volar por el aire a velocidad de vértigo. Es uno de los pocos momentos en los que siento que nada puede afectarme. Nada puede tocarme o hacerme daño.

Nada puede darme caza.

Es uno de los subidones más baratos que se pueden conseguir hoy en día; un subidón que no compromete mi moral ni mi salud mental.

25 de febrero de 1946

Frank me ha pedido explicaciones por mi aventura amorosa. Lo negué todo, claro, pero no me ha creído.

Siempre ha sido buen amigo de John, y también lo fue mío.

Pero ya no lo es. Tiene cada vez menos paciencia y a veces parece que le cuesta mirarme a los ojos.

Me dijo que terminara con mi amante.

Según él, le estoy haciendo daño al hombre que más me ama en el mundo.

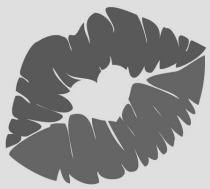
Es leal a John, lo sé. A mí no me debe nada.

Y yo tampoco le debo nada a él. Ese es el motivo por el que no le pude decir que nunca iba a dejar a Ronaldo. Aunque no creo que fuera necesario, pues era evidente.

Y, por un momento, pareció que le hubiera roto el corazón.

Supongo que yo también me sentiría así si mi mejor amigo hubiese acabado como John.

Debería divorciarme.



CAPÍTULO 28

La sombra

¡Serán hijos de puta!

De verdad que no comprendo cómo puede haber hombres tan enfermos. Llego justo a tiempo para ver cómo Mark desnuda con la imaginación a una chica disfrazada de muñeca que se está comiendo un bocadillo mientras su esposa, Claire, sentada a su lado, tiene que presenciar cómo su marido se folla con los ojos a una menor.

No parece estar celosa, sino preocupada por la chica que va disfrazada de muñeca rota.

Tengo que controlarme muchísimo para no ir hacia él y destrozarle la cabeza contra el banco hasta que no queden nada más que sesos y hueso.

Pero permanezco en la sombra sin quitarle la vista de encima a Mark y buscando entre la multitud a mi ratoncita.

Me va a despistar esta noche y puede salirme caro. Hago crujir el cuello y exhalo el aire. No hay muchas opciones de que Addie se encuentre con Mark, pero no es imposible. Si se mantiene alejada de ellos, no correrá ningún riesgo y podrá pasárselo bien.

Mark y sus socios están aquí para secuestrar a un par de niños. Ellos nunca hacen el trabajo sucio, claro. Son figuras públicas y jamás harían nada que comprometiera su imagen.

Es curioso que ninguno de ellos haya traído a sus nietos, lo que confirma que han venido con una intención clara y que no querían ningún estorbo. Habrán puesto la excusa de pasar tiempo con sus esposas y nada más.

Pero me apostaría un huevo a que sacan fotos y señalan a algún lacayo a quien les resulte… apetitoso.

Mi objetivo esta noche es impedir que les salga bien cualquier intento de secuestro. Tengo unos cuantos hombres repartidos por la feria vigilando a cada uno de los socios de Mark, a sus potenciales presas y atentos también a cualquier actividad sospechosa.

Y, al parecer, Mark ya ha elegido a su primera víctima.

La muñeca rota parece haber entrado en un concurso de miradas con Mark, con quien intercambia sonrisas como una drogadicta con su camello. Ya no es una niña, pero todavía es lo bastante joven para sacar un buen precio por ella en el mercado de la carne.

—Tengo a Mark a la vista —informo. Jay y los demás me oyen a través del pinganillo que

llevo encajado en la oreja.

Manteniendo las distancias, me muevo entre la multitud para poder verle mejor la cara a la muñeca. Esa sonrisa perversa que le moldea los labios lo está retando de una forma más descarada de lo que haría con palabras. A juzgar por el brillo de sus ojos, diría que no se trata de una simple actuación. Hay algo más profundo.

Claire también sigue mirando a la chica, pero irradia un miedo tan intenso como el colorete que resalta sus hundidas mejillas. Mark no parece darse cuenta, pero la muñeca sí.

Esta salta del banco, le guiña el ojo a Mark y se dirige a una de las casas encantadas. Mark la sigue con la mirada hasta el final, con los ojos fijos en su culo mientras se relame los labios resecos con la lengua.

A continuación, se saca el móvil del bolsillo y hace una llamada. Observo con atención a Mark y a la muñeca, que acaba desapareciendo en el interior de la Casa de juegos de Annie.

Mark se pasa un minuto al teléfono antes de colgar y volverse hacia Claire. Su esposa asiente con la cabeza de forma casi imperceptible, un leve reclinar de la barbilla. Cuánto sabe Claire es un misterio para mí. Es muy probable que Mark esconda la mayoría de sus negocios, pero me imagino que ella no ignora por completo a qué dedica su marido el tiempo libre.

Encienden las casas justo a continuación. Las luces parpadean a través de las ventanas y una música misteriosa invade la atmósfera, mezclándose con los chillidos de los primeros visitantes. El humo de colores que avanzaba por el exterior ahora nubla el interior de las casas.

Hordas de gente se acercan a las horripilantes estructuras para hacer fila frente a las puertas, que continúan cerradas.

Mark agarra a Claire del brazo y la ayuda a levantarse del banco para ir a toda prisa a la Casa de juegos de Annie. Y de entre la multitud que hay a la espalda de Mark aparecen sus socios: Jack, Miller y Robert.

¡Esto sí que es suerte!

—Tengo a los cuatro a la vista.

—¿Localización? —me pregunta Jay con el sonido del teclado de fondo. No sé quién es el dueño de este parque, pero no le interesa demasiado la seguridad. No hay ninguna cámara en toda la zona, por lo que Jay ha tenido que utilizar un pequeño dron para peinar la feria. Es imposible meterlo en las casas sin ser descubierto, pero captará cualquier intento de secuestro.

—La Casa de juegos de Annie.

—Avísanos si nos necesitas —dice uno de los hombres, Barron. Su voz de barítono es inconfundible.

Estoy a punto de responder cuando veo un mechón de pelo color canela que destaca en la fila para entrar en la casa.

¡Hay que joderse!

La muñeca rota debe de estar conspirando con Dios, porque solo por intervención divina podrían juntarse todos de esta forma.

Se me hiela la sangre en cuanto veo a Mark darle un toquecito a Addie en el hombro mientras hacen fila. Por casualidad Mark y sus socios estaban justo detrás de ella y no ha tardado ni cinco segundos en bajar los ojos hacia su culo y el de Daya. Le costó un poco más alzar la mirada hasta sus rostros y reconocer a quién tenía delante.

Addie se da la vuelta. La sorpresa se refleja en su cara para, a continuación, forzar una sonrisa y mostrarse entusiasmada, a pesar de haberse encontrado con el guardián de la cripta a sus espaldas. Daya lo mira de arriba abajo y, pese a ofrecerle una sonrisa educada, está claro que no ha quedado muy impresionada.

Los veo hablar unos minutos. Mark lo hace con ademán exagerado, como suele ser habitual en él, mientras le presenta a sus socios.

Sé que a Addie se le estarán formando perlas de sudor en la frente, en la zona en la que le nace el pelo. Seguro que Mark le ha preguntado dónde estoy. Siento curiosidad por su respuesta.

Me pongo rígido al presenciar la conversación y me están entrando cada vez más ganas de acercarme allí a voz en grito.

Quería darle a Addie algo de espacio esta noche, pero no será posible. Cuatro depredadores van a entrar en la misma atracción que ella y hay bastantes probabilidades de que tanto Addie como su amiga no vuelvan a casa esta noche.

Si yo no estuviera aquí, claro.

Puede que le caiga bien a Mark, pero no me respeta. No mucho más de lo que me respeta la Sociedad, y sus colegas ni siquiera se van a plantear lo que pienso si acaban llevándose a dos chicas guapas en una furgoneta. En lo único que estarán pensando será en chochitos y símbolos de dólar.

Voy directo a Mark, atropellando a un tío que tiene pinta de tostarse en una camilla de rayos UVA como si fuera la fuente de la juventud. No tiene ningún sentido, pero ese crío tampoco lo tiene si decide quedarse en medio sin moverse al ver que me acercaba. Y por ese motivo acaba con el culo en el suelo, insultándome mientras me alejo.

Daya y Addie entran en la casa justo antes de que llegue, alejándose de Mark y sus amigos. Las casas tienen límite de aforo para evitar que el espacio, ya de por sí abigarrado, se congestione demasiado. Sobre todo, cuando la gente tiende a salir corriendo de allí como si le fuera la vida en ello.

—Mark —saludo efusivamente, con una sonrisa de oreja a oreja tan grande que noto cómo se me tensa la cicatriz del esfuerzo, pero el viejo está demasiado centrado en sí mismo como para darse cuenta.

Mark parece sorprendido cuando se gira, pero, al igual que hizo Addie, se esfuerza por sonreír.

—¡Zack! ¡Ya estás aquí! Acabo de ver a Addie entrar con su bonita amiga. Me dijo que te habías ido a buscar un baño.

Ratoncita lista.

Supo que cabía la posibilidad de que hubiera venido y que podía aparecer en cualquier momento. Me encanta esta chica.

Le vuelvo a ofrecer mi mejor sonrisa.

—Sí, encontré un sitio discreto muy rápido —le digo al tiempo que señalo un lugar indeterminado por encima del hombro.

—¡Es una suerte haber nacido hombre! —se ríe, golpeándome en el brazo—. Ya conoces a mis amigos.

Intercambiamos unas palabras amables mientras me muevo nervioso; se me está acabando la paciencia. El empleado abre la puerta y está esperando a que entre.

—¿Te importa si me cuelo? Quiero alcanzarlas.

Mark hace un gesto con la mano, indicándome que pase, mientras tensa los labios en una fina sonrisa.

Alguien grita a mi espalda al darse cuenta de que me estoy colando. Mark intenta apaciguar los ánimos, pero todo queda silenciado al cerrarse la puerta tras de mí.

Entrar en esta casa es como acceder a otra dimensión habitada por demonios. Se me eriza la piel al ver la monstruosidad rosa que me rodea.

—Pero ¡qué coño! —murmuro en voz queda, momentáneamente distraído por el dolor de ojos que me produce esta cosa. Si Addie y yo tenemos una niña, espero que tenga un poco de sentido común y prefiera el negro.

Siento como si los globos oculares se me encogieran por culpa del rosa. Es como si un unicornio se hubiera cagado por toda la casa. Por el amor de Dios.

El pelo castaño claro de Addie entra en mi ángulo de visión durante un segundo, pero, antes de que me vuelva a mirar, desaparece por la esquina perseguida por un monstruo. Sus gritos llenan la ahumada atmósfera y hacen que se me dibuje una sonrisa en el rostro.

Servirá de aperitivo para los sonidos que le voy a arrancar yo más tarde.

Camino mecánicamente siguiendo sus pasos. Oigo cómo se abre la puerta de nuevo y a continuación las voces de Mark y sus amigos. Pienso poner una barrera entre mi chica y esos mierdas que me siguen.

Addie y Daya se lo van a pasar bien sin que las molesten los verdaderos monstruos que hay en esta casa.

Pero es al subir las escaleras a trompicones, con un amasijo de risas, brazos, piernas y gritos, cuando las pierdo de vista. Subo corriendo las escaleras mientras las oigo gritar detrás de la primera puerta.

Reviso la organización del pasillo. Hay demasiadas puertas, por lo que es físicamente imposible que haya tantas habitaciones: algunas tienen que ser falsas. Eso significa que podrían acabar en cualquier sitio cuando salgan por el otro lado. Ni siquiera será en el pasillo si los cuartos están conectados entre sí.

Suspiro y avanzo con la intención de mirar en unas cuantas salas para buscar dónde esperar. En ese instante empieza a sonar una cancioncilla y me quedo helado por los escalofríos que me recorren el cuerpo. Se me ha erizado el vello de la nuca. Puede que sea parte de la experiencia de la casa, pero algo me dice que tengo que estar alerta, que el peligro acecha.

No hay nada que pueda hacer hasta que alguien se lance a por mí.

Ignoro el canturreo y sigo avanzando. Debería haber una señal de salida sobre una de las puertas, por si hubiera un incendio, para que los invitados sepan por dónde salir. Supongo que estará en una de las habitaciones traseras. Puedo quedarme a esperar en el cuarto de enfrente. Eso me permitiría vigilar el pasillo y enterarme de cuándo se marcha Addie.

Cuando entro en la habitación a mi izquierda, recorro con los ojos el espacio para localizar la salida. A la vez siento una presencia detrás de mí, alguien que no quiere invitarme a su merienda,

al tiempo que unos muñecos mecánicos salen de dos armarios. Se me para el corazón del susto, pero consigo mantener la calma y me doy la vuelta para enfrentarme a la presencia maligna que tengo a la espalda.

Lo último que esperaba encontrarme es a la muñeca rota de antes, la que se mofó de Mark.

Tiene el pelo castaño recogido en dos trenzas, sujetas por dos lazos rosas. Me observa con sus ojos marrones e inexpresivos, escondidos tras el maquillaje con el que intenta darles brillo. Es mucho más terrorífica de cerca de lo que me imaginaba.

Puede que sea porque tiene una mirada asesina. Bajo los ojos, fijándome bien en ella. Lleva un fino vestido blanco que deja poco a la imaginación. Se le marcan los pezones a través de la tela, pero no me detengo en ellos. No, me centro en el contorno de un cuchillo acoplado a su muslo.

Se me hiela la sangre. Si a esta zorra se le ocurre ponerle la mano encima a mi ratoncita…

—¿Dónde están? —pregunto intentando mantener la calma. Esperaba verla confundida, que preguntara a quién me refería, pero no me proporciona ese tipo de seguridad.

Parece saber perfectamente a quién me refiero.

—A salvo de ti —dice cortante. Ladea la cabeza para mirar hacia la pared y añade—: Decidles a los demás que están persiguiendo a dos mujeres y aseguraos de que salgan sanas y salvas. Yo me ocupo de él.

No puedo evitar que se me escape una sonrisilla. Una parte de mí querría averiguar con quién está hablando, pero en general lo que me divierte es que piense que puede conmigo. Sigue con los ojos algo que yo no veo, como si se estuviera marchando alguien.

—Entonces estás loca, ¿no?

Da un paso atrás, ofendida por mi comentario. La verdad es que no podría importarme menos.

Se me está agriando la ansiedad en el estómago como si se tratara de leche cortada. Addie y Daya todavía no han encontrado el camino de vuelta al pasillo. Y esta niña debe de pensar que soy como Mark y que he venido a hacerles daño y… Bueno, algo de razón no le falta. Lo que pasa es que yo solo quiero hacerle daño a una de ellas y, cuando termine, le habrá encantado la forma en la que le he hecho gritar.

Enseguida responde:

—No me llames así. Eres tú el que ha salido a la caza de mujeres.

Arqueo una ceja. Estoy a punto de reírme en su cara.

—Eso me convierte en un depravado, no en un loco.

Cierra sus manos formando unos diminutos puños y con un rugido se le tensa la cara mostrando su enfado.

La muñeca se levanta el vestido lo suficiente como para sacar el cuchillo y cierra la puerta de una patada.

No sé si reír o enfadarme. Me está distanciando de mi ratoncita a propósito y eso no me está gustando nada.

—¿Qué vas a hacer con eso, muñequita? —le pregunto con una sonrisa burlona en la cara. Esto debería acabar pronto.

—Voy a matarte, monstruo.

No tengo tiempo para esta mierda.

Cuanto más rato esté atrapado en esta habitación con la novia de Chucky, más oportunidades tendrá Mark de salirse con la suya.

Si los hombres se dan cuenta de que no estoy con ellas y dejo a Addie en una situación de vulnerabilidad, se aprovecharán de ello sin que nadie lo evite.

La muñeca está más interesada en hablar y estamos perdiendo el tiempo. Cargo contra ella, pero me sorprende su capacidad de lucha.

Le doy lo que quiere; sus torpes ataques empiezan con el cuchillo y acaban a puñetazos. Está furiosa como una niña malhumorada que coge una rabieta porque no consigue pegarme.

Se le nota la desesperación en el rostro, nerviosa por las ganas de acabar conmigo, de la misma forma que yo quiero hacerlo con ella.

Por fin consigo golpearle con fuerza en la nariz, haciéndola trastabillar, y acaba cayéndose al suelo.

Grita algún tipo de amenaza, pero yo estoy centrado en salir de allí. Paso a su lado como un torbellino y, abriendo la puerta de un golpetazo, avanzo a zancadas por el pasillo.

—¡Chacal! —grita a mi espalda, pero no le presto atención. No sé de quién cojones habla y además me importa una mierda.

Se me para el corazón cuando, al mirar a mi izquierda, veo a los cuatro hombres de la noche reunidos en una de las habitaciones de la casa.

Suspiro aliviado, quitándome un peso de encima al confirmarse que no han tenido la oportunidad de atrapar a Addie.

Al menos hasta que oigo las palabras que salen de sus putas bocas:

—¿Dónde se han metido? —pregunta Miller, que está mirando hacia Mark—. La furgoneta ya está lista. Solo necesitan la localización.

Me quedo petrificado de golpe, como si alguien estuviera inyectándome cemento por la espina dorsal.

—Ya las encontraremos —contesta Mark, tratando de apaciguar los ánimos—. Zack no estaba con ellas. Imagino que las perdió en la vorágine de la casa. Es el momento perfecto.

—Eres consciente de que vas a tener que enfrentarte a él, ¿verdad? Cuando descubra que Addie ha desaparecido —interviene Robert—. ¿Tú le has visto las cicatrices? Creo que lo estás subestimando.

Mark gesticula con la mano, quitándole importancia a las preocupaciones de Robert. Preocupaciones más que pertinentes.

—Esas cicatrices demuestran su debilidad.

Me río en silencio, con la cabeza inclinada hacia atrás y sacudiendo los hombros, dejando que me invada su falsa suposición. Poco a poco esa risa se va haciendo más sonora hasta que llena el espacio, mezclándose con el resto de los sonidos horripilantes que resuenan en la casa.

Los cuatro hombres se giran a mirarme y se quedan pálidos. Están sudando y se diría que acabaran de hacerse realidad sus peores pesadillas. Enseguida se darán cuenta de que soy yo

quien se sienta en el puto trono y que sus pesadillas me pertenecen. Soy peor que cualquier monstruo que se hayan podido imaginar. Entro en la habitación. Se me ensancha la sonrisa al ver cómo se estremecen de miedo.

—Za… —empieza a decir Mark.

—¿Sabes cuándo me hice estas cicatrices, Mark? Son muy antiguas. Mi adversario era fuera de lo común, pero ¿quieres que te cuente quién acabó en el suelo con la garganta rajada y las cuencas de los ojos vacías? No fui yo, hijo de puta.

Mark se ríe, tratando de quitarle importancia a mi historia, pero traga saliva y tiene la voz entrecortada.

—Zack, por favor, no hablábamos de tu chica.

—Lo peor que podrías hacer ahora mismo es mentirme.

Antes de que le dé tiempo a contestar, se abre una puertecilla que hay en la habitación y aparece reptando el mayor fastidio de la noche.

—Por el amor de Dios, ¿quieres dejarme en paz?

Mark y sus amigos se dan la vuelta y se encuentran a la muñeca, ya incorporada, con una mirada decidida en el rostro.

Se le ilumina la cara.

—Dios no tiene nada que ver con esto, cabrón.

CAPÍTULO 29

La manipuladora

—Si no me siento de una puta vez me voy a desplomar aquí mismo y vas a tener que despegarme del barro con una espátula.

—Vale, siéntate ahí y descansa —le digo señalándole un banco—. Yo me voy a acercar un momento a la Casa de los espejos.

—Por mí, estupendo. Vas a tardar un rato en salir de allí. Cuando lo consigas ya será hora de irse.

La Casa de los espejos siempre ha sido una de mis atracciones favoritas. Se trata de un intrincado laberinto, por lo que resulta muy complicado hallar la salida. Es uno de los edificios más grandes de la feria y está enteramente recubierto de espejos.

La feria va a cerrar en una media hora, por lo que estoy arriesgando un poco, pero, si me concentro, debería salir a tiempo.

La casa está toda pintada de negro, sin ningún toque de color, ni luces parpadeantes ni humo. Siempre he pensado que el efecto así es más psicodélico. A veces parece que estuvieras en un cuarto silencioso, sin más compañía que tus pensamientos mientras te acecha tu propia imagen.

Tardo exactamente cinco minutos en perderme por completo. Avanzo con los brazos extendidos para evitar chocarme de bruces contra uno de los espejos.

Es lo que me pasó hace un par de años y me salió un moratón en la nariz que lucí durante toda una semana.

Los minutos transcurren tranquilos, en compañía de mi reflejo. El corazón me late desacompasado, al igual que mi respiración, a causa de la emoción. A pesar de los fuertes latidos, es aquí donde me siento normal.

Oigo un ruido de pasos a lo lejos. No es que haya mucha gente en esta atracción, sobre todo a estas horas, aunque siempre hay alguien que asume el reto.

Sigo avanzando, concentrada en mi camino, olvidándome de lo que me rodea. El truco está en mirar al suelo, no a tu reflejo.

Estoy a punto de comerme uno de los espejos cuando oigo una risa siniestra. Levanto la cabeza de golpe al percibir el tono malvado de la risa. Me da un subidón de adrenalina que bombea hasta mi corazón, haciendo que se me acelere el pulso.

¿Se habrá colado un actor disfrazado de monstruo para darme un buen susto? No se lo echaría en cara. Es bien sabido que acostumbran a seguir a la gente para aterrorizarnos.

Con un nudo en la garganta, me vuelvo para intentar orientarme. Si por casualidad hubiera una criatura horripilante aquí dentro, preferiría que no se acercara y así no tener que ver su reflejo mil veces.

Esquivo el espejo contra el que casi me estrello y sigo adelante.

—Ratoncita. —El susurro parece proceder de todas las direcciones a la vez.

Me quedo petrificada, incapaz de decidir si se trata de mi imaginación jugándome una mala pasada o si efectivamente Zade está aquí.

Me obligo a seguir avanzando con la esperanza de que esté todo en mi cabeza.

—¿Dónde estás, ratoncita?

Cojo aire. La voz suena cada vez más cerca. Oigo el eco de otra risa siniestra y, por Dios, suena como un perturbado. Nadie en su sano juicio se ríe así.

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo tres veces tratando de apaciguar mi acelerado corazón. Está jugando conmigo. Trata de asustarme y lo está consiguiendo. Estoy atrapada en un laberinto de espejos y él se ríe como un puto demente.

No podía dejarme tranquila esta noche, qué va. Por una vez había conseguido olvidarme de él, ahuyentar de mis pensamientos lo que siento por él, que es pura contradicción. Y, pese a que Zade ya no me asusta tanto (con la excepción, tal vez, de ahora mismo), los sentimientos que despierta en mí son aterradores.

Tal vez si me quedo quieta no logre encontrarme.

Decido seguir avanzando, acelerando cada vez más el paso hasta que me desplazo a toda pastilla por el laberinto de espejos.

No sé dónde estoy. Diría que no he recorrido ni la mitad de la casa.

Justo en ese instante veo reflejada la imagen de Zade. Va vestido todo de negro y lleva la capucha puesta, escondiendo así su profunda cicatriz. Cojo aire y me vuelvo solo para encontrar más imágenes de Zade.

No está detrás de mí, pero se encuentra cerca.

—Quieto —le digo enfadada, aunque es el miedo el que constriñe mi pecho.

No me responde y por supuesto el muy cabrón no me hace ni puto caso. Estoy atrapada en un remolino: mi cuerpo no para de girar sobre sí mismo, buscándolo desesperadamente.

—¿Estás sola, pequeña?

Trago saliva.

—¿No es evidente? —contesto mientras continúo buscándolo. Igual no tendría que haber dicho eso…

—¿No hay nadie aquí que pueda venir en tu ayuda? —Noto la ansiedad en el pecho.

—¿Y por qué coño tendrían que venir a ayudarme, Zade? ¿Acaso vas a hacerme daño?

Es en ese instante, al levantar la cabeza, cuando consigo verle la boca. Una sonrisa malintencionada se dibuja en sus labios.

Procuro recordarme a mí misma que no va a hacerme daño.

Hace solo una semana estaba tumbado en mi cama, triste y vulnerable. Cuando me desperté a la mañana siguiente ya se había ido y no he vuelto a saber nada de él desde entonces.

Pero ¿cómo voy a relacionar a este Zade con el de la semana pasada? El de ahora parece…

salvaje.

—Lo que voy a hacer es echarte a perder —puntualiza. Retrocedo un paso. Tengo un nudo en la garganta. Su reflejo se mueve, camina en diferentes direcciones. ¿Se está acercando? No lo sé. Vuelvo a retroceder, notando cómo la adrenalina alcanza niveles peligrosos.

Me está acojonando.

—¡Corre! —me grita. Se me encojen los pulmones al oír su orden con esa voz profunda—. Si te atrapo, te follo.

Abro los ojos de par en par. Cuando lo oigo, mi cuerpo entra en acción como si tuviera un resorte.

Salgo corriendo.

Me siento enteramente vulnerable aquí dentro. Estoy atrapada en su tela de araña y el muy hijo de puta es venenoso.

Su reflejo me sigue adonde quiera que vaya. Pensaba que lo había despistado un par de veces porque el único reflejo que veía era el mío, pero entonces volvía a aparecer de la nada, echando por tierra mis esperanzas.

Me quedo casi sin aliento tras unos minutos. La adrenalina y el miedo me están afectando. Tengo el pecho encogido y mis pulmones no son más que un par de hilillos, incapaces de retener el oxígeno.

Estoy perdida y atrapada con un hombre muy peligroso que quiere acabar conmigo. Ya no creo que sea él de quien esté escapando, sino de la persona en la que me convertiré cuando consiga atraparme.

Estaba dispuesta a entregarme a Zade cuando apareció tras la puerta de mi balcón y vino a mí apesadumbrado. Este hombre me ha lanzado un conjuro porque, cuando estaba sufriendo, en lo único que podía pensar era en cómo conseguir que se sintiera mejor, en entregarle mi cuerpo si con eso ayudaba.

Pero sabía que a la mañana siguiente me habría odiado a mí misma, porque me habría acostado con mi acosador, con un asesino, con un hombre que me ha forzado unas cuantas veces. Habría dormido con un hombre que no respeta mis límites, mi espacio personal ni la palabra «no».

Sé sin lugar a dudas que eso es lo que va a pasar ahora. ¿Cómo puedo aceptar algo así? ¿Cómo me voy a olvidar de la brújula moral que me ha guiado toda la vida?

Por un hombre que debería despreciar, pero no, no lo desprecio. Es todo lo anterior, sí, pero también es un hombre admirable. Siente verdadera pasión, devoción, por salvar mujeres y niños secuestrados, arrancados de sus vidas, de sus hogares. Lo que hace es inconmensurable, deja una huella indeleble. Ni siquiera sé explicar lo que me hace sentir.

Es un puto oxímoron; una contradicción angustiosa. Y, a pesar de que su brújula moral es defectuosa, me siento segura a su lado. Incluso ahora, cuando el pánico me está reconfigurando el cerebro.

Dejo de correr. Estoy sin aire.

No hay nada que hacer. Eso es lo que significa escapar de Zade.

Puto. Desastre.

Con el corazón desbocado, espero a que me encuentre. Nunca conseguiría escapar. Mi única oportunidad sería incapacitarlo de alguna forma y salir corriendo.

Se me escapa una carcajada.

Ha estado entrenándome justo para eso, ¿no? La sombra me ha proporcionado las armas que necesito para protegerme.

De él.

Su cálido aliento me hace cosquillas en la oreja y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Cierro los ojos y me muerdo el labio hasta que noto un sabor a cobre. Su cuerpo me presiona por la espalda. Por ahora tiene las manos quietas, pero sé que no va a tardar en moverlas.

Está claro que le encanta tocarme sin mi permiso.

—Voy a gritar —amenazo con la respiración entrecortada.

Baja la cabeza y su aliento me abanica la nuca. Sus suaves labios peinan el exterior de mi oreja, haciendo que una cascada de estremecimientos me descienda por la columna vertebral como si se tratara de una catarata atronadora.

—Buena chica.

Me doy la vuelta dispuesta a quejarme, pero no me da tiempo a decir ni una sílaba. Sus labios atrapan los míos en el instante en que los tiene delante.

Por instinto, le muerdo el labio inferior. Un gruñido profundo se abre paso entre mi boca, alentándome a morder con más fuerza. Sale fuego de nuestras bocas conectadas, que se une al sabor a menta y un leve toque a tabaco.

Su sabor es delicioso y a la vez quiero que se aleje de mí.

Como si me leyera el pensamiento, coloca la palma de la mano en la parte posterior de mi cabeza y entrelaza los dedos en mi pelo, acercándome todavía más a él.

Entonces hago algo estúpido.

Le como el labio inferior y me pierdo en su sabor, en el contacto de sus labios con los míos.

Al darme cuenta de lo que estoy haciendo suelto su labio e intento alejarme de él. Su boca es como una droga y, bajo su efecto, tomo decisiones increíblemente estúpidas.

No me permite alejarme, al contrario, me devuelve el beso. Coge mi labio con su boca y esta vez es él el que me muerde a mí. Abro la boca para coger aire y mitigar el dolor, y aprovecha para meterme la lengua.

Mi coño le corresponde, palpita como respuesta al contacto con su lengua, con el recuerdo de lo que me hizo sentir cuando la deslizaba por mi clítoris.

Se me escapa un gemido sin querer y en ese instante, al darse cuenta de que mi cuerpo me está traicionando, sus besos se vuelven más salvajes.

Me consume completamente, me chupa, me lame los labios y la lengua de una forma que no había experimentado nunca. No soy capaz de pedirle que pare, ni de luchar contra él.

Siento un nuevo gruñido en la boca, que me avisa de lo que está por venir. Me agarra por la cintura y, con un giro, me apoya contra uno de los espejos, inmovilizándome contra el frío cristal, acoplando su cuerpo al mío.

—Así me gusta, que seas una buena chica —lo dice cerca de mi boca, antes de volver a atrapar mis hinchados labios en otro violento beso.

Separo la cabeza como puedo, sin aliento, y respiro el preciado oxígeno. Me agarra por las mejillas con su enorme mano, gruñendo:

—Dame esos putos labios. —Y vuelve a meterme la lengua en la boca a la fuerza.

Tengo las manos atrapadas entre nuestros cuerpos. Intento subirlas por su vientre, notando sus abultados abdominales, hasta sus firmes pectorales. Lo empujo como puedo, provocando que se separen nuestros labios con un sonoro ruido.

—Espera. Para —jadeo, ofuscada y confundida.

—¿Qué te he dicho? —me exige con firmeza. Sus ojos disparejos se encuentran con los míos y mantiene la mirada, colocándome como si se tratara de una droga. Me cuesta apartar la vista. ¿Cómo voy a hacerlo si siento que estoy mirando a un depredador?

Él es un depredador.

—¿El qué? —pregunto casi sin aliento, todavía mareada por el beso.

—Si te atrapo, te follo —repite casi con desdén, con esa voz ronca.

Abro la boca para hablar, pero me cuesta pronunciar las palabras.

—No me vas a follar. —Le empujo los pectorales.

Susurra con los labios cerca de mis mejillas, que descienden por la línea de mi mandíbula hasta llegar a mi cuello:

—Porque temes que te guste demasiado —concluye antes de morderme bruscamente en el cuello. Se me arquea la espalda y se me eriza la piel del estremecimiento—. Porque sabes que te va a crear tanta adicción como a mí.

—No —niego en un susurro—. Porque no quiero que lo hagas.

Levanta la cabeza y esboza una sonrisa autocomplaciente en sus labios.

—Así que vas a ser una chica mala esta noche. Miénteme a la cara y compórtate como si tu coño no estuviera deseando que lo cubra con mi polla.

Noto el rubor en las mejillas con una mezcla de ira y vergüenza.

—La atracción física no lo es todo —le respondo por fin—. Puede que mi cuerpo te desee, pero lo de aquí arriba —me señalo la sien— no.

Asiente con la cabeza despacio mientras sus ojos me recorren la cara meditando. Retrocede un paso, consiguiendo que me sienta desnuda y tenga frío.

Parece como si un halo negro hubiera cubierto el sol en un cálido día de verano; es un frío repentino y escalofriante.

Me coge de la mano y me aparta del espejo. Gira mi cuerpo hasta que puedo ver los innumerables reflejos que nos rodean, devolviéndonos nuestra imagen desde todos los ángulos.

Lo observo a través del espejo. Apoya su cuerpo contra el mío, propagando su calor por mis poros una vez más. Me centro en uno de los espejos y nuestras miradas se cruzan en el cristal.

Muy despacio, se agacha hasta que tiene la boca a la altura de mi oído, sin quitarme los ojos de encima.

—¿Quieres saber por qué me gusta la Casa de los espejos? —me susurra, haciendo que salgan chispas de mis terminaciones nerviosas. Su voz viene cargada de siniestras promesas y comienzos peligrosos.

Trago saliva con dificultad.

—¿Por qué? —susurro.

—Mira a tu alrededor —insta con suavidad. Aparto mis ojos de los suyos, dubitativa, y dirijo la mirada hacia las decenas de espejos—. Lo que estás viendo ahora es lo que veo yo todos los días. Da igual que me aleje, que intente escapar de ti. Estás en todas partes. No veo nada más que a ti. Amarte es como estar atrapado en un laberinto de espejos, ratoncita. Nunca me había sentido

tan cómodo y a la vez tan perdido en ti.

Se me para la respiración y vuelvo los ojos hacia él.

Mi corazón ha trastabillado y se ha caído por las escaleras en el instante en que ha pronunciado la palabra «amar». Una palabra que ha dicho con tal ligereza que no sé si se trata de una confesión.

—No creo que sepas lo que es el amor.

Se ríe, divertido.

—No creo que nadie lo sepa, pequeña. El amor es un enigma y significa algo diferente cada vez que alguien lo nombra.

Frunzo el entrecejo, decepcionada. No por lo que ha dicho, sino por lo sencillo que le resulta conseguir lo que quiere.

Justo como él ha planeado, me consume una sensación temeraria e impulsiva. Me muero de ganas de dejar que me posea. Todas esas noches colándose entre mis sábanas para aprovecharse de mi debilidad (no sé si física o mental) y utilizarla una y otra vez. Pero nunca ha llegado hasta el final y cada pedacito de mi ser ha estado esperando, anticipando, este momento.

Tengo tantas ganas de negarlo y, aun así, debo luchar contra mi cuerpo, que quiere girarse y dejar que me penetre.

«A lo mejor solo esta vez…».

Me muerdo el hinchado labio.

Me observa con atención, estudiando cada movimiento como si estuviera tratando de descifrar una lengua muerta escrita en las líneas de mi cuerpo.

—¿Lo dices solo porque crees que va a funcionar? —le pregunto con la voz entrecortada y ronca.

Tiene la boca haciendo un ángulo con mi oído y la mirada fija en mis ojos. Niega con la cabeza despacio, serio, con esa mirada intensa.

—¿Estás diciendo la verdad? —insisto. Se me entrecorta la voz por la desesperación. Solo quiero que me mienta y que me diga que no.

—Así es, Adeline —susurra.

Cierro los ojos y noto la resignación propagarse por mis poros. Consciente del cambio, recorre mi plano vientre con la mano. Mi cuerpo se tensa al sentir su tacto y se me eriza la piel.

Sus largos dedos sujetan la cremallera de mi sudadera y comienza a bajarla despacio. La tela se abre a una velocidad insoportable. El sonido de los dientes metálicos al separarse interrumpe el de mi errática respiración.

—No me tortures —digo mordaz, su lentitud deliberada me está cabreando.

Esboza una sonrisa malvada y ni siquiera los espejos consiguen mitigar su crueldad.

—Pobre ratoncita —se burla—. Te equivocas si piensas que esto no va a doler.

CAPÍTULO 30

La manipuladora

Tiene la extraña habilidad de consumir el oxígeno que respiro con una simple mirada. Y esa mirada asesina, acompañada de palabras amenazantes, consigue que mis pulmones desaparezcan por completo.

Me quita la sudadera con lentitud, deslizándola por los brazos. La tela se cae al sucio suelo, pisado por miles de zapatos embarrados durante toda la noche.

Parece una metáfora cruel: mi alma y mi cuerpo, al igual que mi ropa, saldrán mancillados de aquí esta noche.

—Alguien podría entrar —susurro, sin que mi voz llegue a interrumpir la tensión que nos embarga.

Sonríe maliciosamente, dando a entender que no le importaría si esto sucediera.

—¿Qué crees que harían? —pregunta mientras me levanta la camiseta, rozándome con las yemas de los dedos. Se me eriza la piel; es una reacción física provocada por la electricidad que me recorre el cuerpo cada vez que me toca.

—¿Piensas que se quedarían a mirar? ¿Que disfrutarían al verte desnuda? A lo mejor se corren solo de verte el coño, húmedo, reflejado donde quiera que miren. O el precioso rubor que te tiñe el pecho cuando te corres. Creo que disfrutarían incluso viéndote poner los ojos en blanco cuando mi polla te llene por completo hasta que no te quepa nada más de mí.

Siento una oleada de miedo que me va directa al corazón, provocando que se me acelere el pulso. Y, a pesar del pánico, mi cuerpo sigue respondiendo de forma mucho más siniestra.

Tiene razón: siento cómo me palpita el coño y se humedecen mis bragas hasta empaparlas.

¿Me importaría que me viera un extraño? No lo creo. Hay algo en la forma que ha descrito la escena que me hace plantearme que quizá lo permitiría.

—¿Y a ti te daría igual que otros me vieran desnuda? —Lo desafío casi sin aliento mientras observo cómo la camiseta planea hasta el oscuro suelo. Sus dedos me recorren la columna despacio, con premeditación. Queman como la lava, abrasándome la piel.

—No —me murmura al oído. Lo observo a través del espejo. Sus ojos descienden por mi cuerpo hasta llegar a mis pechos. La tira del sujetador se tensa contra mi piel durante un instante antes de soltarse, y las copas de encaje que me sostenían los pechos caen al suelo,

desnudándolos.

Me duelen los pezones de la tensión. Se relame al darse cuenta de mis duras cimas, casi como si salivara solo con mirarlos.

—¿Quieres saber lo que haría? Les dejaría mirar. Les dejaría ver cómo te hago mía, ver que me pertenece cada centímetro de tu ser. Verían mi polla penetrar en cada orificio de tu cuerpo y te verían llorar por la intensidad del orgasmo. Y después los mataría. Les rajaría el cuello por atreverse a mirar lo que es mío con la polla todavía húmeda de tu coño.

Siento un terror punzante que se intensifica y amenaza con pinchar el globo de cordura que me queda.

—Eres un psicópata —jadeo. Esta vez se ríe y el ruido siniestro de su risa se dirige directamente al montículo que se esconde entre mis muslos.

—Ya aprenderás a amarme —murmura distraído. Se ha despistado al recorrer con las manos mi abdomen plano hasta llegar a mis pechos. Sus grandes manos consiguen abarcarlos por completo, pese a que no son pequeños (tengo buenos genes), pero el tamaño de sus manos hace que parezcan enanos.

Es un monstruo por dentro y por fuera.

Y aun así noto las bragas cada vez más húmedas.

Mi cuerpo no debería ser capaz de sentir odio y deseo al mismo tiempo. Aunque supongo que la vida sería más insulsa sin la complejidad de las emociones humanas.

Me aprieta los pechos casi hasta hacerme daño.

—Voy a comérmelos pronto —promete antes de soltarlos y bajar la mano hasta el botón de mis vaqueros.

Con un solo movimiento de la mano consigue que pierda el control, como un ladrón de bancos en una cámara acorazada repleta de dinero.

«¿Qué coño estás haciendo, Addie?».

Mierda. No lo sé. Esto no está bien. Nada bien. No lo detengo cuando me desbrocha los pantalones ni cuando introduce sus pulgares en los costados para bajármelos.

Me ayuda a despojarme de los zapatos y me quita los vaqueros del todo, dejándome puesto únicamente un tanga de encaje.

Trago saliva y se me acelera el pulso al captar nuestra imagen en el espejo. Él sigue completamente vestido. Pasea sus ojos por diferentes espejos para verme desnuda desde todos los ángulos, como si le costara decidirse en qué espejo fijarse. Controlo el instinto de taparme. Esconderme me daría más vergüenza que estar casi completamente desnuda ante un hombre hermoso.

—Tú también tienes que desvestirte —insisto. Ni de coña voy a ser yo la única expuesta.

Por fin sale de detrás de mí y se coloca de frente. Me duele verle los ojos dispares, que hacen que todo parezca mucho más real que cuando lo miraba a través de un espejo.

Por primera vez, este momento con Zade parece consensuado. Y no estoy segura de que sea eso lo que quiero. Pero ¿qué sentido tiene desear que no haya consentimiento?

Hay una parte desequilibrada en mí que quiere que me fuerce. ¿Para poder hacerme la víctima después? ¿Para seguir fingiendo que mi coño no llora por él y que no fantaseo con que me penetre?

Es más fácil hacerse la víctima cuando no controlas tus malas decisiones.

—Si eso es lo que quieres, ratoncita, tendrás que hacerlo tú —contesta tranquilo. Me mira como si no se creyera que fuera a desvestirlo voluntariamente. Y creo que sabe lo que consigue con esa mirada. El muy cabrón sabe que no soy capaz de dar marcha atrás ante un desafío.

Le pago con la misma moneda y lo desvisto muy despacio, con delicadeza, rozando su piel con los dedos deliberadamente, haciendo que se estremezca y gima de impaciencia.

Ahogo un grito cuando, al quitarle la camiseta, descubro que las cicatrices de la cara no terminan allí. Dos puñaladas le marcan la piel: una de ellas le atraviesa el corazón; la otra, sus definidos abdominales. La piel dentada de las cicatrices está abultada y es de un color rosa intenso que contrasta con su piel morena.

Todavía le duelen.

Cuando se las acaricio con la yema de los dedos, se tensa por el contacto y dibuja una mueca de dolor que desnuda sus dientes.

El dolor no es físico, pues hace tiempo que curaron las heridas. Son como icebergs: inconfundibles e imponentes en el exterior, pero bajo la superficie existe algo más profundo y amenazador, algo capaz de hacerte naufragar en las profundidades de la depravación, como le ocurrió al Titanic.

En su interior esas heridas siguen abiertas y me gustaría saber quién las causó.

La parte de su cuerpo donde no hay cicatrices está cubierta por detallados tatuajes. De uno de los costados le nace un dragón que le llega hasta los pectorales. De la boca le sale una llama de fuego que le alcanza el hombro. Una sirena descansa en el lado contrario: una mujer hermosa que asoma sobre su hombro desnudo.

Utilizo los espejos para verle todos los tatuajes que adornan su piel, incluidos los que le cubren los brazos y la espalda. Todos son preciosos y muy profesionales.

—No has disimulado las cicatrices con los tatuajes —comento con calma, acariciando con el dedo la cara del dragón. De hecho, pareciera que los tatuajes evitaran las cicatrices a propósito.

—No escondo mis fracasos.

No son solo sus fracasos los que embellecen su cuerpo. Es musculoso sin llegar a ser corpulento. Su físico deja bien claro que podría matarte con un meñique sin necesidad de tomar esteroides para desayunar.

Y, si eso no fuera suficiente para hacer de mis piernas gelatina, sus gruesas venas, que parten del cuello y le descienden por los brazos esbeltos hasta sus grandes manos, serían mi perdición.

Es tan… imponente.

Me observa con detenimiento, con una intensidad ardiente en la mirada, mientras investigo su cuerpo. Está casi temblando por mi lento reconocimiento, así que sigo adelante y continúo con mi tortura.

He tardado cero segundos en lograr que esté loco de ganas de follarme. Siento el poder que reside en la yema de mis dedos. No quiero ni imaginarme el poder que tendría si lo amara.

No puedo dejar de temblar y estoy cada vez más húmeda ahora que su cuerpo está desnudo. No es justo que sea tan perfecto, aun con la piel destrozada por esas cicatrices. El claro maltrato que tuvo que soportar su cuerpo lo hace más deseable si cabe.

Me quedo sin aliento cuando, al bajarle los pantalones, libera su pene erecto de los confines del pantalón. Da igual cuántas veces lo vea, nunca me va a parecer menos amenazante. A no ser que un día decida morir empotrada por él.

Cuando está completamente desnudo, retrocedo un paso y miro a mi alrededor. Lo observo desde todos los ángulos que me ofrecen los espejos, como ha hecho él conmigo.

Tiene los muslos fuertes, el culo firme y redondeado, una espalda bien contorneada en la que me dan ganas de frotarme y la polla más impresionante que haya visto jamás.

Quiero escapar. Irme muy lejos de aquí.

Este hombre va a acabar conmigo esta noche. Noto un saborcillo en la punta de la lengua.

—¿Tienes miedo? —pregunta en un susurro siniestro. Me está mirando fijamente con una expresión inescrutable en el rostro.

—Sí —respondo con sinceridad. Sonríe, consiguiendo que casi me desmaye.

Esto no está bien. No se puede ser tan guapo. Sin duda alguna se trata del diablo. No tengo ninguna duda.

—Así me gusta —dice con la voz cargada de peligro.

Retrocedo otro paso y esta vez no me detiene.

—Arrodíllate, ratoncita —ordena amenazante. Me detengo, dudando entre hacerle caso o recuperar el sentido común que perdí en algún lugar de la Casa de los espejos y salir corriendo.

—No me hagas decírtelo dos veces —me advierte con voz áspera y tajante. Inclina la barbilla hacia abajo levemente para mirarme.

Me asusta la expresión de peligro que se le dibuja en el rostro y que provoca que mis muslos se empapen con mis fluidos.

—No quiero que me lo ordenes —digo con calma. Durante un corto segundo puedo leer la confusión en sus ojos y aprovecho para demostrarle lo que quiero decir.

Me doy la vuelta y salgo corriendo.

Pero es demasiado rápido. Me agarra del pelo con la mano y tira de mí hacia atrás, consiguiendo doblegar mi cuerpo y haciéndome caer de rodillas al suelo. Como queríamos los dos.

—¿Quieres que te fuerce? —Me tira aún más del pelo hasta que puedo verle la cara. Me roza la mejilla con su polla como preludio de lo que está por venir.

—Te gusta ser una chica mala, ¿verdad? Te encanta desafiarme porque te gusta que te asuste. Eres una ingenua que juega con fuego —se burla de mí con gesto cruel.

Me tira del pelo con tanta fuerza que me están entrando ganas de llorar. Las lágrimas me queman en los ojos igual que el infierno de lujuria y cólera que se refleja en los suyos. Y, si fuera una ingenua, vería reflejado un fuego detrás de mí en esos ojos dispares.

—Dime, ratoncita. ¿Te ha follado alguna vez alguien como yo?

—Me han follado mejor —siseo. El odio latente que siento por él se ha despertado. Algo oscuro y peligroso relampaguea en sus ojos. Arquea esa condenada ceja e inmediatamente me siento empequeñecer. Es mentira y los dos lo sabemos.

Eso es lo primero que aprendí de niña en el colegio de monjas: «Las chicas buenas no mienten». La segunda lección fue «no te fíes del diablo y el poder que ejerce sobre ti». Lo que se les olvidó mencionar es que no hay que cabrearlo una vez que hayas caído en sus redes.

A lo mejor es porque parece de sentido común.

Me tiembla el labio al regañarme a mí misma por ser tan estúpida. La amargura y la desconfianza se agitan bajo la superficie. No sé cómo pude pensar que le iba a permitir dominarme y follarme sin presentar batalla.

Me matará antes de que me enamore de él.

—¡Abre la puta boca, chica mala! Ahora mismo, antes de que te ahogue con mi polla.

Esta vez le hago caso. En el instante en que separo un poco los labios, me mete la punta del pene en la boca y me lo introduce hasta la garganta a la fuerza. Sisea entre dientes y suelta un gemido salvaje. Lloriqueo y me atraganto cuando me lo mete todavía más. Esa polla de acero templado está recubierta de suave raso, pero esa suavidad no ayuda a sofocar el dolor.

Su pene es demasiado largo, demasiado grueso para mi pequeña boca.

Se me llenan los ojos de lágrimas, que se derraman al seguir metiéndomelo hasta el fondo. Por instinto, apoyo las manos en sus muslos y trato de empujarlo.

Rápido como una serpiente, me coge las dos manos, las sostiene a la altura de su vientre y vuelve a sujetarme la cabeza con la mano que le queda libre. En esa postura parece que estuviera de rodillas rezando, como una mujer que adora al mismísimo diablo.

—¿No es esto lo que querías? —gruñe—. ¡Chúpamela! ¡Ahora mismo!

Hago lo que me ordena por si se relaja un poco. Se la chupo fuerte, ahuecando las mejillas y acariciando con la lengua la gruesa vena que hay en la parte inferior de su enorme polla.

—Eso es, pequeña —respira y por fin se relaja, pero enseguida vuelve a metérmela hasta la garganta. Es él quien dirige el vaivén de mi cabeza consiguiendo que se le ponga cada vez más dura.

Me entran unas ganas desesperadas de complacerle cada vez que sale una palabra o un gemido de su boca. Quiero corregir mi error.

—Veamos. Así que Greyson Parker era mejor que yo, ¿no? —Abro los ojos, asombrada, confundida porque lo conoce y temiendo dónde va a acabar esto—. Casi lo mato cuando huyó de tu casa desnudo, así que, por algún motivo, dudo que fuera mejor que yo.

Estoy atragantándome, pero deja que lo pase mal unos segundos antes de aflojar.

—Brandon Havatti, Carlos Santonio, Tyler Sanders… —continúa la lista de los hombres con los que he estado, que, a pesar de no ser muy larga, parece eterna al constatar que he puesto su vida en peligro.

Me separa la cabeza con firmeza, permitiéndome respirar mientras dice:

—Me encantará matarlos a cada uno de ellos, ratoncita.

Antes de que pueda responderle o coger aire de nuevo vuelve a atragantarme con su polla.

Se me nubla la visión lateral de lo fuerte que me la está metiendo. No le importa que me entren arcadas ni que pelee. Simplemente se le pone más y más dura.

—¿A que quieres que me corra en tu boca? Has estado pensando en chupármela desde que me adoraste de rodillas con un cinturón alrededor de tu precioso cuello.

Levanto la vista hacia él. El odio es más fuerte que la lujuria. Por un momento, sonríe, o más bien deja los dientes al descubierto, cuando ve la ira reflejada en mis ojos castaños.

—Lo deseas, pero ni de coña te lo voy a dar. Todavía no te mereces ese honor.

Sin previo aviso me separa la cabeza con fuerza, liberando su polla. Me levanta del suelo por el pelo hasta que estoy de puntillas.

—Zade, por favor —gimoteo. Noto el pecho oprimido por la falta de oxígeno y las lágrimas me nublan la vista. No sé ni por qué estoy suplicando, si por mi vida o por la de los hombres inocentes que acabo de enviar al paredón.

—Eso es, buena chica. Me encanta cuando estás asustada y me suplicas.

Cuando pienso que por fin puedo respirar, vuelve a dejarme sin aire. Sus labios se chocan contra los míos en un beso electrizante. Le clavo las uñas en los pectorales haciendo que emita un leve gemido mientras me come la boca. La energía que fluye entre nosotros crepita y estalla cuando bebemos el uno del otro. Chispas de fuego y un sabor a vino amargo invaden mi lengua.

Luchamos con las lenguas por ver quién lleva el control. Nunca el veneno ha sabido tan bien. Me sujeta por la cintura y me levanta sin apenas esfuerzo. Coloco mis piernas por instinto alrededor de su esbelta cintura justo en el instante en el que noto el frío cristal en la espalda.

La temperatura de mi cuerpo se asemeja a la que veo reflejada en sus ojos yin yang. El frío del espejo amenaza con mandarme escalofríos por todo el cuerpo; sin embargo, donde se junta su cuerpo con el mío, estoy ardiendo.

Un intenso dolor en las caderas hace que me quede sin aire mientras me besa. De un tirón rápido me despoja del tanga, quedando la tela atrapada entre nuestros cuerpos.

Se separa y coloca el glande en mi entrada.

—Ábrete el coño, ratoncita —me ordena. Abro la boca para quejarme, para decirle que me folle de una puta vez y ya está, pero su mirada me deja sin palabras.

Frustrada, introduzco las manos entre nuestros cuerpos y hago lo que me dice. Noto el calor que me sube al pecho cuando me abro para él. Es degradante porque sabe que no debería desearlo.

Sabe que quiero que me la meta a la fuerza y, como castigo por haberle insultado, va a hacer que le demuestre cuánto lo deseo al abrirme el coño invitándolo a entrar.

Dios, cuánto lo odio.

Sus manos se aferran a mis caderas con más fuerza, me hace daño. Mañana voy a despertarme con sus huellas marcadas en la piel. Una parte de mí teme esos moratones. Será imposible olvidar lo que ha ocurrido esta noche con su mano marcada en mi piel.

—No te atrevas a mover las manos —amenaza en el mismo instante en el que me sienta sobre él para introducirme la polla.

—¡Ay! —grito, a punto de llevar las manos a su pecho para apartarlo de mí. Es demasiado, me está abriendo más de lo que me lo han hecho nunca.

Tengo los ojos de par en par y gimoteo por el ataque. Puedo sentir su gran tamaño deslizarse entre mis dedos cuando intenta introducírmela más profundamente.

—¡Para! ¡No cabe! —jadeo.

—Pobre ratoncita —me arrulla burlón. Tiene la voz tensa y ronca—. Tal vez algún día trate a este coño como si fuera de cristal y le muestre mi amor, pero hoy has sido una chica mala, ¿no?

Como no le contesto, me mete más la polla, provocando que gimotee de nuevo.

—¿No es así?

—Sí —respondo sin aliento, cerrando los ojos con fuerza para no sentirme tan violentada.

—¿Vas a ser una buena chica a partir de ahora?

—Sí —lloriqueo con desesperación. El dolor se va transformando poco a poco en algo más intenso que me deja sin respiración.

Me la saca y vuelve a penetrarme con menos violencia, pero aún enfadado.

Siento como si mi cuerpo estuviera a punto de reventar. No es natural estar tan llena.

Vuelve a retirarse dejando dentro solo la punta para, a continuación, empotrarme con toda la polla tan profundo que juraría que la he notado en la garganta. Grito con la voz entrecortada,

sintiendo una oleada de sensaciones en mi pecho.

Esto no es normal.

—Por Dios, Addie, casi no quepo.

Debe de ser por eso que tengo la sensación de que me voy a partir en dos.

Empieza poco a poco, pero con firmeza. Me la introduce con fuerza para después sacármela a un ritmo tortuoso y volver a metérmela de un golpe. Mi cuerpo está empezando a relajarse y lo acoge con avaricia, mientras condena mi alma con cada empujón.

Cambia de postura, apoyándose en el espejo, y se me encoge el estómago al darme cuenta de que me va a lastimar algún órgano.

Una onda expansiva se propaga por mis terminaciones nerviosas cuando acelera el ritmo, follándome con fiereza contra el espejo mientras salen de mis labios unos intensos gemidos que jamás había pronunciado. Me ciega el placer. Notar con los dedos cómo entra y sale de mí solo consigue intensificar la potente lujuria que me nace en las entrañas.

—Mira nuestro reflejo —dice.

Tengo que esforzarme para abrir los ojos y dirigirlos hacia una decena de espejos. Veo nuestro reflejo desde todos los ángulos imaginables.

Es demasiado. Ver cómo me la mete. Tiene el culo apretado por la fuerza de los golpes y a mí el rubor me llega hasta las mejillas sonrosadas. Mis ojos están entreabiertos y la expresión de mi rostro es de absoluto éxtasis.

Gira la cabeza y nuestras miradas se cruzan en uno de los espejos.

Se me congela la sangre cuando desvío la mirada y me encuentro con sus ojos puestos en mí desde distintas direcciones. Nunca había sentido nada tan intenso.

Se asemeja a esa sensación que tienes cuando intuyes que alguien te está mirando, pero multiplicado por diez.

Vuelvo a mirarle a los ojos y esboza una leve sonrisa. Se inclina hacia mí, me roza los labios con los suyos mientras observa cómo mi cuerpo se va ensanchando poco a poco por las costuras, sin dejar de sonreír.

—Dime, ratoncita. ¿Alguna vez te había follado alguien como yo?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza, luchando por no poner los ojos en blanco. Vuelve a cambiarme de posición: mete sus brazos por debajo de mis rodillas y me coloca las piernas en alto. Se me escapa un gemido embarazoso cuando, al cambiar el ángulo de sus caderas, me golpea en una zona que hace que pierda el control inmediatamente.

—¡Dios mío! —gimo. Y esta vez no puedo evitar que se me caiga la cabeza hacia atrás contra el espejo y que se me pongan los ojos en blanco.

—Así es, pequeña. Soy tu puto dios —gime antes de morderme el cuello.

Se me está encogiendo el estómago, donde se ha formado un tsunami devastador que sin duda va a acabar conmigo.

Me está follando con tanta virulencia que el espejo empieza a temblar. Parece que está a punto de romperse, pero ¡a quién le importa!

Cuando estoy a punto de alcanzar la cima, me la saca del todo. Gimoteo, casi notando dolor por su ausencia.

—¿Qué? —Me coloca de pie, retrocede un paso y señala al suelo. Me tiemblan las rodillas y me cuesta mantener el equilibrio por el intenso placer que palpita entre mis piernas.

—Ponte a cuatro patas.

No se lo discuto, principalmente porque la pérdida del orgasmo ha sido dolorosa y, además, las piernas no van a aguantar mi peso mucho más tiempo.

Noto lágrimas de rabia en la comisura de los ojos, pero me trago el comentario sarcástico. Solo voy a conseguir que endurezca su castigo.

Espero que me la vuelva a meter por detrás, pero me mete la mano entre las piernas, me agarra por las caderas y me las levanta hasta que se me separan las rodillas del suelo, haciendo que tenga que reaccionar para no caer de bruces. Siento su cálido aliento en el clítoris justo antes de que me lo atrape entre sus dientes.

Doy un chillido de dolor y forcejeo, aunque esta vez no me tortura. Succiona mi clítoris con la boca y pasa la lengua por mi húmedo coño.

Gime mientras me provoca vibraciones de placer que se extienden por mi centro.

—Sabes tan bien —murmura antes de volver a lamerme el clítoris.

Levanto la vista y, sin ningún pudor, lo veo comerme el coño desde atrás. Busco el mejor ángulo para verlo a mi espalda de rodillas, devorándome como si estuviera hambriento.

Vuelve a formarse el inminente orgasmo todavía con más intensidad que el anterior. No puedo frotarme con su cara como desearía, así que no hay nada que pueda hacer, estoy a merced de su lengua.

—Zade, por favor —le suplico. Se me cruzan los ojos del intenso placer.

—¿Mi ratoncita quiere correrse? —pregunta. Le falta el aire y tiene la voz entrecortada.

Le llamaría mentiroso si alguna vez hubiera negado que me desea, pero eso es lo que ocurre con Zade: nunca ha tratado de esconder que me desea con desesperación.

—Sí —le suplico con un gemido.

Vuelve a apartarse y grito frustrada, golpeando con el puño en el suelo. La rabia por negarme el orgasmo por segunda vez se apodera de mí e intento que me suelte.

Se ríe de mi intento.

—¡Serás hijo de puta…!

Interrumpe mi diatriba penetrándome de nuevo. Está colocado encima de mí y sus testículos golpean mi sensible montículo. Me quedo sin palabras. Este ángulo le permite introducírmela con más profundidad.

Arqueo la espalda y clavo las uñas en el suelo, arañando la sucia baldosa mientras me embiste sin descanso.

Me coge por el pelo y me levanta la cabeza con brusquedad obligándome a mirar en los espejos que hay frente a mí para ver cómo me folla.

—¿Quieres correrte en mi polla, pequeña?

Asiento frenéticamente y me responde con una sonrisa.

—¿Has sido una niña buena? —Vuelvo a asentir, desesperada—. Entonces dilo de una puta vez, Adeline.

Me aferro a él al oír mi nombre completo con su voz de tenor.

—Soy una niña buena —jadeo, demasiado ausente como para sentir nada que no sea una lujuria cegadora que me anula.

Acopla su cuerpo al mío y me la clava en mi apretado coño. La mano con la que me agarra el pelo desciende hasta la garganta y me rodea el cuello mientras coloca la palma de la otra mano

en mi abdomen plano.

—Esta noche ha sido un ensayo, pero te prometo, ratoncita, que este cuerpo gestará todos mis hijos algún día —dice casi en un rugido, haciendo chirriar los dientes.

Veo su imagen borrosa cuando se me ponen los ojos en blanco y el tsunami por fin se desata en mi interior. Grito con tanta fuerza que casi tiemblan los espejos. Se me escapa el nombre de Zade, como si estuviera en un trance, cuando mi mundo estalla en mil pedazos.

—Joder, qué bien, nena. Tienes el coño tan apretado, sácale todo el jugo a mi polla. —Termina la oración con un rugido mientras le tiemblan las caderas al empotrarme una última vez, llenándome con su semilla hasta que ya no cabe nada más.

Nuestros fluidos me resbalan por los muslos cuando me quedo, jadeante y sin aliento, en el suelo. Sigo sintiendo espasmos de placer aun después de haber tenido el orgasmo más intenso de mi vida.

No puedo respirar, ni moverme, ni pensar con claridad.

Esto no es normal. Nada de esto lo es.

—Espero que sepas —jadeo—que estoy tomando la píldora.

Se ríe casi sin aliento.

—Por ahora.

Antes de que pueda contestarle, un zumbido irrumpe en el cargado ambiente. Vuelvo los ojos al lugar de donde proviene el ruido, localizando inmediatamente su procedencia. Mi móvil está iluminado en mis vaqueros, vibrando sin descanso.

Mierda. Daya.

Me incorporo con dificultad y me dirijo al teléfono, apretando los dientes al notar que sale de mí. Me tiembla el pulgar con violencia cuando pulso el icono verde de la pantalla.

—¿Quién es? —contesto, haciendo una mueca al darme cuenta de lo temblorosa y ronca que llevo la voz.

—¿Dónde cojones te has metido? —grita a través del teléfono. A ella también le tiembla la voz, está cabreadísima.

—Me he perdido y no hay mucha cobertura aquí dentro —miento avergonzada.

No estoy dispuesta a admitir lo que ha ocurrido. Ignoro la presencia de Zade y me visto como puedo, muriéndome de vergüenza por culpa de los gritos que estoy oyendo y por los fluidos que se derraman por mi muslo.

—Han cerrado el parque, Addie. Me han echado y luego me han dicho que la Casa de los espejos ha sido desalojada. El cabrón del segurata no me creyó cuando le dije que no habías salido. Estaba muy preocupada.

Cuando me pongo los zapatos, oigo decir «mierda» detrás de mí, lo que llama mi atención. Zade está revisando su teléfono con una expresión seria en el rostro.

Solo lleva puestas las botas negras y los vaqueros sin abrochar, proporcionándome una deliciosa vista del nacimiento de la pelvis, que se pierde tras la tela.

La bronca de Daya se diluye en el ambiente cuando pierdo la concentración.

La luz que emite el teléfono acentúa la musculatura que tensa su piel suave, las cicatrices y sus negros e intrincados tatuajes, intensificando su apariencia ya de por sí salvaje.

Las venas que se ramifican por sus manos y brazos están hinchadas y, por Dios, que si no estuviera apoyada en un espejo me desplomaría de lo irresistible que es.

Ese Adonis lleno de cicatrices dentadas y con las aristas sin pulir acaba de follarme hasta dejarme sin sentido y ha jurado que sería la madre de sus hijos.

Me cuesta respirar.

—Addie, te juro que…

—Sal-Salgo enseguida, Daya. De verdad que lo siento. —Me obligo a desviar la mirada hacia mi alrededor tratando de orientarme, lo que resulta especialmente complicado en una casa con un millón de espejos.

Respira profundamente, tratando de calmarse.

—Vale, perdona, Addie. Estaba muy preocupada.

Me estremezco al sentirme sobrepasada por un tsunami muy diferente, este repleto de todas las emociones negativas imaginables. Culpa. Vergüenza. Arrepentimiento.

—Lo siento mucho, Daya. Nos vemos en unos minutos.

Cuelgo el teléfono y me dispongo a caminar en la dirección en la que se supone que tengo que ir.

—Por ahí no es, ratoncita. Sígueme —dice Zade. Su voz profunda hace que me ponga rígida, y que se me suban los hombros casi hasta las orejas. Ha terminado de vestirse y camina en dirección contraria.

Me giro y lo sigo, inquieta. No le pregunto cómo conoce el camino porque no me interesa. Lo único que quiero es que me saque de aquí.

Tras quince tensos minutos encontramos la puerta de salida y salgo rápidamente. El aire frío calma mi cara encendida.

La feria parece un sitio completamente diferente a cuando entré. Está sin vida, sin luces y no queda ni un alma.

¿Cuánto llevamos aquí? Miro la hora y casi se me salen los ojos de las órbitas al darme cuenta de que son las doce y media de la noche.

¡Dos horas! ¡Llevo aquí dentro dos putas horas!

Admito que la mitad de ese tiempo la he pasado avanzando entre los espejos, pero aun así es demasiado. La gente normal no folla tanto rato, ¿no?

Zade va detrás de mí, así que echo un vistazo sobre mi hombro y le digo:

—No me sigas. Daya me está esperando y no quiero que te vea. —Incluso yo me doy cuenta de lo distante que sueno.

Durante los quince minutos que duró el trayecto en lo único que pensaba era que quería follármelo otra vez.

Y eso me da muchísimo miedo.

Este es el baño de realidad que necesito, un duro recordatorio de que acabo de tener sexo con mi acosador. No debería haberlo permitido.

Noto cómo se ciñe su mano a mi cintura un segundo antes de que me gire. Me tropiezo con él, pero me agarra rápido, colocándome la mano en la nuca.

—De todas maneras, llego tarde a una cita con una psicópata —dice como si nada. Abro los ojos sorprendida y sonríe al darse cuenta de mi enfado.

—No te pongas celosa, ratoncita. No es esa clase de cita. No es mi tipo de desequilibrada. Además de que no es tú.

Me río con desdén.

—No estoy celosa. Deja que me vaya —le suelto mientras intento separarme.

Me acerca más a él y acaricia mis labios con los suyos mientras me mira fijamente a los ojos.

—Eso no va a ocurrir nunca, Adeline. Nunca te dejaré marchar. —Me pongo rígida ante la severidad de su tono. Lo dice en serio.

Choca sus labios contra los míos antes de que pueda responderle y, como esta es la última vez que voy a dejar que me toque, le devuelvo el beso. Me aferro a él, tirando con fuerza del cuello de su sudadera y agarrando su labio inferior entre los dientes, mordiéndole con fuerza hasta que saboreo su sangre.

Gruñe y me devora la boca. Todavía tiene el sabor de mi sexo. Luego se separa de mí con la respiración entrecortada.

—Vete —ordena con brusquedad.

No titubeo. Salgo como puedo de la feria y me dirijo al coche. Es el único que queda en el aparcamiento. Una inquieta Daya espera sentada en el asiento del conductor, perforándome con su mirada.

Suspiro, preparándome para llevar una conversación incómoda a la que no sé cómo enfrentarme. Me ceñiré a mi excusa. Me perdí. Eso es todo.

Abro la puerta del coche y me desplomo en el asiento del copiloto. Cuando se cruzan nuestras miradas, veo que me observa con la furia de mil soles.

—¿Por qué coño tienes esa pinta y hueles como si acabaras de follar?

2 de marzo de 1946

Le he contado a Ronaldo que estoy pensando en pedirle el divorcio a John. Se emocionó tanto que, por un segundo, soñé con que tal vez podríamos tener un futuro juntos.

Entonces le pedí que renunciara a su trabajo y la emoción se desinfló como un globo pinchado. Dijo que no era posible, que le debía lealtad a su jefe y que no creía que fuera capaz de dejarlo jamás.

Acabamos peleando. Entiendo su postura, pero le expliqué que no sabía si podríamos estar juntos de verdad mientras él estuviera involucrado en un negocio tan peligroso.

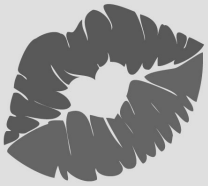
Se defendió con astucia, diciendo que la vida de mi marido era tan arriesgada como la suya.

No supe a qué se refería. ¿A las apuestas?

Dejamos de tener problemas al poco tiempo de que entraran en nuestra casa, así que di por hecho que John había arreglado las cosas.

Sea como fuere, me mantuve firme en mi decisión: Sera y yo aprenderemos a sobrevivir por nosotras mismas, incluso si eso significa que me tengo que convertir

en madre soltera.



CAPÍTULO 31

La sombra

—¿Por qué has tardado tanto? —va y me suelta la psicópata, con esos aburridos ojos marrones que tiene inyectados en fuego. El mismo infierno de sus ojos es el que aún tengo yo en el pecho.

Mi corazón palpita fuerte. Y me inunda la necesidad inquebrantable de follármela otra vez. Me noto el cerebro como si lo hubiesen chamuscado en una sartén. Tengo que concentrarme, pero es casi imposible, teniendo como tengo aún el sabor de Addie en la lengua, y con la sensación de ella fuertemente alrededor de mí, atrapándome.

No sé cómo voy a lograr concentrarme cuando acabo de descubrir a Dios. O, más bien, creo que me acabo de convertir en uno.

Pero ¿cómo puedo sentirme con ella un dios poderoso y despojado a la vez de todo mi poder?

No lo sé.

Lo único que sé es que ahora me encantan las putas ferias encantadas esas.

—Tenía algo que hacer —murmuro al tiempo que barro la habitación con la mirada para ver si queda algún empleado. O cualquier otra sorpresa mortal si me tuviese que fiar de la mirada asesina de la psicópata. Todavía tiene pensado matarme, y la idea es irrisoria.

Si fuera tan fácil matarme, hace mucho que estaría muerto. Estas cicatrices lo demuestran.

Después de pelearnos, la muñeca rota y yo decidimos permanecer unidos por el momento. Como Mark decidió encargarse él mismo de las cosas e intentó secuestrar y esclavizar a mi chica, yo decidí que no valía la pena que él siguiera viviendo. Los dos segundos que tardó en conspirar contra Addie valieron para firmar su sentencia de muerte.

No existe posibilidad ninguna de que sobreviva.

Así que nos deshicimos de los cuatro. La muñeca dijo que se los llevaría a algún sitio en el que los invitados no pudiesen dar con ellos y que se encontraría conmigo para tener alguna respuesta y acabar con este asunto de una vez por todas.

Claire lo vio todo, claro, y la muñeca la ayudó a huir. Yo no pude hacer nada en aquel momento porque tenía que hacerme cargo de cuatro hombres pero, en cuanto saliera de esa casa encantada, haría que uno de mis hombres la encontrara y se la llevara a un sitio seguro.

Claire es una mujer maltratada y que merece vivir la vida en paz, así de sencillo. Pero también ha sido testigo de un crimen, y no puedo permitir que se lo pueda contar a alguien.

Después, me fui inmediatamente y encontré a Addie, y me dediqué a seguirla todo el rato. Dejé que se divirtiera, que entrara en todas esas casas encantadas y carpas espeluznantes, que se montara en las emocionantes atracciones, mientras yo me mantenía a la sombra, en silencio detrás de ella. Asegurándome de que ni una sola persona observaba cómo Addie se divertía sin que hubiese consecuencias.

—¿Dónde están? —pregunto volviendo a clavar la mirada en la chica rara. En su camisón blanco ya hay sangre por todas partes. Levanto una ceja, pero no digo nada.

—Arriba, en mi cuarto de juegos —dice apuntando a la escalera.

Comienza a llevarme escaleras arriba, pero al poco se para y mira al vestíbulo, supuestamente observando algo. Aunque yo no veo nada.

—Quedaos aquí abajo hasta que yo os llame —dice con la mirada perdida. Frunzo el ceño intentando adivinar con quién coño está hablando.

Hace una pausa antes de añadir:

—Me las puedo arreglar yo solita. —Y sigue subiendo las escaleras.

Bueno, a ver, qué raro es todo esto, joder. Mira que me he metido en un montón de situaciones bastante interesantes a lo largo de mi vida. Situaciones interesantes de las buenas. Pero esta las ganas a todas.

Me aclaro la garganta para preguntarle:

—Esto… ¿Tú de qué vas?

—¿Cómo que de qué voy? —me contesta altiva.

—A esa gente con quien hablabas, ¿qué les pasa? ¿Que yo no les caigo bien? —pregunto con un tono de voz algo divertido. Sigo sin entender del todo qué le pasa. A lo mejor está drogada o mal de la cabeza, o ve espíritus o yo qué coño sé.

—¿A mis secuaces? No, ni les caes bien ni se fían de ti.

¿Sus secuaces? Pero ¿qué coño está viendo de verdad esta chica? ¿Y se supone que «ellos» la van a ayudar o qué?

—Tú… les acabas de decir que se queden aquí abajo porque te las puedes arreglar sola —digo, y a continuación le pregunto—: ¿No suben con nosotros?

Se para en un escalón, viene hacia mí con furia y levanta el brazo para señalar algo detrás de mí:

—¿No los ves andando tras de ti?

No me giro ni para mirar. Ahí no habrá nadie. Aparte de nosotros dos y los cuatro tipos de arriba, no hay nadie más dentro de esta casa.

—No —digo con una sonrisita.

—¡Pues ahí tienes tu respuesta! No necesito que mis secuaces me protejan de ti. Y, como ya estás aquí, supuse que podían quedarse fuera —me explica impaciente.

Vale, está loca. Lo pillo.

—Ah.

—¿Ah? —repite aterrorizada—. ¿Qué significa eso?

—Significa que estás como una puta cabra, chiquilla. ¿Dónde están estos demonios, o como sea que los llames? —le pregunto con mi propio tono de voz entrecortado.

En menos de cinco segundos me deja de importar una mierda lo que esté viendo. Al fin y al cabo, no me afecta, así que no me la podría sudar más llegados a este punto. Si quiere hacer

como si hubiera gigantescos plátanos parlantes con horcas detrás de mí, le voy a seguir la corriente siempre y cuando a mí me deje con los cuatro hombres que me esperan arriba.

Cuando me hace pasar a la habitación, los cuatro comienzan a gritar como locos. Retorciéndose como gusanos atrapados en el anzuelo. No sabría decir si Mark grita porque piensa que voy a ayudarlo o a matarlo, pero supongo que voy a hacer ambas cosas. Ayudarlo a expiar sus pecados y luego matarlo por ellos.

—¿Te conocen? —pregunta la muñeca, y yo se lo confirmo con un «ajá» sin abrir la boca, mirando la pinta que llevan y sus huesos rotos.

Los otros tres individuos me observan como si yo fuera el hombre del saco. Y eso es porque piensan que soy Zack, el millonario hecho a sí mismo. Verás cuando les diga quién soy de verdad. Seguro que se les queda la cara más blanca que a Casper.

Solo necesito averiguar dos cosas: dónde se llevan a cabo los rituales y cómo entrar allí, y descubrir si la Sociedad va detrás de Addie. Cualquier otra cosa que puedan decir me da exactamente igual.

—¿Estás segura de que nadie los puede oír?

—Hago esto constantemente —responde secamente. La inspecciono por el rabillo del ojo y la miro de arriba abajo.

—¿Matas a gente con frecuencia?

Con lo pequeña que es, desde luego sabe luchar. Y, por el brillo asesino casi permanente en sus ojos, en realidad no me pilla por sorpresa.

Se encoge de hombros:

—Solo a los demonios.

—¿También te llamas a ti misma la Cazademonios? —digo sin poder evitar una media sonrisa.

Gruñe y patalea como la niña de la que la han disfrazado.

—¡No tienes ninguna gracia!

No estoy de acuerdo.

Pero no discuto y vuelvo a poner mi atención en el asunto en cuestión.

Tal como era de esperar, en el momento en que le arranco a Mark la cinta adhesiva de la boca, empieza a suplicarme que lo deje vivir. Y, cuando le digo quién soy de verdad, su enrojecido rostro drena instantáneamente toda la sangre hasta que la piel adquiere una palidez gris y cenicienta. Les pasa lo mismo a las caras de los otros tres, que me miran como si yo fuera la Parca.

Sonrío.

Sí que soy la puta Parca.

Ignoro las súplicas de Mark recordándome que éramos amigos y su patético intento de echarle la culpa a sus socios proclamando su propia inocencia.

No me sorprende la facilidad que tiene para culpar a los demás. Es un egoísta, un narcisista y un total y absoluto imbécil. Y, por la angustiosa mirada que tienen los hombres que ahora se sientan junto a él, diría que en este momento no le tienen tampoco en gran estima.

Hace poco que conozco a Mark, pero he descubierto que a muchos colegas suyos les pasa lo mismo.

Es un plasta, un liante y un bocazas. Todo el rato intentando llamar la atención y ser el más

guay. También me han llegado rumores de que Mark tiene tendencia a estar en contra de las opiniones políticas de sus colegas. Vota siempre en contra de los proyectos de ley dentro de su propio partido.

La política me la suda más todavía; por lo menos, la que tiene que ver con las leyes y las normas, porque yo las quebranto todos los días. ¿A mí qué coño me importa qué leyes se aprueban o se dejan de aprobar cuando en mi vida he cumplido ninguna?

También consigo cabrear a la Cazademonios, que está lloriqueando y no los ha aniquilado todavía.

—Por el amor de Dios, mátalos de una vez —le digo señalando a Miller, Jack y Robert—. No dejes que yo interrumpa tu caza de demonios.

Se produce un silbido en el aire, y es lo único que me indica que algún tipo de arma está a punto de traspasar mi cabeza, al igual que entró en la Tierra el asteroide que acabó con los dinosaurios. Me echo a un lado y veo cómo un cuchillo pasa rozándome la cabeza, directo a las tripas de Jack.

Eso debe doler de la hostia.

Luego la psicópata va hasta el fondo, se abalanza sobre Robert y lo apuñala hasta que está literalmente hecho papilla. No para, a pesar de que Robert ha dejado de ser un cuerpo sólido. Entonces Mark empieza a decirme entre vómitos que ya basta.

Suspirando, me levanto y camino hacia ella, le agarro la mano y consigo que deje de apuñalar en vano. Es fuerte y enérgica, de eso no cabe duda. Hay que tener ambas cualidades para apuñalar a alguien una y otra vez. Es mucho más agotador de lo que la gente se piensa. Asestarle a alguien hasta cien puñaladas con la fuerza con que lo ha hecho ella haría que cualquier hombre adulto que lo intentase acabara sin respiración.

Y, aunque una fina capa de sudor le cubre el rostro maquillado, parece que quiere más.

—¡¿Ahora no me dejas matar demonios?! —grita con una voz tan alta que casi me hace temblar. Madre mía. Las mujeres y sus putos chillidos.

—Niña, necesitas ayuda con bastantes cosas, pero yo diría que lo más urgente es que aprendas a gestionar la ira.

Me mira fijamente. Noto en su cara cómo está empezándose a poner nerviosa. Es como un robot que de repente no funciona. Creo que esta experiencia ocupa el número uno de las situaciones interesantes en las que me he metido.

Parece a punto de explotar, así que templo mi temperamento y le pido que me mire.

Sus inmensos ojos marrones lo hacen y, si no fuera por el brillo enloquecido de sus ojos y el hecho de estar cubierta de sangre de pies a cabeza, parecería una inocente y dulce niñita.

Joder, nada más lejos de la verdad.

—Suelta el cuchillo. —Se le relaja la mano al instante y deja así que el cuchillo resuene en el suelo empapado de sangre—. ¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Sibel. —Hace una pausa—. Mis amigos me llaman Sibby.

Me atraviesa una punzada de lástima. Algo me dice que los únicos amigos que tiene esta chica son los que habitan en su cabeza. Está sola…, completamente sola. A juzgar por la capacidad que tiene de esconderse en todas partes, me apuesto a que ninguno de los que trabajan en la feria sabe que existe.

Suspiro para mis adentros. Decido que le voy a dar una oportunidad. No sé si es porque me

siento como el culo por ella o qué, pero…, joder, sí, supongo que es por eso.

—Eres una persona interesante, Sibby. Pero necesito que te tranquilices de una puta vez. No puedo interrogar en paz cuando te pones a acuchillar a alguien como un alma en pena pirada, ¿me entiendes?

Con solo llamarla por su diminutivo, se relaja. Se cree que así la considero amiga mía. Y, joder, eso me hace sentir todavía más pena por ella.

Asiente con la cabeza a regañadientes, y después de convencerla de que no me estoy burlando de ella cuando la llamo Cazademonios, y de quitar un globo ocular de la punta del cuchillo, se lo devuelvo en son de paz. Luego vuelvo a interrogar a Mark.

En silencio de una puta vez.

—Mark, ¿me vas a facilitar la información que necesito? Quiero saber dónde hacéis los rituales —le pregunto sin ninguna emoción en la voz, igual que en mi rostro.

—¡Z, te juro que no sé nada! —miente Mark. Le queda algo de vómito pegado en el labio de cuando potó mientras veía a Sibby aniquilar a su querido amigo.

Hasta yo reconozco que fue una bestialidad.

Me agacho, le cojo la mano a Mark, clavo la punta del cuchillo debajo de su uña y se la arranco. Mark se desgañita a grito pelado, pero el pedazo de mierda no sabe aún lo que es el dolor de verdad.

—Intentémoslo de nuevo —le digo sin inmutarme. Se queja otra vez, pero de entre sus labios no salen más que mentiras, así que le arranco otra uña con la punta de la hoja. Al fin cede cuando pongo el cuchillo debajo de la tercera uña y se la levanto.

Casi me río. Los niños que secuestra aguantan más la tortura que él, lo que demuestra que Mark ha sido débil siempre.

—¡Está bien, espera, espera! —Hago una pausa, levanto una ceja y espero a que siga. Su respiración es errática, y le caen por la cara lágrimas y mocos. Se relame los labios nervioso y confiesa—: A a-a-algunos de los niños que secuestramos los llevamos a un club clandestino.

Sibby se acerca fascinada mientras Mark confiesa sus asquerosos pecados. Le lanzo una mirada de advertencia para que retroceda antes de volverme a centrar en Mark.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunto con calma, aunque por debajo de la piel un calor ardiente me quema a fuego lento. Tengo que recurrir a todo mi autocontrol para que no se me note en el tono de voz.

—Solo se puede llegar a él a través de un club privado de caballeros: el Savior's. Necesitas acceso especial hasta para entrar en el club, así que imagínate… —se calla, y parece como si estuviera luchando con sus palabras. Al final se obliga a sí mismo a seguir—: para acceder a la mazmorra.

Tengo un rugido cada vez más grande en el pecho, pero lucho contra él. Hasta casi me tiembla la mano por las ganas de hundirle este cuchillo en la garganta profundamente, pero me abstengo.

—¿Sí? ¿Y qué hacéis en esta mazmorra?

Mueve los ojos nervioso y se le cae la boca en silencio.

En un movimiento rápido, le quito la uña bajo la que se posaba mi cuchillo. El alarido que sale de él no sirve para calmar la furia que me recorre el cuerpo.

Voy a disfrutar muchísimo matando a este tío. Los gritos de tortura que emitirá mientras su cuerpo va muriendo lentamente serán mi canción de cuna para dormir bien esta noche.

No dice nada que merezca la pena hasta que no coloco el cuchillo debajo de otra uña. Riachuelos de color carmesí se derraman por su mano, pero yo apenas he empezado a hacer sangrar a Mark.

—¡Espera! ¡He dicho que esperes, maldita sea! —Levanto una ceja de nuevo, instándolo a continuar—. En la mazmorra hacemos rituales. —Aprieta los labios con una expresión de dolor en su colorado rostro—. Así es como hacemos el juramento para entrar en la Sociedad. Debemos llevar a cabo un ritual y beber la sangre de una virgen.

Me confirma lo que les hacen a los niños, la participación del gobierno, y me aseguro de que me deje bien claro que los dos hombres que siguen respirando a su lado también forman parte de estos putos rituales. Tengo que apuñalar a Jack en el muslo antes de que este admita finalmente sus pecados, pero Miller lo hace enseguida. No quiere sufrir lo que han pasado Jack y Mark.

—¿Puedo jugar ahora, Zade? —pregunta con impaciencia Sibby a mi lado. La necesidad de matar hace que le vibre todo el cuerpo, y en este preciso momento sí me identifico con la pequeña Cazademonios. Tenemos la misma misión: cargarnos a unos cuantos hijos de puta.

—Anda, ve y diviértete con estos dos. Yo tengo que sonsacarle antes un par de cosas más al bueno de Mark —le digo asintiendo con la cabeza en dirección a Jack y Miller.

—¡Si no me sueltas, no te diré ni una sola palabra más! ¡Nada! —grita Mark desesperado a medida que ve la muerte cada vez más cerca.

—Eres un débil, Mark. Me dirás cualquier cosa que quiera saber en cuanto el dolor sea insoportable. O mueres lentamente, o mueres rápidamente.

Sibby se inclina feliz sobre ellos y va a por Jack primero. Le corta la cara, y me cuesta muchísimo ignorarla. Sobre todo, porque las mejillas le brillan como faros. Puedo verlo a través del maquillaje.

Lo juro por Dios, como ella se corra justo delante de mí, me piro.

Me agacho para ponerme a la altura de los ojos de Mark y sujeto el cuchillo contra su polla. No cabe la menor duda de que la herramienta que usa para torturar a niños pequeños va a recibir un navajazo esta noche mientras todavía respire.

—¿A quién le hablaste de Addie? —pregunto.

Mark tartamudea. No deja de mirar cómo torturan a su amigo. Se oye el crujir de un hueso, seguido del fuerte gemido de dolor de Jack.

Hundo el cuchillo aún más. Los ojos de Mark me vuelven a mirar ante la clara amenaza.

—Céntrate en mí, Mark —le digo amenazante—. ¿Con quién hablaste de Addie?

Mojándose los labios, pregunta:

—¿En qué sentido?

—En cualquier sentido que tenga que ver con secuestrar a mi chica y venderla, que es lo que pensabas hacer antes de que yo entrara. ¿Le hablaste de ella a alguien que tenga una posición de poder dentro de estos rituales, o con alguien del Savior’s?

Sé la respuesta antes de que abra la puta boca y me la diga. Se le turba la mirada cuando acepta que está a punto de experimentar un dolor mucho más intenso.

—Sí —susurra.

Pierdo la compostura un solo segundo. Lo suficiente como para rugir y rebanarle el pecho con el cuchillo.

Grita. Tiene la cara roja, destrozada por la agonía que le recorre el cuerpo entero. Pero yo no

he terminado. Ni de puta coña.

—¿Quién? —ladro perdiendo el control sobre la bestia interior que amenaza con atravesarme el pecho.

Mark sigue gimiendo de dolor, y yo vuelvo a colocarle el cuchillo en la polla y se lo clavo con fuerza. La suficiente como para romperle la piel, pero no como para causarle ningún daño de verdad.

Todavía.

—¡Está bien, está bien! —grita Mark con los ojos como platos por el dolor.

—¡¿Quién?! —estallo—. Quiero putos nombres, Mark.

Resopla, pero me da los nombres que necesito. Los nombres de las personas que llevan a cabo los rituales. Nombres que lo más seguro es que sean seudónimos. Pero es un comienzo.

Me cuenta que nunca les ha visto la cara, y que siempre se han puesto en contacto a través de una transmisión de vídeo donde se los ve a la sombra.

Son una especie de gobierno secreto clandestino y, según deduzco de las inconexas palabras de Mark, tienen mucho más poder sobre nuestro gobierno de lo que yo pensaba.

El presidente es una mera marioneta, y los que tienen el poder de verdad son estas personas que se refieren a sí mismas como la Sociedad.

—Dime por qué lo hiciste, Mark. ¿Por qué te empeñaste en perseguir a Addie si sabías que era mía?

Le tiembla la barbilla a este desecho de carne, epítome de un viejo patético.

—Ya la habían marcado.

Se me desploma el corazón, que golpea mi columna vertebral como una pelota de baloncesto desinflada que rueda por una escalera.

—Le hice una foto porque me sonaba. Y, cuando me dijo cómo se llamaba, me di cuenta de que era uno de los objetivos de la Sociedad. El asunto salió redondo, porque me llamaron por casualidad y se lo conté todo. Ella… Ella vale mucho dinero, tío. Y la Sociedad la quiere. No les importa quién seas… Ni siquiera les importa quién soy yo. Cuando la Sociedad quiere a alguien, lo consigue. Y, si yo hubiese sido el encargado de llevársela…, me habrían recompensado más que bien.

Se sorbe los mocos, aunque eso no evita que le goteen de la nariz.

—¿Por qué iban detrás de ella?

Mark balbucea una risa húmeda y sin humor.

—¿Por qué van detrás de cualquiera? Solo hace falta que sean jóvenes y guapos y que se hagan notar para que estén en el radar de la Sociedad. Ella llamaba la atención de cualquier manera. A lo mejor por sus libros, o ya sabes cómo son las mujeres de hoy en día. La forma en la que vist…

Le cojo de nuevo la mano y le arranco otra uña antes de que pueda acabar la puta frase.

Como si mostrar algo de piel fuese una invitación o una excusa para que la violaran o secuestraran.

Su alarido no sirve para calmar mi ira.

—L-l-lo siento, ¿vale? Lo siento. Verás, no se pueden ignorar así como así las peticiones de la Sociedad. Y van a venir a por ti, Z —me advierte Mark con la voz tensa del dolor, pero también muy serio.

Espero que lo hagan.

Así me ahorran la molestia de tener que ir yo a por ellos.

Saber que habían marcado a Addie no solo me genera una ira desmedida, sino que también hace que nazca en mí un miedo visceral por mi ratoncita.

Nunca importó si yo conseguía o no entrar en su vida: Addie estaba destinada a la trata de personas, y el hecho que yo esté totalmente loco por ella… Es como cosa del destino.

Parece cosa del puto destino que el tío que va tras ella sea el mismo tío que ha dedicado su vida entera a destruir a personas como las que se han propuesto matarla.

—Sé que no te importa —continúa Mark al ver la expresión de mi cara—, pero, en cuanto descubran que estoy muerto, van a ponerse en marcha.

Lo sé.

Miro a Sibby, que ahora está ocupándose de Miller. Sibby podría convertirse en el chivo expiatorio.

Si la Sociedad se entera de que ha sido una chica trastornada la que ha matado a estos cuatro hombres, una chica que no era la primera vez que mataba, le atribuirán la verdad parcial. El sitio equivocado en el momento equivocado. Una chica trastornada que jura que supo que estos hombres eran el mal solo con olerlos y que los mató a sangre fría.

De hecho, no hay mejor chivo expiatorio que ella.

Pero la mera idea de usarla… no me parece bien.

Es una chica solitaria que está como una puta cabra, pero me ayudó a llevar a cabo estos asesinatos. No importa que los hubiera hecho igualmente, aunque yo no hubiese estado allí. Sin ella no habría conseguido la información que les he sonsacado esta noche. Y no puedo dejar de darle las gracias por eso.

Así que me resigno a proteger a Sibby. Limpiaré las pruebas, me desharé de los cuerpos e intentaré todo cuanto esté en mi mano para infiltrarme en el Savior’s antes de que se vayan a otro lugar.

—¿Van a desmantelarlo?

—Sí —responde Mark rápidamente. Dejo escapar una respiración lenta y asiento. Al salvar a Sibby, renuncio a la primera pista de verdad que he tenido.

—S-s-si dejas que me vaya, yo te puedo meter dentro —me ofrece Mark como trueque a la desesperada—. Te ayudaré, y podrás hacer lo que quieras. Siempre y cuando me dejes vivir.

—Los otros tres ya están muertos —le digo—. Y se van a ir a otro lugar de todas formas.

—No si le echas la culpa de todo a esta chica. Eso es lo que tenías en mente, ¿verdad? Que la culparan a ella de todo, ¿no?

Sibby aún está lo suficientemente absorta por su deseo de sangre como para oír lo que Mark está diciendo, aunque yo se lo habría contado igualmente. Sibby y yo no nos hemos prometido nada, y estoy segurísimo de que ella todavía planea matarme.

Pero no lo logrará porque, a pesar de lo que cree, está ella sola contra mí. Y yo ya he peleado con suficientes desgraciados como para permitir que una chiquilla acabe conmigo. Aunque sea una bestia parda.

Vuelvo a poner mi atención en Mark.

—¿Sabes dónde se van a trasladar? —pregunto. Mark vacila, porque sabe que, aunque confiese, eso no le va a suponer ninguna ventaja. Le clavo el cuchillo aún más en la polla para

hacerle ver mis intenciones.

Y yo sabré si me miente.

—No —admite con los labios temblorosos—. No nos lo dirían hasta después de hacerlo.

Asiento con la cabeza, levanto la mano y le hundo la hoja profundamente en la pelvis. Sus gritos no me sirven demasiado para disminuir el resquemor de temor e ira que se agita en mi interior.

CAPÍTULO 32

La sombra

Sibby al final se comió el marrón por los asesinatos.

Después de cortar los cuerpos en pedazos y meterlos en el maletero, nos sentamos en el capó de mi Mustang y, una vez más, allí, me di cuenta de lo rota que está esa cría. Me parece que su padre debió de ser un cacho cabrón.

No puedo evitar pensar que, para que ella acabara así, tuvo que haber un motivo, y yo… Yo no tenía ninguno.

Justo cuando me estaba subiendo al coche, llegó la policía. Sibby se negó a irse con ellos, diciéndoles insistentemente que necesitaba quedarse con sus secuaces. Unos secuaces que simple y llanamente no existen, joder.

Y yo no disponía de tiempo para quedarme y discutir. Tenía trozos de cuerpos descuartizados en el maletero, y no solo debía alejarme de la policía, sino también deshacerme de las pruebas sin que me pillaran.

Así que me largué. La policía me persiguió unos ocho kilómetros antes de darles esquinazo. Siempre llevo matrículas de repuesto, así que, en cuanto llegué a una zona segura, cambié la matrícula, me puse otra ropa, quemé las pruebas y me fui a casa.

Hay ciento sesenta y dos personas en Seattle con la misma marca y modelo, pero nunca podrán acusarme de nada, aunque consiguieran por arte de magia reducir la búsqueda del coche hasta llegar a mí.

Al final, la policía le imputó los asesinatos a una cría mentalmente inestable y a un cómplice desconocido. Supuse que la Sociedad investigaría el crimen y encontraría a un cómplice desconocido que fuese sospechoso. Suficiente como para ponerse en marcha.

Pero, después de investigar a Sibby yo mismo, descubrí que había nacido en una puta secta y que la buscaban por el asesinato de su padre, un padre que había rivalizado con el predicador Jim Jones, que decía sandeces sobre cómo ser un buen discípulo de Dios y que había engañado a cientos de personas para que creyeran en su palabra.

Era un hombre rico que descendía de una familia poderosa. Gastó su fortuna en construir un complejo para sus seguidores, a los que confinó en un trozo de tierra el resto de sus vidas. Ahí nació y creció Sibby, hasta que cometió un crimen atroz y tuvo que huir.

Hay informes sobre el suicidio por envenenamiento de la madre de Sibby, lo que al parecer hizo que la muñeca rota se resquebrajara del todo. Una noche se coló en la habitación de su padre con un cuchillo y lo apuñaló hasta matarlo.

Ciento cincuenta y tres puñaladas para ser exactos. La rabia fue un factor determinante. Sibby dejó bien claro que es perfectamente capaz de acuchillar a un hombre más allá de los límites físicos de su cuerpo si está lo suficientemente cabreada. Y lo que yo vi que hizo con Robert era una prueba de ello.

Tardaron tres días en establecer la conexión entre Sibby y los asesinatos por todo el país. En las ciudades adonde Satan's Affair había llevado su feria embrujada había numerosas denuncias de personas desaparecidas en cada una de sus localizaciones a lo largo de los últimos cinco años.

Si todas las personas dadas como desaparecidas en Satan's Affair tenían relación con ella, Sibby ha matado entonces a unas cincuenta personas.

Me sorprendió muchísimo que, con tantas denuncias relacionadas con ella, nadie hubiese criticado antes la feria encantada, pero luego me enteré de que la mayoría de las víctimas eran escoria de los bajos fondos, y por tanto con muy pocos conocidos que se preocuparan lo suficiente como para buscarlas.

Si Sibby tenía razón o no al pensar que eran demonios es muy subjetivo. Pero lo que sí puedo decir es que, a pesar de que ninguno de ellos contaba con antecedentes, excepto algunos delitos menores, no parece tampoco que fueran buenas personas.

Así que claro que se buscaría al cómplice desconocido, pero, teniendo en cuenta el pasado de Sibby y sus afirmaciones de contar con secuaces, existe una gran posibilidad de que los asesinatos de los cuatro hombres se atribuyeran a lo que yo esperaba: estar en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Sí que fue finalmente el chivo expiatorio perfecto. Lo único que me gustaría es que no me importara tanto, joder.

De eso hace tres noches y, ante la amenaza de que la Sociedad cambiarse de sitio, Jay ha estado vigilando el Savior's muy de cerca. Les hemos hackeado la señal de vídeo de la primera planta y, por lo que hemos observado, allí no se mueve nadie.

Obviamente no hay cámaras en la mazmorra. Eso ya sería demasiado fácil.

—¿Han dicho algo sobre demoler el edificio? —le pregunto a Jay con el teléfono en la oreja.

—*Nop* —responde enfatizando demasiado en la P. Solo por eso me gustaría partirle la cara—. ¿Vas a entrar esta noche? —me pregunta.

—Sí —digo al tiempo que giro la cabeza haciendo crujir el cuello. Ya noto la tensión en los hombros. Tengo mucha desazón porque creo que la mierda que voy a ver ahí dentro amenaza con hacerme perder el control.

Pero tengo que mantenerlo. Si no lo hago, moriré antes de salvar a esos niños, y esa no es una opción.

—¿Todavía vigilas a Addie?

—Sí…

Jay suspira y su voz se aleja, y aún noto la pregunta colgando de la punta de su lengua. Quiero llegar a él por el receptor, agarrarle la lengua y aplastársela antes de que pueda hablar, pero es demasiado rápido:

—Así que ¿qué es? ¿El amor de tu vida o qué coño? —pregunta con torpeza.

El suspiro que trato de mantener en mi interior se desborda a través del teléfono.

—La única e irrepetible —le corto en seco dándole a entender por mi tono que no quiero hablar de Addie en este momento, pero el hijo de puta nunca me escucha cuando se trata de mi vida personal.

—¿Y ella siente lo mismo?

No puedo evitar que se forme una leve sonrisita en mi cara.

—Casi, casi —respondo enigmático.

Jay por fin pilla la indirecta y deja el tema.

—Bueno, entonces te alegrará saber que en los últimos tres días nadie ha entrado y salido de su casa, excepto su amiga.

La amenaza de Mark sigue dándome vueltas en la cabeza. Como una bala perdida en bucle constante dentro de mi cerebro.

La Sociedad conoce a Addie, y la han convertido en un objetivo. Puede que les encanten los niños, pero desde luego no dejan pasar la oportunidad de vender y enviar a jóvenes hermosas a otros países. Nunca falta demanda en lo que a tráfico humano respecta. Los malvados también tienen sus gustos, y algunos prefieren que sus víctimas sean ya mujeres crecidas, al igual que otros las quieren adolescentes.

En cuanto empiezo a darle más y más vueltas, la tensión de los hombros se incrementa. Un instante: solo eso hace falta para que Addie desaparezca. Que se esfume durante el cortísimo trayecto que va desde su coche a la entrada del supermercado.

Ella no es consciente del peligro en el que se encuentra, pero eso va a cambiar muy pronto. Me niego a ocultarle la verdad. Y estoy seguro de que no le hará ninguna gracia saber que nuestras lecciones de defensa personal van a ir en aumento.

Lo único que me queda entonces por descubrir es cómo alejar mi polla de ella mientras damos las clases.

A la mierda. No va a pasar.

Sonrío, porque sé que intentará usar esos movimientos contra mí, y con solo pensarlo noto cómo me crece la polla dentro de los pantalones.

No la he visto desde que estuvimos en la Casa de los espejos, y sé que eso en el fondo la cabrea. Lo más seguro es que se piense que me la follé y me aburrí, pero nada más lejos de la realidad.

Ahora para ella soy un puto maniaco. Mantenerme alejado de Addie ha hecho que los últimos tres días hayan sido los más difíciles de mi vida, pero tengo que infiltrarme en el Savior’s y salvar a los niños. No he tenido ni un minuto para mí mismo y, por mucho que suspire por mi ratoncita, esos niños me necesitan más.

Esta vez la tensión que tengo es por mi necesidad visceral de estar dentro de Addie, de follármela hasta la inconsciencia y que delire cuando la haga correrse como nunca en su vida.

—Prepárate. Llegaré al Savior’s en una hora —le advierto a Jay antes de colgar el teléfono.

De momento tengo que quitarme a Addie de la cabeza. Pero esta noche, más tarde, la voy a penetrar tan a fondo que me meteré en cada grieta del interior de su cuerpo.

—Hay gente de alto nivel —me anuncia Jay a través del pequeño auricular que llevo en el oído. Me lo quitaré antes de salir del coche. Ahora mismo estoy haciendo cola, esperando el servicio de aparcacoches—. Incluido el presidente —añade Jay al final.

Suspiro por dentro, girando el cuello de un lado al otro por el estrés acumulado en los músculos. Este trabajo me destroza el cuerpo, hasta cuando no le disparo a la gente en la cara o esquivo yo las balas que me lanzan. A lo mejor después consigo camelarme a Addie y que me dé otro masaje. Nada me encantaría más que devolverle el favor.

—¿Hay alguien con quien deba tener especial cuidado? —Oigo a Jay teclear a toda velocidad. Las teclas hacen un ruido espantoso al fondo. Ya le he dicho al muy cabrón que se compre un teclado menos ruidoso, pero me responde que el sonido fuerte al teclear le da paz.

Y, por mucho que me moleste, lo cierto es que tenemos muy poca paz en nuestro día a día, así que, si un puto y desagradable teclado le proporciona aunque sea algo parecido a la tranquilidad, no le voy a dar más el coñazo.

Bueno, no mucho, al menos.

—Hay varios senadores y gobernadores, algunos famosos de primera línea y… ¡Oh, joder! ¿Ese es Timothy Banks? ¡Venga, hombre, no me digas que él también forma parte de esta mierda!

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza. Qué exagerado es Jay para todo.

—Jay —le corto—. Céntrate.

Quedan muy pocos coches por delante de mí, así que no tengo mucho tiempo para hablar hasta que pueda entrar y volverme a poner el auricular sin que nadie se dé cuenta.

No voy a pasar por delante de sus sistemas de seguridad con eso en el oído. Me dispararían y matarían en ese mismo instante.

—Lo siento —murmura Jay con voz sombría ahora que ha descubierto que su actor favorito es un pedófilo.

—De verdad, Jay. Ya sabemos que hay muchos famosos metidos en esto.

—Pero ¿Tim Banks, colega? Joder. Da igual. En este momento, no veo a nadie por quien debas preocuparte. A nadie teniendo en cuenta que estás entrando en un antro de pedófilos. Avísame cuando te vuelvas a poner el auricular. Te mantendré al tanto.

Cuando llega mi turno me quito el auricular de la oreja y lo meto al fondo de un bolsillo interior forrado en plomo. Le entrego mis llaves a un aparcacoches inexpresivo, rodeo el coche y me paro frente al Savior’s.

Me cierro la chaqueta e intento no hacer crujir el cuello. Esta noche tengo que causar una gran impresión. Habrá gente que sepa que yo era amigo de Mark y, tras su desafortunada muerte, seguro que me estarán observando.

Hasta este momento, Mark le había hablado de mí a muchos de sus colegas.

Puede que yo sea nuevo en el Savior’s, pero ellos me han estado esperando.

El Savior’s es exactamente el tipo de club del que me esperaba que se llevaran a cabo rituales tan terribles.

La sala principal es enorme. El escenario está justo en el centro, con una barra delante y una chica completamente desnuda haciendo *pole dance*. Le rebotan las tetas cuando se levanta y envuelve la barra con sus largas piernas, se dobla hacia atrás y enseña totalmente los pechos mientras gira las caderas.

No me molesto en contemplar su cuerpo. Lo que miro son sus ojos. Y tengo que reprimirme para no apretar la mandíbula al ver la capa vidriosa y reveladora que se los recubre. Tiene unas ojeras inmensas que le adornan la piel bajo su mirada muerta, y lo único que quiero es sacarla de aquí y llevarla a un lugar seguro.

Me trago la ira al tiempo que me digo a mí mismo que todas esas chicas se van a salvar. Al igual que las de los otros clubes: las voy a sacar a todas. No va a quedar ni rastro de esos putos clubes de caballeros cuando acabe con ellos.

Y luego me iré a otra ciudad, a otro estado, a otro país si es necesario.

Me vuelvo a fijar en el resto del club mientras me esfuerzo por mantener la cara sin expresión alguna, respirando de manera uniforme.

Es evidente que he entrado en un lugar donde a la gente le gusta el sabor y la apariencia de la sangre.

El ambiente parece oscuro y decadente, con claros signos de sadismo. La iluminación es tenue, y apenas hay sombras debido a las paredes negras y los muebles oscuros.

Un rojo intenso, el color de la sangre, está presente en toda la sala. Marcos rojos encuadran pinturas antiguas que representan cultos y sacrificios al diablo. Pantallas rojas en las lamparitas de cada pared. Vasos rojos, ceniceros rojos y bebidas rojas… Y tacones rojos y ropa del mismo color cubierta de diamantes y cristales de verdad.

Aunque a lo que llevan yo no lo llamaría ropa. Más bien son cuerdas de tela y joyas.

Sin embargo, han logrado que el sitio rezume elegancia y dinero.

—¡Zack! Qué alegría verte aquí —retumba una voz detrás de mí. Logro poner una mirada tranquila pero agradable, me doy la vuelta y veo a un hombre al que conozco muy bien: Daniel Boveri.

Es abogado del presidente, y Mark salía a menudo con él. Es un hombre encantador…, del tipo alto, moreno y guapo. Tiene unas gruesas cejas negras sobre los ojos oscuros que le dotan de una mirada amenazante, el pelo negro y una sonrisa de serpiente. Roza los cincuenta, pero no le faltan mujeres con las que salir.

Dan exuda confianza y, por las pocas veces que hemos hablado, entiendo por qué es abogado del presidente. Es un manipulador de categoría.

—Dan, lo mismo digo —respondo estrechando su mano con firmeza cuando me la tiende.

—Me preguntaba cuándo te vería por aquí. Mark me dijo un par de veces que igual te traía.

—Seguro que sí —murmuro. Esto no lo sabía.

—Qué horror lo que ha pasado. No me puedo creer que una niñata psicópata haya logrado

hacerles todo eso a los cuatro. Todavía no han encontrado los cuerpos, ¿no?

Muevo la cabeza con empatía, y me hago el sorprendido igual que él por la muerte de Mark.

—No que yo sepa, tío. ¿No sigue diciendo la muy idiota algo de secuaces o alguna mierda de esas? —pregunto con una sonrisa burlona en mi rostro. Odio beneficiarme de la enfermedad mental de Sibby pero, en este caso, si eso significa salvar a cientos de niños y mujeres, usaré lo que considere necesario hasta que vea acabada mi misión.

Por Dios, hasta pienso un poco como ella. Sibby cree que su misión en la vida es matar a personas malvadas. Que nació para eso.

Y no puedo estar del todo en contra de ese pensamiento, no cuando estoy arriesgando mi vida constantemente por hacer algo que siento que es lo correcto. Aunque otras personas lo vean mal.

Dan se ríe con un tono cruel y sentencioso.

—Sí, creo que le oí a alguien decirlo.

Me burlo indignado:

—Dice que tenía cinco secuaces. Si solo vieron escapar a uno, no me quiero ni imaginar como haya más por ahí sueltos.

Este pequeño comentario circulará y llenará las mentes de la Sociedad. Si creen que los secuaces de Sibby son reales, seguirán sospechando igual. Al menos hasta que Sibby tenga un cara a cara con terapeutas que se den cuenta de que sus secuaces están únicamente en su cabeza.

Para entonces, todos estos hijos de puta ya tendrán una bala en el cráneo, y los niños que explotan llevarán mucho tiempo libres.

Dan y yo nos perdemos entre la multitud las horas siguientes. A todas las mujeres que encuentro por aquí las han maltratado, ninguna está en sus cabales, y han aceptado que se las castigue sin hacer nada malo.

Por el rabillo del ojo veo un cáliz de metal que me llama la atención. Está encima de una mesa, y un hombre mayor bebe de él todo el rato. Miro sutilmente a mi alrededor y alcanzo a ver algunos más. Son idénticos a las copas que usaban en los vídeos filtrados.

Se me pone el corazón en un puño, pero de momento no logro ver ninguna señal de que haya sangre dentro.

—¿Quieres que te iniciemos en el club? —me pregunta Dan como por casualidad, llamando mi atención hacia el whisky escocés que está bebiendo y mirándome por encima del borde de su vaso.

Me analiza y tantea con la mirada, pero no logra nada. Los músculos de mi cara permanecen en su lugar firmemente mientras respondo:

—¿No estoy ya dentro?

Una sonrisa cruza la cara de Dan y, con la iluminación tenue y las danzantes sombras, parece siniestro. Ni siquiera parpadeo al mirarlo.

Yo soy mucho más aterrador, joder.

—No estás ni cerca, colega.

Levanto una ceja al tiempo que le doy un sorbo a mi propio whisky. Lo miro expectante y se ríe.

—Si realmente quieres entrar, necesitas tener un gusto adquirido.

—Tengo muchos gustos adquiridos —le digo con un poco de oscuridad intencionada en mi voz. Cuando miento me resulta muy fácil. Sus «gustos» hacen que se derrame la sangre de los

inocentes, y los míos se limitan a matar a todos los que lo provocan.

—¿Y puede saberse qué implican esos gustos? —me pregunta Dan con un tono caprichoso y casi divertido.

Me encojo de hombros indiferente y le doy otro sorbo al whisky mientras saco el teléfono con la otra mano. Busco y encuentro una foto de Daniella, una chica a la que salvé hace cinco años.

Está escondida en un lugar seguro, ya que era huérfana y no tenía un hogar al que regresar cuando la rescaté. Es una inocente foto suya con un pijama de Barbie puesto. El truco está en su mirada atormentada y en los cardenales que inundan su piel. Le hicimos la foto después de rescatarla la primera vez. Tenía diez años en aquel momento, y le pedí permiso para poder mostrársela a cualquiera sin poner en riesgo su seguridad.

Es la primera vez que me tengo que hacer amigo de pedófilos antes de matarlos, pero sabía que, si alguna vez tenía que convencerlos de que era como ellos, les tendría que enseñar pruebas.

Y ni de coña le mostraré a una chica cualquiera de internet a la que pueda poner en peligro. La de Daniella es una foto vieja, y estoy seguro de que nunca le sucederá nada.

Cuando le paso el teléfono, le digo en voz baja:

—Mi último juguete.

Las palabras me saben a puto alquitrán cuando las pronuncio, pero las obligo a salir igualmente.

Las cejas de Dan se le disparan hacia arriba, pero se le forma una pequeña sonrisa malvada y feliz:

—¿La compartes?

Casi le rompo la mano cuando me devuelve el teléfono, con su mirada fija en la foto. Sin embargo, guardo el teléfono en el bolsillo y le enseño los dientes.

—Me pongo celoso.

Inclina hacia atrás la cabeza y empieza a reírse a carcajadas, una risa que resuena en toda la sala. El ruido de la habitación neutraliza el sonido, pero a mí me parece como si fuese dinamita.

—Entendido, amigo mío. ¿Y cuando se hacen demasiado mayores?

Sonrío salazmente:

—Los órganos son todo un éxito en el mercado negro.

Sonríe él ahora y me dice:

—Entonces, creo que serías la persona perfecta para la iniciación. La próxima es dentro de una semana. ¿Te interesa?

—¿Qué implica la iniciación?

—Ya te diremos lo que te espera cuando llegue el momento. Pero sí te adelanto que, cuando acabas, consigues mucho de eso. —Se le ilumina la cara y asiente con la cabeza hacia mi teléfono, ahora escondido. Muestra una sonrisa salvaje—: Mucho de eso, de cualquier forma, tamaño y género.

—¿Y es segura?

Dan se encoge de hombros.

—Tuvimos un espía que filtró algunos vídeos, pero la Sociedad garantiza que han encontrado al traidor. Y que esos vídeos no los ha visto nadie. Los quitaron en cuanto los subieron.

Eso es falso. Tenía un rastreador en el lugar concreto de la Dark Web donde suben esos vídeos. Cuando se publicó, Jay o yo recibimos inmediatamente una notificación. Tuvimos

cuarenta y cinco segundos para descargarlo antes de que lo eliminaran.

Así de rápido lo quitaron.

Pero Z tuvo tiempo de sobra.

Es interesante que crean que han pillado al topo. No puedo verificar eso al cien por cien, pero ya no importa.

Donde una vez hubo un topo, ahora hay un lobo.

Termino el último whisky de un trago, saboreando cómo me quema mientras baja por la garganta. Le sonrío una vez más, con mi propia sonrisa salvaje. Noto cómo las cicatrices de mi cara se arrugan, y la sensación demoniaca que se arremolina en mi intestino me atraviesa, haciendo que brillen mis ojos desiguales. Él lo ve como quiere verlo.

—Acepto.

CAPÍTULO 33

La manipuladora

La luz de la televisión se refleja por toda la sala a oscuras mientras suena la voz del reportero de las noticias:

«… los asesinatos de los cuatro funcionarios del gobierno aún se están investigando. Los informes se han hecho públicos y han desvelado que los hombres sufrieron torturas extremas antes de morir».

En la pantalla muestran la foto policial de una cría. Es guapa, con el pelo castaño liso y los ojos marrones. Lo más inquietante es su mirada. Solo con ver esos ojos, se da uno cuenta de que es una chica muy inestable.

Es la muñeca rota a la que vi comiendo en la feria.

Y estaba en la Casa de juegos de Annie aquel día. Escondiéndose por las paredes y observando a todo el que entraba. En un momento dado, ella me miró y allí mismo probablemente decidió si me iba a matar o no.

Me estremezco al saber lo cerca que podría haber estado de la muerte esa noche.

Cojo el mando a distancia y le quito el sonido a la tele. Estoy temblando cuando tiro el mando de nuevo al sofá.

El muy bastardo me folló y luego se largó y asesinó a un grupo de tíos con una psicótica.

El puto Mark Seinburg es uno de esos tíos, junto con otros tres funcionarios del gobierno que conocí mientras hacía cola para entrar en la Casa de juegos de Annie. Había dicho que tenía que encargarse de algo relacionado con una psicópata y, por algún motivo, que se pirara para ir a matar a gente era lo último que yo me esperaba.

«Estúpida. A eso se dedica, Addie. Mata a personas».

El miedo y la ansiedad me abruman. Sabía que mataba gente. Que aparecieran las manos de Arch en mi puerta fue una prueba evidente. Que hubiesen barrido del mapa a toda su familia…

Yo sabía que él era un asesino. Lo admitió. Pero, no sé por qué, ver sus crímenes atroces en directo por la televisión es muy revelador. Mató a cuatro políticos.

Esto ya no es un niñato jugando a disfrazarse de jefe de la mafia, con un traje y una pistola. Arch no era nadie desde una perspectiva más amplia. Pero esto… Esto es muy gordo.

¿Se lo merecía Mark? Totalmente. Pero yo estaba en su casa. Yo era alguien a quien tenía en

su radar. Y, ahora que está muerto, ¿van a venir a por mí?

«Mierda. Mira que eres idiota, Addie».

Pongo los codos en las rodillas y dejo caer la cabeza entre las manos. Tengo los pensamientos disparados.

¿A quién le importa si fue el sexo más alucinante que he experimentado en toda mi vida? Y que probablemente jamás experimentaré. Este tío está igual de zumbado que la chica de la feria.

Él ya ha matado antes, y evidentemente va a volver a hacerlo. ¿Y si ahora le da por intentar cargarse al puto presidente? ¿O a alguien que esté relacionado con personas francamente trastornadas?

Creo que esto no me parece nada bien. Miro hacia la pantalla de nuevo, y hay un periodista informando delante de unas parpadeantes luces de sirenas en la puerta del Satan's Affair.

Definitivamente, esto no me parece nada nada bien. No quiero tener miedo de que alguien aterrador venga detrás de mí porque Zade siga matando a personas importantes. Es un maldito asesino en serie.

Tengo que acabar todo lo que tengo con él. Para siempre.

Da igual cómo me hace sentir. Pondrá mi vida en peligro una y otra vez. ¿Cómo coño… le va a parecer bien eso a nadie?

Estoy meciéndome en la vieja silla de Gigi cuando me llama la atención un movimiento rápido fuera de la ventana. Mi corazón se para unos segundos al ver a mi sombra de pie al otro lado, a varios metros de distancia, con el maldito círculo rojo incandescente en medio de la noche.

Joder. Está aquí.

No va a atender a razones cuando le diga que me deje en paz. No lo ha hecho nunca, así que ahora no va a cambiar. Necesito descubrir cómo coño alejarlo de mí para siempre. Tal vez me informe mejor sobre el guardaespaldas del que me habló Daya.

Pero, ahora mismo, lo único que puedo hacer es llamar a la policía. Si miento y les digo que estoy en grave peligro, estarán aquí rápidamente, y mientras tanto intentaré convencerlo de que no se vaya.

La adrenalina y una embriagadora mezcla de miedo pasan a formar parte de mi torrente sanguíneo cuando me alejo de la ventana y busco el teléfono.

Miro a mi alrededor frenéticamente, buscando el teléfono por todo el salón. El corazón me late muy fuerte, y el sonido resuena en mis oídos. Respiro entrecortadamente.

Cuando al fin encuentro el teléfono debajo de un cojín del sofá han pasado varios minutos. Me enderezo y miro por la ventana. Y entonces me quedo de piedra de verdad.

Ya no está.

Ay, joder, ¿adónde ha ido?

Con las manos temblorosas marco los dos primeros números del teléfono de emergencias… Pero noto su presencia empujándome por la espalda un segundo antes de que me quite el teléfono de la mano. Dejo de respirar mientras él borra los números y el teléfono desaparece.

Su aliento me hace cosquillas en la oreja cuando se inclina:

—¿Estabas a punto de llamar a la policía? —dice—. Y yo que pensé que ya habíamos superado esa fase.

Con la respiración entrecortada contesto:

—No quiero seguir haciendo esto, Zade. N-no q-quiero… No te quiero a ti.

Activo el volumen de la tele. El reportero habla tan alto que no escucho su tranquila respiración.

Al fin dice:

—¿Cuándo te has convertido en una mentirosa?

Cierro los ojos y respiro firmemente. Luego levanto la pierna y le piso el pie tan fuerte como puedo. Gruñe, pero, antes de que yo pueda salir corriendo, me rodea la cintura con los brazos y me atrapa.

—Qué traviesa eres, ratoncita. ¿Y sabes qué pasa si eres traviesa? —El corazón me late una sola vez antes de que finalmente me gruña en la oreja—: Que te comen, joder.

El fuego me acaricia las entrañas, encendiendo todo mi ser desde el interior. Sus palabras me provocan un hambre que desciende por mi garganta, me atraviesa el estómago y se fija directamente en ese punto tan sensible que hay entre mis piernas.

Pero no me voy a rendir así de fácil. No voy a dejar que este hombre siga entrando en mi cabeza, en mi cuerpo.

—No soy tu puta presa.

—Entonces ¿por qué dejas que te consuma? —susurra antes de poner su mano alrededor de mi garganta y apretar fuerte. La barba de tres días me araña la piel cuando su mejilla roza el costado de la mía, antes de que su boca descienda sobre mi cuello. De mis labios sale un jadeo cuando me muerde y me hace daño.

Aprieta aún más la mano y mi respiración se entrecorta. Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero él emite un gruñido ronco desde su pecho que me hace vibrar todo el cuerpo, y soy incapaz de decir nada.

—Ya sabes lo mucho que me gusta cuando te escapas —dice. Su otra mano recorre mi abdomen bruscamente antes de deslizarse hacia arriba, hacia mis palpitantes pechos.

Sujeta uno con la mano y me lo aprieta. Siento cómo me sube la sangre, cómo corre hacia mi cara al tiempo que sale otro gemido de mi garganta. Ambos pezones se me ponen tan duros que casi me duelen al frotarse contra la tela del sujetador. En cuanto me tenga del todo desnuda, será testigo de que esto me hace disfrutar mucho más de lo que debería.

No sé cómo, con él siempre parece pasarme lo mismo.

—Para —digo asfixiada, intentando escapar, pero mantiene su mano firme alrededor de mi garganta hasta que empiezo a ver puntos negros.

—¿No es esto lo que quieres, nena? ¿Acaso no quieres llenarte con mi polla y descubrir una nueva religión cada vez que te hago correrte?

—Confías mucho en tus habilidades —carraspeo.

Se ríe de un modo tan profundo y oscuro como el océano.

—Para creer hay que tener fe. —Me ahueca las piernas—. Y este coño merece su propio culto.

Cierro los ojos cuando su aliento caliente abanica todo mi pecho. Se me pone la piel de gallina y un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Me pellizca un pezón a través de la tela de mi camisa y el sujetador, y tira con fuerza hasta que hace que de mi garganta salga un grito de dolor.

Sin embargo, mi cuerpo reacciona sin permiso. Me acoplo de nuevo a él y noto su miembro duro presionándome la espalda.

La presión de su mano en mi garganta aumenta hasta llegar a niveles casi insoportables. Me

alzo sobre la punta de los dedos de los pies para intentar disminuir la presión, pero él no cede.

—¿Tienes miedo? —susurra con su aliento haciéndome cosquillas en la oreja—. ¿O saber que tengo tu vida en mis manos y que soy yo el que te permite respirar hace que se te moje el coño?

Me sube la sangre a la cabeza, y el miedo comienza a bombear por mis venas. Justo cuando creo que no va a parar, afloja la mano y aspiro ansiosa el preciado aire.

Pero no me deja respirar mucho más tiempo. Me gira el cuerpo y me hace retroceder hasta la pared que está al lado de la televisión, sonriendo de forma agresiva según me alejo de él y voy exactamente adonde quiere. Cuando estoy a unos treinta centímetros de distancia, me agarra y me golpea contra la pared, apoyando todo su cuerpo contra el mío. Antes de que pueda respirar de nuevo, ya tengo su mano una vez más alrededor de mi garganta y su boca en la mía.

Es tal y como ha dicho: estoy dejando que me consuma. Las lágrimas me queman los ojos mientras su boca me desgarra los labios, dándose un festín con mi lengua sin mi permiso.

No puedo hacer esto.

No puedo dejar que me haga esto, joder.

Quitando la boca, lo empujo hacia atrás, pero él no se mueve ni un puto centímetro.

—¡Ya basta! —le suelto luchando contra él—. No voy a dejar que hagas esto. Acabas de asesinar a personas muy peligrosas, Zade, y eso quiere decir que tienen amigos peligrosos también. Es otra vez como lo de Max. Eres un monstruo.

La mano que todavía tengo alrededor del cuello aprieta más antes de que me estampe la cabeza contra la pared, parando así mi forcejeo.

—Y tú eres el dulce angelito al que me voy a llevar conmigo al infierno —dice con la voz profunda y ronca mientras me susurra esta profecía al oído.

—Te odio —le espeto, al tiempo que lo miro aunando toda la repugnancia de la que mi cuerpo es capaz. Jamás me escuchará, me cago en la puta.

Se limita a sonreír con gesto burlón.

—Y jamás dejaré que vuelvas a follarme, Zade. —No me avergüenzo del modo en que me tiembla la voz cuando se lo digo. Que vea que voy en serio. No sueno así por miedo, sino por el rencor que carcome mi alma.

Me aprieta todavía más, y se le forma un gruñido en la cara.

Es maligno y tentador a la vez, como un apuesto diablo sentado en un trono de huesos.

—¿Quieres apostarte tu propia vida? —pregunta con una voz suave que contrasta con la crudeza de la mía. Acerca su pelvis y noto cómo se me clava su miembro grueso y duro en el abdomen.

Sonríe cuando no respondo:

—Me parece que mi ratoncita es una mentirosa. —La última palabra me la gruñe al oído, haciendo que todo el cuerpo me tiemble violentamente.

Su boca acaricia mi mejilla y la suave carne de sus labios se desliza ligeramente hacia los míos. Su boca roza mi boca, y cada vez que nuestras pieles entran en contacto siento escalofríos eléctricos.

Aspiro muy fuerte, con el miedo y la adrenalina aún presentes en mi torrente sanguíneo, casi drogándome y haciéndome delirar por la potencia con la que bombean.

—Sí —susurro en respuesta a su pregunta antes de levantar la pierna y darle un rodillazo entre las suyas. Consigue esquivar la peor parte del golpe, pero tengo el suficiente espacio para

escaparme y salir corriendo.

Resuena una risa fuerte y cruel cuando casi arranco la puerta de las bisagras antes de salir volando al aire nocturno.

Cubren mi piel gotas de lluvia frías y húmedas que me empapan de inmediato. Pero el aguacero no basta para detenerme.

El miedo hace que siga avanzando a grandes zancadas en dirección al bosque. Me deslizo por la resbaladiza superficie del porche, y ahí es cuando recuerdo que estoy descalza, joder.

Ahora da igual. Es tarde. Sigo hacia delante, apretando los dientes de dolor por las piedrecitas que se me clavan en los pies mientras cruzo el camino de entrada.

De pequeña siempre quise explorar estos bosques. Son muy frondosos, y perderse es facilísimo. Mi madre y mi abuela no me dejaron jamás poner un pie en ellos cuando era niña. Y, de alguna manera, en mi vida adulta esa prohibición seguía vigente.

Todos los peligros de los que me hablaban de pequeña me impidieron ir al bosque y explorarlo. Cómo me hubiese gustado en este puto momento haberlo hecho.

No tardo ni un minuto en perderme por completo. La única luz que hay es la de la luna, pero las copas de los árboles que tapan el cielo hacen que haya muy poca claridad.

Sigo moviendo las piernas, más fuerte y rápido. Estoy demasiado asustada para parar. Demasiado asustada de que el diablo me pise los talones.

Hasta que me tropiezo con una raíz y mi cuerpo se va hacia delante para estrellarse ruidosamente contra el suelo. Aterrizo con las manos, torpemente, y me muero de dolor cuando ambas muñecas ceden por mi peso. Los dedos de los pies con los que me he tropezado al correr con la raíz me palpitan muy fuerte, y tengo los pies ensangrentados y destrozados por haber corrido descalza por el puto bosque.

Respiro con dificultad, jadeo del miedo mientras me doy la vuelta sobre mi espalda. Tengo que cerrar los ojos por la cantidad de lluvia que cae, nublándome la visión y goteándome por la nariz y la boca.

Levanto una mano para cubrirme la cara, abro los ojos y miro alrededor.

Que no le pueda ver no significa que él no esté cerca.

Noto mucha presión en el pecho y me esfuerzo en calmar los irregulares latidos de mi corazón, inspirando mucho y durante un buen rato para poder relajarme lo suficiente y oír así si viene.

El viento hace que crujan las hojas del suelo, remueve la suciedad y los restos. Se me pone la carne de gallina. El sonido es siniestro. Amenazador. Como si en cualquier momento el viento fuese a separar los árboles, y mi sombra estuviera allí de pie, mirando y esperando.

Tengo la camiseta y las mallas empapadas. No me protegen en absoluto de esta implacable lluvia. Toda mi ropa está pegada al cuerpo, atrapando el frío debajo de la tela y permitiendo que se filtre por mi piel. Me tiemblan los huesos de los violentos escalofríos que me sacuden.

Me siento y aspiro profundamente, aguanto la respiración, agudizando el oído para ver si escucho pasos. Pasan unos segundos antes de que oiga el chasquido de una ramita. Se produce justo detrás de mí.

Muevo rápidamente la cabeza, escruto el bosque como una loca y empiezo a respirar otra vez más rápido. Me pongo de pie despacio, ignorando el dolor latente de mis manos y pies maltratados.

Tengo que esconderme.

Justo cuando doy un paso en silencio, escucho el chasquido de otra ramita. El corazón se me sale del pecho cuando veo un pie en mi campo de visión. Al igual que un demonio que sale de una hoguera, así lo veo emerger de entre dos árboles. Abro los ojos y se me seca la boca cuando observo a un hombre enorme saliendo de las sombras, con una capucha dibujada sobre la cara mientras va acercándose hacia mí.

Sin pensarlo, doy media vuelta y empiezo a correr.

Corro con todas mis fuerzas, moviendo las piernas y los brazos lo más rápido posible. Pero al final no sirve de nada. Solo logro recorrer tres metros antes de que una mano me agarre del brazo y me empuje hacia atrás. Mi cuerpo sale volando hacia el suyo, chocando con su duro pecho y dejándome sin aliento.

Lucho contra él, peleo como nunca en la vida para poder escaparme, pero es demasiado grande, demasiado fuerte. Me domina con facilidad, rodea mi cintura con su brazo y me aprieta contra su cuerpo ardiente.

Su caliente aliento me roza el oído un momento, antes de que su voz profunda penetre en la bruma de pánico y terror que circula por mi mente:

—No puedes huir de mí, ratoncita. Yo siempre voy a encontrarte. —Me agarra la cara y me aprieta las mejillas con fuerza con su manaza. Notar cómo la carne se me clava en los dientes hace que de mi garganta salga un gemido de dolor. Él a su vez gruñe, y su gruñido le retumba en el pecho justo antes de continuar—: ¿Estás lista para que te coma?

Con la misma mano con la que sujeta mi cara me da la vuelta y tira de mi cuerpo con fuerza contra el suyo. Pero no me rendiré sin luchar.

Lanzo puñetazos y patadas, me retuerzo para soltarme de su implacable abrazo. Mis violentos movimientos logran que el pie me resbale y mi cuerpo se vaya hacia atrás.

Ambos nos caemos, pero él evita que mi cuerpo impacte duramente contra el suelo suspendiendo la mano debajo de mí, mientras su brazo me sostiene fuertemente contra él.

Pero ni siquiera eso me detiene.

—¡Suéltame, puto maniaco! Joder, cómo te voy a…

—¿A qué? —me corta, siseando con un gruñido enfadado. Sujeta mi cuerpo entre el suyo y el suelo helado. Me estoy congelando.

Me coge por las muñecas, me las sujeta encima de la cabeza con una sola mano y envuelve la otra alrededor de la parte posterior de mi cuello.

—Dime, Addie. ¿Crees que matar pedófilos es algo malo? —me pregunta bruscamente. Su único ojo claro brilla en la oscuridad.

—Creo que matar gente es algo malo —le grito a la cara, cogiendo mucho aire y dejando que mi cuerpo descanse un segundo. Tengo miedo, pero ya no puedo más.

—¿Por qué? —me vuelve a preguntar—. ¿Porque la sociedad así lo dicta? ¿Porque los humanos se inventaron la moral para poder controlar y manipular a las personas dentro de la ley y el orden? ¿Crees que los demás mamíferos tienen la misma moral y las mismas reglas? Todos somos putos animales, nena. La única diferencia es que yo no reprimo mi verdadera naturaleza.

Jadeando muy enfadada, me vuelvo a intentar zafar de él, pero no logro nada. Es como un elefante sentado encima de un hámster.

Me aprieta aún más las muñecas contra el suelo mientras se recoloca, y usa las rodillas para abrirme las piernas y acomodarse entre ellas.

Incluso bajo esta lluvia tan fría, está duro como una puta roca.

—¡Vas a hacer que me maten! —le espeto—. Porque eres un puto tarado y los has torturado de esa manera tan espantosa. ¡Ha salido en las noticias de todo el país!

—¿Quieres saber quiénes son unos putos tarados, Addie? Esos hombres por cuyas muertes estás tan triste son los mismos que abusan, violan y torturan a niños inocentes y se van de rositas. No les pasa absolutamente nada. ¿Crees que existe en el mundo algún tipo de castigo que pueda compensar que torturen y maten a un crío?

Cierro la boca, y las lágrimas me queman las retinas.

—Lo peor es que, a pesar de que te haya reclamado para mí, la Sociedad ya te había marcado incluso antes de que yo entrara en escena. Y eso significa que estás en peligro, esté yo muerto o no. ¿Sabías que intentaron secuestrarte en Satan's Affair? Mientras correteabas por la Casa de juegos de Annie, ya tenían a sus perros detrás para secuestrarte. Y yo me aseguré de que eso no sucediera, Addie. Si pensabas que tendrías alguna puta oportunidad de deshacerte de mí, olvídate. Necesitas mi protección más de lo que necesitas mi polla, pero yo pretendo darte ambas.

Abro los ojos de par en par y se me para el corazón. ¿La Sociedad está detrás de mí? Por el amor de Dios, ¿qué coño hice en mi vida anterior para merecerme toda esta mierda?

Corría muchísimo peligro y no fui consciente en ningún momento. No lo sentí ni remotamente cerca.

Porque el hombre que me tiene inmovilizada en el suelo me protegió y me mantuvo a salvo para que yo pudiera disfrutar de la noche.

Me tiemblan los labios mientras continúa:

—Era un hombre malvado, Addie. Una de las peores cosas que hizo fue ponerte en peligro. Y una de las peores cosas que hice yo fue ponerle en bandeja que te pudiera encontrar.

Cómo han cambiado las tornas. En su momento acusé a Zade de no lograr ocultarme de Mark, pero ahora me doy cuenta de la cruda realidad. Mark no tenía nada que hacer ante su destino.

—No podrías haber evitado que me viese —admito en un suave susurro.

—Puede que no, pero te alejé de su radar. Tenía la esperanza de que, si yo te reclamaba, tú te salvarías. Pero Mark siempre tuvo intención de entregarte. Y a todo hijo de puta que se acerque, incluso a menos de un kilómetro de tu casa, le voy a meter un cuchillo en la garganta. Nunca he pretendido ir de buena persona. Pero lo que sí hice fue crear mi puta moral para sobrevivir. Voy a seguir matando a cada loco que viva en este planeta de los cojones si así evito que mueran niños. Si así evito que tú tengas que vivir en peligro.

Mi labio titubea, y toda la lucha que ardía en mi interior se apaga de una vez.

No tengo nada que decir. Nada para rebatir.

Me he aferrado demasiado fuerte a la idea de que todos los asesinatos están mal, pero tengo que asumir que no es así. Porque Zade tiene razón. Tanto si hubiese entrado en mi vida como si no, yo siempre habría corrido peligro. Y no me puedo enfadar cada vez que mate a alguien que quería hacerme daño.

Si eso me convierte en una egoísta, me importa un bledo.

Me guste o no… Zade no se va a ir. Y es mucho más agotador aferrarse a una moral que lo único que hace es luchar contra lo que me mantiene a salvo.

Estudio su rostro. Necesito hacerle una última pregunta:

—¿Has matado a alguien inocente?

—¿Qué entiendes tú por inocente? —pregunta al tiempo que se inclina acercándose hasta que noto su aliento mentolado sobre mi cara fría y húmeda—. ¿Inocente como Archie? Gente que hizo daño a otras personas, pero que siempre tuvieron una oportunidad de redención, ¿verdad?

Trago, abriendo la boca para responder, pero él se acerca más, con sus labios a pocos centímetros de los míos. Las palabras mueren en mi lengua mientras él saca la suya y me lame una gota en los labios. El roce es insignificante, como una mariposa que te aterriza en el dedo. Pero para mí es como un rayo que me baja por la columna vertebral directamente a mi centro.

—¿Crees que habrá redención para mí? —susurra con un tono de voz oscuro y pecaminoso.

Me humedezco los labios, buscando las palabras antes de preguntar:

—¿Quieres que la haya?

El resto de su cuerpo se acopla al mío, creando un peligroso huracán de fuego y hielo en mi interior. El suelo helado y el calor furioso que emana de su cuerpo luchan entre sí, mientras yo trato de evitar el delirio que me causa su proximidad.

Contonea su pelvis contra la mía, provocando un placer intenso entre mis piernas. Inconscientemente arqueo la espalda y se me escapa un gemido.

—Si mi redención vive en un lugar dentro de ti, entonces voy a estar el resto de mi vida buscándola en tu interior. —Flexiona las caderas de nuevo, haciendo que salga otro gemido ahogado de mis labios—. Llenaré cada centímetro de ti, Adeline. Y con el tiempo mi redención se convertirá en tu salvación.

Sus palabras generan una reacción visceral en lo más profundo de mi ser. No hay manera de detener la excitación cada vez mayor que tengo entre mis piernas, al igual que no puedo controlar la abrumadora necesidad que tengo de entregarle cada trocito de mi alma en bandeja de plata.

«Sigue siendo un acosador, Addie».

Oigo esa voz en mi cabeza cada vez más tenue. Es tan pequeña e insignificante que ya no tiene poder sobre mí. La voz de la razón me molesta cada vez más porque nada de lo que siento por Zade es razonable. Me despierta emociones demasiado poderosas como para hallar en ellas ninguna razón o lógica. Demasiado fuertes para que las eclipse esa pequeña voz de mi cabeza.

—¿Qué pasa si no quiero que lo hagas? —gimo, pero mis palabras contradicen a mis acciones, porque elevo una pierna y la pongo sobre su cadera, acercándolo, aunque mi boca aún intente alejarlo—. ¿Qué pasa si lo último que quiero es que estés dentro de mí?

Sus labios rozan los míos, desde mi mejilla hasta mi mandíbula. Me mordisquea con dureza, logra que yo exhale otro gemido con sus dientes mientras el dolor y el placer apuñalan mis nervios.

Esta vez, cuando vuelve a moverse hacia mí, noto su embestida, desesperada por tenerle aún más cerca. Pero no puedo rendirme, a pesar de que mi cuerpo ya lo haya hecho.

—¿Qué pasa si llegara a odiar lo que siento cuando estás dentro de mí?

Al fin me suelta las muñecas clavadas, agarra el cuello de mi camisa y la rompe por la mitad. Jadeo ante el brutal ataque del aguacero helado que golpea mi piel. Arqueo la espalda cuando sus manos me recorren rudas el estómago, mandando descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Solo necesita tocarme para hacerme enloquecer. En mi puta vida me había pasado algo así de bueno.

Luego me baja el sujetador, dejando expuestos mis senos, antes de arrancármelo también.

—¿Odiarías sentir cómo te corres tan fuerte que tu cuerpo acaba por rendirse?

Antes de que le pueda responder, vuelve a mordisquearme la mandíbula, esta vez más suave, antes de ir bajando por mi cuello. Su boca se detiene en ese punto tan sensible justo debajo de la oreja. Exhala, y esa es la única advertencia que recibo antes de clavarme los dientes.

Solo soy capaz de responder con un grito confuso. Pongo los ojos en blanco cuando me chupa la mordedura con la lengua, exprimiendo un intenso placer.

Me muerde bruscamente, descendiendo más allá de mi clavícula hasta que su boca caliente succiona uno de mis pezones. Libero un grito ahogado y me estremezco bajo el azote de su lengua.

Arqueo la espalda mientras le agarro el pelo, tirando de los mechones con tanta brutalidad como me chupa él el pezón.

Finalmente, sus dientes me liberan, y tardo un breve instante en sacar todo el fuego de mis pulmones.

—Yo sola puedo conseguir correrme mucho más allá de lo que tú jamás podrás.

Noto su sonrisa, y no necesito verla para saber lo cruel que es. Levanta la cabeza lo suficiente como para mirarme a los ojos.

Se me encoge el corazón, y es mi instinto el que presiente mi destino mucho antes de que me lo confirmen sus palabras:

—¿Estás preparada para demostrármelo, ratoncita? Porque si no voy a hacer que te comas tus putas palabras.

CAPÍTULO 34

La manipuladora

Nunca he sido religiosa, a pesar de haberle echado la bronca a un espíritu del cielo alguna vez por poner a prueba mi cordura constantemente. Pero en este momento deseo con todas mis fuerzas que algo o alguien cuide de mí. Porque tengo la sensación de que, cuando Zade termine conmigo, me diezmará el alma, y no habrá nada que pueda salvarla de su condena.

Tragando sonoramente le pregunto:

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Trato de añadirle una pizca de confianza, pero la mirada calculadora del rostro de Zade destroza la intención. Estoy temblando, aunque no por la implacable lluvia que empapa mi piel.

En lugar de responderme con palabras, se agacha y agarra la cinturilla de mis mallas. De un fuerte tirón, rompe la tela quitándomelas de las piernas y lanzando la prenda a algún lugar del bosque.

No creo que las recupere, me parece a mí.

Abro mucho los ojos cuando tira con dureza de mi tanga amarillo y el encaje se rasga fácilmente por su fuerza.

—Zade… —jadeo al tiempo que intento cerrar las piernas para impedir que la lluvia helada caiga sobre mi centro, que está ahora expuesto. Rechaza mi tentativa y me separa las rodillas hasta que la lluvia golpea contra mi núcleo. Chillo por la sensación que me provoca, inhalando muy fuerte.

A lo mejor se parece a un dios, pero Zade no es de los que perdonan.

Me agarra aún con más fuerza por la parte inferior de los muslos y lleva mis piernas hacia atrás hasta que tengo las rodillas a la altura de las orejas y mi coño completamente desnudo ante los implacables elementos.

—¡Zade! —grito moviendo las manos para cubrirme.

—Tócate, ratoncita. Déjame ver cuánto puedes correrte —me ordena con la voz llena de deseo.

—No pienso hacerlo. —Me coloca su brazo izquierdo sobre los dos muslos y usa la mano derecha para quitarme las manos. Antes de que pueda preguntarle qué cojones está haciendo, me da una bofetada directamente en el coño.

Grito fuerte, y el dolor me atraviesa el clítoris y sube por mi espalda. Lo único bueno es que, al tener su cuerpo inclinado sobre mí, la lluvia ya no cae sobre esa parte tan sensible.

—¿Pero qué coj…?

—¿Qué te acabo de decir que hagas, Adeline? No me hagas pedírtelo otra vez.

Abro la boca, pero no me salen las palabras. Me mira fijamente, con una expresión severa que no deja espacio al debate.

Me muerdo el labio, valorando si discutir con él o no. Pero tardo dos segundos en llegar a una sola conclusión.

Que no quiero.

Con la mirada fija en la suya, deslizo lentamente la mano hacia el centro de mis muslos, donde encuentro una humedad que no tiene nada que ver con la lluvia.

Como si no fuese incapaz de decidir si prefiere observarme la cara o la mano, aparta su mirada de la mía a regañadientes y fija esos ojos suyos, tan yin yang, en mi coño. Justo en el momento en que estoy metiéndome un dedo en mi interior.

Se le dilatan las fosas nasales y la mano que tiene sobre mi muslo empieza a hacerme daño.

—Joder —dice en silencio con los ojos encendidos. Me traspasa a mí ese calor, que se extiende como un reguero de pólvora hasta que la lluvia que golpea mi piel se convierte en un bálsamo ante la quemazón constante.

Me saco el dedo del coño, hago círculos en el clítoris con él, abro la boca y emito un gemido ronco.

El placer emana del lugar donde mi dedo gira, y no puedo evitar mover las caderas contra mi propia mano, buscando un toque que no sea el mío. Un toque que sería más áspero, más firme, mejor.

Ignorando la súplica silenciosa de mi cuerpo, me concentro en mi tarea y la cabeza se va yendo hacia atrás a medida que aumenta mi orgasmo.

Zade se incorpora, me quita la mano de los muslos y retoma su anterior posición, arrodillado con sus manos sujetándome las rodillas una a cada lado de mí firmemente contra el suelo.

Su cuerpo así ya no me protege de la lluvia y siento las frías gotas de agua como hielo entre mis piernas.

Levanto la cabeza, con el corazón latiendo fuerte cuando los ojos de Zade me atraviesan. Saber que él está observando todo lo que me estoy haciendo a mí misma no hace sino aumentar el placer. Nunca he estado tan excitada en la vida, y soy incapaz de ponerle un filtro a mis gemidos.

Estoy demasiado absorta como para preocuparme de si estoy haciendo ruido o no. Demasiado excitada por la euforia que recorre mi cuerpo cuando llego a ese precipicio.

Siento cómo se me contraen las extremidades, y entonces Zade me mira y susurra:

—Enséñame lo mucho que te he quitado.

Retuerzo las cejas y abro la boca al caer por ese acantilado. Grito, mis caderas se contonean implacables, buscando algo más.

El orgasmo que me inunda es agudo y rápido. Antes habría bastado con eso. Pero ahora, con este hombre cruel arrodillado ante mí, me siento como si me hubiese robado.

Cierro la boca. Ahora que ya no se oyen mis gemidos, el aguacero y el viento parecen silenciosos.

Dibuja una sonrisa malvada en sus labios que le acentúa las cicatrices del rostro.

—¿Ha sido mejor? —pregunta, pero por su voz me da que ya sabe la respuesta.

Asiento con la cabeza porque no soy lo suficientemente valiente como para mentirle con palabras, pero sí demasiado orgullosa como para decirle que no. Por un breve momento, siento que el mundo que me rodea se queda quieto. La lluvia, el viento, las hojas de los árboles. Y luego todo se acelera, tan rápido que no puedo evitar que me vuelva a dar otra bofetada en el coño.

Intento cerrar las piernas instintivamente para paliar el dolor, pero me clava las rodillas en el suelo y se inclina sobre mí amenazante.

El miedo que yacía latente vuelve a aflorar cuando él me mira fijamente.

—Miénteme de nuevo —me desafía—. Mi paciencia tiene un límite.

Me trago el nudo que tengo en la garganta con mis grandes ojos fijos en los suyos.

—¿Ha sido mejor?

En este momento mi cerebro decide recordarme que estoy en medio del bosque, sola, con un hombre muy peligroso. Un hombre que ha torturado y asesinado a cuatro hombres hace solo tres noches.

—No —susurro mirándolo con cuidado. Estoy en tensión, sin saber cuál será su próximo movimiento. Zade siempre ha sido impredecible. Esta sensación no es nada nuevo.

«No te hará daño, Addie».

No, pero tal vez quiero que lo haga.

Me libera y se pone de pie.

—Levántate —me dice.

Me quedo helada, pero mi cerebro reacciona solo unos segundos después y me pongo de pie.

Estoy preparada para preguntarle…

Ni siquiera sé qué le quiero preguntar, pero, antes de averiguarlo, se inclina y me coge de la parte de atrás de los muslos. Me sube, y le enrosco instintivamente mis piernas alrededor de la cintura. Mi sensible clítoris choca con la polla dura en tensión dentro de sus vaqueros, que se acopla firmemente contra los pliegues de mi coño.

Se me escapa un suave gemido, y sigo demasiado en *shock* como para moverme o decir algo cuando empieza a llevarme, creo, de regreso a mi casa.

—¿Qué estás haciendo? —consigo decir al fin, estremeciéndome con cada paso que da porque sus vaqueros frotan mi clítoris sobreexcitado.

—Voy a recordarte lo bueno que es sentirse mía.

Zade camina con paso decidido mientras me lleva, y entre nosotros hay un silencio tenso lleno de aterradoras promesas. La lluvia no ha cesado, incluso parece cada vez más fuerte.

No tengo ni idea de cómo sabe adónde ir, y estoy impresionada y sorprendida a la vez. El único motivo por el que conoce tan bien estos bosques es porque ha pasado mucho tiempo aquí.

Acechándome.

¿Esconderá los cadáveres en el bosque? Tengo la pregunta en la punta de la lengua, pero la dejo ir. No quiero alterar la pequeña aunque inestable tregua a la que aparentemente hemos llegado.

Sus grandes manos cubren mis nalgas desnudas. Tiene las puntas de los dedos a solo unos milímetros de mi entrada. No explora, y el contacto burlón me prende fuego y me inunda de expectativas.

Me está volviendo loca de deseo, y lo justo es que le devuelva el favor. Si me llevara al suelo frío y húmedo, no me importaría.

La sonrisa que esgrime es simple y llanamente malvada.

Mis labios empiezan a recorrer su cuello con tanta suavidad que el roce parece un susurro. Me aprieta más fuerte, y yo sonrío. Separo la boca, saco la lengua y lamo el camino que va desde la base de su garganta hasta el punto detrás de su oreja.

Un gruñido vibra contra mi lengua, invitándome a seguir.

Él me marcó de forma implacable hace muchos meses. ¿No es justo que yo también le marque a él?

Le muerdo en ese lugar, lamiendo y chupando la carne que atrapo con los dientes hasta asegurarme de que le he hecho un moratón. Y luego me retiro y hallo un nuevo lugar donde marcarle, una y otra vez, mientras él rechina los dientes, y sus manos me cogen con una fuerza contundente.

—Addie —gruñe con una voz gutural tan profunda que parece demoniaca.

Llevo los labios a su oreja y muerdo, chupándole el lóbulo. Lo suelto y dejo que mis dientes se deslicen bruscamente contra su carne a medida que voy liberándolo.

—¿Qué pasa? —le susurro al oído—. ¿No eres capaz de soportar lo mismo que tú me haces a mí?

Le mordisqueo el cuello otra vez, deleitándome al oír cómo se le va yendo de las manos su autocontrol y suelta un gemido. Es el sonido más sexy que jamás he escuchado, y estoy a punto de correrme de nuevo solo por la necesidad de que lo emita de nuevo.

La luz del porche delantero atraviesa los árboles cuando él cede y se detiene, me estampa contra el tronco de un árbol y la corteza áspera me araña la espalda desnuda. Se quita los vaqueros en un tiempo récord, libera su polla de su deseo y la mete dentro de mí antes de que pueda darme cuenta.

Grito ante la embestida, porque su polla hace que me estire tan rápido que lo único que puedo sentir es fuego. Pero él no cesa, follándome contra el árbol hasta que lo intento controlar, pero desata un orgasmo dentro de mí que casi hace que se me salgan los ojos de las órbitas y me quede ciega.

Se corre dentro de mí en un grito ronco, embistiéndome tan profundamente contra el árbol, que juro que va a dejar mi marca en él.

Seguro que a las ardillas les chifla.

Sale de mí, me despega con dureza del árbol y anda a toda velocidad el resto del camino. Irradia una energía visceral, y no sabría decir si es de ira o de deseo.

Tengo la espalda en carne viva, pero la acompaña el latido sordo que irradia entre mis piernas. Es la agonía más dulce que he sentido.

En lo que dura el trayecto a mi casa, mi cerebro regresa a la realidad, pero nada ha cambiado.

Eso es lo que más me inquieta.

Ya no estoy delirando por el miedo o por dicha, y, aun así, la necesidad y el deseo que tengo por este hombre no han disminuido lo más mínimo. Es más, de hecho han ido en aumento por las expectativas de mi cabeza.

La pequeña luz que cuelga sobre la puerta parece un faro. Como si la casa me hiciera sentir más a salvo del hombre que me sostiene en sus brazos.

Pero, en lugar de ir hacia allí, se dirige a mi coche. A pesar de que la parte trasera de mi todoterreno es gigantesca, Zade no es pequeño, y estar dentro de un espacio tan diminuto con él me intimida de repente.

Si cambio de opinión, será imposible alejarme de él.

—¿Por qué no vamos a mi casa?

—No voy a esperar más —responde con fuerza.

El tono de su voz es serio, y si no fuera porque su polla, aún dura, está en este momento intentando jugar con mi estómago, pensaría que está cabreado conmigo.

Abre la puerta trasera y el muy bestia casi me tira en volandas, sin apenas darme tiempo a echarme a un lado antes de que él entre como una hidra y cierre la puerta.

La lluvia golpea con intensidad el coche. Hay muchas aplicaciones para conciliar el sueño que han intentado replicar este sonido, pero nada puede llegar a imitar el ruido de la lluvia de Seattle.

Me pongo en el otro lado y, cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo, me coge las dos piernas y me arrastra hacia él.

Se pone encima de mí. Mi espalda aplasta el asiento de cuero y se adhiere a él inmediatamente como pegamento caliente sobre papel.

Mi cerebro se fija ahora en detalles insignificantes. Como que estoy completamente desnuda y él vestido y, no sé por qué, me da un poco de vergüenza.

O que los dos desprendemos el aroma de la lluvia y de la suciedad, pero de algún modo aún puedo oler en su ropa el perfume del cuero y el humo. Me doy cuenta de lo pequeño que parece este coche con él dentro, y lo diminuta que me siento yo con él encima.

Estas cosas ensombrecen los detalles que soy demasiado cobarde para reconocer. Como el hecho de que, cuando me mira fijamente como lo hace ahora, parece que sus retinas sean electromagnéticas y puedan ver todo lo que escondo en mi interior. No tengo el valor suficiente para devolverle la mirada.

O que sus manos están de nuevo en mi cintura, y que la tosquedad de su piel envía descargas eléctricas por mis terminaciones nerviosas.

Se apoya más sobre mí, hasta que sus labios están a solo un milímetro de los míos. Mis ojos miran los suyos, como dos imanes opuestos. No puedo detener la fuerza de atracción, y, cuando chocan nuestras miradas, me olvido de todos los pensamientos, de todos esos detalles. En lo único que puedo pensar es en cuánto deseo que me bese, que me toque y que me reclame como suya, una y otra vez, hasta que esté lo suficientemente loca como para seguir luchando.

—Te gusta fingir —observa algo divertido.

—Quizá no lo hago —respondo.

—Quizá te niegas a aceptarlo.

Aprieto la boca, negándome a responder.

Sonríe adrede, y verle hacerlo me desarma. Al tiempo que tengo un miniataque al corazón, se me acerca y pone un brazo alrededor de mi cintura, y con la otra mano me ahueca la nuca. Su aliento mentolado me abanica la cara y acaricia mis labios como una ligera brisa de primavera.

—¿Qué sientes en este momento? —pregunta suavemente.

Mi respiración aumenta.

—Me siento confinada.

—¿Atrapada? —responde. Cierro bien la boca porque, aunque una parte de mí quiera decir que sí, la verdad es que no me siento así.

Me siento… segura.

Protegida.

«Venerada».

—Algún día te darás cuenta de que no estás atrapada en una cárcel —murmura bruscamente —. Estás en mi iglesia, donde yo soy tu Dios, y tú eres mi igual. No soy una cárcel, ratoncita: soy tu santuario.

Se me seca la boca. Saco la punta de la lengua, me humedezco el labio inferior y después el resto de mi boca. Es solo un roce, pero es suficiente para encender la chispa. Me contesta con un gruñido de respuesta cuando le pregunto:

—¿Eso me convierte en una diosa?

Se me acerca al máximo, y sus labios ahora presionan los míos suavemente.

—Nena, lideras el puto reino, y estaré encantado de inclinarme ante ti.

Dejo que atrape mi boca con la suya en un beso malvado antes de apartarme sin aliento. Se acerca para cogerla de nuevo y gruñe cuando una vez más no le dejo. Con la boca peligrosamente cerrada, le susurro contra su lengua:

—Demuéstramelo.

—Mmm —gruñe con el sonido de una bestia que ruge desde las profundidades de la oscuridad —. Me encanta arrodillarme por ti —murmura juguetón mordisqueando mis labios. Esta vez el que me aparta es él, en lugar de morderme y lamerme, hasta que la necesidad hace que se me erice el vello.

Juguetea solo un poco más antes de que su boca se estrelle contra la mía. El infierno de mi cuerpo sale por mi garganta y enciende nuestros labios conectados. Sin pensarlo, me arqueo hacia él, desesperada por sentirle más fuerte contra mí.

Sus labios devoran los míos con hambre. No solo me está besando. Se está follando mi boca con su lengua. Coge mis labios entre sus dientes y los muerde. Explora cada centímetro de mi boca mientras me engulle.

Y yo dejo que lo haga. Dejo que me consuma porque estoy empezando a olvidar el sentimiento de estar completa sin Zade. Está en cada parte de mí.

Meto las manos por debajo de su sudadera, le araño el abdomen y me permito explorar un cuerpo que ya conozco demasiado.

Pero un cuerpo que no «he explorado» lo suficiente.

Mis dedos se deslizan sobre sus abdominales, me familiarizo con sus duros recovecos mientras él se apodera una vez más de mi boca. Mis pezones rozan su pecho, y no puedo parar el gemido que sale de mi garganta. El sonido da vueltas entre nuestras bocas, y me recompensa pellizcándome con fuerza el labio inferior, tirando de la sensible carne con sus dientes antes de

soltarla con un ruido hueco.

Se echa hacia atrás y me mira, recorriendo lentamente con los ojos mi cuerpo desnudo. Los mechones húmedos de mi pelo, ahora de color marrón oscuro, serpentean por mi pecho y por el asiento de debajo. Los bucles se enroscan en mis pechos y alrededor de los pezones. Es una visión en la que se quedan enganchados sus ojos y de la que parece que no puede apartar la mirada.

—Te toca a ti —susurro. Gira los ojos y me sostiene la mirada. No mira a ningún sitio más, incluso cuando se levanta y se quita la sudadera por la cabeza, dejando expuesto su torso desnudo.

Inspiro profundamente. Los tatuajes que cubren sus músculos fibrosos y las distintas cicatrices son un puto espectáculo fascinante.

Quiero saber la historia detrás de todas y cada una de esas cicatrices. Y saber algo más, aparte de cómo va a hacer que me corra en este momento, me da pavor.

Pero siempre me ha encantado esa sensación. Siempre he querido más.

Después de algunos movimientos, se quita las botas y los calcetines y consigue sacarse los vaqueros mojados por las piernas. En otra ocasión habría sido un momento incómodo, pero con Zade se me seca la boca mientras me deja a la vista cada centímetro de su glorioso cuerpo.

Con la respiración sincronizada nos miramos, con sed, mientras él se acopla entre mis piernas, esta vez sin nada entre nosotros.

Sus ojos de distinto color me clavan al asiento. No podría moverme aunque quisiera.

Y ese es el problema. Que no quiero.

Me encanta cómo sus ojos ardientes recorren mi cuerpo, como un pincel que traza las curvas de una mujer en un lienzo. La humedad acumulada entre las piernas me está empezando a pesar demasiado.

A doler demasiado.

El polvo rápido del árbol solo ha calmado un poco nuestro deseo, pero a la vez ha incrementado nuestra necesidad mutua a niveles tóxicos.

—Estoy esperando a que te inclines ante mí —me burlo en un susurro ronco.

Se le dilatan las pupilas y se ensancha la nariz. Mis palabras se quedan suspendidas en el aire como si alguien se hubiese llevado el oxígeno. Una pausa tensa, y ataca.

Me coge los bíceps y me levanta. Me gira hacia el espacio entre el asiento del conductor y el del pasajero, y me dice:

—Inclínate sobre los asientos.

Hago lo que me dice, dejando las rodillas en el asiento trasero mientras encajo mi cuerpo en el pequeño espacio entre los dos asientos de delante, poniendo una mano en cada lado para mantener el equilibrio.

Zade se inclina hacia delante, coge el cinturón de seguridad del lado del pasajero y lo pasa alrededor de mi cuerpo antes de hacer clic en la hebilla del lado del conductor.

—¿Qué estás…? —me hace callar y repite el mismo proceso con el cinturón de seguridad del lado del conductor. Cuando ha terminado, estoy completamente atada, incapaz de moverme. Pero tengo suficiente margen de maniobra como para girar la cabeza y mirar a Zade.

Como un rey en su trono, se sienta en el asiento trasero justo detrás de mí, y se coloca entre mis piernas de tal manera que tiene mi culo en su cara. Me revolotean mariposas en el estómago

cuando veo a Zade sentado detrás de mí, con las piernas abiertas y la polla dura que le pasa del ombligo. Desde este punto de vista, no tengo ni idea de cómo ha podido caber eso en mi interior.

Me sonríe.

—Soy demasiado grande para este coche, nena, así que esto es lo más cerca que me voy a poder inclinar ante ti en este momento. Pero más tarde, tranquila, que me aseguraré de arrodillarme por ti.

E igual que hizo en la Casa de los espejos, me levanta el culo hasta que tengo las rodillas en el aire. Los cinturones de seguridad se me clavan en el cuerpo, y me come el coño con un hambre voraz.

Como si yo fuera su última cena, tal y como me pidió no hace demasiado.

Pongo los ojos en blanco mientras su lengua recorre mi coño, rodea mi clítoris y entra en mí. Es demasiado… Demasiado bueno. Me obligo a encontrar algo en lo que concentrarme para alargar el placer. Me fijo en las ventanas empañadas, en las líneas de lluvia que se unen con las nubes. Trato de concentrarme en los millones de gotitas contra los cristales. O en cómo llueve tanto que el sonido de la lluvia rivaliza con los roncos gemidos que escapan de mis labios.

Pero me desconcentro, y todo se funde en negro cuando empieza a usar los dientes, que chupan y muerden para luego aliviar el dolor con la lengua.

—Puto nirvana —murmura antes de succionarme el clítoris dentro de su boca. Grito, el placer me consume por completo. Y tiene razón. Porque la forma en que Zade me come el coño es el nirvana.

No pasa mucho tiempo antes de que su lengua me dé en el clítoris de tal manera que tengo un orgasmo brutal sin que haya podido siquiera procesarlo.

Mis gritos retumban en el pequeño espacio que nos rodea, mientras él se traga todo lo que yo tengo para ofrecerle. Y luego desabrocha los dos cinturones de seguridad y me lleva hacia atrás hasta que estoy con la espalda sobre el asiento trasero, con él encima de mí nuevamente.

Nuestros cuerpos se encuentran, y él levanta el mío contra el suyo con facilidad. Le rodeo la cintura con las piernas mientras con las manos busco el equilibrio de sus hombros anchos.

Nos miramos fijamente, sin movernos, incluso cuando mi coño palpitante presiona sobre la longitud rígida que sobresale entre mis piernas. Él gruñe, y se le curvan los labios ferozmente al sentir mi calor envolviéndole.

Se me cierran los párpados y, con una facilidad que nunca supe que tenía, roto las caderas contra él, untándole la polla con mi esencia.

Me pone la mano en la cabeza y enrosca su mano en mi pelo mojado, tirando de él con fuerza. Echo hacia atrás la cabeza por la presión, pero mis ojos siguen fijos en su rostro casi animal, que me enseña los dientes y cuyo único ojo claro va oscureciéndose cada vez más. La oscuridad que se derrama en la pureza…, contaminándola.

Tal y como él ha hecho conmigo.

Sin previo aviso, me tira de las caderas hacia él y me penetra completamente, casi destrozándome por la fuerza. Abro la boca por la embestida. A pesar de haber follado en el árbol y de haberme corrido de nuevo hace un momento, no estaba todavía lo suficientemente cachonda como para que cupiera en mí cómodamente.

—Recuerda este momento —gruñe profundamente, sacándola casi entera antes de volver a empujar más dentro de mí—. Porque la próxima vez que te folle estarás totalmente enamorada de

mí, Adeline. Soy tu acosador, y un asesino, y aun así te vas a enamorar de mí.

Y luego se retira una vez más antes de hundirse hasta el fondo, dándole a ese punto de mi interior que casi hace que se me salgan los ojos de las órbitas.

—Eso no es cierto —jadeo. Veo un destello en sus ojos y continúo—: ¿Te crees que esta va a ser la única vez que me folles en toda la noche?

Él gruñe con los labios muy cerca de mí.

—¿Qué te he dicho, ratoncita? La próxima vez que te folle te enamorarás de mí.

El coche se balancea por la fuerza de su siguiente embestida, y el grito que emito es escandaloso. Un sonido que jamás había hecho. Pensaba que solo las actrices porno gritaban así, y que eran unos chillidos completamente fabricados y ensayados. Pero, a medida que me penetra con la fuerza de un toro, siguen saliendo gritos similares de mi garganta, cada vez más intensos y roncos.

Llueve sin piedad, y los fuertes golpes de las gotas de lluvia acompañan el sonido de nuestros cuerpos al chocar y los húmedos ruidos que Zade saca de mi coño.

Le araño el pecho con las uñas, porque, si tan seguro está de que me voy a enamorar de él cuando esto acabe, quiero asegurarme yo también de haber añadido nuevas cicatrices a su colección.

El gruñido con que me responde es salvaje y maligno. Y no hace sino aumentar el placer que sale desde donde se conectan nuestros cuerpos.

Me rodea la cintura con el brazo y, en un rápido movimiento, me incorpora y nos hace girar, de tal manera que ahora él está de nuevo sentado y yo a horcajadas sobre su regazo.

Cuando me coge de la cintura y me mete la polla de un tirón, se me abren los ojos de par en par. En esta postura me la clava mucho más que antes, se adentra más de lo que jamás pensé que mi cuerpo sería capaz de soportar.

—¡Zade! —jadeo clavándole ahora las uñas en los hombros.

—Móntame, nena. Quiero sentir cómo tu coño se agarra a cada centímetro de mi polla.

—Joder, no puedo —gimo al tiempo que mi cuerpo todavía se esfuerza en adaptarse al tamaño de este hombre.

—Tienes cinco segundos antes de que te recoloque los órganos —amenaza. Funciona, porque echo el culo hacia atrás lo máximo posible para subirlo justo después, dejándome caer lentamente otra vez.

Después de unos cuantos movimientos distintos, al fin hallo una postura que me permite sentarme por completo sobre la polla de Zade sin sentir que se me sale por la garganta. Con esta nueva posición, él llega a ese lugar perfecto que ultrajaba hace bien poco.

Me castañetean los dientes, y le clavo las uñas más y más a medida que mis movimientos se aceleran.

Zade me acerca para poner mi cuerpo al ras del suyo. Con un brazo me rodea la cintura y con la otra mano tira de mi pelo mojado, inclinándome la cabeza a un lado para poder así devorar mi cuello.

Grito. Mis caderas se mueven frenéticamente sin control mientras sus dientes muerden la sensible piel bajo mi oreja. Mis pezones le rozan el pecho, enviando deliciosos escalofríos directamente a mi coño.

—Eso es, nena —me susurra al oído—. Con qué fuerza me sujetas la polla con tu coñito dulce,

joder.

El brazo que tenía alrededor de mi cintura lo pone ahora entre nuestros cuerpos hasta que su pulgar me toca el clítoris. Echo la cabeza hacia atrás y soy yo la que grito ahora como un animal. Tengo los ojos en blanco, y el orgasmo que noto moverse por el abdomen apenas me deja respirar.

Es demasiado. Demasiado poderoso. Mis movimientos empiezan a ser irregulares y cortos a medida que mi interior se va tensando de un modo insoportable.

—Zade —le digo con los dientes apretados, con la frente llena de sudor. No sé lo que pido, pero creo que sé lo que necesito.

La salvación que me lleva prometiendo sin cesar.

Me tira tanto del pelo que me arranca mechones del cuero cabelludo. Su mirada ardiente atrapa la mía, me tiene de rehén mientras subo más y más alto, a un acantilado mayor aún que el de Parsons Manor. El único acantilado del que no me importaría saltar, aunque no pudiese volver a escalarlo.

—Déjame sentir cómo te enamoras —susurra.

Ya no puedo aguantar más. Se me nubla la vista por el placer cegador y dinámico del orgasmo que me atraviesa y destroza todo lo que encuentra a su paso en mi cuerpo. Mi lucha, mi fuerza de voluntad y mi maldito corazón.

Chillo tan fuerte que mi garganta se vuelve ronca.

—¡Joder, Addie! —grita Zade, y mi vista se aclara lo suficiente como para ver su propia cabeza hacia atrás, con las venas abultadas desde sus brazos hasta el cuello. Me enseña los dientes y emite un rugido que solo puede venir de las profundidades del infierno y que vibra por todo el coche.

Su polla se ensancha de un modo sorprendente antes de sujetarme con los dos brazos, obligándome a estar quieta mientras se derrama dentro de mí.

—Joder, Addie, joder —dice entre dientes, y cada palabra la acompaña con una embestida de sus caderas. Mi coño lo deja seco, exprimiendo hasta la última gota, hasta que estoy llena de él. Casi sale su semilla de mí cuando se retira, y el semen espeso baja por mis piernas como las gotas de lluvia por las ventanas.

Nuestra respiración pesada y el latido de mi corazón es lo único que queda por escuchar.

La intensa lluvia se ha transformado en una llovizna absurda, como para burlarse de mí. Porque cuando llovía estaba tranquila y segura de mi decisión, mientras el mundo a mi alrededor aullaba y se enfurecía. Lo deseaba, lo anhelaba, pero estaba segura de que nunca lo amaría. Y, ahora que la lluvia se ha calmado, mi resolución se ha hecho añicos, y me quedo con un corazón que grita en un mundo en silencio.

3 de abril de 1946

Tengo miedo.

No sé por qué están así las cosas, pero, después de aquella noche, él se ha vuelto loco.

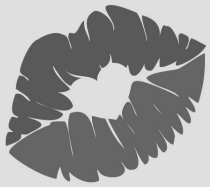
Cuando le dije que me iba a divorciar, perdió totalmente los papeles conmigo.

Está iracundo. Muy agresivo. Dice que es mi dueño. Que no me tendrá nadie más que él.

No sé qué hacer.

Solo tengo miedo.

Muchísimo miedo.



CAPÍTULO 35

La sombra

Está nerviosa. Inquieta. Antes casi no me podía mirar por el miedo y el odio, y ahora no es capaz de mirarme porque se acuerda de la cantidad de posiciones distintas en las que me la follé anoche.

Me duele la polla. Y con razón. No creo haber follado nunca tanto en una noche, pero seguiría haciéndolo si no me quedara literalmente de rodillas como me empalme en este momento.

Anoche me postré ante Addie varias veces, adorando su coño tal y como le prometí. Pero esta vez me postraría por el dolor y rezaría para que no se me cayera la polla.

Addie y yo estamos apoyados sobre la barandilla de su balcón. Es un día inusualmente cálido teniendo en cuenta que el invierno está a la vuelta de la esquina, así que ambos decidimos disfrutarlo.

Ella se bebe el café, y la brisa le mueve suavemente el pelo, enredado y encrespado desde la noche anterior. Creo que tuve su cabello tanto tiempo entre mis manos que los mechones se secaron mientras estaban aún envueltos en mis dedos.

Nos quedamos despiertos hasta el amanecer con mi polla, mis dedos o mi lengua llenándole alguno de sus agujeros todo el rato. Solo pudimos dormir un par de horas antes de que mi teléfono empezara a sonar.

Anoche se filtró otro vídeo, y tengo demasiada mierda en la cabeza como para liberar la tensión de los músculos de Addie.

Dan me dijo que creían que habían detenido a la persona que filtró los vídeos, pero obviamente se equivocaban. No tengo ni idea de quién es, pero sin duda es un puto valiente, y tengo mucha curiosidad por saber cómo coño lo hace con la Sociedad en estado de alerta.

Ayer estuve en el Savior's, lo que significa que podrían haber grabado el vídeo anoche mismo. Las copas que se ven en los vídeos son las mismas en las que bebían la pasada noche… Y ahora estoy seguro de que estaban llenas con la sangre de un niño inocente.

Mientras yo bebía whisky caro, hablando de gilipolleces con un tío al que detesto, se estaba muriendo un niño, al que le drenaban la sangre y la repartían en cálices para que se la bebieran unos tíos completamente chiflados.

Noto cómo me va invadiendo una energía amenazante bajo la piel, y me tengo que esforzar

mucho en que los huesos no me salten del cuerpo.

Necesito alejarme de Addie.

Porque, como ella actúe conmigo con su mal rollo u odio habitual, no creo que le responda lo que se merece.

Ella siente cómo va aumentando mi ira, así que coloca la taza de café sobre una mesita en la que reposa una planta muerta.

La señalo:

—Nena, si no puedes mantener viva una planta, ¿cómo vas a mantener vivos a nuestros hijos?

Ella me golpea el pecho.

—Tranquilo, Zade. No hables de hijos. Ni siquiera me gustas de esa manera.

Sonrío, pero ella tiene un aire pensativo, con el ceño un poco fruncido y las comisuras de sus labios hacia abajo, al tiempo que se le forma una arruga en la frente.

—¿Alguna vez has pensado en Gigi y su acosador? ¿Te parece raro? ¿Quizá incluso una locura?

Cuando inclino la cabeza para expresar mi confusión ante la pregunta, se humedece los labios y empieza a jugar con el cinturón de su bata púrpura.

—Ya sabes que mi bisabuela tuvo un acosador. Uno del que se enamoró. Y ahora yo también. Vivo en la misma casa y…

—¿Me estoy enamorando? —termino por ella la frase con la cara sin mostrar emoción alguna para que sepa que no es de broma.

Me mira y levanta ligeramente los hombros, pero no lo niega. Se hace la loca, y yo dejo que se lo haga.

—Parece un disparate y… No sé, imposible, supongo —dice ella.

Me inclino en la barandilla y giro la cabeza hacia arriba hasta que atrapo sus ojos. En cuanto están puestos en los míos, son inseparables. La brisa vuelve a acariciarle el cabello, haciendo que le bailen los mechones de color canela.

—¿Crees que eres una reencarnación de Gigi, Addie? ¿Y que yo soy una reencarnación de Ronaldo? Nunca lo sabremos de verdad, ¿no? Es muy poco probable, pero no imposible. Aunque no puedo decir que la idea no me guste.

Un pequeño gruñido se apodera de su rostro.

—Es que a ti simplemente te gusta la idea de acosarme a lo largo de varias vidas.

Esta vez sonrío, y, al ver cómo se le dilatan las pupilas, mi polla empieza a empalmarse.

Joder, para. Cómo duele.

Pero, cuando saca la lengua para mojarse de nuevo los labios, ya me importa una mierda el dolor.

Mi mano se lanza a su nuca y la acerco a mí. Ella jadea, separa sus labios rosados y, en este momento, lo único que quiero es deslizar mi polla entre ellos y ver cómo la rodean. Me pondría a caminar descalzo sobre cristales si eso implicara volverme a follar la boca de Addie.

Se resiste, pero yo la sujeto con fuerza y usa las manos que tiene en la barandilla para aguantar su peso. Se le ha abierto un poco la bata púrpura, pero no lo suficiente como para verle los chupetones que le dejé anoche en las tetas.

—Tienes razón. Me encanta cómo suena eso de haberte observado a lo largo de varias vidas —le digo en voz baja, y en un tono tan profundo como quiero que esté mi polla dentro de ella—.

También me encanta la posibilidad de que me haya enamorado de ti en cada una de esas vidas. De haberme follado ese dulce coño tuyo y haber hecho que te enamoraras de mí tanto como yo lo estoy de ti. ¿Qué te dije, ratoncita? Que no podías escapar de mí. Si es cierto, entonces te he perseguido a través del tiempo y el espacio, y nunca has podido escapar.

Me mira boquiabierta, se queda sin palabras unos segundos antes de recuperar su ingenio:

—Eso no sabes si es verdad —susurra—. O a lo largo de cuántas vidas me has estado acosando.

La cojo del pelo y la giro hasta que tiene el culo al nivel del riel de la barandilla. Me agarra la mano y me la marca con las uñas mientras lucha contra mí, pero eso no me impide echarla hacia atrás, sobre la barandilla, hasta que las puntas de sus dedos apenas tocan el suelo.

—Pero ¡¿qué coño haces, Zade?! —grita con su voz ronca llena de miedo. Pero mi ratoncita se queda quieta y su pecho palpita. Y ahí es cuando casi me rindo.

Ella confía en mí.

—Calla, nena —murmuro. Le sigo agarrando firmemente el pelo con una mano mientras la otra se mueve por su abdomen. Me cierno sobre ella e inspecciono cada recoveco, cada curva que forma la cara de la mujer de la que estoy locamente enamorado.

Incluso con los ojos como platos del pánico, es la criatura más fascinante que he visto.

Mis dedos recorren su pómulo pecoso, bajan por su mandíbula hasta el cuello. Su respiración se entrecorta y se le acelera el pulso. No puedo evitar sonreír, satisfecho por la reacción que obtengo de ella cada puta vez que la toco.

Sigo bajando los dedos hasta su bata abierta, exponiendo del todo los chupetones de sus tetas. Voy acumulando un zumbido en mi pecho, que se convierte en gruñido cuando le abro más la bata y se le cae completamente por los lados, dejando al descubierto su piel blanca y esos pezones de capullo de rosa que tiene.

Se le ponen duros por el viento frío, y se me hace la boca agua por la necesidad de morderlos.

—Mi ratoncita ignorante, viviendo cada vida sin saber nada de lo que está por venir. Sin saber que te anhelo, que te observo desde lejos hasta que me dé a conocer. —Recorro con los labios su clavícula y subo por la columna de su garganta hacia su oreja—. Siglos y siglos. Los dos con rostros diferentes, con cuerpos distintos. Pero las mismas almas, colisionando una y otra vez, hasta que este planeta decida desmoronarse y nuestras almas no tengan adónde ir —digo divertido, disfrutando al ver cómo se le acelera la respiración, y le pregunto suavemente—: ¿Te lo imaginas?

Le tiro de un pezón con los dedos y me vibra otro gemido en el pecho. Se le pone la piel de gallina cuando la toco y jadea bajito, entrecortadamente.

—¿Te imaginas cómo sería tener mi amor durante tanto tiempo?

Traga con los ojos clavados en el agua que hay más allá del acantilado mientras se le escapa de los labios el tembloroso aliento.

—¿Sabes lo que se siente al ahogarse? Así sería —dice con voz ronca y desigual.

—Dime, nena. ¿Cómo es la sensación de ahogarse?

—Como la primera bocanada de aire después de quedar atrapada bajo el agua. Es una sensación de dolor y alivio a la vez. De desesperación y deseo. Cuando llevas tanto tiempo sin oxígeno, esa primera bocanada es lo único que te importa, y tu cuerpo la absorbe sin permiso.

—¿No es lo más exquisitamente doloroso que has sentido? —Acerco aún más mi cabeza y

emito otro jadeo que se escurre de mis labios—. Eres mía, Adeline —gruño—. No me importa si estamos reencarnados o no. Aquí y ahora, esto es la puta realidad. Y, en esta vida, eres mía.

Dejo que se vaya, y ella no pierde el tiempo en incorporarse, pegándose a la pared, con las manos en el revestimiento, como si yo le hubiese movido los cimientos de su mundo y ella se estuviera intentando sujetar a algo para no moverse.

Noto la intensidad que sale de mí. El zumbido se ha vuelto más fuerte y no estoy seguro de si necesito follarme a Addie o ir a dispararle a alguien en la cara.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja al notar el desasosiego que ruge en mi interior.

La miro y parece como si se encogiera cuando lo hago. Hasta que no noto cómo le tiemblan las manos no me doy cuenta de que la estoy mirando con furia.

—Joder —digo pasando una mano por mi cara bruscamente. Las cicatrices solo sirven como recordatorio—. Lo siento, ratoncita. Me han llegado noticias de mierda esta mañana. No dejo de recibir noticias de mierda.

Frunce el ceño y se le forma un pliegue entre las cejas.

Se aclara la garganta, se cierra la bata y vuelve cautelosamente hacia mí, jugueteando con el cinturón otra vez.

Qué valiente.

Su delicadeza casi me hace sonreír, pero no tengo nada dentro, así que lo único que hago es mirarla.

—¿Quieres hablar? —pregunta al fin, y me mira antes de tomar su café.

—¿Quieres que te hable de ello? —le respondo arqueando una ceja. Se pone roja, pero levanta los ojos y los mantiene fijos en mí.

—Sí —dice.

Esta vez soy yo el que mira hacia otro lado.

—Eso significa que vas a escuchar cosas sobre lo que hago para ganarme la vida. Que es matar gente.

Suelta un suspiro tembloroso, pero, en lugar de irse como yo esperaba, asiente con la cabeza

—Vale.

Esa palabra de solo cuatro letras significaba mucho más para mí de lo que ella podía imaginarse.

—No te va a gustar lo que vas a oír —le replico, y por primera vez creo que estoy buscando una excusa para no contárselo. Siempre he sido sincero con ella, pero en este momento no creo que pudiera gestionar su rechazo.

—Quizá no —admite—. Pero antes dijiste que salvabas a mujeres y niños. ¿No es verdad?

La miro fijamente para que vea lo muy en serio que voy:

—Eso es de hecho lo que hago. Todo lo que te conté es la verdad al cien por cien. Lo único que no haré es entrar en detalles sobre qué hago una vez que los pillo.

—Los torturas —adivina fácilmente. Esos cuatro políticos dejaron la verdad al descubierto.

Hace una pausa y me atraviesa con sus ojos de caramelo. Es como si estuviese contemplando algo ausente, mordiéndose el labio. No sé lo que ha decidido, pero asiente levemente con la cabeza para sí misma.

Siento mucha curiosidad por saber qué le está pasando por la cabeza.

—Cuéntame —dice con un tono firme e inflexible—. Quiero saberlo todo… sobre ti —

termina la oración arrugando la nariz como si pensara que nunca diría esas palabras.

Me hace sonreír.

—¿Quieres decir además de cómo es tener mi polla en cada agujero de tu cuerpo? —le pregunto.

Me hace una burla, pero un bonito rubor colorea sus mejillas.

—No lo has hecho —espeta.

—Todavía —le prometo. Todavía no tengo su culo, pero mi intención es hacerlo. Pronto.

—Zade, concéntrate —me sisea. Pero sus muslos prietos y sus ojos marrones no me son indiferentes.

Miro hacia otro lado y observo fijamente la bahía, centrándome en algo mundano, a pesar de lo bonita que está con el agua brillando bajo la luz del sol.

Todo es mundano cuando Addie está presente.

Hasta el acantilado llega una pequeña ristra de árboles con las ramas torcidas sin hojas que se elevan al cielo como si suplicaran volver a nacer. Se están muriendo e imitan lo que siento en mi interior en este momento.

—Mi objetivo son personas concretas. Políticos. Famosos. Empresarios. Personas con poder o con dinero. E incluso personas que están en la parte más baja de la pirámide, pero que harían cualquier cosa para sobrevivir. Al fin y al cabo, en realidad, no importa en qué trabajen o cuánto dinero tengan, porque son todos iguales. Son traficantes sexuales de seres humanos.

»Llevo años detrás de los círculos de pedófilos, desmantelándolos. Rescato a las niñas y los niños y los mando de regreso con sus familias o a un lugar seguro y secreto donde puedan vivir el resto de sus vidas cómodamente.

»Pero hace unos nueve meses se filtró un vídeo en el que se veía cómo celebraban un ritual sádico. Estaban sacrificando a un niño y bebiéndose su sangre. Desde entonces se han filtrado algunos vídeos más, incluido uno anoche.

Hago una pausa, aprieto la mandíbula y trato de recuperar la compostura que empieza a escapárseme entre los dedos.

Inhalando profundamente, continúo:

—Ya te conté que Mark estaba en el primer vídeo, y por eso fui tras él y también tras los otros tres hombres que maté. Los cuatro estaban en el ritual. La noche que asesiné a Mark, me confesó el sitio donde lo hacían, así que ayer estuve allí, para infiltrarme, ganándome su confianza para que me invitaran a la mazmorra. Estaban bebiendo de las mismas copas que utilizan en el ritual.

Paro un momento, ciego casi por entero de rabia mientras admito:

—Creo que el último vídeo es de anoche, y en esas copas había sangre del sacrificio que hacían mientras yo estaba allí.

La taza de café retumba contra la mesa de metal y casi se cae cuando Addie intenta posarla. Le tiembla mucho la mano y parece que se ha saltado un trozo de cerámica.

—Qué cojones. —Respira con los ojos abiertos de par en par por la conmoción y el asco. Sin embargo, siguen fijos en mí cuando dice—: Zade, no podrías haber sabido que eso es lo que estaba pasando. No puedes culparte por ello.

Aprieto los dientes para que el gruñido que amenaza con apoderarse de mi cara no salga, y tengo el músculo de la mandíbula a punto de estallar.

—Ya lo creo que puedo, joder —suelto.

Se estremece y su rostro se suaviza.

—No fundé Z y me convertí en quien soy hoy en día para permitir que sacrifiquen a un niño justo delante de mis narices. Y ver cómo unos putos enfermos se beben su sangre como si fuese agua.

Se le están llenando los ojos de lágrimas, pero sigue en silencio mientras yo me esfuerzo en tranquilizarme.

—Llevo casi seis años dedicado a erradicar la trata de personas. Seattle es un lugar privilegiado para los círculos de pedofilia, pero en realidad están por todas partes. Y tengo intención de acabar con todos. O con tantos como pueda hasta que esta vida acabe conmigo primero.

Addie no habla. Mira fijamente lo poco que le queda de café como si fuera una bola mágica que le dará cualquier respuesta que busque. Se oye el sonido de la caldera al encenderse, llenando el estático silencio.

Después de un rato me mira, con una expresión ilegible en su rostro pecoso.

—¿Por qué? —susurra—. ¿Por qué elegiste poner tu vida en peligro y dar caza a estas personas y matarlas? ¿Qué te hizo decidir hacer eso?

No noto ni un ápice de juicio en su tono, sino simplemente la necesidad de entender. Pero no estoy seguro de que mi respuesta le dé el conocimiento que me pide.

—Porque quiero, nena.

Alza las cejas sorprendida, no se esperaba esa respuesta.

—Quieres que te dé una razón legítima de por qué tomé este camino en la vida. Puede que por una hermana o una madre a la que secuestraron y vendieron. Quizá yo mismo fui víctima. Pero no pasó nada de eso. Cuando supe que existía la trata de personas y hasta dónde llegaba su depravación, me puse enfermo. Y, como tengo la habilidad de hacer algo al respecto, lo hago. Salvo a personas inocentes porque quiero. Y torturo y asesino a los malos porque quiero.

Abre los ojos como platos cuando voy hacia ella. No se aleja de mí, pero veo cómo la tensión se le acumula en los hombros como nubes de tormenta llenas de lluvia.

La agarro por la nuca y la acerco a mí. Tropieza y apoya las manos en mi pecho para recuperar el equilibrio. Respira más rápido. Se le escapan a través de los labios hinchados y magullados pequeñas y cortas respiraciones.

Me inclino y me aseguro de que tenga los ojos fijos en los míos mientras digo:

—Y la razón por la que te acecho, ratoncita, es porque yo quiero. Todo lo que hago en la vida lo he elegido yo. Elijo mi moral. Elijo a los que vale la pena salvar y a los que vale la pena matar. Y te elijo a ti.

»Si esperas que te cuente una historia trágica, no hay ninguna. Mis padres eran personas increíbles que me querían y me apoyaban. Murieron en un accidente de coche cuando yo tenía diecisiete años. Las carreteras eran horribles y derraparon en un acantilado. Viví un año con el mejor amigo de mi padre, mi padrino, antes de ir a la universidad para estudiar Informática. Luego me hice hacker.

»La muerte de mis padres me destrozó, pero fue un accidente. Lo único malo que me ha pasado en la vida es perderlos. Ninguna desgracia ha hecho que mate a gente mala para ganarme la vida. Tomo mis propias decisiones en la vida, Addie. Eso es todo lo que tengo que decir.

Traga y me mira de un ojo a otro.

Lentamente levanta la mano y pasa un dedo ligeramente sobre la cicatriz que tengo. Aprieto la mandíbula, saboreando el fuego que sus dedos dejan a su paso.

Aunque hemos tenido una conversación muy seria, la polla se me pone dura como el acero por debajo de los vaqueros. Estoy a punto de desabrochármelos, inclinarla sobre la barandilla y tomarla aquí mismo.

Pero sé que a los dos nos duele todo, y volvería a meterme en ese oscuro espacio que tengo en la cabeza en cuanto me acercara a ella.

Addie no se merece eso. No se merece que use su cuerpo para que yo pueda escapar de mis demonios.

—¿Y las cicatrices?

—Es de la primera vez que me infiltré en un círculo de pedófilos. Uno de los líderes era un bestia y sabía cómo pelear con cuchillo. Me cortó pero bien. Y fue la lección que necesitaba para aprender a defenderme y luchar como se debe. Ningún hombre se me ha acercado desde entonces. Estas cicatrices las llevo con orgullo porque al final gané, y todos los inocentes de ese edificio se fueron a casa sanos y salvos.

—Pero todavía te persiguen.

—Así es. —Asiento una vez.

Era la primera vez que me enfrentaba a la posibilidad de fracasar. Y esa sensación nunca me ha abandonado del todo. La sensación que tengo cada vez que me infiltro en uno de los círculos pedófilos y que llevo grabada a fuego como un mal tatuaje.

Deja caer la mano a un lado, que cuelga mientras me observa. La vuelvo a mirar. Los dos estamos intentando leernos el uno al otro. Averiguar lo que el otro está pensando. Lo que siente.

—Una última pregunta —me dice.

—Hazme las que quieras.

—Las rosas. ¿Por qué las rosas?

Sonrío. Estaba esperando que me preguntara eso.

—Por mi madre. Sus flores favoritas eran las rosas. Las tenía siempre por toda la casa con las espinas cortadas para que no me hiciera daño. Un año le dije que me pondría muy triste cuando ella muriera porque todas las rosas morirían con ella. Después me dio una rosa de plástico y me dijo que, mientras tuviera esa rosa, ella nunca se iría del todo. —Me encojo de hombros—. Supongo que quería ver rosas por toda tu casa también. Tal vez porque estar contigo es como estar en casa.

Inhala muy fuerte, al parecer sorprendida por mis palabras. En esos hermosos ojos de caramelo, fijos en los míos, se reflejan tanto el *shock* como el ansia.

Se moja los labios.

—Voy a tardar un poco en aceptar del todo algunas cosas, Zade. No puedo decirte cuánto tiempo, pero sí te digo que lo intentaré. Lo que acepto sin duda es que salves a los niños y las niñas —admite suavemente.

Le tiemblan un poco los labios. Antes de poder agacharme y arrebatárselos entre los dientes, se los humedece.

Después de unos segundos continúa:

—Te admiro mucho más de lo que puedo decir, porque eres una de las pocas personas dispuestas a hacer algo para salvarlos. El mundo necesita a más gente como tú, Zade.

—Quizá —murmuro. Cedo y le beso suavemente la esquina de la boca—. Pero lo único que yo necesito eres tú.

Cierra los ojos y asiente para sí misma. No sé a qué conclusión ha llegado esa preciosa cabecita suya, pero cuando abre los ojos y me mira es como si ella también me necesitase.

Deslizo la mano por su pelo, y justo cuando estoy acercándola, se oye una voz a través de la puerta de la habitación de Addie.

—¿Quién está lista para investigar un asesi…? —La voz fuerte se apaga y la reemplaza un grito ahogado.

Mi cabeza y la de Addie se giran al mismo tiempo. De pie en su habitación, mirándonos con una mezcla de incredulidad y cabreo está la mejor amiga de Addie.

—Hola, Daya —la saludo, dejando que me vea mientras sonrío y me alejo de Addie.

Mi ratoncita está avergonzada. Observo el puntito de vergüenza, pero, bueno, era de esperar. Addie va a tardar un poco en aceptar en su interior que ha cedido ante su acosador.

—Pero ¿qué coño? ¿Este es él?

Sonrío ampliamente y me vuelvo para mirar a Addie:

—¿Has estado cotilleando sobre mí, ratoncita? ¿Le has contado lo grande que tengo la polla?

Los ojos de Addie se abren de manera cómica. Cierra la mano y me asesta un puñetazo en el pecho. Es como si me hubiera lanzado una rebanada de pan.

—¡Gilipollas! ¡Pues no!

Si no fuese por el tamaño de la personita que se dirige hacia mí, los fuertes pasos que da serían una clara señal de la que me espera. Me doy la vuelta y esquivo otro puño volador. Este venía con mucha más fuerza.

A lo mejor este lo habría sentido como una hogaza entera de pan.

Es evidente que la chica sabe luchar, pero los puñetazos ya no me afectan. Estoy más que acostumbrado a la mordedura de las balas.

Me río y cojo a Daya del brazo antes de que vuele la taza de té por el balcón.

Con la cara magullada y el cráneo abierto no sería tan guapa.

—Joder, a ver. ¿Hoy os despertasteis las dos y elegisteis la violencia o qué? —digo.

Daya se suelta de mi brazo y me mira, con sus bonitos ojos verdes llenos de ira. Y luego se vuelve hacia Addie:

—Creía que lo odiábamos.

Arqueo una ceja, y también miro a Addie para ver qué responde. Ahora mismo podría mentir y decir que me sigue odiando. Yo sé la verdad, y eso es lo que importa. En mi cuerpo solo hay un sentimiento, y está en comunión con la chica pecosa que en estos momentos parece estar sufriendo un derrame cerebral. Hace falta mucho más que mentirle a su mejor amiga para que hiera ese sentimiento.

Addie está roja como un tomate y abre la boca, pero no le salen las palabras. Puede que esté sufriendo un ataque al corazón.

Daya centra su mirada en mí y abre la boca, pero la interrumpo:

—Yo que tú tendría mucho cuidado con lo que dices y con cualquier otra extremidad que quieras oscilar. Soy quien firma los cheques que cobras.

Se le abren los ojos totalmente desconcertada.

—Así que eres tú. ¿Eres Z? —me pregunta.

—¿Qué pasa? ¿Mi cara no cumple con tus expectativas?

La mirada que pone Daya es entretenimiento puro. Juro que ya no ponen nada así de bueno en la tele.

Busca una respuesta, pero no la encuentra. Lo único que puede hacer es mirarme.

—Espero que entiendas que Addie no tuvo ninguna oportunidad. No la culpes —digo.

Addie se cruza de brazos, resopla hacia mí y al fin encuentra la voz. Lo único que tenía que hacer era cabrearla.

—Soy yo la que toma mis propias decisiones, Zade. Deja de actuar como si no tuviera otra opción.

Me limito a sonreír. Que piense lo que quiera. Bueno, supongo que lo que quiera que logre que su coño se ajuste de manera voluntaria a mi polla.

—Sabías que ya tenía sospechas, Addie. ¿Por qué no me lo dijiste? —Esta vez, la voz de Daya es suave, llena de dolor y tristeza. Addie baja la cara. Y esa es mi señal para irme.

—Lo siento mucho. No estoy segura de cómo explicar siquiera lo que me pasa con él.

Regreso un momento, y las dos me miran.

—Tengo que hacerme cargo del vídeo. Ya tengo hombres apostados ahí fuera.

—¿Qué coño? Pero ¿qué dices? No he visto a nadie —dice Daya con los ojos muy abiertos del susto.

—Se supone que no los puedes ver, Daya. Ya lo sabes, ¿no? —Cuando sus dientes hacen clic y cierra la boca, continúo—: Vosotras daos un beso y reconciliaos. Confío en tu buen juicio, así que tienes mi permiso para cualquier cosa que quieras contar.

Addie se muerde el labio inferior, mirando a su mejor amiga con culpa.

—Te veo más tarde, ratoncita. —Le guiño un ojo de manera sugestiva, y me responde entrecerrando los ojos.

Daya balbucea, pero yo salgo por la puerta antes de que pueda volver a aprender a hablar de nuevo. Tengo asuntos mucho más urgentes con los que lidiar que la nueva dificultad del habla de Daya.

CAPÍTULO 36

La manipuladora

Bajo la mirada hacia mis manos como si fuese una niña a quien le acaban de echar una bronca. Después de Satan’s Affair, admití que Zade y yo habíamos tenido sexo, pero no le confirmé su identidad a Daya, y ella no me lo preguntó. Me parece que mi amiga estaba demasiado preocupada por mi salud mental como para pensar en ello. Y con razón.

En cualquier caso, si simplemente hubiese sido directa con Daya y le hubiese dicho que no podía compartir con ella detalles sobre Zade y Mark, creo que lo habría aceptado. Lo que le ha hecho más daño es que le haya mentido.

Me ha seguido hasta la cocina fulminándome con la mirada todo el rato, y ahora me observa furiosa desde el otro lado de la isla.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Y por qué hay hombres vigilando la casa? ¿Y qué es exactamente lo que confía en ti para que me cuentes?

Me muerdo el labio.

—Desde hace un tiempo —confieso—. Mira, no quería decir nada porque su vinculación con Mark es un tema muy confidencial. No quise que te pusieras a hacerme preguntas que no estaba segura de si podría responder. No era decisión mía contártelo y lo que hace Zade es muy delicado.

—¿Sabías quién era cuando te pregunté por él antes de Satan’s Affair?

Me encojo y digo que sí con la cabeza, confirmando lo que mi amiga ya sabía. Veo en sus ojos que está dolida, y lo único que quiero hacer es llorar. La culpa con la que he estado cargando por mentirle brota de mis poros.

Daya suelta una bocanada de aire y asiente asimilando mi respuesta.

—Vale, muy bien. ¿Y ahora puedes contármelo?

Le hablo de la misión actual de Zade, aparte de acabar con las mafias de pedófilos. Le explico los horribles rituales que hacen con niños pequeños, que Zade ha estado trabajando a destajo para encontrar la ubicación y eliminarla de una vez por todas. Daya me escucha muy atenta, y su expresión se va agriando a medida que le cuento las cosas tan terribles que les están haciendo a unos niños inocentes, además de torturarlos y traficar con ellos.

Como si eso no fuese ya suficientemente horroroso.

—Me gustaría poder decir que me sorprende, pero no es así —balbucea mi amiga jugueteando nerviosa con el aro de la nariz—. O sea, ¿Zade mató a Mark por los rituales?

—No del todo, aunque está claro que también tuvieron repercusión. ¿Te acuerdas de que lo vimos en Satan's Affair? —pregunto, y continúo al ver que asiente—: Resulta que aquel día Mark nos señaló a nosotras dos como objetivos y llamó a alguien para que viniera a llevárselos.

Le explico el papel que tuvo Zade esa noche para asegurarse de que Daya y yo no acabáramos en la parte trasera de una furgoneta. Y lo peor: que estoy en el punto de mira de la Sociedad y Mark pretendía ayudarlos a conseguirme.

Daya me mira con una expresión sombría mientras yo comparto con ella todo lo que sé.

Cuando termino, se queda callada. Hacia la mitad de la explicación he servido un chupito de vodka para cada una; las dos necesitábamos la valentía líquida para oír lo fatal que está el mundo.

—Yo también te vigilaré —dice Daya al cabo de unos momentos. Se había hecho un silencio entre las dos y, a medida que se alargaba, yo me estaba poniendo más y más nerviosa de que fuese a levantarse e irse.

La he herido.

—No hace falta que lo hagas —respondo con un hilo de voz.

—A mí me parece que sí. —Suspira y frunce los labios.

—Lo siento —me disculpo de nuevo—. Desde que llegó a mi vida todo ha sido una puta locura y apenas he tenido tiempo para asimilarlo. Además, todavía no sé cómo procesarlo… a él. Y creo que simplemente quería mostrar que estaba gestionando todo esto de tener un acosador como se supone que tendría que hacerlo, en lugar de… Bueno…

—¿Follártelo? —termina Daya con voz severa.

Me estremezco y me muerdo el labio por el veneno punzante de sus palabras. Me lo merezco.

—Sí —susurro.

Daya relaja los hombros.

—Perdona, no te merecías ese comentario —dice, como si me leyera la mente—. No estoy enfadada contigo por que tengas una relación con Z, Addie. O sea, no lo entiendo… No comprendo cómo es posible que alguien acepte que su pareja sea un acosador y no me parece que sea la base para una relación sana. Está claro que él tiene sus problemas.

Asiento para mostrarle que estoy de acuerdo con ella. Todo lo que está diciendo son observaciones que yo también me he hecho a mí misma.

—Pero, curiosamente, saber que tu acosador es Z me deja más tranquila. No lo había conocido en persona hasta ahora, está claro, y ni siquiera sabía cómo era físicamente, pero lo que hace es admirable. Pone en peligro su vida cada día, se mete en la boca del lobo él solito para salvar a personas inocentes. Ha ayudado a muchísima gente y ya ha acabado con varias organizaciones de pedófilos. No necesito ver lo que aparece en esos vídeos para saber que Z se los toma en serio. —Suspira otra vez y esboza una sonrisa sarcástica—. Se dedica a acosar a la gente, ese es su trabajo, así que en realidad supongo que no es ninguna sorpresa que en su vida amorosa sea igual.

Hago una mueca para hacerle saber lo poco que me impresiona que Z no pueda separar la vida profesional de la personal.

—Y entiendo por qué no querías contármelo —admite con un tono de voz suave—. Mark te

puso en una tesitura muy difícil ya de entrada, y entiendo mejor que la mayoría de la gente que una situación como esa hay que tratarla con mucha delicadeza. Lo habría entendido si me lo hubieras dicho desde el principio —asegura dedicándome una miradita—, pero lo comprendo. No estás acostumbrada a este rincón tan oscuro del mundo, así que no puedo esperar que sepas cómo lidiar con todo ello.

Mi cuerpo se relaja al oír sus palabras y me quito de los hombros parte del peso con el que cargaba.

Odio que Daya se enfade conmigo. Sin duda, preferiría que Zade me apuntara con una pistola a la cara antes de enfrentarme a la ira de mi mejor amiga.

—Daya, quiero que sepas que no es que no confiara en ti. Y que siento mucho haberte mentido. Todo lo que está pasando con Zade está poniendo a prueba mis límites morales y todavía no sé qué opino de muchos aspectos. O sea, enamo… —me corto a mí misma al hablar. Los dientes me castañetean de la fuerza que estoy haciendo y noto que palidezco mientras me trago las palabras.

—¿Te estás…?

—No —aseguro, pero la respuesta es demasiado apresurada y borde para que parezca cierta.

Daya parpadea y veo reflejada en sus ojos verde salvia toda una gama de emociones, pero se apiada de mí y no insiste.

—Bueno, en cualquier caso, supongo que no puedo culparte por ser incapaz de resistirte a él —añade con una sonrisa pícara—. Está buenísimo, y tú necesitabas un polvo urgentemente.

A modo de respuesta, cojo un sobre que encuentro en la isla de la cocina y se lo lanzo. Ella esquiva el ataque entre risas.

—Cabrona —susurro, y sus carcajadas se intensifican.

Lo que no voy a contarle es que el sexo con Zade va más allá de un polvo cualquiera. Aparte de ser tan intenso, siento que me metamorfoseo. Cuando salí de la Casa de los espejos era una persona completamente diferente. Y, después de anoche, creo que nunca podré ser la Adeline Reilly que era antes de conocer a Zade.

—Por cierto, ¿tienes noticias de Max? —digo cambiando de tema, y esta simple pregunta se carga el ambiente alegre que nos envolvía.

Mi amiga encoge un hombro antes de responder:

—De hecho, no. No sé nada de él desde que nos vino a ver ese día en el restaurante. Ni de él ni de los gemelos.

Asiento.

—Zade ha insinuado varias veces que se ha encargado de ellos, pero no estoy segura de qué significa eso exactamente. He estado tan liada con todo lo demás que ni siquiera se me ha ocurrido preguntarle por el tema. ¿Crees que están muertos?

Se muerde el labio y se encoge de hombros otra vez. Parece un poco incómoda. Su mejor amiga tiene un asesino en serie como… En realidad, no sé qué es. ¿Mi novio? ¿Mi amante? Puaj, qué asco. Que Dios me mate antes de que me refiera a un hombre como mi «amante».

Bueno, sea lo que sea, la cuestión es que está loco.

Pero me parece que es posible que Daya lo sepa incluso mejor que yo, dado que Zade es su jefe. Estoy segura de que conoce al detalle sus operaciones para rescatar a las chicas.

—No creo, pero lo investigaré. En cualquier caso, me alegro de que nos hayan dejado

tranquilas.

Asiento, yo también me alegro. No puedo quejarme.

Daya da un paso para acercarse a la cafetera, pero sin querer pisa el sobre que le he lanzado antes. Se detiene, lo recoge y lo vuelve a dejar en la isla. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que parece un sobre extraño. Es muy grueso y está completamente lleno de papeles o algo así.

Frunzo el ceño confundida, extiendo el brazo y lo cojo. Al ver mi expresión, Daya centra su atención en mí.

—¿Qué ocurre?

En el sobre consta mi dirección escrita a mano, pero no hay dirección del remitente.

—No lo sé —murmuro, observando el sobre como si se tratara de una bomba. No puedo explicar la sensación con exactitud, pero noto que la ansiedad me invade todo el cuerpo.

Con mucho cuidado, abro la solapa y saco de su interior lo que parece un gran fajo de papeles. Pero no son solo papeles. Del sobre caen decenas de fotografías, así como una nota antigua muy desgastada.

Daya y yo nos miramos. Los ojos de ambas reflejan una inquietud y una confusión compartidas.

Primero me fijo en las fotografías, y de inmediato reconozco en ellas a una versión más joven de Gigi. Sus labios rojos me sonríen en la mayoría de las fotos, y en todas destaca el mismo hombre.

—¿Quién es? —balbuceo, aunque no espero que Daya pueda darme una respuesta real. No lo reconozco, no aparecía en ninguna de las fotografías que estaban colgadas en la pared cuando me mudé a la casa.

Tras renovar la propiedad, decidí quitarlas todas. Me parecía que ya me habían juzgado bastante después del fiasco de Greyson.

Zade me folló anoche en ese pasillo. No conseguimos llegar hasta mi habitación antes de que me inmovilizara contra la pared y me penetrara por detrás. Cuando Zade y yo salimos de mi cuarto esta mañana, descubrimos que había dejado unas marcas con las uñas en la pintura de la pared. Era el único punto de sujeción que tenía mientras él me cogía por el pelo con firmeza, obligándome a arquear la espalda hacia atrás, y usaba mi melena como si fuese una cuerda a la vez que me follaba hasta hacerme olvidarlo todo. Después de llegar al orgasmo, me desplomé y a él no le quedó otra opción que follarme en la alfombra, en medio del pasillo.

Nunca volveré a mirar ese punto de la alfombra o de la pared del mismo modo.

Así que únicamente puedo imaginarme la mirada moralista que desprenderían sus ojos congelados en las fotos después de ver no solo que alguien se tiraba a su descendiente, sino que en este caso el tío era nada más y nada menos que su acosador.

Gracias a Dios que quité las fotos.

—¿Hay algo escrito en la parte trasera? —pregunta Daya girando algunas de las fotos para echarles un vistazo.

Yo también lo hago y veo que hay una fecha: «8 de enero de 1944».

Varios meses antes de que Gigi empezara a escribir sobre su acosador.

En la fotografía se ve a mi bisabuela sonriendo alegre hacia la cámara. Lleva el pelo recogido con la clase de rizos que solo se veían en los años cuarenta. A su lado hay un desconocido que la

envuelve suavemente con un brazo y esboza una sonrisita de suficiencia. Me suena de algo, pero no logro identificarlo.

—En esta no hay ningún nombre —comento, y le doy la vuelta a algunas fotos más. Todas tienen la fecha, pero ninguna de ellas me revela la identidad de ese hombre.

Esparcimos las fotos sobre la isla y las ordenamos cronológicamente. La última es de dos semanas antes de que muriera.

Gigi parece encorvada sobre sí misma, como si quisiera hacerse una bolita. Tiene una copa de vino en la mano y sonríe tensa, mientras que el hombre misterioso está a su lado de pie y la mira con el ceño y los labios fruncidos. En esas fechas, ella ya temía por su vida.

Pero ¿era por culpa del hombre de las fotos o por otra persona?

A continuación, cojo la carta envejecida, que está dirigida a Gigi.

> Mi Genevieve:
>
> Me duele escribir esta carta. Estoy aquí sentado, lamentándome. Por lo que podría haber sido. Por lo que todavía podría ser, pero te niegas a verlo.
>
> Te he querido desde el momento en que te vi, Genevieve. Te he querido aunque tú te casaras con otro. Y ahora que sé que estás con un hombre diferente, un hombre que no soy yo, mi amor persiste.
>
> Te he esperado desde hace tanto tiempo…, y ahora otro hombre se ha interpuesto entre nosotros. Me ha impedido hacerte mía.
>
> ¿Por qué insistes en hacerme esto? ¿En hacernos esto?
>
> Me atormenta. No me deja dormir por las noches. La única cosa que se me ocurre que puedo hacer es eliminarte de mi vida para poner fin a esta miseria. De una vez por todas.
>
> Atentamente,
>
> Tu amor verdadero

—¿Qué coño acabo de leer? —susurro con un hilo de voz.

Daya lee la carta por encima de mi hombro y, cuando me giro para mirarla, me encuentro con que mi amiga me observa con los ojos muy abiertos, llenos de confusión y preocupación.

—Suena siniestro. Y amenazante —dice, y pasea los ojos verdes por la carta como si fuese una maldición escrita en un papel.

Asiento distraída, dejo el papel encima de la isla y vuelvo a revisar las fotografías. Buscando pistas sobre quién podría ser ese hombre.

Pero no encuentro nada.

—Me suena mucho… —murmuro estudiando una de las fotografías.

Parece que estén en alguna clase de fiesta. La imagen es en blanco y negro, así que soy incapaz de distinguir el color del vestido; solo sé que es oscuro. Unas joyas decoran los extremos de las mangas y el cuello del vestido. Y, por supuesto, no necesito que la fotografía esté en color para saber que Gigi lleva los labios pintados de rojo.

El hombre tiene la mano apoyada sobre la parte superior de su muslo. El gesto parece algo posesivo. Dominante.

No lo conozco, pero, aun así, ya sé que es un cabrón, me apostaría cualquier cosa.

Y, por la sonrisa tensa del rostro de Gigi y la tirantez alrededor de sus ojos, está claro que mi bisabuela pensaba lo mismo.

—Espérate, les haré unas fotos y me las pasaré al ordenador. Así podré hacer una búsqueda

inversa.

La observo mientras se afana, muy concentrada y con el ceño fruncido. Al cabo de unos minutos, gira el portátil hacia mí y me mira con cautela.

—El padre de Mark. Es el hombre que aparece en todas las fotografías.

Mis ojos saltan rápidamente a los de Daya y se me acelera el corazón.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunto.

—¿Qué? ¿Que el mejor amigo de tu bisabuelo quizá estaba enamorado de Gigi y la mató cuando se enteró de que ella tenía una aventura con otro hombre? —resume, dando voz a los pensamientos exactos que me rondan la cabeza. Luego suspira y baja la mirada hacia las fotos—. No lo sé. Es una conclusión muy arriesgada basándonos solo en unas fotos extrañas y una carta. Es verdad que la nota tiene un tono amenazador, pero no es suficiente para condenarlo por asesinato.

Asiento, yo opino lo mismo. Hay algo en estas fotos que hace que me ponga alerta y que un escalofrío recorra mi espalda. Aunque no me gustase ni un pelo el diario de Gigi ni que halagara tanto a su acosador, en ningún momento me dio el mal rollo que me producen esta carta y las fotos. De todos modos, no puedo resolver un asesinato basándome solo en sensaciones. Necesito pruebas.

—Por lógica, quien tiene más puntos para ser el asesino continúa siendo el acosador de Gigi, pero eso no significa que descartemos que pueda ser el padre de Mark —continúa Daya, que coge distraídamente una de las fotos para estudiarla—. Yo veo un móvil en la carta. Aunque sea una probabilidad pequeña, me parece que tendríamos que investigarlo.

—¿Has encontrado algo más sobre Ronaldo?

Daya suspira antes de responder:

—Sí, murió en 1947 de un *shock* cardiógeno.

Frunzo el ceño.

—¿Un ataque al corazón?

Mi amiga se remueve.

—Por tener el corazón roto. Murió por el síndrome del corazón roto —matiza, y noto que se me reseca toda la boca—. Encontré parte de su historial familiar, pero poco más. Mantuvo su vida bastante en secreto, imagino que su jefe tuvo algo que ver en ello.

—O sea, que no tenemos por dónde seguir investigando —concluyo asintiendo. Me muerdo el labio y jugueteo con él entre los dientes mientras reflexiono sobre qué debería hacer a continuación—. Creo que tengo que subir a la buhardilla —digo resignada. Me encantan los fantasmas, pero, joder, eso no significa que me apetezca que me posea un demonio o lo que sea que haya ahí arriba.

Los ojos verde salvia de mi amiga se posan sobre los míos. Le he explicado lo de la última nota que encontré y que me parece que en la buhardilla hay algo muy negativo.

—Eres masoca. Si lo haces, terminarás poseída.

Resoplo.

—Creo que a estas alturas ya me habría poseído si quisiera. Tal vez encontremos algo interesante.

Daya suspira.

—Hoy me voy a morir —murmura.

—No te vas a morir, solo que quizá acabes medio poseída —canturreo rodeando la isla para ir hacia las escaleras.

—Sí, pues a ver si adivinas a quién aterrorizaré primero.

Un peso frío e intenso se deja caer sobre mis hombros en cuanto entro en la buhardilla. Es como en los dibujos animados, cuando un piano cae del cielo sobre una persona que no se lo esperaba.

—Vale, date prisa, este lugar no me hace ni puta gracia —dice Daya, y noto que tiene la voz tensa por el miedo.

El miedo también está calando en mis huesos y hace que se me acelere el corazón. Sin embargo, una calidez me recorre los músculos y se me asienta en el estómago.

Uso la linterna del móvil para estudiar las paredes. Empiezo donde encontré la última nota, pero lo único que quedan son telarañas y arañas.

Voy pared por pared, presionando los paneles de madera con la esperanza de encontrar alguno que esté suelto. No encuentro nada extraño hasta que me acerco al espejo. Un panel se hunde ligeramente bajo la palma de mis manos y, con el ambiente tan denso que nos envuelve, decido no perder el tiempo y arranco la madera de la pared.

Enfoco la luz por todos los lados, pero todo sigue lleno de insectos y telarañas. Estoy a punto de tirar la toalla cuando veo un destello de algo reluciente.

—Creo que he encontrado algo —anuncio emocionada.

—Joder, gracias a Dios —balbucea Daya detrás de mí.

Sin embargo, apenas oigo sus palabras porque ya tengo el brazo metido en el agujero antes siquiera de que pueda pararme a pensar en los insectos. Al coger el objeto, me doy cuenta de que mis dedos se cierran alrededor de otro de plástico. Intento sacarlo, pero entonces mi mano nota algo que parece papel, así que también lo cojo.

Al alejarme del agujero, me estremezco por la sensación de las telarañas pegándoseme a la piel. Ni siquiera me miro el brazo, simplemente me limito a quitármelas de encima y me dirijo hacia las escaleras.

—Vámonos —rebufo, y justo entonces estoy a punto de caer de culo porque Daya me aparta para poder bajar las escaleras corriendo.

Sea lo que sea, lo que he encontrado es algo importante. Estoy tan segura de ello como de que tengo unos ojos clavados en la espalda que me observan mientras me voy de aquí.

Cierro la puerta de la buhardilla de un portazo y me recuesto sobre ella jadeando. Aprovecho para sacudirme y quitarme de encima el frío que se me ha colado hasta los huesos y se ha pegado a mi piel como si fuese pegamento.

—Me niego a volver a subir allá arriba —dice Daya, también jadeando.

—Yo creo que tampoco quiero —admito.

Al fin bajo la mirada hacia mi mano y veo una bolsa de plástico manchada de sangre con un Rolex de oro con diamantes incrustados. La nota que tengo en la mano es un garabato rápido que

dice: «Escóndelo, nadie puede saber que lo he hecho yo. Recuérdalo».

—Joder —suelto.

—Déjame verlo. No podemos tocarlo porque lo contaminaríamos con nuestras huellas dactilares, pero estos relojes tienen un número de serie. Seguramente podré usarlo para encontrar al dueño.

Bajamos hasta la cocina a toda prisa. Ya he olvidado por completo al demonio que habita en mi buhardilla. Encuentro unos guantes de plástico de cuando Daya y yo limpiamos y vaciamos la casa, y mi amiga se los pone enseguida y saca el reloj ensangrentado con mucho cuidado.

—No quiero que la sangre se desconche del metal, pero tengo que quitar la correa para poder ver el número de serie —murmura manipulando el reloj con mucho cuidado—. ¿Tienes una chincheta?

Me giro rápido y abro un cajón donde acumulo toda clase de tonterías. Estoy convencida de que habrá alguna por aquí. Después de rebuscar durante un minuto, exclamo un «¡ajá!» victorioso y le doy una chincheta azul a mi amiga.

Tarda unos instantes, pero al final consigue separar la correa de la parte central del reloj.

—Vaya cabronazo —dice.

—¿Qué?

—Han rayado el número de serie, es prácticamente imposible de leer.

Daya levanta la mirada hacia mí y veo que sus ojos verdes desprenden una gran decepción. Yo me hundo y frunzo los labios por la derrota.

—No pienso tirar la toalla. Vamos a analizar la sangre y ya pensaré algo con lo del reloj. Deja que me encargue yo, ¿vale?

Asiento, confío en que Daya encontrará una solución. Es muy inteligente y sus recursos para descubrir información son infinitos.

Y entonces se me enciende una bombilla en la cabeza.

—En las fotos que hemos visto de Gigi, Frank llevaba puesto este reloj.

Empiezo a rebuscar entre los papeles que hay esparcidos por la isla hasta que encuentro el fajo de fotos.

—Es el mismo reloj —insisto dándole las instantáneas.

Mi amiga las estudia y esboza una sonrisa.

—Ahora solo tenemos que demostrarlo.

8 de mayo de 1946

Voy a morir. Viene a por mí, lo presiento.

Y soy incapaz de pensar en algo que no sea Sera. Mi dulce hijita. Acaba de cumplir dieciséis años y es tan lista, tiene tanta vida…

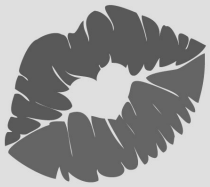
¿Cómo le digo que puede que no esté a su lado mucho más tiempo? Y todo es culpa mía. He cometido muchos errores en estos últimos dos años. Tendría que haber hecho las cosas de otra manera.

Pero ahora ya es demasiado tarde.

Y mi hija será quien sufra más.

Ay, Sera. ¿Qué se supone que tengo que hacer al enfrentarme a un hombre que siente que lo he despreciado?

Estoy muy cansada. Me parece que voy a tumbarme un rato a dormir un poco.



CAPÍTULO 37

La sombra

«No podías hacer nada».

«No puedes cambiar lo que ya ha pasado, tío».

«No puedes salvarlos a todos».

Estoy agradecido a Jay. De verdad. No confío en mucha gente, sobre todo para hacer una parte del trabajo que me cuesta mucho delegar, pero es imposible estar en acción y, a la vez, tener la cara pegada al ordenador.

Y Jay ha sido de lo más eficiente ayudándome en esta tarea.

Pero al cabrón no se le da nada bien hacerme sentir mejor.

Lo intenta, ya lo sé.

Y a mí me cuesta mucho agradecerle los esfuerzos cuando yo también tengo que esforzarme al máximo para no entrar en el Savior's y hacer estallar el local entero.

Si no fuese porque hay gente inocente que trabaja ahí —o, más bien, que son retenidos como rehenes—, lo haría.

«Estaba ahí».

Los vi bebiéndose la sangre de un niño. Un niño de ocho años al que sacrificaron en un altar de piedra para dar la bienvenida a los nuevos miembros de este club de pedófilos que adoran al diablo y beben sangre.

Nunca entenderé el porqué. Nunca entenderé el deseo de hacer daño a alguien tan joven, tan puro e inocente. Pero esos atributos son lo que les atrae. Es lo que atrae al diablo hacia ángel.

Quieren corromper. Hacer daño. Mancillar a la gente. Hacer sufrir a personas que no han pedido participar. Eso es lo que les emociona.

—Tenía ocho años, Jay —gruño entre dientes—. Y una familia. Dos madres, tres hermanos y una hermana. Lo querían. Creció en un hogar feliz con unas madres que lo querían. Y unos enfermos lo secuestraron en un puto supermercado y lo vendieron para usarlo en un sacrificio de cojones.

Jay se queda callado. Parece que se ha dado cuenta de que sus respuestas habituales para hacerme sentir mejor no sirven de nada.

«Estaba ahí».

Y no hice nada para detenerlo.

Abro la boca, listo para volver a enrollarme, cuando me llega otra llamada. Le echo un vistazo al móvil y un bramido salvaje se apodera de mí.

—Tengo que dejarte —le suelto a Jay. Tras colgar, acepto la llamada entrante—. Daniel. Me alegro de tener noticias tuyas —lo saludo con un tono frío y sereno, como una manta que se lanza sobre unas llamaradas para sofocarlas.

—Zack, disculpa que te llame tan de repente. Quería pedirte una cosa.

Me recuesto sobre la silla y hago rodar el cuello, lo cual hace que los huesos me crujan sonoramente. Mis ojos nunca se apartan de la pantalla del ordenador, donde se ve la imagen del niño al que mataron en el último vídeo.

Nunca lo olvidaré, pero pegar los ojos a su cara me recuerda que hay más niños que están en la misma situación que él. Y ahora mismo ese recordatorio es lo único que evita que pierda los nervios.

Tengo que ser sensato. Si pierdo los nervios, echaré a perder todo lo que me he esforzado tanto en conseguir.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Considéralo una iniciación preliminar. Ya sabemos qué cenaremos el sábado, y va a ser muy especial. Queremos asegurarnos de que todo vaya sobre ruedas, así que el viernes hemos organizado un aperitivo, ya me entiendes.

Frunzo el ceño y noto que se me hace un nudo en el estómago por el temor, como si el cielo se abriera y soltara una lluvia torrencial en una ciudad que ya está completamente inundada.

—¿Sobre ruedas? —repito, bajando el tono de voz.

—No te lo tomes como algo personal. A la mayoría de los hombres que se inician los conocemos desde hace años. Al final, todos nos estamos arriesgando, así que a mis superiores les ha parecido que lo mejor sería cenar juntos antes.

La Sociedad está poniéndome a prueba. Mi cabeza ya está trabajando a toda velocidad para pensar cómo voy a evitar que un niño o una niña muera delante de mis narices sin matarlos a todos.

—Ah, ¿sí? —digo intrigado.

—Lo único que te pido es que el viernes por la noche vengas a la cena que estoy organizando.

Faltan dos días para el viernes.

Mi cerebro va a mil por hora intentando averiguar qué planea Dan. Será algo malvado, eso está claro.

—¿Y cuál es el objetivo de este aperitivo?

Si a Dan le molestan mis preguntas, no me lo hace saber. Y la verdad es que me importa una mierda.

De pronto se me encienden todas las alarmas, así que decido cambiar la pantalla a una retransmisión en directo de las cámaras de seguridad que puse alrededor de la casa de Addie. Confirmo que está en ella, y que el coche de Daya todavía se encuentra aparcado fuera.

Más tarde tendré que continuar entrenando con ella. Ya le he explicado varias cosas que tendría que hacer si en algún momento la secuestran, pero quiero asegurarme de que esté absolutamente preparada. No porque tenga intención de permitir que la secuestren, sino porque soy una persona realista y lógica y entiendo que no puedo controlarlo todo.

Llevo demasiado tiempo en este negocio como para no saberlo. Un secuestro puede pasar en un segundo mientras haces algo de lo más rutinario, cualquier cosa que hacemos todos en nuestro día a día. Caminar hacia el coche. Entrar o salir de una tienda. Poner gasolina. Pasear por el parque. E incluso hay gente que te engaña llamando a la puerta de tu casa y pidiéndote ayuda.

—Saciarnos antes del acontecimiento principal, por supuesto. Hemos escogido el aperitivo perfecto para ti. Se parece a lo que sueles comer en casa. Cuento con que nos acompañarás, ¿verdad?

Aprieto los puños con fuerza hasta que oigo que me crujen los huesos. El aperitivo es una niña pequeña. Una niña que resulta que se parece a la de la fotografía que le enseñé en el Savior's. Ha escogido cuidadosamente a alguien basándose en lo que cree que me gusta.

Ya he dejado atrás esa sensación de náuseas que te revuelven el estómago y te dan ganas de vomitar. Ahora lo veo todo rojo. El rojo de su sangre, que brota de su cuello al apuñalarlo. El rojo borboteando de su boca a medida que se asfixia despacio. Veo mucho rojo.

—Claro —digo con tono despreocupado—. No me lo perdería por nada del mundo.

—Asegúrate de que nuestros hombres están vigilando a Addie cuando yo no estoy —le recuerdo a Jay apretándome la corbata alrededor del cuello.

Es como si fuese una puta soga, y el hecho de que hoy tenga que jugar a ser amiguito de Daniel y los demás es el cubo metafórico que alguien apartará de una patada para acabar de ahorcarme.

Tengo la sensación de que socializar con algunos de los hombres más depravados de la historia es como colgarme de las vigas del techo. Se merecen morir, pero, en cambio, beberé whisky caro con ellos mientras me imagino todas las maneras en que voy a masacrar a cada uno de ellos.

—Siempre tenemos a alguien vigilando su casa a todas horas. Discretamente, está claro —me asegura Jay detrás de mí.

No me parece que sea suficiente. Es algo que aprendí cuando no era más que una chica desnudándose en su dormitorio a la vez que yo la observaba a lo lejos por la ventana. Sabía que su piel era tan suave como la seda y que su coño sería como el puto paraíso. Pero no bastaba con estar lejos y limitarme a observarla.

Y ahora su seguridad parece frágil. Tengo a los mejores hombres de todo el planeta vigilándola pero, si la Sociedad mandara a alguien para llevársela, sin duda no contratarían a un inepto.

Contratarían a alguien tan entrenado para cazar y matar como los hombres que rodean el perímetro de su casa.

Le echo un vistazo rápido a Jay a través del espejo. El pelo negro desgreñado se le riza alrededor de su cara pálida mientras juguetea con la rosa roja de plástico que tengo en la mesilla de noche. No me siento especialmente cómodo teniendo a Jay en mi espacio personal, pero él ha decidido que no le importaba y ha entrado en mi habitación y se ha sentado en la cama como si

nada.

Addie ni siquiera ha tenido la oportunidad de venir aquí todavía. Tendré que enmendarlo pronto.

Me acerco a él y le quito la flor de la mano. Hoy lleva las uñas pintadas de negro. Cada vez que lo veo las lleva de un color diferente.

Jay nunca ha sido la clase de persona que se avergüenza, así que me lo pregunta sin rodeos:

—¿Es personal? ¿De dónde la has sacado?

Lo miro enarcando una ceja, pero él se limita a observarme con sus ojos de color avellana llenos de una inocencia falsa, esperando pacientemente.

En fin.

—Me la dio mi madre hace mucho tiempo. Le encantaban las rosas, las tenía por toda la casa. Me la dio para que siempre la recuerde —respondo, y mi tono le sugiere que se calle la boca.

Y así lo hace.

Hago girar la rosa y me pierdo en el recuerdo de mi madre. Era preciosa. Tenía una melena larga y negra, y los ojos tan oscuros como mi ojo derecho, prácticamente negros. Sin embargo, la envolvía un aura de luz solar. Mi padre decía de broma que ella se quedaba en la sombra para que todos los demás brillaran. Era generosa y amable, siempre daba y nunca quitaba.

En el fondo, sé que mi madre estaría muy orgullosa de lo que hago. Quizá no aprobaría mis métodos, pero creo que habría encontrado un sitio para las chicas a las que salvo. Para ayudarlas y cuidarlas.

Habría sido feliz.

Dejo la rosa, me vuelvo y me miro por última vez en el espejo asegurándome de que mi traje de tres piezas no tenga ni una sola arruga. Este traje de Armani está hecho a medida para que se amolde a mi cuerpo a la perfección y destila capitalismo.

Qué bien que les robe a los ricos.

—Estás precioso —dice Jay enjugándose una lágrima falsa de los ojos.

Lo miro divertido y le doy un golpe en la frente cuando paso por su lado. Ignoro el «ay» que musita y cojo las llaves y la cartera antes de meterme en la oreja el auricular y armarme con dos pistolas. Luego me pongo mi Rolex de oro blanco. No es un reloj carísimo cualquiera, no; junto al cierre, en la parte interior de la muñeca, hay un botoncito que he instalado, y en cuanto lo pulse se producirá una distracción que espero que me permita sacar a la pobre niña sana y salva.

Ya he hackeado las cámaras del exterior y el interior de la casa de Daniel y, aunque cuenta con personal de seguridad, no han chequeado a ninguno de los pocos invitados a los que he visto entrar en la vivienda ni han tenido que pasar por un escáner corporal.

Esto me confirma que se trata de una reunión más bien íntima con unas cuantas personas de confianza que no se pondrán a disparar al resto.

Hago rodar el cuello, tengo los músculos muy tensos. Hay algo de todo esto que me resulta extraño. Es como si me hubieran disparado en una sala metálica y estuviera esperando a que la bala rebotara tarde o temprano e impactase contra algún órgano vital.

Me niego rotundamente a permitir que esta noche sacrifiquen o abusen de una niña. El objetivo será sacarla sin un rasguño a la vez que mantengo mi inocencia. Si mañana van a llevarme a una mazmorra subterránea, entonces Daniel tiene que continuar confiando en mí.

—No quiero que apartes la vista de Addie en toda la noche. Si pasa algo, avísame de

inmediato —digo.

Jay se ríe entre dientes.

—¿Crees que le gustará que también la acose yo?

Lo fulmino con la mirada.

—Si la miras con alguna otra intención que no sea garantizar su seguridad, te cortaré la polla y te obligaré a comértela.

Hace una mueca de asco, pero no paso por alto el deje de terror en su mirada.

—Era broma, tío —me asegura levantando las manos para demostrar que se rinde—. A mí me gustan las mujeres que consienten.

Esbozo una sonrisa retorcida, aunque la intensidad de mi mirada no desaparece.

—Creo que no entiendes el cuerpo femenino lo suficiente como para saber cuándo te está llamando, aunque sus labios intenten resistirse.

El balbuceo de Jay me sigue mientras me voy, y no puedo evitar soltar una carcajada cuando oigo que corre a llamar a uno de sus últimos ligues para tranquilizarse.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir, Zack —me saluda Daniel estrechándome una mano, y con la otra me da una palmada en la espalda.

La casa de Dan es tan ostentosa como la de cualquier otra persona que tiene una cuenta bancaria con más de seis cifras. Se trata de una vivienda rústica, con una pared de madera para imitar una casita de montaña, vigas a la vista y suelos de parqué por los que habrá pagado un pastizal para conseguir que parezcan envejecidos. Además, tiene elementos decorativos de color marrón por todos los lados.

Las paredes están decoradas con cuadros abstractos, cada uno con tonalidades terrosas de colores rojo, marrón y amarillo. Me fijo en uno en concreto, y de fondo la voz de Daniel saludando a los demás invitados se convierte en un suave zumbido.

El cuadro parece como si fueran dos grandes ojos marrones de los que desciende un caudal rojo vivo. Unos amarillos y rojos suaves forman las pequeñas curvas de la cara redondeada de la niña. Mi mirada se pasea por el lienzo absorbiendo cada detalle minúsculo hasta que se crea la imagen completa.

Es una niña llorando lágrimas de sangre.

—¿Verdad que es precioso?

Al apartar la vista del cuadro me encuentro a Daniel a mi lado, que lo observa con un brillo malvado en los ojos.

Mira el cuadro con orgullo, como si lo hubiera pintado él mismo.

—Sí —susurro antes de girarme. No pienso quedarme aquí plantado interpretando la obra como si no estuviera en un museo de cuadros depravados. Me basta con echar un vistazo a mi alrededor para confirmar que el resto de los cuadros están pintados con un sutil morbo.

Le estrecho la mano a unas cuantas personas a las que reconozco del Savior’s y del Pearl. Unos minutos más tarde, Daniel nos pide que nos reunamos con él en el comedor, donde hay una

mesa de más de seis metros de largo preparada para al menos veinte comensales.

No es una mesa normal y corriente. Los vasos de cristal, los platos blancos, el cuchillo y el tenedor están colocados sobre un plástico grueso que cubre toda la mesa, y la parte central se encuentra absolutamente vacía, aunque en este espacio suelen ponerse flores y decoraciones para añadir un toque de elegancia a las cenas.

Me esfuerzo en no mostrar ninguna emoción en el rostro, a pesar de que el corazón me late con fuerza dentro de la caja torácica.

—Siéntate a mi lado, Zack, por favor —insiste Daniel señalando la silla que tiene a la derecha. Por supuesto, él se coloca en la cabecera y sonríe a sus invitados como si fuese un rey. Luego se inclina hacia mí y me susurra—: Me hace mucha ilusión que veas los entrantes de esta noche.

Le sonrío, pero incluso yo soy consciente de la frialdad de mi gesto.

—¿Y qué son? —pregunto.

—Bueno, no vamos a fastidiar la sorpresa, ¿no? —responde Dan evitando responderme, y luego centra su atención en el hombre que se ha sentado a su izquierda.

Yo me quedo en silencio, observando a los invitados que hay a mi alrededor. Todo el mundo parece completamente relajado mientras hablan entre ellos, se carcajean y sonríen.

Como si fuese un día cualquiera, esperando en la mesa a que sirvan a una chiquilla para cenar.

Hay tres salidas en el comedor. Una lleva a la cocina, donde hay una puerta corrediza trasera. La segunda salida conduce a un pasillo que da paso a la sala de juegos y al resto de la vivienda. La tercera va hasta la puerta principal.

Imagino que la niña debe de estar en la cocina. No sé si ya está muerta o si será como los rituales que hacen en las mazmorras.

Mi pregunta queda aclarada cinco minutos más tarde cuando se abre la puerta de la cocina y aparece un hombre mayor. Tiene cogida de la mano a una niña que no debe de tener más de seis años.

Sus ojos marrones están muy abiertos, presa del pánico, y observa la mesa como si fuésemos los hombres del saco de sus pesadillas, que se han hecho realidad.

Los monstruos de sus sueños estaban ahí únicamente para enseñarle cómo son por dentro.

—Damas y caballeros, ya está lista la cena.

CAPÍTULO 38

La manipuladora

Toda la información que Daya y yo hemos recopilado hasta ahora está esparcida sobre la isla de la cocina ante nosotras. Frunzo los labios mientras reflexiono por millonésima vez sobre lo que sabemos, y Daya juguetea con el aro de su nariz. Está esperando a que la llamen para darle los resultados de la prueba de ADN de la sangre del reloj.

—¿Sabes? Todavía no hemos descubierto quién me envió el sobre con todas esas fotos y la carta —murmuro.

—Ya —dice Daya, que deja caer la mano y también frunce los labios—. Es muy extraño, no tengo ni idea de quién podría haber sido.

Justo cuando abro la boca, el móvil de Daya empieza a sonar. Lo coge tan deprisa que casi parece que el teléfono estuviera sobre una estufa encendida.

—¿Sí? —responde, y pulsa el botón para ponerlo en altavoz.

—¿Daya Pierson? —pregunta la voz de una mujer.

—Sí, soy yo. —Está tan nerviosa que no para de mirar a un lado y a otro. Se muerde el labio inferior, dejando a la vista el pequeño hueco que hay entre sus incisivos, y yo abuso de mi labio de igual manera.

—Ya tengo los resultados de la muestra que enviaste —dice la mujer, y hace una pausa. Es como cuando estás arriba del todo en una montaña rusa y quedas suspendida en el aire durante un instante antes de volver a bajar a toda velocidad—. Tenemos una coincidencia. Genevieve Parsons.

Mis ojos marrones chocan con el verde de los suyos en una sinfonía de asombro y emoción. Daya carraspea.

—Perfecto, muchas gracias, Gloria. Te lo agradezco.

—No hay de qué —responde antes de que la llamada se corte.

Un silencio mutuo se posa sobre Daya y yo mientras ambas procesamos esta nueva información.

—Joder.

Antes de que pueda digerirlo del todo, Daya se inclina hacia su bolso y saca un sobre de manila grueso.

—He hecho algunas pruebas más y he estado investigando. Hallé una muestra de la caligrafía de Frank en un informe policial y la envié a un analista junto con la carta que encontramos. Solo para que lo sepas: los científicos a veces no se toman en serio la grafología, pero en algunos juicios se ha aceptado como indicio. En cualquier caso, creo que nos irá bien tener estas pruebas.

La miro con los ojos muy abiertos por la emoción.

—¿En serio? Déjame verlo.

Levanta un dedo para indicarme que me espere.

—¿Y recuerdas que no se podía leer el número de serie del reloj? —pregunta, y yo asiento—. Pues tengo un amigo al que se le da muy bien descifrar esta clase de cosas y le parece que lo ha resuelto. Addie, esto sí que es una prueba de verdad. Si podemos confirmar que el reloj de Frank estaba manchado con la sangre de Gigi, y si las caligrafías coinciden, entonces tendremos suficientes evidencias para demostrar que Frank fue el asesino.

—¿Y?

Se muerde el labio.

—Quería esperar a abrir el correo contigo. ¿Estás lista?

Asiento con la cabeza enérgicamente. El pecho está a punto de explotarme por la impaciencia.

Primero Daya abre el sobre, saca los resultados y los pone sobre la isla. Nuestras cabezas casi chocan al apresurarnos a leer lo que dice: «… en relación con las dos muestras proporcionadas, hemos concluido que las caligrafías…».

—¡Madre mía! ¡Coinciden! —chillo, casi sin aliento por la emoción.

Daya sonríe, también emocionada.

—Vale, ahora la prueba de verdad —dice. Se acerca el portátil y veo que ya le aparece el correo electrónico sin leer. Hace clic encima.

> Daya:
>
> He revisado el número de serie como me pediste. Ha sido difícil de cojones, porque el número estaba muy bien rayado, pero no lo suficiente como para engañarme a mí. He rastreado el número de serie y he confirmado que el comprador se llamaba Frank Seinburg. Espero que te ayude.
>
> James

—¡Qué fuerte! —grito, y prácticamente me levanto del taburete de un salto.

—Joder —exclama Daya. Su cara refleja una conmoción y un asombro absolutos—. Fue él. Fue el cabrón de Frank.

—Estaba enamorado de ella, y me imagino que se enteró de lo de Ronaldo y la mató en un arranque de ira —concluyo atropelladamente.

Daya se gira y coge la botella de Grey Goose que hay en la encimera.

—Esto hay que celebrarlo con un chupito de vodka. Por fin podremos conseguir justicia para Gigi. Aunque Frank esté muerto, como mínimo todo el mundo sabrá que era un mierda.

Sonrío y noto una extraña mezcla de emociones que me tapona la garganta. Estoy entusiasmada de haber resuelto el caso, pero también triste. Y me cuesta decir exactamente por qué. La investigación del asesinato ha consumido una gran parte de mi tiempo en estos últimos meses, y dejarla ir es casi como perder una pequeña parte de mí misma.

—Todavía no sabemos quién escondió el reloj —comento antes de beberme el chupito, y mi cara se retuerce en una mueca por el sabor. Me da igual lo que diga la gente, el alcohol sabe

como el culo si no lo mezclas con otra bebida. Y punto.

Pero sí que me deleito por la quemazón que me provoca mientras desciende por mi tráquea y se asienta en el estómago. Unas llamaradas que se acrecientan y me calientan desde el interior.

Empujo el vaso hacia mi amiga para que me sirva otro.

Daya me mira y me fijo en que sus ojos verde salvia están nublados por lo que parece culpabilidad.

—¿Qué? —pregunto secamente.

Me señala el vaso de chupito, que acaba de rellenar, antes de echar la cabeza hacia atrás de nuevo y vaciar el suyo. Yo la imito, pero esta vez me da la sensación de que el chupito es para ganar coraje. ¿Para qué? Al parecer solo lo sabe Daya.

—Pues… Bueno, la carta de Frank no es lo único que mandé a analizar —empieza mi amiga, claramente titubeante. Alza la mano para juguetear con el *piercing* de la nariz pero se da cuenta y, en lugar de eso, se retuerce los dedos.

—Vale —digo, entrecerrando los ojos con recelo. Daya está actuando de una forma muy rara, y no es la clase de actitud extraña de cuando nos quitamos los pantalones y nos ponemos a bailar «I'm a Barbie Girl» a las tres de la madrugada bebiendo vino de tetrabrik.

Solo ha pasado una vez, pero al día siguiente ambas nos levantamos arrepentidas.

Daya respira hondo. Estoy tentada de decirle que compartimos el mismo aire y que no encontrará ninguna partícula que le dé superpoderes y haga que de pronto sea muy valiente. Lo sé, porque a mí me gustaría echar a correr y esconderme para no oír lo que sea que está a punto de decir.

Coge el sobre de manila y saca dos papeles más. Me dedica una última mirada y luego deja los documentos sobre la isla y los leemos juntas.

En uno dice que la caligrafía coincide, y en el otro que no.

—¿Qué estoy mirando?

—La caligrafía de la confesión coincide con la de tu abuela —balbucea rápidamente, pero tardo varios segundos en comprender sus palabras.

—¿Qué?

Es lo único que soy capaz de decir. Daya gruñe y nos sirve otro chupito.

—Es un análisis de la caligrafía de la confesión y unas muestras de la caligrafía de tu abuela y de John.

—Vale, espera —le pido extendiendo las manos—. ¿Sospechabas que mi abuela fue quien encubrió el asesinato?

Daya frunce los labios hasta formar una línea sólida.

—Sí.

Sacudo la cabeza, no tengo palabras.

—¿Por qué?

Mi amiga alza las manos antes de hablar:

—Porque tenía que ser alguien que vivía en la casa, Addie. Tenía que ser o bien John o bien tu abuela. Y tu abuela estaba muy unida a la buhardilla, ¿no?

—¿De dónde sacaste las muestras de sus caligrafías?

—Dejaste apartados algunos documentos antiguos donde tu abuela había escrito y les hice unas fotos. Y, bueno, con John fue más complicado, pero al final conseguí encontrar un

testamento con su letra.

—¿Por qué no me contaste que lo estabas haciendo?

Suspira.

—Porque sabía que no reaccionarías bien. Quería estar segura de mis sospechas antes de fastidiarte el día.

Suelto una bocanada de aire y asiento.

—Tienes razón —admito—. Es lógico.

Parece que me esté intentando convencer a mí misma, seguramente porque así es.

Daya se queda callada para darme espacio en el que procesar que mi abuela ayudó a encubrir el asesinato de su madre.

—Se vio obligada a hacerlo —digo al final observando la confesión de mi abuela, que está sobre la isla, la nota que encontré en la buhardilla después de ver lo que creo que era el espectro de Gigi. No me muevo para cogerla, pero recuerdo las palabras a la perfección. El garabato rápido en un papel con las palabras de una adolescente forzada a encubrir el asesinato de su propia madre.

—¿Qué edad tenía tu abuela cuando asesinaron a Gigi? ¿Dieciséis años? Está claro que Frank la amenazó y ella pensó que no tenía ninguna alternativa. Por el amor de Dios, él era policía, por supuesto que ella se creyó lo que le decía.

Asiento frunciendo el ceño. Mi abuela debía de estar muy asustada. Me inunda una absoluta sensación de mareo al saber que ayudó al asesino de Gigi.

Joder.

No puedo ni siquiera empezar a imaginarme cómo se sentía.

—Seguramente por eso pasaba tanto tiempo en la buhardilla, por eso quiso quedarse en la casa. Supongo que se estaba castigando a sí misma. Obligándose a quedarse en una casa donde tenía unos recuerdos terribles como penitencia por ayudarlo a encubrir el asesinato, aunque no fuese decisión suya. O sea, vete a saber qué pensaba. Daya, siempre estaba tan alegre y feliz, pero por dentro debía de sentir una oscuridad inmensa.

La compasión se dibuja en las arrugas que envuelven el ceño de mi amiga.

—Vivió una vida larga y feliz. Eso no lo dudo. Sobre todo, porque te tenía a ti.

El alcohol ha empezado a surtir efecto y está provocándome un zumbido agradable en la cabeza. Hace que el descubrimiento sea un poco más llevadero, pero no lo suficiente como para detener el dolor punzante que siento en el pecho.

Tengo el corazón roto por mi abuela. Vivió hasta los noventa y un años. Eso son setenta y cinco años cargando con ese peso.

Me pregunto si mi abuelo lo sabía. Era un hombre tranquilo y quería a su esposa con locura. Me gustaría pensar que estaba al corriente y que la ayudó a cargar con una parte de ese peso.

De pronto recuerdo una conversación que tuve con mi abuela hace dos años, uno antes de que muriera. Estaba sentada en la silla de Gigi y observaba la lluvia por la ventana.

Yo estaba aquí de visita y me pareció que mi abuela se encontraba muy triste.

—¿Qué te ocurre, abuela? ¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, cariño, estoy bien. Solo me siento cansada.

—¿Por qué no te estiras un rato y descansas?

Esbozó una sonrisita triste.

—No es esa clase de cansancio, cariño. Pero tienes razón. Iré a tumbarme un rato.

Otro recuerdo lo sustituye. Yo tenía unos doce años y estaba coloreando en la isla de la cocina, y entonces le hice una pregunta aparentemente inocente y aleatoria:

—Abuela, si ganaras un millón de dólares, ¿qué comprarías?

—No hay dinero en este mundo para comprar lo que quiero de verdad —respondió con una sonrisa divertida.

—Bueno, ¿y qué es lo que quieres?

Su sonrisa desapareció, pero solo durante un instante, y fue demasiado rápido para que mi cerebro de doce años le diera importancia.

—Tranquilidad, cielo. Lo único que quiero es estar tranquila.

Esta noche me acuesto un poco borracha y aún más triste.

Echo de menos a Zade.

Está por ahí haciendo algo peligroso. En una especie de cena. Sé que ha ido a salvar a una niña, pero de todos modos hay una parte de mí que es egoísta y querría que estuviera aquí conmigo.

Mis instintos me dicen que debería odiarme por ello. Y en parte así lo hago. No sé cuánto tardaré en aceptar completamente que estoy empezando a enamorarme de él. Que le estoy abriendo las puertas a mi vida.

¿Cuánto hace que empezó a acosarme? ¿Tres meses? No es mucho. De hecho, es un tiempo tan insignificante que casi hace que me ponga enferma. Todavía hay tantas cosas que no sé de él. ¿Cuál es su color favorito? ¿Tiene alguna alergia? Espero que sea alérgico a todas mis comidas preferidas para que así no tenga que compartirlas. O, como mínimo, espero que no le gusten. Más para mí.

Y espero que a mí no me gusten sus comidas preferidas, porque, si me gustan, acabaré comiendo de su plato.

Me parece que no le importaría. Y eso hace que se me ablande el corazón. Porque de algún modo un hombre al que no le importaría que me comiera su comida se ha enamorado de mí. Joder, qué monada.

Me dejo caer sobre la cama y gruño. Daya se ha ido hace una hora. Nos hemos pasado el resto del día trabajando cada una en nuestros proyectos, y me ha dejado tranquila la mayoría del tiempo para que asimilara lo que hemos descubierto. Cuando se ha ido, yo he continuado bebiendo hasta que he dejado de pensar en ello.

Mañana me arrepentiré. Ni siquiera voy por la mitad del siguiente libro de la colección que estoy escribiendo y muchos de mis lectores ya están insistiendo en que quieren leerlo. La presión siempre se acentúa cuando han pasado varios meses desde el último lanzamiento.

Bueno, quizá Zade se pase por aquí y me cure la resaca por arte de magia, ya que es muy bueno haciéndome sentir cosas que físicamente tendrían que ser imposibles. Sobre todo, cuando arquea la ceja y esboza esa sonrisa retorcida.

Me aprieto los muslos al notar que en la entrepierna se me despierta un cosquilleo. Solo pensar en él ya me acelera la respiración y siento que me derrito. ¿Cómo es posible?

Me quito las mallas con brusquedad y una sensación abrasadora me crece en el estómago y se esparce por todo el cuerpo hasta que siento que estoy asfixiándome en una hoguera. Ya se me empieza a poner rojo el pecho y sé que no tardará en subirme por el cuello.

A continuación, me quito la camiseta y me quedo en sujetador y bragas. El conjunto es blanco y de seda, y la parte más alocada de mí desea que Zade esté aquí para verme. Seguramente creería que parezco muy inocente. Un ángel y un demonio. Dos seres prohibidos pero que, aun así, se sienten atraídos el uno por el otro.

Podría ser el argumento de un libro… basado en la atracción entre dos almas opuestas.

Me muerdo el labio y deslizo la mano por la parte delantera de las bragas hasta que la punta del dedo apenas me roza el clítoris. El contacto es muy suave, pero de todos modos una electricidad me recorre las venas. Cierro los ojos y suelto una respiración agitada. Y me imagino que Zade está arrodillado ante mí. Ordenándome que me toque para él. Que le enseñe lo que hago cuando no está aquí.

El corazón me late con fuerza en el pecho, como si fuese una pelota de baloncesto sobre la cancha. Bajo más los dedos, hasta hundir la punta en la humedad que se ha acumulado. Estoy tan mojada que hasta me da vergüenza.

Me lamo los labios e introduzco dos dedos en mi interior. Un gemido escapa de mi boca cuando mi cuerpo se sacude por el placer.

La voz profunda e insaciable de Zade me susurra en la cabeza todas las guarradas que me ha gruñido en la oreja. Todas las palabras que han hecho que se me detenga el corazón en el pecho.

«Mi redención se convertirá en tu salvación».

Estaba segura de que Zade iba a ser mi perdición. Pero ahora mismo me siento como si hubiese llegado al paraíso.

Al nirvana.

Como dijo cuando tenía la lengua dentro de mí, tal como tengo yo ahora los dedos.

Gimo más fuerte a medida que crece el clímax, y la imagen salta a Zade sentado detrás de mí en el coche, dándose un festín conmigo; no, bebiendo de mí como si fuese un hombre moribundo privado de agua.

El placer se intensifica mientras hago girar los dedos empapados sobre el clítoris estimulando el nudo de nervios. Echo la cabeza hacia atrás cuando se me curva la espalda, jadeando, y continúo haciendo círculos cada vez más rápidos y con más fuerza sobre el clítoris hasta que prácticamente estoy persiguiendo el orgasmo.

Y, por fin, me dejo ir. Se me escapa un grito con el nombre de Zade cuando el orgasmo me recorre el cuerpo a toda velocidad y sin remordimientos. Antes de que pueda recuperar la respiración ya ha terminado.

Me desplomo sobre la cama de nuevo con un suspiro y las comisuras de los labios se curvan hasta formar una mueca. Mi cuerpo está lánguido, como si no tuviera huesos, pero todavía siento una presión en el pecho. El orgasmo no ha sido más que un alivio temporal. Y entonces me doy cuenta de que este peso no desaparecerá así como así.

Sencillamente, hoy estoy… triste.

18 de mayo de 1946

El rostro de la muerte es aterrador. Pero es lo único que veo últimamente.

No me deja tranquila. Se lo he suplicado. Le he rogado que me permita vivir. Soy madre. No puede apartarme de mi hija. Por el amor de Dios, Sera me necesita.

No sé qué hacer. Si se lo cuento a la policía, ¿me creerán? ¿O le creerán a él?

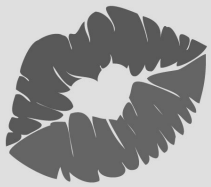
A una persona que claramente es muy peligrosa y que tiene muchos contactos.

No tengo ninguna posibilidad.

¿Cómo ha terminado así mi vida?

¿Y cómo ha podido hacerme esto?

Confiaba en él.



CAPÍTULO 39

La sombra

—¿Coméis carne cruda? —pregunto, y mi tono de voz grave recorre toda la mesa. Todo el mundo se queda en silencio.

—¡Claro que no! —exclama Daniel, y se ríe de lo que seguramente considera que es una pregunta estúpida—. Primero debe hacerse el sacrificio. Luego nos bebemos la sangre y la llevamos a…

—¿No nos divertimos con ella primero? —lo interrumpo, con un tono de voz que claramente denota decepción—. Eso es la mitad de la diversión, compañero.

Los invitados miran de un lado a otro, observándose entre sí y esperando la respuesta de Daniel ante mi petición. Él clava la mirada en mí con una sonrisita en la cara. Arqueo una ceja, yo también espero la respuesta.

Al hacer este gesto, Daniel se ríe otra vez, y de su rostro irradia una agradable sorpresa. En cambio, mi expresión es seria, y mis ojos no se apartan en ningún momento de los suyos.

Él es el primero en romper el contacto visual al dirigir la mirada hacia el sirviente que tiene cogida a la niña, que está aterrorizada.

—Tráela.

Me recuesto sobre la silla con movimientos lánguidos y relajados. Por dentro se ha desatado una guerra; el campo de batalla en mis tripas es sangriento y despiadado. Quiero derribar la casa entera, despedazar a todas y cada una de las asquerosas personas que hay aquí hoy solo con mis manos y mis dientes.

Les demostraré qué se siente al ser devorado por un monstruo.

El sirviente insta a la niña a acercarse, y termina empujándola hacia delante varias veces porque la pobre clava los talones en el suelo. Intuye que sucederá algo malo.

Sin embargo, lo que no sabe es que haré todo lo que esté en mi mano para evitar que ocurra.

Cuando la niña llega hasta nosotros, la cojo por la minúscula muñeca con un rápido movimiento. Sus grandes ojos saltan a los míos y lo que veo reflejado en ellos no me rompe el corazón por poco. Su mirada desprende una gran tristeza y miedo; es una expresión que no debería tener jamás ningún niño.

—¿Cómo te llamas?

Dan se burla, pero yo lo ignoro.

—S-Sarah —dice con un hilo de voz, tímidamente.

Quiero aferrármela al pecho y salir corriendo de aquí, pero me parece que ambos sabemos que eso no es una posibilidad.

—Siéntate en mi regazo, Sarah —le ordeno con firmeza.

Ella me hace caso a regañadientes. Baja la mirada mientras se sienta sobre mí, pero no paso por alto las lágrimas que se le están formando en los ojos.

La cojo para ayudarla a sentarse y noto que las náuseas cada vez se me intensifican más. Apoyo su cuerpo sobre mis rodillas y descanso una mano en la parte superior de su espalda y la otra en su rodilla. Zonas que no son sexuales, pero que los demás percibirán como un gesto dominante. Preferiría no tocarla en absoluto, porque ella lo interpreta todo como un acto depredador, pero me siento más seguro si la tengo cerca cuando está rodeada de un montón de adultos que la miran como si la pobre fuese a convertirse en su próxima comida.

Literalmente.

Me obligo a esbozar una sonrisa hambrienta y me inclino hasta acercar los labios a su oreja para susurrarle algo que nadie más pueda oír:

—Conmigo estás a salvo. No te muevas.

Dan observa la interacción atentamente con un deje de desagrado en la mirada. Por cómo está situado, no habrá podido leerme los labios. Y no es la clase de hombre a quien le gusta que alguien cuente un secreto delante de sus narices.

Sarah es lista. No reacciona. Ni asiente ni habla. Continúa mirándose las manos entrelazadas, aunque su pequeño cuerpo tiembla como si estuviese en medio de una tormenta de nieve.

Levanto la vista hacia Daniel.

—¿Se supone que tendré público o puedo disfrutar de ella en privado? —pregunto expectante mirando a la niña.

Daniel creerá que me estoy imaginando todas las maneras en que puedo hacerle daño, pero en realidad estoy visualizando a Ruby llevándose a la pobre niña mientras yo coloco la cabeza de Dan en equilibrio sobre un cuchillo.

El anfitrión hace una mueca al ver mi expresión, pero entonces vuelve a relajar el rostro.

Soy un actor de la hostia. Si no, sería incapaz de sobrevivir en este campo profesional.

—Nos encantaría mirar —responde él con suavidad recostándose en la silla y deslizando una mano debajo de la mesa.

Desde mi posición no veo qué está haciendo, pero no necesito verlo para saber que se la está agarrando.

Disfrutaré matándolo.

—P-por favor, llevadme a casa —suplica Sarah, y entonces se abren las compuertas de la presa haciendo que las lágrimas se derramen de sus pestañas y rueden por sus mejillas infantiles.

Le enjugo las lágrimas y mentalmente la felicito por apartarse ante mi roce, aunque también me hace sentirme como si mis entrañas estuvieran ardiendo.

—No llores, cariño —le digo en voz alta, y como respuesta ella solloza aún más fuerte. Mi corazón está a punto de explotar por la furia.

Daniel se lame los labios con un hambre descontrolada y extiende la mano hacia ella para hacer algo, no sé el qué. No dudo en apartar la mano que tenía alrededor del cuello de la niña

para cogerlo por la muñeca con firmeza, lo cual hace que se quede congelado de golpe.

—Yo no comparto —gruño liberando parte de la ira que tenía acumulada.

Él aleja la mano de mí y alza los brazos para mostrar que se rinde.

—Posesivo —comenta riéndose, y observa a los demás invitados. Noto un resplandor de humillación en su mirada, pero desaparece antes de que pueda asentarse de verdad. Puede que esto me venga en contra más tarde, porque Dan tampoco es la clase de hombre que lleva bien que lo humillen en público.

Pero no es que me importen demasiado las repercusiones. De todos modos, dentro de poco ya estará muerto.

Mientras Dan pasea la vista por los demás invitados, escondo las manos debajo de la mesa y disimuladamente aprieto el botón de mi reloj. Cuando Dan vuelve a posar la mirada sobre mí, mis manos ya están en la misma posición que antes.

—Por favor, adelante, compañero —añade al final, entonando la palabra como si me desafiara.

Esbozo una sonrisa salvaje sin reprimirme en lo más mínimo, y a él se le iluminan los ojos al verme. Debe de creer que está a punto de presenciar un espectáculo incomparable.

Antes de que ninguno de los dos pueda moverse, nos sobresaltan unos fuertes golpes en la puerta de entrada, seguidos de unos gritos amortiguados e incomprensibles. Dan clava la vista en la puerta con el ceño fruncido, confundido.

—¿Quién coño se atrevería a…? —balbucea entre dientes, horrorizado ante la posibilidad de que alguien esté a punto de echar abajo la puerta de su casa.

Por todo el grupo se alzan unos susurros aterrorizados, y los invitados se miran los unos a los otros con miedo en los ojos.

—Daniel —le espeto para llamarle la atención—. No quiero esperar mucho más.

—Claro, me daré prisa —contesta. Parece que se pone más nervioso al percatarse de que los demás invitados continúan cuchicheando, diciendo que están preocupados y no se sienten cómodos.

Otro golpe fuerte sobresalta a todo el grupo y unos segundos más tarde un gran estruendo hace que los invitados den un brinco. Algunos incluso se levantan de sus asientos, listos para salir por patas.

Y entonces:

—¡FBI! ¡TODOS AL SUELO! ¡AHORA!

El resto de los invitados se levantan de un salto, y yo también. Con mucho cuidado, bajo a Sarah de mi regazo, pero la cojo firmemente por el brazo mientras estalla el caos en toda la estancia. Los invitados se desperdigan como pueden y por toda la sala resuenan gritos y chillidos.

La puerta del comedor se abre de un golpe, lo cual provoca aún más chillidos. Varios agentes del FBI entran en la sala con grandes zancadas y les ordenan a todos a gritos que se tumben en el suelo.

—Vámonos —le susurro a la niña e intento guiarla hacia la puerta de la cocina.

Ella forcejea e intenta llamar la atención de uno de los agentes, dejando que por fin entre en erupción ese fuego latente que había en su interior.

Estoy muy orgulloso de ella, joder.

La cojo en brazos y le murmuro en la oreja:

—Los agentes del FBI están conmigo. Voy a hacer que vuelvas a casa, pero necesito que me ayudes.

En cuanto la palabra «casa» escapa de mis labios, Sarah deja de forcejear y me observa con los ojos marrones llenos de lágrimas.

—Quizá estás mintiendo —dice sorbiéndose los mocos y mirándome con desconfianza.

Una nueva oleada de orgullo me inunda. Me meto la mano en el bolsillo, saco una placa del FBI falsa y se la enseño con discreción; es la primera mentira de verdad que le he dicho. Ella accede a regañadientes y asiente, y no dudo ni un segundo más en salir directo hacia la puerta de la cocina.

Con todo el caos, nadie se fija en que yo me escabullo. Y, aunque alguien se dé cuenta, tampoco me hará quedar mal con Dan, porque tengo pensado decirle que eso es precisamente lo que he hecho.

En la lujosa cocina no hay nadie. Si antes había alguien, me imagino que habrán huido en cuanto han oído que llegaba el FBI.

Salgo por la puerta corrediza trasera y cruzo el porche enorme hacia las escaleras.

El aire fresco es como un bálsamo para mi piel acalorada. Este traje de mierda es asfixiante; prefiero mil veces unos tejanos y una sudadera.

—¿Vas a llevarme con mamá y papá? —pregunta Sarah con un hilo de voz. Su voz dulce y suave es como una descarga eléctrica sobre mi cuerpo.

La adrenalina me recorre las venas de forma constante desde el momento en el que han traído a Sarah al comedor, y no desaparecerá de mi cuerpo hasta que la chiquilla se aleje de esta casa.

—Sí —le prometo con amabilidad.

Levanta la mano y sus minúsculos dedos delinean una de las cicatrices que tengo en la cara.

—¿Te duele?

—Ya no —respondo en voz baja resistiéndome al impulso de alejarme de su mano. No estoy acostumbrado a que nadie me toque las cicatrices. Cuando lo hizo Addie, sentí como si en la piel muerta se me prendiera una llamarada. Ahora, con Sarah me resulta un tanto incómodo, pero no es insoportable.

—¿Te lo han hecho los hombres malos que se me llevaron?

—No fueron esos hombres, pero también eran malos.

Parece que reflexiona sobre mis palabras y las digiere lentamente. Me mira parpadeando y se limpia unos mocos que le caen de la nariz.

—¿Sabes si mamá y papá están vivos?

Casi me tropiezo con mis propios pies al oír esta pregunta.

Como no sabía su identidad de antemano, no he podido investigar su historial. No tengo ni idea de quiénes son sus padres ni de qué clase de hogar proviene.

—¿Hay algún motivo por el que crees que quizá no lo están? —pregunto, y entonces llegamos al lugar de encuentro. Es un ángulo muerto que no puede verse desde ninguna cámara ni desde la parte delantera de la casa, que es donde se encuentra Dan.

Sarah baja la mirada y sus largas pestañas crean una sombra sobre sus mejillas regordetas, todavía húmedas por las lágrimas.

—No sé dónde están —se limita a contestar.

—¿Cuándo fue la última vez que los viste?

Se encoge de hombros.

—No lo sé.

Suspiro y cedo al impulso de rodar el cuello para liberar un poco de tensión. Ruby debería llegar pronto para encargarse de Sarah mientras yo termino mis asuntos.

Los agentes no tardarán en llevarse a la comisaría a Dan y a todos los demás bajo unos cargos falsos.

No son agentes de verdad, los he contratado yo mismo. Por suerte, cuento con el apoyo de algunos agentes de alto rango del FBI y lo de esta noche ha sido posible gracias únicamente a ellos.

Se llevarán a Dan a la comisaría diciendo que sospechan que trafica con drogas, pero lo liberarán mañana por la mañana cuando no encuentren nada.

Dan insistirá en que despidan a los agentes del FBI responsables de todo esto y, teniendo en cuenta que en realidad no ha participado ningún agente real, será muy fácil echarlos. Se cumplimentará todo el papeleo falso y Dan se quedará satisfecho. O tan satisfecho como puedes estar después de que interrumpan una cena derribando la puerta de entrada de tu casa.

—¿Qué edad tienes, cielo?

—Cinco años —contesta alegre.

—Intentaré encontrar a tu mamá y tu papá, ¿vale? Y, si no puedo, me aseguraré de que estés a salvo.

Asiente con un movimiento de su cabecita sin apartar los ojos marrones de mí.

—¿Y entonces serás mi papi?

«Joder». No puedo decir que no me lo hayan preguntado antes. Me fuerzo a sonreírle. No descarto del todo adoptar, pero eso es algo que primero tendré que hablar con Addie. Al fin y al cabo, ella sería su mami.

Antes de que pueda responderle, se nos acerca Ruby sigilosamente para llevarse a Sarah a un lugar seguro. La mujer se mantiene en silencio, consciente de que es una situación muy delicada. Se aproxima a la niña, que se aferra a mi mano, y Ruby le susurra con un tono de voz tranquilo que tiene que irse con ella para asegurarse de que esté a salvo, pero Sarah titubea.

—Puedes confiar en ella —le digo en voz baja.

La niña levanta sus ojos marrones enormes hacia mí y, me cago en todo, me derrito hasta convertirme en un charco de helado.

—¿Volveré a verte?

Trago saliva y asiento, incapaz de darle una respuesta verbal. Sin embargo, Sarah se siente satisfecha y permite que Ruby se la lleve hasta desaparecer entre la oscuridad de la noche.

Antes de que hayan desaparecido del todo detrás de otra casa, Sarah se gira y me mira por última vez.

Y siento que ya estoy del todo perdido.

Justo cuando doblan la esquina, un agente del FBI se acerca por detrás y me coge con fuerza por el brazo.

—¿Pensabas que podías huir?

Me río en silencio, incluso cuando me tira de los brazos hasta que quedan a mi espalda y me esposa.

Entonces me lleva con brusquedad hasta la parte frontal de la mansión, donde Dan continúa

gritando a los agentes y exigiendo ver a su abogado.

—He pillado a uno que intentaba escaparse —grita el agente que me ha detenido.

Dan se detiene a media bronca para mirarnos. Estoy demasiado lejos como para estar seguro, pero me da la sensación de que se le relaja la cara, aliviado durante un instante.

—Él no tiene nada que ver con todo esto —asegura el anfitrión, y se le vuelve a tensar la cara por la rabia.

—Claro que no, amigo —se mofa el agente que tengo detrás de mí.

La verdad, me sorprende que Dan esté intentando defenderme.

—¿Se puede saber por qué me habéis detenido? —gruño, haciendo ver que estoy furioso.

—Has intentado huir durante una redada del FBI. Es motivo de sospecha.

—Lo siento muchísimo, Zack —interviene Dan—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Encojo un hombro, aunque el movimiento me resulta incómodo por las esposas.

—No pasa nada. Estos cabrones ya no tendrán trabajo mañana por la mañana —respondo con una sonrisa descarada.

Dan se burla y me corrige:

—Antes de que acabe la noche.

—Muy bien, listillos de mierda. Venga, todos adentro antes de que sin querer os dé un golpe en la cabeza con el coche mientras os estáis subiendo.

Me retuerzo a pesar de las esposas.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

El agente sonríe.

—Michael.

—Vale, Michael, pues espero que no te importe cagar tus propios dientes porque estás a punto de comértelos.

El hombre se ríe y veo un brillo en su mirada. Dan vuelve a calentarse cuando otro agente se lo lleva a la parte trasera de un coche policial, pero sus gritos quedan cortados cuando se cierra la puerta del vehículo con un portazo.

—Súbete al maldito coche, Z. Me muero de hambre, pero lo que me apetece no son mis dientes.

Me río y sigo sus instrucciones.

CAPÍTULO 40

La sombra

No recuerdo haber sido un niño muy necesitado. De pequeño tenía una buena relación con mis padres. Mi madre era de lo más cariñosa y mi padre me apoyaba en todo momento y se involucraba mucho en mi vida.

Sin embargo, siempre me he considerado una persona de naturaleza independiente. Estaba decidido a hacer las cosas yo solo sin ayuda de nadie. Y, como mis padres me daban un sinfín de amor y atención, no era algo que yo buscara.

Ya no puedo decir lo mismo.

Addie tiene la boca muy abierta y le cae un hilo de baba. Está roncando suavemente, y me parece que todavía no he tenido ocasión de reírme de ella por eso. Se enfadará, pero solo pensar en eso ya me hace sonreír.

A pesar de estar tan desaliñada, se me ha puesto la polla muy dura. La muy bruja se ha acostado con un conjunto de lencería de seda blanca y, cuando le he retirado las sábanas con lentitud, he estado a punto de caer de bruces.

¿Acaso mi ratoncita se ha vestido así para mí?

Extiendo la mano y recorro su muslo con un dedo, disfrutando al ver cómo se le hunde la piel bajo mi roce. Se mueve y gime con suavidad ante la interrupción de su sueño.

¿Cómo se sentiría si despertara con mi polla dentro de ella?

Vuelve a moverse cuando le toco la tira de las bragas. Normalmente se despierta con bastante facilidad y, aunque Addie me esté aceptando, no soy tan tonto como para pensar que ya no se pone alerta cuando me ve.

Lo cual significa que ha estado bebiendo.

Sonrío, me quito los zapatos con los pies y me saco este traje tan asfixiante que he llevado toda la noche.

Tras llegar a la comisaría, se han llevado a Dan a una sala aparte y a mí me han dejado irme. He venido directo aquí, y tengo todo el cuerpo tenso por la necesidad de enterrarme dentro de mi ratoncita.

Me estiro a su lado en la cama completamente desnudo y acerco su cuerpo al mío.

Sus ojos pestañean y la observo mientras recupera la conciencia. Levanta la vista hacia mi cara

y abre un poco los ojos.

Podría haber intentado follármela cuando estaba durmiendo, pero he decidido dejarlo para más tarde, hasta que Addie admita su amor por mí y acepte el mío libremente. Hasta que pueda follármela sin ninguna pelea, aunque me parece que hay una parte de ella que siempre se resistirá a mí.

A pesar de que he abusado de Addie en varias ocasiones, como mínimo el hecho de que estuviera despierta y pensara con coherencia me permitía ver las reacciones de su cuerpo. Eso no hace que esté bien, pero su cuerpo siempre me ha deseado.

Y, si en algún momento no lo hubiera hecho, no la habría tocado hasta que fuese el caso.

—¿Por qué estás en mi cama observándome como si fueras un rarito? —pregunta con la voz ronca por haber estado durmiendo.

Me río.

—Pensaba que ya habíamos quedado en que soy un rarito.

—Sí, y aun así continúas haciéndolo.

—¿Quieres que pare? —ofrezco deslizando las manos por su espalda.

Addie respira entrecortadamente, y está mucho más despierta y alerta cuando le cojo el culo entre las manos.

—No —confiesa con un hilo de voz. Al decirlo parece muy pequeña y vulnerable, así que me quedo en silencio. Me acaricia con los dedos el tatuaje que tengo en el pecho, mirando con firmeza hacia cualquier punto que no sean mis ojos—. ¿Tienen algún significado? —murmura como si estuviera muy concentrada en el diseño.

—No —respondo—. Los tengo porque me gustan. Prefiero que las cosas significativas sean posesiones.

Frunce el ceño y me mira a través de sus largas pestañas.

—¿Por qué? Hubiese pensado que el cuerpo es el lugar perfecto para tener algo significativo. Te acompaña a todas partes.

Encojo un hombro.

—Mi cuerpo no es más que un recipiente en el que habita mi alma, está adherida a una carcasa que algún día dejará atrás. Y, cuando llegue ese momento, no me importará desprenderme de la carcasa. Mi cuerpo me acompaña a todas partes porque es necesario, no porque yo quiera. Pero si poseo algo significativo soy yo quien decide quedárselo. Llevar algo significativo en la piel no me supone ningún esfuerzo, pero aferrarme a algo que podría perder… Eso requiere devoción.

Addie vuelve a bajar la mirada mientras parece que reflexiona sobre mis palabras. Llevo un dedo debajo de su barbilla, porque quiero…, no, necesito, sus ojos. Me arrebatan el oxígeno de los pulmones, y siempre me ha gustado jugar con la línea que separa la vida y la muerte.

Sus bonitos ojos marrones, tan grandes y redondos, se posan sobre los míos, y lo único que quiero hacer es consumirla.

—Siempre te poseeré, ratoncita. Así que recuerda que tienes toda mi devoción para no perderte.

—¿Por qué siempre suena como una amenaza? —se pregunta en voz alta, aunque curva ligeramente hacia arriba la comisura de los labios.

Sonrío.

—Porque lo es.

Me doy la vuelta hasta quedar bocarriba y me la llevo conmigo para que quede tumbada sobre mi pecho.

—Zade —me avisa, pero sus palabras contradicen sus acciones. Mueve las piernas hasta ponerse a horcajadas sobre mí, con su centro alineado sobre mi polla. A través de la seda de sus bragas siento el calor y la humedad que desprende.

Rechino los dientes y aprieto los puños en un intento de reprimir el instinto de hacerle añicos estas bragas tan minúsculas para así sentir de verdad lo preparada que está para tenerme dentro de ella.

—Adeline —la imito.

Aunque sus ojos marrones quedan en la sombra, noto el efecto que tengo en ella. Se inclina hasta quedar encima de mí, amoldando su suave cuerpo con el mío. Juro que siento la tensión de sus caderas mientras intenta resistirse a la necesidad de frotarse contra mí.

—¿Qué? —susurra fingiendo ignorancia.

—Siéntate en mi polla. Ahora.

Se le acelera la respiración y, al tener los pechos presionados contra mi cuerpo, no estoy seguro de si las rápidas palpitaciones que noto son de su corazón o del mío.

La lucha interna que tiene lugar en su cabeza es muy intensa, y toda ella irradia indecisión.

Al final, se incorpora sobre mí. Su cuerpo corta los rayos de la luz de la luna que entran por las puertas acristaladas de su balcón.

Y me derrumbo.

Una cascada de luces y sombras cubre las curvas de su cuerpo, dos amores prohibidos que chocan en su piel y crean una puta obra de arte.

La belleza de Addie es cegadora y convierte mi cuerpo en cenizas bajo su luz.

Se acaricia el vientre plano con la mano y va descendiendo hasta que la punta de los dedos llegan al inicio de las bragas.

—Addie —gruño entre dientes. Mis manos se deslizan hasta sus muslos y se detienen en el punto donde se encuentran con sus caderas. Soy un hombre débil, no tengo la fuerza para negarme la necesidad de tocarla.

—¿Sí, Zade? —pregunta con voz ronca y entrecortada.

Como respuesta, empujo las caderas hacia arriba con impaciencia. Ella me sonríe con maldad y crueldad.

Al final, se levanta un poco y aparta las bragas hacia un lado para dejar al descubierto su coño. Vuelvo a levantar las caderas, desesperado por tocarla, pero ella me evita y se aparta para quedar justo fuera de mi alcance.

—Tienes cinco putos seg…

—Shhh, cariño.

Me quedo tan atónito de que me haya llamado «cariño» que mi amenaza se esfuma, como si mi voz fuese un fantasma mofándose de mí mientras desaparece de mi campo de visión.

Su sonrisa se ensancha ante mi mirada incrédula, pero lo único que me confunde es por qué ha pensado que llamarme «cariño» me tranquilizaría.

Ahora lo único que quiero hacer es darle la vuelta y ponerla de rodillas, empujar su bonita cara contra las sábanas y follarla hasta que su cabeza salga por el otro lado del colchón.

Antes de que pueda hacer nada de eso, Addie al fin baja las caderas. Gruño al sentir el

resbaladizo calor de su coño restregándose por toda mi polla. Echo la cabeza para atrás y la sujeto con fuerza por las caderas. Mis manos le dejarán unos moratones en la piel, y solo con pensarlo la bestia se encoleriza aún más.

—Joder, Add…

No tengo tiempo siquiera de terminar mi plegaria antes de que la punta de mi polla se introduzca en su interior y pierda la capacidad de pronunciar ni una sola palabra.

Lentamente, como si fuese una tortura, Addie me hace entrar dentro de ella equilibrando su peso sobre mi estómago. Unos suaves jadeos sofocados escapan de sus labios a la vez que yo me estremezco debajo.

Su coño está tan apretado, joder…

—Me siento muy llena —gimotea, y su cuerpo empieza a temblar al intentar que yo entre del todo.

—Cariño, no seré capaz de controlarme mucho más. Siéntate. Ya.

Se muerde el labio inferior y vuelve a levantarse un poco antes de sentarse por completo sobre mí.

Sus labios emiten un gritito y abre mucho los ojos. Todo mi cuerpo canturrea por la sensación eufórica de tener su coño tan apretado envolviéndome.

Es el puto nirvana. No hay nada comparable a esto.

—Y ahora muévete —ordeno con voz ronca, y noto que se me escapa el control cuando vuelvo a empujar las caderas hacia arriba. Este movimiento basta para provocar que una corriente eléctrica me recorra toda la espalda.

Addie levanta la barbilla y mueve los ojos hacia arriba mientras hace rotar las caderas.

—Ah —gime, y continúa moviéndose hasta que los dos estamos delirantes. Sus movimientos son lentos y lánguidos; sube y baja y gira las caderas de una manera que hace que vea constelaciones enteras.

Tiene los ojos muy cerrados y la pequeña boca ligeramente abierta, concentrada en el placer que obtiene de mí. Es una sensación extraordinaria y me bastaría para correrme si quisiera, pero necesito más. La necesito rápido y con fuerza.

—Ratoncita —la llamo con voz queda por la necesidad. Sus caderas se detienen y abre los ojos unos milímetros—. Corre.

De golpe abre los ojos y se le entrecorta la respiración. Durante un instante los dos nos quedamos congelados, y luego ella entra en acción enseguida. Rebufo al notar que sale de mí, y luego va directa hacia el final de la cama.

Se apresura a llegar a la puerta y se dirige hacia las escaleras. Yo la sigo de cerca, disfrutando de los chillidos sobresaltados que salen de sus labios cada vez que ve la poca distancia que nos separa.

La dejo correr a propósito, y la persecución hace que se me ponga la polla cada vez más dura.

A mi ratoncita le encanta estar asustada. Y yo disfruto haciendo que se sienta así.

Baja las escaleras a toda velocidad y se dirige hacia la parte trasera de la casa, y yo esbozo una sonrisa al darme cuenta de adónde va exactamente.

Dejo que llegue hasta el pasillo antes de atraparla, y me deleito al notar que me clava las uñas en el brazo.

—¿Acaso eres una chica mala y pretendes revivir un recuerdo especial?

Ella gruñe a modo de respuesta y empieza a dar patadas al aire. Casi rompo la puerta de la terraza acristalada al entrar, y ni siquiera me fijo en la belleza del espacio porque tengo en los brazos el regalo más preciado.

Me dejo caer de rodillas y la hago girar, aunque ella se resiste. Me río.

—¿Te suena de algo?

—¡Zade! —grita indignada, pero no le doy ni un momento para recuperarse. En cuestión de segundos la tengo estirada bocarriba mirándome con los ojos muy abiertos.

—Dime qué estrellas prefieres. Las que hay encima de ti o las que yo te haré ver.

Y, dicho esto, entro directo en su humedad sin darnos ni siquiera un momento para prepararnos. Addie suelta un grito y arquea la espalda mientras vuelve a clavar sus garras afiladas en mis brazos.

—Joder, por el amor de… —Se queda a medias cuando vuelvo a empujar enérgicamente dentro de ella, y un gemido sustituye sus pecaminosas palabras.

Me estremezco. Mi control se esfuma por completo al entrar en ella, y la follo con tanta fuerza que me veo obligado a acercármela porque se va resbalando hacia atrás.

Unos potentes gritos inundan la terraza, y por un instante el tono agudo de su voz hace que me preocupe por si he roto algo en su interior.

Pero entonces su coño se contrae con una gran firmeza, y hace que casi me resulte imposible moverme cuando Addie se corre alrededor de mi polla y su cuerpo prácticamente convulsiona por la intensidad.

Mi nombre escapa de sus labios, pero no me detengo. El sonido de nuestra piel impactando y sus palabras embrolladas rebotan contra las ventanas que nos envuelven mientras continúo empujando dentro de ella.

Aprieto la mano alrededor de su pequeña garganta hasta que ya no es capaz de pronunciar ni una palabra más. Una mano me envuelve el brazo y graba unas medialunas de sangre en mi piel luchando por conseguir oxígeno. Estaré encantado de sacrificar mi nombre en su lengua si eso implica subir al cielo con ella.

Dejo al desnudo los dientes al notar un placer intenso que me recorre la espalda y se concentra en la base.

Joder, siento que el estallido está justo en el precipicio. Parsons Manor siempre estará destinada a ser la casa que arde y se cobra vidas.

—Dame otro, cariño —la insto, deslizando una mano para hacer círculos en el clítoris con el pulgar.

Su cara se vuelve rosada, casi roja, cuando explota de nuevo. Al liberarle el cuello, el vértigo por la falta de oxígeno mezclado con el orgasmo hace que levante la espalda completamente del suelo. Se aferra a mí como si estuviera poseída, sin dejar de arañarme la piel.

Me recuesto hacia atrás rechinando los dientes y me acerco su cuerpo, que continúa retorciéndose, hasta que estoy de rodillas con sus piernas envueltas con firmeza alrededor de mi cintura.

Addie gira sobre mí sin descanso, alargando el orgasmo y arrastrándome con ella. Me corro con un gruñido, apretándola contra mi pecho con tanta fuerza que apenas somos capaces de hacer movimientos pequeños y erráticos mientras nos restregamos el uno contra el otro.

Me pierdo a mí mismo. Mi nombre. Mi identidad. Mi alma. Los ha arrastrado hacia sí el

vórtice que han creado nuestros cuerpos. Como si un agujero espaciotemporal nos hubiera absorbido y luego nos hubiera escupido en otro universo.

Cuando volvemos a la realidad, las estrellas que nos rodean de pronto parecen muy aburridas y apagadas en comparación con las que brillan en sus ojos.

—Mañana tengo una extracción. Es en lo que llevo meses trabajando —digo acariciándole la espalda desnuda con los dedos—. Será bastante peligroso. Solo quiero que lo sepas.

Addie levanta la cabeza. Su rostro es mucho más visible ahora que estamos en una habitación que tiene ventanas. Veo el leve rastro de las pecas que le cubren la nariz y las mejillas, y me entran ganas de besar todas y cada una de ellas.

Nos hemos desplomado después de quedarnos ambos tontos de tanto follar, y ninguno de los dos se ha animado a levantarse desde entonces.

—¿Es por los rituales?

Asiento y le explico la noche que he tenido. Addie ya sabía lo de esa horrorosa cena, y cuando le digo que la operación ha sido un éxito su cara se suaviza por el alivio.

—Soy incapaz de entender que la gente pueda hacer esas cosas de verdad. ¿Van y se sientan en la mesa como si fuesen a comerse unos putos langostinos?

—Sí —murmuro, y me muerdo el labio. Ya me asoma una sonrisita malvada por lo que estoy a punto de contarle. Apenas ha vuelto a apoyar la cabeza en mi pecho cuando continúo—: La niña a la que he salvado, Sarah, me ha preguntado si yo sería su papi.

Addie levanta la cabeza con tanta rapidez que casi se rompe el cuello.

—Cuidado, el mundo se metería en un problema si te murieses —bromeo.

Se queda boquiabierta.

—¿Qué le has dicho?

Me encojo de hombros.

—En realidad no he tenido ocasión de decirle nada. Tenía que irse para que a mí me pudieran detener de mentira. Si no, Dan y la Sociedad habrían pensado que era muy conveniente que hubiese una redada justamente hoy. Por suerte, he podido reaprovechar un cargo del que ya habían acusado a Dan en otra ocasión.

Addie parpadea.

—¿Lo harías? ¿La adoptarías?

Levanto la mano y le aparto de la cara un mechón de pelo con suavidad para recogérselo detrás de la oreja. Intenta ocultar el escalofrío, aunque su cuerpo está tan pegado al mío que es imposible que no lo note.

—No haría nada sin tu aprobación. Pero sí, la adoptaría.

Traga saliva.

—¿Por qué necesitas mi permiso?

—¿Te crees que te he acosado porque quería un rollo rápido? No, cariño. Tú y yo estaremos juntos toda la eternidad. Y eso significa que, si yo me convierto en el padre de alguien, entonces

tú te conviertes en su madre.

Abre mucho los ojos y veo que en sus iris se refleja una sensación de pánico. Llevo un dedo hasta debajo de su barbilla y le doy un beso rápido en los labios.

—De momento no te preocupes por eso. Sarah está a salvo, y por ahora estamos más preocupados por la situación tan traumática que ha vivido y por ocuparnos de su salud mental.

Asiente, pero no paso por alto la mirada prolongada de Addie antes de volver a recostarse sobre mi pecho.

CAPÍTULO 41

La sombra

—¿Estás listo para esta noche? —me pregunta Jay en la oreja.

—Hace tiempo que lo estoy —respondo tranquilamente llegando al club de caballeros, el Savior's. Que la Sociedad haya escogido este local por su nombre como fachada de unas mazmorras subterráneas debe de ser su versión de un sentido del humor muy macabro.

Me quito el auricular de la oreja, lo meto en el chaleco del traje y me dirijo hacia la entrada.

La parte exterior del edificio es como cualquier otro club de *striptease* caro: una monstruosidad de mármol negro que destila dinero y poder. El guardia de seguridad que hay junto a las puertas me mira de arriba abajo antes de hacerme pasar por los habituales «¿Cómo te llamas?» y «Deja que te mire el culo. Tose una vez».

A diferencia del guardia de seguridad Deditos, en este caso el hombre consigue mantener las manos en la zona segura y me permite pasar sin ponerme ningún obstáculo.

Por razones obvias, no se me permite llevar armas de fuego. Pero eso no será ningún problema.

Después de que Mark me confesara la ubicación, varios de mis hombres consiguieron infiltrarse en el equipo de seguridad que tiene contratado el club.

Está claro que los hombres poderosos que matan a niños no lo harían si no se sintieran protegidos en este entorno. Los miembros del equipo de seguridad deben ir armados, y sé de buena tinta que algunos de ellos me dejarían tomar prestada una pistola o dos cuando sea necesario.

Al igual que la última vez que estuve aquí, al entrar en el local tengo la sensación de estar cruzando un portal que conduce al infierno. El ambiente es sofocante y rezuma tanta depravación y perversión que físicamente me noto una presión en los hombros.

Hostia puta.

Me parece que necesitaré una máscara antigás.

Voy directo hacia la zona principal. El club está distribuido en una planta abierta y su iluminación tenue resulta algo siniestra; es el lugar perfecto para esconderse entre las sombras sin que te descubran.

Los suelos son de mármol negro y, a diferencia de los clubes de *striptease* de mala muerte del

centro de la ciudad, en este caso las baldosas brillan tanto como mis zapatos recién pulidos. En las paredes rojo sangre no veo colgado ningún lienzo extraño, pero sí que hay muchas personas extrañas sentadas en los reservados y las mesas que rodean el escenario, donde una mujer gira alrededor de la barra y menea el culo al ritmo de la música mientras le tiran dinero.

A través de los altavoces retumba una sintonía grave, aunque no es tan fuerte como para impedirme oír los pensamientos. Desde algún punto del pasillo me llegan unos intensos gemidos, y decido mantenerme bien apartado. Si me acerco y veo alguna cosa muy jodida, lo reventaré todo.

—Por un momento he pensado que no vendrías —dice una voz detrás de mí.

Al volverme me encuentro a Dan, que me mira con una sonrisa de satisfacción.

—¿Un hombre no puede disfrutar de unas *strippers* después de que lo hayan detenido? —me mofo con una expresión divertida.

Dan se ríe y sacude la cabeza a la vez que se mete las manos en los bolsillos.

—Todavía no puedo creerme que pasara eso. Lo siento mucho. Todos los hombres que había en el jardín de mi casa se fueron a la calle esa misma noche, te lo aseguro.

Le enseño los dientes.

—No esperaba menos. ¿De qué cargos intentaron acusarte?

—De tráfico de drogas, vaya gilipollez. —Se ríe como diciendo «¿puedes creértelo?»—. No me he metido una puta raya de coca por la nariz desde hace meses, y te aseguro que no era producto mío.

Arqueo una ceja.

—¿Y qué le pasó a la niña?

Se le oscurece el rostro y por primera vez veo pura maldad en su mirada. Sabía que tenía esa crueldad oculta bajo la superficie, pero Dan no había liberado de verdad ese demonio lleno de odio delante de mí hasta ahora.

—Me parece que uno de los invitados se aprovechó del caos de la situación y se la quedó para disfrutarla él solo.

—¿Y las cámaras? —insisto.

Él sacude la cabeza.

—Absolutamente arruinadas. Los cabrones del FBI debieron de hacer algo para fastidiar la grabación. Supongo que porque no tenían permiso para derribar la puerta de mi casa. En fin, la niña ha desaparecido y noventa mil dólares se han ido por el puto desagüe.

—¿Tienes idea de quién lo hizo? —pregunto con evidente enfado—. Me encantaría hablar con esa persona sobre las consecuencias de robarme.

Dan esboza una sonrisa de satisfacción.

—En cuanto me lo confirmen, te avisaré. Hasta entonces, reprime a la bestia. —Me da unas palmaditas en el pecho y señala hacia un reservado vacío—. Vamos a tomarnos una copa. La ceremonia no empezará hasta dentro de unas horas.

—Adelante, yo te sigo.

—Y entonces mi mujer dijo que iba a dejarme, ¿sabes? Y le respondí que no hay ni un solo rincón en todo el mundo donde pueda esconderse para que no la encuentre —termina con un resoplido y sacude la cabeza, atónito ante la idea de que su mujer pueda intentar siquiera encontrar la felicidad en alguna otra parte.

En algún otro lugar que no implique comerse a niños para cenar. Y el resto de las mierdas asquerosas que hagan con ellos antes.

—A las mujeres les gusta correr, pero les gusta aún más que las atrapes —murmuro.

Me mira esbozando una sonrisa malvada.

—Exacto, tío. Pero tristemente a esta guarrilla no vale la pena perseguirla. Cuando dé con ella, deseará haber encontrado ese rincón donde esconderse. ¿Sabes lo agotador que es estar casado con alguien que no comparte los mismos gustos que tú? He intentado iniciarla varias veces, pero se negaba. ¿Puedes creértelo?

¿Cómo responde a esta pregunta alguien con un mínimo de decencia?

No se puede responder.

Sacudo la cabeza de forma casual y bebo otro trago de whisky. El abuelo de Addie tenía mejor gusto que todos estos cabronazos viejos.

Mira su Rolex y me hace un gesto mientras se levanta para que lo siga.

—Ya es la hora. Vamos hacia abajo —dice Dan bebiéndose lo que le queda de whisky antes de dejar el vaso de cristal vacío en la mesa. Se gira y le da un repaso a una *stripper* que pasa junto a nosotros, comiéndose con la mirada la espalda desnuda de la chica.

—Y, cuando terminemos, le daré un mordisco a esa. Las iniciaciones siempre me abren el apetito.

El whisky se me revuelve en el estómago.

Me trago lo que de verdad querría decirle y le hago un gesto para que me indique el camino. Al ver que Dan se dirige hacia el pasillo de donde vienen los gemidos, me enderezo tanto como puedo antes de seguirlo.

El pasillo está repleto de puertas en ambos lados. Los gemidos se hacen más fuertes, pero ahora que estoy más cerca detecto notas de miedo y dolor entrelazados en ellos. Los acompañan chasquidos de látigos, piel impactando contra piel y unos fuertes gruñidos masculinos.

Joder. «Piensa en el niño o la niña que debe de estar tumbado en un altar de piedra por aquí. Te necesita más».

Al final del pasillo hay una puerta de mármol negra. Tras envolver el pomo con la mano, Dan se detiene y se gira para mirarme con los labios encorvados por la emoción.

—¿Estás listo?

—Teniendo en cuenta que ayer me quedé con las ganas, estoy más que listo.

Dan me dedica una sonrisa malévola antes de abrir la puerta. Me encuentro con otro pasillo oscuro, apenas iluminado por unas bombillas led en ambos lados de la puerta.

El pasillo es muy alargado, parece que no termine nunca. Y, cuanto más avanzamos, más estrecho resulta. Pero no es más que mi cabeza jugándome una mala pasada.

Al final hay otra puerta de mármol. Me vuelvo y veo que el pasillo estaba ligeramente inclinado hacia abajo, y de lejos atisbo a un pequeño grupo de hombres que se nos acerca.

Dan abre la puerta y nos da la bienvenida a una sala llena de gente. El mármol negro se extiende hacia el interior del espacio, pero las paredes son de piedra. En cada lateral hay unas

hileras alargadas llenas de unas túnicas negras que recuerdo haber visto en los últimos vídeos. La gente que está reunida en esta sala habla entre susurros mientras se ponen las grandes túnicas.

El corazón me late con fuerza. Me cuesta creerme que por fin esté aquí. He estado trabajando para llegar hasta este momento desde hace mucho tiempo.

Es surrealista.

—Coge una —ordena Dan muy serio.

Sin pronunciar ni una palabra, descuelgo una túnica y me la pongo. El material es suave y sedoso, pero me da la sensación de estar envolviéndome en lana. A pesar de mi gran estatura, la tela me cubre los pies y las manos.

—¿Otro nuevo? —pregunta una voz nasal a mi izquierda. Al girarme veo que a mi lado tengo a un hombre que parece una rata. Es bastante más bajo que yo y tiene unas entradas muy marcadas, la nariz aguileña y unas gafas redondas.

—Sí —respondo crípticamente—. ¿Y tú eres?

El hombre sonríe nervioso.

—Yo también soy nuevo. Me llamo Larry Verenich.

—Zack —le contesto.

Varias figuras ataviadas con una túnica empiezan a salir de la estancia por otra puerta negra que hay más adelante.

—Vamos —dice Dan, haciéndome un gesto con la cabeza hacia el grupo.

Al acercarme a la puerta, un leve zumbido se concentra en la base de mi cuello y hace que se me pongan los pelos de punta. El espacio es exactamente como se ve en los vídeos. Es como si estuviera entrando en una cueva subterránea, pero, en lugar de haber humedad, el ambiente es seco y pesado. Se trata de una sala oscura iluminada por cientos de velas que bordean las paredes de piedra, pero las pequeñas llamaradas no tienen nada que hacer contra las opresivas sombras.

Nos encontramos sobre una plataforma redondeada con una simple barandilla negra como protección ante una caída de unos doce metros. En el centro de la habitación hay un altar de piedra con una niña encima que no para de retorcerse. Unas tiras negras la retienen por las pequeñas muñecas y los tobillos.

No debe de tener más de seis o siete años.

El zumbido se hace más y más fuerte hasta que parece provenir del interior de mi propia cabeza. Aprieto los puños por debajo de la tela, y no podría estar más agradecido de que las mangas sean largas y oculten mi reacción.

—A tu izquierda están las escaleras —me indica Dan señalándomelas—. Venga, acércate al altar. A uno de vosotros le ofrecerán el cuchillo para hacer el sacrificio. Bébete la sangre y te habrás iniciado en la Sociedad.

Asiento con un movimiento de cabeza y me dirijo hacia donde me ha dicho. Las escaleras rocosas y desiguales están justo después de la curva, hacia donde se encamina Larry.

Me levanto la capucha por encima de la cabeza y miro a mi alrededor hasta que encuentro a los guardias de seguridad. Hay tres en la planta inferior, donde está el altar, escondidos entre las sombras. Desde donde estoy no les puedo ver la cara, pero sé que Michael es uno de ellos.

Dos hombres más me siguen mientras bajo los escalones. En cuanto mi pie toca el suelo, empieza un suave cántico que cada vez se hace más intenso a medida que me acerco al altar.

Observo a la niña que hay sobre la losa de piedra, a quien le caen lágrimas por las mejillas

sucias. Está sollozando, con los labios pequeñitos curvados en una mueca y los ojos azules muy abiertos mirándonos con pánico absoluto.

El corazón se me contrae y me deja hecho polvo. Consigo continuar de pie por pura fuerza de voluntad.

—Joder, ya se me está poniendo dura —susurra un tío a mi izquierda.

Casi se me rompen los dientes de apretar la mandíbula con tanta fuerza. Me giro despacio y me encuentro a un tipo que parece que tiene veintipocos años y lleva la capucha bajada. Levanta los ojos marrones, insaciables, hacia mí y lo único que veo en su reflejo es excitación pura.

Será el primero en morir.

Como está muy cerca de mí, puede verme la cara, así que me esfuerzo para mantenerme neutro. Él me sonríe, pero no reacciono. Y, aunque su sonrisa titubea por un instante, el muy asqueroso no tiene ni idea de que le acabo de hacer un favor enorme. Porque, si hubiera reaccionado, habría extendido los brazos hasta su garganta y le habría arrancado la tráquea con mis manos desnudas.

—P-p-por favor, quiero a mi mamá —suplica la niña, que está a nuestros pies. Sus ojos rojos e hinchados están llenos de lágrimas y me mira con terror y desesperación. Le tiembla el labio, y tengo que reprimirme físicamente para no acercarme a ella y cogerle la manita—. Por favooor —lloriquea, con los ojos azules todavía llenos de lágrimas, a pesar de los ríos que le recorren las mejillas—. Quiero irme a casaaa.

Gruño y me obligo a mantener la boca cerrada. Lo que más me gustaría hacer es decirle que todo irá bien. Tranquilizarla. Prometerle que volverá a ver a su madre. Pero no puedo permitir que ninguna de esas palabras escape de mis labios.

Todavía no.

El cántico que nos envuelve se hace más y más fuerte, hasta que parece que las paredes de la cueva vibren por el sonido. Pero está amortiguado, como si estuviera debajo del agua. En lo único que puedo concentrarme es en la niña suplicándome que la ayude.

La miro con tanta fijeza para intentar transmitirle tranquilidad con los ojos que ni siquiera me percato de la figura negra que se nos acerca hasta que la tengo delante de las narices, al otro lado de la niña.

Tiene la cara oculta en lo más profundo de la capucha y unos guantes negros le cubren las manos. No tengo ni idea de quién es, ni de si se trata de una persona importante o no.

Podría ser alguien de la Sociedad.

De hecho, mi intuición me dice que así es.

En cada mano sujeta dos cálices entrelazados en los dedos. La figura extiende los brazos y cada uno de nosotros cuatro coge uno. Y entonces la figura se lleva la mano a la pierna y saca un cuchillo curvado negro.

No dice nada. Tan solo sujeta el filo en equilibrio en la palma de la mano y mantiene el brazo extendido: una oferta que podría aceptar cualquiera de nosotros.

Me apresuro a coger el arma al darme cuenta de que el universitario que tengo al lado se está preparando para hacerlo. Noto su decepción, imagino que porque él quería ser el encargado de hundir el filo en el pecho de la niña. Y precisamente por eso me aseguraré de que tenga una muerte lenta. No tendrá el honor de que le abra la yugular para que pueda desangrarse en segundos.

No, no. No tendrá tanta suerte.

El cántico se intensifica hasta que el escalofriante sonido retumba por toda la cueva. Siento los ojos de la figura clavados en mí. Y, aunque él o ella tampoco puede verme la cara, le devuelvo la mirada.

Al final, la figura se da la vuelta y se aleja, desapareciendo otra vez entre las sombras.

Los fuertes latidos de mi corazón sobrepasan los ruidos de mi alrededor. Soy incapaz de oír nada más allá del órgano desbocado dentro de mi caja torácica hasta que el chillido de la niña atraviesa el aire. He levantado el cuchillo sobre ella y la punta afilada se cierne sobre su pecho.

Agarro el mango del arma con el puño cerrado. Extiendo dos dedos y me espero unos segundos para asegurarme de que se haya visto la señal antes de volver a doblarlos.

Y entonces bajo la mirada hacia la niña.

—Cierra los ojos —le susurro—. Y no los abras hasta que te lo diga.

Le tiembla el labio, pero me hace caso y cierra los ojos para no presenciar los horrores que tendrán lugar a su alrededor.

Cogiendo el filo con fuerza, levanto el brazo y lo muevo hacia la izquierda. Directamente al cuello del veinteañero.

El cántico titubea antes de detenerse por completo y se oye un coro de gritos mientras el chico se ahoga en su propia sangre. Al sacar el arma con un movimiento ágil, sus propios jadeos sofocados se tragan el ruido de succión.

Me mira con los ojos muy abiertos, atónito. Y entonces se desploma, incapaz de mantenerse de pie.

Alguien dispara una pistola. Un guardia de seguridad que hay detrás de mí cae al suelo y su materia gris queda esparcida entre las sombras.

Esto ha sido el detonador. Toda la sala entra en acción. Chillidos aterrados y cuerpos que corren hacia la salida. No permito que Larry dé ni siquiera un paso más antes de que el filo curvado le atraviese el ojo. Incluso con las gafas puestas.

Su cuerpo convulsiona y entonces pierde el equilibrio cuando le quito el cuchillo de la cabeza. El ruido de succión esta vez se pierde entre el caos.

Bajo la mirada hacia el veinteañero y lo veo respirar por última vez antes de que la vida se esfume de sus ojos. Y sonrío.

Michael brota de las sombras y corre hacia mí. Cuando está suficientemente cerca, me lanza una pistola. La cojo al aire y me vuelvo hacia la dirección por donde ha desaparecido la figura negra.

Una sensación de urgencia me recorre las venas, y al fijarme en la niña confirmo que todavía tiene los ojos cerrados. Su cuerpo está salpicado de sangre, y detesto que el mal haya conseguido tocarla al final.

Me bajo la capucha y me inclino hacia ella.

—Abre los ojos, cielo. Pero quiero que solo me mires a mí, ¿vale?

Los abre despacio. Las lágrimas se le han secado, pero todavía tiene la cara contraída por el pánico.

—Mi amigo va a cuidarte. Se asegurará de que vuelvas con tu madre, ¿de acuerdo?

La niña rompe a llorar de inmediato al oír estas palabras, y le aparto un mechón rubio de la cara.

—No pasa nada, cielo. Lo que tienes que hacer es mantener los ojos fijos en él, solamente en él. Ciérralos si hace falta. Él te avisará cuando estés a salvo.

—Vale —susurra con un hilo de voz y asiente.

Con cuidado le enjugo una lágrima de la cara antes de erguirme.

—Cuídala —ordeno levantando la vista hacia Michael—. Ruby tendría que estar por aquí, ella se encargará de la niña y luego tú podrás volver y ayudarme a terminar con todo esto.

Michael mueve la cabeza para indicarme que me ha oído y entonces me dirijo hacia el punto donde he visto que desaparecía la figura negra. Si de verdad se trata de alguien de la Sociedad, entonces quiero encontrar a esa persona para conseguir información.

Unos gritos irrumpen desde la puerta por donde he entrado seguidos de más disparos. Imagino que uno de mis hombres ha dejado entrar a mi equipo.

La cueva es una auténtica carnicería, pero no me preocupo por ello, porque confío en que ninguno de los participantes en la ceremonia saldrá con vida. Es una orden que he dejado muy clara.

El mundo será un lugar mejor sin ellos.

Solo avanzo unos tres metros antes de que una explosión retumbe por toda la cueva y me haga salir volando por los aires. El tiempo se ralentiza mientras mi cuerpo atraviesa el aire y el sonido se vuelve inconcebible.

Y entonces vuelve a acelerarse y mi cuerpo impacta contra el altar de piedra. El oxígeno escapa de mis pulmones al chocar de espaldas contra la esquina del altar y luego me desplomo sobre el suelo.

Un intenso pitido me resuena en la cabeza, pero no es más fuerte que un susurro cuando el dolor es ensordecedor.

Durante unos segundos, unos minutos, unas horas… lo único que puedo hacer es quedarme ahí tumbado mientras la confusión y el dolor me envuelven.

Con un gruñido, abro los ojos y los entorno para intentar ver a través de la nube de polvo que hay en la cueva. No oigo nada, pero, cuando el polvo por fin desaparece, las extremidades que hay esparcidas por todo el espacio me confirman lo fuerte que ha sido la explosión.

Por todas partes hay gente corriendo frenéticamente. Veo a un hombre que está arrastrándose hacia los escalones al que le falta una pierna entera y tiene un fragmento de la barandilla clavado en el costado. Debía de estar en la planta superior y, con el estallido, la barandilla lo ha atravesado.

A algunas personas les falta alguna extremidad, otras están cubiertas de sangre y heridas de gravedad. Se acunan alguna parte del cuerpo intentando procesar la absoluta conmoción de lo ocurrido.

El pitido disminuye y queda sustituido por una oleada de gritos.

Vuelvo a gruñir y obligo a mi cuerpo a incorporarse mientras intento entender qué coño acaba de pasar.

Estoy aturdido y tengo la visión borrosa, y el dolor no hace más que intensificarse con cada movimiento.

Me cago en la hostia. ¿Qué ha ocurrido?

Alguien se acerca hacia mí. Su cuerpo alargado y desgarbado emerge entre nubes de polvo y extremidades ensangrentadas. Tiene la boca abierta y está gritando, pero mis ojos no procesan lo

que estoy viendo hasta que esta persona está a unos dos palmos de mí.

Es Jay. ¿Qué cojones hace aquí?

Tendría que estar detrás de un ordenador en algún otro sitio.

—Zade, tío, ¿estás bien? —Cada milímetro de su cara destila pánico, y me mira con sus ojos avellana llenos de miedo. Se arrodilla delante de mí y me recorre todo el cuerpo con las manos para ver si estoy herido.

—¿Qué coño ha pasado? —Me palpita la puta cabeza y me duele mucho la espalda, prácticamente como si me la hubiese roto—. ¿Por qué estás aquí?

—He venido en cuanto me he dado cuenta. Era una trampa. El último vídeo… Sabían que íbamos a por ellos… No sé cómo, tío. Pero filtraron el puto vídeo a propósito. ¡Era una trampa, joder!

Estoy tan concentrado en la boca de Jay, intentando digerir poco a poco las palabras que salen de sus labios, que no registro el sonido de una pistola amartillada y el frío metal presionado contra la parte trasera de mi cabeza hasta que ya es demasiado tarde.

—Me alegro de que lo hayas descubierto, Jason Scott. Y ahora quiero ver tus manos, o si no esta única bala se abrirá paso en la cabeza de ambos.

Jay levanta la vista hacia la persona que hay detrás de mí y abre los ojos más de lo que creería posible.

—¡¿Tú?!

CAPÍTULO 42

La manipuladora

—¿Te ha sorprendido? —pregunto por teléfono, jugueteando con la rosa roja entre los dedos. Cuando me he despertado Zade ya no estaba, pero en su lugar había una flor.

Mi madre suspira.

—No, explica muchas cosas sobre tu abuela y su fijación tan extraña con la casa.

Estoy hecha una bolita en el sofá mirando las noticias en la tele, y una sensación de orgullo me recorre las venas cuando aparecen en la pantalla las palabras «Noticia de última hora» y «Resuelto un caso de hace setenta y cinco años».

A primera hora de la mañana Daya y yo hemos comunicado a la policía lo que habíamos descubierto. Se han pasado horas y horas repasando todas las pruebas. Después de confirmar que el número de serie y los resultados de la prueba de ADN eran auténticos, han declarado que Frank Seinburg es el hombre que asesinó a Genevieve Parsons a sangre fría. El móvil: amor no correspondido.

Por ahora han confiscado los diarios, pero les he hecho prometer que me los devolverían. El agente de policía me ha mirado como si estuviera loca cuando le he obligado a entrelazar el meñique con el mío. Pero me ha ayudado a sentirme mejor por tener que separarme de los diarios, aunque sea algo temporal.

El periodista que aparece en la pantalla explica que la bisnieta de la víctima encontró unos diarios escondidos en una pared y que eso ha conducido a descubrir quién cometió el asesinato. Miro por la ventana y veo un gran número de luces parpadeantes al otro lado del cristal.

Fuera de mi casa hay varios periodistas. Quieren tener Parsons Manor en el fondo de sus reportajes. ¿Qué sería de una historia espeluznante sin una antigua casa victoriana alzándose tras una rubia guapa con pintalabios rojo en los dientes?

—Debió de sentirse tan culpable toda la vida… —digo en voz baja. Desde que nos dimos cuenta de que la abuela había ayudado a encubrir el asesinato, no puedo quitarme de encima esta punzada de tristeza.

Curiosamente, mamá no responde con un comentario sarcástico.

—Supongo que sí, Adeline. Cargar con todo ese peso debió de ser muy duro, sobre todo porque ella tan solo tenía dieciséis años cuando sucedió. Me imagino que quedó muy

traumatizada.

Frunzo el ceño.

—Me sorprende porque siempre estaba muy feliz.

—A veces las personas más felices son las más tristes —comenta mi madre, como se dice a menudo.

—Entonces ¿qué hay de las personas tristes?

—Están cansadas.

—Qué triste.

Suelta una risotada seca.

—Dentro de poco he de acompañar a unos clientes a ver una casa, así que tengo que dejarte. Te espero dentro de un par de semanas por Acción de Gracias.

—Oye, mamá. Tengo una última pregunta —digo atropelladamente, con las palabras brotando de mí. Hay algo en todo esto que ha estado molestándome, y la necesidad apremiante de preguntarlo es inaguantable.

Mi madre suspira, pero no cuelga, y sin decir nada me insta a continuar.

—¿Por casualidad me mandaste un sobre negro con muchas fotos y una nota?

Se queda en silencio, y a mí se me acelera el corazón.

—¿Mamá? —insisto.

Carraspea.

—Supongo que tu abuela y yo nos parecemos más de lo que pensabas.

Abro mucho los ojos al procesar lo que significa y sus palabras impactan de lleno contra mi pecho. En efecto, es ella quien me envió el sobre. Lo cual significa que todo este tiempo ya sabía el papel que la abuela desempeñó en el asesinato de Gigi.

Joder, no me lo puedo creer.

—Le guardaste el secreto —susurro.

—Tengo que irme, Addie. La visita es dentro de cinco minutos.

—Vale —murmuro, pero la línea ya se ha cortado.

No tengo ninguna forma de saber exactamente cuándo lo descubrió mi madre, y dudo que me lo cuente jamás, pero imagino que fue antes de que yo naciera, porque no tengo ningún recuerdo de que mi madre y mi abuela se llevaran bien.

De pronto, entiendo mucho mejor el rencor y la aversión que tenía mi madre hacia mi abuela.

Mi abuela encubrió el asesinato de su madre y, a cambio, su hija encubrió su participación en el caso.

Estoy aturdida por toda esta información y por la absoluta estupefacción de que mi madre también estuviera involucrada en encubrir el asesinato de Gigi. Es demasiado.

Me giro y miro por la ventana mientras mis pensamientos vuelven a Zade. En realidad, en ningún momento he dejado de pensar en él. Llevo todo el día pendiente de él, preocupada.

¿Estará a salvo? ¿Seguirá vivo?

¿En qué momento he empezado a preocuparme por su seguridad?

Tendría que ir al médico a que me mire la cabeza. Pero nunca tomaré la iniciativa para hacerlo. Tras darle muchas vueltas, estoy empezando a aceptar mi nueva realidad.

Estoy enamorándome de mi acosador. La sombra que me acecha por las noches. El hombre que me persigue y hace añicos todo mi mundo.

Y no tengo que aceptar solamente eso, sino también el hecho de que a partir de ahora mi vida estará consumida por el desasosiego. Zade es peligroso, pero las situaciones en las que se mete son igual de terroríficas. Un día puede que salga de casa y ya no vuelva nunca.

¿Cómo se supone que tengo que gestionarlo?

Me levanto y me dirijo hacia la cocina para prepararme una copa. Al encender la luz, me detengo de inmediato.

Sobre la encimera hay una rosa roja con las espinas cortadas. Soy incapaz de comprender por qué se me inundan los ojos de lágrimas. Quizá porque ahora sé que ese cabronazo estúpido me importa, y no sé si es la última vez que recibiré una rosa o no.

Me acerco a la flor sorbiéndome los mocos, la cojo y jugueteo con el tallo entre los dedos.

—Joder, Zade —murmuro—. No te lo perdonaré nunca si te mueres.

Unas fuertes vibraciones provenientes de mi móvil me despiertan de un sueño profundo. Noto que tengo la mejilla llena de babas, y distraídamente me limpio con una mano mientras con la otra cojo el teléfono.

La intensidad de la luz me provoca un dolor de cabeza instantáneo. Entrecierro los ojos para mirar la pantalla y veo que solo son las once de la noche. No hace ni una hora que me he dormido.

El móvil vuelve a vibrar para avisarme de que me ha llegado un mensaje. Al abrir la aplicación me encuentro con que Daya me ha escrito varias veces.

DAYA: ¿Estás despierta?
DAYA: Estoy muy triste ahora mismo y me iría bien estar con una amiga.
DAYA: ¿Puedes venir?
DAYA: Te lo agradecería mucho.

Frunzo el ceño confundida y preocupada. No hemos hablado desde que se ha ido a su casa después de que la policía recopilara todas nuestras pruebas. Daya tenía que ir a la fiesta de cumpleaños de su sobrina, y yo no le he dicho nada más desde entonces.

Aprieto el botón de llamar, me llevo el teléfono a la oreja y me incorporo. La llamada suena y suena hasta que se reproduce un mensaje automático.

El corazón me late muy deprisa. Con un movimiento rápido me acerco al borde de la cama y me levanto para ir a la cómoda, donde empiezo a rebuscar en los cajones hasta que encuentro unos pantalones de chándal y una sudadera.

Llamo a Daya dos veces más, y cada vez que me sale el mensaje automático me pongo más de los nervios.

Cojo las llaves de la puerta de casa y voy directa hacia el coche. Está lloviznando y el agua cae suavemente contra las ventanas del vehículo mientras recorro la larga calzada en dirección a casa de Daya.

En el coche vuelvo a llamarla varias veces más. Pero no contesta.

Cuando ya estoy a pocos kilómetros, me fijo en que las luces del vehículo de atrás se me están acercando cada vez más. Miro por el retrovisor a la vez que aprieto el acelerador, sintiendo una presión en el pecho.

Hay algo en todo esto que no me encaja.

Daya nunca me pediría que fuera a su casa y luego ignoraría mis llamadas.

Y la furgoneta que tengo detrás se está acercando peligrosamente, casi desaparece detrás de mi coche.

—¿Qué coj…?

Una fuerza violenta me empuja hacia delante y casi me golpeo la cabeza con el volante. Un grito asustado escapa de mis labios cuando el coche empieza a girar.

Tras recuperar el control del vehículo, vuelvo a pisar el acelerador, esta vez con más fuerza, e intento ganar un poco de distancia con la furgoneta. Me apresuro a coger el móvil, pero entonces veo que está en el suelo delante del asiento del copiloto.

Supongo que ha salido volando de la mano cuando la furgoneta ha chocado contra mi coche.

«Mierda. Mierda. Mierda».

¿Quién coño es? Podría ser Max, vengándose al fin de un asesinato en el que yo no tuve nada que ver. O podrían ser los hombres a los que Mark dio mis datos, que han venido a buscarme de una vez por todas.

Las revoluciones del motor de la furgoneta son el único aviso que tengo. En esta ocasión estoy preparada para el impacto, pero igualmente la fuerza del golpe hace que me quede sin aliento.

Antes de que pueda recuperar el control del coche, vuelve a chocar contra mí. Mi vehículo da bandazos a un lado y al otro mientras lucho por controlarlo. El corazón me late a toda velocidad por la adrenalina y el pánico, y empiezo a notar una sensación de puro terror en el estómago al darme cuenta de que no podré escapar de esta situación.

El pedal del acelerador ya no puede bajar más y, cuanto más rápido voy, más pierdo el control.

Entonces vuelve a chocar conmigo, y mi coche se sale por el lateral de la carretera a toda velocidad y termino en una cuneta. Todo a mi alrededor no para de girar. Al final el parachoques impacta contra el suelo en diagonal y el coche da dos vueltas de campana antes de aterrizar con brusquedad bocabajo.

El accidente es ensordecedor. Las ventanas explotan y un montón de pedazos de cristal salen volando en todas las direcciones y me dejan cortes por todo el cuerpo.

Cuando la situación se calma, me doy cuenta de que todavía estoy chillando.

El pánico se apodera de mí y respiro con brusquedad, lo cual hace que emita un sonido gutural. Estoy del revés, atada al asiento por el cinturón de seguridad, y me duele el pecho por su presión, que me contrae aún más los pulmones.

—Le has dado demasiado fuerte —dice una voz desde fuera del coche—. Mierda, ve a confirmar que no se esté muriendo, idiota.

En el momento en que proceso la voz, también proceso el dolor.

Cierro mucho los ojos, todo el cuerpo me palpita en una agonía terrible. Gimo a medida que la sensación se intensifica, hasta que no soy capaz de pensar en nada más allá de mi cuerpo roto.

Una cabeza aparece por la ventana. Me encuentro con la mirada de un hombre de piel oscura y unos inescrutables ojos negros.

—Está viva —anuncia, y se le curva la comisura de los labios en una sonrisa de alivio.

—Sácala —exige la otra voz con firmeza.

—¿Qué queréis de mí? —gruño, apartándole débilmente las manos mientras él intenta desabrocharme el cinturón. Como no contesta, vuelvo a preguntárselo.

—¡Que te calles de una puta vez o te dejo inconsciente! —brama.

El clic del cinturón de seguridad es el único aviso que tengo antes de que mi cuerpo se desplome. Grito por el dolor que me recorre todo el cuello y los hombros.

El hombre me coge del brazo y me saca por la ventana del asiento del conductor arrastrando mi cuerpo por encima de fragmentos de cristal y de metal afilado.

—Parad —me lamento entre sollozos cuando por fin termina de sacarme—. ¿Por qué estáis haciendo todo esto?

Jadeando, el hombre se inclina sobre mí y me mira.

—Cuando estés curada, valdrás una buena pasta —dice con una sonrisa ladeada.

—Súbela a la furgoneta, Rio. Max ya estará cabreado porque le hayamos jodido la furgoneta, así que déjate de juegos. La policía no tardará en llegar.

Otro atisbo de una sonrisa.

—Es hora de dormir, princesita.

Seguido de la oscuridad.

Él ha venido a por mí.

AGRADECIMIENTOS

Me da la sensación de que tengo mucha gente a quien debo darle las gracias por este libro y no tengo ni idea de por dónde empezar. Pero lo que sí sé es que esto será largo, aunque me parece que a estas alturas ya ha quedado claro por el tamaño del libro que a mí no me va lo corto.

Así que empezaré por donde empiezo siempre: los lectores. No puedo agradecéroslo lo suficiente. Los autores no podemos hacer más que esperar que a la gente le gusten nuestros libros. Escribimos para nosotros mismos. Escribimos las historias que nos hacen felices. Porque, si no, no podríamos sobrevivir en esta profesión. Como ya sabe la mayoría de la gente, escribir un libro es difícil de cojones, y parece imposible de hacer si no es algo que te encante. Y, si a nosotros no nos encanta la historia, ¿cómo podemos esperar que le guste a otra persona? Y, entonces, ¿de qué sirve escribir si no le gusta a nadie?

En el fondo, queremos que nuestros lectores disfruten de los libros con nosotros. Que disfruten de algo en lo que lo hemos dado todo y que lo acaben con la sensación de haber experimentado la historia a nuestro lado. La verdad, no hay nada mejor que eso. Y os agradezco a todos vosotros que me hayáis acompañado en esta aventura.

No puedo empezar mis agradecimientos por alguien que no sean las dos personas que han desempeñado un papel tan destacado en este libro y en mi vida. Voy a ponerme sensiblona.

Las conocí exactamente de la misma manera: me puse en contacto con ellas para pedirles que me dieran una oportunidad y leyeran mi historia, y se convirtieron en dos de las personas más importantes de mi vida. Me han escuchado mientras hablaba sin parar sobre este libro y los personajes, haciendo lluvias de ideas, preguntando cosas y ofreciéndome consejos, y leyendo fragmentos y gritándome por rayarme (o sea, por dudar de mí misma).

En primer lugar, Amanda. Eres mi mejor amiga. Eres mi otra mitad, mi alma gemela. Si no fuera por ti, no tengo claro si todavía estaría en esta comunidad. Me has ayudado en algunos momentos muy oscuros y me has dado amor cuando me sentía completamente sola. Tenemos una conexión incomparable, y todavía no me creo la suerte que tengo de haberte encontrado. Solo espero que sepas que no te librarás de mí… jamás.

May, ¿qué demonios haría sin ti? No puedo imaginármelo, y tampoco quiero hacerlo. Cuando te conocí, sentí que teníamos una conexión que no podía explicar del todo. Aunque apenas te conocía, te pedí que fueras mi lectora alfa. Sabía que eras una persona especial y quería que fueses más que una lectora: una amiga. Sin embargo, te has convertido en mucho más que eso.

Gracias por ser mi constante. Siempre estás a mi lado, preocupándote por Zade y por mí, y me ofreces ayuda desinteresadamente siempre que lo necesito. Me has mostrado un apoyo y un amor infinitos, y de verdad que soy incapaz de expresar con palabras cuánto significa para mí.

Os quiero mucho a las dos, incluso más de lo que Z podría llegar a decir. No os merezco, pero soy lo suficientemente egoísta como para aceptarlo. *Haunting Adeline* no sería lo que es sin ninguna de las dos. Y yo no sería quien soy sin vosotras.

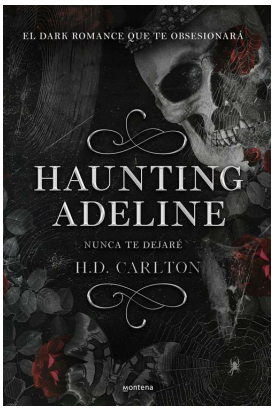
Y no me he olvidado de ti, Abby. Cómo iba a hacerlo. Llegaste a mi vida exactamente cuando más te necesitaba, y nunca he mirado hacia atrás. Supe desde el principio que eras precisamente a quien necesitaba. Eres más que una asistente personal; eres una amiga increíble, un hombro en el que apoyarme y alguien en quien puedo confiar. Me he llevado algunos batacazos fuertes por parte de gente de esta comunidad que no era de fiar, y tú te has comido el marrón de tener que ayudarme con mis dudas, suposiciones y recelos. De todos modos, lo gestionas como una crac y me recuerdas cada día que estoy a salvo contigo, y duermo mejor por las noches sabiendo que puedo confiar en ti. Muchas gracias por todo lo que haces y por ayudar a que *Haunting Adeline* se convierta en su mejor versión. Te quiero.

A mis betas, Rita, Keri, Autumn, Taylor, Caitlyn, RS y Mandy, muchas gracias por todo el *feedback* fantástico y el apoyo. Me ofrecéis vuestro tiempo libre y vuestra energía para hacer algo a lo que no estáis obligados, y lo valoro muchísimo. Os quiero. No puedo agradeceros lo suficiente que me hayáis acompañado en esta aventura y me ayudéis a ser mejor autora.

Por último, a mis editoras. Dos mujeres preciosas que han pulido el libro y lo han dejado muy bonito. Angie y Sarah, de verdad, gracias infinitas a las dos. Me habéis dado muchísimo apoyo y amor, y siempre estaré en deuda con vosotras.

Sencillamente… gracias. A todos y todas. Gracias.

El fenómeno dark romance de TikTok: un juego del gato y del ratón de lo más oscuro



La manipuladora
Puedo manipular las emociones de cualquiera que me lo permita.
Les hago sufrir, les hago llorar, les hago reír y suspirar. Pero a él mis palabras no le afectan.
Sobre todo cuando le suplico que se vaya.
Siempre está ahí, observándome y esperando.
Y yo no soy capaz de apartar la mirada. Especialmente cuando lo único que deseo es que se acerque.

La sombra
No pretendía enamorarme.
Pero, ahora que ha ocurrido, no puedo mantenerme lejos de ella.
Me fascinan su sonrisa, sus ojos, cómo se mueve…Cómo se desnuda...
Continuaré observándola y esperando.
Hasta que caiga en mis redes.
Y, cuando lo consiga, no la soltaré nunca.

H.D. Carlton es una autora best seller internacional. Vive en Ohio con su pareja, dos perros y un gato. Cuando no está bañándose en las lágrimas de sus lectores, está viendo programas paranormales y deseando ser una sirena. Sus personajes favoritos son los que tienen una moralidad cuestionable y cree que todo el mundo debería dejar de lado la cordura antes de sumergirse en sus historias.

Título original: *Haunting Adeline*

Primera edición: febrero de 2023

© 2021, H.D. Carlton
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Alícia Astorza, Yolanda Casamayor, Mariola Cortés-Cros y Míriam Lozano, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / adaptación del diseño original de TRC DESIGNS

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19421-90-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Haunting Adeline

Lista de reproducción
Prólogo
1. La manipuladora
2. La sombra
3. La manipuladora
4. La manipuladora
5. La manipuladora
6. La sombra
7. La manipuladora
8. La manipuladora
9. La sombra
10. La manipuladora
11. La manipuladora
12. La sombra
13. La manipuladora
14. La manipuladora
15. La manipuladora
16. La manipuladora
17. La Sombra
18. La manipuladora
19. La sombra
20. La sombra
21. La manipuladora
22. La sombra
23. La manipuladora
24. La manipuladora
25. La sombra
26. La manipuladora
27. La manipuladora
28. La sombra
29. La manipuladora
30. La manipuladora
31. La sombra
32. La sombra
33. La manipuladora
34. La manipuladora
35. La sombra

36. La manipuladora
37. La sombra
38. La manipuladora
39. La sombra
40. La sombra
41. La sombra
42. La manipuladora
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre H.D. Carlton
Créditos